

José Martí : obras completas. Volumen 11 en los Estados Unidos	Titulo
Martí, José - Autor/a; CEM, Centro de Estudios Martianos - Compilador/a o Editor/a;	Autor(es)
La Habana	Lugar
Editorial de Ciencias Sociales Karisma Digital Centro de Estudios Martinianos	Editorial/Editor
2011	Fecha
	Colección
Cultura; Sociedad; Política; Pensamiento latinoamericano; Correspondencia; Noticias de prensa; Estados Unidos;	Temas
Libro	Tipo de documento
* <a href="http://biblioteca.clacso.edu.ar/Cuba/cem-cu/20150114045207/Vol11.pdf">http://biblioteca.clacso.edu.ar/Cuba/cem-cu/20150114045207/Vol11.pdf</a>	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND <a href="http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es">http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es</a>	Licencia

**Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO**  
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

**Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)**  
**Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)**  
**Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)**  
[www.clacso.edu.ar](http://www.clacso.edu.ar)



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales  
 Conselho Latino-americano de Ciências Sociais  
 Latin American Council of Social Sciences



# JOSE MARTI

## Obras Completas

11

En los Estados Unidos



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 1991

# Volumen 11

## En los Estados Unidos

### Escenas norteamericanas I - IV

	<b>Pág.</b>
La Nación, 15 de agosto de 1886 Nueva York en Junio. El púgil Sullivan. Ultimas sesiones del Congreso. Un nuevo proyecto proteccionista. Votación de una ley que prohíbe a los extranjeros poseer tierras en la república. Los tribunales condenan a los huelguistas. El Secretario de Justicia, cómplice de una compañía. La hermana de Cleveland. Chinos cristianos	15
La Nación, 21 de septiembre de 1886 Cleveland y su partido. Lucha entre el Presidente y los demócratas. Vicios políticos de los representantes. Cruel tratamiento de los presos en la penitenciaría. La máquina de levantar. Sucesos varios.	25
La Nación, 25 de septiembre de 1886 ¡Magnífico espectáculo! La Vida del Oeste. En un hipódromo de Nueva York. Indios: cowboys: vaqueros mexicanos. Las squaws. Escenas de la vida en el desierto. Romance de la conquista del Oeste. Búfalo Bill, el gran escucha. Grandes fiestas en el hipódromo. Desfile a la carrera. Rifleros: jinetes: caballos resabiosos. Asalto a una diligencia. La caza del búfalo. El médico tristísimo.	33
La República, 1886 La vida de verano en los Estados Unidos: pobres, ricos, campamentos religiosos, sucesos notables. Peligro grave de guerra entre México y los Estados Unidos. Estudio del conflicto: sus antecedentes y su curso. El Congreso americano censura la actitud premiosa de su Secretario de Estado: actitud firme de México. Texas y Chihuahua. La opinión y la prensa en este conflicto: se alaba a México.	47
La Nación, 21 de octubre de 1886 El proceso de los siete anarquistas de Chicago. El problema del trabajo en Europa y en América. Estudio de caracteres. El proceso. El veredicto: aplauso unánime.	55
La Nación, 14 y 15 de octubre de 1886 El terremoto de Charleston. Horror del primer choque. Rompe el incendio. Extraordinarias escenas. Escenas de la madrugada. Torres caídas. Casas rotas: sesenta muertos. En los alrededores. Entrada a Charleston de los primeros visitantes. La ciudad entera vive en carros y tiendas. Arrebató de los negros. Orgías religiosas. Escenas singulares. Las causas de los terremotos. La ciudad renace.	65
La Nación, 14 de noviembre de 1886 Nueva York en otoño. La escuela en Nueva York. Falso concepto de la vida y de la educación. Influjó de la inmigración en la cultura pública. Remedio a los defectos observados.	79

La Nación, 7 de diciembre de 1886

Las elecciones de otoño. Escenas de las elecciones. La batalla en Ohio, Connecticut y Tennessee. Blaine. Situación probable de esta política para 1888. Batalla peculiar y pintoresca de dos hermanos, candidatos al gobierno de Tennessee. Henry George. 89

La Nación, 1 de enero de 1887

Fiestas de la estatua de la Libertad. Breve invocación. Admirable aspecto de Nueva York en la mañana del 28 de octubre. Los preparativos de la parada. El escultor Bartholdi. Aparición de la estatua. El fragor de los saludos. Imponente escena. La plegaria del sacerdote. Cleveland y su discurso. La bendición del obispo. ¡Adiós, mi único amor! 99

La Nación, 26 de enero de 1887

El mensaje del Presidente. Antecedentes y situación actual de la política. Aparición de un partido nuevo. Continúa la lucha abierta entre el Presidente y su partido. Los demócratas pierden campo. Los georgistas. Reunión del Congreso. Extracto del mensaje de Cleveland. Más correos al Plata. Paz con México. Reducción de impuestos. Habilidad política del mensaje. El porvenir. 119

La Nación, 25 de febrero de 1887

Ciudadanos y propietarios. Adelanto de los indios. La escuela "Ramona". Cleveland enfermo. Influjo creciente de la mujer norteamericana. Mrs. Cleveland. La recepción de año nuevo. 133

El Partido Liberal, 14 de abril de 1887

El cisma de los católicos en Nueva York. Los católicos protestan en reuniones públicas contra la intervención del Arzobispo en sus opiniones políticas. Compatibilidad del catolicismo y el gobierno republicano. Obediencia absoluta en el dogma, y libertad absoluta en la política. Historia del cisma. La Iglesia Católica en Nueva York, sus orígenes, y las causas de su crecimiento. Los irlandeses. El catolicismo irlandés: el "Sogarth Aroon". Elementos puros e impuros del catolicismo. Causas de la tolerancia con que se ve hoy en los Estados Unidos el poder católico. La Iglesia, la política y la prensa. Tratos entre la Iglesia y la política. El padre McGlynn. El padre McGlynn ayuda al movimiento de reforma de las clases pobres. Revista del movimiento. Carácter religioso del movimiento obrero. McGlynn favorece las doctrinas de George, que son las de los católicos de Irlanda. El Arzobispo suspende al padre McGlynn, y el Papa le ordena ir a Roma. El Papa lo degrada. Santidad del padre McGlynn. Rebelión de su parroquia. Gran "meeting" de los católicos en Cooper Union contra el abuso de autoridad del Arzobispo. Los católicos apoyan a McGlynn y reclaman el respeto a su absoluta libertad política. 139

La Nación, 15 de abril de 1887

Un mes de vida norteamericana. Aspecto airado de los acontecimientos. El carácter en invierno. Rumores vanos de guerra con el Canadá. Crece el cisma católico. El Senado y los representantes. La paz definitiva en el Sur. Causas de la paz. Cleveland, sus modos y su influjo. Gran discurso del sudista Grady. El Sur nuevo. Lo que hay que aprender de los Estados Unidos. Las huelgas. La gran huelga de los carboneros. Continúa condensándose el partido obrero. Escenas dolorosas de la huelga. 153

El Partido Liberal, 5 de marzo de 1887

Novedades de Nueva York. El nuevo descubrimiento de Edison. Descubre el modo de elaborar los alimentos con sustancias químicas. Edison. Emerson y Edison. Viaje extraordinario de un velocipedista. Stevens. Sus viajes en Asia. Las huelgas. Fin de la huelga del carbón. Significación de la huelga. Continúa el movimiento de transformación nacional. De la guerra de clases. Chauncey Depew y Grant. Los mutualistas buscan jefe. El acorazado "Abraham Lincoln".

163

La Nación, 4 de mayo de 1887

Movimiento social y político de los Estados Unidos. Historia del último Congreso. Ojeada sobre la situación social y política. Una humanidad nueva. Significación y alcance del partido nuevo. El partido del "Trabajo Unido". Los trabajadores, los políticos y los advenedizos. La opinión y el Congreso. Actos del Senado y de la Casa de Representantes. El Congreso desatiende la opinión. Peligros del problema social y modo de evitarlos. El Congreso ante el partido nuevo. Resumen de los actos del Congreso. Medidas que la opinión le ha pedido en vano. Proteccionistas y librecambistas. El Congreso, las empresas y el pueblo. Medidas que interesan a los países hispanoamericanos. La opinión censura al Congreso. Cleveland va venciendo a sus partidarios.

171

La Nación, 21 de mayo de 1887

Descripción de la primera votación de las mujeres en Kansas. Objeto de la ley que concedió el sufragio a la mujer. Helen Gongar. Cómo condujeron las mujeres su campaña. Espíritu y métodos: heridas en la honra. Blancas y negras. Escenas del día de elecciones. Resultados. Reseña de las elecciones que han demostrado el considerable progreso del partido obrero. Victorias y semivictorias. Se pide que sea un partido americano. Chicago derrota a los obreros, por haberse ligado con los anarquistas. La "nueva cruzada" del padre McGlynn. Ovación a McGlynn en el Teatro de la Opera. Espíritu y forma de su cruzada. Por la "nacionalización de la tierra, y por la conciencia".

183

. La Nación, 28 de julio de 1887

El monumento de la prensa. Los periodistas de Nueva York. Grave incidente. La devolución de las banderas al Sur. Los veteranos y Cleveland. El Presidente no debe sustituirse a la nación. El irlandés O'Brien. Honores a McGlynn. Proyecto de una catedral protestante

195

El Partido Liberal, 1887

México en los Estados Unidos. Una reina en Washington. La reina Kapiolani. El "kaulucan", y el tierno "aloha-oé". Honores a la reina. La hermana del Presidente va a dar clases de historia. Sus méritos. Su carácter. Su independencia del hermano. Va a dirigir una escuela en Nueva York y a redactar una revista. La mujer americana. La Feria de Vacas en Madison Square. Primera visita. Las lecherías y las lecheras. La vaca Mary Ann. Certámenes y premios. Carácter religioso de la reforma social. La reforma no está limitada a los trabajadores descontentos. La "Sociedad contra la Pobreza". Una nueva iglesia. Adelanto notable de la Sociedad. Un discurso de George. Reunión entusiasta. "¡Nuestra cruz va marchando!"

205

La Nación, 10 de agosto de 1887

Primer aniversario de las bodas del Presidente. Mrs. Cleveland en Washington. Gran reunión de señoras en el Corregimiento de Brooklyn. La mujer americana. La oradora irlandesa. Las maestras alemanas. Sociedad antropológica de señoras. La americana de ayer y la de hoy.

213

La Nación, 1887	
Historia de un proceso famoso. Áspero verano. Nueva York en Julio. La bahía de noche. Un pánico en la Bolsa neoyorquina. Caso extraordinario de soborno. Causa y sentencia del millonario Sharp. Escenas del Jurado.	223
La Nación, 16 de agosto de 1887	
Cleveland. El incidente de las banderas. Los veteranos en la Casa Blanca. Admirable escena en el campo de batalla de Gettysburg. “Grisés” y “azules”. La viuda del general confederado. 4 de julio. Procesión sombría en el Sur. La raza negra en los Estados Unidos.	233
El Partido Liberal , 1887	
La excomunión del padre McGlynn. Curso del conflicto católico en los Estados Unidos. Lucha inútil de McGlynn por introducir el espíritu y prácticas de la democracia en la Iglesia americana. Síntesis de los argumentos, discursos y escritos sobre el conflicto. Actitud de la población católica. Los secuaces del padre. El día de la excomunión. La gente acude en procesiones a oír a McGlynn, y llena dos teatros. Extraordinaria escena en la Academia de Música. Ovación sin ejemplo. Entrada del padre. Incidentes conmovedores. Su doctrina. Su oratoria. Su discurso. “¡Contigo hasta la muerte!”	241
El Partido Liberal, 1887	
Trabajos preparatorios de los partidos políticos. El partido nuevo y los socialistas. Cleveland y los demócratas. Blaine y su rival Sherman. Los temperantes. Una mujer, Mrs. Salters. presidente de Ayuntamiento. Su vida. La vida de pueblo. Los juegos. Tributo de Boston al púgil Sullivan. Los ejercicios de la milicia. El campamento. Organización del campamento y carácter de los ejercicios.	255
La Nación, 29 de septiembre de 1887	
Los congresos de agosto en los Estados Unidos. Indios y negros. Los partidos políticos. La novela de un lord. Velocípedo para el agua. Contra la inmigración. Los alemanes.	263
El Partido Liberal, 1887	
Sobre la ciencia. Asamblea anual de la “Sociedad para el Adelanto de las Ciencias”. Escenas de la asamblea, y sus trabajos y conclusiones principales. El Colegio de Columbia. Preparativos para la asamblea. Los miembros. Hombres y mujeres. Sabios notables. Las nueve secciones. Asuntos más interesantes. La educación industrial en las escuelas. La enseñanza científica en las escuelas públicas. Antigüedad del hombre americano. Un hacha de México. El invento nuevo de Edison. El hombre de África. Darwin en la asamblea.	273
La Nación, 9 de noviembre de 1887	
El casino que Vanderbilt regala a sus trabajadores. Chauncey Depew y Henry George. Un hombre afortunado. Un discurso de Vanderbilt y un obispo entusiasta. Oposición creciente a los inmigrantes. El Presidente en San Luis. Incidentes.	281

La Nación, 16 de octubre de 1887	
Postrimerías del verano. Principales sucesos. Tres convenciones. Los dos chimpancés. La convención de sordomudos: los debates. Elecciones, discursos, bailes, amores. La ley de herencia. Convención de sociólogos: ideas sobre el arte del censo. Carácter e importancia de los censos. Problemas actuales. La convención de los “prohibicionistas”. Los enemigos del tráfico en licor. Su importancia política. Su programa. Apuntes sobre la situación política: sus cambios y corrientes.	289
La Nación, 26 de octubre de 1887	
Días de fiesta y días de trabajo. Procesiones pintorescas. Los antiguos bomberos. El Gran Turnverein. Niños alemanes. Obreros.	299
El Partido Liberal, 1887	
Las ferias campestres. Sucesos principales. Maquinaria agrícola. La política en las ferias. La cura por la fe: un santuario de creyentes. El milagro en nuestros días. La hermana Peterson. Fuerza del campo. Los anarquistas de Chicago: se confirma su sentencia. Mujeres heroicas. La novela de Nina Van Zandt. Los presos.	307
El Partido Liberal, 1887	
Cleveland de viaje. Los pájaros y la estatua de la Libertad. Nueva York en octubre. Política: los partidos se preparan a las elecciones. Una oficina de elecciones. Interioridades de las campañas políticas. Las mujeres en las elecciones. La reunión socialista. La policía y los socialistas. Desmanes de la policía. El país y los socialistas. Escenas de la reunión. El otoño.	315
La Nación, 29 de diciembre de 1887	
Cosas del otro mundo. Últimas elecciones de Nueva York. Su importancia para la elección presidencial. Cleveland será probablemente reelecto. Triunfan los demócratas. Bastidores de la política.	323
La Nación, 1 de enero de 1888	
Un drama terrible. La guerra social en Chicago. Anarquía y represión. El conflicto y sus hombres. Escenas extraordinarias. El choque. El proceso. El cadalso. Los funerales.	333
La Nación, 29 de enero de 1888	
Resumen de noticias. Lectura pública por autores famosos. Los poetas nuevos. Una comida de nobles neoyorquinos. Millonarios y socialistas.	359
El Partido Liberal, 1888 Fiesta de la Liga de Propiedad Literaria.	367
La Nación, 12 de febrero de 1888	
La Pascua en los Estados Unidos. En la cárcel. Los banquetes. La cena en el colegio. El muérdago. San Nicolás y los niños. El árbol de Navidad. Juguetes y alcancías.	373
La Nación, 9 de marzo de 1888	
Invierno norteamericano. Los banquetes y la política. Oradores. Sobremesas. El frío en el Oeste. Ventisca mortal. Pueblos cubiertos por la nieve. Huelga triste y justa.	383

La Nación, 8 de abril de 1888	
Un gran baile en Nueva York. El “Union League Club”. La elegancia. Los vestidos. Hombres. Mujeres. Regeneración. Trajes pomposos. La galería de pinturas. El baile. La cena.	391
La Nación, 15 de abril de 1888	
Los caminadores. 622 millas en 6 días. Gran carrera pedestre en el circo Madison de Nueva York. Carácter de la fiesta. Las puestas. La concurrencia. Escenas odiosas. Novias y esposas. La pista.	401
La Nación, 22 de abril de 1888	
La Presidencia de los Estados Unidos. Blaine y Cleveland. El sucesor de Blaine. Alta política y política cesárea.	409
La Nación, 27 de abril de 1888	
Nueva York bajo la nieve. Paralización de tres días. Peligros. Escenas e incidentes. Actos heroicos. La gran ciudad en una hora de prueba. Las calles. Los trabajadores. Resurrección.	417
La Nación, 17 de mayo de 1888	
La religión en los Estados Unidos. El carácter moral en la república. La religión oficial y la popular. Las “Hijas del Rey”. Historia extravagante. Escenas extraordinarias. Himnos. Lágrimas. Gritos.	425
La Nación, 26 de mayo de 1888	
Estados Unidos. Ojeada general. Acontecimientos curiosos. Espiritistas, árabes, comidas, afición a la heráldica. Los trabajadores. Henry George y el cura McGlynn. El Congreso y la Presidencia. Randall y los proteccionistas. La tarifa para las lanas.	435
La Nación, 26 de junio de 1888	
Ferrocarriles elevados. Malos resultados en la práctica. Un paseo en el ferrocarril elevado, a través de Nueva York. Las columnas. El tráfico. Historia. Producidos. Desventajas. Influjos perniciosos del sistema en la cultura de la ciudad.	443
La Nación, 30 de junio de 1888	
La campaña presidencial en los Estados Unidos. La reelección. Cleveland y su partido. La política de Cleveland. Republicanos y demócratas. Nueva York por Cleveland. El uso y el abuso del poder. Las convenciones de los Estados.	453
La Nación, 28 de julio de 1888	
Elecciones. Historia de una campaña presidencial en los Estados Unidos. Acción de los partidos y del gobierno. La empleomanía. Libertad y deber. El caucus y la taberna. La opinión. Interioridades. Mecanismo de las convenciones. La prensa. Los políticos de oficio. La Iglesia. El vendedor de diarios. Escenas pintorescas. La proclamación. Cleveland y su partido.	461
La Nación, 2 de agosto de 1882	475
Un congreso antropológico en los Estados Unidos. La influencia espiritual en las cosas del cuerpo. Predisposición orgánica para el crimen. La herencia entre los ebrios. Científicos y pedantes. Antropología y darwinismo. El hombre americano.	475

Tomado de la segunda edición publicada por la Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

Primera reimpresión

© Sobre la presente edición:  
Editorial de Ciencias Sociales, 1992

fortalece con la práctica  
constante y con el  
prestamiento de  
sentimientos, — a  
aprender que los  
pueblos no progresan  
cuando van contra  
el espíritu genuino  
del hombre, o contra  
los métodos propios  
y peculiares que le  
acompañan siempre  
en su raza.

ISBN 959-06-0028-X  
959-06-0066-2  
959-06-0039-5

Editorial de Ciencias Sociales, calle 14, No. 4104, Playa, Ciudad de La  
Habana, Cuba.

FACSIMILE DE APUNTES DE MARTÍ PARA UN ARTÍCULO.

EN LOS ESTADOS UNIDOS

*ESCENAS NORTEAMERICANAS*

III

1886 . 1888

***ESCENAS NORTEAMERICANAS***

**1886**

## NUEVA YORK EN JUNIO

*El pugil Sullivan.—Últimas sesiones del Congreso.—Un nuevo proyecto proteccionista.—Votación de una ley que prohíbe a los extranjeros poseer tierras en la república.—Los tribunales condonan a los huelguistas.—El Secretario de Justicia, cómplice de una compañía.—Notedades en Washington.—La hermana de Cleveland.—Chinos ojetianos*

Nueva York, Julio 2 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Aquella compenetración del hombre y la naturaleza que con su estilo flagelante y lumínico predicaba Emerson, aquella concentración del universo en el hombre y esparcimiento del hombre por el universo, aquella simultánea florescencia de la tierra y de los espíritus a la cercanía del sol, se comprueban en el desbordamiento de colores, en el lujo de actividad, en las regatas, en la elocuencia, en las prisas, en el desprendimiento de este mes de junio.

Cierra el Congreso aceleradamente sus sesiones; llevan los sacerdotes por los campos floridos a sus rebaños en excursiones de fiesta; reparten escuelas y colegios en sus ceremonias de fin de curso los premios del año; se vacían las ciudades en los pueblos de campo, en los hipódromos donde se corren los caballos favoritos, en los monumentales hoteles de concierto a la orilla del mar, en los alegres ríos henchidos de vapores y veleros embanderados, donde regatean remo a remo, con ansias de mercenarios, los estudiantes de las universidades; y está sacudida Nueva York, porque para celebrar al gusto público el aniversario de la independencia, se nutre el púgil Sullivan, cargadas las manos y la pechera de brutales brillantes, con las costillas de carnero, yemas de huevo y aire fresco del Parque que han de mantenerle claros los ojos y sueltos los músculos en la pelea tremenda contra un inglés rival y diminuto, a quien ceban y amasan dos guardianes en un pueblo de playas salutíferas.

Todo es juego, movimiento y gasto. En cada solar hay un desafío de pelota. Las sociedades benéficas, los diarios poderosos, los regidores que anhelan fama, sacan en flotillas por el río a las gentes de los barrios pobres, que meriendan y danzan en las islas vecinas—Y se nota que el advenimiento de la luz predispone a la generosidad.

Cuando llega junio, obsérvase la misma fuerza de expansión en los hombres como en los árboles. La savia contenida se echa afuera en hojas. Ni los estudiantes caben en los bancos del colegio; ni en los bancos del Congreso caben los representantes, y los senadores.

Se acumulan en el Congreso los proyectos de ley. Ceden los republicanos en uno para que los demócratas les cedan en otro. Ambas casas, la de Representantes y el Senado, deseosas de ir con buena historia ante el país para las elecciones de otoño, se apresuran a cumplir algunas de las promesas que dejaron descuidadas durante el año, y a acercar con votos conciliatorios en las cuestiones difíciles sus acuerdos a los ofrecimientos de su programa. El Presidente, ocupadísimo, ha puesto su veto, con mucho aplauso público, a un centenar de acuerdos de pensiones, concedidas a granel por el Congreso para atraerse los votos de los soldados. O para que se aprovechen de ellas los agentes asiduos que colectan en Washington en nombre de los agraciados las pensiones. Se ve en la legislación de junio como un balance de año, en que cada elemento político, el Presidente, el Senado, la Casa, los republicanos, los demócratas, quieren afirmar su posición, dilatar sus dificultades y esconder sus flaquezas. Pero la cuestión de la tarifa, la bola encendida, se queda sin que nadie ponga en ella mano.

Ni republicanos ni demócratas tienen campo exclusivo en la cuestión de la tarifa. Entre los unos como entre los otros anda la opinión dividida en libremercistas y partidarios de la protección, y éstos son más que aquéllos; porque el libremercio, aun cuando comience moderadamente, ni cautiva más que a los pensadores, que son los menos, ni aprovecha de primer momento más que a los humildes, que pagan mal a sus representantes.

Las elecciones cuestan mucho. Los capitalistas y empresas ayudan en los gastos de ellas a los candidatos necesitados; y éstos, una vez vencedores, pagan con su voto servil el anticipo de los capitalistas.

Aquella sonadísima reforma del libremercista Marrison que había de traer con el abaratamiento de la vida y la liberación de las materias primas el alza de las industrias, acudió en vano, para salvarse, al expediente de irse moderando con concesiones a los partidarios de los impuestos altos. En vano la apoyaba Cleveland: Marrison es demócrata,—y los demócratas lo vencieron, unidos a los republicanos.

Queda la tarifa absurda: las industrias plétóricas de productos sin mercado; el comercio rasero y ansioso en estas dudas, y dos millones de hombres sin trabajo. No bien cayó Marrison vencido en su proyecto

de rebaja gradual de los derechos para ir poniendo a la industria nacional en vías de una producción barata, constante y legítima. ocupa su puesto Randall, caudillo hábil y avieso de los mantenedores de la protección, y a punto de cerrarse estas sesiones, presenta un proyecto de reforma en que se suprime innecesariamente el derecho sobre el tabaco, que debía estar siempre gravado, con el objeto confeso de que, mercedas así en veinticuatro millones de pesos anuales las rentas públicas, no sea posible luego a los libremercistas intentar rebaja alguna en los derechos de importación. ¡Acá, como en casi todas partes, pueden todavía más los intereses que las justicias!

En la cuestión de la tarifa, no se ha levantado aún, gracias al alivio que traen anualmente al mercado mortecino los retornos de las cosechas ese clamor de la necesidad con que en un día de ira o de alarma derriban las naciones, como un león a un faidero, los obstáculos que se oponen al mejoramiento de sus angustias.

Pero en otra cuestión, en la de poner las tierras nacionales fuera del alcance de los acaparadores europeos, no ha habido en el Senado ni en la Casa de Representantes más que un voto. ¿Qué sería, sin la tierra madre y generosa, de este pueblo que ahora precisamente se va salvando con sus abundancias de la penuria en que tiene a su población industrial excesiva el sistema falso de impuestos que le ha traído a producir más de lo que necesita, a precios en que sus artículos no pueden hallar consumo? La tierra es santa.

Los trabajadores oprimidos vuelven a ella los ojos para el día en que la producción universal, aglomerada por las máquinas, se amontone en los mercados sin hallar compradores y llegue al cielo. ¡No han de venir al pie del hombre libre las avaricentas empresas europeas, los lores ingleses de insolente fortuna, a acumular en sus manos el suelo de la patria, para vivir luego en injusto regalo con el producto enorme y caprichoso de su arrendamiento!

A la callada, como pulpos, se han estado tendiendo las grandes empresas de Europa sobre las tierras más feraces de Norteamérica. ¡Han de vigilar mucho, los países que tienen tierras! Mientras más pronto las pongan a salvo, mejor:—anda inquieto en Europa el dinero, sobrante y ocioso. Una compañía holandesa posee ya 4.500.000 acres de lo más floreciente en Nuevo México. Un sindicato inglés tiene 3.000.000 de acres en Texas. Una casa alemana, 1.000.000. Y un solo hombre, el marqués

de Twedale, es dueño de 1.750,000 acres de país de buen cultivo. Ya compraban Estados enteros: todo Nuevo México, con sus dehesas; todo Mississippi, con sus ríos; toda Florida, con sus naranjales. Pero el Senado se ha puesto en pie, y sin un solo voto en desacuerdo, aprueba el proyecto de ley que prohíbe que en lo futuro adquieran tierra alguna en los Estados Unidos los extranjeros que no comprenden este privilegio con su declaración de someterse a las leyes del suelo que apetecen. Sólo el extranjero que declare su intención de acogerse a la ciudadanía de la república, podrá adquirir suelo en ella, a no ser que lo obtenga en herencia, o en pago de deuda.

Tampoco podrá comprar terrenos ninguna compañía que cuente entre sus miembros más de una quinta parte de extranjeros. Ni las mismas compañías nacionales, ya sean para camino carretero, canal o ferrocarril, podrán obtener en los territorios, que es donde manda en pleno el Congreso, más de cinco mil acres, y esto si los emplean visiblemente en el funcionamiento de la empresa.

Hay que salir en amistad al encuentro de los ejércitos amenazantes. Los trabajadores fueron vencidos, ciertamente, en sus levantamientos mal aconsejados de esta primavera. Mucho les falta todavía para obrar con aquella unión de propósito que ha de hacer tan robusta su arremetida a la constitución social vigente. En la convención que tuvieron este mes, se vio que los gremios aislados que trabajan cada uno para el bien de los miembros de un mismo oficio, no quieren ceder su soberanía a la orden general de los Caballeros del Trabajo, ni estar sujetos a los lances, derrotas y contribuciones de ella. Pero la orden está en manos de apóstoles, y horada.

Otros entretienen los calores de junio jugando a la pelota, corriendo en apuestas, imitando en ejercicios corporales a los soldados ingleses. Pero George, Swinton, Post, Powderly, puestos en la tarea gloriosa de volcar sin sangre el mundo humano sobre quicios mejores, van de pueblo en pueblo, atentamente oídos, enseñando la manera de conquistar por la acción inteligente y compacta una existencia de labor segura, donde la casa y el pan del trabajador no sean una limosna. No predicen estos nuevos evangelistas a la ciega. No se han aprendido de memoria un texto de reforma. Cada mal sugiere su propio remedio. Han deducido su texto original de sus males originales, y con la fuerza entusiasta y contagiosa de todo lo genuino, acomodan su propaganda a la reforma

que intentan. Estos son santos nuevos, que van por el mundo cerrando puertas al odio. Ven venir el huracán y lo van guiando. Como método, usan la paz. Como fin, ven que la tierra no niega nunca al hombre lo que ha menester, y quieren que la tierra se administre de modo que su producto sea repartido equitativamente entre todos los hombres. De esta idea central, que ha de encanecer antes de la victoria, surgen las reformas previas porque se ha de llegar a ella.

Del abuso de la tierra pública, fuente primaria de toda propiedad, vienen esas atrevidas acumulaciones de riquezas que arruinan en la competencia estéril a los aspirantes pobres: vienen esas corporaciones monstruosas, que inundan o encogen con su avaricia y estremecimientos la fortuna nacional: vienen esos inicuos consorcios de los capitales que compelen al obrero a perecer sin trabajo, o a trabajar por un grano de arroz: vienen esas empresas cuantiosas que eligen a su costo senadores y representantes; o los compran después de elegidos, para asegurar el acuerdo de las leyes que les mantienen en el goce de su abuso; y les reparten, con la autoridad de la nación, nuevas porciones de la tierra pública, en cuyo producto siguen amasando su tremenda fuerza.

Estos apóstoles creen, pues, que ha de ponerse coto a la alianza ilícita entre las empresas y los representantes que, en nombre de la nación, dan a las corporaciones la riqueza de la tierra, por el interés de la parte de ella que les ha de ser devuelta, en forma de acciones o de lo que las valga, en pago de su voto:—¡de su robo!

Estos apóstoles, George, Swinton, Post, Powderly, creen que la nación, que es el nombre de estado del guardián de la propiedad común, no puede dar en dominio la tierra que es de todos, y es para todos necesaria, sino en arrendamiento o en préstamo, y sólo para los usos nacionales. Creen estos apóstoles que, puesto que el suelo público ha de llegar a ser del pueblo que en él vive, mientras menos se vaya dando de él, menos costará luego sacarlo de las manos de los que por cohecho o astucia se fueron alzando con los dominios públicos.

Eso, pues, significó principalmente la votación unánime del Senado, y el proyecto análogo de la Casa, que prohíbe la posesión de la tierra por los extranjeros: ha sido un acto oportuno y poco costoso de acatamiento al poder de los trabajadores, que adelanta en la sombra.

Los tribunales castigan sus coaliciones ilegales, sus asedios a los propietarios que resisten las demandas obreras, sus actos de violencia o de amenaza. Libre es el dueño de emplear o no emplear en su negocio al obrero que le place; como es libre el obrero de trabajar o no para

el dueño. El obrero que fuerce al dueño, por colisiones, o por sitios, o por anuncios de violencia, a consentir en sus demandas, es reo de conspiración por la ley vigente: y un día sobre otro están entrando los allendeños de esta primavera a cumplir sus condenas en las cárceles. En Chicago, ya entiende un jurado en la acusación de asesinato contra los anarquistas que excitaron a la matanza y la sembraron con su mano. Pero la orden de los Caballeros del Trabajo, servida por esos hombres de auto y de paz, es precisamente fuerte por eso: porque condena los medios de fuerza.

Y ¿qué razón tienen en sacar a la vergüenza pública esos ignominiosos maridajes entre las compañías ricas o ambiciosas, y los representantes que emplean en despojar a la nación la autoridad que recibieron de las mismas manos de ella!

La honradez debía ser como el aire y como el sol, tan natural que no se tuviera que hablar de ella; ¡pero hoy va siendo de tan buen tono el robo público, y tan elegante la vileza, que lo que da bochorno es ser honrado! Pues ¿no sucede aquí ahora mismo que la minoría de la junta de inspección del Congreso reconoce que una compañía en miseria distribuyó dos millones y medio de su capital en acciones entre senadores y representantes, para que sus nombres y opinión fueran logrando dar valor a los dos millones y medio restantes, que vendrían a ser el provecho líquido de los iniciadores de la compañía? ¿Quinientos mil pesos en acciones recibió, por el uso de su nombre e influjo, el mismo senador que es hoy, para mengua nacional, Secretario de Justicia de Cleveland. Y como la Secretaría de Justicia, si no el mismo Secretario, instituyó con un costo de \$300,000 a nombre de la nación una demanda de nulidad de patente en favor de la compañía, ¿qué importa que la mayoría democrática de la junta diga que no hubo voluntad en el Secretario de servir a la compañía que lo tenía comprado, y hacer huero en el mercado su medio millón de acciones? No es maravilla que el Senado republicano, vestido ahora en la opinión de penitente, proponga y vote una ley que prohíba a los representantes de ambas casas abogar por empresa alguna que tenga interés de tierra ante el Congreso.

Washington, con la entrada de la primavera en la Casa Blanca, está contento. La esposa del Presidente es galana y sencilla. Un diplomático europeo dijo que no han dado las cosas raras de Egipto producto de más legítima y natural soberanía. El Presidente, teso en sus vo-

luntades honradas, no deja ir de su mano a los demócratas, que lo censuran ni se pliega ante ellos. De mucho se habla de David Davis, el amigo de Lincoln, por casi de ochenta años, y ahora ha muerto: del representante Nims, que llama al gobierno la atención sobre la importancia política de que Francia tome a su cargo la obra del canal de Panamá. Se habla de que los republicanos del Senado se negaron a confirmar a un caballero negro para un alto empleo, por "no parecerles que debe haber negro demócrata". Se habla de que la hermana del Presidente, a quien parece que tiene mechón el casamiento, va a publicar una novela de amores, y a dirigir un periódico en Chicago. Pero nada de esto encubre el escándalo del Secretario de Justicia.

Déjenos ahora a Washington.

¡Ved cómo aplauden desde las orillas del río a los ocho recaudadores del colegio de Columbia, que han vencido a los de Harvard!—Y al volver, en Nueva York, que está en estos días como una flor abierta, ¿qué música es esa que suena, camino de un vapor empavesado que zota con sus sireas blancas el puente rapado? Es una procesión de niños cristianos, vestidos de seda, que van a una isla de niños a celebrar su entrada en Jersa, del brazo de sus amigas americanas, rosadas y frescas.

JOSÉ MANTÍ

*La Nación, Buenos Aires, 15 de agosto de 1886*

**CLEVELAND Y SU PARTIDO**

*Lucha entre el Presidente y los demócratas.—Vicios políticos de los representantes.—Cruel tratamiento de los presos en la penitenciaría.—  
La máquina de levantar.—Sucesos varios*

Nueva York, Agosto 9 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Con el acto de justicia a su propio decoro y a México, expuesto en una carta mía anterior, terminó la Casa sus tareas de este año, distinguidas principalmente por la incapacidad de los partidos para poner de acuerdo sus distintos bandos en las grandes cuestiones de la reforma de la tarifa y la suspensión del acuñamiento de la plata, por el olvido de toda idea alta de patria con que continúan su riña mortal los demócratas y los republicanos y por la resistencia del partido democrático a ayudar al Presidente a conducir la política nacional de manera que el bien público sea lo primero, y el bien del partido sólo se atienda cuando no riñan sus necesidades o conveniencias con las del bien público.

El Presidente quiere que el partido sirva a la nación, y los demócratas se resisten a seguirlo, porque quieren que la nación sirva al partido.

El Presidente quiere lo justo, y mantiene que ese es el camino único de su conocimiento para ganar la confianza popular. Los demócratas de la Casa creen que la política no es el servicio de la justicia, en su grado posible y oportuno, sino de los elementos e intereses que los mantienen en su prominencia y puesto.

La lucha es interesante para cuantos estudian el movimiento de los partidos políticos en las repúblicas. Se averigua ahora aquí si el Presidente de la nación es persona viva, con obligación de cumplir las ofertas en cuya virtud vino al poder,—o si el Presidente, por el hecho de serlo, tiene para con su partido hasta la obligación de ser traidor a su honra personal y a su país, y de pagar los votos de sus correligionarios

con la violación de las promesas hechas a la República por él y por ellos, desde el mismo puesto a que fue precisa y explícitamente encumbrado para que las cumpliera.

Trátase de saber si un partido debe seguir al jefe que escogió de su propia voluntad, en el desarrollo del carácter y programa en cuya virtud fue electo para el gobierno con el consentimiento previo y expreso del partido,—o si debe apartarse del Presidente cuando éste se resista a obedecer a sus sectarios en la adopción de medidas precisamente opuestas a aquellas para cuya realización fue electo.

“Partidario—dice el Presidente—no quiere decir bribón.”

“Para esta política fui elegido, porque en mi vida anterior probé que sabía ponerme frente a mi partido cuando así lo quería la ley escrita o la justicia. Mi partido no tuvo el derecho de votar por mí para venir al gobierno, con la esperanza inmoral de que los halagos del poder o las amenazas de mis partidarios me obligarían a hacer traición a la política para la cual se me elegía. Dije, antes de la elección, mi hostilidad al sistema de repartir como premios personales los empleos públicos; dije mis tendencias a una reforma liberal de la tarifa; dije mi fe en un dinero honrado, y mi deseo de ver suspendida la acuñación de la plata hasta que un convenio internacional fijase su valor; dije que yo entendía la presidencia como un oficio nacional, y no como el aprovechamiento del poder de la República en favor de una de sus sectas o banderías. ¿Qué cargo, pues, me tienen que hacer por ser quien soy firmemente, sin debilidad y sin insolencia? ¿He de seguir a mi partido, cuando me pide que falte deliberadamente a aquello para lo que él y yo vinimos al gobierno, o ha de seguirme mi partido a mí en el cumplimiento del programa en cuya virtud y sobre cuya fe nos trajo al gobierno la nación? Un gobernante que falta al programa por el cual se le elige, es un ladrón del puesto que ocupa, y no vale más que un prisionero de guerra que se escapa después de haber empeñado su palabra de honor.”

Ese encono de la Casa contra el Presidente que no le cede, se ha estado mostrando en la serie de vetos razonados en que Cleveland ha ido devolviendo, con argumentos llenos de severas sátiras, los acuerdos de pensiones injustas concedidas so pretexto de incapacidad contraída en la guerra a gentes que vieron de ella poco, o enfermaron antes o después de ella.

El Congreso ha querido con estas pensiones atraerse el voto de los soldados, por lo que las acordaron con igual largueza republicanos y demócratas; pero el Presidente cree, y dice, que los dineros de la nación no deben usarse con pretextos falsos o fútiles para adelantar intereses de partido. Los republicanos, que introdujeron estos proyectos de pensión y obtendrán el mayor crédito de ellos, rien entre hastidores con mucho regocijo y azuzan a Cleveland de procurarse popularidad de gobernante probó a costa de su propio partido.

Y en esta disensión se ha visto que Cleveland tiene mano mayor para ir juntando con singular astucia la conveniencia y la justicia; porque si bien veta aquellas pensiones otorgadas con base nimia a personas que las han merecido, aprobó sin vacilar el aumento de doce pesos de todas las pensiones de a ocho concedidas por los Congresos anteriores, con lo que ante el país gana por sus vetos fama de íntegro, sin perder por eso la benevolencia de la gente de armas.

Y ese localismo, esa falta de áurea patria, esa angustiosa y amarga servidumbre de los representantes para con las comarcas que los eligen, esa traición perpetua a los intereses generales de la nación en obsequio a las demandas de cada distrito, es aquí el vicio de los electos de todos los partidos, que acaba siempre en igual prodigalidad de los dineros públicos, y en la misma pequeñez de las sumas verdaderamente consagradas al país, por estar los representantes sobrecogidos del miedo de que no alcance el caudal del erario para la concesión que cada uno prometió obtener a su comarca en pago de sus votos.

No hubo en tiempo de los republicanos sección del presupuesto más atacada por los demócratas que la de puertos y ríos; y este año los demócratas han votado para puertos y ríos una suma aún mayor que la que con escándalo y abuso votaron los republicanos en años anteriores.

Más: se habló mucho este invierno de las necesidades de fortificar las costas: se tuvo el asunto vivo en la prensa y en la reuniones de los demócratas: se quería traer sobre el partido el prestigio de una gran idea nacional: se alegaba que así tendrían ocupación las factorías y arsenales norteamericanos, que hoy languidecen o quiebran: se argüía que con el empleo en cosa tan útil del sobrante del tesoro, cesaría ese rebato ignominioso con que ahora caen los representantes sobre los dineros mismos.

Tilden mismo escribió al Presidente de la Casa una carta excelente en que todas esas necesidades de partido estaban muy bien vestidas de necesidades patrióticas.

Vino al fin de la comisión el presupuesto de fortificaciones,—y he ahí que por toda suma, en vez de las cuantías esperadas, sólo vota la Casa unos míseros quinientos mil pesos.—Pero como cada comarca tiene su puerto a que echar muelle, o su arroyuelo que limpiar, he ahí que para puertos y ríos, y los abusos gigantescos que se encubren con este nombre, votó la Casa en cambio veinticinco millones.

El egoísmo levanta a los pueblos y los pierde.

¡Levantar!... he ahí una palabra en estos días tristísima, que movió hace poco a un caballero curioso a visitar, allá en el pueblo seco de pedregales y árboles empolvados de que parece natural crianza, la prisión del Estado de Nueva York, que goza fama de ejemplar y clemente.

Allí hay una máquina terrible de castigo que llaman “máquina de levantar”, y es la tortura misma con que en los tiempos lúgubres se suspendía del suelo por las muñecas a los culpables de la divina maldad del pensamiento.

Dicen los alcaides, es verdad, que estas naturalezas duras que suelen ver el crimen como un derecho, no abaten su fiereza, sino que la enconan y refinan con el trabajo callado y recio de la penitenciaría: que no los doma la oscuridad egipcia de las celdas de castigo: que ni el látigo mismo que les abre canales en las carnes, puede, en ciertos hombres, vencer el odio al trabajo:—¡ay! pero los que ven a la obra a este pueblo sin caridad, saben que allá adentro, en el sigilo de los muros, deben ser ciertas todas las cosas que los presos dicen, y que rizan de espanto la sangre.

Dicen los presos que en vano les permiten tener en sus celdas las obras de la librería y las revistas ilustradas, porque les dejan sin fuerzas para volver las hojas la brutal faena a que los compelen y el castigo del látigo con que se responde a toda petición de su derecho. Dicen que para obtener de ellos en los talleres más ganancia, los estrujan y chupan a trabajo como a la aceituna en el lagar, y no se ve allí en cada preso una criatura a quien mejorar y compadecer, sino una bestia que ha de halar en agonía una tarea enorme. Dicen que alzar los ojos es tener encima una red de látigos. Y hasta dicen los míseros, no hechos nunca

en esta tierra de república a dejar de sentir por completo su decoro y libertad, que hay allí privilegios para los serviles y espías, y que a todos los tienen rapados, pero a esos otros les permiten la barba y los bigotes, cuyo cercén hace a los presos más pesada la ignominia.

Y cuando hablan de la máquina de levantar a los comisionados de prisiones, tiemblan. No ha habido en cinco años preso puesto en ella que no pidiese clemencia a los cuarenta segundos; los cuelgan, por las manos esposadas, de una especie de horca, que van subiendo los alcaides lentamente; las esposas les cortan las carnes; la circulación cesa en los brazos; las puntas de los pies vagan sobre el suelo; los alaridos espantables detienen en el aire los martillos de los presos que escuchan desde sus talleres; y el color no se lo detienen en las mejillas, porque allí no hay una sola mejilla con color: sacan en brazos al preso del potro, y luego lo echan a andar, como una fiera deshuesada.

El curioso que fue a la prisión vio aún luciente en los ojos de uno de esos infortunados el reflejo mortal de la otra vida. Criaturas de barro parecen aquellos hombres sombríos y macilentos: y en la cara amarilla les relampaguean los ojos viscosos como los fuegos fatuos sobre una sepultura.

Un hombre que cruza el Niágara embutido en un casco de madera; un mozo que salta por apuesta desde lo más alto del puente de Brooklyn, y queda vivo; un campamento religioso a donde acuden sesenta mil creyentes; un jurado que oye atónito los detalles de la conspiración tremenda de los anarquistas de Chicago; una vergonzosa investigación de la que resulta que las asociaciones políticas hacen un tráfico infame para provecho personal con los puestos más altos del Estado,—eso sería, después de las cosas mayores, lo más curioso de esta ardiente vida de verano, si no estuvieran comentando a Dante a la sombra de los sagrados árboles de Concord algunas damas y caballeros que cada año se reúnen a hablar de las sublimidades del espíritu,—a poca distancia del campamento religioso donde, agitados por la frenética palabra de una mujer de sesenta años, se postran en la yerba de rodillas los catécúmenos convulsos, alzan en coro los brazos con el rostro lloroso vuelto al cielo, se echan de bruces sobre la tierra, exhalando lamentos y alaridos, se abrazan, se interpelan, tutean a los demonios, se confiesan en voz alta, corren de un lado a otro, se mesan los cabellos, hasta que exhaustos e insensibles se reclinan contra los troncos de los árboles, des-

mayados los brazos, dichosa la sonrisa, y la mirada agonizante y ebria, como de quien a la vez muere y renace: parece como si en el fragor de una infernal batalla se vieran salir de entre los cuerpos palpitantes y rotos los pecados vencidos, cercenadas las garras, desplumadas las alas, ensangrentado el pico, como un tropel de buitres carniceros.

Llevan en camilla a los poseídos hacia la orilla del arroyo: hacen de las hojas de los árboles abanicos con que mover el aire sobre sus labios secos y entreabiertos: la sacerdotisa, vista de cerca, parece como que brilla y humea, y se le ve vagar, temblando, después de su discurso.

Así se mezcla aquí lo extravagante a lo grandioso; y en el sigilo de las selvas ignoradas de los viajeros se acendran la pasión y fuerza bíblicas que deslumbran y arremeten luego con pasmoso empuje en las horas de convulsión o de reforma.

John Brown y Guiteau nacen juntos de esas selváticas escenas; y para entender a este país no sólo hay que mirar a las ciudades con sus palacios de pórvido y su animada maravilla, sino a esas costumbres y extrañezas,—al brio primitivo con que se derriba el bosque y se alza el pueblo en el Oeste,—a la justiciera brutalidad con que para castigar a un seductor se enmascaran de noche los hombres de un pueblo a doscientas millas de Nueva York, sacan de la casa manchada al galán impúdico, y luego que le han vaciado sobre la cabeza un casco de alquitrán y lo han rodado sobre plumas, llévanlo en esta figura a la carretera, a la vergüenza del mundo y de la aurora.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 21 de septiembre de 1896

3

¡MAGNÍFICO ESPECTÁCULO!

*La vida del Oeste.—En un hipódromo de Nueva York.—Indios: cowboys: vaqueros mexicanos.—Las squaws.—Escenas de la vida en el desierto.—Romance de la conquista del Oeste.—Búfalo Bill, el gran escucha.—Grandes fiestas en el hipódromo.—Desfile a la carrera.—Rifleros: jinetes: caballos resabiosos.—Asalto a una diligencia.—La caza del búfalo.—El médico tristísimo*

Nueva York. Agosto 9 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Está a las puertas de Nueva York, uno de los espectáculos más originales y sanos a que pueda asistirse en pueblo alguno.

En procesión brillante, en rápidas escenas, entre la humareda de la pólvora y los gritos de guerra de los indios, pasa ante los ojos con sus trajes nativos y lances apretados la vida del Oeste, la caza de los búfalos, la carrera de los correos, las ocupaciones de los vaqueros, las hazañas de los exploradores, la vida aborigen.

Y al lado del gran circo, donde se celebran con sus actores naturales las cacerías y lidias que han dado al Oeste fama romancesca, levántanse entre los pinos de un bosque tierno las tiendas de campaña en que se alojan los héroes de la fiesta al mando de Búfalo Bill, de Guillermo el de los búfalos, del caballero de las selvas, del gran escucha y guía de las campañas, que en media hora mató una vez cuarenta y ocho bisontes, y tiene en sus ojos azules la melancolía inesfable del que ha mirado tenazmente en lo hondo de la naturaleza.

Allí se vive con la épica grandeza que enamora el alma en los peligros y en las soledades: allí se cría ante los ojos, en juegos inocentes la raza esbelta y áurea que dio al mundo el suelo americano; allí la vida se agiganta y refresca en la contemplación de esa misteriosa novedad que traen los hombres brotados hace poco de la tierra, y los que se entran a caballo por sus virginidades; allí se asiste, transida el alma y el cuerpo palpitante, a los cuadros de odio y acometimiento con que ha arrollado el hombre blanco la solemne espesura, y han saltado a los tiros del rifle, las plumas de las flechas, en el estruendo de la salvaje arremetida. Allí el drama se reproduce inicuo y grande, y se presencia el triunfo del fuerte y la doma de la naturaleza.

La empresa es un ejército.

Los indios, son indios. Los vaqueros, son los mismos que enlazan animales y duermen sobre las culatas de sus rifles en las llanuras donde rondan los lobos y los indios velan.

Los mexicanos, mexicanos son, hábiles en echar el lazo y colear el toro, y los manda el gran montador de caballos viciosos, Antonio Esquivel: y ¡con qué gusto se ve lucir por entre aquellos pinos las chaquetas de hombrera y galón de oro, bordadas por la mano de las novias! ¡parece que centellea sobre las chaquetillas mexicanas, descendiendo radiante por entre los pinares, el sol de la otra América, que vierte en el alma oro!

Los rifleros, son grandes rifleros, y han ensayado sobre pechos de indios ¡ay! y sobre lomos de búfalo, los disparos seguros con que hoy rompen en el aire las bolas de barro.

Búfalo Bill, el jefe, es el célebre escucha de las campañas contra las tribus, el que habla a los indios en sus lenguas propias, el que ha arrancado su penacho de pluma a los guerreros muertos con el mismo cuchillo y el ademán mismo con que ahora repite cada tarde el simulacro de su hazaña.

El médico sacerdotal de imponente estatura que va de choza en choza meciedo en su marcha con ademán regio su corona y arcos de plumas de águila, es el mismo patriarca entristecido que en los bosques *pawnees*, al reflejo de las fogatas llameantes, de pie con sus ornamentos de colores sobre su tribu postrada alza los brazos por encima de su cabeza misteriosa y lívida, prorrumpe en un grito desgarrador y ronco, y vierte sobre su pueblo los consejos de la desolación y la prudencia.

Antes de tomar puesto en el enorme circo, a ver cómo se derriba el bosque y se abre la vida en el Oeste, pasean los visitantes por el grato sombrío a cuya entrada habitan en carpas de pieles curtidas y pintadas por su mano, las familias indias. ¡Qué bellos lucen los guerreros jóvenes, enhiestos y amimbrados, con la hierática hermosura de las fieras en reposo! Las *squaws*, las mujeres que acarrear la carga y levantan la tienda en su existencia vagabunda, allí conversan en cucullas sobre la yerba, mientras sus hijas, pintado el rostro de rojo y amarillo, se columpian con rítmico despacio en las cuerdas atadas de árbol a árbol, y los hijos varones se entretienen en los saltos y juegos con que adiestran sus miembros para su vida de carrera y de ave.

Ríen los ojos de los niños indios, y les lucen con una dulzura y claridad extrañas: suena a arroyo su risa placentera: les cae el cabello agitado por los saltos sobre la espalda cubierta de una blusa verde: en los calzones rojos llevan flecos, y bordados de cuentas en los mocasines de sus pies menudos. Silfos parecen, corriendo alegremente de un tronco a otro. Saltan con pesas en las manos, plegando hacia atrás el cuerpo con los brazos en alto, para que alcance más el brinco a pie juntillas.

Unos tiran la barra; otros persiguen, en el juego de la *crosse*, las pelotas que quieren echar con sus palos encaperuzados en el campo hostil. Otros vencen en la carrera a los niños blancos. Una hija mayor se acurruca a la puerta de una tienda con su hermanín a la espalda, un bravo de un año que ya trae en los ojos la inquietud de la tribu y la astucia de la raza.

Los guerreros y mozos van de carpa en carpa, a saltos elásticos y rítmicos.

De pies a cabeza van cubiertas las madres y las hijas, que por la espalda llevan una manta, y en los pies polainas de cuero, a pesar de lo largo de su túnica.

Se ve a lo lejos al médico que cruza, detiene sobre la gente sus ojos melancólicos y desconsolados, y se entra por lo más espeso de los pinos blandiendo altivamente su bastón de plumas, como un rey en su palacio.

Las ternezas están vedadas a un observador de oficio, pero de aquellas apuestas criaturas de cuerpos cimbreantes y ojos vívidos surgen con tal fuerza la dignidad y la gracia, que se condena vehementemente a los que interrumpieron en flor el natural desenvolvimiento de esta raza fina, —fuerte, imperial y alada, con las águilas que la vieron nacer desde sus cumbres, y a quienes vence el cóndor de los Andes.

En el interior de sus tiendas reposan de sus ejercicios los guerreros, reclinados silenciosamente en círculo al borde de la lona, viendo apretarse en la abertura de la entrada a la gente curiosa que quiere saber cómo es por dentro una tienda india.

Tienen de ala y de estatua aquellas melancólicas figuras. Aquellos son los ojos penetrantes del que pasa la vida en pie y alarma, husmeando entre los troncos de los árboles al enemigo que lo espera apercebido. Se ve una cesta de ojos: todos miran de frente. Tienen en la mirada el aire del desierto, el arrebató y algarada de la cacería, la cola ondeante del caballo libre.

Uno está recostado con descuido, la cabeza en las palmas de las manos, en un fiero abandono de dios joven. Otro, sujeta con ambas manos la pierna encorvada, se mece con movimiento de columpio. Otro, a medio acostar suspende sobre un brazo el cuerpo esbelto, y dibuja sobre el fondo de crepúsculo de la lona su cabeza bronceada, como un sol poniente. Otro, sentado sobre sus talones, mira atento, con los codos clavados en las rodillas, y hundida en las palmas de las manos la cabeza coronada de plumas. En medio de ellos, envuelto en su frazada blanca, está sentado el jefe.

Les caen sobre ambos hombros guedejas de crin negra: usan anchos calzones, amarillos o rojos, y con flecos, pero sujetos por dentro de modo que enseñan y permiten el juego de la pierna: la blusa es verde o azul, de mangas anchas, ceñidas sobre el codo y la muñeca por aros plateados o dorados: llevan al cuello como adorno una piel de castor muerto a su mano, esmaltada de lentejuelas y de espejos: les cruza el pecho en banda una sarta de huesecillos pintados, que distraen las largas marchas por montes y llanos con su sonsonete alegre. Les gusta el ritmo, el canto, la elocuencia, la pintura, el verso. Les gusta el ruido de los cascabeles, que les recuerda a las serpientes místicas; y saben la grandiosa y lenta música que se aprende en los ejercicios ordenados del cuerpo, y en la armonía de la naturaleza. Y así, tendidos, sentados, reclinados, dispuestos en graciosos grupos como un muro de defensa en torno de su jefe, parecen con sus trajes vivos y su escultórico reposo, hombres recién nacidos de las entrañas de la tierra, coloreados con los tintes vírgenes que matizan las flores y pintan las alas de los pájaros en los talleres volcánicos del universo.

Frente a las tiendas de los indios se extienden en hilera los que dan albergue al jefe de la empresa, a sus empleados, a los vaqueros, que aguardan entre sus armas y monturas la hora de echarse a escape sobre el circo, en simulacro de las hazañas y correrías de que fueron héroes reales.

Algo hay del testuz del bisonte en aquellos hombres habituados a domarlo. Con los cuchillos que llevan al cinto han arrancado vivo al búfalo el cuero de que están hechos sus vestidos; y es fortificante y saludable la contemplación de aquellos hombres primarios y genuinos, altos como columnas, erguidos como árboles, pujantes como el viento, que han peleado en la selva solemne con la naturaleza brazo a brazo, y

la han sometido, y se han sentado sobre su cuello a enjugarse el sudor de la victoria, caído a sus pies su sombrero que parece un sol, como se sienta el domador sobre su fiera.

Los *cowboys*, los vaqueros del Oeste, llevan en sí esa fuerza y encanto misteriosos de los que se crían en el peligro. Ellos, con esos mismos rifles, han hecho resonar los montes nuevos donde no hubo antes más ruido que el de los ramajes arrollados por el tronco que rueda de la cumbre depuesto por el rayo, el bramar de los toros encendidos que invitan a su amada temerosa, y el mugir de combate de las bestias que sacian asta en asta la furia soberana de los celos. Ellos, movidos por la voz de adentro que manda abrir tierras y mares, saltaron con el apetito de las aventuras de las chozas de sus padres al lomo de los caballos libres del desierto señoreado por el indio, y echaron adelante a atajar el paso al mundo blanco que venía tras ellos, comiendo lo que cazaban, adelantando entre nubes de flechas, durmiendo sobre sus sillas, con el arma al hombro, bebiendo a veces, por no morir de sed, la sangre de sus cabalgaduras. Ellos han sido la vanguardia de este tropel aurívoro, que va del Este con hambre de siglos, y máquinas por cañones, y locomotoras por cureñas, y por culebrinas rieles, y donde los indios pintaban ayer a la sombra de los fresnos las plumas de águila que habían de ornar sus mantos, levantan hoy como si los hubieran traído a cuevas, palacios de oro y plata que tienen por cimientos los troncos de los árboles petrificados en las montañas en el silencio activo de los siglos: —siglos parecen ser los montes, siglos acurrucados en hilera, a ver hervir y transformarse el mundo.

Eos vaqueros, esos escuchas, esos cazadores, esos rifleros, no son, no, hombres de comedia que se empelucan y disfrazan para hacer en el circo de bravos y de héroes, sino que son los héroes mismos que han empujado en menos de veinticinco años sobre el mar las manadas de búfalos que como vivos montes sombreaban los valles aborígenes, y las tribus de indios que los atravesaban a flechazos en sus maravillosas cacerías, e imitaban después sobre sus pieles las formas y colores de la naturaleza, asemejándose en sus errantes campamentos a pedazos caídos de un arco iris.

Hay en los ojos de estos hombres una especie de vela, de marcha, de alba: no parece que el fuego de sus ojos permite que se cierna sobre ellos pesadamente el párpado.

Aun cuando están sentados, parece que van a arremeter.

Ya los ferrocarriles y ciudades se levantan donde ayer todavía llevaban ellos la vida de guerra y caza que ahora exhiben, para ocupar el verano, a las gentes del Este; pero, acá como allá duermen vestidos. Quieren sus llanos donde el sol se bebe los ríos en el estío, quieren sus abras negras donde el cielo acostado parece de noche un árbol caído, y donde el indio acecha las pieles de búfalo que el cazador vigila con el rifle al hombro, y los caballos que tiene cerco adentro, porque no caiga el indio sobre ellos a la desbandada, y los ahuyente hacia su campo a gritos. Quieren oír en las temibles noches la tempestad que silba y truena sobre la copa de los árboles, y los indios que se acercan salto a salto, de arbusto en arbusto, y los lobos que cruzan aullando, y girando, y centelleando, por entre los troncos. Quieren guiar como antes, cuando hay tribus alzadas, a los soldados de a caballo que las siguen, y husmearlos, cerrarlos, y engañar las veladas charlando junto al fuego, viendo pasar a veces, ¡lo mismo que en la vida!, una banda de lobos detrás de una ternera o despertándose de súbito para desembarazarse de un golpe de indios que a rastras se les han venido encima, ágiles y feroces como una jauría, revolviendo en el aire las hachas que llevan pendientes de las muñecas, lleno el carcaj a las espaldas, luciéndoles a la luz de los disparos con resplandor diabólico los rostros, que traen embijados por parecer más fieros.

Quieren, cuando la pelea los ha dejado escuálidos y hambrientos, dar al salir al valle con una feria de cazadores, donde se retoza, huelga y merca, con abundancia de comida y dineros, alrededor de las fogatas, y se descansa sin temor bajo las recias tiendas de pieles, por cuyas cúspides se escapa, rizado al aire azul, un fino penacho de humo, como por entre las hojas del maíz tierno los hilos rubios que anuncian su sazón.

No se cansa la gente, antes de entrar en el gran circo, de mirar a esos hombres vestidos de cuero, lleno el cinto de cuchillos y pistolas, larga la cabellera hasta los hombros, ancho el sombrero, como para guardar del sol la espalda, y echado atrás, como para dar mejor la frente. Tienen a los pies el lazo, y sobre las piernas, o en el baúl en que se sientan, el rifle a cuyo fuego está más acostumbrado su caballo.

Uno de esos hombres, cuyos ojos azules parecen venir de un gran mar interior, ha entrado materialmente por el bosque cabalgando en una locomotora y defendiéndola a bala de los indios que hacían con sus cuerpos muertos alfombra a su propia tierra.

Otro ayudó a fundar una ciudad junto a las minas, y a látigo y a bala la mantuvo en freno hasta que al rumor de la ganancia vinieron los misioneros y los diarios.

Otro es un ladrón famoso, cuyos ojos muerden, y anda ahora arrepentido, junto al mismo que lo sacó maniatado de un tren que robaba.

Otro rompe en el aire el hilo de un anzuelo, y pasa una bala por una sortija.

Otro se echa a escape con la rienda suelta tras un indio que le adelanta lanzando al aire palomas de barro, y el hombre es tan gran tirador que todas las palomas las rompe en el aire, y caen a tierra en trizas.

Hay mujeres también, célebres en cabalgar y en el tiro al vuelo: —allá las mujeres desmontan, cazan, pelean, dirigen diarios, aran, tunden a los galanes atrevidos, empluman a sus rivales, salen en procesión a ver linchar a los bandoleros, con su merienda en el arzón, y los hijos a la grupa.

No tienen los hombres ese color de fruta sazónada de los que crían en paz la tierra, sino un color misterioso de luz de luna, como si el peligro que perpetuamente afrontan fuese un astro. Aquellas miradas, aquella luz del rostro, aquel sombrero hidalgo, aquel cabello al viento, aquel vestido de héroe, aquella apariencia de puntal que anda pidiendo bóveda, aquel trasunto vivo de una existencia de valor y muerte, ca-lienta en los cerebros el grano de romance y locura que los aviva y colorea, y se siente en el cráneo como un alegre incendio, a cuyos resplandores, sobre un caballo alado, el espíritu mete el pie por el estribo, y en un clarín de oro resuena la llamada a botasilla.

Todo eso se desborda sobre el circo: las tribus con sus jefes, los *cowboys* a todo el correr de sus caballos, los vaqueros de México, las amazonas tendidas sobre sus brutos con la cabellera al viento; y los caballos traen el vientre en tierra.

De allá, del lejano portón, vienen los indios, como colores locos: aullan como si el suelo se abriera bajo sus animales, y dieran suelta a toda la venganza de su raza:—tiene aquel grito, de flecha y gallardete; se tiende por el aire, como el lazo que echan sobre los toros los vaqueros; cimbreo, vibra y arrastra: no ha de quedar de él en la guerra sino lo que queda en la caza de la pieza entregada a la trailla.

Detiene la tribu de súbito sus caballos. Del fondo viene como un sol de colores en un polvo dorado: es el jefe de la tribu, que reciben los indios con vocerío orgulloso.—Otras tribus; otros jefes, todos a escape, y todos acomodándose en hilera.

El circo entero saluda a los *cowboys* con sus pañuelos. cuando se desatan del portón, voceando triunfo, los sombreros girando a todo brazo, roto el aire en la furia de la arremetida.

Sobre alas, más que sobre pies, vienen tras de ellos los mexicanos celosos. Van llegando los héroes, y los van anunciando: el tirador, el escucha, el laceador, el saltador. Viene con paso triste, como si no viese, el médico sacerdote, en un caballo blanco.

Y aparece por fin, entre aquellos trescientos hombres de la naturaleza, el que por la perfección de sus sentidos y la bravura de su corazón ha logrado domarlos: él, el más ágil y fuerte, y jinete mejor; él, el que endereza a los indios en los tiempos de combate las homéricas arengas que les agradan; él, el que obtiene casi siempre que se descian de la muñeca el hacha de pelear, y fumen sentados en coro la pipa de la paz; él, que entre los blancos del Oeste tiene puesto de rey porque redujo la soberbia de un baratero que tenía esclavos a los cazadores, y entre los indios es venerado como jefe porque abatió con su mano en una cacería cuarenta y ocho búfalos; él, Búfalo Bill, que parece nacido sobre su caballo, y ni en rastrear indios, ni en ablandarlos, ni en burlarlos, ni en gobernarlos tiene quien le saque ventaja.

Se pliegan él y su caballo con igual movimiento, como dos hojas gemelas que a compás en la hora de la puesta se van volviendo al sol. Parece el animal como porción del hombre, por lo fino y sutil de su obediencia, y hay música en aquel gracioso andar, y esa penetrante magia con que se gana el alma todo lo perfecto.

Llega, saluda, tuerce bridas, da una voz: y como una tormenta esparciría en encantados remolinos las cuentas de un rosario, así en carrera arrebatada se desgranán mezclados por el circo, indios, *cowboys*, vaqueros y amazonas: se ven cascos que lucen y colas que desaparecen; por entre el polvo turbio, que brilla como un manto cuajado de lentejuelas, asoman puntos verdes, rojos y amarillos: va a paso triste el gran caballo blanco.

Y la fiesta comienza, y las escenas de la vida del Oeste que van ya pintadas, cuando aún está subiendo por el aire, como cantando himnos, la polvareda espesa.

Como tres flechas que apenas se llevan la punta pasan regateando en sus *ponies* veloces un mexicano, una *cowboy* y un indio. Desalado viene un jinete, que fue correo hace años, y enseña cómo se lo era, cuando el correo se servía a caballo ya le tienen dispuesto otro caballo fresco: ya trae él descinchada la montura y sacados los pies de los estribos: salta al caballo nuevo con silla y valija; encincha en un segundo: ¡ya no se ve más que el polvo que levanta!: así era antes el correo.

Las amazonas lucen sus gracias en la carrera. Hacen los tiradores cosas locas. El saltador salva un caballo a pie juntillas. El del lazo derriba por los cuernos a una vaca. Otros, acorralan a un búfalo, y lo van enlazando pierna a pierna, hasta que un *cowboy* lo monta. Tiembla el público al ver lanzar contra el cercado a otro vaquero por un caballo indómito: y cuando está la concurrencia riendo entretenida con los esfuerzos de los mozos por montar los caballos y mulas resabiosos, cuando rompen a correr con su jinete por el aire los brutos vencidos dando tremendos y risibles botes, se ve entrar cojeando y con la cara ensangrentada al *cowboy* que el animal echó contra la cerca, y aunque el público grita que no monte, él se mete debajo de la bestia que se tiende en tierra, él se abraza a su cuello para quedar sobre el animal cuando se alce, él recibe sobre sí el peso del bruto que una y otra vez se deja caer sobre el jinete, y cuando hostigado por los vaqueros, se levanta al fin el caballo con un salto espantable, ya no está solo, sino que lleva al *cowboy* ensangrentado encima. Fingen luego, con verdad que encoge el ánimo, un ataque de los indios a una diligencia: cómo ellos cautamente se avcinan; cómo el coche de mulas se adelanta; cómo caen los indios de repente sobre la diligencia, dando alaridos bárbaros, tal como en sus soledades ven bajar a los buitres sobre su presa con vuelo de cuchillo. La diligencia se defiende: los vaqueros acuden prontos siempre al rescate: sangre de indios cubre el campo aprisa: vence el blanco; pero la diligencia lleva en el pescante a su cochero muerto.

Lentamente vienen a caballo, en otra escena, los de una tribu india. Traen su canto de viaje, que se pega al corazón como una serpiente herida, y es una infinita queja, solitaria e inmensa como los bosques que evoca: tal se cree que se tiene ante los ojos la soledad con su silencio y su espesura; y se entra la cabalgata triste por el alma, como un difunto entra en su féretro. Cantan lo que se va y no tiene remedio: cantan el río que muere, el pájaro que muere, la luz que muere: cantan la desesperación y la mortaja. Bajan de sus caballos, y se sientan en

coro a fumar la pipa, mientras las *squaws* fornidas, que ahorran a sus maridos las fuerzas, para defenderlas, levantan las tiendas, encienden el fuego, y ponen sobre él las ramas secas en que se ha de asar la carne de búfalo que aún queda de la última correría. Saltan por allí junto y jinetean en los burros los indiecitos; y luego se acercan todos, para que las *squaws* bailen primero, con el ritmo monótono y melancólico de toda raza acabada de nacer, y después de ellas bailen los bravos de la tribu su danza de guerra, selvática fanfarria de la que se escapan inacordes gritos, tal como en un encierro de caballos para cazar el búfalo rompen la fila husmeando el riesgo con bravura los más impacientes.

Y así va viendo la absorta fantasía, con fruición de enamorada, los lances nativos de aquella existencia original y grandiosa: así asiste en todo el fulgor de la verdad al desalmado combate entre los dueños naturales del país y los conquistadores de la selva; así se va sacando al alma mansamente de la poquedad y escualidez de la vida ciudadana, —cuando un espectáculo estremeedor, involuntariamente excita a ponerse en pie sobre las gradas, cual si fuera vergüenza quedarse holgando en los estrados de la vida cuando cruzan ante nosotros, con la majestad del trabajo y el peligro, los que bregan en sus entrañas. Es la caza del búfalo, masa contra masa.

Se traen una manada, y se ve la caza—como si fuera cierta.

El ingenio nativo de los indios resplandece en ella sobre los movimientos penosos de los blancos.

No trae montura el indio, para que su caballo alcance o escape al búfalo, que cuando arremete arrolla, y cuando huye lleva alas. Unos indios traen rifles, que es como cazan ahora; y otros flechas, como cazaban antes. Vaga la manada desapercibida, semejante de lejos a un oleaje de mar turbia; y en silencio se juntan a su espalda, caballo contra caballo, los hombres todos de la cacería; los indios primero, en cuerpo de más de cien, detrás los blancos. Un hilo puede cambiar la vida en muerte. Se aprietan más, se aprietan. A un solo grito, estridente y frenético, se desgaja toda la masa de jinetes sobre la manada; sólo lo ha visto quien haya visto la negrura irse apiñando en un rincón del cielo, y cuajarse en cerrazón violenta, y desatarse luego, como a voz de rayo, en pardas y mortíferas corrientes, que a cercén de la tierra van rasando cuanto osa alzar la copa al cielo en ira.

Apenas deja el polvo ver la lucha.

La manada, al sentir la caballería, ondea, se entrea bre, huye. Se ven en el turbión que unos búfalos, en vez de huir primero, abren campo a otros; son los machos, que se quedan atrás para guardar sus hembras. Ellas corren más que ellos: ¡pesa siempre la fuerza de crear! Ellos, que ya llevan en las ancas a los cazadores, vuélvense como para arremeter; cierra la caza el cuerpo; tuercen grupas los búfalos: ¡ya no se ve más que el espeso torbellino! Gira el polvo en el aire, como si lo agitase sobre la tierra el estertor de muertos gigantes: ahoga el olor de pólvora: apenas se oyen los alaridos de los indios, que la atmósfera lívida detiene; se alcanza a ver que cada jinete sigue a un búfalo, que es ya su presa cierta: un grito hiende el aire, uno de esos gritos, que da en campaña el alma entera, erguido el cuerpo loco sobre los estribos. Y con el ruido de un monte que cae, desaparecen por el portón la manada vencida y la furia que lo acosa.

Queda la vida palpitando largo tiempo en el circo que se depleta poco a poco, y el curso de curiosos va perdiéndose a lo largo de los pinos, cual sangre que se sale de las venas. El día acaba. Vaqueros, tiradores e indios han entrado en sus tiendas.

Pero junto al más recio y lejano de los pinos, agigantada por la sombra sobre el horizonte su figura enhiesta erizada de plumas, mira a la gente blanca que desaparece, el médico tristísimo, cruzadas sobre el pecho ambas manos huesudas, el escudo a los pies, los ojos secos, y la faz terrosa.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 25 de septiembre de 1886

## CARTA DE NUEVA YORK

*La vida de verano en los Estados Unidos: pobres, ricos, campamentos religiosos, sucesos notables.—Peligro grave de guerra entre México y los Estados Unidos.—Estudio del conflicto: sus antecedentes y su curso.—El Congreso americano censura la actitud premiosa de su Secretario de Estado: actitud firme de México.—Texas y Chihuahua.—La opinión y la prensa en este conflicto: se alaba a México*

Nueva York, Agosto 12 de 1886

Señor Director de *La República*:

Es ardiente en estos meses la vida en los Estados Unidos, como las olas de aire caldeado y plumizo que bajan sobre el Atlántico desde las llanuras encendidas del Oeste. La vida se multiplica y se desborda. Con las hojas a los árboles viene a mujeres y hombres un frenesí de alegría. Se abren al aire casas y almas. Las ciudades se vacían sobre los pueblos frescos de las costas y montañas vecinas. Los niños pobres, que respiran en los barrios más populosos un aire podrido, mueren en un grito penetrante sobre las rodillas de sus madres, o se arrastran con sus manos roídas sobre las piedras de las aceras, buscando consuelo en su frescor al fuego que les consume las entrañas. Los ricos recorren los lugares de campo en ostentosas jiras. Los imbéciles y la gente de mal vivir vociferan y apuestan en las carreras de caballos. Treinta sacerdotes andan en velocípedos visitando los Estados de "Nueva Inglaterra". A la orilla del mar y en la cúspide de los montes se levantan hoteles babilónicos. Sesenta mil creyentes se reúnen a la sombra de un pinar en un campamento religioso, y se arrodillan en el aire libre, corean con aleluyas los discursos de las sacerdotisas, se mesan los cabellos, hunden en la tierra sus cabezas arrepentidas, se abrazan confesándose sus pecados. Partidas de estudiantes distraen el verano explorando a pie las selvas con la tienda al hombro, y fortificándose con el ejercicio del cuerpo y el placer sano y directo de los descubridores. Los maestros juntan grupos de jóvenes dignos de serlo, y se van con ellos a lugares propicios a estudiar Minería en las minas, Agricultura en los campos, en los bosques Botánica. El Congreso se cierra, después de dejar probado que los representantes prefieren dejar solo al Presidente de la Nación en su campaña de reforma de los vicios políticos, a ayudarlo en la tarea de enmendar éstos, para que no sea como hasta aquí la Nación un mero instrumento de los partidos, sino los partidos los servidores leales de la Nación. La

hermana del Presidente comienza a dirigir en Chicago una revista que lleva por nombre *La Vida Literaria*. la misma hermana que no hace dos meses presidía aún la vida social del país. desde la Casa Blanca en Washington. Un hombre cruza el Niágara embutido en un casco oblongo de madera. Un mozo salta, por apuesta. de lo más elevado del puente de Brooklyn al río Oeste, y sale salvo. Ya tiende al cielo en su pedestal de Bedloe Island la estatua de la Libertad su brazo en esqueleto. Mucha villanía política y venta de destinos se descubre en la ciudad de Nueva York. Mucho se comenta la energía del Presidente, que contra el voto del Senado ha dado en Washington a un negro un empleo altísimo. Mucho libro interesante y nuevo se publica. Se inventa un medio económico de producir fuego sin carbón.

Pero con ser todo esto tan vario e interesante, nada, ni la muerte siquiera de aquel ilustre Tilden, que prefirió perder la Presidencia de la República, a que fue electo, antes que permitir a su partido que la conquistase con sangre,—nos interesa tanto a nosotros los de la otra América, como el grave riesgo de una guerra entre México y los Estados Unidos. Es nuestra raza mal entendida la que está en peligro. Es la caterva de cuatrerros y matones ambiciosos de la frontera americana la que quiere forjar un pretexto para echarse sobre el Estado minero de Chihuahua, que excita su codicia. Es nuestro corazón americano, que allí duele. Nuestra patria es una, empieza en el Río Grande. y va a parar en los montes fangosos de la Patagonia. México haría mal, si, contra todo lo que se ve, diese oídos a los perturbadores opulentos que en estos mismos instantes andan buscando su apoyo para influir en la política de Centroamérica. Pero, ¿quién no ha de apenarse de ver expuesto a una agresión injusta del americano, a un pueblo que ha sabido irse amasando con la sangre misma que fluía de sus heridas; a un pueblo que está logrando acumular en nación sobre un territorio vasto y escapadizo, los elementos más hostiles y reacios, los odios más violentos e incansables, las herencias más tercas y dañinas que contendieron en su edad de formación en pueblo alguno?

El caso del conflicto es un mero pretexto, agravado por el apetito de guerra que ya se hace impaciente entre los americanos que pueblan el Estado de Texas, que fue de México hasta la guerra inicua de mil ochocientos cuarenta y ocho, y por la imprevista y exagerada rudeza con que el Secretario de Estado en Washington decidió exigir a México, contra una ley anterior y expresa de su Código, la libertad inmediata

de un americano preso y procesado en Chihuahua justamente por un delito contra la ley de libelo de México, cometido fuera y dentro del territorio mexicano, con desprecio de sentencia anterior del juez de Chihuahua, acatada bajo firma por el preso.

Un periodista americano, Cutting, airado porque un hijo de México. Medina, le establecía un periódico rival en la ciudad mexicana de El Paso del Norte, publicó en ella un ataque injurioso, que en acto de conciliación le condenó el juez a retractar a pedimento de Medina. Se retractó Cutting en El Paso del Norte; pero en la ciudad americana de El Paso, de Texas, unida por un puente a la de México, publicó en un periódico, siempre impreso en inglés, un nuevo ataque a Medina, en inglés y en castellano, y circuló por sí mismo el periódico en El Paso del Norte. El artículo ciento ochenta y seis del Código de México autoriza a los Tribunales de la República a procesar y castigar conforme a sus leyes a los extranjeros presentes en su territorio que hayan cometido fuera de México delitos contra éste que tienen pena en sus leyes criminales. Y Cutting fue preso y procesado en virtud de esta ley, pero no sólo por haber impreso en una ciudad americana un artículo contra un mexicano, penable por la ley de México, sino por el delito de distribuirlo, cometido en México con violación de un acuerdo de su juez y la ley de libelo. El Cutting es de esa mala casta de aventureros sin oficio, que mira como propiedad suya la tierra mexicana, y cría odio de raza a sus hijos bravos, que ven con miedo natural que los americanos pueblen hoy a Chihuahua como poblaron antes a Texas, para alzarse con ella, y recuerdan con penas en el corazón la guerra humillante en que fueron vencidos por el Norte en mil ochocientos cuarenta y ocho. Casi todo Texas está poblado de aventureros; y como el cónsul americano en El Paso del Norte es de los que se enojan de que México posea un país tan valioso como el de Chihuahua, los aventureros, el preso y el cónsul lograron con sus representaciones que el Secretario de Estado en Washington pidiese al Gobierno de México la libertad incondicional de Cutting. El Gobierno de México ofreció en respuesta cortés que el Gobierno Federal ejercería cuanto influjo le fuese legítimamente dable en favor del preso cerca del Gobierno del Estado de Chihuahua; pero se negó con modesta firmeza a entregar al preso, porque ni puede el Gobierno Federal, por la Constitución, compeler así, a su capricho a un Estado libre de la República, ni cabe que el Gobierno mismo de un país obre contra lo que ordena expresamente uno de los artículos del Código, que está llamado a hacer cumplir. En esto, los odios acu-

mulados en ambos lados de la frontera del Río Grande tomaban color de guerra; americanos y mexicanos se amenazaban desde sus respectivas ciudades; voluntarios y tropa de línea recorrían las calles; las asociaciones de veteranos se asociaban a las protestas de los de Texas: el gobernador de Texas, ganoso de popularidad, se mostraba pronto a llevar la guerra a Chihuahua, si el Gobierno de Washington no la llevaba; el Congreso pidió al Presidente la correspondencia, y el Presidente la envió al Congreso, sin recomendar en su carta de mera fórmula solución alguna, ni apoyar el resumen precipitado y violento de la correspondencia con que la ponía ante el Congreso el Secretario de Estado.

Todo en aquellos momentos anunciaba la guerra: los preparativos de los texanos, la acumulación de las tropas de México, la demanda del Secretario, nuevamente rechazada por el Gobierno mexicano, el resumen belicoso del Secretario de Estado, el voto de confianza que la Comisión de Negocios Extranjeros propuso al Congreso, basada solamente en la lectura del resumen. Pero la guerra ha parecido disiparse, y la opinión ha torcido de rumbo en todo lo que no es la gente agresiva de Texas, porque el Congreso se negó a votar la resolución de confianza intimando de nuevo a México la libertad incondicional de Cutting, tan luego como uno de los mismos representantes que habían firmado el proyecto de resolución, reveló con pruebas al Congreso atónito que el resumen hecho de la correspondencia por el Secretario de Estado no presentaba el caso como resultaba de la correspondencia misma. No era verdad que México estuviese procesando a Cutting por un delito cometido en Texas, sino por eso, según está facultado por su ley, y por un delito cometido en México con desacato a un juez mexicano. No era verdad que Cutting estuviese sufriendo en México las amarguras que el Secretario decía, repitiendo con ardor los informes exagerados del cónsul de El Paso; sino que Cutting había tenido constantemente abierta por el juez la libertad bajo fianza, que rechazaba con desdén "porque el asunto estaba ya en manos de su Gobierno". No era verdad que México mostrase arrogancia punible en la defensa de una ley oprobiosa para los Estados Unidos; sino que había "la mayor cortesía y solicitud, y casi humillación", en las respuestas amistosas con que alegaba a los Estados Unidos la existencia previa de una ley general que comprendía el caso de Cutting, y la misma incapacidad del Gobierno Federal para forzar los procesos y sentencias del Tribunal de uno de sus Estados que el Secretario americano alegó ante el Gobierno chino hace pocos meses, cuando

éste le exigió responsabilidad por los asesinatos de sus súbditos por ciudadanos americanos en uno de los Territorios de la Unión. No era verdad, como decía el resumen, que el caso todo se redujera a una injuria de México a la Nación Americana, a la pretensión desnuda de que puede por un artículo de su ley procesar y castigar en su territorio a los ciudadanos extranjeros por delitos penables según su Código, que se hubieran cometido fuera de México. La revelación del representante cambió en desagrado y desconfianza la precipitación con que se disponía el Congreso a apoyar la actitud belicosa del Secretario de Estado: el Congreso suspendió sus sesiones sin tomar noticia de la resolución que se le recomendaba con urgencia; y la honestidad de un solo hombre, defendiendo con palabras que parecían golpes a un pueblo amigo, avasallado injustamente, disipó en una hora la nube de guerra.

Pero, ¡ah!, no puede decirse, por desdicha, que a estas horas se haya desvanecido por completo. El Secretario de Estado dice que el silencioso voto en contra que le dio la Casa de Representantes fue un manejo de los diputados republicanos, que quieren demostrar al país que también los demócratas practican con los pueblos de América la política de intimidación e intrusión que a ellos les censuraban. No rebaja el Secretario sus pretensiones aparentemente, a pesar de la censura del Congreso. No se muestra dispuesto a ceder México, que con su sabiduría en la controversia logró convertir a su propia defensa, por la revelación elocuente del diputado republicano, al Congreso mismo encargado de votar una resolución preparatoria de la guerra. En Texas y en Chihuahua se vive con los rifles cargados y el pie en el estribo, los de Texas dispuestos a pasar el puente e ir a rescatar a Cutting; los de Chihuahua decididos a resistir la invasión y a presentarles la cabeza de Cutting en respuesta. Y el tribunal de El Paso del Norte, sereno frente a la ciudad rival americana, decoroso en este peligro de guerra, procesó en forma a Cutting, con atención a la ley de su delito que rige en su propio Estado de Texas, y lo sentenció a un año de penitenciaría y quinientos pesos de multa, de cuya sentencia apela. Grande es, pues, el peligro que se corre todavía; pero es de honor decir que fuera de la prensa invasora publicada en el Sur, toda la buena prensa de este país se declaró contra la intentona de guerra tan pronto como reveló la verdad de la disputa el representante. Es de honor decir que si bien perdura, por desgracia, en la masa del pueblo americano, esa opinión desdeñosa e ignorante de nuestros países que lo tiene tan dispuesto a mirar en menos, como a dogos falderos, a esos nobles pueblos nacientes

que entre tantos obstáculos adelantan, es cierto también que la costumbre republicana cría en esta tierra, como en todas aquellas donde impera un hábito de justicia que se impone en los casos mismos de decoro nacional hasta este extremo de defender hoy al que se tuvo ayer como enemigo. Es de honor decir que en vez de exasperar a los Estados Unidos, parece, en lo general, haberle sido grata la firme y dolorosa bravura con que, sin desafiar y sin cejar, se ha mostrado México dispuesto a defender su ley y su derecho de la intrusión del pueblo más formidable acaso de la tierra.<sup>1</sup>

*La República. Honduras, 1886*

5

## EL PROCESO DE LOS SIETE ANARQUISTAS DE CHICAGO

*El problema del trabajo en Europa y en América.—Estudio de caracteres.—El proceso.— El veredicto: aplauso unánime*

<sup>1</sup> A continuación aparece una nota de Martí sobre la muerte de Tilden. Véase la sección NORTEAMERICANOS, de estas *Obras Completas*.

Nueva York, Septiembre 2 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Aquellos anarquistas que en la huelga de la primavera lanzaron sobre los policías de Chicago una bomba que mató a siete de ellos, y huyeron luego a las casas donde fabrican sus aparatos mortíferos, a los túneles donde enseñan a sus afiliados a manejar las armas, y a untar de ácido prúsico, para que maten más seguramente, los puñales de hoja acanalada; aquellos que construyeron la bomba, que convocaron a los trabajadores a las armas, que llevaron cargado el proyectil a la junta pública, que excitaron a la matanza y el saqueo, que acercaron el fósforo encendido a la mecha de la bomba, que la arrojaron con sus manos sobre los policías, y sacaron luego a la ventana de su imprenta una bandera roja; aquellos siete alemanes, meras bocas por donde ha venido a vaciarse sobre América el odio febril acumulado durante siglos europeos en la gente obrera; aquellos míseros, incapaces de llevar sobre su razón floja el peso peligroso y enorme de la justicia, que en sus horas de ira enciende siempre a la vez, según la fuerza de las almas en que arraiga, apóstoles y criminales; aquéllos han sido condenados, en Chicago, a muerte en la horca.

Tres de ellos ni entendían siquiera la lengua en que los condenaban. El que hizo la bomba, no llevaba más que unos nueve meses de pisar esta tierra que quería ver en ruinas.

Uno solo de los siete, casado con una mulata que no llora, es norteamericano, y hermano de un general de ejército: los demás han traído de Alemania cargado el pecho de odio.

Desde que llegaron, se pusieron a preparar la manera mejor de destruir. Reunían pequeñas sumas de dinero; alquilaban casas para hacer experimentos; rellenaban de *fulmicoton* trozos pequeños de cañería de gas: iban de noche con sus novias y mujeres por los lugares abandonados

de la costa a ver cómo volaban con esta bomba cómoda los cascos de barco: imprimían libros en que se enseña la manera fácil de hacer en la casa propia los proyectiles de matar: se atraían con sus discursos ardientes la voluntad de los miembros más malignos, adoloridos y obtusos de los gremios de trabajadores: “podrían”—dice el abogado—como el vómito del buitre, todo aquello a que alcanzaba su sombra”.

Aconsejaban los bárbaros remedios imaginados en los países donde los que padecen no tienen palabra ni voto, aquí, donde el más infeliz tiene en la boca la palabra libre que denuncia la maldad, y en la mano el voto que hace la ley que ha de volcarla: al favor de su lengua extranjera, y de las leyes mismas que desatendían ciegamente, llegaron a tener masas de afiliados en las ciudades que emplean mucha gente alemana: en Nueva York, en Milwaukee, en Chicago.

En libros, diarios y juntas adelantaban en organización armada y predicaban una guerra de incendio y de exterminio contra la riqueza y los que la poseen y defienden, y contra las leyes y los que las mantienen en vigor. Se les dejaba hablar, aun cuando hay leyes que lo estorban, para que no pudiesen prosperar so color de martirio, ideas de cuna extraña, nacidas de una presión que aquí no existe en la forma violenta y agresiva que del otro lado del mar las ha engendrado.

Prendieron estas ideas lóbregas en los espíritus menos racionales y más dispuestos por su naturaleza a la destrucción; y cuando al fin, como enseña de este fuego subterráneo, saltó encendida por el aire la bomba de Chicago, se vio que la clemencia equivocada había permitido el desarrollo de una cría de asesinos.

Todo eso se ha probado en el proceso. Ellos que, salvo el norteamericano, tiemblan hoy, pálidos como la cal, de ver cerca la muerte, manejaban en calma los instrumentos más alevosos que han sugerido nunca al hombre la justicia o la venganza.

No fue que rechazasen en una hora de ira el ataque violento de la policía armada: fue que, de meses atrás, tenían fábricas de bombas, y andaban con ellas en los bolsillos “en espera del buen momento”, y atisbaban al paso a los grupos de huelguistas para enardecerles con sus discursos la sangre, y tenían concertado un alzamiento en que se echasen sobre la ciudad de Chicago a una hora fija las carretadas de bombas ocultas en las casas y escondites donde los mismos que ayudaron a hacerlas las descubrieron a la policía.

No embellece esta vez una idea el crimen.

Sus artículos y discursos no tienen aquel calor de humanidad que revela a los apóstoles cansados, a las víctimas que ya no pueden con el peso del tormento y en una hora de majestad infernal la echan por tierra, a los espíritus de amor activo nacidos fatalmente para sentir en sus mejillas la vergüenza humana, y verter su sangre por aliviarla sin miramiento del bien propio.

No: todas las grandes ideas de reforma se condensan en apóstoles y se petrifican en crímenes, según en su llameante curso prendan en almas de amor o en almas destructivas. Andan por la vida las dos fuerzas, lo mismo en el seno de los hombres que en el de la atmósfera y en el de la tierra. Unos están empeñados en edificar y levantar: otros nacen para abatir y destruir. Las corrientes de los tiempos dan a la vez sobre unos y otros; y así sucede que las mismas ideas que en lo que tienen de razón se llevan toda la voluntad por su justicia, engendran en las almas dañinas o confusas, con lo que tienen de pasión estados de odio que se enajenan la voluntad por su violencia.

Así se explica que los trabajadores mismos temblaron al ver qué delitos se criaban a su sombra; y como de vestidos de llamas se desasieron de esta mala compañía, y protestaron ante la nación que ni los más adelantados de los socialistas protegían ni excusaban el asesinato y el incendio a ciegas como modos de conquistar un derecho que no puede ser saludable ni fructífero si se logra por medio del crimen, innecesario en un país de república, donde puede lograrse sin sangre por medio de la ley.

Así se explica cómo hoy mismo, cuando los diarios fijaron en sus tablillas de anuncio el veredicto del jurado, no se oía una sola protesta entre los que se acercaban ansiosamente a leer la noticia.

¡Ay! ¡aquí los corazones no son generalmente sensibles! ¡aquí no hace temblar la idea de un hombre muerto por el verdugo a mano fría! ¡aquí se habitúa el alma al egoísmo y la dureza! pero se suele ver, como en los días de la agonía de Garfield, el corazón público,—se suele sentir, como en los días del abolicionista Wendell Phillips, la pujanza con que se revela la conciencia nacional contra la injusticia o el crimen,—se ve crecer en un instante, como en los días de las huelgas de carros, la ira de la clase obrera cuando se cree injuriada en su decoro o su derecho.

Y esta vez, ni un solo gremio de trabajadores en toda la nación ha mostrado simpatía, ni cuando el proceso, ni cuando el veredicto, con los que mueren por delitos cometidos en su nombre.

Y es porque esos míseros, dándose a sí propios como excusa de su necesidad de destrucción las agonías de la gente pobre, no pertenecen directamente a ella, ni están por ella autorizados, ni trabajan en construir, como trabaja ella; sino que son hombres de espíritu enfermizo o maleado por el odio, empujados unos por el apetito de arrasar que se abre paso con pretexto público en todas las conmociones populares, pervertidos otros por el ansia dañina de notoriedad o provechos fáciles de alcanzar en las revueltas,—y otros, ¡los menos culpables, los más desdichados! endurecidos, condensados en crimen, por la herencia acumulada del trabajo servil y la cólera sorda de las generaciones esclavas.

Aquí, a favor de la gran libertad legal, de lo fácil del escape en esta población enorme, de la indulgencia que envalentonó la propaganda anarquista, se reunieron naturalmente para su obra de exterminio esos elementos fieros de todo sacudimiento público: los fanáticos, los destructores y los charlatanes. Los ignorantes los siguieron. Los trabajadores cultos se retrajeron de ellos con abominación. Los obreros norteamericanos miraron como extraños a esos medios y hombres nacidos en países cuya organización despótica da mayor gravedad y color distinto a los mismos males que aquí los hábitos de libertad hacen llevaderos.

El silencio amparó la obra siniestra.

Y cuando llegaron para Chicago las horas de inquietud que en su justa revuelta por su mejoramiento está causando en todo el país la gente obrera, saltaron a su cabeza los hombres tenebrosos, vociferando, ondeando pañuelos rojos, azuzando a los desesperados, echando al aire la bomba encendida.

Saltaron en pedazos los hombres rotos: murieron miembro a miembro desesperados en los hospitales: repudió toda la gente de trabajo a los que a sangre fría mataban en su nombre. Y hoy, cuando se anuncia el veredicto que los condena a muerte, se siente que en esta masa de millones hay todavía rincones vivos donde se hacen bombas, se reúnen en Nueva York dos mil alemanes a condolerse de los sentenciados, se sabe que no han cesado en Chicago, ni en Milwaukee, ni en Nueva York los trabajos bárbaros de estos vengadores ciegos; pero las grandes masas no han alzado la mano contra el veredicto, ni el curioso indiferente que se acercara hoy a las tablillas de los diarios hubiera podido oír a un solo trabajador ni comerciante, ni una palabra de condenación o de ira contra el acuerdo del jurado.

El que más, el extranjero de alma compasiva, el pensador que ve en las causas, se entristecían y callaban.

Porque entre otras cosas, los peligros mismos que, a la raíz del proceso, corría el jurado, venían siendo garantía de que él no daría veredicto de muerte contra los anarquistas, a tener la menor posibilidad de evitarse así una inquietud para la conciencia y un riesgo para sus vidas. Si la evidencia no era absoluta, el jurado se aprovecharía de ello para no incurrir en la ira de los anarquistas.

Ya se sabe que el jurado aquí, como en todas partes, no es como los jueces, que viven de la justicia y pueden afrontar los peligros que les vengan de ejercerla con la protección y paga del orden social que los necesita para su mantenimiento.

Estos doce jurados, traídos muy contra su voluntad a juzgar a los jefes de una asociación numerosa de hombres que creen glorioso el crimen, y criminales a todos los que se les oponen, habían de temer con razón que los anarquistas, enfurecidos por la sentencia de sus jefes, llevasen a cabo las amenazas que esparcían abundantemente, mientras se estaba eligiendo el jurado.

Treinta y seis días tardó el jurado en formarse. Novecientos ochenta y un jurados hubo que examinar para poder reunir doce.

Reunidos al fin, siguió por todo un mes la sombría vista.

De noche reposaban los jurados en sus cuartos en el hotel, vigilados por los alguaciles que debían librarles de toda comunicación o amenaza: deliberaban: comentaban los sucesos del día: iban concentrando el juicio: se distraían tocando piano, banjo y violín. De día eran las sorpresas.

Ya era el norteamericano Parsons, a quien la policía no podía hallar, y se presentó de súbito en la sala del proceso, desaseado, barbón, duro, arrogante: ya era que iban perdiendo su seguridad aparente los presos, conforme el fiscal público presentaba en el banquillo como testigos a los cómplices mismos de los anarquistas, al regente de la imprenta del periódico que incitaba a la matanza, al dueño de la casa donde el recién llegado alemán hacía las bombas.

Una joven repartía un día a los presos ramilletes de flores encarnadas. La madre del periodista Spies oía día sobre día las declaraciones contra su hijo. El fiscal presentó en su propia mano una bomba car-

gada, de las que se hallaron en un escondite, fabricadas por uno de los presos. con ayuda del cómplice que lo denunciaba desde el banquillo.

Cada día se veían crecer las alas de la muerte, y se sentían más aquellos infelices bajo su sombra.

Todo se fue probando: la premeditación, la manufactura de los proyectiles, la conspiración, las excitaciones al incendio y el asesinato. la publicación de claves en el diario con este fin, el tono criminal de los discursos en la junta de Haymarket, la preparación y lanzamiento de la bomba desde la carreta de los oradores.

Estaba entre los presos el que la había hecho, ésa y cien más.

Los restos de la bomba eran iguales a las que los cómplices de los presos entregaron a la policía, y a las que tenía el periodista en su imprenta y enseñaba como una hazaña.

Los testigos de la defensa se contradijeron y dejaron en pie la acusación. Los testigos de la acusación eran amigos, compañeros, empleados, cómplices de los presos.

Sin miedo hablaron el fiscal y su abogado. Sin fortuna ni solidez hablaron los defensores. El juez dijo al jurado en sus indicaciones que el que incita a cometer un delito y a prepararlo es tan culpable de él como el que lo comete.

Anonadaba tanta prueba. Estremecía lo que se había oído y visto. Trascendía al tribunal el espanto público.

El jurado deliberó poco, y a la mañana siguiente los presos fueron llamados a oír el veredicto.

¡Pobres mujeres! La viejecita Spies, la madre del periodista, estaba en su rincón, mirando como quien no quiere ver. Allí su hermana joven. Allí la novia lozana de uno de los presos. Allí la mujer de Schwab, desdichada y seca criatura, el cuerpo como roído, de rostro térreo y manos angulosas, extraña en el vestir, los ojos vagos y ansiosos, como de quien viviese en compañía de un duende: Schwab es así: desgarrado, repulsivo, de funesta apariencia; la mirada caída bajo los espejuelos, la barba silvestre, el pelo en rebeldía, la frente no sin luz, el conjunto como de criatura subterránea.

Allí la mulata de Parsons, implacable e inteligente como él, que no pestañea en los mayores aprietos, que habla con feroz energía en las juntas públicas, que no se desmaya como las demás, que no mueve un

músculo del rostro cuando oye la sentencia fiera. Los noticieros de los diarios se le acercan, más para tener qué decir que para consolarla. Ella aprieta el rostro contra su puño cerrado.

No mira; no responde; se le nota en el puño un temblor ericiente; se pone en pie de súbito, aparta con un ademán a los que la rodean, y va a hablar de la apelación con su cuñado.

La viejecita ha caído en tierra. A la novia infeliz se la llevan en brazos. Parsons se entretenía mientras leían el veredicto en imitar con los cordones de una cortina que tenía cerca el nudo de la horca, y en echarlo por fuera de la ventana, para que lo viese la muchedumbre de la plaza.

En la plaza, llena desde el alba de tantos policías como concurrentes, hubo gran conmoción cuando se vio salir del tribunal, como si fuera montado en un relámpago, al cronista de un diario,—el primero de todos. Volaba. Pedía por merced que no lo detuviesen. Saltó al carruaje que lo estaba esperando.

—“¿Cuál es, cuál es el veredicto?”—voceaban por todas partes.—“¡Culpables!”—dijo, ya en marcha. Un hurra, ¡triste hurra!, llenó la plaza. Y cuando salió el juez, lo saludaron.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 21 de octubre de 1886

## EL TERREMOTO DE CHARLESTON

*Horror del primer choque.—Rompe el incendio.—Extraordinarias escenas.—Escenas de la madrugada.—Torres caídas.—Casas rotas: sesenta muertos.—En los alrededores.—Entrada a Charleston de los primeros visitantes.—La ciudad entera vive en carros y tiendas.—Arrebato de los negros.—Orgías religiosas.—Escenas singulares.—Las causas de los terremotos.—La ciudad renace*

Nueva York, Septiembre 10 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Un terremoto ha destrozado la ciudad de Charleston. Ruina es hoy lo que ayer era flor, y por un lado se miraba en el agua arenosa de sus ríos, surgiendo entre ellos como un cesto de frutas, y por el otro se extendía a lo interior en pueblos lindos, rodeados de bosques de magnolias, y de naranjos y jardines.

Los blancos vencidos y los negros bien hallados viven allí después de la guerra en lánguida concordia: allí no se caen las hojas de los árboles; allí se mira al mar desde los colgadizos vestidos de enredaderas; allí, a la boca del Atlántico, se levanta casi oculto por la arena el fuerte Sumter en cuyos muros rebotó la bala que llamó al fin a guerra al Sur y al Norte; allí recibieron con bondad a los viajeros infortunados de la barca Puig.

Las calles van derecho a los dos ríos: borda la población una alameda que se levanta sobre el agua: hay un pueblo de buques en los muelles, cargando algodón para Europa y la India: en la calle de King se comercia; la de Meeting ostenta hoteles ricos: viven los negros parleros y apretados en un barrio populoso; y el resto de la ciudad es de residencias bellas, no fabricadas hombro a hombro como estas casas impúdicas y esclavas de las ciudades frías del Norte, sino con ese noble apartamiento que ayuda tanto a la poesía y decoro de la vida. Cada casita tiene sus rosales, y su patio en cuadro, lleno de yerba y girasoles y sus naranjos a la puerta.

Se destacan sobre las paredes blancas las alfombras y ornamentos de colores alegres que en la mañana tienden, en la baranda del colgadizo alto, las negras risueñas, cubierta la cabeza con el pañuelo azul o rojo; el polvo de la derrota vela en otros lugares el color crudo del

ladrillo de las moradas opulentas, se vive con valor en el alma y con luz en la mente en aquel pueblo apacible de ojos negros.

Y ¡hoy los ferrocarriles que llegan a sus puertas se detienen a medio camino sobre sus rieles torcidos, partidos, hundidos, levantados; las torres están por tierra; la población ha pasado una semana de rodillas; los negros y sus antiguos señores han dormido bajo la misma lona, y comido del mismo pan de lástima, frente a las ruinas de sus casas, a las paredes caídas, a las rejas lanzadas de su base de piedra, a las columnas rotas!

Los cincuenta mil habitantes de Charleston, sorprendidos en las primeras horas de la noche por el temblor de tierra que sacudió como nidos de paja sus hogares, viven aún en las calles y en las plazas, en carros, bajo tiendas, bajo casuchas cubiertas con sus propias ropas.

Ocho millones de pesos rodaron en polvo en veinticinco segundos. Sesenta han muerto, unos aplastados por las paredes que caían, otros de espanto. Y en la misma hora tremenda, muchos niños vinieron a la vida.

Estas desdichas que arrancan de las entrañas de la tierra, hay que verlas desde lo alto de los cielos.

De allí los terremotos con todo su espantable arreo de dolores humanos, no son más que el ajuste del suelo visible sobre sus entrañas encogidas, indispensable para el equilibrio de la creación: ¡con toda la majestad de sus pesares, con todo el empuje de olas de su juicio, con todo ese universo de alas que le golpea de adentro el cráneo, no es el hombre más que una de esas burbujas resplandecientes que danzan a tumbos ciegos en un rayo de sol!: ¡pobre guerrero del aire, recamado de oro, siempre lanzado a tierra por un enemigo que no ve, siempre levantándose aturcido del golpe, pronto a la nueva pelea, sin que sus manos le basten nunca a apartar los torrentes de la propia sangre que le cubren los ojos!

¡Pero siente que sube, como la burbuja por el rayo de sol!: ¡pero siente en su seno todos los goces y luces, y todas las tempestades y padecimientos, de la naturaleza que ayuda a levantar!

Toda esta majestad rodó por tierra en la hora de horror del terremoto en Charleston.

Serían las diez de la noche. Como abejas de oro trabajaban sobre sus cajas de imprimir los buenos hermanos que hacen los periódicos:

ponía fin a sus rezos en las iglesias la gente devota. que en Charleston, como país de poca ciencia e imaginación ardiente, es mucha: las puertas se cerraban, y al amor o al reposo pedían fuerzas los que habían de reñir al otro día la batalla de la casa: el aire sofocante y lento no llevaba bien el olor de las rosas, dormía medio Charleston: ¡ni la luz va más aprisa que la desgracia que la esperaba!

Nunca allí se había estremecido la tierra, que en blanda pendiente se inclina hacia el mar: sobre suelo de lluvias, que es el de la planicie de la costa, se extiende el pueblo; jamás hubo cerca volcanes ni volcanillos, columnas de humo, levantamientos ni solfataras: de aromas eran las únicas columnas, aromas de los naranjos perennemente cubiertos de flores blancas. Ni del mar venían tampoco sobre sus costas de agua baja, que amarillea con la arena de la cuenca, esas olas robustas que echa sobre la orilla, oscuras como fauces, el Océano cuando su asiento se desequilibra, quiebra o levanta, y sube de lo hondo la tremenda fuerza que hincha y encorva la ola y la despide como un monte hambriento contra la playa.

En esa paz señora de las ciudades del Mediodía empezaba a irse la noche, cuando se oyó un ruido que era apenas como el de un cuerpo pesado que empujan de prisa.

Decirlo es verlo. Se hinchó el sonido: lámparas y ventanas retemblaron... rodaba ya bajo tierra pavorosa artillería: sus letras sobre las cajas dejaron caer los impresores, con sus casullas huían los clérigos, sin ropas se lanzaban a las calles las mujeres olvidadas de sus hijos: corrían los hombres desalados por entre las paredes bamboleantes: ¿quién asía por el cinto a la ciudad, y la sacudía en el aire, con mano terrible, y la descoyuntaba?

Los suelos ondulaban; los muros se partían; las casas se mecían de un lado a otro: la gente casi desnuda besaba la tierra: ¡oh Señor! ¡oh, mi hermoso Señor! decían llorando las voces sofocadas: ¡abajo, un pórtico entero!: huía el valor del pecho y el pensamiento se turbaba: ya se apaga, ya tiembla menos, ya cesa: ¡el polvo de las casas caídas subía por encima de los árboles y de los techos de las casas!

Los padres desesperados aprovechan la tregua para volver por sus criaturas: con sus manos aparta las ruinas de su puerta propia una madre joven de grande belleza: hermanos y maridos llevan a rastras, o en brazos a mujeres desmayadas: un infeliz que se echó de una ventana anda sobre su vientre dando gritos horribles, con los brazos y las piernas rotas: una anciana es acometida de un temblor, y muere: otra,

a quien mata el miedo, agoniza abandonada en un espasmo: las luces de gas débiles, que apenas se distinguen en el aire espeso, alumbran la población desatentada, que corre de un lado a otro, orando, llamando a grandes voces a Jesús, sacudiendo los brazos en alto. Y de pronto en la sombra se yerguen, bañando de esplendor rojo la escena, altos incendios que mueven pesadamente sus anchas llamas.

Se nota en todas las caras, a la súbita luz, que acaban de ver la muerte: la razón flota en jirones en torno a muchos rostros, en torno de otros se le ve que' vaga, cual buscando su asiento ciega y aturdida. Ya las llamas son palio, y el incendio sube; pero ¿quién cuenta en palabras lo que vio entonces? Se oye venir de nuevo el ruido sordo: giran las gentes, como estudiando la mejor salida; rompen a huir en todas direcciones: la ola de abajo crece y serpentea; cada cual cree que tiene encima a un tigre.

Unos caen de rodillas: otros se echan de bruces: viejos señores pasan en brazos de sus criados fieles: se abre en grietas la tierra: ondean los muros como un lienzo al viento: topan en lo alto las cornisas de los edificios que se dan el frente: el horror de las bestias aumenta el de las gentes: los caballos que no han podido desuncirse de sus carros los vuelcan de un lado a otro con las sacudidas de sus flancos: uno dobla las patas delanteras: otros husmean el suelo: a otro, a la luz de las llamas se le ven los ojos rojos y el cuerpo temblante como caña en tormenta: ¿qué tambor espantoso llama en las entrañas de la tierra a la batalla?

Entonces, cuando cesó la ola segunda, cuando ya estaban las almas preñadas de miedo, cuando de bajo los escombros salían, como si tuvieran brazos, los gritos ahogados de los moribundos, cuando hubo que atar a tierra como a elefantes bravíos a los caballos trémulos, cuando los muros habían arrastrado al caer los hilos y los postes del telégrafo, cuando los heridos se desembarazaban de los ladrillos y maderos que les cortaron la fuga, cuando vislumbraron en la sombra con la vista maravillosa del amor sus casas rotas las pobres mujeres, cuando el espanto dejó encendida la imaginación tempestuosa de los negros, entonces empezó a levantarse por sobre aquella alfombra de cuerpos postrados un clamor que parecía venir de honduras jamás explotadas, que se alzaba temblando por el aire con alas que lo hendían como si fueran flechas. Se cernía aquel grito sobre las cabezas, y parecía que llovían lágrimas.

Los pocos bravos que quedaban en pie, ¡que eran muy pocos!, procuraban en vano sofocar aquel clamor creciente que se les entraba por las carnes: ¡cincuenta mil criaturas a un tiempo adulando a Dios con las lisonjas más locas del miedo!

Apagaban el fuego los más bravos, levantaban a los caídos, dejaban caer a los que ya no tenían para qué levantarse, se llevaban a cuestras a los ancianos paralizados por el horror. Nadie sabía la hora: todos los relojes se habían parado, en el primer estremecimiento.

La madrugada reveló el desastre.

Con el claror del día se fueron viendo los cadáveres tendidos en las calles, los montones de escombros, las paredes deshechas en polvo, los pórticos rebanados como a cercén, las rejas y los postes de hierro combados y retorcidos, las casas caídas en pliegues sobre sus cimientos, y las torres volcadas, y la espira más alta prendida sólo a su iglesia por un leve hilo de hierro.

El sol fue calentando los corazones: los muertos fueron llevados al cementerio donde está sin hablar aquel Calhoun que habló tan bien, y Gaddens, y Rutledge y Pinckney; los médicos atendían a los enfermos: un sacerdote confesaba a los temerosos: en persianas y en hojas de puerta recogían a los heridos.

Apilaban los escombros sobre las aceras. Entraban en las casas en busca de sábanas y colchas para levantar tiendas: frenesí mostraban los negros por alcanzar el hielo que se repartía desde unos carros: humeaban muchas casas: por las hendiduras recién abiertas en la tierra había salido una arena de olor sulfuroso.

Todos llevan y traen. Unos preparan camas de paja. Otros duermen a un niño sobre una almohada y lo cobijan con un quitasol. Huyen aquéllos de una pared que está cayendo. ¡Cae allí un muro sobre dos pobres viejos que no tuvieron tiempo para huir!: va besando al muerto el hijo barbado que lo lleva en brazos, mientras el llanto le corre a hilos.

Se ve que muchos niños han nacido en la noche, y que, bajo una tienda azul precisamente, vinieron de una misma madre dos gemelos.

San Michael de sonoras campanas, Saint Phillips de la torre soberbia, el Salón hiberniano en que se han dicho discursos que brillaban como bayonetas, la casa de la guardia, lo mejor de la ciudad, en fin, se ha desplomado o se está inclinando sobre la tierra.

Un hombre manco, de gran bigote negro y rostro enjuto, se acerca con los ojos flameantes de gozo a un grupo sentado tristemente sobre un frontón roto:—“no ha caído, muchachos, no ha caído”; ¡lo que no había caído era la casa de justicia, donde al oír el primer disparo de los federales sobre Fort Sumter, se despojó de su toga de juez el ardiente Mc Grath; juró dar al Sur toda su sangre, y se la dio!

En las casas ¡qué desolación! No hay pared firme en toda la ciudad, ni techo que no esté abierto: muchos techos de los colgadizos se mantienen sin el sustento de sus columnas, como rostros a que faltase la mandíbula inferior: las lámparas se han clavado en la pared o en forma de araña han quedado aplastadas contra el pavimento: las estatuas han descendido de sus pedestales: el agua de los tanques, colocados en lo alto de la casa, se ha filtrado por las grietas y la inunda: en el pórtico mismo parecen entender el daño los jazmines marchitos en el árbol y las rosas plegadas y mustias.

Grande fue la angustia de la ciudad en los dos días primeros. Nadie volvía a las casas. No había comercio ni mercado. Un temblor sucedía a otro, aunque cada vez menos violentos. La ciudad era un jubileo religioso; y los blancos arrogantes, cuando arreciaba el temor, unían su voz humildemente a los himnos improvisados de los negros frenéticos: ¡muchas pobres negritas cogían del vestido a las blancas que pasaban, y les pedían llorando que las llevasen con ella,—que así el hábito llega a convertir en bondad y a dar poesía a los mismos crímenes,—¡así esas criaturas, concebidas en la miseria por padres a quienes la esclavitud heló el espíritu, aún reconocen poder sobrenatural a la casta que lo posevó sobre sus padres!: ¡así es de buena y humilde esa raza que sólo los malvados desfigurán o desdeñan!—¡pues su mayor vergüenza es nuestra más grande obligación de perdonarla!

Caravanas de negros salían al campo en busca de mejoras, para volver a poco aterrados de lo que veían. En veinte millas a lo interior el suelo estaba por todas partes agujereado y abierto: había grietas de dos pies de ancho a que no se hallaba fondo: de multitud de pozos nuevos salía una arena fina y blanca mezclada con agua, o arena sólo, que se apilaba a los bordes del pozo como en los hormigueros, o agua y lodo azulado, o montoncillos de lodo que llevaban encima otros de arena, como si bajo la capa de la tierra estuviese el lodo primero y la arena más a lo hondo. El agua nueva sabía a azufre y hierro.

Un tanque de cien acres se secó de súbito en el primer temblor, y estaba lleno de peces muertos. Una esclusa se había roto, y sus aguas se lo llevaron todo delante de sí.

Los ferrocarriles no podían llegar a Charleston, porque los rieles habían salido de quicio, y estallado, o culebreaban sobre sus durmientes suspendidos.

Una locomotora venía en carrera triunfante a la hora del primer temblor, y dio un salto, y sacudiendo tras de sí como un rosario a los vagones lanzados del carril, se echó de bruces con su maquinista muerto en la hendidura en que se abrió el camino. Otra a poca distancia seguía silbando alegremente, la alzó en peso el terremoto, y la echó a un tanque cercano, donde está bajo cuarenta pies de agua.

Los árboles son las casas en todos los pueblos medrosos de las cercanías; y no sale de las iglesias la muchedumbre campesina, que oye espantada los mensajes de ira con que visitan sus cabezas los necios pastores: los cantos y oraciones de los templos campestres pueden oírse a millas de distancia. Todo el pueblo de Summerville ha venido abajo, y por allí parece estar el centro de esta rotura de la tierra.

En Columbia las gentes se apoyaban en las paredes, como los mareados. En Abbeville el temblor echó a vuelo las campanas, que ya tocaban a somatén desenfrenado, ya plañían. En Savannah, tal fue el espanto que las mujeres saltaron por las ventanas con sus niños de pecho, y ahora mismo se está viendo desde la ciudad levantarse en el mar a pocos metros de la costa una columna de humo.

Los bosques aquella noche se llenaron de la gente poblana, que huía de los techos sacudidos, y se amparaba de los árboles, juntándose en lo obscuro de la selva para cantar en coro, arrodillada, las alabanzas de Dios e impetrar su misericordia. En Illinois, en Kentucky, en Missouri, en Ohio, tembló y se abrió la tierra. Un masón despavorido, que se iniciaba en una logia, huyó a la calle con una cuerda atada a la cintura.

Un indio cheroquí que venía de poner mano brutal sobre su pobre mujer, cayó de hinojos al sentir que el suelo se movía bajo sus plantas, y empeñaba su palabra al Señor de no volverla a castigar jamás.

¡Qué extraña escena vieron los que al fin, saltando grietas y pozos, pudieron llevar a Charleston socorro de dinero y tiendas de campaña! De noche llegaron. Eran las calles líneas de carros, como las caravanas del Oeste. En las plazas, que son pequeñas, las familias dormían bajo

tiendas armadas con mantas de abrigo, con toallas a veces y trajes de lienzo. Tiendas moradas, carmesíes, amarillas; tiendas blancas y azules con listas rojas.

Ya habían sido echadas por tierra las paredes que más amenazaban. Alrededor de los carros de hielo, bombas de incendio y ambulancias, se habían levantado tolderías con apariencias de feria. Se oía de lejos, como viniendo de barrios apartados, un vocear salvaje. Se abrazaban llorando al encontrarse las mujeres, y su llanto era el lenguaje de su gratitud al cielo: se ponían en silencio de rodillas: oraban: se separaban consoladas.

Hay unos peregrinos que van y vienen con su tienda al hombro, y se sientan, y echan a andar, y cantan en coro, y no parecen hallar puesto seguro para sus harapos y su miedo. Son negros, negros en quienes ha resucitado, en lamentosos himnos y en terribles danzas, el miedo primitivo que los fenómenos de la naturaleza inspiran a su encendida raza.

Aves de espanto, ignoradas de los demás hombres, parecen haberse prendido de sus cráneos, y picotear en ellos, y flagelarles las espaldas con sus alas en furia loca.

Se vio, desde que en el horror de aquella noche se tuvo ojos con que ver, que de la empañada memoria de los pobres negros iba surgiendo a su rostro una naturaleza extraña; ¡era la raza comprimida, era el Africa de los padres y de los abuelos, era ese signo de propiedad que cada naturaleza pone a su hombre, y a despecho de todo accidente y violación humana, vive su vida y se abre su camino!

Trae cada raza al mundo su mandato, y hay que dejar la vía libre a cada raza, si no se ha de estorbar la armonía del universo, para que emplee su fuerza y cumpla su obra, en todo el decoro y fruto de su natural independencia: ni ¿quién cree que sin atraerse un castigo lógico pueda interrumpirse la armonía espiritual del mundo, cerrando el camino, so pretexto de una superioridad que no es más que grado en tiempo, a una de sus razas?

¡Tal parece que alumbra a aquellos hombres de Africa un sol negro! Su sangre es un incendio; su pasión, mordida; llamas sus ojos; y todo en su naturaleza tiene la energía de sus venenos y la potencia perdurable de sus bálsamos.

Tiene el negro una gran bondad nativa, que ni el martirio de la esclavitud pervierte, ni se oscurece con su varonil bravura.

Pero tiene, más que otra raza alguna, tan íntima comunión con la naturaleza, que parece más apto que los demás hombres a estremecerse y regocijarse con sus cambios.

Hay en su espanto y alegría algo de sobrenatural y maravilloso que no existe en las demás razas primitivas, y recuerda en sus movimientos y miradas la majestad del león: hay en su afecto una lealtad tan dulce que no hace pensar en los perros, sino en las palomas: y hay en sus pasiones tal claridad, tenacidad, intensidad, que se parecen a las de los rayos del sol.

Miserable parodia de esa soberana constitución son esas criaturas deformadas en quienes látigo y miedo sólo les dejaron acaso vivas para transmitir a sus descendientes, engendrados en las noches tétricas y atormentadas de la servidumbre, las emociones bestiales del instinto, y el reflejo débil de su naturaleza arrebatada y libre.

Pero ni la esclavitud que apagaría al mismo sol, puede apagar completamente el espíritu de una raza: ¡así se la vio surgir en estas almas calladas cuando el mayor espanto de su vida sacudió en lo heredado de su sangre lo que traen en ella de viento de selva, de oscilación de mimbre, de ruido de caña! ¡así resucitó en toda su melancólica barbarie en estos negros nacidos en su mayor parte en tierra de América y enseñados en sus prácticas, ese temor violento e ingenuo, como todos los de su raza llameante, a los cambios de la naturaleza encandecida, que cría en la planta el manzanillo, y en el animal el león!

Biblia les han enseñado, y hablaban su espanto en la profética lengua de la Biblia. Desde el primer instante del temblor de tierra, el horror en los negros llegó al colmo.

Jesús es lo que más aman de todo lo que saben de la cristiandad estos desconsolados, porque lo ven fusteadado y manso como se vieron ellos.

Jesús es de ellos, y le llaman en sus preces "mi dueño Jesús", "mi dulce Jesús", "mi Cristo bendito". A él imploraban de rodillas, golpeándose la cabeza y los muslos con grandes palmadas, cuando estaban viniéndose abajo espiras y columnas. "Esto es Sodoma y Gomorra" se decían temblando: "¡Se va a abrir, se va a abrir el monte Horeb!" Y lloraban, y abrían los brazos, y columpiaban su cuerpo. El convencimiento de su expatriación, de la terrible expatriación de raza, les asaltó de súbito por primera vez acaso de sus vidas, y como se ama lo que se ve y lo que hace padecer, se prendían en su terror a los blancos y les rogaban que los tuviesen con ellos hasta que "se acabase el juicio".

Iban, venían, arrastraban en loca carrera a sus hijos; y cuando aparecieron los pobres viejos de su casta, los viejos sagrados para todos los hombres menos para el hombre blanco, postráronse en torno suyo en grandes grupos, oíanlos de hinojos con la frente pegada a la tierra, repetían en un coro convulsivo sus exhortaciones misteriosas, que del vigor e ingenuidad de su naturaleza y del divino carácter de la vejez traían tal fuerza sacerdotal que los blancos mismos, los mismos blancos cultos, penetrados de veneración, unían la música de su alma atribulada a aquel dialecto tierno y ridículo.

Como seis muchachos negros, en lo más triste de la noche, se arrastraban en grupo por el suelo, presa de este frenesí de raza que tenía aparato religioso. Verdaderamente se arrastraban. Temblaba en su canto una indecible ansia. Tenían los rostros bañados de lágrimas: “¡Son los angelitos, son los angelitos que llaman a la puerta!” Sollozaban en voz baja la misma estrofa que cantaban en voz alta. Luego el refrán venía, henchido de plegaria, incisivo, desesperado: “¡Oh, dile a Noé, que haga pronto el arca, que haga pronto el arca, que haga pronto el arca!” Las plegarias de los viejos no son de frase ligada, sino de esa frase corta de las emociones genuinas y las razas sencillas.

Tienen las contorsiones, la monotonía, la fuerza, la fatiga de sus bailes. El grupo que le oye inventa un ritmo al fin de frase que le parece musical y se acomoda al estado de las almas: y sin previo acuerdo todos se juntan en el mismo caso. Esta verdad da singular influjo y encanto positivo a estos rezos grotescos, esmaltados a veces de pura poesía: “¡Oh, mi Señor, no toques, oh, mi Señor, no toques otra vez a mi ciudad!”

“Los pájaros tienen sus nidos: ¡Señor, déjanos nuestros nidos!” Y todo el grupo, con los rostros en tierra, repite con una agonía que se posesiona del alma,—“¡Déjanos nuestros nidos!”

En la puerta de una tienda se nota una negra a quien da fantástica apariencia su mucha edad. Sus labios se mueven; pero no se la oye hablar: sus labios se mueven; y mece su cuerpo, lo mece incesantemente, hacia adelante y hacia atrás. Muchos negros y blancos la rodean con ansiedad visible, hasta que la anciana prorrumpe en este himno:—“¡Oh, déjame ir, Jacob, déjame ir!”

La muchedumbre toda se le une, todos cantando, todos meciendo el cuerpo como ella de un lado a otro, levantando las manos al cielo, expresando con palmadas su éxtasis. Un hombre cae por tierra pidiendo misericordia. Es el primer convertido. Las mujeres traen una lámpara,

y se encucillan a su rededor, le toman de la mano. El se estremece, balbucea, entona plegarias; sus músculos se tienden, las manos se le crispau: un paño de dichosa muerte parece irle cubriendo el rostro: allí queda junto a la tienda desmayado. Y otros como él después. Y en cada tienda una escena como ésa. Y al alba todavía ni el canto ni el mecer de la anciana habían cesado.—Allá en los barrios viciosos, caen so pretexto de religión en orgías abominables, las bestias que abundan en todas las razas.

Ya, después de siete días de miedo y oraciones, empieza la gente a habitar sus casas: las mujeres fueron las primeras en volver, y dieron ánimo a los hombres; la mujer, fácil para la alarma y primera en la resignación: el corregidor vive ya con su familia en la parte que quedó en pie de su morada suntuosa: por los rieles compuestos entran cargados de algodones los ferrocarriles: se llena de forasteros la ciudad consagrada por el valor en la guerra, y ahora por la catástrofe: levanta el municipio un empréstito nacional de diez millones de pesos para reparar los edificios rotos y reponer los que han venido a tierra.

De las bolsas, de los teatros, de los diarios, de los bancos les van socorros ricos en dinero: ya se pliegan por falta de ocupantes muchas de las tiendas que improvisó el gobierno en los jardines y en las plazas. Tiembla aún el suelo, como si no se hubiese acomodado definitivamente sobre su nuevo quicio: ¿cuál ha podido ser la causa de este sacudimiento de la tierra?

¿Será que encogidas sus entrañas por la pérdida lenta de calor que echa sin cesar afuera en sus manantiales y en sus lavas, se haya contraído aquí como en otras partes la corteza terrestre para ajustarse a su interior cambiado y reducido que llama a sí la superficie?

La tierra entonces, cuando ya no puede resistir la tensión, se encoge y alza en ondas y se quiebra, y una de las bocas de la rajadura se monta sobre la otra con terrible estruendo, y tremor sucesivo de las rocas adyacentes siempre elásticas, que hacia arriba y a los lados van empujando el suelo hasta que el eco del estruendo cesa.

Pero acá no hay volcanes en el área extensa en que se sintió el terremoto; y los azufres y vapores que expele por sus agujeros y grietas la superficie, son los que abundan naturalmente por la formación del suelo en esta planicie costal del Atlántico baja y arenosa.

¿Será que allá en los senos de la mar, por virtud de ese mismo enfriamiento gradual del centro encendido, ondease el fondo demasiado

extenso para cubrir la bóveda amenguada, se abriera como todo cuerpo que violentamente se contrae, y al cerrarse con enorme empuje sobre el borde roto, estremeciera los cimientos todos, y subiese rugiendo el movimiento hasta la superficie de las olas?

Pero entonces se habría arrugado la llanura del mar en una ola monstruosa, y con las bocas de ella habría la tierra herida cebado su dolor en la ciudad galana que cría flores y mujeres de ojos negros en la arena insegura de la orilla.

¿O será que, cargada por los residuos seculares de los ríos la planicie pendiente de roca fragmentaria de la costa, se arrancó con violencia, cediendo al fin al peso, a la masa de gneis que baja de los montes Alleghanys, y resbaló sobre el cimiento granítico que a tres mil pies de hondura la sustenta a la orilla de la mar, comprimiendo con la pesadumbre de la parte más alta desasida de la roca las gradas inferiores de la planicie, e hinchando el suelo y sacudiendo las ciudades levantadas sobre el terreno plegado al choque en ondas?

Eso dicen que es: que la planicie costal del Atlántico blanda y caciente, cediendo al peso de los residuos depositados sobre ella en el curso de siglos por los ríos, se deslizó sobre su lecho granítico en dirección al mar.

¡Así, sencillamente, tragando hombres y arrebatando sus casas como arrebatara hojas el viento, cumplió su ley de formación el suelo, con la majestad que conviene a los actos de creación y dolor de la naturaleza!

¡El hombre herido procura secarse la sangre que le cubre a torrentes los ojos, y se busca la espada en el cinto para combatir al enemigo eterno, y sigue danzando al viento en su camino de átomo, subiendo siempre, como guerrero que escala, por el rayo del sol!

Ya Charleston revive, cuando aún no ha acabado su agonía, ni se ha quietado el suelo bajo sus casas bamboleantes.

Los parientes y amigos de los difuntos, hallan que el trabajo rehace en el alma las raíces que le arranca la muerte. Vuelven los negros humildes, caído el fuego que en la hora del espanto les llameó en los ojos, a sus quehaceres mansos y su larga prole. Las jóvenes valientes sacuden en los pórticos repuestos el polvo de las rosas.

Y ríen todavía en la plaza pública, a los dos lados de su madre alegre, los dos gemelos que en la hora misma de la desolación nacieron bajo una tienda azul.

JOSÉ MARTÍ

7

CARTAS DE MARTÍ

*Nueva York en otoño.—La escuela en Nueva York.—Falso concepto de la vida y de la educación.—Influjo de la inmigración en la cultura pública.—Remedio a los defectos observados*

Nueva York, Septiembre 28 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Septiembre es siempre mes animadísimo en la vida norteamericana.

A los baños de mar suceden las partidas de caza; a las partidas de pesca, las grandes regatas entre los veleros ingleses y bostonianos, en que los de Boston ganan.

A los abandonos y coqueterías sobre la arena, que son aquí cosa mayor y pecadora, reemplazan los trajes elegantes de los paseos por el mar y las carreras de caballos; las que en Narragansett Pier y en Bay Harbor paseaban sin miedo de mañana a tarde los trajes más atrevidos y vistosos, ahora con más honesto arreo vuelven a sus hogares de la ciudad, a perder en las cenas de champaña, en las meriendas a la moda, en los bailes y rivalidades del invierno, las rosas que devolvieron a sus mejillas los aires vivos del océano y el campo.

Los teatros se abren; las escuelas sacuden el polvo de los bancos; el congreso de maestros de baile anuncia que ha compuesto tres danzas nuevas; la política que ha recontado sus huestes y remendado sus banderas durante los meses de verano, vuelve con todo el fuego del estío a sus elecciones y combates.

No había más que salir esta mañana a primera hora para comprender que la vida norteamericana está de muda.

Cubría el cielo un velo plumizo; despeinaba las ramas de los árboles un viento sutil; gabán al brazo asaltaban los hombres a paso premioso, las estaciones vibrantes del ferrocarril elevado; como abejas de colores salían de las bocacalles bandadas de criaturas, que iban llenas de libros a las escuelas a tomar sus puestos.

Unos se desviaban para saciar los ojos en los grandes carteles de teatros que ya cubren todos los cercados y paredones de las esquinas; otros, apiñados a la puerta de la clase esperando la hora de entrar,

arreglan con esmero en sus cajitas japonesas sus lápices de pizarra y sus esponjas; otros, casi todos trigueños, como si hubiese rebeldía innata en cierto color, huían como potros cerreros, caídas las medias, descabezados los zapatos, desgajadas las ropas, perdidos los sombreros, de los muchachos de más edad, colorados y rubios, que las maestras de los barrios bajos habían lanzado a recoger a los fugitivos.

En los escaparates ya no se ven chalecos de dril, hamacas de henequén y sombreros de paja, sino capotes de goma, gorras de pieles, guantes fuertes de pelo de camello.

Pero este espectáculo, que encoge lo poco que queda aquí de alma en los pechos tropicales, parece dilatar y rejuvenecer los de los hijos del país: y ya se oyen las voces alegres, el ruido de los cencerros y campanillas de los trineos que inundan la ciudad a las primeras nieves: ya se ven lucir en el aire los penachos rojos, amarillos y azules con que engalanan sus caballos.

Escuelas, teatros, elecciones: he ahí las grandes fiestas de septiembre.

Mucho se habla aquí de las escuelas, de la insuficiencia que en ellas se nota, de la ineficacia de importar a la educación de un país nuevos sistemas extraños surgidos en pueblos de elementos distintos; de lo incompleto, retórico y artificioso del sistema actual, y de la necesidad de reformarlo.

¿Deberá ser la educación de meros elementos literarios, o como aconseja el inglés Mathew Arnold, corre peligro de perderse la nación que aun en su educación primaria no infunde el espíritu superior de las asignaturas bellas?

¿Deberá ser la educación indiferente, general o especial en su enseñanza religiosa?

¿No deberá ser toda la educación, desde su primer arranque en las clases primarias, se preguntan otros,—dispuesta de tal modo que desenvuelva libre y ordenadamente la inteligencia, el sentimiento y la mano de los niños?

Tiene muchos abogados, fanáticos tiene ya, esta que llaman industrial o manual, sin ver que ésa es también una educación parcial, que sólo es principalmente buena para un país de industriales, en vez de ser general y llevar en sí los elementos todos comunes de la vida del país, que es como debe ser la educación pública.

En Nueva York estamos: veamos cómo se presenta el problema en Nueva York.

Las escuelas son muchas, bellas en su mayor parte y monumentales, otras más descuidadas y oscuras: pero con ser tantas, aún falta espacio para los que quieren entrar en ellas.

En las clases, que ya aquí se llaman altas, aunque en muchas de nuestras tierras sólo serían elementales, los puestos sobran: acá, después de los catorce años, son pocos los niños que van a las escuelas.

En las clases menores es donde se aglomeran los hijos de los irlandeses y alemanes, que son aquí el grueso de la población escolar: los de los alemanes sobre todo.

Ciento cincuenta mil puestos hay en las escuelas de primera instrucción: cinco escuelas más van a fabricar este año: cuatro millones anuales gasta la ciudad en enseñanza: y cada año se quedan sin lugar de cuatro a seis mil niños.

¿Cómo se manifiesta en los espíritus ese progreso en el número? ¿Cómo coinciden, o cómo luchan, el sistema generoso de las escuelas y el espíritu seco e individualista del país?

¿Qué defectos de método ha revelado la práctica en esta obra gigantesca de la educación en los Estados Unidos? ¿Qué vicios radicales de constitución en el sistema se descubren observándolo?

¿Deben los hombres juiciosos contentarse con la grandeza formal, externa y aparente de los sistemas, o estudiarlos sinceramente en su agencia, funciones y resultados?

Gran bendición es esa de la abundancia en el número de las escuelas y los escolares; pero mayor sería si la educación que en ellas reciben los niños se asemejase en lo sólido, amplio y espacioso a los edificios en que se distribuye; si el carácter, hábitos y formación del cuerpo de maestras se acomodasen a la hermosura, independencia y orden que rebosan en los providentes y elegantes textos que regala a los niños el Estado; gran bendición sería, si las escuelas fuesen aquí como son en mayor grado en esto en Alemania, casas de razón donde con guía juiciosa se habituase al niño a desenvolver su propio pensamiento, y se le pusieran delante, en relación ordenada, los objetos e ideas, para que deduzca por sí las lecciones directas y armónicas que le dejan enriquecido con sus datos, a la vez que fortificado con el ejercicio y gusto de haberlos descubierto.

En ese desenvolvimiento regular y originario de la inteligencia, está el secreto de la ductilidad y éxito con que los alemanes adelantan en el mundo, a pesar de su dureza y lentitud nativas.

Pero acá ha venido a resultar, por el desajuste ante los encargados de educar y lo generoso del sistema y de los textos, que con sus hermosos libros, con sus facilidades grandes, con su orden exterior, con sus lápices y pizarrillas, con sus gramáticas y geografías, son las escuelas meros talleres de memorizar, donde languidecen los niños año sobre año en estériles delectos, mapas y cuentas; donde se autorizan y ejercitan los castigos corporales; donde el tiempo se consume en copiar palabras y enumerar montes y ríos; donde no se enseñan los elementos vivos del mundo en que se habita, ni el modo con que la criatura humana puede mejorarse y servirse en el contacto inevitable de ellos; donde no se percibe entre maestras y alumnos aquel calor de cariño que agiganta en los educandos la voluntad y aptitud de aprender, y se les queda en el alma dulcemente como una visión del paraíso, que les conforta y alegra la ruta en los desfallecimientos forzosos de la vida.

Las cosas no han de estudiarse en los sistemas que las dirigen; sino en la manera con que se aplican y en los resultados que producen.

La enseñanza ¿quién no lo sabe? es ante todo una obra de infinito amor.

Las reformas sólo son fecundas cuando penetran en el espíritu de los pueblos; y resbalan por sobre ellos, como la arena seca sobre las rocas inclinadas, cuando la rudeza, sensualidad o egoísmo del alma pública resisten el influjo mejorador de las prácticas que sólo acata en forma y nombre.

¿De dónde viene que con ser tan patente el cuidado con que aquí se atiende a la instrucción pública, tan vastos los recursos, tan numerosos los maestros, tan hábiles y bellos los libros, den por resultado general niños fríos y torpes que después de seis años de escuela dejan los bancos sin haber contraído gustos cultos, sin la gracia de la niñez, sin el entusiasmo de la juventud, sin afición a los conocimientos, sin saber por lo común más, cuando mucho saben, que leer a derechas, escribir vulgarmente, calcular en aritmética elemental, y copiar mapas?

Viene del concepto falso de la educación pública: viene de un error esencial en el sistema de educar, nacido de ese falso concepto: viene de la falta de espíritu amoroso en el cuerpo de maestros: viene, como todos esos males, de la idea mezquina de la vida que es aquí la carcoma nacional.

Se mira aquí la vida, no como el consorcio discreto entre las necesidades que tienden a rebajarla y las aspiraciones que la elevan, sino como un mandato de goce, como una boca abierta, como un juego de azar donde sólo triunfa el rico.

Los hombres no se detienen a consolarse y ayudarse. Nadie ayuda a nadie. Nadie espera en nadie.

No hay pueblo que premie, por lo que no hay estímulo a solicitarlo.

Todos marchan, empujándose, maldiciéndose, abriéndose espacio a codazos y a mordidas, arrollándolo todo, todo, por llegar primero.

Sólo en unos cuantos espíritus finos subsiste como una paloma en una ruina, el entusiasmo.

No es malevolencia, no, sino verdad penosa que acá ni en los niños siquiera se notan más deseos que el de satisfacer sus apetitos, y vencer a los demás en los medios de gozarlos.

¿Y esto será envidiable? ¿Debe temblarse de esto!

A eso va el hombre hecho, a eso va la mujer, a eso va el niño que nace de ellos.

¿Qué viene de afuera? ¿Qué acrece este enorme caudal de egoísmo? ¿Cómo influye la inmigración en la cultura pública?

Vienen generaciones hambrientas de hombres abandonados a sí propios, que emplean con ansia la segunda mitad de la vida en librarse de la miseria en que han pasado la primera. No tienen aquí la patria propia, que nutre con su tradición y calienta con sus pasiones el espíritu del más miserable de sus hijos: no tienen aquí el círculo de familia, que conserva al hombre en la fuerza de sí, con la certidumbre de no verse abandonado en la hora de agonía: no tienen aquí el pueblo nativo, cuya estimación ayuda a vivir, y cuya censura es temida.

Sin riendas, sin descanso, sin auxilio, sin más placer que el solitario de la casa, envenenado por la fatiga que cuesta mantenerla, y por la cólera de no ver nunca el suelo patrio, se endurece el hombre en el miedo de los demás y en la contemplación de sí, y engendra, en este estado de personalidad exaltada y enferma, hijos que se crían en la presencia de sus ambiciones y sustos, y en el desconocimiento de los agentes nobles que dan a la naturaleza humana su energía y encanto.

Colosales hileras de dientes son estas masas de hombres.

Aquí se muere el alma por falta de empleo.

Tal es el concepto de la vida: tales son los conceptos fraccionarios sobre su conducción, que se derivan de él.

En balde procura el antiguo espíritu puritánico, acorralado con esta constante invasión, sujetar las riendas que se le van cayendo de las manos. En balde pretenden los hombres previsores dirigir por la cultura y por el sentido religioso esta masa pujante que busca sin freno la satisfacción rápida y amplia de sus apetitos.

En balde los innovadores generosos y los maestros interesados. discurren planes para perfeccionar la instrucción pública y prolongar sus cursos en clases superiores.

El espíritu crudo de la masa arrolla esas tentativas de refinamiento, neutraliza o anula su influjo, e invade y empieza a corromper los cuerpos mismos encargados de dirigirla.

¿Qué vale que la ley tenga un espíritu, si tienen otro los encargados de realizarla?

¿Qué vale mejorar en la forma externa y en los recursos materiales la instrucción pública, que es obra de ternura apasionada y constante, si las maestras que la transmiten ni aun con ser mujeres han podido salvarse del influjo maligno de esta vida nacional sin expansión y sin amor?

¿Qué vale acumular reglas, repartir textos, graduar cursos, levantar edificios, acaudalar estadísticas, si las que se ocupan en esta labor son mujeres vencidas en la batalla de la vida, que endurece y agría, o jóvenes descontentas o impacientes que ven como los pájaros afuera de la escuela, y tienen su empleo en ésta como un castigo injusto de su pobreza, como una prisión aborrecible de su juventud, como una preparación temporal incómoda a los fines más gratos y reales de su vida?

De aquel concepto descarnado de la existencia nace el modo imperfecto de preparar a los niños para ella.

No sólo se ve la existencia principalmente por el aspecto de la necesidad de bastar con el trabajo a sus menesteres; sino que se la ve exclusivamente por ese aspecto.

Esa es la preocupación de todos, el miedo, la fatiga. De eso han padecido sin cesar, de eso padecen el legislador que dispone los cursos, el experto que los aconseja, la maestra que ha de enseñarlos.

A eso proveen: a evitar la angustia que ellos mismos han sentido, a dar al niño los medios rudimentarios de pelear con algún éxito por la existencia.

Leer, escribir, contar: eso es todo lo que les parece que los niños necesitan saber. Pero ¿a qué leer, si no se les infiltra la afición a la lectura, la convicción de que es sabrosa y útil, el goce de ir levantando

el alma con la armonía y grandeza del conocimiento? ¿A qué escribir, si no se nutre la mente de ideas, ni se aviva el gusto de ellas?

Contar sí, eso lo enseñan a torrentes.

Todavía los niños no saben leer una sílaba, cuando ya les han enseñado ¡a las criaturitas de cinco años! a contar de memoria hasta cien.

¡De memoria! Así rapan los intelectos, como las cabezas. Así sufocan la persona del niño, en vez de facilitar el movimiento y expresión de la originalidad que cada criatura trae en sí; así producen una uniformidad repugnante y estéril, y una especie de librea de las inteligencias.

En vez de poner ante los ojos de los niños los elementos vivos de la tierra que pisan, los frutos que cría y las riquezas que guarda, los modos de fomentar aquéllos y extraer éstas, la manera de librar su cuerpo en salud de los agentes e influencias que lo atacan, y la hermosura y superior conjunto de las formas universales de la vida, prendiendo así en el espíritu de los niños la poesía y la esperanza indispensables para llevar con virtud la faena humana,—¡los atiborran en estas escuelas de límites de Estados e hileras de números, de datos de ortografía y definiciones de palabras!

Y así, con una instrucción meramente verbal y representativa, ¿podrá afrontarse la existencia, la existencia en este pueblo activo y egoísta, que es toda de actos y de hechos?

No en vano andan canijos y desorientados, por las calles, reducidos a mandaderos de comercio, la mayor parte de los niños que, sin más dote que una mala letra y un poco de lectura y aritmética, salen a los trece o catorce años de las escuelas públicas. De los que llegan de afuera, con el empuje que da la necesidad; de los que se forman y levantan en el campo, con la pujanza que da el trabajo directo; de los espíritus genuinos que traen en sí la fuerza original incontrastable; de eso viene a esta tierra su crecimiento e ímpetu, no de estas hordas impotentes, criadas por padres ansiosos y maestras coléricas, en escuelas de mera palabra, donde apenas se enseña más que el modo aparente de satisfacer las necesidades que vienen del instinto.

De raíz hay que volcar este sistema. Ya esto se empieza a ver aquí confusamente. Se ve el fracaso, y buscan el remedio. “¡Pongan al muchacho entero en la escuela!” “*Put the whole boy to school!*” acaba de decir con mucha razón en San Luis un defensor de la educación industrial; pero todavía eso no es bastante.

El remedio está en desenvolver a la vez la inteligencia del niño y sus cualidades de amor y pasión, con la enseñanza ordenada y práctica de los elementos activos de la existencia en que ha de combatir, y la manera de utilizarlos y moverlos.

El remedio está en cambiar bravamente la instrucción primaria de verbal en experimental, de retórica en científica; en enseñar al niño, a la vez que el abecedario de las palabras, el abecedario de la naturaleza; en derivar de ella, o en disponer el modo de que el niño derive, ese orgullo de ser hombre y esa constante y sana impresión de majestad y eternidad que vienen, como de las flores el aroma, del conocimiento de los agentes y funciones del mundo, aun en la pequeñez a que habrían de reducirse en la educación rudimentaria.

Hombres vivos, hombres directos, hombres independientes, hombres amantes,—eso han de hacer las escuelas, que ahora no hacen eso.

Eso hizo aquel santo Peter Cooper, que padeció de ignorancia y abandono, y levantó escuela donde se aprendiese la práctica de la vida en sus artes usuales y hermosas,—y la religiosidad y moralidad que surgen espontáneamente del conocimiento de ellas.

Eso, a tientas aún, quisieran hacer aquí con el sistema de escuelas públicas los reformadores más juiciosos: reconstruirlo de manera que no apague al hombre, y surja al sol todo el oro de su naturaleza.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 14 de noviembre de 1886

## 8

### CARTAS DE MARTÍ

*Las elecciones de otoño.—Escenas de las elecciones.—La batalla en Ohio, Connecticut y Tennessee.—Blaine.—Situación probable de esta política para 1888.—Batalla peculiar y pintoresca de dos hermanos, candidatos al gobierno de Tennessee.—Henry George*

Nueva York, Octubre 3 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Están en todo su fuego las elecciones: elecciones de gobernadores en varios Estados, de jueces, de corregidores de la ciudad.

Todo el verano lo pasan los políticos disponiendo sus fuerzas para vencer a sus contrarios en las lides de invierno, que comienzan en septiembre con la batalla de las urnas.

Ya cuando dora agosto los campos maduros las pasiones caldeadas empiezan a ponerse en fila para las elecciones de otoño, que como son locales, se lidian siempre a diente y uña, con odio formidable. Acá se debate como se boxea: ante un circo, y sin guantes. En nuestras tierras pronto estarían rojos todos los vestidos, si oyéramos lo que aquí suele oírse en calma. Se ha adelantado algo en eso, mas sólo en las ciudades visibles, tal como en las casas suele tenerse más cuidada la sala que las habitaciones interiores.

Allá en los Estados de adentro los votos se compran y venden lo mismo que en Nueva York; pero pasan por lo atrevidos y malignos el lenguaje y las acusaciones.

Un gobernador compra a cincuenta pesos los votos de los delegados a la convención reunida para nombrar el candidato del partido.

Otro ofrece perdón a los criminales de la penitenciaría, e introduce en ella de noche a su propio secretario, para que los presos afirmen bajo juramento escrito que durante el gobierno de los demócratas se les obligaba a despellejar a los irlandeses y negros que morían en la prisión "y a hacer con retazos de sus pieles bastones de pasear". ¿Mentira?

El gobernador republicano de Ohio, es quien lo dice, el gobernador Toraker, que va de tribuna en tribuna leyendo al público las declaraciones juradas.

“No es eso sólo”, añade: “El gobernador demócrata empleaba un alcaide que recibía dinero de los presos, del preso Banley, para tratarlo bien y darle un oficio suave.” “¡Mientes!” le grita desde su banco uno de la concurrencia: “aquí está la copia de tu carta al alcaide, que es mi amigo:

“Señor alcaide: agradeceré a usted que saque al preso Hiram Banley de la cuadrilla de contratos, y lo coloque en alguna otra.—El gobernador, *Toraker*.” Pero esa derrota no abate al candidato: dos horas después está pronunciando otro discurso. Sus argumentos parecen más firmes que el del alcaide y el de los presos despellejados: “No hay fraude que los demócratas no hayan cometido en las elecciones de Ohio: se han registrado los que no tenían derecho a votar: los mismos hombres votaban dos veces: en las urnas aparecían papeletas que nadie había echado, y desaparecerían las papeletas republicanas; los encargados del recuento contaron los votos deslealmente, y juraron en falso: ¿quién hay en Ohio que no sepa esto? Aquella votación fue una comedia, un robo verdadero. ¿Y los jueces? Cuando acudíamos a los tribunales, siempre había un juez demócrata dispuesto a aprobar el fraude.”

Y la verdad es que eso no es sueño de *Toraker*; así le arrebataron aquí los republicanos la presidencia a *Tilden*: así quisieron en la última campaña presidencial hurtársela a *Cleveland* los amigos de *Blaine*: así se suelen pervertir aquí con falsificaciones de listas y manejos en las urnas las elecciones municipales.

Y del lenguaje, del lenguaje de los gobernadores ¿se quiere una muestra? Pues he aquí cómo habla en sus discursos electorales el gobernador *Toraker*:—“Todos los empleados demócratas son una trailla de miserables incapaces; de bribones desvergonzados y atrevidos, que robaron y saquearon a derecha e izquierda desde el día que entraron en el poder hasta el día en que fueron echados de él a puntapiés para quedarse donde merecen, esperando a que se les mande, como se les debe mandar, a purgar sus crímenes sirviendo al Estado, pero no como empleados, sino en la penitenciaría.”

Esto es Ohio. En Connecticut, donde también eligen ahora gobernador, el candidato es acusado de haber obtenido con dinero los votos de la convención republicana.

¿Lo acusa un demócrata, una persona de poca cuenta, uno de esos perros a sueldo, que ladran o lamen por la paga? No. El que acusa, en

un folleto circunstanciado, es un republicano de mucha nota en su ciudad.

Pero eso parece que viene de la división profunda que hay en el partido: cuando trabajan juntos todo les parece santo: cuando sus obligaciones o su pasión por opuestos caudillos los dividen, denuncian como crímenes en sus compañeros de ayer sus actos propios.

Ni la caridad ni el guante blanco son producto natural de los Estados Unidos. *Blaine* persigue a sus enemigos sin caridad y sin guante, tal como le persiguen. Hasta el cabello, que le cuelga en guedejas rebeldes sobre la frente, revela en *Blaine* la implacable pasión de su política: sus raras condiciones agresivas deslumbran y enamoran a sus mismos enemigos, en este país de agresión y de combate. Su versatilidad, su catolicidad, su genuina fuerza de palabra, avivan el encanto sentido por hombres que en su mayoría carecen de ella; y en los mismos defectos de *Blaine*, en la hábil venta de su influjo político, en el despejo imperturbable con que afronta las acusaciones más graves y probadas, en su decisión terca de poner su persona con toda clase de artes por sobre los que se oponen a su paso, en la falta visible de escrúpulo y pudor para cometer y ocultar sus culpas públicas, parece como mirarse y perdonarse la masa del país, que ve en ese pecador político que triunfa la sanción de su amor desenfrenado al éxito.

Luego, él tiene el tacto de ver por donde va la pasión momentánea de su pueblo; y con saltos magníficos de tigre se pone a la cabeza de la pasión que pasa. Nada lo deprime. No lo abate nada. Y esa pasmosa capacidad de supervivencia, esa fe ardiente e indómita en sí y en su fortuna le aseguran la admiración y el dominio de la gran masa de un país hecho de hombres que ven la vida como un campo de conquista, y asaltan serenamente la tribuna de los sacerdotes, el banco de los abogados, el foro político, si les va mal en su hacienda de cerdos o en su comercio de zapatería. Ese hombre dúctil representa bien a este país elástico.

La elección de gobernador del Estado de Connecticut este año no es más que un episodio del drama de *Blaine*. El, al día siguiente de caer casualmente vencido por *Cleveland*, se levantó del polvo enjugándose el sudor del rostro, con un discurso temible en los labios, con su candidatura en la mano otra vez.

Corrió el frío desde aquel mismo instante en la médula de los republicanos que por honradez o por envidia habían ayudado a abatirlo.

Su valiente tenacidad retuvo a su lado a sus amigos, en el instante en que creyéndolo acabado en política se preparaban a abandonarlo.

No ha perdido un solo amigo después de su derrota. Ha espiado con fruición las discusiones infelices del partido demócrata, su incapacidad para votar de acuerdo en las cuestiones de la plata, de la tarifa y de los empleos públicos, la resistencia de la masa interesada del partido a ayudar a Cleveland en la política de reforma a que debe su eminencia, la complicidad del Secretario de Justicia en una empresa privada de teléfonos, el error cometido en el caso de México por el Secretario Bayard.

¿No lo acusan a él los demócratas y los republicanos, de haber vendido por acciones a una compañía de ferrocarriles su influjo y autoridad de presidente de la Casa de Representantes? ¡pues ahí está el Secretario de Justicia de los demócratas, que usa en su propio interés y en el de una compañía privada, su influjo y autoridad de Secretario, y los fondos del tesoro público! ¿No decían republicanos y demócratas que él había deshonrado con una política de baratero impúdico en los países de América la Secretaría de Estado? ¡pues ahí está el Secretario de Estado de los demócratas, precipitando una guerra odiosa contra México para asegurar en los Estados del Sur a su candidatura a la Presidencia un número mayor de partidarios!

De todo eso ha hecho Blaine capital para la campaña ardiente de su última candidatura.

Su ejército está en orden: sus amigos le obedecen a ciegas: su voz ha bastado para impedir que en este otoño fueran vencidos en su propio Estado de Maine los republicanos por el partido de la temperancia: sus tenientes tienen la orden de no permitir alzar cabeza a ningún republicano enemigo de la candidatura de Blaine a la Presidencia de la República.

A hierro pelea él, y sus enemigos le pelean a hierro. Por eso es un republicano notable, hostil a Blaine el que acusa con datos, de corrupción y cohecho, al candidato blainista de los republicanos para el gobierno de Connecticut. Por los gobiernos de Estado se va a la Presidencia.

Ojeando estas elecciones menores, vamos estudiando ya sin querer la gran elección presidencial de 1888.

Cuando Blaine fue escogido para candidato de su partido en la elección pasada, sus correligionarios de más respeto y pureza lo abandonaron con aplauso público, reiteraron con pruebas los cargos patentes

contra su honradez personal y política, y sin separarse del partido republicano en doctrina, trabajaron como "independientes" por la elección de Cleveland contra los mismos demócratas, prefiriendo en el gobierno de la nación un adversario puro a un correligionario maculado.

Y ahora, para 1888, la situación parece ser la misma. Blaine reúne en su partido, por todo lo que se ve hasta hoy, más voto y más pasión que Edmunds severo, que Logan verboso, que Sherman cauto. Y los republicanos puros se muestran dispuestos a mantener en el gobierno a los demócratas antes que contribuir a dar el poder a un político culpable que a su juicio deshonor al partido republicano.

Pero no es en Maine donde está el suceso curiosísimo de la campaña de otoño, aunque allí ha lidiado Blaine peleas radiantes contra el partido de la temperancia, que tiene gran fuerza en aquella comarca puritánica: no es en Connecticut, donde un republicano prueba a otro que ha comprado peso a peso a la convención que lo nombró, y se está valiendo de influjos de iglesia para confirmar en la elección este hurto indigno al voto público: no es siquiera en Ohio, donde el mismo gobernador asegura que en la prisión oficial se hacían bastones de los irlandeses y negros despellejados.

El curiosísimo suceso está en Tennessee, donde dos hermanos, demócrata el uno y republicano el otro, recorren juntos el Estado como candidatos rivales al puesto de gobernador, y defienden en debate continuo, cada cual a su partido, desde un mismo escenario.

Hablan desde la misma escena: duermen bajo los mismos techos: impone cada uno a sus amigos el respeto personal hacia su hermano: debaten sin ningún miramiento, y con toda la crudeza de la pasión, sobre los méritos y las faltas de sus partidos: pueblos los reciben: procesiones los siguen: peroran en teatros, en bosques y en grutas: los acompañan lucidas cabalgatas: los cubren de regalos de flores al acabar cada debate: las jóvenes demócratas salen de los pueblos a recibir a su candidato Bob Taylor, vestidas de blanco todas, y ornado el seno con una rosa blanca: en toda la campaña no se han separado Alf y Bob un solo día: se dice que no hubo nunca en Tennessee debate más brillante, y que ha quitado su usual brutalidad a esta campaña política, el respeto con que, a pesar de su franqueza en la discusión, se tratan los dos hermanos.

Han sentido los de Tennessee el romance del suceso; y aunque en su día votarán por el que les llegue más al alma o a la bolsa, ahora se complacen en repartir por igual sus cariños entre los hermanos rivales.

Ambos tocan el violín,—y ¡oh sencillez de los pueblos nacientes!—una noche después de la discusión le llevaron al escenario un violín a cada uno, y sentados en sus sillas gemelas siguieron a piezas de música el debate.

A Bob le regalaron ayer, después de su discurso, un violín hecho de nardes.

Estos dos hombres, hijos de un apacible sacerdote protestante, son de mucha elocuencia. Alf, el republicano, macizo y pequeño, lleva llena de hechos y raciocinios la cabeza grande. Bob, el demócrata, es de alta estatura, de encanto magnético, de manos que sujetan lo que tocan, de ojos que hacen amigos, de verba batalladora y chispeante. Alf despide sus frases con tino de tirador al blanco, apunta, acaricia el blanco, lo cubre con los ojos, da donde duele, pero no apasiona. A Bob se le ven erizadas debajo del frac las plumas; coge a medio vuelo las frases de su hermano, como un gallo de lidia; no para hasta que no las postra en tierra: cuando le alcanza un buen argumento del hermano, lo deja pasar, como si le permitiese salir victorioso: pero de repente cae sobre él con una invención risible, y las razones que no puede contestar, las mata a cuentos, que siempre triunfa en los auditorios ignorantes.

Como cierta sección del Estado es republicana y otra demócrata, sucedió que en la de los demócratas quiso un gañán ofender a Alf. Bob se levantó, y se fue sobre el público, que no tiene en Tennessee fama de blando:—“¡El que insulta a mi hermano me insulta a mí!” Y se acabaron las ofensas.

Alguna vez, herido en lo vivo del debate, se pone Alf torvamente pálido. “¡El único voto demócrata que he dado a las urnas en mi vida, dice con la voz trémula, lo di por este hermano ingrato! Si él hubiera sido electo candidato antes que yo, yo nunca hubiera permitido que a mí después me nombrasen candidato.”

Bob oía esto con la cara encendida, pero cuando acabó el debate esa noche, se llevó en paz a su hermano del brazo.

—“Lo quiero, lo quiero personalmente, dijo Alf, hace tres noches, en medio de su oración, volviéndose a su hermano, pero políticamente ¡lo desprecio, lo desprecio! Yo quiero, siguió diciendo, que los negros se eduquen...”

—“¡Paga primero tus deudas, republicano!” le interrumpe desde el auditorio, un partidario de Bob.

—“¡Estoy seguro, contesta Alf, de que ese que me habla no ha pagado nunca una deuda!”

Así discuten noche tras noche, de un pueblo en otro pueblo, sobre el librecambio que quiere Bob y Alf no quiere, sobre el proyecto de Blair que Bob resiste, porque no cree que los negros, que son ciudadanos libres de un Estado, deban educarse con los dineros de la nación, con limosnas federales.

El debate continúa en las calles de los pueblos, en los asientos del ferrocarril, a la cabeza de las cabalgatas, en su conversación privada.

Siempre hay cerca de ellos partidarios atentos que recogen sus réplicas y las popularizan, como el cuño menor de la elección, en que Bob saca ventaja. Se acerca un viejo campesino a Bob:—“Tengo derecho a saludarte, porque de mí han nacido treinta buenos demócratas, siete hijos y veintidós nietos”.—“No ha vivido usted en vano, mi buen viejo”.—“No en balde, murmura Alf, hay en Tennessee tantos demócratas.”

Bob es bello, es mucho más bello que Alf; pero un labriego de edad, republicano firme, se acerca adonde están sentados los dos, los mira curiosamente; y al fin se vuelve a Alf, como consolándolo con la mirada, y le dice: “Tú eres el mejor mozo, Alf.”

Así adelantan los hermanos rivales de aldea en aldea en esta singular campaña.

Todo el Estado se viste de gala para salir a verlos. A los bordes de los caminos se ven multitudes que saludan al paso al tren que los lleva. Las mujeres de los republicanos ostentan pañuelos rojos; las de los demócratas los llevan blancos. En todas las estaciones les esperan, en filas separadas, sus opuestos amigos, a caballo una veces, para acompañarlos hasta la explanada o bosquecillo vecino, donde puede caber la muchedumbre, otras veces a pie, para seguirlos de la estación a la casa del municipio o al teatro.

Y van las dos hileras, a caballo o a pie, apartadas por las calles, los unos con su rosa o cinta blanca en el ojal de la levita, los otros con rosa, dalia o cinta encarnada.

Las mujeres les regalan banderas, estandartes, ramilletes de flores, frutas finas.

Los hombres se disputan la honra de albergarlos en sus casas.

—“¿A cuál le darás el brazo?”—pregunta sonriendo a su mujer al ir a la mesa el caballero demócrata que hospeda en su casa a ambos: “A

ambos", dice ella; y sigue entre los dos, con uno de cada brazo, entre muchos aplausos.

Esa misma noche, diez mil demócratas se apiñaron debajo de los balcones de la casa para dar una serenata a Bob. Toda la calle era bandera, antorcha y rosa, de fuegos artificiales. Sorprendido, sale Bob al balcón. La multitud comprende en ese instante que puede herir sus sentimientos con la serenata, dejando así involuntariamente a su hermano humillado, y a toda voz, como si cantaran un himno, ¡piden que salgan al balcón los dos hermanos!

Pero lo que en realidad tiene el himno es el empuje, el cariño, la fe contagiosa y simpática con que los trabajadores de Nueva York unidos por primera vez en un serio esfuerzo político, intentan elegir corregidor de esta ciudad del trabajo a uno de los pensadores más sanos, atrevidos y limpios que ponen hoy los ojos sobre las entrañas confusas del nuevo universo, a Henry George.

El, con su frente socrática, parece irradiar luz sobre esta apostólica campaña.

Sacerdotes lo ayudan, y reformadores que parecen sacerdotes.

Lo auxilian con su palabra y su influjo muchos latinoamericanos. No ocultan su miedo ante el advenimiento de esta fuerza nueva los partidos meramente políticos; y se observa que el espíritu de esta ciudad, hija de hechos y capaz de ellos, recibe con respeto la candidatura de este innovador honrado.

A este bautismo de una nueva raza asistiremos atentos.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 7 de diciembre de 1896

## 9

## FIESTAS DE LA ESTATUA DE LA LIBERTAD

*Breve invocación.—Admirable aspecto de Nueva York en la mañana del 28 de octubre.—Los preparativos de la parada.—El escultor Bartholdi.—Aparición de la estatua.—El fragor de los saludos.—Imponente escena.—La plegaria del sacerdote.—Cleveland y su discurso.—La bendición del obispo.—¡Adiós, mi único amor!*

Nueva York, Octubre 29 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Terrible es, libertad, hablar de ti para el que no te tiene. Una fiera vencida por el domador no dobla la rodilla con más ira. Se conoce la hondura del infierno, y se mira desde ella, en su arrogancia de sol, al hombre vivo. Se muerde el aire, como muerde una hiena el hierro de su jaula. Se retuerce el espíritu en el cuerpo como un envenenado.

Del fango de las calles quisiera hacerse el miserable que vive sin libertad la vestidura que le asienta. Los que te tienen, oh libertad, no te conocen. Los que no te tienen no deben hablar de ti, sino conquistarte.

Pero levántate ¡oh insecto! que toda la ciudad está llena de águilas. Anda aunque sea a rastras: mira, aunque se te salten los ojos de vergüenza. Escúrrete, como un lacayo abofeteado, entre ese ejército resplandeciente de señores. ¡Anda, aunque sientas que a pedazos se va cayendo la carne de tu cuerpo! ¡Ah! pero si supieran cuánto lloras, te levantarían del suelo, como a un herido de muerte: ¡y tú también sabrías alzar el brazo hacia la eternidad!

Levántate, oh insecto, que la ciudad es una oda. Las almas dan sonidos, como los más acordes instrumentos. Y está oscuro, y no hay sol en el cielo, porque toda la luz está en las almas. Florece en las entrañas de los hombres.

¡Libertad, es tu hora de llegada! El mundo entero te ha traído hasta estas playas, tirando de tu carro de victoria. Aquí estás como el sueño del poeta, grande como el espacio de la tierra al cielo.

Ese ruido es el del triunfo que descansa.

Esa oscuridad no es la del día lluvioso, ni del pardo octubre, sino la del polvo, sombreado por la muerte, que tu carro ha levantado en su camino.

Yo los veo, con la espada desenvainada, con la cabeza en las manos, con los miembros deshuesados como un montón informe, con las llamas enroscadas alrededor del cuerpo, con el vapor de la vida escapándose de su frente rota en forma de alas. Túnicas, armaduras, rollos de pergamino, escudos, libros, todo a tus pies se amasa y resplandece; y tú imperas al fin por sobre las ciudades del interés y las columnas de la guerra ¡oh aroma del mundo! ¡oh diosa hija del hombre!

El hombre crece: ¡mira como ya no cabe en las iglesias, y escoge el cielo como único templo digno de cobijar a su deidad! Pero tú, oh maravilla, creces al mismo tiempo que el hombre; y los ejércitos, y la ciudad entera, y los barcos empavesados que van a celebrarte llegan hasta tus plantas veladas por la niebla, como las conchas de colores que sacude sobre la roca el mar sombrío, cuando el espíritu de la tempestad, envuelto en rayos, recorre el cielo en una nube negra.

¡Tienes razón, libertad, en revelarte al mundo en un día oscuro, porque aún no puedes estar satisfecha de ti misma! ¡Y tú, corazón sin fiesta, canta la fiesta!

Ayer fue, día 28 de octubre, cuando los Estados Unidos aceptaron solemnemente la Estatua de la Libertad que les ha regalado el pueblo de Francia, en memoria del 4 de Julio de 1776, en que declararon su independencia de Inglaterra, ganada con ayuda de sangre francesa. Estaba áspero el día, el aire ceniciento, lodosas las calles, la llovizna terca; pero pocas veces ha sido tan vivo el júbilo del hombre.

Sentíase un gozo apacible, como si suavizase un bálsamo las almas: las frentes en que no es escasa la luz la enseñaban mejor, y aun de los espíritus opacos surgía, con un arranque de ola, ese delicioso instinto del decoro humano que da esplendor a los rostros más oscuros.

La emoción era gigante. El movimiento tenía algo de cordillera de montañas. En las calles no se veía punto vacío. Los dos ríos parecían tierra firme. Los vapores, vestidos de perla por la bruma, maniobraban rueda a rueda repletos de gente. Gemía bajo su carga de transeúntes el puente de Brooklyn; Nueva York y sus suburbios, como quien está invitado a una boda, se habían levantado temprano. Y en el gentío que a paso alegre llenaba las calles no había cosa más bella, ni los trabajadores olvidados de sus penas, ni las mujeres, ni los niños, que los viejos venidos del campo, con su corbatín y su gabán flotante, a saludar

en la estatua que lo conmemora el heroico espíritu de aquel marqués de Lafayette, a quien de mozos salieron a recibir con palmas y con ramos, porque amó a Washington y lo ayudó a hacer su pueblo libre.

Un grano de poesía sazona un siglo. ¿Quién no recuerda aquella amistad hermosa? Grave era Washington y de más edad: a Lafayette no le asomaba el bozo; pero en los dos había, bajo diversa envoltura, aquella ciega determinación y facultad de ascenso en que se confunden los grandes caracteres. Mujer y monarca dejó aquel noble niño por ayudar a las tropas infelices que del lado de América echaban sobre el mar al rey inglés, y ponían en sublimes palabras los mandamientos de la Enciclopedia, por donde la especie humana anunció su virilidad, con no menor estruendo que el que acompañó la revelación de su infancia en el Sinaí.

Iba la aurora con aquel héroe de cabellos rubios; y el hombre en marcha gustaba más a su alma fuerte que la pompa inicua con que en los hombros de vasallos hambrientos como santo en andas sobre cargadores descalzos, paseaba con luces de ópalo la majestad. Su rey le persigue, le persigue Inglaterra; pero su mujer le ayuda.

¡Dios tenga piedad del corazón heroico que no halla en el hogar acogida para sus nobles empresas! Deja su casa, y su riqueza regia: arma su barco: desde su barco escribe: "Íntimamente unida a la felicidad de la familia humana está la suerte de América, destinada a ser el asilo seguro de la virtud, la tolerancia y la libertad tranquila". ¡Qué tamaño el de esa alma, que depone todos los privilegios de la fortuna, para seguir en sus marchas por la nieve a un puñado de rebeldes mal vestidos! Salta a tierra: vuela al congreso continental: "Quiero servir a América como voluntario y sin paga". En la tierra suceden cosas que esparcen por ella una claridad de cielo.

La humanidad parecía haber madurado en aquel cuerpo joven. Se muestra general de generales. Con una mano se sujeta la herida para mandar a vencer con la otra a los soldados que se preparaban a la fuga. De un centelleo de la espada recoge la columna dividida por un jefe traidor.

Si sus soldados van a pie, él va a pie. Si la república no tiene dinero, él, que le da su vida, le adelanta su fortuna: ¡he aquí un hombre que brilla, como si fuera todo de oro! Cuando su fama le ha devuelto

el cariño de su rey, ve que puede aprovechar el odio de Francia a Inglaterra para echar de América a los ingleses abatidos.

El congreso continental le ciñe una espada de honor, y escribe al rey de Francia: "Recomendamos este noble joven a vuestra majestad por su prudencia en el consejo, su valor en el campo de batalla, y su paciencia en las privaciones de la guerra".

Le pide alas al mar. Francia, el primero de los pueblos, se cuelga de rosas para recibir a su héroe. "¡Es maravilla que Lafayette no se quiera llevar para su América los muebles de Versalles!" dice el ministro francés, cuando ya Lafayette cruza el océano con los auxilios de Francia a la república naciente, con el ejército de Rochambeau y la armada de De Grasse.

Washington mismo desesperaba en aquellos instantes de la victoria. Nobles franceses y labriegos americanos cierran contra el inglés Cornwallis y lo rinden en Yorktown.

Así aseguraron los Estados Unidos con el auxilio de Francia la independencia que aprendieron a desear en las ideas francesas. Y es tal el prestigio de un hecho heroico, que aquel marqués esbelto ha bastado para retener unidos durante un siglo a dos pueblos diversos en el calor del espíritu, la idea de la vida y el concepto mismo de la libertad, egoísta e interesada en los Estados Unidos, y en Francia generosa y expansiva. ¡Bendito sea el pueblo que irradia!

Sigamos, sigamos por las calles a la muchedumbre que de todas partes acude y las llena: hoy es el día en que se descubre el monumento que consagra la amistad de Washington y de Lafayette. Todas las lenguas asisten a la ceremonia.

La alegría viene de la gente llana. En los espíritus hay mucha bandera: en las casas poca. Las tribunas de pino embanderadas esperan, en el camino de la procesión, al Presidente de la República, a los delegados de Francia, al cuerpo diplomático, a los gobernadores de Estado, a los generales del ejército.

Aceras, portadas, balcones, aleros, todo se va cuajando de gozoso gentío. Muchos van por los muelles, a esperar la procesión naval, los buques de guerra, la flota de vapores, los remolcadores vocingleros que llevarán los invitados a la Isla de Bedloe, donde, cubierto aún el rostro con el pabellón francés, espera sobre su pedestal ciclópeo la escultura. Pero los más afluyen al camino de la gran parada.

Acá llega una banda. Allá viene un destacamento de bomberos, con su bomba antigua, montada sobre zancos: visten de calzón negro y blusa roja. Abre paso el gentío a un grupo de franceses, que van locos de gozo. Por allí llega otro grupo: uniforme muy lindo, todo realzado de cordones de oro, gran pantalón de franja, chacó con mucha pluma, mostacho fiero, cuerpo menudo, parla bullente, ojo negrísimo: es una compañía de voluntarios italianos. Por una esquina se divisa el ferrocarril elevado: arriba, el tren repleto: abajo, reparte sus patrullas la policía, bien cerrada en sus levitas azules de botón dorado. A nadie quita la lluvia la sonrisa.

Ya la multitud se repliega sobre las aceras, porque viene a caballo, empilándola con las ancas, la policía montada. Una mujer cruza la calle, llena la capa de hule de medallas de la estatua: de un lado está el monumento; de otro, el amable rostro del escultor Bartholdi. Allí va un hombre de mirada ansiosa, tomando apuntes a la par que anda. ¿Y Francia?

¡Ah! de Francia, poca gente habla. No hablan de Lafayette, ni saben de él. No se fijan en que se celebra un don magnífico del pueblo francés moderno al pueblo americano.

De Lafayette, hay una estatua en la plaza de la Unión; pero también la hizo Bartholdi, también la regaló Francia. Los literatos y los viejos de corbatín recuerdan sólo al marqués admirable. En la caldera enorme hierve una vida nueva. Este pueblo en que cada uno vive con fatiga para sí, ama poco en realidad a aquel otro pueblo que ha abonado con su sangre toda semilla humana.

"Francia—dice un ingrato—nos ayudó porque su rey era enemigo de Inglaterra". "Francia—rumia otro en un rincón—nos regala la estatua de la libertad para que le dejemos acabar en paz el canal de Panamá".

"Laboulaye—dice otro—es el que nos regaló la estatua. El quería poner freno inglés a la libertad francesa. Así como Jefferson aprendió en los enciclopedistas los principios de la declaración de independencia, así Laboulaye y Henry Martin quisieron llevar a Francia los métodos de gobierno que los Estados Unidos heredaron de la Magna Carta."

"Sí, sí: fue Laboulaye quien inspiró a Bartholdi: en su casa nació la idea: Ve, le dijo, y propón a los Estados Unidos construir con nosotros un monumento soberbio en conmemoración de su independencia: sí, la estatua quiso significar la admiración de los franceses prudentes a las prácticas pacíficas de la libertad americana."

Así nació la idea, como crece en lo alto del monte el hilo de agua que, hinchado en su carrera, entra al fin a ser parte del mar. En la tribuna están los delegados de Francia, el escultor, el orador, el periodista, el general, el almirante, el que une los mares y abre la tierra: aires franceses mariposean por la ciudad: el pabellón francés golpea en los balcones y flota en el tope de los edificios; pero lo que aviva todos los ojos y tiene alegres las almas, no es el don de una tierra generosa, que acaso no se recibe aquí con el entusiasmo que conviene, sino el desborde del placer humano, al ver erguido con estupenda firmeza en un símbolo de hermosura arrebatadora aquel instinto de la propia majestad que está en la médula de nuestros huesos, y es la raíz y gloria de la vida.

Vedlos: ¡todos revelan una alegría de resucitados! ¿No es este pueblo, a pesar de su rudeza, la casa hospitalaria de los oprimidos? De adentro vienen, fuera de la voluntad, las voces que impelen y aconsejan. Reflejos de bandera hay en los rostros: un dulce amor conmueve las entrañas: un superior sentido de soberanía saca la paz, y aun la belleza, a las facciones; y todos estos infelices, irlandeses, polacos, italianos, bohemios, alemanes, redimidos de la opresión o la miseria, celebran el monumento de la libertad porque en él les parece que se levantan y recobran a sí propios.

¡Vedlos correr, gozosos como náufragos que creen ver una vela salvadora, hacia los muelles desde donde la estatua se divisa! Son los más infelices, los que tienen miedo a las calles populosas y a la gente limpia: cigarreros pálidos, cargadores gibosos, italianas con sus pañuelos de colores: no corren como en las fiestas vulgares, con brutalidad y desorden, sino en masas amigas y sin ira: bajan del este, bajan del oeste, bajan de los callejones apiñados en lo pobre de la ciudad: los novios parecen casados: el marido da el brazo a su mujer: la madre arrastra a sus pequeñuelos: se preguntan, se animan, se agolpan por donde creen que la verán más cerca.

Ruedan en tanto entre los hurras de la multitud las cureñas empaesadas por las calles suntuosas: parecen con sus lenguas de banderas, hablar y saludar los edificios, enfrénanse, piafan y dejan en la playa a sus jinetes los ferrocarriles elevados, que giran sumisos, como aérea y humeante caballería: los vapores, cual cargados de un alma impaciente, ensayan el ala que los ata a la orilla; y allá, a lo lejos, envuelta en humo, como si la saludasen a la vez todos los incensarios de la tierra, se alza la estatua enorme, coronada de nubes como una montaña.

En la plaza de Madison es la fiesta mayor, porque allí, frente al impío monumento que recuerda la victoria ingloriosa de los norteamericanos sobre México, se levanta, cubierta de pabellones de los Estados Unidos y de Francia, la tribuna donde ha de ver la parada el Presidente. Todavía no ha llegado; pero la plaza es toda una cabeza. Surgen de entre la masa negra los cascos pardos de los policías. Cuelgan por las fachadas festones tricolores.

Parece un ramo de rosas en aquel campo oscuro la tribuna. De vez en cuando recorre un murmullo los grupos cercanos, como si de pronto se hubiera enriquecido el alma pública. ¡Es Lesseps que sube a la tribuna: es Spuller, el amigo de Gambetta, de ojos de acero y de cabeza fuerte: es Jaurés, valeroso, que sacó con gloria del combate de Marners los doce mil soldados, mordidos de cerca por los alemanes: es Pelissier, que herido en Nogent-sur-Marne empuja con la mano pálida la rueda sus cañones: es el teniente Ney, que cuando sus franceses aterrados huían de una trinchera toda en fuego, abrió los brazos y afirmó el pie en tierra, y a empellones, bello el rostro con un resplandor de bronce encendido, echó a los cobardes sobre la boca terrible, y entró por ella: es Laussédats, el coronel canoso que amasó murallas con manos de joven contra las armas prusianas: es Bureaux de Pussy, que no dejó caer entre los enemigos la espada de su bisabuelo Lafayette: es Deschamps, el alcalde de París, que fue tres veces hecho prisionero por los alemanes, y se escapó tres veces: es el joven marino Villegente, figura viva de un cuadro de Neuville: es Caubert, abogado de espada, que quiso hacer con los abogados y los jueces una legión para sujetar el paso a Prusia: es Bigot, es Meunier, es Desmons, es Hielard, es Giroud, que han servido a la patria bravamente con la bolsa o la pluma: es Bartholdi, el creador de la estatua, el que en los ijares de la fortaleza de Belfort clavó su león sublime, el que forjó para Gambetta en plata aquella Alsacia desgarradora que maldice, el que lleva en sus ojos, melancólicos como los de los hombres verdaderamente grandes, todo el dolor del abandonado que en el regazo de su Alsacia muere, y toda la fe del niño en que a su lado la patria resucita.

No se vive sin sacar luz en familiaridad con lo enorme. El hábito de domar da al rostro de los escultores un aire de triunfo y rebeldía. Engrandece la simple capacidad de admirar lo grande, cuanto más el moldearlo, el acariciarlo, el ponerle alas, el sacar del espíritu en idea lo que a brazos, a miradas profundas, a golpes de cariño ha de ir encorvando y encendiendo el mármol y el bronce.

Este creador de montes nació con alma libre en la ciudad alsaciana de Colmar que le robó luego el alemán enemigo; y la hermosura y grandeza de la libertad tomaron a sus ojos, hechos a contemplar los colosos de Egipto, esas gigantes proporciones y majestad eminente a que la patria sube en el espíritu de los que viven sin ella: de la esperanza de la patria entera hizo Bartholdi su estatua soberana.

Jamás sin dolor profundo produjo el hombre obras verdaderamente bellas. Por eso va la estatua adelantando, como para pisar la tierra prometida; por eso tiene inclinada la cabeza, y un tinte de viudez en el semblante; por eso, como quien manda y guía, tiende su brazo fieramente al cielo.

¡A Alsacia, a Alsacia! dice toda ella; y a pedir la Alsacia para Francia ha venido esa virgen dolorosa, más que a alumbrar la libertad del mundo.

Disfraz abominable y losa fúnebre son las sonrisas y los pensamientos cuando se vive sin patria, o se ve en garras enemigas un pedazo de ella: un vapor de embriaguez perturba el juicio, sujeta la palabra, apaga el verso, y todo lo que produce entonces la mente nacional es deforme y vacío, a no ser lo que expresa el anhelo de las almas. ¿Quién siente mejor la ausencia de un bien que el que lo ha poseído y lo pierde? De la vehemencia de los dolores viene la grandeza de su representación.

Ved a Bartholdi, que toma su puesto en la tribuna saludado amorosamente por sus compañeros: una vaga tristeza le baña el semblante: un dolor casto le luce en los ojos: anda como en un sueño: mira hacia lo que no se ve: hacen pensar en los cipreses y en las banderas rotas los cabellos inquietos que caen sobre su frente.

Ved a los diputados: todos ellos han sido escogidos entre los que pelearon con mayor bravura en la guerra en que perdió Francia a la Alsacia.

Ved a Spuller, el amigo de Gambetta, en la fiesta que dio en honra de sus compatriotas el Círculo francés de la Armonía. ¿Habían hablado de vagos cumplimientos, de histórica fraternidad, de abstracciones generosas?

Vino sobre las luces Spuller, como viniera un león: comenzó como una plegaria su discurso: hablaba lenta y dolorosamente, como quien lleva una vergüenza encima: en un augusto y lloroso silencio se iba tendiendo su inflamada palabra: cuando la recogió, todo el teatro estaba en pie, envolvía a Spuller una bandera invisible: el aire retemblaba, como un acero sacudido: ¡A Alsacia! ¡A Alsacia!

Spuller trae ahora baja la cabeza, como todos aquellos que se recogén para acometer.

Desde aquella tribuna, juntos vieron los delegados franceses, con los prohombres de la república en torno al Presidente Cleveland, la parada de fiesta con que celebró Nueva York la inauguración de la estatua: ríos de bayonetas: millas de camisas rojas: milicianos grises, azules y verdes: una mancha de gorros blancos en la escuadra; en un carro llevan al Monitor en miniatura, y va a la rueda un niño vestido de marino.

Pasa la artillería, con sus soldados de uniforme azul; la policía, con su marcha pesada; la caballería, con sus solapas amarillas: a un lado y otro las dos aceras negras. El hurra que empezaba al pie del Parque Central, coreado de boca en boca, iba a morir en el estruendo de la batería. Pasan los estudiantes de Columbia, con sus gorros cuadrados; pasan en coches los veteranos, los inválidos y los jueces; pasan los negros; y redoblan las músicas, y por toda la vía los va siguiendo un himno.

Aplaude la tribuna el paso firme de la milicia elegante del 7º regimiento: va muy bella en sus capas de campaña la milicia del regimiento 22: dos niñas alemanas, que vienen con una compañía, le dan al Presidente dos cestos de flores; apenas puede hablar una criatura vestida de azul que alcanza a Lesseps un estandarte de seda para Bartholdi: vuela la Marsellesa, con su clarín de oro, por toda la procesión; el Presidente, con la cabeza descubierta, saluda a los pabellones desgarrados: humillan sus colores las compañías cuando cruzan delante de la tribuna, y los oficiales de la milicia francesa besan al llegar a ella el puño de su espada. Pasan las mangas sin brazo, entre frenéticos saludos de las aceras, tribunas y balcones: pasan los banderines, atravesados por las balas: pasan las piernas de madera.

A rastras viene un viejo en su capote de color de tórtola, y la ciudad entera le quiere dar la mano: hala su cuerpo roto bravamente, como haló en su mocedad en el tiempo de los voluntarios las bombas de incendio: se rompió los brazos por recibir en ellos a un niño encendido: por salvar a un anciano se dejó caer una pared sobre las piernas: los bomberos le siguen, en sus trajes de antes, tirando de las cuerdas que arrastran las bombas: y cuando, cuidada como una niña, toda llena de plata y de flores, viene a la zaga de los mozos de camisa roja la bomba más an-

tigua tambaleando en sus ligeras ruedas, desbócase sobre el gentío, a apagar un incendio cercano, una de las bombas modernas formidables. Deja el aire caliente y herido. Negro es el humo y los caballos negros. Derriba carros y atropella gentes. Bocanadas de chispas dan un color rojizo a la humareda.

Sigue desalado el carro de las escalas, como en una nube: rueda tras él la enorme torre de agua, con fragor de artillería.

Se oye una campana que parece una orden: el gentío se aparta con respeto, y pasa en una ambulancia un hombre herido. A lo lejos se oían los regimientos. Con su clarín de oro volaba sobre la ciudad la Marsellesa.

Entonces los espíritus, llegada la hora de recorrer el pabellón que velaba el rostro de la estatua, bulleron de manera que pareció que se cubría el cielo en un toldo de águilas. Era prisa de novio la que empujaba a la ciudad a los vapores.

Los vapores mismos, orlados de banderas, parecían guirnaldas, y sonreían, cuchicheaban, se movían alegres y precipitados, como las niñas que hacen de testigos en las bodas.

Un respeto profundo engrandecía los pensamientos como si la fiesta de la libertad evocase ante los ojos todos los que han perecido por conquistarla. ¡Qué batalla de sombras surgía sobre las cabezas! ¡qué picas, qué rodelas, qué muertes esculturales, qué agonías soberanas! La sombra de un solo combatiente llenaba una plaza. Se erguían, abrían los brazos, miraban a los hombres como si los creasen, y emprendían el vuelo.

La claridad que hendía de súbito la atmósfera oscura no eran rayos del sol, sino los cortes de los escudos en la niebla, por donde descendía la luz de la batalla. Lidiaban, sucumbían, morían cantando: tal, por sobre el de los campanarios y los cañones—es el himno de triunfo que conviene a esta estatua hecha, más que de bronce, de todo lo que en el alma humana es oda y sol.

Un cañonazo, un vuelo de campanas, una columna de humo fueron la bahía y ciudad de Nueva York desde que cerró la parada hasta que, al caer el crepúsculo, acabaron las fiestas en la isla donde se eleva el monumento.

¡A encías desdentadas se asemejaban las hileras de muelles, huérfanas de sus vapores! El cañoneo incesante aumentaba la lluvia. Por la parda neblina pasaron camino de la isla doscientos buques, como una procesión de elefantes. Como palomas encintadas iban apiñándose los vapores curiosos en torno a la figura, que se destacaba entre ellos vagamente. Había un rumor de nido. Como alas desprendidas salían de los vapores llamaradas de música. ¿Quién que no haya sufrido por la libertad podrá entender la frenética alegría que enloqueció las almas, cuando por fin se reveló a los ojos aquella a quien todos hablan como a una amante adorada?

¡Allí está por fin, sobre su pedestal más alto que las torres, grandiosa como la tempestad y amable como el cielo! Vuelven en su presencia los ojos secos a saber lo que son lágrimas. Parecía que las almas se abrían, y volaban a cobijarse en los pliegues de su túnica, a murmurar en sus oídos, a posarse en sus hombros, a morir, como las mariposas en su luz. Parecía viva: el humo de los vapores la envolvía: una vaga claridad la coronaba: ¡era en verdad como un altar, con los vapores arrodillados a sus pies! ¡Ni el Apolo de Rodas, con la urna de fuego sobre su cabeza y la saeta de la luz en la mano fue más alto! Ni el Júpiter de Fidias, todo de oro y marfil, hijo del tiempo en que aún eran mujeres los hombres. Ni la estatua de Sumnat de los hindúes, incrustada, como su fantasía, de piedras preciosas. Ni las dos estatuas sedentes de Tebas, cautivas como el alma del desierto en sus pedestales tallados. Ni los cuatro colosos que defienden, en la boca de la tierra, el templo de Ipsambul. Más grande que el San Carlos Borromeo, de torpe bronce, en el cerro de Arona, junto al lago; más grande que la Virgen de Puy, concebida sin alas, sobre el monte que ampara al caserío; más grande que el Arminio de los Cheruskos, que se alza por sobre la puerta de Tautenberg citando con su espada las tribus germánicas para anonadar las legiones de Varus; más grande que la Germania de Niederwald, infecunda hermosura acorazada que no abre los brazos; más grande que la Baviera de Shwautaler que se corona soberbiamente en el llano de Munich, con un león a las plantas,—por sobre las iglesias de todos los credos y por sobre las obras todas de los hombres se levanta de las entrañas de una estrella la “Libertad iluminando al mundo”, sin león y sin espada. Está hecha de todo el arte del universo, como está hecha la libertad de todos los padecimientos de los hombres.

De Moisés tiene las tablas de la ley: de la Minerva el brazo levantado: del Apolo la llama de la antorcha: de la Esfinge el misterio de la faz: del Cristianismo la diadema aérea.

Como los montes, de las profundidades de la tierra ha surgido esta estatua, "inmensidad de idea en una inmensidad de forma", de la valiente aspiración del alma humana.

El alma humana es paz, luz y pureza; sencilla en los vestidos, buscando el cielo por su natural morada. Los cintos le queman; desdeña las coronas que esconden la frente; ama la desnudez, símbolo de la naturaleza; para en la luz de donde fue nacida.

La túnica y el *peplum* le convienen, para abrigarse del desamor y el deseo impuro: le sienta la tristeza, que desaparecerá sólo de sus ojos cuando todos los hombres se amen: va bien en pies desnudos, como quien sólo en el corazón siente la vida: hecha del fuego sus pensamientos, brota la diadema naturalmente de sus sienas, y tal como remiata en cumbre el monte, toda la estatua, en lo alto de la antorcha, se condensa en luz.

Pequeña como una amapola lucía a los pies de la estatua la ancha tribuna, construida para celebrar la fiesta con pinos frescos y pabellones vírgenes. Los invitados más favorecidos ocupaban la explanada frente a la tribuna. La isla entera parecía un solo ser humano.

¡No se concibe cómo voceó este pueblo, cuando su Presidente, nacido como él de la mesa del trabajo, puso el pie en la lancha de honor para ir a recibir la imagen en que cada hombre se ve como redimido y encumbrado!

Sólo los estremecimientos de la tierra dan idea de explosión semejante.

El clamor de los hombres moría ahogado por el estampido de los cañones: de las calderas de las fábricas y los buques se exhalaba a la vez el vapor preso con un júbilo loco, conmovedor y salvaje: ya parecía el alma india, que pasaba a caballo por el cielo, con su clamor de guerra: ya que, sacudiendo al encorvarse las campanas todas, se arrodillaban las iglesias: ya eran débiles o estridentes, imitados por las chimeneas de los vapores, los cantos del gallo con que se simboliza el triunfo.

Se hizo pueril lo enorme: travesaba el vapor en las calderas: jugueteaban por la neblina los remolcadores: azuzaba la concurrencia de

los vapores a sus músicas: los fogoneros vestidos de oro por el resplandor del fuego, henchían de carbón las máquinas: por entre la nube de humo se veía a los marineros de la armada, de pie sobre las vergas.

En vano pedía silencio desde la tribuna, moviendo su sombrero negro de tres picos, el mayor general de los ejércitos americanos: ni la plegaria misma del sacerdote Storrs, perdida en la confusión, acalló el vocerío: pero Lesseps, Lesseps, con su cabeza de ochenta años desnuda, bajo la lluvia, supo domarlo. Jamás se olvidará aquel espectáculo magnífico. Más que de un paso, de un salto se puso en pie el gran viejo.

Es pequeño: cabe en el hueco de la mano de la estatua de la libertad; pero rompió a hablar con voz tan segura y fresca que la concurrencia ilustre, arrebatada y seducida, saludó con un vítor que no parecía acabar a aquel monumento humano. ¿Qué era el estruendo, el vocear de las máquinas, el cañonear de los barcos, el monumento arriba, a aquel hombre hecho a tajar la tierra y a enlazar los mares?

¿No hizo reír, reír delante de la estatua, con su primera frase? "El vapor, señores, nos ha hecho progresar de una manera pasmosa; pero en este momento nos hace mucho daño".

¡Viejo maravilloso! Los americanos no lo quieren, porque hace a pesar de ellos lo que ellos no tuvieron el valor de hacer; pero con su primera frase sedujo a los americanos. Luego leyó su discurso, escrito por su misma mano en páginas sueltas, blancas y grandes. Decía cosas de familia, o daba forma familiar a las cosas más graves: se ve en su modo de frasear cómo le ha sido fácil alterar la tierra: cada idea, breve como una nuez, lleva adentro un monte.

No se está quieto cuando habla: se vuelve hacia todos los lados, como para dar a todo el mundo el rostro: algunas frases las dice, y las apoya con toda la cabeza, como si las quisiera clavar: habla un francés marcial, que suena a bronce: su gesto favorito es levantar rápidamente el brazo: sabe que por la tierra se ha de pasar venciendo: la voz, lejos de extinguírsele, le crece con el discurso: sus frases cortas ondean y acaban en punta como los gallardetes: el gobierno americano lo convidó a la fiesta, como el primero de los franceses.

"Me he dado prisa a venir, dice poniendo la mano sobre el pabellón de Francia que viste el antepecho de la tribuna: la erección de la estatua de la Libertad honra a los que la concibieron, y a los que la han comprendido aceptándola." Francia es para él la madre de los pueblos, y con egregia habilidad, deja caer en su discurso este juicio de Hep-

worth Dixon sin contradecirlo: "Un historiador inglés, Hepworth Dixon, después de decir en su obra sobre la Nueva América que vuestra Constitución no es producto del suelo, ni procede del espíritu inglés, ha añadido: se puede, por lo contrario, considerarla como una planta exótica nacida en la atmósfera de Francia."

No se detiene en símbolos, sino en objetos. Las cosas a sus ojos son por aquello para que sirven. Por la Estatua de la Libertad va él a su canal de Panamá. "Gustáis de los hombres que osan y que perseveran: yo digo como vosotros: *go ahead*: ¡nosotros nos entendemos cuando yo uso este lenguaje!"

¡Ah, piadoso viejo: antes de que se siente, premiado por los aplausos de sus enemigos mismos, rendidos y maravillados, démosle gracias, allá, en la América que no ha tenido todavía su fiesta, porque recordó nuestros pueblos y pronunció nuestro nombre olvidado en el día histórico en que América consagró a la libertad: ¿pues quién sabe morir por ella mejor que nosotros? ¿y amarla más?

"¡Hasta luego, en Panamá! donde el pabellón de las treinta y ocho estrellas de la América del Norte irá a flotar al lado de las banderas de los Estados independientes de la América del Sur, y formará en el nuevo mundo, para el bien de la humanidad, la alianza pacífica y fecunda de la raza francolatina y de la raza anglosajona."

¡Buen viejo, que encanta a las serpientes! ¡Alma clara, que nos ve lo grande del corazón bajo los vestidos manchados de sangre! A ti, que hablaste de la libertad como si fuera tu hija, la otra América te ama!

Y antes de que se levantara el senador Evarts a ofrecer la estatua al Presidente de los Estados Unidos en nombre de la Comisión americana, la concurrencia, conmovida por Lesseps, quiso saludar a Bartholdi, que con feliz modestia se levantó a dar las gracias al público desde su asiento en la tribuna. Nunca habla el senador Evarts sin noble lenguaje y superior sentido, y es su elocuencia diestra y genuina, que va a las almas porque nace de ellas.

Pero la voz se le apagaba, cuando leía en páginas estrechas el discurso en que pinta, con frase llena de cintas y pompones, la generosidad de Francia.

Y después de Lesseps, parecía una caña abatida: ya en la cabeza no tiene más que frente: apenas puede abrirse paso la inspiración por su rostro enjuto y apergaminado: viste gabán, y lleva el cuello vuelto; le cubría la cabeza un gorro negro.

Y cuando inopinadamente, en medio de su discurso, creyeron llegada la hora de descender, como estaba previsto, el pabellón que cubría el rostro de la estatua, la escuadra, la flotilla, la ciudad, rompió en un grito unánime que parecía ir subiendo por el cielo como un escudo de bronce resonante: ¡Pompa asombrosa y majestad sublime!; ¡nunca ante altar alguno, se postró un pueblo con tanta reverencia!; los hombres pasados de su pequeñez, se miraban al pie del pedestal, como si hubieran caído de su propia altura: el cañón a lo lejos retemblaba: en el humo los mástiles se perdían: el grito, fortalecido, cubría el aire: la estatua, allá en las nubes, aparecía como una madre inmensa.

Digno de hablar ante ella pareció a todos el Presidente Cleveland. El también tiene estilo de médula, acento sincero, y voz simpática, clara y robusta. Sugiere más que explica. Dijo esas cosas amplias y elevadas que están bien frente a los monumentos. Con una mano tenía asido el borde de la tribuna, y la derecha la hundió en el pecho bajo la solapa de la levita. Mira con ese amable desafío que sienta a los vencedores honrados.

¿No se ha de perdonar un poco de altivez a quien sabe que, por ser puro, está lleno de enemigos? Su carne es gruesa y mucha; pero la inteligencia la echa atrás. Aparece como es, bueno y enérgico. Lesseps lo miraba cariñosamente, como si se estuviera haciendo de él un amigo.

También él, como Lesseps, habló con la cabeza descubierta. Sus palabras solicitan el aplauso, más que por la pompa de la frase y autoidad del ademán, por lo vibrante del acento y firme del sentido. Si vaciasen la estatua en palabras, eso mismo diría: "Esta muestra del afecto y consideración del pueblo de Francia demuestra el parentesco de las repúblicas, y nos asegura de que en nuestros esfuerzos para recomendar a los hombres la excelencia de un gobierno fundado en la voluntad popular, tenemos del otro lado del continente americano una firme aliada." "No estamos aquí hoy para doblar la cabeza ante la imagen de un dios belicoso y temible, lleno de rabia y venganza, sino para contemplar con júbilo a nuestra deidad propia, guardando y vigilando las puertas de América, más grande que todas las que celebraron los cantos antiguos: y en vez de asir en su mano los rayos del terror y de la muerte, levanta al cielo la luz que ilumina el camino de la emancipación del hombre." Nació de los corazones cariñosos el largo aplauso que premió a este hombre honrado.

Chauncey Depew, "el orador de plata", comenzó enseguida la oración de la fiesta. Bella hubo de ser, para sujetar sin fatiga, ya al caer la tarde, la atención del concurso.

¿Quién es Chauncey Depew? Todo lo que puede ser el talento, sin la generosidad.

Ferrocarriles son sus ocupaciones; millones sus cifras; emperadores su público; los Vanderbilt, sus Mecenas y amigos. El hombre le importa poco; le importa más el ferrocarril. Tiene el ojo rapaz, la frente ancha y altiva, la nariz corva, el labio superior fino y estrecho, la barba lampiña larga y en punta: y aquí se miran en él por lo armonioso y brillante de su lenguaje, lo agresivo y agudo de su voluntad, y lo listo y seguro de su juicio. Su estilo, fresco y versátil, no chispea ahora como suele en sus oraciones celebradísimas de sobremesa; ni expone con cerrada lógica, como en sus casos de abogado y director de caminos de hierro; ni tunde a sus adversarios sin misericordia como es fama que hace en los malignos y temibles ejercicios de las asambleas políticas: sino cuenta en encendidas frases la vida generosa de aquel que, no satisfecho de haber ayudado a Washington a fundar su pueblo, volvió ¡bendito sea el marqués de Lafayette! a pedir al Congreso norteamericano que diese libertad a "sus hermanos los negros".

Pintó Depew con encendidos párrafos, las pláticas amigas de Lafayette y Washington en el hogar modesto de Mount Vernon, y aquel adiós del marqués "purificado por las batallas y las privaciones" al congreso de América, en que veía él "un templo inmenso de la libertad, una lección para los opresores, y una esperanza para los oprimidos de la tierra".

Ni el "noventa y tres" lo aterró, ni el calabozo de Olmütz lo domó, ni la victoria de Napoleón lo convenció: ¿qué son, para quien siente de veras la libertad en el alma, más que acicates las persecuciones y bombas de jabón los imperios injustos de la tierra? Estos hombres de instinto guían el mundo. Raciocinan después que obran.

El pensamiento corrige sus errores; pero no posee la virtud de sus arrebatos. Sienten y empujan. ¡Así, por la voluntad de la naturaleza, en la historia de los hombres está escrito!

Magistrado parecía Chauncey Depew cuando, sacudiendo sobre su cabeza cubierta de un gorro de seda el brazo en que temblaba el dedo índice, reunía en cuadro admirable los beneficios de que goza el hombre en esta tierra fundada por la libertad, y con el fuego del corcel que lleva la espuela hundida en los ijares, trocaba en valor el disimulado miedo,

se erguía en nombre de las instituciones libres contra los fanáticos que se acogen de ellas para trabajar por volcarlas, y enseñado por el ímpetu creciente con que se viene encima en los Estados Unidos el problema social, humilló la soberbia por que este caballero de la palabra de plata es afamado, y haló inspirados acentos para decir cual suyas las frases mismas que ostenta como su evangelio la revolución obrera.

¡Tu sombra, pues, oh libertad, convence: y los que te odian o se sirven de ti se postran al mando de tu brazo!

Un obispo en aquel instante surgió en la tribuna, alzó la mano comida por los años, y en el magnífico silencio, puestos en pie a su lado el genio y el poder, bendijo en nombre de Dios la redentora estatua. Entonó la concurrencia, guiada por el obispo, un himno lento y suave, la Doxología mística. De lo alto de la antorcha anunció una señal que había terminado la ceremonia.

Ríos de gente, temerosa de la torva noche, se echaron precipitados, sin respeto a la edad ni a la eminencia, sobre el angosto embarcadero. Pálidamente resonaron las músicas, como si desmayasen la luz de la tarde.

El peso del contento, más que el de los seres humanos, hundía los buques. El humo de los cañonazos envolvía la lancha de honor que llevaba a la ciudad al Presidente. Las aves sorprendidas, en lo alto de la estatua, giraban como medrosas en torno al monte nuevo. Más firmes dentro del pecho sentían los hombres las almas.

Y cuando de la isla convertida ya en altar, arrancaban en la sombra nocturna los últimos vapores, una voz cristalina exhaló una melodía popular, que fue de buque a buque, y mientras en la distancia se destacaban en las coronas de los edificios guirnaldas de luces que enrojecían la bóveda del cielo, un canto a la vez tierno y formidable se tendió al pie de la estatua por el río, y con unción fortificada por la noche, el pueblo entero, apiñado en las popas de los barcos, cantaba con el rostro vuelto a la isla: "¡Adiós mi único amor!"

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 1 de enero de 1887

## ESTADOS UNIDOS

*El mensaje del Presidente.—Antecedentes y situación actual de la política.—Aparición de un partido nuevo.—Continúa la lucha abierta entre el Presidente y su partido.—Los demócratas pierden campo.—Los georgistas.—Reunión del Congreso.— Extracto del mensaje de Cleveland.— Más correos al Plata.—Paz con México.—Reducción de impuestos.— Habilidad política del mensaje.—El porvenir*

Nueva York, Diciembre 8 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Con los primeros días de diciembre viene siempre en los Estados Unidos el renuevo de la actividad política.

Se reúne el Congreso. El Presidente define su posición en el mensaje. Los Secretarios detallan en sus memorias el estado de sus departamentos. La prensa de cada partido, o de cada fracción de ellos, formula su programa.

Se esperan con avidez los primeros actos de los diputados y senadores reunidos en Washington, para deducir de ellos el rumbo que tomarán las cosas públicas.

No es aquí uso, como en los parlamentos monárquicos, exhibir la situación de cada grupo político en los discursos de respuesta al mensaje de la corona.

Los representantes, cohibidos por sus compromisos y diferencias, rehúyen las fórmulas precisas y definitivas. Los periódicos, que en su libro de cuentas aprenden de cerca por dónde va la opinión, se encargan, aun contra sus simpatías y predilecciones, de revelar lo que está en la mente pública.

Hoy, sobre todo, no podría ninguno de los dos partidos rivales definir su política en un programa fijo; porque la verdad es que cada uno de ellos está fraccionado en bandos enemigos, juntos sólo por la necesidad de apoyarse mutuamente para mantener o asaltar el poder.

El partido republicano, desacreditado con justicia por su abuso del gobierno, su intolerancia arrogante, su sistema de contribuciones excesivas, su mal reparto del sobrante del tesoro y de las tierras públicas, su falsificación sistemática del voto, su complicidad con las empresas poderosas, su desdén de los intereses de la mayoría, hubiera quedado sin duda por mucho tiempo fuera de capacidad para restablecerse en

el poder, si el partido demócrata que le sucede no hubiera demostrado su confusión en los asuntos de resolución urgente, su imprevisión e indiferencia en las cuestiones esenciales que inquietan a la nación, y su afán predominante de apoderarse, a semejanza de los republicanos, de los empleos públicos.

El partido demócrata fue traído al gobierno, si no para realizar un programa preciso que sus divisiones internas le impedían ofrecer, para gobernar por lo menos con espíritu distinto del corruptor, absorbente y temible de los republicanos,—para dejar de hacer aquello por que los republicanos se habían atraído la censura unánime de sus mismos amigos y fundadores,—para reformar la tarifa de modo que fuese quedando en bases provechosas la producción, sin ocasionar un sacudimiento inmediato en las industrias, ni dejar sin empleo a los trabajadores,—para reducir el sobrante innecesario de cien millones de pesos en el tesoro, a fin de abaratar en esa suma la vida nacional con la rebaja consiguiente de los derechos de importación, facilitar el abaratamiento de los productos de la industria con la entrada libre de las materias primas y la reducción en los salarios, y sacar del alcance de los especuladores y rateros el exceso de las cajas, solicitado con pretextos fútiles para empresas extravagantes o inmorales.

El partido demócrata fue traído al gobierno para discutir honradamente la conveniencia de continuar acuñando la moneda de plata, que no tiene salida; para impedir la cesión inmotivada de los terrenos nacionales a las compañías pudientes que se adueñan con sus dádivas o su protección del voto de los representantes; para que el gobierno en suma dejase de ser, como venía siendo, propiedad exclusiva y verdaderamente escandalosa de las camarillas ricas que con la ayuda de los Secretarios y representantes a quienes corrompen, intimidan o favorecen, se apoderaban a gran prisa de la riqueza nacional, de los encargados de distribuirla y de los métodos y avenidas dispuestas en la constitución política para asegurar al pueblo el conocimiento y manejo de sus intereses y dominios.

Y resulta que después de dos años de goce del poder, con el ejecutivo en sus manos y con la mayoría en la Casa de Representantes, el partido demócrata no ha reformado la tarifa, no ha discutido con honradez la cuestión de la plata, no ha rebajado el sobrante de cien millones en las cajas públicas, no ha dado muestras de desear la moralidad ofendida por los republicanos en la distribución y ejercicio de los empleos, no ha legislado realmente con espíritu distinto del de los republicanos.

Acá lo han dicho en una frase gráfica: “pueden echar a perder un cuerno, pero no saben hacer una curhara”.

Destruir sí pueden; pero no construir. En vez de rebajar el sobrante, han tratado los demócratas de distribuírsele. Han caído en los abusos mismos que vilipendiaban en sus rivales.

Y sólo han mostrado actividad y cohesión para oponerse a la política de su propio Presidente, combatir toda proposición suya que conduzca a los fines para que fueran electos, y forzarlo, en paga de la benevolencia de su partido, a que reparta en él como derechos de la victoria, los empleos públicos.

En vano el Presidente, nombrado para purificar el sistema de empleos como modo principal de tener libre de fraudes el sufragio, y el gobierno de abusos, trata de conciliar con concesiones prudentes la ley que impone el concurso y ascenso en la provisión de los empleos, con el sistema de cambiar por entero de empleados, desde barrenderos hasta ministros, a cada nueva elección,—lo cual engendra el vicio de servir a los partidos por el provecho que se espera de ellos, y la creación de una casta traficante en los puestos de la nación, cosas ambas venenosas para las repúblicas.

En vano Cleveland, atento a la voz del país, a sus ofertas y a su legítima ambición personal, no cede más que en aquello en que puede aliojar su acción sin deshonra, e insiste en solicitar de su partido el cumplimiento de las promesas por que fue elevado al poder: la reforma de la tarifa; la supresión del sobrante; la cesación del amonedamiento de la plata; el estudio de la reforma necesaria en la distribución de la tierra y de todos los problemas vivos del país; el miedo de las industrias, que no pueden producir barato; el desasosiego de los trabajadores, a quienes no alcanza la prosperidad; el exceso ofensivo de las acumulaciones de riquezas en las compañías favorecidas por las leyes y dádivas del Congreso; la construcción de una armada vigorosa y obras de defensa sobre las costas: la mejora de la condición de las tribus indias, y el repartimiento efectivo por cabezas libres de la tierra que hoy poseen nominalmente y en común.

En vano han sido derrotados los demócratas, como alarmante anuncio de lo ofendida de la opinión, en muchos distritos electorales descontentos de su incompetencia, para concertar desde el gobierno las mejoras que parecían serles tan caras cuando disputaban el puesto a los republicanos.

En vano, del puro exceso y verdad de la alarma pública, en las cuestiones del trabajo y del abuso de la tierra, se forma a toda prisa, con armonía, elocuencia y determinación formidables, un partido dispuesto a resolverlas sin violencia, pero sin demora.

En vano todo, por lo que hasta hoy parece. Los republicanos, menos visibles ahora que están fuera del poder, tratan de ir zanjando sus diferencias, puesto que no las enconan los apetitos rivales que las nutren cuando el partido disfruta del gobierno.

Los demócratas,—decididos, según se deja ver, a no tratar de paz con el Presidente hasta que éste no les ceda en el punto principal de los empleos, no dan señal de avenirse en las cuestiones en que el país aguarda su acción con impaciencia:—la tarifa, el sobrante y la plata: porque en lo de los empleos, lo cierto es que hay aquí tal descuido de lo que no atañe directamente a la bolsa, que no puede decirse que el país muestre verdadero empeño por la reforma que con celo relativo aunque meritorio, sostiene Cleveland:—siempre los pensadores fueron menos.

Unos a otros se echan en cara los demócratas la causa de las pérdidas recientes en las elecciones del otoño; y mientras los amigos de Cleveland afirman, con razón aparente, que el motivo de la derrota fue la demora del partido en promulgar las reformas para cuya realización vino al gobierno, responden los adversarios del Presidente que los demócratas han sufrido ese fracaso por la lentitud de Cleveland en repartir entre sus sectarios los empleos públicos, ¡como si la confesión de ese interés no fuera bastante para demostrar la urgencia de remediar tal envilecimiento de la cosa política!

“La derrota ha sido porque no se ha reformado la tarifa”, dicen los librecambistas. “La derrota, dicen los proteccionistas, ha sido en condenación del empeño de reformar la tarifa”.

Pero ésas en verdad, fueron causas menores, aunque verdaderas. Las mayores son otras.

Disgustan al país el desconcierto, el egoísmo, la indecisión, la rivalidad excesiva, la estrechez de miras, la falta de alma pública revelados por los demócratas en los dos años que llevan de gobierno.

Desencanta a la opinión la semejanza mal disimulada de espíritu y hábitos entre los políticos de oficio, bien sean republicanos o demócratas.

Y más que todo, obra activamente, en proporciones amenazantes para los dos partidos desacreditados, ese espíritu de reforma, sano y súbito como viento de tormenta, que en la historia de los Estados Unidos ocurre

periódicamente en cada época crítica, como primavera de libertad, producto de ella, y válvula de la República.

Nótase también que este espíritu saludable viene siempre de la gente de libros,—del clero protestante,—y de la llaneza, de la multitud que vive en la verdad, amasada y curtida por el trabajo.

El lucro cría gusanos. Prospera entre los pobres la sinceridad que los avienta.

Está, pues, la política de los Estados Unidos distribuida entre dos partidos gastados, descompuestos en bandos sostenidos por celos personales y diferencia de ideas, y un partido naciente demasiado nuevo y radical para que su advenimiento al poder pueda ser contado como factor inmediato, aunque ya sientan los partidos viejos en las espaldas el látigo del que les viene dando caza.

Los republicanos no parecen capaces de reunir bajo un programa y jefatura comunes a los amigos de Blaine, que retiene por su magia personal el influjo que a otro menos hábil y elocuente hubiera hecho perder la versatilidad, más, la inmoralidad de su política,—y a los amigos de Edmunds, sectario acérrimo, pero muy prendido al viejo espíritu de libertad pública, honesta e imparcial, que el cinismo brillante de Blaine desdeña y amenaza.

Y si algo crece y se acerca al predominio en el partido republicano, no es Edmunds, que tendió la mano en los funerales de Arthur a Blaine, a quien había ofendido, sino Blaine, que no quiso aceptarla.

Los demócratas por su parte, sin atender a la visible aprobación con que se acoge la conducta entera y sensata de Cleveland, muéstranse cada día más airados por no haber podido reducirlo a su voluntad, azuzan la oposición al método de empleos y medidas de hacienda con que se encariña, responden a su abrupta honestidad con el hastío y la ofensa, continúan entre sí tan divididos como pudieran enemigos mortales, y sólo ven en la popularidad de Cleveland un motivo para acusarlo de que sacrifica el provecho de su partido a su fama propia.

Los georgistas, que así pueden llamarse por ser su caudillo Henry George, lo más brillante y visible de toda su reforma,—extienden—ayudados de las sectas liberales del protestantismo y del clero llano católico—las ideas de legítima democracia, reforma de las condiciones actuales del trabajo, transformación de la tierra en propiedad pública, y conversión de todos los pechos en un tributo único sobre la tierra ocupada; cuyas doc-

trinas no hallan acogida en las corporaciones poderosas que hoy disponen de casi toda la riqueza productiva, ni en aquella porción del clero protestante y católico que vive cerca de los ricos, y de ellos, y parece dispuesto a hacerles del cielo un parapeño de defensa.

Este partido nuevo se extiende, como quien echa cimientos, por los municipios de las grandes ciudades; envía representantes a las legislaturas de los Estados y al Congreso; predica activamente por todo el país; se organiza para la acción máxima sobre bases precisas, ya con el nombre de Democracia Progresista, ya con el más frecuente de Partido del Trabajo Unido (United Labor Party); practica las costumbres de paz y respeto de la democracia, y cuenta ya con el auxilio potente de los gremios de trabajadores, a tal punto que todo el país le pone atento oído y no se menciona menos a Henry George, como candidato respetable a una de las futuras presidencias que en las campañas primeras de los amigos "del suelo libre" desdeñados al principio, se mencionó para el mismo empleo a los prohombres que luego salvaron a la Unión a la cabeza del partido republicano.

Trátase ahora, indudablemente, de ver cómo, atendiendo a tiempo a las reclamaciones justas, se salva al país de la guerra social.

En esas condiciones de batalla se ha reunido el Congreso.

El Presidente le ha enviado su mensaje, que tiene aún la tinta fresca, una tinta firme y saliente, que no deja duda sobre lo que dice.

El mensaje es explícito, moderado y sincero. No hay en él generalidades ni pompa. Este Presidente entiende su puesto, como lo es, como un oficio de administración, que debe dar cuenta a los dueños de lo que administra.

En pueblos nuevos, heterogéneos, y por una u otra manera primitivos, a pesar de su apariencia de civilización o de su civilización parcial, presidente puede significar lo mismo que caudillo, e indicar que el que lo es posee en grado culminante la condición característica de su pueblo o la de equilibrar y manejar sus varios elementos.

En países donde la mayoría de los hombres conoce su interés y es capaz de su derecho, el gobierno no proviene de la necesidad de que lo ejerza una criatura superior por sabiduría, ambición o astucia, sino de la imposibilidad material de que todos los humanos gobiernen a una vez, por lo cual se ponen de acuerdo sobre el modo mejor de dirigir sus

asuntos y escogen de entre sus filas los que les parecen más capaces de entenderlo y ejecutarlo, o les proponen ideas que creen aceptables y útiles.

Es un ladrón el que recibe en depósito una suma, para administrarla en beneficio de su dueño, y la administra contra los deseos de él, o en beneficio propio.

El voto es un depósito más delicado que otro alguno, pues van con él vida, honor y porvenir, a más del interés de los depositantes; y el que usa malamente y contra los votantes el puesto que les debe y en que administra cosa ajena, es un ladrón.

El mensaje es sencillo y detallado como una cuenta de fin de año, sin que le falte entereza donde es menester, para asegurar a los administrados de que su caudal está bien defendido, ni aquellas artes naturales del administrador contento de su empleo, que hace cuanto puede para que le conserven en él.

Esta afición inevitable que despierta el mando, aun en donde es más escaso de poder y brillo, se junta en Cleveland al virtuoso deseo de ver vencidos, con su reelección a la presidencia, a los que maliciosa y voluntariamente han desconocido su persona y desfigurado su honradez.

Formula el mensaje de nuevo la política de cordura, previsión y transformación lenta que va vinculada en Cleveland.

En las cuestiones sociales ve que el cielo se cierra y se amontonan las nubes, oye el trueno, y quiere parar el rayo.

En las cosas de la hacienda, que están en la raíz de la inquietud social, quiere que las industrias se desahoguen de los tributos excesivos que les impiden producir a bajo precio y acomodar a los trabajadores impacientes cuando no desesperados.

En política, sabe que el país cuida poco de dogmas, teme la creación de una camarilla cínica de gobernantes y empleados que se repartan sus haberes, y sólo mantendrán en el poder al partido demócrata si éste se muestra capaz de administrarlo desinteresadamente.

Abre el mensaje con una exposición del estado de las relaciones internacionales.

En ella prevé la necesidad de restringir la inmigración china a la vez que de proteger a los chinos que están en el país; alude con cariño a la estatua de la Libertad, que confirma el afecto de Francia; intima que pudiera traer consecuencias desagradables la disputa de las pesquerías canadienses, defendidas en más de su derecho por el gobierno inglés; encomia la importancia de renovar el tratado con las islas de Sandwich,

por no perder en provecho de otra nación este puesto en el Pacífico, que ha venido a ser una factoría americana; no cree mal que, sin color de protección, se dé a la pequeña república de Liberia un buque que no haga mucha falta en los Estados Unidos; aboga por el mayor cuidado en la elección y sostenimiento del cuerpo de cónsules, que debe ser inteligente y numeroso; favorece la extensión de los correos, y la mejora de los que hoy se cruzan con el Río de la Plata, aunque no ha de ser en forma de concesión, ni subvención; reconoce el interés excepcional de los Estados Unidos en Cuba, y cree posible un arreglo amistoso con España, que asegure a los norteamericanos las ventajas que juzga naturales; y resumiendo con discreta y necesaria modestia la última censurable controversia de los Estados Unidos con México, busca sin mucha fortuna modo de salir airoso del mal paso, afirmando con énfasis que, a la vez que es muy de desear que se lleve a afecto el tratado de reciprocidad convenido en 1883, "puesto que la naturaleza nos ha hecho vecinos irrevocables, y la cordura y la benevolencia deben hacernos amigos", los Estados Unidos deben protestar y han protestado, contra la ley mexicana que autoriza a los tribunales de aquel país a aplicar en él su código penal a los súbditos extranjeros que, fuera de él y en la tierra de su ciudadanía, hubiesen cometido contra súbditos mexicanos delitos castigados por la ley de México.

Y en esa sección internacional comprende recomendaciones varias, tales como las de que se revisen y fijen, para evitar contiendas con tierras amigas, las leyes de naturalización y extradición,—se levante el alto derecho existente sobre las obras de arte extranjeras,—y se celebren, en simpatía con los acuerdos de la convención de Berna, tratados de propiedad literaria.

Páginas sabias de la ciencia de la economía parecen casi todas las secciones en que trata el mensaje, en un estilo macizo e inexpugnable, del sobrante del tesoro, que debe reducirse a los gastos necesarios del gobierno, "porque una concesión oportuna suele evitar la acción violenta y desatentada que nace a veces de la demora en la aplicación de la justicia";—de los intereses del trabajador que entre otras cosas requieren la rebaja de la tarifa, "de modo que quede abaratada la existencia sin reducir las oportunidades de trabajo, ni el digno puesto que tiene éste en nuestra estimación";—de la necesidad de suspender el amonedamiento de la plata, "porque ya no hay bóveda donde guardar la inmensa suma de plata acuñada, que vale menos de lo que representa, y no tiene salida en la circulación";—de la justicia de administrar con más bondad y efi-

caía las tribus indias, ya mansas, educables y trabajadoras, "porque el gobierno no puede libertarse de su responsabilidad hasta que no civilice y disponga a los indios para que con la paz de sus derechos puedan cuidar de sí propios";—del deber de poner coto a la acumulación de la tierra en manos codiciosas que la adquieren sin derecho, y no la hacen producir, ni residen en ella, "porque no es bueno despertar el celo justo de los necesitados con ese amontonamiento de riqueza inútil u opresora en compañías avaras, y en muchos casos de gente forastera";—de la pensión que debe pagarse a todo veterano inválido, "porque el pedir eso no es privilegio de este o aquel amigo del soldado, sino sentir de la nación, que sabe que ha de atender en la vejez o en la pobreza a los que la defendieron con sus vidas";—de la urgencia de tratar las diferencias entre el trabajo y el capital, "con sentimiento verdaderamente americano, que no permite ver siervos en los demás hombres, sino iguales, y exige que todos en la república cooperen a su ventura y sosiego, y el capital estime y remunere al trabajo, como a hermano glorioso en cuyo contento tiene su mayor seguridad".

Así son todas las frases del mensaje, espaciosas y sesudas.

Son frases cómodas, amplias, bien distribuidas, donde se mueve con majestad el pensamiento.

El fieltro del estadista vela la maza del político.

No faltan en el documento soberbios desdenes, sendas tundas, marchas triunfales sobre las cabezas de los adversarios malignos.

Cada asunto está además tratado de manera que sin acusar ni defender a los demócratas hostiles, les pone de manifiesto su injusticia, a la vez que, "quita el aire de las velas", como acá se dice con frase expresiva, a los georgistas y republicanos, y a éstos se sustituye en las reformas que vocean como propias, y a aquéllos les sale al paso, reconociendo todo lo que hay en sus demandas de atendible.

Porque en política se ha de ser a la vez como Cleveland es en este mensaje: elefante y mosca.

Ya el mensaje está leído.

La prensa no le encuentra talón.

El país lo aplaude sin reserva. Los mismos que notaban en Cleveland cierta brusquedad y pesadez, comprenden que la pesadez puede haber sido prudencia y la brusquedad indignación.

El río está a la vista y los demócratas tienen que echar la suerte.

Vinieron al poder para gobernar con el espíritu del mensaje, si no con las leyes precisas que en él se recomiendan.

Están en la mitad de su administración. Los republicanos experimentados, acechan. Los georgistas, entusiastas, adelantan.

Si los demócratas apartados hoy en dos bandos hostiles en la cuestión de la tarifa, y en otros dos, en la cuestión de empleos, no ajustan con energía sus diferencias, rebajan los impuestos, desisten de sobreponer su apetito de empleos a la necesidad de moralizar la política, y muestran tamaño nacional en las cuestiones graves,—o los partidos se descomponen, al tiempo de las elecciones para la próxima presidencia,—o a pesar de su historia lamentable, vuelven al poder los republicanos por los yerros de sus enemigos.

Los partidos no se conservan en el gobierno si no tienen las manos limpias de interés, y la raíz en la verdad.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*. Buenos Aires, 26 de enero de 1887

## ESCENAS NORTEAMERICANAS

1887

## SOBRE LOS ESTADOS UNIDOS

*Ciudadanos y propietarios.—Adelanto de los indios.—La escuela “Ramona”.—Cleveland enfermo.—Influjo creciente de la mujer norteamericana.—Mrs. Cleveland.—La recepción de año nuevo*

Nueva York, Enero 3 de 1887

Señor Director de *La Nación*:

Dos días antes de la muerte de Logan había decretado el Congreso la ciudadanía de los indios.

Ya son propietarios definidos, a tantos acres por cabeza, de las tierras que hasta ahora habían poseído en común, y como menores sujetos a un guardián. En veinticinco años no podrán vender o gravar sus tierras, para que los especuladores no los engañen; pero ya cada cabeza de familia tiene ciento sesenta acres suyos, ochenta cada mayor de dieciocho años o huérfano, y cuarenta cada menor de dieciocho.

Y todo indio que acepte este arreglo, o entre de propia voluntad en la vida civilizada, queda por la ley investido de la ciudadanía, y podrá votar, como es justo, sobre las contribuciones que paga y el gobierno a que debe obedecer.

Como cada tribu posee según tratados mucha más tierra de la necesaria para el repartimiento que marca la ley, manda ésta que lo que reste del común de cada tribu se venda, en virtud de lo que se disponga luego, para emplear el producto en el bien de los indios. ¿Quién que lea osará decir que no es el indio capaz de apreciar el bien que se le concede?

De las escuelas de Hampton y de Carlyle salen convertidos en artesanos y labradores los más fieros comanches y winnebagos. Como el irlos colocando en casas de familia es uno de los medios de educación en ambos institutos, se ha visto que los campesinos se encariñan con su inteligencia y lealtad de manera que les cuesta trabajo abandonarlos.

Lo que escriben los indios de las escuelas a sus casas tiene una sabia ingenuidad que recuerda los poemas. Ya hay cinco mil indios educándose voluntariamente en las escuelas públicas.

¿Qué más? En una escuela de Filadelfia en que se educan mezclados indios y blancos, de doce premios que hubo en el último mes, nueve fueron para indios: y ya se sabe que no es acá adonde se ha de venir para caridades vacías ni alarde de sentimiento.

¡Qué contenta estaría si viviese aquella noble mujer que hizo en pro de los indios con un libro lo que la Beecher Stowe hizo en pro de los negros con su *Cabaña del Tío Tom*, Helen Hunt Jackson, que escribió esa novela encantadora de la vida californiana, ¡*Ramona!* Allí la vida nueva, luciente y olorosa, el choque y apetito de las razas, la liga de las castas y la iglesia, la elegía de la pobre gente india. Salud y piedad infunden en el espíritu aquellas páginas artísticas y ardientes, y se sale del libro como de la agonía de una flor, con el alma avarienta de concordia. La admirable mujer, muerta hace años, reposa sobre un cerro de la linda comarca donde vio padecer tanto a sus indios: ¡lo saben ellos, que le tienen la tumba llena de ofrendas y de flores!

Ahora acaba de fundarse una gran escuela de indios, para prepararlos de una vez a la ciudadanía, y le llaman como el libro de Helen Hunt:— la escuela “*Ramona*”.

Para recibir a una diputación de indios quejosos dejó hace unos días su cuarto de enfermo el Presidente Cleveland. El mando le ha llevado los colores del rostro. Padece de obesidad y reumatismo. Padece también de ansia, porque su partido no da señales de ajustarse a su plan de reformas, ni de apoyarle en la candidatura para el próximo período presidencial contra el aspirante que ofrezca repartir los empleos públicos como despojos de la victoria.

Dijo Cleveland, cuando solicitaba la Presidencia, que los magistrados no debían ser reelectos; pero ¿qué tiene el poder, que envenena las mejores voluntades? Todo hace creer que pone el mayor empeño en ser nuevamente electo candidato, ya por el gozo de vencer con la fuerza de la opinión que lo aplaude la resistencia insidiosa de los enemigos de su propia comunión política, ya porque crea que con el prestigio del poder tiene más encantado y sujeto el cariño de la linda criatura que le tocó por esposa: ¿quién se libra de ser hombre?

Crece de un modo singular el influjo de la mujer en los oficios y negocios viriles de la república, aunque visiblemente disminuyen la salud de la casa, y la santidad de la existencia. Da frío ver en las almas.

Una cosa es que la mujer desamparada tenga profesiones en que emplearse con decoro; una cosa es que la mujer aprenda lo que eleva la mente, y la capacite para la completa felicidad, por entender y acompañar en todo al hombre, y otra cosa, que la fuente de todas las fuerzas, el cariño entre hombre y mujer venga a parar en un contrato de intereses y sentidos.

No es que falte a la mujer capacidad alguna de las que posee el hombre, sino que su naturaleza fina y sensible le señala quehaceres más difíciles y superiores.

Aquí hay damas banqueras, ferrocarrileras, empresarias de ópera: a tanto llega la variedad e importancia de su acción que casi todos los diarios han fundado recientemente en sus ediciones semanales una sección sobre “Lo que hacen las mujeres”, o “Mujeres distinguidas”, o “Las mujeres en el comercio y la política”.

Una es venerable de una orden de obreros: otra es una jugadora de cuenta en la Bolsa; otra abre un teatro de comedia nativa, o va a París a comprar a Sardou, su *Teodora* de abalorio: otra, la esposa del Secretario de Marina, dice esta frase contra sus censores: “yo peleo mejor con los puños que con la lengua”. Ayer mismo se publicaba el programa del nuevo partido de los trabajadores, donde se anuncia que debe pedirse en la próxima convención constitucional del Estado de Nueva York el voto para todo mayor de veintiún años, sea mujer u hombre.

Pero ninguna de estas damas despierta el cariño mostrado en todas partes a la joven esposa del Presidente, que a la faena ingrata de trabajar como el hombre, prefiere la más útil y difícil de consolarlo.

Tiene los ojos de un azul claro, y los pensamientos. Sale a comprar en *Christmas* sin que la conozcan, y entra en las tiendas pobres, “porque le da pena que no venda esa pobre gente”. Lleva las manos repletas de chucherías, y se para en la acera a comprar un muñeco de cinco centavos de un caballero vendedor que no es mucho más alto que él.

En público, no hay quien no vuelva la cabeza para mirarla, por la sencilla dignidad con que lleva su alto puesto. En su casa, gusta de amigas jóvenes, y se sube por sillas y consolas a colgar el gabinete de flores y ciprés en noche buena “para que tenga ocasión de alegrarse su marido”.

Ayer fue la recepción de año nuevo en la Casa Blanca, y la concurrencia salió prendada de ella. De nadie esquivaba la mano, y la da a todos

sin miedo, a negros y a blancos. Estaba cercada de bellas mujeres, que la acompañaban en las labores de la recepción, pero como es la más tierna y afectuosa, parecía la más bella.

Hubo en la recepción el largo enojo, la procesión de las tres horas, el dar de manos a todos los que llegan. Rehúye Cleveland las cortesías innecesarias sin ver que toda cortesía es útil, y no hacen mal esos dulces engaños. Pero las de año nuevo son ineludibles, y la Casa se llena de caballeros pintorescos, de diplomáticos ostentosos, de pretendientes tenaces, de viajeros y admiradores.

Una cabeza blanca había, que se llevó sin embargo todas las miradas. El hombre se siente consagrado en los ancianos.<sup>2</sup>

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 25 de febrero de 1887

12

## EL CISMA DE LOS CATÓLICOS EN NUEVA YORK

*Los católicos protestan en reuniones públicas contra la intervención del Arzobispo en sus opiniones políticas.—Compatibilidad del catolicismo y el gobierno republicano.—Obediencia absoluta en el dogma, y libertad absoluta en la política.—Historia del cisma.—La Iglesia Católica en Nueva York, sus orígenes, y las causas de su crecimiento.—Los irlandeses.—El catolicismo irlandés: el "Sogarth Aroon".—Elementos puros e impuros del catolicismo.—Causas de la tolerancia con que se ve hoy en los Estados Unidos el poder católico.—La Iglesia, la política y la prensa.—Tratos entre la Iglesia y la política.—El padre McGlynn.—El padre McGlynn ayuda al movimiento de reforma de las clases pobres.—Revista del movimiento.—Carácter religioso del movimiento obrero.—McGlynn favorece las doctrinas de George, que son las de los católicos de Irlanda.—El Arzobispo suspende al padre McGlynn, y el Papa le ordena ir a Roma.—El Papa lo degrada.—Santidad del padre McGlynn.—Rebelión de su parroquia.—Gran "meeting" de los católicos en Cooper Unión contra el abuso de autoridad del Arzobispo.—Los católicos apoyan a McGlynn, y reclaman el respeto a su absoluta libertad política*

<sup>2</sup> A continuación se refiere Martí al historiador Bancroft. Véase la Sección NORTEAMERICANOS, de estas *Obras Completas*.

Nueva York, 16 de enero de 1887

Señor Director de *El Partido Liberal*:

Nada de lo que sucede hoy en los Estados Unidos es comparable en trascendencia e interés, a la lucha empeñada entre las autoridades de la Iglesia Católica y el pueblo católico de Nueva York, a tal punto que por primera vez se pregunta asombrado el observador leal, si cabrá de veras la doctrina católica en un pueblo libre sin dañarlo, y si es tanta la virtud de la libertad, que restablece en su estado primitivo de dogma poético en las almas una Iglesia que ha venido a ser desdichadamente el instrumento más eficaz de los detentadores del linaje humano. ¡Sí, es la verdad! los choques súbitos revelan las entrañas de las cosas. De la controversia encendida en Nueva York, la Iglesia mala queda castigada sin merced, y la Iglesia de misericordia y de justicia triunfa. Se ve cómo pueden caber, sin alarma de la libertad, la poesía y virtud de la Iglesia en el mundo moderno. Se siente que el catolicismo no tiene en sí propio poder degradante, como pudiera creerse en vista de tanto como degrada y esclaviza; sino que lo degradante en el catolicismo es el abuso que hacen de su autoridad los jerarcas de la Iglesia, y la confusión en que mezclan a sabiendas los consejos maliciosos de sus intereses y los mandatos sencillos de la fe. Se entiende que se pueda ser católico sincero, y ciudadano celoso y leal de una república. ¡Y son como siempre los humildes, los descalzos, los desamparados, los pescadores, los que se juntan frente a la iniquidad hombro a hombro, y echan a volar, con sus alas de plata encendida, el Evangelio! ¡La verdad se revela mejor a los pobres y a los que padecen! ¡Un pedazo de pan y un vaso de agua no engañan nunca!

Acabo de verlos, de sentarme en sus bancos, de confundirme con ellos, de ver brillar el hombre en todo su esplendor en espíritus donde yo creía que una religión atentatoria y despótica lo había apagado. ¡Ah! la re-

ligión, falsa siempre como dogma a la luz de un alto juicio, es eternamente verdadera como poesía: ¿qué son en suma los dogmas religiosos, sino la infancia de las verdades naturales? Su rudeza y candor mismos enamoran, como en los poemas. Por eso, porque son gérmenes inefables de certidumbre, cautivan tan dulcemente a las almas poéticas, que no se bajan de buen grado al estudio concreto de lo cierto.

¡Oh, si supieran cómo se aquilatan y funden allí las religiones, y surge de ellas más hermosa que todas, coronada de armonías y vestida de himnos, la Naturaleza! Lo más recio de la fe del hombre en las religiones es su fe en sí propio, y su soberbia resistencia a creer que es capaz de errar: lo más potente de la fe es el cariño a los tiempos tiernos en que se la recibe, y a las manos adoradas que nos la dieron. ¿A qué riñen los hombres por estas cosas que pueden analizarse sin trabajo, conocerse sin dolor, y dejarlos a todos confundidos en una portentosa y común poesía?

Acabo de verlos, de sentarme a su lado, de desarrugar para ellos esta alma ceñuda que piedra a piedra y púa a púa elabora el destierro. Otro se hubiera regocijado de su protesta: yo me regocijaba de su unión. ¿Para qué estaban allí aquellos católicos, aquellos trabajadores, aquellos irlandeses? ¿Para qué estaban allí aquellas mujeres de su casa, gastadas y canosas? ¿Para qué estaban allí los hombres nobles de todos los credos, sino para honrar al santo cura, perseguido por el Arzobispo de su Iglesia por haberse puesto del lado de los pobres?

Era en "Cooper Union", la Unión de Cooper, la sala de reuniones de la escuela gratuita, que aquel gran viejo levantó con sus propias ganancias para que otros aprendiesen a vencer las dificultades que él había hallado en la vida: ¡jamás ha sido tan bello un hombre que no lo era! Era en la sala baja de "Cooper Union". Llovía afuera y adentro rebosaba. Apenas se encontraba rostro innoble, no porque no los hubiese, sino porque no lo parecían. Seis mil hombres, seis mil católicos, ocupaban los asientos, los pasillos, las puertas, las espaciosas galerías. ¡Al fin, les habían echado de su Iglesia a su "Sogarth Aroon", al "cura de los pobres", al que los aconseja sin empequeñecerlos desde hace veintidós años, al que ha repartido entre los infelices su herencia y su sueldo, al que no les ha seducido sus mujeres ni iniciado en torpezas a sus hijas, al que les ha alzado en su barrio de pobres una iglesia que tiene siempre los brazos abiertos, al que jamás aprovechó el influjo de la fe para intimidar las almas, ni oscurecer los pensamientos, ni reducir su libre es-

píritu al servicio ciego de los intereses mundanos e impuros de la Iglesia, al padre McGlynn! Lo han echado de su casa y de su templo, su mismo sucesor lo expulsa de su cuarto de dormir: han arrancado su nombre del confesionario: ¿quién se confesará ahora con el espíritu del odio? Porque ha dicho lo que dijo Jesús, lo que dice la Iglesia de Irlanda con autorización del Papa, lo que predica a su diócesis el Obispo de Meade, lo que puso a los pies del Pontífice como verdad eclesiástica el profundo Balmes; porque ha dicho que la tierra debe ser de la nación, y que la nación no debe repartir entre unos cuantos la tierra; porque con su fama y dignidad, porque con su sabiduría y virtud, porque con su consejo y su palabra, ayudó en las elecciones magníficas de otoño a los artesanos enérgicos y los pensadores buenos que buscan en la ley el remedio de la pobreza innecesaria—¡su Arzobispo le quita su curato y el Papa, le ordena ir disciplinado a Roma!

Cuando por creer a Cleveland honrado, lo defendió en sus elecciones el padre McGlynn hace dos años en la tribuna política, no se lo tuvo a mal el Arzobispo, porque Cleveland era el candidato del partido con que está en tratos en Nueva York la Iglesia, ¡en tratos y en complicidades! ¡Pero lo mismo que pareció bien al Arzobispo en el padre McGlynn cuando defendía al candidato arzobispal, esa misma expresión de preferencia política de parte de un sacerdote católico, le parece mal ahora que la defensa del padre McGlynn puede alarmar a los ricos protestantes, que se atrincheran en la Iglesia y se valen de ella, para oponerse a la justicia de los pobres que la levantaron!

La Iglesia Católica vino a los Estados Unidos en hombros de los emigrados irlandeses, en quienes, como en los polacos, se ha fortalecido la fe religiosa porque sus santos fueron en tiempos pasados los caudillos de su independencia, y porque los conquistadores normandos e ingleses les han atacado siempre a la vez su religión y su patria. La religión católica ha venido a ser la patria para los irlandeses; pero no la religión católica que el servil y desagradecido secretario del Papa Pío VII ponía de asiento del rey protestante de Inglaterra Jorge III, cuando al pedir favores a este enemigo implacable de los católicos de Irlanda, le hacía observar que "las colonias protestantes de América se habían alzado contra su Graciosa Majestad, mientras que la colonia católica del Canadá le había quedado fiel"; sino aquella otra religión de los obispos caballeros y poetas que con el arpa de oro bordada en su estandarte

verde como su campiña, hacían atrás a los clérigos hambrientos que venían de Roma, manchados con un fausto inicuo, con todos los vicios de una oligarquía soberbia y con el compromiso inmoral de ayudar contra sus vasallos y enemigos, mediante el influjo de la fe, a los príncipes de quienes habían recibido donaciones. Los mercaderes de la divinidad mordieron el suelo ante los sencillos teólogos de Irlanda, que tenían pan seguro en la mesa de los pobres, y no apetecían más púrpura que aquella de que les investía el hierro del conquistador, al herirlos, con el himno en los labios, entre las turbas de fieles campesinos que peleaban rabiosamente por su libertad. El cura irlandés fue la almohada, la medicina, el verso, la leyenda, la cólera de Irlanda: de generación en generación, precipitado por la desdicha, se fue acumulando en el irlandés este amor al cura, ¡y antes le quemarán al irlandés el corazón en su pipa, que arrancarle cariño a su "Sogarth Aroon", su poesía y su consuelo, su patria en el destierro y el olor de su campo nativo, su medicina y su almohada!

Así creció rápidamente, sin razón para pasmo ni maravilla, el catolicismo en los Estados Unidos, no por brote espontáneo ni aumento verdadero, sino por simple trasplante. Tantos católicos más había en los Estados Unidos al fin de cada año, cuantos inmigrantes de Irlanda llegaban durante él. Con ellos venía el cura, que era su consejero y lo que les quedaba de la patria. Con el cura la Iglesia. Con los hijos educados en ese respeto, la nueva generación de feligreses. Con la noble tolerancia del país, la facilidad de levantar por sobre las torres protestantes las torres de los centavos irlandeses. Esos fueron los cimientos del catolicismo en estos Estados: los hombres de camisa sin cuello y de chaqueta de estameña, las pobres mujeres de labios belfudos y de escaldadas manos.

¿Cómo no habían de entrarse por campo tan productivo los espíritus audaces y despóticos, cuyo predominio lamentable y perenne es la plaga y ruina de la Iglesia? La vanidad y la pompa continuaron la obra iniciada por la fe; desdeñando a la gente humilde, a quien debía su establecimiento y abundancia, levantó reales la Iglesia en la calle de los ricos, deslumbró fácilmente con su aparato suntuoso el vulgar apetito de ostentación, común a las gentes de súbito engrandecimiento y escasa cultura, y aprovechó las naturales agitaciones de la vida pública en una época de estudio y reajuste de las condiciones sociales, para presentarse ante los ricos alarmados como el único poder que con su sutil influjo en los espíritus podía refrenar la marcha temible de los pobres,

manteniéndoles viva la fe en un mundo cercano en que ha de saciarse su sed de justicia, para que así no sientan tan ardientemente el deseo de saciarla en esta vida. ¡De ese modo se ve que en esta fortaleza del protestantismo, los protestantes, que aún representan aquí la clase rica y culta, son los amigos tácitos y tenaces, los cómplices agradecidos de la religión que los tosó en la hoguera, y a quien hoy acarician porque les ayuda a salvar su exceso injusto de bienes de fortuna! ¡Fariseos todos, y augures!

Puesta ya en el deseo del poder, en que el misterio religioso y lo amenazante de los tiempos la favorecen tanto, echó la Iglesia Católica los ojos sobre el origen de él, que es aquí el voto público, como en las monarquías los echa sobre los soberanos. Y traficó en votos. La democracia era el partido vencido cuando arreció la inmigración irlandesa; y como siempre fue de partidos vencidos el parecer liberales, a él se iban los inmigrantes tan luego como entraban en sus derechos de ciudadanía, por lo que vino a ser formidable el elemento católico en el partido democrático, y triunfar éste en la ciudad de Nueva York y aquellas otras donde se aglomeraban los irlandeses. Pronto midieron y cambiaron fuerzas la Iglesia, que podía influir en los votos, y los que necesitaban de ellos para subir al goce de los puestos públicos. La Iglesia Católica comenzó a tener representantes interesados y sumisos en los ayuntamientos, asambleas y consejos de los gobernadores, y a vender su influjo sobre el sufragio a cambio de donaciones de terreno y de leyes amigas; y sintiéndose capaz de elegir los legisladores, o impedir que fuesen clectos, quiso que hiciesen las leyes para el beneficio exclusivo de la Iglesia, y en nombre de la libertad fue proponiendo poco a poco todos los medios de sustituirse a ella.

Todo lo osó la Iglesia desde que se sintió fuerte entre las masas por una fe que no pregunta, entre los poderosos por la alianza que les ofrecía para la protección de los bienes mundanos, y entre los políticos por la necesidad que éstos tienen del voto católico. En el barrio de los Palacios alzó una catedral de mármol, rodeada de edificios de beneficencia, donde los viera y alabara todo el mundo,—¡no como los que ha mantenido el padre McGlynn, que están en los barrios sombríos donde las almas saben de angustia! Comenzaron a verse los milagros de la influencia eclesiástica: abogados mediocres con clientela súbita, médicos untuosos que dejan preparada para el bálsamo a la atribulada enferma, banqueros favorecidos sin razón visible por la confianza de sus depositantes, cardenales de seda y de miel que venían de Inglaterra, frescos y lisos como

una manzana nueva, a convertir a la fe en el Arzobispo las familias ricas. Hubo hospitales y asilos dealumbrantes. Los candidatos de más empuje solicitaban el apoyo a la neutralidad de la Iglesia. ¡Los periódicos mismos, que debían ser los verdaderos sacerdotes, atenúan o disimulan sus creencias, coquetean con el palacio arzobispal, y parecen aplaudir sus ataques a las libertades públicas, por miedo los unos de verse abandonados por sus lectores católicos, y los otros por el deseo de fortificar a un aliado valioso en la lucha para la conservación de sus privilegios! Se usó la amable influencia del "Sogarth Aroon" para llevar el voto irlandés por donde convenía a la autoridad arzobispal, confabulada para sacar ventaja de las leyes con las que, como ella, comercian con el voto. Y así creció en proporciones enormes la fuerza de la Iglesia en los Estados Unidos, por lo numeroso de la inmigración europea, por la complicidad y servicio de las camarillas políticas, por lo temido de las aspiraciones de las masas de obreros, por lo desordenado y tibio de las sectas protestantes, por lo descuidado de la época en cosas religiosas, por lo poco conocido de la ambición y métodos del clero de Roma, por lo vano y necio de los advenedizos enamorados de la pompa nueva, y sobre todo, por aquella vil causa, propiamente nacida en este altar del dinero, de considerar el poder de la Iglesia sobre las clases llanas como el valladar más firme a sus demandas de mejora, y el más seguro mamuesto de la fortuna de los ricos.

Tal parece que en los Estados Unidos han de plantearse y resolverse todos los problemas que interesan y confunden al linaje humano, que el ejercicio libre de la razón va a ahorrar a los hombres mucho tiempo de miseria y de duda, y que el fin del siglo diecinueve dejará en el cenit el sol que alboreó a fines del dieciocho entre caños de sangre, nubes de palabras y ruido de cabezas. Los hombres parecen determinados a conocerse y afirmarse, sin más trabas que las que acuerden entre sí para su seguridad y honra comunes. Tambalean, conmueven y destruyen, como todos los cuerpos gigantes al levantarse de la tierra. Los extravía y suele cegarles el exceso de luz. Hay una gran trilla de ideas, y toda la paja se la está llevando el viento. Enormemente ha crecido la majestad humana. Se conocen repúblicas falsas, que cernidas en un tamiz sólo producirían el alma de un lacayo; pero donde la libertad verdaderamente impera, sin más obstáculos que los que le pone nuestra naturaleza, ¡no hay trono que se parezca a la mente de un hombre libre,

ni autoridad más augusta que la de sus pensamientos! Todo lo que atormenta o empequeñece al hombre está siendo llamado a proceso, y ha de sometérsele. Cuanto no sea compatible con la dignidad humana, caerá. A las poesías del alma nadie podrá cortar las alas, y siempre habrá ese magnífico desasosiego, y esa mirada ansiosa hacia las nubes. Pero lo que quiera permanecer ha de conciliarse con el espíritu de libertad, o de darse por muerto. Cuanto abata o reduzca al hombre, será abatido.

Con las libertades, como con los privilegios, sucede que juntas triunfan o peligran, y que no puede pretenderse o lastimarse una sin que sientan todas el daño o el beneficio. Así la Iglesia Católica de los Estados Unidos, con sus elementos virtuosos e impuros, sale a juicio por esclavizadora y tiránica cuando los espíritus generosos del país deciden ponerse a la cabeza de los desdichados, para ayudar a mejorar la servidumbre de cuerpo y espíritu en que viven. Todas las autoridades se coligan, como todos los sufrimientos. Hay la fraternidad del dolor, y la del despotismo.

Viva está aún en la memoria, como si se hubiese visto pasar una legión de apóstoles, la admirable campaña para las elecciones de corregidor de Nueva York en el otoño de 1886. En ella apareció por primera vez con todo su poder el espíritu de reforma que anima a las masas obreras, y a los hombres piadosos que sufren de sus males. Hay hombres ardientes en quienes, con todos los tormentos del horno, se purifica la especie humana. ¡Hay hombres dispuestos para guiar sin interés, para padecer por los demás, para consumirse iluminando!— En esa campaña se vio la maravilla de que un partido político nuevo, que apenas cuenta tres años de disensiones y errores preparatorios, combatiese sin amigos, sin tesoro, sin autoridades complacientes o serviles, sin castas cómplices, y estuviese a punto de vencer, porque no le animaba el mero entusiasmo de las campañas políticas, sino un ímpetu de redención, pedida en vano a los partidos ofrecedores y parleros.

Ya se saben los orígenes de este movimiento histórico. Henry George vino de California, y reimprimió su libro "El Progreso y la Pobreza", que ha cundido por la cristiandad como una Biblia. Es aquel mismo amor del Nazareno, puesto en la lengua práctica de nuestros días. En la obra, destinada a incurrir las causas de la pobreza creciente a pesar de los adelantos humanos, predomina como idea esencial la de que la tierra debe pertenecer a la Nación. De allí deriva el libro todas las reformas necesarias.—Posea tierra el que la trabaje y la mejore. Pague

por ella al Estado mientras la use. Nadie posea tierra sin pagar al Estado por usarla. No se pague al Estado más contribución que la renta de la tierra. Así el peso de los tributos a la Nación caerá sobre los que reciban de ella manera de pagarlos, la vida sin tributos será barata y fácil, y el pobre tendrá casa y espacio para cultivar su mente, entender sus deberes públicos, y amar a sus hijos.

No sólo para los obreros, sino para los pensadores, fue una revelación el libro de George. Sólo Darwin en las ciencias naturales ha dejado en nuestros tiempos una huella comparable a la de George en la ciencia de la sociedad. Se ve la garra de Darwin en la política, en la historia y en la poesía; y dondequiera que se habla inglés, con ímpetu soberano se imprime en los pensamientos la idea amante de George. El es de los que nacen padres de hombres: ¡allí donde ve un infeliz, siente la bofetada en la mejilla! En torno suyo se agruparon los gremios de obreros: —¡Educarse, les dijo, es indispensable para vencer! En un pueblo donde el sufragio es el origen de la ley, la revolución está en el sufragio. El derecho se ha de defender con entereza; pero amar es más útil que odiar.—Cuando los obreros de Nueva York se sintieron fuertes, todos, católicos, protestantes y judíos,—todos, irlandeses, alemanes y húngaros, —todos, republicanos y demócratas, designaron a George como su candidato para dar, con motivo de las elecciones de corregidor de Nueva York, la primera muestra de su voluntad y poder.

No era un partido que se formaba, sino una iglesia que crecía. Semejante fervor sólo se ha visto en los movimientos religiosos. Hasta en los meros detalles físicos parecían aquellos hombres dotados de fuerza sobrenatural. El hablar no les enronquecía. El sueño no les hacía falta. Andaban como si hubieran descubierto en sí un ser nuevo. Tenían la alegría profunda de los recién casados. Improvisaron tesoro, máquina de elecciones, juntas, diario. Grande fue la alarma de las camarillas políticas, de las asociaciones de rufianes y logreros que viven regaladamente de la compra y venta del sufragio. Aquellas hordas de votantes se les escapaban, y entraban en la luz. “¡Buscad el remedio de vuestros males en la ley!” dicen los partidos políticos a los obreros, cuando censuran sus tentativas violentas o anárquicas, pero apenas forman los obreros un partido para buscar en la ley su remedio, los llamaron revolucionarios y anarquistas: los dejó solos la prensa: las castas superiores les negaron su ayuda: los republicanos, partidarios de los privilegios, los denunciaron como enemigos de la patria; y los demócratas, amenazados de cerca en sus empleos e influjo, pidieron auxilio a los

poderes aliados a ellos para administrar la ley en el común beneficio. La Iglesia entera cayó sobre los trabajadores que la han edificado. El Arzobispo que depone a un sacerdote por haber apoyado la política de las clases llanas, ordena en carta circular a sus párrocos que apoyen la política de los logreros y rufianes determinados a venderlas. ¡Sólo un párroco, el más ilustre de todos, el único ilustre, no abandonó a las clases llanas, el padre McGlynn!

Pues qué: si el Arzobispo, que ha de ser el ejemplo de los curas, puede favorecer una política, ¿cómo ha de ser delito en un cura hacer lo mismo que hace el Arzobispo? ¿Y de qué parte estará la santidad, de los que se ligan con los poderosos para sofocar el derecho de los infelices, o de los que, desafiando la ira de los poderosos, y estando sobre todos ellos en inteligencia y virtud, dan con el pie a la púrpura y van silenciosamente a sentarse entre los que padecen?

Dicen que hay santidad igual a la del padre McGlynn, pero no mayor: que en su espíritu excelso es tal mansedumbre que no halla obstáculo en toda su sabiduría al dogma del descendimiento de la gracia: que ve al hombre más alto tan esclavo del cuerpo, que no acierta a comprender por qué aquel que triunfó de su cuerpo fuese solamente un hombre. Dicen que la virtud le parece tan deseable y bella que no quiere otra esposa. Dicen que vive para consolar al desdichado, robustecer y dilatar las almas, elevarlas por la esperanza y la hermosura del culto a un estado amoroso de poesía, y hacer triunfar en el seno de la Iglesia el espíritu de caridad universal que la engendró, sobre la ambición, el despotismo y el interés que la han desfigurado. Pero también dicen que tiene la energía indomable de los que no sirven a los hombres, ¡sino al hombre!

Cuanto sofoca o debilita al hombre, le parece un crimen. No puede ser que Dios ponga en el hombre el pensamiento, y un arzobispo, que no es tanto como Dios, le prohíba expresarlo. Y si unos curas pueden por orden del Arzobispo intimar desde el púlpito a sus feligreses que voten por el enemigo de los pobres, ¿por qué no ha de poder otro cura, por su derecho de hombre libre, ayudar a los pobres fuera del altar, sin valerse, ni aun para hacerles bien en cosas no religiosas, de su autoridad puramente religiosa sobre las conciencias? ¿Quién peca, el que abusa de su autoridad en las cosas del dogma para favorecer inmoralmente desde la cátedra sagrada a los que venden la ley en pago del voto

que les pone en condición de dictarla, o el que sabiendo que al lado del pobre no hay más que amargura, lo consuela en el templo como sacerdote, y le ayuda fuera del templo como ciudadano?

El párroco, es verdad, debe obediencia a su Arzobispo en materias eclesiásticas; pero en opiniones políticas, en asuntos de simple economía y reforma social, en materias que no son eclesiásticas ¿cómo ha de deber el párroco obediencia absoluta a su Arzobispo, si las materias no pertenecen a la administración del templo ni al ejercicio del culto a que se limita su autoridad sobre el párroco? ¿Cómo ha de ser en Nueva York mala doctrina católica la nacionalización de la tierra que hoy mismo promulga todo el clero católico de Irlanda? ¿O no ha de tener el párroco más política que la que le manda tener su Arzobispo, que no es autoridad suya en política, y cura viene a ser tanto como esclavo, que tiemble ante la ira del señor, porque se atreva a abogar con ternura por los desventurados? ¿O el cura ha de renunciar a tener patria?

Pues porque el Arzobispo, que ha expresado en una pastoral opinión sobre la propiedad de la tierra, ordenó sin derecho al padre McGlynn que no asistiese a una reunión pública en que se iba a tratar la cuestión de la tierra, y el padre lo desatendió en aquello en que tenía el derecho de cura y el deber de hombre de desatenderlo, lo suspendió el Arzobispo en sus funciones parroquiales, ¡a él, que ha hecho un cesto de amor de su parroquia! Porque desatendió a su superior eclesiástico en una materia política, el Papa le ordena ir, ¡a él, a la virtud humanada, en castigo a Roma! Y porque en vez de ir, explica al Papa en una carta sumisa el error porque se le condena, el Papa, ¡a él, el único sacerdote santo de su diócesis, le arranca las vestiduras sacerdotales!

Aquí fue donde se vio el espectáculo hermoso. Al poder, claro está, ¿cómo han de faltarle amigos? Los que viven del voto de la Iglesia, los políticos que la temen, los que tienen de ella recomendación o apoyo, los que la miran como salvaguardia de sus riquezas excesivas, la prensa interesada en conservar su alianza, aletean satisfechos en la sombra en torno del palacio arzobispal; pero la parroquia en masa ha desertado los bancos de la iglesia, ha vestido de siempreviva el confesionario vacío de su párroco, ha echado indignada de la sala de reuniones del templo al nuevo cura, que osó presentarse a disolver una junta de los feligreses para expresar cariño a su "Sogarth Aroon" ardientemente amado.— "¡Por él, por él, estaremos contra el Arzobispo y contra el Papa!"—"Na-

die nos le hará daño, ni ha de faltarle en esta tierra nada!"—"Hemos levantado este templo con nuestro dinero: ¿quién ha de atreverse a echarnos de nuestro templo?"

"¿A quién ha podido ofender ese santo que vive para los pobres?"—"¿Por qué nos le maltratan, porque se opusca a que tuviéramos escuelas religiosas que no necesitamos, cuando tenemos la escuela pública para aprender, y para la religión tenemos nuestra casa y nuestra iglesia?"—"¡El nos quiere católicos, pero también nos quiere hombres!" Mujeres eran las más entusiastas de la junta. Una mujer redactó la protesta que llevó la comisión de la junta al Arzobispo. Artesanos fornidos sollozaban, con los rostros ocultos en las manos. El padre, humilde y enfermo, a nadie ha visto, ni con nadie ha hablado, y padece en la casa pobre de una hermana.

Pero los católicos de Nueva York se alzan coléricos contra el Arzobispo, preparan juntas colosales; oponen la piedad inefable del cura perseguido al indigno carácter de obispos y vicarios que el arzobispado tiene en gloria: y con toda la intensidad del alma irlandesa recaban su derecho a pensar libremente sobre las cosas públicas, denuncian los tratos inmorales del arzobispado con los mercenarios políticos a cuyos dictados obedece, proclaman que fuera de las verdades de Dios y el gobierno de su casa "el Arzobispo de Nueva York no tiene sobre las opiniones políticas de su grey más autoridad que la del hombre intermedio que andan buscando los naturalistas en los senos de Africa", y recuerdan que hubo en Irlanda un arzobispo que murió de vergüenza y abandono por haber condenado la resistencia justa de los católicos irlandeses a la corona protestante de Inglaterra. "¡Sobre nuestras conciencias, Dios; pero nadie venga a segarnos el pensamiento, ni a quitarnos el derecho de gobernar a nuestro entender nuestra República!"—"En las cosas del dogma, la Iglesia es nuestra madre; pero fuera del dogma, la Constitución de nuestro país es nuestra Iglesia".—"¡Arzobispo, manos fuera!"

Nunca, ni en la campaña de George en el Otoño, hubo entusiasmo mayor. Retumbaba la sala con los vítores cuando aquellos católicos prominentes vindicaban en frases fervorosas la libertad absoluta de su opinión política.

"¿Conque a nuestro consuelo, al que fue honor por su sabiduría en la Propaganda y es estrella por su caridad en Nueva York: conque a ese santo padre McGlynn que es nuestro decoro y alegría, y nos ha enseñado con su ejemplo y palabra amorosa toda la razón y hermosura de

la fe; conque al que en nuestras manos vertió toda su fortuna, y nos devolvía en limosnas el sueldo que le dábamos y jamás quiso abandonar el barrio de sus pobres, nos lo echan de la iglesia que él mismo levantó, nos le niegan por un día más el cuarto donde reza y sufre,—y ese otro obispo Ducey que se llevó bajo su capa al Canadá a un banquero ladrón, goza de toda la confianza de la Iglesia? ¿Conque el Arzobispo compele a nuestro Papa a ser injusto con esta gloria de la fe cristiana, y asiste compungido a los funerales de ese católico liberticida, de ese Jaime McMaster, que lucía como los ojos de las hienas, que pasó la vida vilipendiando a los pueblos libres y ayudando con su palabra venenosa a los dueños de esclavos y a los monarcas?”—“¡Librenos Dios de hablar contra nuestra fe, de obedecer a los sacerdotes que atentan a nuestra libertad de ciudadanos y de abandonar a nuestro “Sogarth Aroon”, por cuya inmensa caridad se ha hecho el catolicismo raíz de nuestras almas!”

En este fervor queda el cisma de los católicos. ¡Cuántas intrigas y complicidades, cuántos peligros para la República ha revelado! ¿Conque la Iglesia compra influjo y vende voto? ¿Conque la santidad la encoheriza? ¿Conque es la aliada de los ricos de las sectas enemigas? ¿Conque prohíbe a sus párrocos el ejercicio de sus derechos políticos; a no ser que los ejerzan en pro de los que trafican en votos con la Iglesia? ¿Conque intenta arruinar y degrada a los que ofenden su política autoritaria, y siguen mansamente lo que enseñó el dulcísimo Jesús? ¿Conque no se puede ser hombre y católico? ¡Véase como se puede, según nos lo enseñan estos nuevos pescadores! ¡Oh Jesús! ¿Dónde hubieras estado en esta lucha? ¿acompañando al Canadá al ladrón rico, o en la casita pobre en que el padre McGlynn espera y sufre?

JOSÉ MARTÍ

*El Partido Liberal*, México. Publicada también en *La Nación* de Buenos Aires, el 14 de abril de 1887

## CARTAS DE MARTÍ

*Un mes de vida norteamericana.—Aspecto airado de los acontecimientos.—El carácter en invierno.—Rumores vanos de guerra con el Canadá.—Crece el cisma católico.—El Senado y los representantes.—La paz definitiva en el sur.—Causas de la paz.—Cleveland, sus modos y su influjo.—Gran discurso del sudista Grady.—El Sur nuevo.—Lo que hay que aprender de los Estados Unidos.—Las huelgas.—La gran huelga de los carboneros.—Continúa condensándose el partido obrero.—Escenas dolorosas de la huelga*

Nueva York, Febrero 2 de 1887

Señor Director de *La Nación*:

Todo ha sido debates, diferencias y cóleras en este mes de enero. Acaso los únicos sucesos amables fueron la sesión pública de la excelente escuela de indios de Carlyle, en que se están fundiendo las dos civilizaciones con cierto color poémico,—y la exhibición de *El Dorador* de Rembrandt, un burgués de verdad majestuoso. Precipita la vida este tiempo sombrío. Parece que la luz incuba el alma como el calor de la madre a los polluelos: y allí donde no hay luz salen las almas malhumoradas y canijas, como pollos que ha calentado mal la madre, y faltan en los actos y pensamientos aquella generosidad y buenahombría que quitan veneno a las más recias contiendas.

En las ciudades, sobre todo, se agravan estos males. Se vive mucho fuera de la casa. Llega el hombre a su hogar, sea rico o pobre, como el transeúnte a su fonda, o la fiera a su cubil. Trae de afuera el barro hasta la garganta, y toda la hiel movida con el contacto del animal humano. Pierde el trabajo su decoro y hermosura, por la prisa y fin mercenario con que se le hace, y por la brutalidad usual del trato. La casa, comida por la vanidad, desecada por la escasez general de espíritu, suele ser poco amena, o pierde por lo menos aquel dulce poder de hacer olvidar, que hace el hogar tan bello, y da a la que reina en él tanto encanto y prestigio.

En los inviernos fangosos, como éste, estos trabajos se enconan con la áspera ventisca, la pedrea de granizo, la triste sábana de nieve, los odiosos lodazales. No hay mujer que parezca bella, ni hombre que parezca joven, en una de estas mañanas coléricas, criminales, dolorosas, negruzcas.

En Washington, hablan de guerra contra los ingleses, porque el Canadá continúa tratando mal a los barcos de pesca americanos, para com-

pelar con estas modificaciones a los Estados Unidos a que renueve el tratado de Halifax, en que Norteamérica cedió torpemente el derecho de dominio que la Gran Bretaña le reconoció sobre las aguas canadienses, por haberla ayudado, cuando eran colonias, a sacar el territorio del poder de Francia.

Ahora los canadienses, para forzar a los norteamericanos a que les abran como antes los puertos, les niegan el derecho que siempre tuvieron de pescar y traficar en sus costas, y aun llegan hasta resistirse a venderles la carnada, para que en las aguas propias de los Estados Unidos puedan seguir la pesca. El Congreso de Washington propone que se les cierren los puertos de mar y de tierra, y un senador ya dijo anteayer que debía suspenderse toda especie de relaciones con el Canadá. Pero de esto no pasará, y acabará en arreglo. Porque los Estados Unidos no van a sangre por escasa razón, e Inglaterra tiene a la puerta y dentro de casa lobos más fieros.

En Nueva York, y en toda la costa de Jersey hay grandes huelgas, ciegas y desatentadas como todas; y tan justas en principio como crudas en métodos, y deslucidas a veces por agresiones y violencias.

El cisma sigue en la Iglesia Católica. Diez mil católicos han vuelto a reunirse en el hipódromo de Madison para declarar su resistencia a recibir dictado alguno de la Iglesia sobre sus opiniones económicas y políticas. Y el padre McGlynn, que se ha hecho persona nacional, afirma en un documento público que la Iglesia no prohíbe enseñar que la tierra es propiedad común, y que ni el Arzobispo, ni la Propaganda, ni el Papa, tienen derecho a coartar los actos de ciudadano de un sacerdote, en materias que no estén expresamente condenadas por la Iglesia:

“Así es, dice, como nuestra Iglesia se ha hecho odiosa, y ha llegado a parecer enemiga de la libertad. El Papa no tiene derecho sobre mí como ciudadano. No voy a Roma.”

En la Casa de Representantes continúan riñendo proteccionistas y librecambistas, por reformar cada uno conforme a su credo la torpe tarifa que produce al país desasosiego y miseria, y al gobierno cien millones de pesos más de lo que necesita.

En el Senado hay guerra también, porque los senadores de peso están siendo poco a poco echados de sus curules por los millonarios búfagos y resoplantes, dueños de haciendas, ferrocarriles y minas, quienes hallan sin dificultad legislaturas viles que los prefieren por su caudal a los ancianos ilustres que han criado a sus manos a la patria.

Sólo en el Sur, donde ríe el sol, no hay guerra. Allí, desde que acabó la esclavitud, comenzó la prosperidad. El Sur, desde que perdió sus esclavos, se ha hecho inventor, económico, industrial.

La poesía de la vida en las tierras calientes hace grato y ameno el trabajo. El negro, que en el Norte crece a orador, a pedagogo y a político, en el Sur va a la escuela, estudia la ley, y se convierte en agricultor y artesano. Tanto, que, por sobre la muchedumbre de hechos menores que distraen al observador ligero de las grandes corrientes que con ellos se forman y alimentan, puede decirse que los dos sucesos capitales hoy en los Estados Unidos, las dos transformaciones gigantes que realmente interesan el ánimo y merecen atención universal, son la unión sincera y definitiva de las dos secciones que pasmaron al mundo hace un cuarto de siglo por el fragor de sus combates,—y la reaparición del espíritu puritano, que parecía acorralado o extinguido en el partido nuevo en que se amasan los trabajadores, con todos los desajustes, choques y quebrantos de los cuerpos colosales que buscan acomodación y encaje.

Esas sí son lecciones que conviene estudiar en esta tierra, sin regatear un apice a su majestad histórica. No la educación pública, falsa y dura en la práctica, y rudimentaria y errada en la letra. No la manera de vivir, podrida por un egoísmo odioso. No el espíritu libre, anhelado con más fervor en nuestras tierras, y sentido con más intensidad y hermosura;—sino el modo en que la práctica de la libertad evita, aun en los pueblos brutales, la guerra,—y el arte sublime, el arte de la justicia, el arte del respeto al vencido, por el que dos pueblos enemigos, diversos en orígenes, antecedentes, costumbres y clima, se confunden por propia voluntad en un pueblo único, y se cambian las banderas de pelear y las coronas de sus muertos.

Y para esto ninguno ha tenido que esconder ese amor a sus glorias que es el caudal más seguro de las naciones, y como su cemento; ¡cada soldado muerto es una raíz!

Se ha de permitir que todos los cultos salgan a la luz, para que los sanee el aire y depure, mientras que, si se les compele a no salir del corazón, adquieren allí fuerza de templo y color de bandera. y acumulándose la actividad comprimida, estalla al fin en guerras. No puede suprimirse ningún factor humano. Por su órbita andan los astros, y por su órbita anda el hombre. Como se calcula un eclipse, se puede calcular la vida.

Ni el Sur ni el Norte han necesitado para unirse con sinceridad olvidar a sus muertos. ¿Qué puede florecer sobre la ingratitud? Han hecho algo mejor que olvidarlos: ¡los han honrado juntos!

Ni agravia al Sur que Nueva York exhiba durante dos años en panoramas la batalla en que Grant le tomó a Vicksburg y aquella otra en que la Merrimac fue vencida por el Monitor. Ni ofende al Norte porque cuatro Estados del Sur, cuatro miembros vivos de la Unión, acuerden ayudar con pensiones vitalicias la vejez de los soldados que pelearon contra ella.

El Sur resucita. Sus jóvenes, nacidos entre negros libres, se asombran de cómo pudieron sus padres vivir en ociosidad, persiguiendo con perros o marcando a latigazos a los negros esclavos. El Norte sale al encuentro del noble vencido que no le guarda rencor.

Y como el orador es el hombre divino, todo eso abejea y mariposea, y se le siente en el agua que corre y el aire que pasa; pero no culmina hasta que un georgiano de palabra galopante viene a un banquete de nortños acérrimos, el banquete en que celebran los yanquis cada año el desembarque de los peregrinos, y en párrafos que resplandecían como círculos de oro recoge esos deseos de amor y trabajo, y anuncia a la república unida que el Sur de antes ha muerto, y ha nacido otro. Todo el Sur lo secunda y alaba: y ya ha habido en el Norte quien hablase de elegir al georgiano Grady, famoso por un solo discurso, candidato a la vicepresidencia de la república.

¡Grande es la palabra cuando cabalga en la razón! Penetra entonces más que la más larga espada. Ni la belleza del día se oscurece por los delitos que se cometen a su luz; ni decrece el poder de la palabra por el abuso que se hace de ella. Para el oro hay similor; y hay palabra buena, y palabra falsa.

En Washington vive sin embargo un hombre de apariencia burda a quien se debe contar entre los causantes de ese feliz estado de cariño. El hombre es tosco, se olvida de los apellidos y las caras, recibe de pie, suele andar malhumorado, no da de prisa con las ideas que necesita, y es corto de palabras, salvo cuando se le oponen por malicia a su voluntad honrada. Para comer, prefiere carne, y sin aliños. Para beber, preferirá cerveza.

Lo que es sincero llega hasta su almohada. Contra lo que no es sincero, bufa.

Lo que él es, le viene de sí, que es lo que constituye los hombres históricos; a diferencia de la mayor parte de los hombres, que vienen a ser, en cuanto saben y hacen, como esos papeles azucarados en que se quedan prendidas las moscas. Llevan encima las ideas que pasan, y van tan en ellos que parecen suyas; pero sólo son fecundas, sólo mueven a los hombres, las ideas directas y vivas que sugiere a los espíritus originales la contemplación de ellos, o la humanidad que traen concentrada en sí, y se revela y obra, al reconocerse en la contienda humana.

Cleveland da muchas vueltas en torno de una idea, y tarda en dar con ella; pero, una vez que ha dado, antes le arrancan una libra de carne que arrancársela.

Así creyó él que era tiempo de devolver al Sur proscrito su asiento en los consejos públicos. Y se vio lo que se ha visto siempre: que un acto de generosidad y de justicia trae a los brazos a aquellos a quienes la aspereza subleva, o mantiene apartados. Todo el Sur ha venido a ofrecerse en paz al Norte, en agradecimiento de haber sido llamado sin miedo a sus consejos.

Y los que ven hondo, observan que es mayor el bienestar nacional.

Menos huelgas habría o durarían menos, si los que las provocan por su injusticia no agravaran las razones de ellas con sus aires altivos, o con alardes de fuerza que enconan la herida de los que ya están cansados de ver ejercitada sobre ellos la fuerza ajena, y entran en el conocimiento y voluntad de su fuerza propia.

Todo el invierno ha sido para los trabajadores una campaña; mas ha de decirse en razón que la de este año ha mostrado gran adelanto de su parte en la inteligencia de la ley, y en la eficacia de ir a la raíz de los males en vez de andar por las ramas de ellos.

No es esta o aquella huelga particular lo que importa, sino la condición social que a todas las engendra.

Esta condición debe ser, primero, puesta en claro, y después si resulta tan funesta como se cree, debe ser cambiada. Cámbiesela en acuerdo con las razones concretas de ella, poniendo el remedio donde está el mal, y no conforme a teorías abstrusas o sistemas sentimentales, tan perniciosos en su aplicación como respetables por su origen.

No se debe poner mano ligera en las cosas en que va envuelta la vida de los hombres. La vida humana es una ciencia; y hay que estudiar en la raíz y en los datos especiales cada aspecto de ella. No basta

ser generoso para ser reformador. Es indispensable no ser ignorante. El generoso azuza; pero sólo el sabio resuelve. El mejor sabio es el que conoce los hechos.

Los trabajadores serán vencidos probablemente en las varias huelgas en que ahora están empeñados.

Pero, vencidos o triunfantes, la importancia de estas huelgas reside en que por ellas se ve como cuarenta mil hombres, cuarenta mil cabezas de familia, están dispuestos a abandonar su trabajo por todo un mes en lo crudo del invierno, para ayudar a un grupo de acarreadores de carbón, o de cargadores de muelle, a obtener un salario que baste al menos para pagarse el pan, el techo y el carbón, y no andar desnudos.

Se oyen de estos Estados, pompas y maravillas. Se dice que un albañil gana tres pesos al día, sin contar con que apenas trabaja seis meses al año, lo cual lo deja en peso y medio diario, que es lo que necesita para no caerse al suelo. Se dice por los filósofos amables, y por los caballeros que saben griego y latín, que no hay obrero mejor vestido y calzado que el americano, y que ésta es Jauja, y hacen muy mal en enojarse, en vez de estar agradecidos a su eximia fortuna.

¡Ah! Así como los jueces debieran vivir un mes como penados en los presidios y cárceles para conocer las causas reales y hondas del crimen y dictar sentencias justas, así los que deseen hablar con juicio sobre la condición de los obreros deben apearse a ellos, y conocer de cerca su miseria.

Véase esta huelga del carbón. Trabajan rudamente en la nieve y en la lluvia. La compañía no les asegura el trabajo, sino el llamarlos a él cuando los necesite; mas si les obliga a estar en los muelles a su disposición, de modo que el acarreador no sabe de cierto si tendrá al fin del día jornal que llevar a la casa, ni cuánto llevará; pero no puede alejarse del muelle, ni ayudarse con trabajo alguno. Por el que hace le pagaban veintidós centavos y medio por hora. Lo usual es que empleen a cada acarreador tres o cuatro horas, que montan unos ochenta centavos, ¡para el sostén en invierno de toda una familia!

El carbón, lo tienen que comprar. El tugurio en que viven, lo han de alquilar a la misma compañía, que recobra en renta seis u ocho pesos al mes del obrero a quien paga veinticinco o treinta. Así la compañía ha doblado el valor de sus acciones; y no contenta con esto, al mismo tiempo que aumentó en cincuenta centavos el precio de la tonelada de carbón, rebajó a los acarreadores dos centavos y medio en la paga por hora.

Los acarreadores solicitaron que se les retuviese siquiera,—ya que no se les da trabajo fijo, ya que se les fuerza a trabajar de noche sin sobrepaga,—al mismo precio de antes. La compañía se negó a tratar con ellos; y so pretexto, o con razón, de temer de ellos violencia, alquiló a unos gañanes que tiene aquí adiestrados para esos oficios una agencia famosa de espías, la agencia de Pinkerton.

Los obreros de las industrias relacionadas con la del carbón, se declararon enseguida en huelga, para obligar así a la compañía a mantener sus jornales. Paleadores, boteros, cargadores de muelle, todos, en pleno enero, renunciaron a su jornal para que no rebajasen injustamente el de sus compañeros. Aflige entrar en aquellas chozas. Como no hay ahorros, ¿qué carbón ha de haber, ni qué comida caliente? Las mujeres lo sufren en silencio. Sus hijos pequeños, desocupados por la huelga, cometen la primera violencia de ella, disparando unas bolas de nieve sobre los espías.

Los mercenarios cargan sobre los niños, y matan de un balazo a uno de ellos. ¿Qué han hecho los huelguistas? ¿Se han encendido en furia? ¿Han devuelto muerte por muerte? ¿Han despedazado con los dientes la tablazón que guarda las riquezas de la compañía? No. En número de diez mil, con la cabeza descubierta, en silencio, han acompañado en sus funerales al niño infeliz y han dejado sobre su féretro una corona de flores pobres: ¡A nuestro compañero!

Junto a la tumba rompió en sollozos la madre del niño asesinado. Los hombres, los diez mil hombres, se volvieron a sus tugurios sin comida caliente, y sin carbón, siempre en silencio. La compañía cotizaba sus acciones a 67 el año pasado, y este año las cotiza a 135.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 15 de abril de 1887

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE  
*EL PARTIDO LIBERAL*

*Novelades de Nueva York.—El nuevo descubrimiento de Edison.—Descubre el modo de elaborar los alimentos con sustancias químicas.—Edison.—Emerson y Edison.—Viaje extraordinario de un velocipedista.—Stevens.—Sus viajes en Asia.—Las huelgas.—Fin de la huelga del carbón.—Significación de la huelga.—Continúa el movimiento de transformación nacional.—De la guerra de clases.—Chauncey Depew y Grant.—Los mutualistas buscan jefe.—El acorazado "Abraham Lincoln"*

Nueva York, 14 de febrero de 1887

Señor Director de *El Partido Liberal*:

Cuentan de Lincoln que la noche misma en que él y sus más íntimos amigos aguardaban con afán las noticias de su reelección a la Presidencia, se sacó del bolsillo un libro de anécdotas vulgares, y las leía de tiempo en tiempo en alta voz, con gran sorpresa y cólera de sus ministros: así se aliviaba aquella grande y afligida mente de la pesadumbre de su ansiedad y melancolía. Todo lo decía en apólogos, como quien hubiese leído mucho la Biblia; y manejaba el cuento con la misma gracia y firmeza con que en sus mocedades blandió el hacha. Cuestión a la que echaba encima un cuento, ya quedaba hendida y como para no volver a levantarse. Pero él no decía cuentos únicamente para convencer con claridad y prontitud, de modo que no se discutiese sin medida, ni quedara enojado el vencido, al ver que su vencedor era la gracia; sino que abría ese escape a sus preocupaciones y amarguras, y como que cobraba fuerzas de esos regocijados entremeses, tanto que cuando viajaba como candidato a su primera Presidencia, y le seguían pueblos y honores, se estuvo una noche entera “a ver quién cuenta más” con un famoso chascarrillero de un pueblo infeliz, ya asombrado de que el Presidente de la República fuera a ser “aquel compadre de las piernas largas”.

Así Nueva York, como Lincoln, distrae sus alarmas y pesares con bailes, fiestas extrañas y novedades estupendas. Huelgas de un lado, acres y amenazadoras, miedos de guerra, reales o fingidos; proyectos de obras de defensa, ejércitos y armadas, planes de milicia que ya llevan en la entraña el huevo venenoso del ejército permanente, como si la riqueza hubiera de corromper las Repúblicas, y por el exceso y abuso de ella vinieran éstas a parar en los mismos vicios y tiranías contra los que, con fuerza de Universo moral, se levantaron. Y de otro lado, los “snow

shoers", los andadores en el hielo del Canadá, con sus vestidos pintorescos y viriles, hechos de frazadas de colores;—Wagner, que parece aquí vivo, triunfante y colérico como una quimera, y rey del teatro de ópera, de donde la italiana huye vencida;—Bishop, un prestidigitador impune, que dice que lee la mente y sólo alcanza, con mucho vendarse los ojos y ser llevado de la mano, a descubrir el paradero de una aguja o adivinar las cifras de un billete de banco;—Stevens, un velocipedista que acaba de circunrodar el mundo, y vuelve de los bambúes y las pagodas cargado de condecoraciones y leyendas;—¡y qué más! Edison, que en sus ratos perdidos se entretiene en dibujar en la pared a salivazos de tabaco los Estados Unidos, y ahora anuncia que ha descubierto la manera de fabricar los alimentos todos, el chocolate y la almendra, el plátano y la carne, el trigo generoso y el vino cordial, sin más que descomponer la tierra y el agua y combinar sus elementos.

El misterio, es verdad, chispea en los ojos de Edison, su mirada se escapa, como la de los felinos. Parece que lleva escrito en la pupila un cuento de Edgar Poe o una estrofa de Charles Beaudelaire. Un silfo de alas verdes, ribeteadas de plata, danza en aquella niña de ojo claro, se mofa, se harta, enseña su vientre hendido y luminoso como el de los cocuyos, centellea. Pasa el toro al torero, cuya mirada es sanguinosa y turbia. La medicina pasa al médico, que ya por serlo cura, y con su sonrisa suele abatir la fiebre. La electricidad, profunda y traviesa, ha pasado a este hombre extraño, de cara pálida y ojos relucientes. Se adquiere fuerza y apariencias sobrenaturales del comercio con la naturaleza. Y se adquiere además una ardiente y batalladora fe en el espíritu, como en su viaje a la gota de sangre adquirió Pasteur, y en el suyo a las entrañas de la luz ha adquirido Edison. Dicen que ve por todas partes cuerpos sin forma, que el silencio tiene para él mágicas voces, que la ciencia de este mundo le ha llevado hasta el dintel de otro más bello, al que desde esta ribera oscura solicita y enamora. El mundo despierta una sed que sólo la muerte apaga. El hombre que conoce bien el mundo cae en la muerte, como un trabajador cansado cae en los brazos de su esposa.

Tortura la ciencia y pone al alma en el anhelo y fatiga de hallar la unidad esencial, en donde, como la montaña en su cúspide, todo parece recogerse y condensarse. Emerson, el veedor, dijo lo mismo que Edison, el mecánico. Este, trabajando en el detalle, para en lo mismo que aquél, admirando el conjunto. El Universo es lo universo. Y lo universo, lo uni-vario, es lo vario en lo uno. La Naturaleza "llena de sorpresas" es

toda una. Lo que hace un puñado de tierra, hace al hombre y hace al astro. Los elementos de una estrella enfriada están en un grano de trigo. Lo que nos mantiene sobre la tierra está en la tierra. ¿No dijo Newton que las propiedades de los alimentos están en el suelo que pisamos, y en el aire que nos rodea, sólo que eluden nuestras garras? Humphrey Davy, Faraday, Liebig estuvieron, dice Edison, a punto de acelerar la transformación de las sustancias primas en alimentos sápidos y nutritivos: como él, Edison, los transforma. Quien ha estudiado los orígenes de la vida animal, quien ha visto cuán poco desemejantes són el hombre y los animales rayanos en su primer estado de existencia, no se asombra de oír decir a Edison que puede hacer plátanos y chocolate de las mismas sustancias primas, sin más que variar su combinación ligeramente. "Con tierra de New Jersey y agua, dice, he hecho una botella de Chateau d'Iquem." Son asombrosos los fenómenos del anamorfismo: no hay fin para el número de cosas diversas que pueden hacerse, combinando elementos semejantes. La analogía de muchos compuestos orgánicos y ciertos grupos de simples, pasma a los químicos. El peso atómico de los compuestos es igual al peso atómico de los ingredientes. La ley del isomorfismo enseña que hay ciertos grupos de sustancias compuestas de tal modo que uno de sus elementos puede ser sustituido por otro de proporciones equivalentes sin alterar el carácter cristalino de la materia. "¡Ea, pues!" concluye Edison: "ya no habrá que ir por dulces a los países finos, ni por cacao a Soconusco, ni por vinos a Francia." El puede hacer en un día una papa, una calabaza, una espiga de trigo; un solomillo lo puede sacar de la tierra en unas cuantas horas.

La diferencia estará en que no habrá fibra. La química celosa ha robado sus retortas a la naturaleza. "De aquí a tres años—dice Edison—Nueva York no comerá carne ni hortaliza. Yo las haré más barato que la tierra." ¡Tal parece que la naturaleza, luego que los atrae a sus brazos, trastorna a sus amantes!

Stevens, el velocipedista, acaba de llegar de los países donde la naturaleza es fragante y perezosa, y lleva en los brazos lianas y serpientes. Un periódico de Nueva York, el "Outing", algo como "Al Aire Libre" le pagó el viaje en velocipedo alrededor de la tierra. En abril del ochenta y cinco salió de Nueva York en un vapor de Europa, y en enero del ochenta y siete llegó a San Francisco en un vapor de Asia. Europa, ya está vista, y no tiene romance, o su romance está aladrado, pasado de sa-

zón, echado a podre, como la comida de moda en los hoteles. El romance está en los países de túnicas de seda, mujeres embozadas, de cabellos vivaces, de paramentos joyantes y vistosos, de vinos perfumados, de apólogos que saben a nuez fresca. Donde Haydée mira, donde embriaga el hashish, donde cantan el *Rubaiyat*, el poema bordado de rosas, está el romance. Como por ruinas pasó Stevens por los pueblos europeos, llagados todos, como una enorme Capua. Recorrió en velocípedo los caminos de Turquía, de esa rosa comida de gusanos. Cruzó a Persia; penetró en Afganistán. En China quiso entrar, pero a las cien leguas lo detuvieron a pedradas en Kingan-Toy, y ya llevaba magullado el casco hindú de que se armó para el viaje, cuando pudo asilarse en el *yamen*, que ampara, como antaño nuestros templos, a los que se acogen a su guarda.

Por todas partes halló Stevens clubs de velocipedistas. De los países de ojos negros ha traído recuerdos dominantes. Celebra la sencillez y bondad turcas. Lugar hubo donde el gobernador le tributó honores de Estado, y congregó a la población para verle partir “volando sobre su rueda y pedir a Alá que fuese siempre con él la maravilla”. Halló a los chinos desconfiados y silenciosos, como quienes han padecido de la gente extraña. Ellos, como nuestros indios, jamás dicen llanamente al extranjero lo que le falta de camino, ni cuál es su vía, ni qué tiempo le auguran. El blanco los estrujó en agraz: agraz es para ellos el blanco. Un miedo rencoroso inspiran sus respuestas.—“¿Falta mucho para llegar?”—“Una subidita y una bajedita.” Y faltan leguas.—“¿Lloverá hoy?”—“¡El cielo sabrá eso!” Da pena ver las razas espantadas.

Mientras la mocedad elegante festeja con banquetes la vuelta del osado Stevens, y en los teatros resucitan con pompa de vestidos las comedias viejas, y lo florido de las damas acude a los bailes famosos con que es uso cerrar aquí la estación de las nieves, reúnen en una vasta sala fría los delegados de los obreros, anuncian que la compañía carbonera ha accedido a pagar al tipo antiguo a sus empleados, y dan por terminada la heroica, la angustiada, la temible huelga. Han vencido, sí, pero perdieron \$1.200,000 de salarios. Sesenta mil hombres han estado sin trabajar cinco semanas, porque una compañía de carbón quiso rebajar injustamente la paga y una empresa de vapores intentó en otra parte reducir la de sus muelles. “Una ofensa a uno es una ofensa a todos” es el lema de los Caballeros del Trabajo. “¡Pues hasta que no traten con justicia a nuestros hermanos, no trabajaremos!”

Y un gremio tras otro, se mantuvieron en la huelga, compeliendo a las dos compañías a obrar en justicia.

De paso no se puede decir todo, lo que estas huelgas enseñan. Esta ha enseñado más que otras, porque revela que, aunque la organización de los obreros no es aún tan completa como pudiera, lo es ya bastante para inducir que si en un caso sencillo se muestra tanta hermandad, pudiese el trabajo entero de la nación dejar a una vez sus talleres algún día, y retar a las industrias productoras a fatal desafío, cuando llegue aquel caso grave o combinación de casos que ha de producirse de este estado de guerra enconado y silencioso. Y si por los medios legales no se acude a las causas del mal, si no se abarata la vida con una tarifa amplia, si no se suprimen los tributos innecesarios que repletan inútilmente el tesoro, si no se atiende a contener los daños públicos que evidentemente nacen de la acumulación del territorio y los derechos nacionales en compañías privadas, prosperará esta nación de obreros en la sombra, y acabará por ofrecer batalla a la nación legal de propietarios.

Lo más temible de esta lucha es que, mientras los prudentes la afrontan y los demagogos la precipitan, aquellos que se consideran por su enorme fortuna como los magnates del país, se concilian para defender sus privilegios y andan buscando jefe. ¿Dónde está ya aquel respeto del americano por su ciudadanía, aquella fe inquebrantable en el ejercicio del libre albedrío, aquel orgullo de ver levantarse de la humildad a sus apóstoles y a sus cabezas? Fingen aún esas ideas, pero ya las abominan. La guerra que aseguró la Unión y el crédito, creó una generación de agiotistas venturosos, sin práctica ni fe en una libertad oscurecida por la arrogancia del triunfo y sin respeto por las instituciones trocadas en comercio por los encargados de conservarlas. Creó esta generación tribunales serviles y Senados de millonarios, y ha llegado a hacer de la Casa de Representantes, de la fuente de las leyes, un mercado abierto donde éstas se venden y se compran, un cóncave inicuo de agentes de poderosos solicitantes o de empresas ricas. Y esta generación ahora se niega, cuando el país se siente vendido y vuelve en sí, a abandonar esta vida de robos disfrazados, a devolver lo que ha adquirido ilegalmente, a permitir que la nación se limpie de ellos y se reconstituya. ¡Es gran desdicha que la abnegación sea tan escasa y tan grande aquí el amor a la riqueza, que los reformadores no estén saliendo

de entre las filas mismas de los pudientes e ilustrados, sino de los humildes y mal vistos, con lo que tienen los ciudadanos viciosos el derecho aparente de considerar como ambición de los pobres lo que es nada menos que la necesidad de la conciencia, el clamor del hombre, y la salvación de la República! ¡Grande fue aquel Wendell Phillips que no temió cuando la guerra de la esclavitud defender a los humildes, habiendo nacido entre los altos!

Ayer mismo se congregaron en un comedor suntuoso los prohombres del partido de los magnates, el partido republicano. Ostensiblemente se reunieron para celebrar el aniversario del nacimiento de Abraham Lincoln; de aquel que ya tenía fama gloriosa y era aclamado entre los padres de los hombres, cuando apenas había ganado lo preciso para comprar una casa de madera y ponerse zapatos ásperos y medias de lana. Pero el objeto verdadero de la fiesta era ir buscando el jefe nuevo, que ha de juntar en un programa vivo, para la defensa de los privilegios logrados, a las huestes republicanas que andan hoy inseguras tras de unos y otros jefes, sin llegar a concertar sus voluntades sobre alguno. Ven que la tierra se mueve, y quieren ponerle freno. Ven que la nación les interroga ya colérica, y quieren con sus antiguas glorias parapetarse y deslumbrarla. Una figura enérgica y poco amable viene surgiendo, como si se sintiera evocada, entre estos políticos acaudalados y medrosos: la de Chauncey Depew, el abogado de los Vanderbilt, el que pronunció el discurso oficial de inauguración en la fiesta de la estatua de la Libertad, el que tiene el ingenio bastante agudo para comprender por donde se vienen los miedos de los ricos, y ponerse a su cabeza. Conduce los tiempos el que penetra sus necesidades, y se determina a reflejarlas. Así empiezan a recogerse en torno a Chauncey Depew aquellos elementos mismos de autoridad y soberbia que creían hallar en Grant su natural encarnación, y lo tuvieron siempre en el pavés para la Presidencia. Bien poco hablaron por cierto los políticos anoche de aquella excelsa virtud del "Honrado Abe", que aprendió a escribir con trozos de carbón sobre las cercas de madera, y hubo muchas veces de recurrir a sus amigos para que le sacaran de empeño su caballo,—el caballo en que había recorrido año tras año su comarca pobre, estudiando a la solana por el camino los clásicos y el Euclides.

JOSÉ MARTÍ

*El Partido Liberal.* México, 5 de marzo de 1887

## CARTAS DE MARTÍ

*Movimiento social y político de los Estados Unidos.—Historia del último Congreso.—Ojeada sobre la situación social y política.—Una humanidad nueva.—Significación y alcance del partido nuevo.—El partido del "Trabajo Unido".—Los trabajadores, los políticos y los advenedizos.—La opinión y el Congreso.—Actos del Senado y de la Casa de Representantes.—El Congreso desatiende la opinión.—Peligros del problema social y modo de evitarlos.—El Congreso ante el partido nuevo.—Resumen de los actos del Congreso.—Medidas que la opinión le ha pedido en vano.—Proteccionistas y librecambistas.—El Congreso, las empresas y el pueblo.—Medidas que interesan a los países hispano-americanos.—La opinión censura al Congreso.—Cleveland va venciendo a sus partidarios*

Nueva York, Marzo 15 de 1887

Señor Director de *La Nación*:

Cuarenta y nueve Congresos han tenido ya los Estados Unidos, desde aquel de Filadelfia, elocuente y bendito, de donde se destacan, con sus trágicas palabras y nobles cabezas, el impetuoso Henry, el cuerdo Washington, el previsor Dickenson, el elegante Lee. Ahora ha acabado sus tareas el último Congreso; pero de él, indeciso e interesado, no puede decirse lo que el conde de Chatham dijo del que hizo a la América del Norte libre: que “por su sagacidad genuina, por su sólida cordura, por su moderación singular, brillaba sin rival, el Congreso de Filadelfia”.

Los hombres son como los tiempos en que viven, y se adaptan con flexibilidad maravillosa a su pequeñez o grandeza. Cuando se aprieta el corazón de angustia, porque la patria padece; cuando nos la amenazan, cuando nos la invaden, cuando nos la azotan, cuando nos la torturan, se ve a los hombres resplandecer y sublimarse, la palabra se inflama y centellea, no hay distancia del brazo a las hazañas, y es palpable la identidad del hombre y de los astros: se hacen cosas que van resonando por las edades, y se dicen frases que se levantan en la sombra, como los ángeles de bronce arrodillados en las gradas del altar antiguo. Pero cuando los tiempos se allanan y reducen, el hombre cae con ellos, y da pena verle poner en ruinas intentos, en intereses impuros, en rencores de aldea, en celos y rivalidades femeniles, la fuerza del corazón y la viveza de la mente.

Y no es porque se haya acabado la tarea,—que nadie tiene el derecho de dormir tranquilo mientras haya un solo hombre infeliz; sino porque la virtud es costosa, y el espíritu humano la demora y esquiva, aunque en las horas supremas sea capaz de ella. Sucede también que el hombre es dramático, y los combates de la mera razón no le deslumbran ni es-

timulan tanto como aquellos que la pasión alegre y magnífica con sus fuegos. Los tiempos menores no favorecen la aparición de grandes caracteres; y el hombre, como la naturaleza, es más hermoso cuando los rayos lo iluminan y se desata la catástrofe.

En los Estados Unidos hierve ahora una humanidad nueva; lo que ha venido amalgamándose durante el siglo, ya fermenta: ya los hombres se entienden en Babel.

Tal como de los retratos superpuestos de un grupo de individuos de sexo, edad y vida análogos, va eliminando el fotógrafo las facciones desiguales e indecisas, hasta que quedan en uno final los rasgos enérgicos y dominantes en el tipo, tal en esta hornada grandiosa,—que estallará acaso por falta de levadura de bondad,—razas, credos y lenguas se confunden, se mezclan los misteriosos ojos azules a los amenazantes ojos negros, bullen juntos el *plaid* escocés y el pañuelo italiano, se deshacen, licúan, y evaporan las diferencias falsas y tiránicas que han tenido apartados a los hombres, y se acumula y acendra lo que hay en ellos de justicia.

Por la ley o por el diente, aquí ha de haber justicia. Los que se quejan de falta de ella, la clase desacomodada, suele pedir la mal, o tomarla por su mano, pero se les ve ya moverse en la cosa pública como en morada propia; y los que quisieran resistirles, o retardar su advenimiento, andan delante de ellos como Tartufos despedidos, que vuelven la cara lívida y sonriente, saludando y ofreciéndose con exagerada solitud, cuando ya tienen la bota en los faldones.

Pero este trance nuevo del hombre, del cual saldrá, como de todos los suyos, mejorado; esta entrada, probablemente violenta, en un estado social amable y justiciero; esta eliminación de dejos turbios de edades y de pueblos, y acendramiento de sus cualidades libres y puras; este adelanto en la libertad y en la dicha, no han llegado aún, con correr ya tan cerca de la superficie que la tierra tiembla, a aquella determinación e ímpetu que despertarán otra vez, como en las grandes épocas, la naturaleza humana, y volverán a enseñarla en toda su estatura.

Los pensadores, los veedores, los escuchas del pensamiento, observan el cambio y lo anuncian; pero los pueblos son como los convidados de Baltasar, que no se deciden a abandonar el festín hasta que la cólera flamea en el muro.

El trabajador que es aquí el Atlas, se está cansando de llevar auestas el mundo, y parece decidido a sacudírselo de los hombros, y buscar modo de andar sin tantos sudores por la vida.

Los acaudalados, los que esperan serlo, los que prosperan a su sombra, no se ocupan en atender a estas reclamaciones en justicia, sino en sobornar a los que dictan las leyes, para que les pongan atadas a los pies, las libertades públicas. Hay hombres para tales cosas: ¡para pervertir y vender las libertades públicas!

Otros, fatigados de la batalla por la vida, esperan con ansia que un invierno benigno se los lleve, sin fuerzas ya para sufrir por el dolor humano; los más, habituados al ejercicio pacífico de su derecho, confían en que ese vuelco social, se hará sin sangre, y que “Dios volverá a marchar”, como en los días de la guerra del Sur, pero sin más armas que la ley. Mas, en lo visible y aparente no se nota aún este formidable movimiento de entrañas.

Los partidos políticos, aunque alarmados, atienden más a sus apéritos y rencores, que a este elemento nuevo que amenaza su existencia. La prensa, que vive de las castas creadas, teme perder su clientela, si les denuncia la verdad del riesgo; y el Congreso, compuesto en su mayoría de hombres criados al favor de ellas, tiende a captarse con leyes indirectas y menores la voluntad de esa masa nacional que crece, pero sirve en las leyes reales e inmediatas a las empresas, a los bancos, a las corporaciones, a los poderes de quienes dependen su elección y fortuna.

Este último Congreso no ha hablado con grandeza un solo día, ni obró con desinterés. Lo que ha hecho, lo ha hecho de miedo, por cortejar el favor de la masa trabajadora a quien ya teme. Lo que no ha hecho era precisamente lo que la república pedía. No ha atacado los males públicos en su raíz, en el exceso de contribuciones; en la existencia de un sobrante enorme que tienta a empresas innecesarias, a sueños de fuerza, a intrigas de partido, a perennes abusos; en la tarifa proteccionista, que cierra el país al comercio extranjero por favorecer una industria ambiciosa, y por sustentar los falsos beneficios de un número reducido de empresarios mantiene la vida cara, las fábricas sin trabajo suficiente, el comercio desigual y rastrero, y los ánimos en la exasperación y el desasosiego que precede a las guerras.

En los Estados Unidos, como en todas partes, si bien se ve crecer la indignación y el malestar, conforme van peligrando los derechos

privados y las libertades nacionales, la cólera no se condensa y estalla hasta que el efecto de estos abusos y abandono lastima el interés o priva a los menesterosos de medios de subsistencia.

Se disfruta aquí de tanta libertad que sólo un ojo ejercitado puede ver lo que se va perdiendo de ella, por la indiferencia o las pasiones de los extranjeros, por el manejo interesado de los políticos de oficio, y por el descuido de los ciudadanos, absortos en la fatiga de la fortuna.

Una de las salvaguardias de la libertad, aunque no la más eficaz, es la frecuencia, grande en los Estados Unidos, de las ocasiones de ejercitarla. Las violaciones del espíritu y letra de la república, la perversión y sutil envenenamiento del sufragio, son ya sobrados para alarmar a los ciudadanos celosos; más no bastante visibles para que se levanten a defender las libertades abatidas estas masas compuestas de extranjeros naturalizados, que jamás las gozaron tan completas, y de hijos del país que en su mayor parte ni las aman ni entienden su eficacia; un vaso de cerveza y una mujer vencida parecen a estos mozos de ahora la más gustosa de las libertades.

Tampoco sería causa para ese levantamiento la soberbia ridícula de los neorricos, de los advenedizos del caudal, de esta nobleza que se avergonzaría de ostentar en sus cotas de armas las únicas insignias que la honran, el remo del pescador, el escoplo del carpintero y la esteva del arado. En las bestezuelas de los circos se piensa forzosamente al verlos remedar las brutales costumbres del señorío inglés; al ver a las mujeres vanidosas echar al mercado de Londres su fortuna como cebo de lores hambrientos, y entregarse friamente al adulterio inevitable a cambio de un título; al ver a estos primogénitos de artesanos montar con casaca roja en caballos de sangre que no los respetan.

Pero esa cruda arrogancia de los enriquecidos es poco conocida aun de aquellos a quienes pudiera lastimar, aunque perceptible para los que los tratan de cerca en sus casas doradas.

La causa de esa rebelión de los espíritus, que les ha dado energía para protestar contra su propia Iglesia; del fervor religioso y creciente con que en peregrinaciones ya históricas acogen las ciudades a esos nuevos cruzados; de la aparición de setenta mil votantes compactos en Nueva York cuando las elecciones de George en el otoño, de la candidatura de representantes de los trabajadores para el corregimiento de las ciudades más acaudaladas y famosas; del triunfo de los diputados de los obreros, o de sus favorecidos en comarcas no disputadas antes a

los republicanos y demócratas; del crecimiento pasmoso de una asociación de trabajadores, dueña hoy de palacios, de prensas, de gobernadores, de legislaturas, de la Iglesia misma que no osa ponerse de frente porque ve que se suicida; la causa de todos estos sucesos, que acaban de culminar en la formación de un nuevo partido, el partido del Trabajo Unido, en la fogosa convención de Cincinnati,—está en que el trabajo falta, en que la vida encarece,—en que las compañías, enriquecidas por las concesiones de los derechos y bienes públicos, impiden la competencia libre y feliz del trabajador aislado,—en que la tierra nacional está pasando a manos de señores extranjeros o corporaciones ricas que compran con moneda contante o con papel de sus empresas el voto de los diputados a quienes se entrega en depósito la patria.

¿Qué ha hecho para atajar esos males el Senado, donde los millonarios, los grandes terratenientes, los grandes ferrocarrileros, los grandes mineros componen mayoría, aunque los senadores son electos por las legislaturas, elegidas directamente por el pueblo, que no tiene las minas, ni la tierra, ni los ferrocarriles? ¿Por qué mágico tamiz sale filtrada la representación popular, de modo que al perfeccionarse en el senador, que es su entidad más alta fuera de la Presidencia, resulta ser el Senado la contradicción viva de las opiniones e intereses de los que, por medio de la legislatura, los elige? ¿Los senadores compran las legislaturas!

¿Qué ha hecho la Casa de los Representantes, electos ya por tan viciados métodos que, aunque el país vote por ellos directamente, no hay elección que no resulte forzada por el uso de recias sumas de dinero, ni se ha alzado en la Casa una voz sola que denuncie el peligro y clame por los necesitados?

A las ideas se las siente venir, como a las desdichas.

Cuando un problema impone una solución, viene ésta de todas partes más o menos confusa, y ocurre vagamente a todos. Los cuerdos no deben desdeñar el instinto público. Así las fieras cuando husmean el peligro, cambian de asilo, y buscan el más seguro y apartado. Así se ve en el aire, que cuando quiere aquietarse la tormenta, los átomos se agrupan lentamente, recógense en remolinos densos y estrechos, y bajan y se posan.

El instinto público avisa esta vez el remedio inmediato de los desasosiegos nacionales. ¿A qué cien millones de más en el tesoro, y tanta angustia, tanta desigualdad, tanta tirantez en la existencia de los más meritorios, tanto pan de menos en las casas? ¿A qué estar pagando las contribuciones creadas para sostener la guerra, si hace veinticinco años

que se vive en paz? ¿A qué gravar la entrada de frutos indispensables para la vida del país, porque en un rincón de él se empeñen en producir los mismos frutos unos cuantos cultivadores privilegiados? ¿A qué impedir, so pretexto de proteger las industrias nacionales, que entren libres de derechos las materias primas necesarias para producirlas? ¿A qué hacer imposible con esa carestía de la vida del trabajador y de la materia del trabajo, que las industrias nacionales, funestamente protegidas, produzcan a precios que las permitan competir en los mercados del mundo con los productos de las naciones manufactureras?

Todo, es cierto, no se logrará con eso. Los representantes han de ser hombres honrados.

Las corporaciones deben devolver las tierras públicas adquiridas por soborno tácito o expreso.

Los señores de afuera no pueden comprar tierra en los Estados Unidos. Los derechos públicos, las vías públicas, las propiedades públicas, no deben ser cedidas en propiedad a empresas privadas. La tierra americana debe ser para los ciudadanos americanos. Pero lo urgente es abaratar la vida, para que no falte el trabajo.

Urge devolver al país en obras útiles lo que se ha cobrado de él innecesariamente. Urge reducir los gastos del gobierno a las expensas legítimas que requieren el decoro y la seguridad de la nación. Urge, puesto que el malestar nacional es patente, quitarle la principal razón, poniendo a las industrias, con la rebaja de los aranceles, en capacidad de elaborar los productos de cuya venta necesita el país para que sus habitantes puedan vivir con desahogo.

Acosado de cerca el Congreso por la reconvención unánime, no ha podido desatender ni sus probabilidades de reelección, dependiente de las masas exasperadas, ni el miedo de los que ven los movimientos de éstas con mal disimulado espanto. Lo más remoto, lo menos eficaz, eso ha hecho el Congreso; pero basta para ver cuánto influjo tiene desde su aparición, en este país de trabajo, el partido nuevo de los trabajadores. ¿Quién se le opondrá cuando, suavizadas las esquinas después de los choques inevitables en las agrupaciones nacientes, adelante organizado y compacto? En las decisiones del Congreso se ve el mismo afán de aquietar con dádivas y halagos el partido temible, a quien cortejan los candidatos en sus cartas, las legislaturas en sus proyectos, y en sus mensajes los gobernadores.

Más que entre demócratas y republicanos, el Congreso estaba dividido entre proteccionistas y libremercantistas.

En los asuntos menores, cada miembro votaba con su partido; pero en los proyectos de reforma de los aranceles, de empleo del sobrante, de las leyes del cuño de la plata, las líneas de partido desaparecían, y los libremercantistas, que son los menos, votaban reunidos, lo mismo que los proteccionistas, bien fuesen demócratas o republicanos.

El Congreso no se decidió a afrontar la censura nacional, empleando, como quería, el sobrante en enormes fortificaciones, en armada temible, en pensiones vergonzosas a los soldados que ya recibieron paga cuando defendían la patria, y no quedaron inválidos, en su servicio. Votó leyes que devuelven al dominio público cincuenta millones de acres de tierras mal dadas. Decretó el examen de las concesiones de tierra pendientes a los ferrocarriles. Satisfizo el clamor popular sujetando el manejo de los ferrocarriles al examen e imperio de una junta del Estado. Prohibió que los extranjeros posean tierras en los Estados Unidos. Prohibió en beneficio de los obreros americanos, que se trajesen de afuera trabajadores por contrata, y que en las prisiones públicas trabajasen los penados, para contratistas. Dictó medidas prudentes, tales como la que establece por orden fijo la sucesión de la Presidencia entre sus Secretarios, caso de que faltasen el Presidente y vicepresidente, y la que, para evitar fraudes como el inicuo de Tilden, dispone el recuento de los votos de los electores presidenciales en sesión pública del Senado y la Casa de Representantes. Aprobó la concesión de garantía oficial—al canal de Nicaragua. Repelió un plan para llevar a efecto el tratado de reciprocidad con México. Desatendió el proyecto, compuesto a las claras para favorecer a determinada compañía de vapores, de subvencionar con medio millón de pesos anuales el servicio de correos al Río de la Plata. Desechó varios planes, pueriles todos e indiscretos, para traer a las repúblicas hispanoamericanas a un congreso en Washington, que ninguna de ellas desea, ni aun las que a cambio de una protección concedida como limosna, cuando no negada, se han manchado ofreciendo a los Estados Unidos pedazos de la tierra nacional, o ayuda contra sus repúblicas hermanas. ¡Para todo hay en este mundo imbéciles y viles!

Todo eso ha hecho el Congreso; pero no ha devuelto al país en obras de utilidad legítima el sobrante, ya que tampoco se decidió a emplearlo en las gigantescas obras de defensa que proyecta contra enemigos soñados o invisibles. No ha levantado las contribuciones de guerra. No

ha rebajado los derechos de los artículos indispensables. No ha permitido la entrada libre de las materias primas. No ha puesto a la masa obrera en condiciones de vivir con baratura, ni de obtener sin miseria y humillaciones el trabajo que requiere para su sustento.

Cuando trataban ambos partidos de deslucir a sus contrarios, para ir cada uno con mejor historia a las nuevas elecciones; cuando los republicanos, disciplinados en la oposición, echaban en cara a los demócratas, que componen la mayoría, su incapacidad para resolver las cuestiones vivas, que ellos tampoco durante su gobierno resolvieron; cuando los demócratas, airados contra Cleveland, porque no los reconoce como dueños y les reparte los empleos públicos, acusaban a su Presidente de terco y desleal, porque es virtuoso, o le clavaban con un voto enemigo la daga en el costado; cuando, vencidos los representantes por la opinión unánime, acataban mordiendo los vetos justos y sesudos que el Presidente ha opuesto a sus inexcusables despilfarros, a sus abusos de poder constitucional en pro del partido o de amigos personales, a sus proyectos demagógicos de pensiones, que hubieran costado lo mismo que cuesta a los pueblos monárquicos su ejército permanente, entonces sí era vivísima la esgrima de los debates del Congreso, y la frase era ardiente, y fluía la elocuencia enemiga y bastarda. Pero cuando como lacayos sumisos tenían que obedecer a las corporaciones que los pagan, o los sobornan, o los ayudan a mantenerse en sus puestos; cuando en las cuestiones vitales del país, turbado por el exceso de poder de las empresas, habían de votar por abatírsele y preferían comer su pan a darlo a su pueblo; cuando azuzados por el clamor público sacaban a debate las leyes vivas que han de reformar la hacienda y devolver el sosiego a los espíritus, entonces las discusiones eran breves, veladas y confusas.

Si votaban por la patria, votaban contra su interés. Son siervos, a quienes se manda con látigo de oro. La votación era vergonzante y sorda. Salían de ella con la cabeza gacha, como canes apaleados.

Así acaba el Congreso, bajo la censura pública. En vez de alejar, facilitando el trabajo y abaratando la vida, el problema social, lo ha agravado. Y el Presidente, seguro de que obra bien limpiando los establos, ni baja la cabeza, ni se aturde porque se la golpeen, porque está decidido a ser honrado.

Los mismos que lo abominan lo respetan. "Haz lo que debas, y suceda lo que quiera", dice él, como la casa de Borgoña. ¡Y ya dicen los

mismos que le injurian que votarán por él si el partido, como parece inevitable, lo declara otra vez su candidato!

Bien dice el árabe: "Señor: hazme ir por el camino recto".

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 4 de mayo de 1887

## REVISTA DE LOS ULTIMOS SUCESOS

DESCRIPCIÓN DE LA PRIMERA VOTACIÓN DE LAS  
MUJERES EN KANSAS

*Objeto de la ley que concedió el sufragio a la mujer.—Helen Gongar.—Cómo condujeron las mujeres su campaña.—Espíritu y métodos: heridas en la honra.—Blancas y negras.—Escenas del día de elecciones.—Resultados.—Reseña de las elecciones que han demostrado el considerable progreso del partido obrero.—Victorias y semivictorias.—Se pide que sea un partido americano.—Chicago derrota a los obreros, por haberse ligado con los anarquistas.—La “nueva cruzada” del padre McGlynn.—Ovación a McGlynn en el Teatro de la Opera.—Espíritu y forma de su cruzada.—Por la “nacionalización de la tierra, y por la conciencia”*

Nueva York, Abril 10 de 1887

Señor Director de *La Nación*:

Asesinatos misteriosos, desfalcos de cajeros, millonarios que mueren, jurados vendidos, farsas aristofánicas, nadadores indómitos, paseos de Pascua en la Quinta Avenida; ¿qué son esas burbujas de una hora, comparadas a los grandes sucesos en que se ve cambiar el mundo? Cierto es que suceden en estos Estados Unidos menudencias muy interesantes.— Catherine Wolpe, soltera sexagenaria, luego de haber ayudado en vida a muchas caridades, deja su colección de cuadros, que vale como un millón de pesos, al Museo de Nueva York.—Los judíos, simples mercaderes, cuando no prestamistas, en los países donde se sienten malqueridos, fundan aquí al seguro de la república, grandiosas escuelas de artes y oficios, más útiles y amables que el comercio, que “el camarada de la noche”.— Los obreros de Bessemer encienden a una todas las hornallas, desatan las válvulas todas, repican sobre sus yunques con todos sus martillos, levantan con sus potentes fuelles columnas de chispas de cien pies de alto, enrojecen el cielo nocturno con el resplandor de su formidable bienvenida para festejar la cura del rico obrero, del escocés generoso, del autor de *La Democracia Triunfante*, de Andrew Carnegie.—Los indios amansados en la escuela de Hampton componen, con su lengua de colores y gracia abrupta y nueva, una comedia matizada de himnos, para celebrar con el concierto de todas las tribus, con discursos de sus mujeres, con versos ingenuos de sus mancebos, ocupados en la labranza, con patéticos coros que acaban clavando la bandera de los Estados en una ventana, enflorada para recibirla, el día de emancipación, en que la ley de repartimiento de las tierras ha sacado al indio de su puesto en el rebaño común para levantarlo a ciudadano terrateniente y cabeza libre de familia: Charles Dana, el amigo constante de la libertad, imagina publicar un diario de la tarde a centavo, un *Evening Sun* incisivo y resplande-

ciente, donde la vida entera, en sus fases variadas y movibles, se desborda de los párrafos vivos y robustos, como *champagne* bueno de copas de oro labradas a martillo;—Herndon, el amigo y socio de Lincoln en sus días primerizos de Springfield, anuncia que va a revelar en un libro curioso todo aquello por donde la vasta naturaleza del “Honrado Abraham” es más pintoresca, ignorada y profunda: sus comienzos rudos, sus varios amoríos, su hogar inquieto y triste, lo interior de su ánimo, punzado a veces por la pasión hasta privar de fuerza al cuerpo hercúleo: se verá como un grande sicomoro abierto por un lado de un hachazo, por otra parte vencido por el viento, ¡pero con luz por entre las hojas y con pájaros revoloteando por las ramas!

Que Cleveland pasea a caballo todos los días para traer a menos sus carnes presidenciales; que un amigo del arte ofrece trescientos pesos cada año al artista joven que pinte el mejor paisaje; que Sarah Bernhardt, fatigada con el esfuerzo de complacer a los bostonianos, estos atenienses con armadura, se desmayó al salir de Boston; que el gentío se agolpa en las vidrieras a ver el retrato en que aparecen juntas la Langtry y la Bernhardt, bonaza y sentada la una y fogueante y en pie la otra. Pero ¿qué es todo eso comparado a las barcadas de inmigrantes que se desgranán al sol de abril por las calles repletas; a las peleas de los católicos por sacar de una vez la mano de la Iglesia de sobre la libertad, al derrumbe visible de los grandes partidos políticos que han pervertido en el mando los ideales que les dieron vida, al alzamiento victorioso de la clase trabajadora en un partido nuevo que aprende en sus errores la manera de no volver a caer en ellos, a la creación espontánea de una masa resistente en que se amalgaman sin rencor los de opuestos partidos que ven sus privilegios atacados por los gigantes a quienes tenían sujetos con frágiles ligaduras? Ya cruje bajo el peso de una inmigración innecesaria y excesiva, esta República que comienza a pensar en cerrarle sus puertos. Ya se nota, el decidido propósito entre los católicos criados en tierra libre, de abandonar la Iglesia antes que ceder de su libertad. Ya se ve cómo van deshaciéndose, por no entrar en los tiempos con desinterés y prevision, los partidos políticos antiguos, atentos sólo al bienestar de sus secuaces. Ya se agrupa en dos parcialidades enormes la población norteamericana, de un lado “las masas”, como se llaman a sí mismos, de otro lado “las clases”;—los “ciudadanos”, republicanos o demócratas,—los partidarios de la “Ley y el Orden”. Pero ni aun eso iguala en novedad y riqueza de color a la primera elección política en que han votado las mujeres en el Estado

de Kansas: así pudiera condensarse: notable bullicio, febril energía, los modos muy agresivos, el fin' puro y confuso, la originalidad poca, un instrumento—esta vez, al menos, de las pasiones de los hombres.

La Legislatura del Estado, compuesta contra lo usual de republicanos, necesitaba ensanchar la ley de elecciones de modo que favoreciese a su partido, arrollado siempre en Kansas que es, como todo el Sur, demócrata: por eso acordó conceder el ejercicio del sufragio a las mujeres, “nacidas en el país”, asegurando con esta condición en su provecho el voto femenino, puesto que a la vez que excluía a las naturalizadas, en su mayor parte demócratas, se allegaba a las negras, que ven a los republicanos como sus libertadores y habían de asir con júbilo la ocasión de encararse ante las urnas con las que veinticinco años hace eran sus dueñas.

Helen Gongar, una agitadora del Estado vecino, era el alma de esta nueva empresa. Ella esgrime la pluma política, trata en secreto con el partido que la ayuda, defiende con elocuencia los “derechos de la mujer” y la urgencia de purificar con su intervención el sufragio: ella propaga, viaja, organiza, ensaya sus huestes, da puntos a sus oradoras, aterra con sus denuncias a sus enemigas. “Nadie me detenga, porque voy con la verdad”. “La inmundicia desaparecerá ante mí, como ante el huracán el polvo”. ¿Por qué ha de espantar a esta mujer la política? La política, tal como se la practica ahora, ¿qué es más que mujer? Todo se hace en ella a hurtadillas, con insinuaciones, con rivalidades, con chismes: los hombres entran en ella con colorete y polvos de arroz, como las más-caras: al que asoma en ella con amor a la patria y franca lengua, lo escarnecen, lo aíslan, lo acorralan: ya no es coraza la que usa la política, sino corsé flexible: ¡bien está la mujer en este arte de mujeres! Helen Gongar conoce a sus hombres. “Votadme—les dijo—en vuestra Legislatura republicana, esta ley que he redactado yo misma, concediendo el sufragio a las mujeres, y yo os ayudaré en las elecciones a sacar triunfantes a los candidatos republicanos”. Adelanta en los Estados Unidos, aunque con lentitud, la idea de conceder el voto a las mujeres, pero en Kansas no fue adoptada la ley por razón de alta humanidad, sino en virtud de ese trato mezquino.

La Gongar cumplió bien su palabra. En nada ha tenido que envidiar a la de los partidos experimentados la organización de las mujeres. En cada ciudad se creó una junta directora. Comisiones especiales visi-

taron los salones de beber y las casas odiosas. Redactaron su programa de moralidad. “¡Publiquense, dice el manifiesto de las juntas, los nombres de los que abandonen de noche sus hogares para convertirse en brutos babeantes ante los mostradores de las cervecerías! queremos casarnos con hombres a quienes podamos respetar, no con cuadrúpedos: ¡publiquense los nombres de los que asisten a las casas de vicios!” “La hacienda la dejaremos a nuestros hermanos los hombres”. Ellas crearon comisiones de distrito, fueron casa por casa procurando votos, congregaron en reuniones privadas a las votantes antes de la elección, para conocer sus fuerzas y disponerse a parar los golpes enemigos. Como saben que la honra es lo más caro a la mujer, hirieron a sus contendientes en la honra. El odio, rezago inevitable de la esclavitud, envenenó el combate. “Las de abajo”, las negras ¿cómo no habían de aprovechar la ocasión de hermanarse con las que un día las azotaban, y hoy mismo las desdeñan? “Las de arriba”, las “dueñas”, ¿cómo habían de llevar en paz que su lavandera, su cocinera, su esclava de ayer, pudiese, por una hora al menos, lo mismo que ellas pueden? Así fue que comenzaron a desacreditar a Helen Gongar, a preguntar por sus moralidades, a hacer ascos a la masa de negras que habían acudido con júbilo al registro, a ofrecer a sus criadas favor o dinero en cambio de sus votos, a luchar por el triunfo de los demócratas, los “dueños”, de ayer, contra los republicanos, ayudados por las antiguas esclavas. Eso echó a volar todas las cortinas de las casas: No quedó fama viva: “¡Vuestras moralidades sí son impuras!” les grita en un discurso Helen Gongar: “¡estas negras mías lavan y planchan, pero su hombre es su hombre, y no tienen dos puertas en su casa, una para el marido que paga las cuentas y otra para los lindos oficiales!” La ofensa era graneada, de un bando y de otro. Las de arriba, convencidas por la ira, se inscribieron al fin en el registro, de que al principio se apartaron. Se oía en las ciudades, la noche antes de las elecciones, abejear la cólera.

Con el sol se abrieron las casillas de las urnas, cuyos alrededores están en Kansas limpios de grupos, porque la ley, para evitar querellas, manda que haya un espacio de cincuenta pies entre la casilla y la hilera de votantes. Esta vez hay dos hileras, una de mujeres y otra de hombres. Se hablan poco, porque se temen. Hay muchos rostros descompuestos, porque la ira saca al rostro todo el cieno del alma. Van y vienen cargados los carruajes que los republicanos pagan a las negras. ¡Son damas y han de ir en carruaje! Las “de arriba”, que van llegando en sus carruajes propios, toman puesto detrás de sus criadas en la hilera:

—“¡Eh, Atanasia!” grita un negro travieso a su mujer, que espera en la otra fila: “¿votas por el demócrata?”—“No: ¡por el republicano!”—“Pues mira, vámonos a casa, porque mi voto mata el tuyo: el brazo, Atanasia!” Y alegremente se van de bracero; pero Atanasia vuelve sola y vota por el republicano. Dos señoronas quieren comprar el voto a una negra: los hombres intervienen: los puños acentúan pronto las palabras: espárcense, como el maíz por el aire, las votantes. Vota una anciana de ochenta años: “¿qué he de hacer, mi señor?, responde a un cronista el lindo viejo que fuma su pipa en el portal, junto a una silla vacía: “¿qué he de hacer,—repite mirando a la silla:—la mujer fue a elegir porque el cura le dijo que votara”. Estallan los aplausos, es que pasa la oradora elocuente, la mulata Stevens, que habló en la tribuna pública, acompañada de dos jueces y señoras de rango, ¡pues no todas han de apartarse de los humildes, y hay quien goza en irlos levantando!

Al fin, la batalla cesa: no se ha peleado a lo púgil, sino a lo serpiente: hay brazos que llevan para toda la vida la mordedura. En la pelea se notó demasiado encono. Para el olvido no hubo la noble rapidez con que en el gozo común por el triunfo de la libertad, suelen ahogar los hombres sus contiendas. Las mujeres, como los hombres, ayudaron al que las ayudó. Las negras, como los negros, votaron por aquellos que miran como sus emancipadores. En la propaganda se ha notado más ahínco, más fuego, más inquina, más fuerza apostólica que las usuales entre hombres. Lo nuevo que hicieron—la denuncia de las casas odiosas—lo hicieron con brío. Muchas mujeres obtuvieron puestos públicos. Una había que aspiraba a la presidencia del Municipio. En Stockton, a poco sale nombrado un Ayuntamiento de mujeres. En Garden City una mujer ha sido electa Tesorera municipal para el entrante año. Un candidato al Corregimiento, que tiene fama probada de galantería, ganó la elección por considerable número de votos.

Véanse ahora otras elecciones: las que han estado a punto de poner en manos de los trabajadores las ciudades más poderosas de la República: Chicago, San Luis, Cincinnati. El partido que asomó hace ocho meses con la candidatura de Henry George en Nueva York, ya se insinúa en el campo, arrebatando falanges enteras a los partidos antiguos decrepitos, y en su segundo esfuerzo reaparece organizado y triunfante en las capitales de más riqueza e influjo. Sucede lo que en estas cartas

se ha previsto: Los trabajadores, los reformadores vehementes que los dirigen o combaten a su lado, están decididos a luchar juntos por las vías de la ley para obtener el gobierno del país, y cambiar desde él, en lo que tienen de injusto, las relaciones de los elementos sociales. Lo que les falta para el triunfo, o para estar en disposición de aspirar con probabilidades favorables a él, es su constitución definitiva como partido americano, libre de ligas con los revolucionarios europeos.

Y eso adelanta, porque Powderby, el jefe de los Caballeros del Trabajo, se sacó de sobre el pecho hace pocas noches una bandera de los Estados Unidos, y ondeándola entre aplausos por sobre su cabeza, declaró que esa era la única bandera "digna de ser seguida por los libres norteamericanos".

Asombra a los que no conocen la virtud de la libertad esta confianza del país en que ninguno de sus hijos ha de comprometer su grandeza. Acá el hombre se siente orgulloso de la fábrica nacional, y no atenta contra ella porque ha ayudado a crearla. Le saca lo podrido, le humedece las cerraduras, la oreja de vez en cuando, levanta paredes nuevas, repone sus puntales; ¡pero no la echa abajo! El arte de la libertad, consiste en que ha puesto al servicio de la virtud el egoísmo. Hasta a lo que se ha hecho mal se le ama, porque se le ha hecho.

Acaso se ven aquí con gozo, no por inconsciente menos eficaz, estos sacudimientos periódicos de la conciencia pública, estas apariciones pujantes y agresivas de los grandes problemas. Todo prepara aquí a eso. Los debates continuos, brutales a puro francos, de la contienda política, robustecen en el hombre el hábito de expresar su opinión y atender a la ajena. Enorme es el beneficio de vivir en un país donde de la coexistencia activa de diversos cultos impide aquel estado medroso e indeciso a que desciende la razón allí donde impera un dogma único e indiscutible. El espectáculo constante de la pujanza, antes incita a desearla que a temerla, tanto, que puede decirse que acá es delito, en las ideas como en los hombres, presentarse sin ella. Y en cuanto a lo súbito, place a este pueblo ocupado, salir de una vez de lo que le embaraça.

Pero si la Nación no desconfía de lo que en ella puedan hacer sus propios hijos, si se la nota rehacia a que le pongan mano irreverente los que no entienden su estructura, los que traen en los huesos odios extraños, los que no han criado el juicio en las instituciones a que intentan aplicarlo. Crecen rápidamente, con energía tal que el Papado mismo se les pliega, los Caballeros del Trabajo. Vese adelantar con inesperado

favor la teoría de George sobre la devolución al Estado de la propiedad de la tierra. Acatan a McGlynn, el Pedro de la nueva cruzada, los diarios y magnates que antes de conocer lo numeroso de sus huestes le ofendían. Vencen en ciudades tan populosas como Milwaukee los trabajadores, que en su primera aparición como cuerpo político han sacado triunfante a su candidato.

Por unos quinientos votos, acaso por un fraude en el recuento, ha sido derrotado el candidato obrero en la ciudad soberbia que disputa a Chicago el imperio del Oeste, en Cincinnati. En San Luis, otro emporio, tuvieron cerca el triunfo. Pero en Chicago les volvió la espalda el voto, y demócratas y republicanos, unidos con júbilo en la aversión común al destructor advenedizo, obraron como un partido solo, el partido de los que conservan, contra los trabajadores imprudentes, que por miedo a perder el voto de los anarquistas, consintieron figurar al lado de los que destruyen.

No hubo en Chicago pases ni ocultamientos. Quedó en veinte mil el voto obrero, que se esperó ver llegar, como en Nueva York, a setenta mil. El candidato para Corregidor de la ciudad, un talabartero inteligente, se enajenó la confianza pública, por no haber osado condenar en un discurso, brillante por cierto, la bandera roja, cuyos pliegues albergaron la bomba que esparció la muerte entre los heroicos policías, cuando los motines de la otra primavera. Los trabajadores mismos se volvieron contra el talabartero. Los "ciudadanos", olvidando en el peligro de lo esencial las diferencias menores, se reunían en las calles en patrullas, y en masa depositaban su voto unánime contra el candidato favorecido por los anarquistas. Los rencores políticos se desvanecieron ante la alarma social. Hombres de opuestos partidos se abrazaban en las calles al publicarse la derrota del candidato de los obreros. Allí, donde se ve de cerca el riesgo, donde los descontentos se encuentran por docenas de millares, donde se oyen en los sótanos los pasos de los ingratos huéspedes que se disponen para vomitar la muerte sobre la ciudad que les abrió sus brazos, donde se ha visto ya el humo y la sangre; allí se juntan por instinto contra los invasores todos los que tienen algo que defender de ellos: la hacienda o la libertad. Y allí sucede en principio lo que, si el riesgo se extendiese, sucedería en toda la república mañana. Eso se vio en Nueva York en el otoño, cuando confundiendo malignamente la reforma que George capitaneaba con el programa de los anarquistas, obtuvo Henrit, el candidato demócrata al Corregimiento, que votase por él gran número de republicanos. Eso se ve en cuanto dice

Chauncey Depew, que tenía a Grant en reserva, mimado por los ricos, como campeón de ellos en la venidera lucha, y ahora que Grant ha muerto, se pone en lugar suyo, agrupa a su alrededor las clases que tienen qué temer, y es su jefe en la milicia de la palabra. Eso acaba de verse en Chicago, donde legiones de "ciudadanos", olvidando querellas recientes de republicanos y demócratas, marchaban sobre las urnas a votar contra los anarquistas con el mismo paso marcial, la misma mano pronta, la misma mirada encendida con que los soldados marchan al combate.

Sí, hay mucha noticia menor. Sullivan, el pugilista, ha visitado en la Casa Blanca a Cleveland. Blaine, que anda encendiendo votos por el Oeste, ha caído enfermo. Dos *yachts*, el "Coronet" y el "Dauntless", han cruzado a toda vela el Atlántico de Marzo en una regata famosa. La Langtry, que vive en una casa encantada, pinta a la hora en que sus amigos la visitan, los vasos de porcelana que realzan luego el escenario de su teatro. Recogen fondos para poner techo de hierro a un colegio africano. Descubre una compañía de ferrocarril que todo un departamento de empleados, ochenta empleados, tenían organizada una asociación de robos al camino. Aumentan entre los republicanos los partidarios de la candidatura de John Sherman a la Presidencia, de John Sherman que habla como hablaba Grant, de que "el águila extienda sus alas", de que "América", esto es los Estados Unidos, "anime y ayude a nuestras repúblicas latinas". Los demócratas acogen en público con grandes festejos a uno de sus candidatos a la Presidencia, a Hill, que gobierna ahora el Estado de Nueva York, merced al arte menguado de administrar el puesto público para el provecho exclusivo de los que en consideración de esta paga lo encumbran. Pero enano queda todo eso ante la apasionada ovación con que los católicos neoyorquinos recibieron al cura McGlynn, cuando les predicaba la otra noche sobre "La Cruz de la nueva Cruzada". "El discurso—dice un diario hostil al sacerdote—fue una de esas soberanas oraciones que mudan la faz de los pueblos, y abren época en la historia". Allí predicó, como la cura de la agonía social en estos grandes pueblos, el retorno de la propiedad de la tierra a la Nación, tal cual se hacía en la vieja Irlanda: allí resplandeció su rostro, como el de los oradores cuando se sienten amados de su pueblo resplandece: allí, con palabras que hendían y lucían como hierro encendido, marcaba, entre coros de vivas, a esos cegadores de la luz que andan poniendo librea a la dignidad y caperuza a la conciencia. ¡A la felicidad, hombres humildes, porque el himno más grato a Dios es la dicha de

todas sus criaturas! ¡Mientras haya un hombre infeliz, hay algún hombre culpable! ¡Antes se levantaban cruzadas de guerra para rescatar el Santo Sepulcro: ahora levantaremos cruzada de paz para que no sea un sepulcro la vida! Y si os dicen que yo, cura católico, no tengo el derecho de hablar con los hombres sobre la manera de que sean más felices, yo, cura católico, os digo, en el umbral de esta era nueva de la humanidad en que ha de ser vencida la miseria odiosa, que por sobre púrpura y por sobre mitra, por sobre cónclave y sobre tiara, por sobre domos y espiras eminentes, está, en las cosas del hombre, la conciencia humana! En sustancia, eso dijo. Lo mismo va diciendo a enormes asambleas, por las ciudades populosas. Aquella noche retemblaba el teatro. Como lanzas han quedado clavadas las frases. No sabía aquel frenético concurso estar sentado. Duraba minutos el ondear de los pañuelos. McGlynn vestía levita cerrada, no sotana. Muchos curas católicos, muchos, aplaudían con ardor: uno había, a quien todos besaban la mano, de barba muy blanca. Y tres niñas pusieron a los pies del amado pastor, del párroco depuesto por el arzobispo, tres cestos de rosas.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*. Buenos Aires, 21 de mayo de 1887. Publicado también en *El Partido Liberal*, de México, 1887

## EL MONUMENTO DE LA PRENSA

## LOS PERIODISTAS DE NUEVA YORK

*Grave incidente.—La devolución de las banderas al Sur.—Los veteranos y Cleveland.—El Presidente no debe substituirse a la Nación.—El irlandés O'Brien. — Honores a McGlynn. — Proyecto de una catedral protestante*

Nueva York, Junio 10 de 1887

Señor Director de *La Nacion*:

En un vapor embanderado venían ayer del Cerro de los Cipreses, cuajado de tumbas, los periodistas de Nueva York y sus amigos, que, como quien va a una jira, fueron a las ceremonias de entrega de la columna, sin elocuencia ni mérito artístico, que señala el lote donde reposan los periodistas muertos.

El aire, es verdad, limpio en aquella altura, hablaba más de vida que de muerte; y como colegiales en vacantes se aprovechaban los llenacolumnas de aquella hermosa hora libre.

Los discursos mismos, más que lazos de crespón, parecían copas de champaña.

Acá no se teme mucho a la muerte. El periodista sobre todo parece verla venir sin miedo: ¡tiene tanto el periodista de soldado!

Hasta extrañó, como una nota falsa en aquella linda escena bajo el cielo vívido, el discurso patético en que Chauncey Depew, el orador de moda, el candidato encubierto de los republicanos de Nueva York para la presidencia próxima, lamentó demasiado la muerte, acaso porque él vive feliz.

¿Llorar por los muertos, por los que descansan, en este cerro matizado de asfodelos, bajo estos cipreses de música tan suave, ante esta bahía, taza azul donde hierve el universo, en este estío fogoso? ¡Oh, no, reír será mejor!: reían y aplaudían.

Si los muertos se hubieran levantado de sus tumbas, no se habrían enojado, no, habrían pedido de merendar a sus compañeros.

Vivieron con honor: ¿a qué vivir más? Sus camaradas, tristes todos bajo aquella apariencia de júbilo, les habrían dicho al oído: "Ya deseamos ir a reposar como tú". Se dicen "tú", aunque no hay "tú" en inglés, todos estos periodistas.

Acá la muerte es otra cosa.

Cuando sí movía a las lágrimas la escena,—fue cuando, al compás de los cipreses, cantó el coro, como la humilde protesta de tantos trabajadores ingloriosos, “¡Manos cansadas; oh, manos cansadas!”

Venían alegres en el vapor embanderado.

Hablaban de todo: de una joven que ha escrito un buen drama. De cuán duro es para los principiantes abrirse camino en esta prensa de negocio. De cómo cayó ignominiosamente en un ortigal el globo cuyo viaje sobre el Océano había anunciado el *World*, dueño de la empresa, con tamaña pompa.

De la maravilla del *Evening Sun*, el diario de la tarde de a centavo donde siguen juntándose con arte admirable la viveza en la noticia, y la literatura, la literatura gráfica y viva en el estilo, no aquella pompa clásica, jerga de libros y hueca imaginiería de los diarios inútiles y académicos.

Hablaban de cómo crece la fama de original y sutil que goza Frank Stockton, el nuevo novelista: del peligro de muerte que acaba de correr Ella Wheeler Wilcox, la poetisa de los “Versos de Pasión”, joven y célebre, la que con el producto de su primer libro compró, en un ajardinado recodo, una casita para su madre anciana, y hoy se vuelve a su hogar en el Oeste, cansada de la vida oficinesca y fea de esta parte avariciosa de los Estados Unidos: hablaban de la novedad del colegio de Packard, que cada viernes invita a un pensador notable a dialogar con los discípulos sobre las teorías corrientes: de la otra novedad de otro colegio, el de Parker, en Brooklyn, cuyas alumnas, guardadas por su directora y su maestra de francés, van a Europa, aprovechando las vacantes de verano, a tomar en los museos y en las ciudades famosas, lecciones vivas de arte y de cultura. Celebraban, recordando la fiesta del día, los variados talentos de aquel hércules mental, el doctor Woods, a quien llegaron a llamar “el gran condensador americano”, no porque usase pocas palabras, que usaba muchas, sino porque en cada una encerraba un pensamiento.

El arte de escribir ¿no es reducir? La verba mata sin duda la elocuencia.

Hay tanto que decir, que ha de decirse en el menor número de palabras posible: eso sí, que cada palabra lleve ala y color.

Celebraban a los dos periodistas jóvenes de más boga, Robert Bonner, leal al *Puck*, y Joseph Howard, que sabe lo de Ovidio, y ha ganado fama siendo amable. Quiere que digan de él lo que Arsène Houssaye hace

decir de sí a aquella maga Sophie Arnould: “Algunos lo transforman todo en serpientes y culebras: yo verteré olas de perlas, de rubíes y de topacios.” Hablaban en francés, más, se veía a muchos de ellos, como si el periodismo preparase especialmente a la elegancia, vestidos con la soltura y nitidez francesas.

Iba un grupo hablando de la amistad del americano como Henry James y Paul Bourget, ambos obreros finos, cuando el valor, como espada que vuelve a la vaina, encajó en su ancho muelle: unos rompieron a correr, atropellándolo todo rudamente, para llegar a sus diarios antes que los rivales con las noticias de la fiesta: otros, puestos en vía de amor por el día grato, siguieron por entre los álamos del Parque de la Batería, autorizados por lo cercano de la noche, según la etiqueta neoyorquina, para ofrecer el brazo a las damas: algunos se entretuvieron en ver desembarcar una bandada florida y parlara de familias de inmigrantes italianos, en cuyas manos una niña vertía cariñosa los dulces que compraba de la cesta de una arrugada irlandesa: los más compraron de prisa el *Evening Sun*, donde leyeron con asombro las fieras palabras con que Fairchild, un general de la guerra civil, maldijo el pensamiento, autorizado por el Presidente dos días antes, de devolver al Sur, en vez de tenerlas amontonadas en un sotabanco, las banderas que las tropas del Norte le habían arrebatado en los combates.

Hubo una reunión de veteranos. Ya se sabía que el Presidente había dado la orden de que las banderas del Sur fuesen devueltas.

Se comentaba, se desaprobaba.

Entra Fairchild, con su manga colgante. Asalta la presidencia sin esperar por las formalidades de uso.

“Se ha dado la orden, dice, de devolver a los rebeldes sus banderas: ¡paralice Dios la mano que escribió la orden: paralice Dios el cerebro que la concibió: paralice Dios la lengua que la dictó!” Hubo un breve silencio, un ruido de hombres que se ponen en pie, y un formidable y dilatado hurra. La pasión de partido hizo presa al punto de la generosa indiscreción del Presidente; y no muerden con más deleite los lobos hambrientos al mastín encadenado que el que la prensa hostil a Cleveland muestra ante este anatema, inspirado, más que en el amor a las victorias sobre el enemigo, en la ira política, la ira del republicano contra el demócrata, la ira, mezclada con desdén, del hombre de armas contra el que esquivó la ocasión de llevarlas, la ira del soldado pediguño contra

el empleado público que no consiente en que, abusando de los recuerdos gloriosos, se distribuya el tesoro nacional en pensiones militares injustas.

Es cierto. Cleveland autorizó la devolución de las banderas; los veteranos protestaron; la prensa avivó el fuego. Cleveland, ante la censura aparentemente unánime con que ha sido recibido su acto, ha recogido la orden.

Pero ¿no han estado devolviéndose espontáneamente sus trofeos los regimientos que se despojaron de ellos, muerte a muerte, en el odio de la batalla? ¿no devolvió Grant mismo su espada a Lee en el instante en que se le rindió con todo su ejército, en Appomattox? ¿no dijo el gran Sumner, con palabras gloriosísimas, en lo más vivo y apasionado de la guerra, en plena Casa de Representantes, en la hora de júbilo de una reciente victoria, que "era inoportuno" manchar las banderas de la Unión escribiendo en ellas, como se acostumbraba, el nombre de las batallas en que los rebeldes hermanos habían sido vencidos? ¿no quiso hace dos años Robert Lincoln, el hijo de Lincoln, siendo Ministro de la Guerra de los republicanos, devolver estas mismas banderas, las banderas cuyos colores encendieron en el asesino Booth la idea de matarle a su padre? ¿no es el general Dunn, el Secretario del Ministerio de Guerra, que solicitó la orden, hombre crecido en las filas de la Unión, desde la bayoneta hasta la estrella? ¿no acaban de abrazarse con alegría visible, y de cambiar colores, los veteranos del Norte y los del Sur, en los simulacros militares de Washington, bajo los balcones de la Presidencia?

Todo eso es verdad. Pero lo es también que el partido republicano fue desalojado inesperadamente del poder, no por los demócratas, sino por Cleveland: que, convirtiendo en derecho la consideración, la mayoría de los veteranos recompensados en su día y en varias formas por sus servicios a la patria, se habituaron a mirar los puestos públicos como cosa tan suya, a más de regalada y pingüe, que su moderación misma no ha valido a Cleveland para suavizar la ira de los que, hechos a la violencia y al goce de los empleos, ni entienden de turno de poderes, ni dejan de ver en el Presidente al que los ha despojado de una propiedad en que no admiten condeño.

El odio a Cleveland, nacido entre los veteranos principalmente de esas dos causas, se ha enconado por aquel marcado desvío del Presidente, más justo que cauto, hacia las cosas de la milicia, que estima él respetable, mas no cuando sus intereses y arrogancia mantienen viva en el

Norte la suspicacia contra el Sur, por la cual aún no se ha podido entrar de veras en aquel período de fusión entre las dos secciones, que será por sus resultados cuando llegue, como ha de llegar, uno de los sucesos más fecundos y pasmosos de cuantos recuerdan las edades. Lo que Sumner, republicano, pensaba ya en medio de la guerra, eso piensa Cleveland, demócrata.

Pasmo es el patriotismo, pero es plaga cuando se hace oficio de él. El mejor modo de mantener al vencido en el estado de espíritu necesario para vencer, es mantenerse en pie, ante él, como vencedor. Todo lo que recuerde la derrota es un incentivo a la guerra. La guerra se hizo, cualquiera que fuese su pretexto, para acabar con la esclavitud.

Las causas menores que aceleraron la guerra dependían de esa causa esencial, que la produjo.

¿Dónde están hoy los esclavos? ¿Para qué volvería el Sur a levantarse?

¿Cómo han de entenderse de buena fe los hombres de ambas secciones en las grandes cuestiones públicas, mientras el Sur tenga que mantenerse armado en espíritu contra el Norte, que lo mira como a extraño y no pierde ocasión de marcarle la frente como traidor y echarle al rostro el estigma del vencido.

Tiempo es ya de que eso cese, se dijo Cleveland: tiempo es de que desaparezca de la discusión de las cosas públicas ese inicuo argumento de la guerra con que el partido republicano, acorralado y sin armas que emplear, excita la pasión militar en los soldados, que van a su vanguardia, y el miedo al rebelde en los que no quieren ver a la nación empeñada en una campaña desastrosa.

Y en todo ha seguido Cleveland esa noble política: en traer a su consejo a rebeldes distinguidos, en visitar personalmente la que fue capital de la rebelión, en dar puestos públicos de nota a temidos sudistas, en ir mermando la importancia excesiva que las asociaciones de veteranos, conservados para fines políticos más que para piadosas memorias, lograron obtener, con resultado funesto, durante el gobierno de los republicanos, interesados en tener a su lado a los representantes vivos de la defensa de la Unión. Hay, sí, muchas asociaciones de veteranos demócratas; pero tal es el espíritu de cuerpo que sofoca el de partido, así como éste se sobrepone generalmente al amor a la patria. También los veteranos demócratas, encariñados con su oficio y con los puestos públicos en que la costumbre los ha ido prefiriendo porque los ejercieron bien, fueron desde el principio hostiles a Cleveland, que no entiende por

qué el interés de trescientos mil hombres bien atendidos por la Nación, haya de perturbar las relaciones de sesenta millones de ciudadanos y absorber sumas enormes, so pretexto de pensiones, del tesoro; hostiles a Cleveland, que mandó en uso de su derecho un sustituto al ejército en la hora de pelear, y no sabe cuán terca, cuán susceptible, cuán difícil de desconocer para un gobernante cauto es la hermandad que se juran tácitamente los hombres en el peligro de la muerte: ¡tan poderosa es, que subsiste después que el odio ha acabado, entre los ejércitos rivales!

¿Cómo dio Cleveland de soslayo, como asunto de rutina de una Secretaría, como decisión suya personal, un acto que por su espíritu había de conmover a toda la Nación? ¿Cómo no vio que las banderas tomadas a los rebeldes, y cedidas al Congreso por sus captores,—por el Congreso, que es la única voz legítima de la República, habían de ser devueltas a los que prometen no mirarlas ya sino como reliquias de extraviado valor? ¿Cómo, dejándose llevar de aquel brusco desdén de la enemistad interesada, que ha de saber domar el gobernante, no consultó siquiera sobre la entrega de las banderas a aquellos que con sus propias manos las capturaron, a los generales que antes los condujeron a la victoria y hoy los representan?

¿Cómo, por desarrollo desmedido del concepto de sí, que es deo venenoso del poder, creyó que en un acto grave en que tiene derecho a ser oída la Nación, podía sustituirse a ella?

Por lo mismo que el acto era glorioso, debió dejar que la Nación lo hiciera. Hubiéralo insinuado, y la gloria hubiera sido toda suya, sin el deslustre de este atrevimiento.

¡Aquí no puede nadie subirse sobre su pueblo, ni aun para ser virtuoso!

¿Y qué era eso de pretender robarle una gloria a la patria?

Véase cómo la virtud tiene defectos, y cómo en un gobernante, el acto de virtud mayor es su modesto y constante acatamiento a la suprema autoridad de su república: ¡el oficio es guiar, no sustituirse!

¡Acaso creyó Cleveland, en el júbilo de la buena obra, que el Norte todo se la entendería, sin ver que el odio político no duerme, y se complace en afear toda hermosura; sin ver que la Nación no permite, ni debe permitir que nadie obre en vez de ella, aun cuando sea en bien, para que esta derogación voluntaria de su autoridad en un acto justo no pueda ser tomada mañana como precedente por un tirano en un acto alevoso!

La censura ha sido en coro. Al Presidente no le son permitidas brusquedades ni ignorancias. Si el Congreso era el único autorizado para devolver las banderas ¿cómo no lo supo antes de hacerlo? ¿Cómo pretendió hacer por sí aquello que hubiera sido el canto último de una epopeya que hicieron todos, y en que no fue él quien más hizo?

Los pueblos deben ser como éste, susceptibles. Las banderas deben devolverse, pero para gloria nacional, y en un acto grandioso: por este encono mismo de los veteranos en su triunfo se demuestra que deben devolverse: puesto el caso ante el Congreso ¿quién duda que las devolverá, sobre todo ahora que Lee, el primero entre los jefes vivos de la rebelión, el sobrino de su caudillo, el gobernador de Virginia, acaba de decir: “Al que ataque ahora la bandera de la Unión, désele muerte enseguida”?

Pero las heridas se les han reabierto a los veteranos del Norte con el incidente, y uno de ellos dice, mientras Cleveland aguarda a que por la bondad general de sus actos se le excuse éste, ligero y arrogante, esta frase que anda en todas las bocas: “Conque ¿devolver las banderas? bueno: aquí dentro tengo una bala de ellos: ¡que se la devuelvan!”

¡De tanto habría hoy que hablar! Del irlandés O'Brien, que vino a perorar sobre los desmanes de los agentes de Landsdowne, el virrey de Canadá, contra sus arrendatarios en Irlanda, y luego de recibir ovaciones y pedradas de uno y otro partido de los canadienses, se negó, por fútiles pretextos, por miedo a los pobres, a aceptar la demostración de los obreros de Nueva York, “para no comprometer a Irlanda apareciendo en una demostración presidida por el que presidió la conferencia de un irlandés puesto por Inglaterra fuera de la ley”: ¿por qué aspirar a grandezas los que no tiene tamaño para ellas? La grandeza es difícil: ¿qué excusa femenil es ésa, aquí donde un arzobispo católico aparece en público con sacerdotes protestantes; aquí donde Beecher, un sacerdote, da la mano a Ingersoll, al propagandista del ateísmo, para que suba a la tribuna, donde le estrecha la mano otra vez, y tributa público honor a su sinceridad y a su talento? Habría hoy que hablar de la procesión enorme con que el pueblo de Nueva York festeja al padre McGlynn, con ocasión de haber sabido que está para caer sobre su cabeza la excomunión, que no será argumento para que el padre McGlynn abandone sus pobres, su cruzada “contra la pobreza”, su templo nuevo que todos los sábados rebosa, su campaña en pro de la devolución de la

propiedad de la tierra al Estado, su fe en la "determinación de Dios y en la fraternidad de los hombres". Habría que hablar de los colosales festejos de verano que ya se preparan, en proporciones estupendas, en las vecinas islas: de las escuelas industriales, modelo de las de instrucción primaria: del recuento de saber qué se hace aquí en esta época con ocasión de los exámenes: de cómo van siendo ya tantas en número y tan buenas en clase las universidades de ciencia como las de mera literatura. Pero de lo que sí hemos de hablar cuando la idea esté ya bien a punto, es del deseo de las iglesias protestantes de levantar, por sobre todos los edificios metropolitanos, una catedral que desde mares y campos se divise, y domine los atrevidos palacios de negocios, las espiras de piedra parda de las sectas viejas, los campanarios relamidos de los templos estéticos, las dos torres blancas, aún no acabadas, de la catedral católica. Catedral debiera hacerse, porque los edificios grandiosos entusiasman, conservan y educan; pero no catedrales de ritos, a que los hombres sólo se apegan para salvar su hacienda y privilegios en esta hora oscura, y son, más que catedrales, murallas, y más que altares, parapetos; sino una de arquitectura nunca vista, donde se consagrara la redención del pensamiento y fuese el entrar en ella como en la majestad, y como sublimarse en la compañía de los héroes, vaciados en bronce; ¡y las puertas, siempre abiertas! La libertad debiera ya tener su arquitectura. Padece, por no tenerla.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 28 de julio de 1887

## ACONTECIMIENTOS INTERESANTES

### MEXICO EN LOS ESTADOS UNIDOS

*Una reina en Washington.—La reina Kapiolani.—El "kaulukan", y el tierno "aloha-oë".—Honores a la reina.—La hermana del Presidente va a dar clases de historia.—Sus méritos.—Su carácter.—Su independencia del hermano.—Va a dirigir una escuela en Nueva York y a redactar una revista.—La mujer americana.—La Feria de Vacas en Madison Square.—Primera visita.—Las lecherías y las lecheras.—La vaca Mary Ann.—Certámenes y premios.—Carácter religioso de la reforma social.—La reforma no está limitada a los trabajadores descontentos.—La "Sociedad contra la Pobreza".—Una nueva iglesia.—Adelanto notable de la Sociedad.—Un discurso de George.—Reunión entusiasta.—*  
*"¡Nuestra cruz va marchando!"*

Nueva York, Mayo 9 de 1887

Señor Director de *El Partido Liberal*:

Hay una reina en Washington. La hermana del Presidente empieza a trabajar de maestra de escuela. Un millonario llevaba en su boda un traje de lana gris. Una inmigrante alemana ha estado trabajando de labriego y cantero durante un año en ropas de hombre para ganar el importe del pasaje de sus padres. Está Nueva York en seco, sin que dejen vender ni licores ni vino los domingos. Las “nuevas fuerzas políticas”, como las llama el ardiente John Swinton, han establecido con soberano éxito una especie de iglesia dominical, bajo el nombre de “Sociedad contra la Pobreza”.

Se habla a las claras de anexar el Canadá a los Estados Unidos. Dice el *Sun*, de Nueva York, en un artículo lleno de justicia para México, que los capitalistas americanos dejarán perder un excelente negocio si no obtienen las concesiones necesarias para construir por sí las obras del desagüe del valle. Al día siguiente publica el *Sun* una carta que no puede menos de tener que hacer con el artículo, en que se elogian calurosamente los planes del ingeniero Garay. Los diarios de ayer celebran, con recomendaciones del Gobierno mexicano, “la justicia y energía que muestran” las dolorosas ejecuciones de Nogales. El *Herald* de hoy dice que no ha de pensarse en los Estados Unidos tanto como se piensa en la conveniencia de adquirir los Estados del norte de México, para evitar el problema social con la abundancia de tierras libres que repartir entre los descontentos, “porque toda la tierra buena de esos Estados está ya distribuida en vastas concesiones, poseídas en gran parte por especuladores norteamericanos, de modo que su adquisición, aun cuando pudiera realizarse honradamente, sólo añadiría, caso de que añadiese algo, una pobre extensión a la tierra pública de los Estados Unidos”. Hay, pues, que pensar en lo que se hace y se publica estos días por estos pueblos

rubios, mientras las oropéndolas cuidan de sus nidos en los árboles del Parque, cubiertos de hojas frescas, y se publica en castellano con láminas lujosas la traducción de Bonalde de *El Cuervo*, de Edgar Poe, el día mismo en que los viejos del pueblo de Fordham, donde su mujer, extenuada, se le quedó muerta en los brazos, cuentan que el pobre poeta, flaco y lívido, se aparecía como un fantasma por los campos vecinos, pidiendo un trabajo que jamás hallaba, a la hora triste en que su madrina leal, disimulando el hambre de la casa, se iba por los cerros menos visibles del pueblo, recogiendo verdolagas para la comida de la tarde, "¡porque le gustaba la verdolaga mucho a Edgardo!"

La reina que está en Washington es Kapiolani, esposa de Kalakawa, el monarca de Hawaii, con quien están en buenas amistades los ingleses, que saben de tiempo atrás cuán prudente es tener en todos los mares islas propias o amigas; así es que a Inglaterra va Kapiolani ahora, que es la ocasión primera en que deja a su tierra de guerreros y volcanes altos, para acudir a los festejos con que celebran los ingleses el 26 de Mayo, el jubileo de la poderosa reina Victoria. Dicen que Kapiolani, así tiene una majestad, y es la de ser buena y haber fundado en su reino, aunque no sabe de lenguas cultas, un hogar para los leprosos, de los que hay muchos en aquella tórrida isla. No va vestida aquí, como en su país, del *kaulukan* nativo, blanco y suelto como el tipo poético de las indias payaguaces, sino que lleva vestido de seda negra y gorra, con los cuales se presentó en un banquete de ceremonia que le daban, por parecerle más propio de una reina, "siendo ya tarde para cambiar de vestido, el cumplir en traje humilde su promesa, que el faltar a la hora fija por entretenerse en mudar de traje". Lo que, por supuesto, pareció muy mal a la gente republicana de Washington. Pero con su llaneza y agradecimiento ha cautivado la reina Kapiolani, tan alta de virtud como de estatura, el afecto de la gente sensata; y dicen que va tan contenta de lo que ha visto en Washington, de las fiestas en que la han estado paseando, del banquete solemne dado en su obsequio por la Casa Blanca, que cuando partía el tren donde iba a Boston, lloró como quien deja el lugar en que ha amado, y dijo tiernamente el adiós de los de Hawaii, el "aloha-océ", el "¡te amo!"

Y es verdad que Rosa Elizabeth Cleveland, la hermana del Presidente, la que hace un año apenas dirigía aún las fiestas de la Casa

Blanca, viene a Nueva York con el glorioso otoño, que es aquí todo pompa y grandeza, para empezar su trabajo de profesora con una humildad que las iguala.

Pues es historia, lo que ella viene a enseñar, mientras su hermano preside la nación libre más populosa del globo; es historia patria; con lo que su lenguaje que tiene el rojo ígneo y el aroma acre de las hojas poéticas de Octubre, y baja en lluvia viva de colores como ellas, y como ellas se arremolina vistosamente al viento, también, como ellas, sobre la tierra caerá a guardar el fuego sacro en los corazones: porque ¿de qué vale, ni qué asegura aprender la vida práctica en un pueblo si no se habitúa el alma al trato heroico de los que han sabido vivir para conservarlo o morir, cuando ha sido preciso, en su defensa? Aquí se aprende, por el caimiento evidente de los caracteres que sólo la inmigración mantiene y repara, lo que fuera de aquí no debe olvidarse: un pueblo de patriotas fanáticos o imperfectos, es preferible a un pueblo de egoístas.

¿Y no es hermoso eso que va a hacerse aquí con tanta sencillez, la hermana en su silla de maestra, enseñando cómo vivió Washington, cómo ordenó Hamilton, cómo aconsejó Franklin, cómo murió John Brown;— el hermano, que también fue maestro de escuela, presidiendo, desde la Casa Blanca, la nación?

Ella, por ser mujer, no cree que ha de ser carga. No le parece decoroso vivir de otro, ni de su hermano, cuando puede vivir de sí. Su hermano tendrá su decoro y se enojará acaso de verla ganar su vida; pero ella tiene el suyo. ¿Ni qué falso decoro sería ese de tener a menos que la familia del Presidente, del empleado más alto de la Nación, trabajase en el empleo más venerable y grato, en aquel dulce empleo de maestro en que se sirve mejor a los hombres y se padece menos de ellos? No. Ella tiene fama merecida de maestra de Historia. Su estudio sobre Juana de Arco ha merecido aplausos franceses. No se puede escribir sobre Carlomagno nada más bello y juicioso que lo que ella ha escrito. Antes de que su hermano fuese Presidente, ella gozaba fama en las escuelas del país, e iba de una en otra durante la estación de las conferencias, explicando, con su inspirado lenguaje, las bellezas dignas de imitación en los grandes caracteres.

Y como un pan no estorba, ni está en la mente yanqui perder la oportunidad de colocarse con provecho, no sólo viene de maestra de Historia, sino de condueña del colegio en que la va a enseñar; y es justo que le pague su nombre y su fama, sin que esos quehaceres le estorben para escribir, también como dueña, en el *Magazine of American History*, que en

manos de hombres fue una quiebra ruidosa, y en las de la mujer que hoy lo dirige, de la señora Lamb, es una de las más prósperas y amenas publicaciones americanas. Sí, hay que venir a ver esta tierra, donde de veras el mundo se cambia, se transforman los conceptos antiguos, y por la fuerza de la libertad y de la batalla por la vida parecen mudar de constitución mental, ensancharse, crecer los mismos sexos.

Vamos ahora a donde mañana irá todo Nueva York, a la "feria de vacas", en Madison Square. Hay que criar las alas, y que ejercitar las manos. Bien es que Rosa Cleveland enseñe historia en su lenguaje flameante, y es bien que los ricos de Nueva York, los mismos que han regalado en estos días al Museo del Parque Central cuadros famosos, organicen para estímulo de la industria una exhibición que va a ser célebre, de vacas lecheras. "El Partido" irá a verlas despacio, para contar a los agricultores lo mucho que enseñan, pero ya hoy son interesantes, aun cuando en la confusión de los trabajos preparatorios no alegran las pintorescas lecherías los banderines y las luces, las músicas y las lecheras agraciadas, en sus vestidos de alemanas y de suizas, que dicen han de ser cosa de verse. Las veremos. De una de ellas cuentan que es positiva maravilla, con ojos de Lalla Rookh, y manos "hechas a cebar lechones", como las de la Inés de la cena del Alcázar. Pero de ésa no hablan los caballeros del queso y la mantequilla, con los labios rasos y la barba en halo, que han venido de los condados en que se produce la leche a ver cuál vaca da más; si la de Jersey, la Guernesey, la de Holstein o la de Ayrshire: ellos hablan de Mary Ann, la triunfadora, la vaca de Ontario, que vale veinte mil pesos, y es hasta hoy la que más mantequilla ha dado de sus ubres. En Madison Square sucede todo eso, sobre la arena misma que hace pocos domingos cubrían los católicos fervorosos que tienen aún las palmas encendidas, por lo mucho que aplaudieron al cura McGlynn, y a los que con elocuencia y fuerza de apóstoles lo acompañan a él y a Henry George, en su "Cruzada contra la pobreza".

Anoche no eran los aplausos en Madison, sino en el teatro más espacioso de Nueva York, en la Academia de Música. Ya esto es religión. La verdad es que se saltaban las lágrimas de gozo. El público no era de ganapanes, sino de gente modesta que quiere hacer bien: ¿a qué hay que añadir que había más mujeres que hombres? En el escenario estaban las coristas, coristas voluntarias, vestidas de blanco. Presidía un

anciano elocuente, que ha empleado sus últimas fuerzas en llevar la bandera de los trabajadores, las fuerzas que le quedaron de su empeño glorioso, cuando juró no vivir si no veía libres a los negros esclavos. Todo el teatro estaba en pie cuando las jóvenes vestidas de blanco, a los sones del órgano, prorrumpieron en su himno al trabajo. El anciano trémulo y Henry George cantaban. Cada estrofa acababa en un conmovedor y vibrante aleluya y una salva de aplausos.

"La pobreza es injusta", decía Henry George, en su discurso salpicado de sabia ironía, de patéticos recuerdos, de familiares abandonos, de aquellas sentidas y profundas palabras en que se revela su ardiente concurso con los dolores humanos. "No queremos quitar a nadie su riqueza, sino crear más riqueza de la que hay. Cada vivo, el negro más infeliz, el niño mísero que nace sin pañales en una casa de vecindad, tiene derecho a la extensión de tierra necesaria para nutrir su vida, puesto que nace."

¿Cómo los ingleses pueden estar adquiriendo para especular millones de acres de tierra en América, y se mueren de hambre en América, por falta de tierra en que trabajar, más de un millón de americanos? El producto de lo de todos sea para bien de todos. No queremos repartirnos la tierra, sino libertar de trabas las industrias para vivir barato, imponer sobre la tierra el único tributo, y aplicar a los gastos del Estado y al beneficio de sus habitantes, la renta de las tierras que al Estado pertenecen y él alquila a los que las trabajan. Mientras haya un pobre, a menos que no sea un perezoso o un vicioso, hay una injusticia. No queremos hacer ricos a todos los hombres, sino congregarlos en buena voluntad para estudiar juntos la manera de constituir nuestro pueblo de manera que las madres no tengan que echarse a los pozos con sus hijos en brazos, por no poder saciarles el hambre. Cuando a esto se llega, la sangre hierve en las venas; y hay que hacer algo.

Llovían los pesos sobre las cestas en que depositaba la colecta la congregación. "¡A mí, a mí la cesta!" decían de todas partes, pobres irlandeses, alemanes bien vestidos, mujeres de holgada apariencia, un viejito que se levantaba sobre su báculo y tenía a su hijo al lado. Un ejército en marcha parecía, puesta en pie, la enardecida concurrencia, cuando al acabarse la fiesta solemne, las coristas vestidas de blanco cantaban a los sones del órgano: "¡Nuestra cruz va marchando!"

JOSÉ MARTÍ

*El Partido Liberal. México, 1887*

PRIMER ANIVERSARIO DE LAS  
BODAS DEL PRESIDENTE

*Mrs. Cleveland en Washington.—Gran reunión de señoras en el Corregimiento de Brooklyn.—La mujer americana.—La oradora irlandesa.—Las maestras alemanas.—Sociedad antropológica de señoras.—La americana de ayer y la de hoy*

Nueva York, Junio 10 de 1887

Señor Director de *La Nación*:

¿Quién seguirá a Blaine, que viaja astutamente por Europa, dando tiempo a sus rivales para que caigan, por sus excesos de palabra o su prisa en la acción, en las mismas redes que le tienden? ¿Quién asiste a los tristes funerales de un hombre que por sus artes de político, por su insignificancia misma, como tantos otros, llegó a la vicepresidencia de la República, y hoy desaparece, olvidado por ella, como deben serlo todos los que de ella se han servido, en lugar de servirla?

Más que de Wheeler, el Vicepresidente muerto;—más que del francés Masquerier, que ante gran concurso de curiosos celebra la terminación del mausoleo en cuya piedra ha cincelado su doctrina sobre la distribución por cuadrados iguales de la superficie de la tierra;—más que del globo corto y ventruado que el *World* de Nueva York echa al Atlántico, para tener sobre el periódico la atención pública;—más que del congreso de tribus indias, donde Slikay Pahanah, cabeza de los osages, excita a los nómadas de las praderas, a que “se sometan a la educación, su única esperanza”;—más que de las leyes que tienen en seco a la ciudad de Nueva York, donde los que quieren beber vino los domingos en los hoteles y cafés, han de hacerlo a hurtadillas, y en tazas;—más que de exámenes, de muertes, de abusos, de querrelas políticas, de carreras y juegos, de simulacros marciales, habla la prensa de cómo, a la dulce manera de las cogujadas, pasean el Presidente Cleveland y su linda mujer, para celebrar el aniversario de su conocimiento de la dicha, por las amables soledades donde florecieron, entre pinos y almendros, sus bodas: allí parecen acudir de preferencia, por lo recatado y frondoso del ramaje, las aves viajeras a levantar sus nidos: allí no deslustra el polvo de las calzadas, las hojas jugosas, que al mediodía se vuelven

hacia el sol, encogidas y dormilentas, como las novias en los días de esío, reclinan la frente, ya al cerrarse los ojos, sobre el hombro del esposo amado; allí no turban la quietud tropeles de velocipedistas, ni bandadas de caminantes, ni lides de pelota, ni el estruendo de caracoles y bocinas con que anuncian sus pasos los coches de camino, pintados de amarillo, con la imperial henchida de beldades de quitasol rojo, que es lo de moda aquí estos meses para recorrer el campo, con otro coche atrás, lleno de viandas y de vinos, en vistosas cestas: allí unas pozas pródigas, de donde a la mañana se alza la bruma a vuelo tardo, diciendo con sus últimos jirones dónde abunda la pesca, brindan al Presidente, amigo de la caña y el anzuelo, ocasiones propicias para vencer en ingenio a la avisada trucha.

Con razón se dice en castellano “¡ése es un trucha!”, porque no hay pez que guste más de su comodidad, ni ande con tal cautela, ni examine mejor el cebo, ni esquite con más gracia los amaños de sus enemigos.

Por eso sin duda interesa tanto la pesca al Presidente; porque pescar es combatir, es ver en la sombra, es conocer los misterios de la naturaleza, es adivinar los hábitos del enemigo oculto, es demostrar en la pelea con el animal que se es una bestia superior: por eso les lucen los ojos a los pescadores, y al Presidente le lucían, cuando sacaba con sus propias manos del cestón el pescado vencido; no éste ni aquél, que cayeron en lance común por engullirse la “mosca” de cebo donde va el anzuelo—y ha de ser lanzada a lo recto y con habilidad para que el mucho ruido no espante el pez—sino aquélla, la corpulenta, la de siete libras y ojos sanguinosos, con la que sostuvo un duelo de horas, porque primeró le coleó la mosca en vez de echarse sobre ella, y luego, en cuanto sintió fría el agua y se encapotó el cielo, se acogió a su cama en lo hondo, hasta que por fin, aprovechando el pescador el romper del sol para echarle una “mosca” de forma nueva, salió a la luz el animal engañado, y se clavó el anzuelo en las mismas agallas: allí está, boquiabierta, desencajada y repulsiva: ¡así han de ser por dentro los que estrujan y oprimen al hombre, así como los pescados vencidos por su gula, son por fuera!

No es Cleveland, como otros presidentes, amigo del fausto de las grandes ciudades: ni tiene, como algunos de ellos tuvieron, ese amor sano al caballo a que se apegan los criados en la faena campestre o en las batallas; ni gusta, como los ostentosos presidentes del Sur, de lucir

troncos fuertes en bellos carruajes. No es como Washington, hecho desde niño a quebrar potros y a cuidar con solicitud de sus establos, como que era su gozo mayor, después del de servir con desinterés a su país, el irse por los bosques husmeando la zorra en su traje de cazador, chupa azul, vestón rojo, calzones de ante y botas altas. Ni es como Jefferson, el sobrio Jefferson, que no desdeñaba en el vestir los terciopelos y el encaje, pero salía a fortalecerse la mente cabalgando, e iba en su caballo querido el día en que recibió en el Capitolio la Presidencia, para lo cual se apeó de su montura, la ató al cercado, y entró sin más ceremonia a prestar el juramento. Ni es como Grant, cuyo leal Cincinnati sabía aguardar suelto a su amo, sin impacientarse ni huir, a la puerta de las casas donde iban de visita.

Cleveland gusta de ser llevado en su amplio carruaje por las tardes a la hermosa quinta que, por amor a su mujer, compró en las cercanías de Washington; y cuando, como ahora, está de vacaciones, es su alegría mayor entrar por el bosque acompañado de su Acates, su astuto Secretario Lamont, hasta dar en unos rápidos donde hay buenas camadas de truchas, mientras se ocupa su mujer, del brazo de una amiga de colegio, en ver cómo en un mimbral vecino van rompiendo sus huevos alunarados las crías de becadas: un perro hecho a la caza de ala la compañía, pero ni la becada se asusta, ni el perro le salta encima, ¡porque durante la maternidad exhala el ave aroma distinto del que excita a los perros a la caza!

Sigue a la joven esposa un coro de alabanzas en su peregrinación al consagrado retiro. Todos celebran su modestia afable, su lealtad y llaneza con sus amigas de situación humilde, su cortés memoria de rostros y de nombres, su conversación varia y prudente, siempre nueva con cada visitante, y su suave influjo sobre Hércules.

El partidario que él espanta, se lo devuelve ella. No siendo muy notable, él olvida al que ve, pero ella no; ella estrecha la mano y mira dulcemente en los ojos a cuantos la saludan; ella conoce la historia y pretensiones de cada concurrente; ella recuerda a tiempo los hechos honrosos cuya memoria ha de halagar a aquellos prohombres a quienes no se ha de tener por enemigos: ¡filtro será, pero un aplauso de mujer hace que parezcan más numerosos y vívidos los astros! Ella da, sin cansarse, la mano a dos mil personas en cada recepción pública; ella, en las más privadas, habla a cada cual de lo que le interesa, y le hace hablar de sí, y como si estuviese en su casa propia; ella no solicita encopetadas amistades, sino que trae de su sencilla ciudad de Buffalo a sus

amigas de colegio, y las honra en la casa presidencial como a singulares huéspedes; ella, la mujer del Presidente, recibió en las últimas ceremonias acompañada de una pobre niña, hija de un empleado oscuro.

Con un traje gris y un sombrero de paja anda ahora visitando nidos, mientras en Washington desempolvan sus servidores los retratos solemnes de la Casa Blanca, plantan los redondos canteros de deslumbrantes tulipanes, y hablan, como de una heroína, de una joven de notable belleza que, en vez de aguardar esposo anciano y rico, un magnate, un senador, acaso más, elige para compañero a un periodista pobre, de frente pálida y mejillas un poco hundidas. A las amigas que la censuraban por no haber aguardado a algún senador, Miss Dolph ha respondido:—“¡Esperaremos el senado juntos!”

Muy distinta de la del retiro campesino era la escena ayer en la oficina del corregidor de Brooklyn. Llenas estaban de carruajes las cercanías de la Casa Consistorial, de mármol toda, frente a un palacio de oficinas de ladrillo rojo cuyo elegante y calado minarete se destaca, con reflejos de lacre, sobre el cielo azul. De seda y enjoyadas habían venido a ver al corregidor cien damas de Brooklyn; a debatir con él, conociendo su hostilidad a la idea, sobre la justicia de emplear en la junta de escuelas que han de ser maternas, a dos mujeres, por lo menos, a dos madres. No eran pretendientes, no; sino la flor del señorío de Brooklyn; y “cualquiera que sea electa”, bien Mrs. Stranahan, rica y llena de quehaceres benéficos, bien Mrs. Carey, que iba hecha una cesta de brillantes, bien Mrs. Sethlow, millonaria y hermosa, “serviremos el puesto”.

Ellas alegan que falta ternura, desinterés, mujer, a las escuelas públicas: que la junta de Nueva York debe ya mejoras serias a las dos damas que figuran entre sus miembros: que de los niños saben más las madres, puesto que los observan sin cesar, que los hombres, hartos inquietos y alejados de la casa por las faenas de la vida: que las madres pueden determinar mejor los estudios que ama el niño, para ir educándolo en acuerdo con el desarrollo y curiosidad normal de su naturaleza; que sólo las madres, siempre benévolas, saben la tarea que el niño puede soportar sin fatiga; que siendo las maestras mujeres, mujeres son las que más les entenderán y oirán sus quejas, y les irán sobre los defectos, y las tratarán con justicia: alegan que la escuela se extravía, que los niños se secan, que es urgente poner en la educación más sentimiento.

El corregidor fue todo angustias. Le argüían ellas con mejor palabra. En un senado no hubiera sido el debate más lógico. El discurso

de la que pintaba la naturaleza del niño fue una espada de taza de fina cinceladura. Ardiente como las rosas Malmaison que adornaban su seno fue el resumen de una bella señora, sentada entre dos lozanos niños. “¡No han de ser nuestros hijos—decía otra—no ha de ser nuestra patria víctima de este sistema criminal de compadrazgos, por el que se distribuyen aquí los puestos públicos: los capataces de votos, los bebedores fuertes de las cervecerías, están envileciendo la nación: no hay delito mayor que poner en manos descuidadas, o en gentes de corazón frío, la educación pública: ¿ha de ser nuestro símbolo el águila, o el cuñete de cerveza? Mientras no se halle, que al fin se ha de hallar, otro modo de pagar los servicios políticos, ¡salven el pudor, al menos, los empleos destinados a crear los hombres que han de fundar más tarde los hogares, y de dirigir y defender la patria! ¡ya sobran las maestras nombradas por compromisos y favores; sobran los consejeros ineptos; hacen falta en las juntas de educación las que adivinan con su amor el modo más propio de educar, y lo aprenden con la lección diaria y sincera de la vida!”

El corregidor se revolvía en su asiento. Ni una razón halló para oponérseles.

Que se adelantaría: que se tendría en cuenta: que la legislatura acaba de acordar que los puestos de maestra no se den por favor, sino por concurso: que por sí no lo tiene a mal, pero que no favorece la idea la opinión pública. “Eso no es—replicó casi en voz alta una dama afamada por su enérgica virtud—sino que faltan puestos para tener contentos a los amigos políticos, y sacrifican estos bribones, ni un ápice menos de bribones, la médula misma de la patria a sus necesidades electorales.” Parecían los diamantes brillar de ira. Llevaban las señoras al salir de la junta el paso vivo. Se habían caído todas las hojas de la rosa con que se adornó la solapa el trémulo corregidor. “¡Pues no ha de ser!” decía la millonaria, al poner el pie, calzado con un zapato de los que llaman aquí “sentido común”, en el estribo de su coche, “¡no ha de ser!: ¡a casa, a convocar a junta pública para el jueves que viene a todas las madres de la ciudad!” Y así quedan: convocándolas.

Ellas, las de más plata en el cabello, comentan los asuntos corrientes de religión y de política con aquel lenguaje aterciopelado y temible, como la zarpa felina.

Ellas, las irlandesas del barrio de St. Stephens, exhortan a sus amigas, reunidas en la iglesia del padre McGlynn para protestar contra la ama-

naza de excomunión que el Papa tiene suspendida sobre el que fue su cura: “¡llevad a la procesión del 18 de junio a vuestros hijos en los brazos, les decía la oradora, para que en los años futuros; puedan honrarse con decir que ellos también tomaron parte en la protesta indignada del pueblo contra los que quieren aniquilar, sean nuestros papas o nuestros arzobispos, al sacerdote más puro que tuvo nunca iglesia!”: y las feligresas la vitoreaban, y le echaban flores.

Ellas, las maestras alemanas, de Cincinnati, llenan el vapor *Suevia*, que las lleva a Alemania, donde van a pasar el verano, para aprender más de lo que saben, y besar las cabezas de los viejos, y volver con más ciencia, y con la fuerza que dan el amor satisfecho y el aire del mar, a las tareas amables del invierno. Ellas, las damas de Washington, las doctoras de los asilos de huérfanos, la decano de la Escuela Médica de Mujeres de Filadelfia, acumulan en memorias minuciosas, conforme a los consejos de la Sociedad Antropológica de Señoras que reside en Washington, los detalles todos del desarrollo de sus hijos, de sus enfermedades, de sus alimentos, de sus vestidos y costumbres, de su estatura, de su ascendencia y ambiente, todo lo cual es obra de cimiento, y capítulo de la ciencia de la patria, por donde se vendrán a hallar reglas sobre el mejor modo de criar fuertes y alegres a los hombres, y se llegará a saber qué padres dan buenos hijos, y qué razas y pueblos son preferibles para la inmigración, cuáles no han de mezclarse, porque dan crianzas pobres. En las naciones se ha de estudiar cuidadosamente el animal, y de fomentarlo con ciencia y esmero.

Ellas, las de la generación anterior, las que se criaron en las “juntas de ciudad” y en la obra activa de sus iglesias, las que ayudaron al marido a levantar desde los tiempos modestos su fortuna, las que no nacieron de estos padres de ahora, tallados en un diente, febriles perseguidores de la riqueza, negociantes inmorales y sordos; ellas, las ricas que visten aún merino negro, auguran triste fin al pueblo ansioso donde el hijo estorba, donde no nace el matrimonio del amor, donde la conversación íntima, rebotante en vulgares apetitos, destruye el trabajo desgastado y superficial de las escuelas, dirigidas por maestras cansadas de su condición y de alma poco amante.

Sólo que junio no deja ver estas lobregueces, sino que, como si las mujeres y el sol tuvieran parentesco, se las ve florecer y aromar apenas junio brilla. Casualidad será, pero los diarios están llenos de noticias de ellas. Ya que se casan, como si la mujer fuera ave de luz y tuviera, como las becadas, miedo de que la nieve resplandeciente denuncie al ca-

zador su cuerpo airoso. Ya que inundan las playas y los caseríos, en sus trajes de blanco dril con adornos azules, en que ahora marínean, o en aquellos otros, audaces y ceñidos, con que juegan en parques y jardines a la pelota y al *lawn tennis*.

Pero como más bella aparece aquí en junio la mujer es en los colegios, donde acaba de echar alas, de soñar con su misión, de prepararse al combate y la fatiga, de aprender para maestra, para escritora, para médico, para abogado, para artista: allí es donde más bellas aparecen. Acaso porque inspiran más piedad. ¡Así nacen luego los hijos, astutos, egoístas y débiles, de estas almas desfloradas por el cuidado prematuro de la fortuna! A función o a desdicha queda el hijo reducido, el hijo triste de los consorcios sin abandono y sin fe. Se extingue así en la generación nueva el elemento femenino que salva a los pueblos poderosos y prósperos. Adquiere ¡quién lo dijera! la mujer americana el halo doloroso, el enfermizo brío, la hartura de conciencia, el desdén del amor, la colérica virginidad de las jóvenes rusas. Aquéllas, no batallan por la patria: éstas, sí. Fatigadas por herencia de padecer del hombre, se preparan contra él y sólo aparentan cederle para aprovecharlo.

Junio no ve estas cosas. El colegio de Wells, en el austero pueblo de Aurora, viste de gala a su portero negro, y le ata al ojal una cinta amarilla y azul, para recibir de ceremonia a la esposa del Presidente, que de la soledad de la montaña irá a ver, en las fiestas de los premios, a las que hace dos años eran aún sus compañeras, ya en escribir dramas, ya en imaginarse heroínas de ellos, ya en deshojar, como quien acaricia lo que no se ve, las flores agradecidas de la madre selva. Es fiesta, gorjeo y coro en los colegios todos.

El de Vassar saca sus hijos, retoca el artístico adorno de sus salones, invita a las damas de más prominencia para despedir con regocijos solemnes a las graduandas de este año. Las alcobas, dicen que parecen jaulas abiertas: las gozosas cautivas baten palmas, y cambian sueños en los corredores del colegio de mármol: todas llevan al seno ramos de flores, orean sus trajes, disponen con coquetería sus libros, limpios y enteros a pesar del uso, en los aéreos anaqueles: guardan, bajo correas de cuero, sus apuntes de artículos, borradores de conferencias, dibujos ideales: ni lo agitado y ambicioso de la vida de su pueblo, que a la vez las fortalece y desfigura, ha podido descoger de sobre sus sienes el último velo rosado de la primavera: proyectan con una presunción encantadora.

Y como si la Naturaleza, la providente esfinge, quisiera prometer, a cambio de la vida que consume aquí la avaricia nacional, nuevas vidas y galas, revuelan picoteando el césped por entre las faldas de las colegialas los lindos pechirrojos, y, cargadas de flor, se entran por las ventanas de las alobas las enredaderas.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 10 de agosto de 1887

20

## HISTORIA DE UN PROCESO FAMOSO

ASPERO VERANO

*Nueva York en julio.—La bahía de noche.—Un pánico en la Bolsa neoyorquina.—Caso extraordinario de soborno.—Causa y sentencia del millonario Sharp.—Escenas del Jurado*

Nueva York, Junio 30 de 1887

Señor Director de *La Nación*:

Sin brisa ni poesía arde en Nueva York, cargado de pestes, el verano. Se suicidan los infelices a racimos: se desploman los caballos en las calles: en las plazas públicas se anda sobre hombres acostados: hornos encendidos de pútridas bocas parecen en la sombra las enormes casas de vecindad donde viven, a seis por cuarto, los obreros: las mujeres de los pobres, exasperadas y sedientas, se están hasta la madrugada en los portales, con sus niños sobre las piernas, moribundos: los niños, de pronto, exhalan un grito que se recuerde después como un remordimiento, y mueren: los más venturosos, embotado el ánimo, huyen a las playas vecinas, donde, después de un grato viaje en los vapores, se representan escenas pintorescas de pirotecnia y espectáculo, en Coney Island—"La caída de Sebastopol", en Staten Island donde los cerros, con la falda verde cargada de casas, se adelantan a mirarse en el mar—"La caída de Babilonia".

Anoche, por la majestad del río recamado por la luna, venía el vapor henchido de St. George, en Staten Island, que lucía a lo lejos, reclinado en la sombra, como un collar de cuentas sobre un seno africano.

Buscaban las parejas los rincones: muchos búfagos, rasa la cabeza y tachonada la pechera de brillantes, resollaban como si el sol, harto de ver vivir a los egoístas, les tuviera ya puesta al cuello la mano mortal: unos músicos pálidos entonaban una *Lucía* asposa y famélica; una hija amable abrigaba con el chal, del sudeste traidor, al padre anciano: unas niñas negras acariciaban, con confianzas febriles, a unas muñecas blancas: un extraño, que cuando sabe tristezas de su patria no quisiera ver la luz, pasea, como huyendo, el puente vasto: del fondín que va a bordo sube olor a guiso de almejas y fetidez de cerveza: vació al fin el vapor la muchedumbre en las plazas y muelles, pero no para ha-

llarlos en silencio, como están a esas horas, sino llenos de grupos locustas, que leían ávidamente los alcances aún húmedos bajo las lámparas eléctricas. *The Evening Sun* acaba de publicar, a media noche, una edición extraordinaria: la tenían ya todos: la compró el vapor entero: el grito de ¡*Extra!* ¡*Extra!* tiene en Nueva York algo de toque de rebato. Los que comen dejan las mesas: los que van mimando a su pareja, la abandonan: los que andan, se detienen: el vendedor, con los diarios al hombro, en verdad vuela: cobra, cobra por supuesto, pero no se ve cuándo: sólo un bellaco, al que responderán con un gruñido o un chiste, les pregunta “¿qué es?”; lo frecuente es que le respondan, alargándole el papel, “¡cinco centavos!”

¿Cuál era la noticia? ¿un ferrocarril hecho astillas? ¿un vapor incendiado, con el horror de los naufragos aumentando las llamas? ¿alguna nueva convulsión de la Bolsa? ¿algún delito público de esos que se cometen al amparo de la ley con el nombre de especulación? ¿algún pánico como el que acaba de desatar sobre el país pasmado el banquero Jay Gould, recogiendo de súbito sus préstamos, alarmando la plaza, acorralando el dinero, vendiendo a la baja sus acciones del ferrocarril elevado, espantando con el descenso que provocó en estas acciones las demás, todo para levantarse sobre estas ruinas, tumbos de millones, catástrofes y quiebras, dueño mayor del ferrocarril, cuyos socios menores, a quienes forzó a la venta de su parte, le estorbaban? ¡Hasta estos egoístas, al verse aventajados por ese maestro de su vicio, denuncian “al egoísta”! “¡Cambíese—dicen los mismos que viven de él—el orden legal que permite estas acumulaciones inmorales de riqueza, estos valores falsos y agitables, estos manejos inicuos en la sombra, estos desmoronamientos de las empresas más firmes del país al capricho de un jugador sórdido, este vivir de toda la nación como un teatro de títeres, suspensos de los hilos que lleva en los dedos nerviosos un rapaz barbudo, que hace veinte años vendía ratoneras!”

Pero no era ésa la noticia, sino que el jurado, después de escandalosísimo proceso, acababa de declarar culpable de soborno, con pena de penitenciaria, al millonario Jacob Sharp, dueño de los tranvías más ricos de Nueva York, dueño hasta ayer del tranvía del Broadway, la concesión del cual aseguró comprando por quinientos mil pesos los votos del Ayuntamiento, cuyo presidente Jaehne, abrigador de ladrones y prendas robadas por oficio, espera ya a su cómplice, en su traje listado planchando camisas.—*La Nación* contó a tiempo su proceso.

Por recibir dádivas para torcer o cumplir la ley han sido castigados aquí muchos: ¡sí, éste es mercado abierto, y el que sale a comprar hombres, anda a pocos pasos seguido de la muchedumbre, que pide, sombrero en mano, que la compren! Pero por ofrecer la dádiva, por tentar al funcionario público a vender por dinero el derecho de que es depositario y administrador, este mísero viejo Jacob Sharp, hinchado, más que por la crasa vida, por la ganancia impura, es el primer sentenciado.

¡Ni canas tiene, a pesar de sus setenta años, sino un ralo vellón, turbio y raído, como si hasta el aspecto exterior de la limpieza fuese negado a este chalán de hombres! Así ha vivido, cebando vicios, serpeando en los Ayuntamientos, deslizado palabras interesadas en los acuerdos públicos, pervirtiendo empleados, comprando por dinero contante los votos de la mayoría de la legislatura.

Fuera del tribunal, aguardaba su coche suntuoso, con cifra roja y lacayo de librea; dentro, abogados, periodistas, jóvenes lujosas, el poder y la pompa de la ciudad, dándose codazos por asegurar un puesto. Veamos el pecado, el veredicto, el reo, la fantástica escena en que cayó sobre la cabeza turbia la justicia.

No había desde la mañana lugar vacío en el Tribunal, lleno, como un teatro, de privilegiados curiosos, de los amigos de la acusación y la defensa, de damas bellas y de buen vestir, lo que es extraño, porque parece que las mariposas sólo deban ir a la luz: ¡éstas son las vestales de ahora, que ven desde las rejas de su abanico los vuelcos del alma en el rostro del reo, con la misma ansiedad del circo antiguo! Allí estaba la hija del juez:—allí la madre del joven fiscal, tan anciana como el delincuente, cual si el gozo de ver triunfar al hijo no debiera estar en ella moderado por la natural simpatía que une a los viejos, y por la amargura de todo triunfo que cuesta al vencido honor y lágrimas:—allí, en sus escaños, abatidos por el proceso de treinta y cuatro días, los doce jurados. De cara a ellos, los acusadores. Frente al estrado, los defensores, nerviosos, descompuestos, cuchicheando, animando al defendido.

El defendido, vagos los ojos, casi mondo el cráneo, deshecha la barba, clava el rostro en las palmas de las manos, y los codos en ambas rodillas; o, en la fatiga del calor o la duda, se reclina en su asiento, donde su nictol fiel le atrae el aire con un abanico de grotescos dibujos. Preside el juez, con ojo y viveza de guardabosque, bajo su dosel de nogal negro.

Ya los testigos han declarado: el preso está casi convicto: el ayuntamiento que vendió la concesión, en la única junta secreta celebrada en el Municipio de Nueva York, está en parte en la penitenciaría, y en parte fugitivo: la red de la prueba está tan bien trabada que Sharp renuncia a declarar en su defensa: todo demuestra que Sharp levantó, sin necesidad visible, sobre el tranvía, y pagó al Ayuntamiento por la concesión, quinientos mil pesos. Se demuestra que obtuvo en la legislatura por artes deshonorosas, el acuerdo fundamental en que basó la concesión el Municipio: que él y sus familiares trataron enseguida con los concejales sobre la concesión del tranvía de Broadway: que el teniente de Sharp no salía en aquellos días del Municipio, ni los capataces de los municipales de la oficina de Sharp: que a toda prisa levantó Sharp la suma del soborno en billetes contantes para el día mismo en que, dando y dando, votó en su favor el Ayuntamiento: que, según confesión de uno de los concejales, que atestiguó en pro del Estado, las sumas del soborno fueron entregadas, al confeso como a sus compañeros, por un familiar de Sharp: que Sharp mismo, en su coche de librea, los fue levantando de sus camas en la mañana del delito para que no faltasen a la junta: que hasta una señal convinieron el capataz de los municipales y el teniente de Sharp para que, cuando por una ventana viera alzar el brazo al capataz, supiese que la ciudad había sido vendida, y que la concesión del tranvía de Broadway, solicitada por varias empresas, era de Sharp; del que había ofrecido al Municipio mayor dádiva. Porque los otros también ofrecieron: ¡sí, en aquel Ayuntamiento, el que dejaba un billete de mil pesos, se llevaba un alma!

Eso dijo el más elocuente de los defensores, poniéndose las manos abiertas sobre las caderas, azotándose, para mayor énfasis, una palma con la otra, levantando de pronto, al encararse con los doce jueces, ambos puños cerrados.—Su oratoria era como su vestido: levita negra abierta, chaleco blanco, cuello vuelto en las puntas, corbata azul con pintas blancas. Ponía de oscuro las morales públicas; apuntaba algún chiste, tieso y corto; evocaba la pureza privada de su cliente; procuraba ganarse al jurado con burdas elegancias.—Eso dijo el defensor abriendo el día.—Los concejales vendieron la concesión: no se ha probado que Sharp se la comprara: pero aunque se probase ¿qué culpa tiene el que sale a la carretera plagada de ladrones si les da lo que piden, para poder seguir camino? Castíguese al que intente corromper al virtuoso, pero ¿a estas virtudes que tiene cada una marcado su precio, como los trajes en los bazares? ¿Qué empleado público no se hace pagar en Nueva York

por cumplir con su deber, o por demorar su cumplimiento, o por violarlo? ¿Qué comerciante puede sacar sus mercancías de la aduana si no suaviza las manos de los empleados? ¿Quién puede llegar a un documento en el registro, que es público y gratuito, sin pasar por una doble hilera de manos tendidas? ¡Cuánto abogado hoy en Nueva York tiene que estar incesantemente sobornando a los empleados para que no se le opongan, o lo vendan a su contendiente, en los trámites más justos del oficio! ¿Quién no sabe que las compañías no pueden adelantar ni en los tribunales ni en las legislaturas sus intereses sin comprar el voto de legisladores y empleados, o el silencio de los que en las legislaturas hacen práctica provechosa de amenazar a las empresas ricas con proyectos hostiles, para compelerlas a solicitar de ellos, bolsa en mano, que retiren el proyecto?

¿Qué institución más veneranda tiene el crédito de los Estados Unidos que el ferrocarril central de Nueva York?: pues uno de sus abogados, que es el honor mismo, declaró aquí que el Ferrocarril Central ha pagado cuantiosas sumas a los legisladores para amparar sus intereses. ¿Cómo se hará entender a este acusado—aun cuando hubiera cometido lo que nadie, de verlo hacer a todos, mira como culpa—que es justo castigar en él, nada más que en él, aquello que no hay hombre en pie en Nueva York que no haga? El acusado, que es de mente tosca, oía este raciocinio con visible gozo.

El acusador, ceñido el cuerpo en una levita cerrada como una armadura, ni dejó eslabón por atar de los muchos de la prueba, ni con su alegato sutil e inclemente, que ascendió en ocasiones a elocuencia legítima, abrió portillo de escape al mísero anciano que oía atónito el discurso condenatorio del amigo mismo a quien en el club había ganado tantas partidas de baraja. El infeliz aniñaba los ojos, y los volvía al abogado elocuente, alquilado por sus perseguidores, como pidiéndole merced. Al nieto, un niño todavía, se le llenaban de llanto los ojos. Pero el acusador, liso el rostro, enrizada como para una festividad la cabellera, luciendo bajo el labio cortó y afilado los dientes caninos, adelantaba el alegato, escuchado con lisonjera avidez por la culta concurrencia:

—“¡Pues si eso que el defensor dice es cierto, exclamaba, éste es uno de los que han traído los caracteres a tanta ignominia!”—“¿Qué culpa tiene un empresario de tranvía, interrumpe el defensor, de que de veintidós concejales de Nueva York sólo dos sean honrados, y veinte le pidan dinero para darle sus votos?”—“¡Por otro como él se ha lle-

gado a eso, y por éste se ha de comenzar a deshacerlo! Este hombre es la encarnación del traficante de conciencias. Como que él no la tiene, no la reconoce en los demás. Su único objeto en la vida ha sido amontonar fortuna; y su único método, tentar a los hombres y comprarlos: es un tipo este hombre del intrigante de congresos: de tratar con los inmorales se le ha embotado el sentido de moralidad: ni aun la penitenciaría le hará entender que es un delito comprar en la sombra a un empleado para que altere los documentos que están bajo su guarda,—a un juez para que viole en su provecho la ley que debe administrar para el provecho del país, que fía en su honradez y le paga su trabajo,—a esos bribones diestros e influyentes que abundan en las asambleas, prontos por la paga a hablar en pro del más bestial ambicioso o de la más desvergonzada villanía.”

“¿Queréis saber qué hacía este hombre? Va a Albany, el asiento de la legislatura del Estado, donde se discute una ley de tranvías, propuesta por los legisladores que tiene a su servicio una compañía parecida a la suya; pero el proyecto no incluye la vía de Broadway por la que desde hace treinta años trabaja,—y Sharp ofrece al Canciller de la Legislatura cinco mil pesos porque a la callada incluya en el proyecto la vía: el Canciller lo ha declarado. A un abogado, que tiene puesta la mano sobre el hombro de los legisladores, paga cincuenta mil pesos en los días del voto: ¡la ley pasa! Sharp es recio de cuerpo; pero Mercurio mismo no hubiera vuelto a Nueva York más aprisa: varias compañías al amparo del acuerdo, solicitan del Municipio la concesión de la vía de Broadway, con ofertas para la ciudad que aventajan a las de Sharp; pero ninguno lleva su oferta privada a los municipales a tanto como Sharp.”

“Entre él y el municipio tenían ya ajustado el precio del voto. Dame quinientos mil pesos, te daré la concesión. Pero no faltan más que unos quince días: no hay tiempo para litografiar una nueva emisión de bonos: levanta sobre el camino su proyecto una nueva hipoteca por la suma: hoza, convence, tiene la suma lista para la mañana de la junta: todo eso está probado en el proceso. Al Canciller le dijo en Albany: “¡Al Ayuntamiento lo tengo ya arreglado!” No veis como no os dice qué ha hecho de los quinientos mil pesos, que él levantó, y resultan en manos de los concejales, después que la concesión está en las suyas? Ya ha confesado que hizo entradas falsas en los libros. Los quinientos mil pesos habían de ser para “comprar tierras, erigir estaciones y aumentar

las facilidades del tranvía”: ni un metro de tierra se ha comprado, ni se ha erigido una estación: las facilidades sí se han aumentado: ¡los especuladores encuentran siempre estas frases correctas para disimular el crimen!

El juez se levantó a instruir al jurado; un juez puro, nacido en Irlanda, el juez Barrett, leal en los procesos, a quien pocas veces devuelve corregidas el Tribunal Supremo las sentencias.

Todo el mundo está ansioso: En Nueva York, sólo de Sharp se habla: ¡Es necesario que no se pueda decir que en Nueva York no hay por lo menos un juez honrado! Nerviosamente ase con ambas manos la baranda, y se le ve palpar la sangre en las venas del cuello. Del dosel encendido baja sobre él luz plena.

—“No debo ser cruel, dice, pero el que ayuda a corromper su pueblo es tan culpable como los que vierten la sangre humana. El que comercia con un truhán, es un truhán. El que desciende hasta el bribón, desciende. El que roba el derecho de todos para sí, roba. El que degrada a los demás, se degrada.”

“Es lícito estudiar a los hombres, y procurar distinguirse entre ellos; pero no por las artes que van haciendo un pantano de la patria. Son habitantes naturales del uniforme de las penitenciarías el que vende un derecho público, y el que lo compra. El que instiga un delito, lo comete. El que se aprovecha a sabiendas de un delito, es cómplice en él. ¡Ya no hay por las calles a quien dar la mano! Si creéis, jurados, por lo que sabéis, que este hombre hizo lo que dicen que ha hecho, no os deshonréis discutiendo vuestro veredicto: ¡condenadlo!”

Quince minutos habían pasado apenas. Hablaba, rodeado de mujeres, el acusador triunfante en un corrillo. La madre del fiscal lo acariciaba con los ojos. El acusado, en una congoja, no oía los consuelos de sus defensores. El nietecito le había traído la cabeza sobre su hombro, —cuando entraron de pronto los jurados.—“¿Habéis llegado a acuerdo?” dice el alguacil:—“Hemos llegado. El acusado es culpable”. ¡Pobre niño! todos oyeron el sollozo.—“¡Levántate, Jacob Sharp!” El infeliz como ebrio, se levanta.—“¿Cuántos años tienes?”—“Tendré setenta, el seis de julio”. Y cae sobre su asiento.—“Lo recomendamos a la piedad del juez”, dice el jurado. Pasos legales: moción de demora: despedida del jurado, con las gracias del juez, que le ahorra al reo palabras: ¿quién da sobre un viejo? ¡ni él, espantado, entenderá lo que le dicen!

La noticia corre al punto las calles. El reo, que tiene el corazón enfermo, va en coche a la prisión, seguido de la turba que cae siempre, sin saber de dónde, sobre la desgracia. Llega. Lo entran en brazos.—“¡Mi mujer!”, balbucea: ¡su compañera de cuarenta años! A poco llega su mujer, en el carruaje de cifra roja y de librea. Al verla, hombre al fin, se pone en pie y se bebe las lágrimas. Una hija, casada, sale de la cárcel sollozando. Afuera se oye el ruido de la turba, que quisiera gozarse en la escena. La mujer queda allí, a su lado, a sus pies, a su cabecera: ¡para ella, él no es criminal! De aquí a diez días le leerán la sentencia, le raparán la barba, y le pondrán el uniforme listado. ¡Así acaban los que, por satisfacer su avaricia, corrompen a los hombres!

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 1887

21

## CLEVELAND

### EL INCIDENTE DE LAS BANDERAS

*Los veteranos en la Casa Blanca.—Admirable escena en el campo de batalla de Gettysburg.—“Grisés” y “azules”.—La viuda del general confederado.—4 de Julio.—Procesión sombría en el Sur.—La raza negra en los Estados Unidos*

Nueva York, Julio 8 de 1887

Señor Director de *La Nación*:

El carácter impera. La elocuencia brilla más: el atrevimiento lleva lejos: el que sabe dominar las pasiones ajenas o tiene grandes las propias, es guía natural de los hombres, aunque efímero, a menos que la virtud no lo posea; pero el que al fin triunfa, no es el que enciende y desata las pasiones, sino el que sabe reprimirlas.

Aquí acaba de verse. Cleveland, con aquella autocracia legítima que va con la honradez, ordenó, como cosa natural en esta época de abrazos entre el Norte y el Sur, que se devolvieran a los Estados de la Confederación los pabellones que les tomó el Norte en buena lid: ciertos políticos mostachudos y marciales, de esos que quedan siempre como excrescencias de las guerras, pidieron con dramático ademán que cayera del cielo la parálisis sobre la mano que se apresuraba a cerrar las heridas de los hombres: pareció que el país los atendía, no porque tuviese a mal la orden de Cleveland, sino porque le extrañó que en medida de tanta significación no se hubiera solicitado su consejo: ¡acá se quieren Presidentes que guíen, no que manden! Los adversarios de Cleveland, que hasta hoy son todos los que quieren hacer pesebre propio de los puestos públicos, se asieron de esta rara oportunidad de atacarlos con visos de justicia.

Pero se vio que sin esfuerzo alguno de Cleveland, la polvareda se aclaraba, volvía el Presidente a todo su renombre y se alcanzaban las razones interesadas de la ira. El Sur, en silencio, se apretó, como para mejor combatir en defensa del que osó poner en riesgo su influjo político por alejar de la memoria de sus conciudadanos un estímulo constante al odio. El Norte, con esa dote del sentido común que es la flor de los pueblos libres, aquietó su censura, y una vez aleccionado el gobernante, reconoció públicamente su nobleza, tal como el buen jinete, luego

de verse obligado a herir los ijares de su caballo generoso, le acaricia las crines y tiene para él voces de hermano.

Nada hace padecer tanto a un hombre virtuoso, ni le pone más cerca el juicio de la ira, que ver interpretadas por la malignidad o el interés sus intenciones: pero sólo merece gobernar a los hombres quien tiene menos flaquezas que ellos: el uniforme da valor y el gobierno estatura: ya se sabe que el que entra en medio de los hombres, no saldrá a su cabeza sino lapidado: nadie se baje a recoger las piedras, sino échelas con el pie adonde las puedan ver los hombres justos: las piedras del odio, a poco de estar al sol, hieden y se desmoronan, como masas de fango.

Calló Cleveland, mientras las asociaciones de veteranos, creyéndolo vencido, apretaban la lanza, vociferaban su desdén, se vengaban con encono del que les ha negado sus inmorales solicitudes de pensiones, y como el Presidente prometió a los veinte mil ciudadanos de San Luis que lo invitaron, asistir a las fiestas de la ciudad, donde los veteranos levantarán su campo este año, dijeron las asociaciones que allí iba a verse el modo de silbar, y que el ejército es rey y señor, y que al santo ejército no lo ha de tocar nadie. Cleveland, forzado a explicar su ausencia a la ciudad de San Luis, ha publicado ayer su excusa en una carta tan sencilla y serena que no hay diario o persona que no diga, seducidos por esa viril moderación:—"Este es Presidente".

Porque no rebaja el puesto hasta el hombre, sino eleva el hombre al puesto. Porque ni alude siquiera, sino con su mismo silencio sutil, a las causas de interés y rencor por que los veteranos atacan su persona. "Porque—dice—conmigo va mi puesto, que es más que yo, y debo preservarlo de mi propia pasión y de la ajena: y me ha lastimado, ¿cómo no?, el caprichoso e indigno ataque de que en este asunto he sido objeto, pero no siento rencor, ni ha de entenderse que creo que haya acto que me haga temer ver frente a frente a las asociaciones del gran ejército, ni a ninguna otra asamblea de mis compatriotas: la cuenta de mi administración está siempre pronta para ser presentada a mis conciudadanos."

¿Qué misterioso influjo es el de la palabra justa? Literalmente se ve a los veteranos con los mostachos caídos. La alabanza del digno hombre es a coro. Los generales mismos lo celebran. Sus adversarios políticos ven que se alza por donde parece que caía. La ciudad de San Luis quisiera, si no causase escándalo, negarse a recibir al gran ejército, que se vale de las pasiones nacionales para cebar su ira privada y

vergonzosa en un hombre puro. Cleveland ha rescatado con su dignidad de hoy su error de ayer. Los Presidentes son para unir, no para dividir. En las elecciones próximas, será difícil vencer a este candidato a quien hoy todos aclaman porque ha domado el odio.

Ni ¿cómo pudo tenerse de veras a mal la orden de la devolución de las banderas, cuando uno de los puestos de veteranos va a Washington, solicita ver a Cleveland, invade con su bandera desgarrada la sala de la Presidencia, y al verlo aparecer, rompe en los tres vitores coreados con que aquí es uso dar suelta al entusiasmo, más el que llaman "tigre", que es una especie de estrambote al vitor, que lo alarga, como el estrambote al soneto, y sólo se tributa para expresar complacencia extraordinaria? ¿Cómo se la han podido tener de veras a mal, en estos días en que, en escena inolvidable, se dan las manos en el campo de batalla de Gettysburg los "grises" y los "azules", en presencia de los sobrevivientes de ambos bandos, por encima del muro mismo a cuyo pie levantaron otro de cadáveres, de una parte y de otra, federales y confederados?

En Gettysburg hubo el cuatro de Julio una procesión magna. Es necesario verla pasar. Mojiganga parece junto a ella la del jubileo de Victoria, que aquí han festejado escandalosamente los anglómanos, cantando, puestos en pie, himnos "a nuestra muy amada reina", mientras en un templo vecino, colgado de luto, se celebraban honras fúnebres por los irlandeses muertos en el destierro, en las prisiones o en el cadalso, por recobrar de Inglaterra su ley perdida. La procesión de Gettysburg bien pudiera escribirse, sencilla como fue, con coronas y palmas. Sólo acá ha habido hasta ahora estas cosas, porque acá es donde hasta ahora ha lucido la razón más libre.

El hombre lleva en sí lo que lo pierde, que es el interés, y lo que lo redime, que es el sentimiento. Trabaja inútilmente, porque será vencida, esa generación pueril de fikoclastas que anda, por esclavitud de la moda, con traje de cinismo.

La inteligencia tiene sus petimetres, que son los que toman a pecho cualquier novedad que sale de las sastrerías, y sus verdaderos elegantes, que son los que llevan sus vestidos de modo que siempre están bien, porque no acatan ninguna exageración y siguen la gracia natural del cuerpo. ¡Mal va un hombre cuando no le da un vuelco el corazón al leer o presenciar un acto heroico!

La procesión fue al campo de batalla. Hay por sus cercanías una fonda que apropiadamente se llama "del Aguila", porque por allí fue la carga del confederado Pickett, donde los hombres volvieron a ser dioses, y por allí dijo Lincoln aquel discurso que parece celeste, el día de la consagración del cementerio.

En los días anteriores, los veteranos de ambos ejércitos, el del Norte y el del Sur, habían tepido fiestas, y ahora, con la luz fresca de la mañana, iban a visitar juntos, por última vez, el campo que se disputaron puño a puño: porque en aquel combate, donde empezó a caer la confederación, llegó la muerte al cielo. ¿Quién no recuerda las esperanzas de Lee; la arrebatada carga de los "grises"; su encuentro con los federales en medio de la loma, barba a barba; su desastre grandioso y melancólico, su general, rondando solitario, con algo sobre el rostro parecido a la divinidad que da la muerte, entre los pozos llenos de cadáveres, y los heridos, que contenían sus quejas al verlo pasar, mientras brillaba con su piadosa luz la luna?

De la fonda del Aguila salió la procesión en cien carruajes: en uno cuatro mancos; en otro los que tenían el cráneo remendado con láminas de plata; en otro el general Webb, de porte patriarcal, a quien llevó aquel día el brazo derecho una bala de cañón; en el primer carruaje, la viuda del general confederado, de angélica belleza, que mandó, sobre la loma del cementerio que parecía cráter hirviente, aquella terrible carga: iba la viuda del general Pickett en el primer carruaje, con su hijo y con la esposa de uno de los jefes federales, del mismo que cerró su gente, más compacta que el muro, y resistió, sin perder pie, al héroe del Sur.

Dijérase que crecía aquel escenario a la vista de los que lo han hecho famoso. "¿Y mi brazo perdido?" "¿Y el hueso de mi barba?" "¿Y mi hermano?"

Iban todos en silencio. De vez en cuando, reunidos los adversarios en el mismo coche, también en silencio se daban las manos: a su vista los cerros, la Cumbre del cementerio, el Pozo de Menchey, el Muro de piedra, el Golpe de árboles.

¿Qué himnos podría tocar allí la banda, al bajar de los coches, cerca del puesto donde habló Lincoln, aquellas viudas, huérfanos e inválidos? ¡Los himnos de los dos ejércitos tocó la banda, mezclados! y cuando, al disponerse los veteranos a recorrer el campo de pelea, la música, como recogiendo el alma de ambos himnos, entonó el *Yankee Doodle*, a la vez, sin previo acuerdo, prorrumpieron en su ¡hurra! los del Norte y los del

Sur en el alarido con que entraban en batalla. Y siguieron, brazo en brazo, al punto donde Pickett formó su infantería, para atacar con inútil valor, la masa inmóvil de sus contrarios. Delante iba en el coche la viuda de Pickett. Doscientos de los soldados de su esposo, que seguían tras ella, allí quisieron tributarle honor, que recibió llorando: luego, uno a uno, cabeza descubierta, fueron pasando ante ella los soldados vendedores.

Reconocieron sus puestos, conversando en paz en los lugares mismos donde chocaron con espíritu de muerte: imitaron la batalla: pasaron lista, como cuando estaban en servicio: recogió la viuda algunas margaritas y granos de trébol, que distribuyó luego, en memoria del día, entre federales y confederados. ¿Qué impulso, al mismo tiempo, lleva a unos y otros al Muro de piedra, donde la pelea fue resplandeciente y bárbara? Corren; suben sobre las piedras, unos de un lado y otros de otro; y a la vez se tienden por encima del muro las dos manos: Hurra sobre hurra ondeaba por el aire. La viuda y su hijo lloraban abrazados.

¿Por qué, ese mismo día, cuando en juegos sencillos y oficios patrióticos se regocijaban los pueblos más humildes; cuando ante el estrado improvisado sobre el césped, se congregaban las ávidas aldeas a oír leer a su pastor la declaración de independencia, y hablar sabiduría al viejo del lugar, rodeado de montañas; cuando en los ríos todo era regatas, en los vapores músicas y baile, en las iglesias la campana a vuelo, en los topes y mástiles banderas, en las ciudades humo, ceremonias, fuegos y paradas, adelantaba cautelosamente, por el bosque rayano de un pueblo del Sur, una procesión sombría? ¿Qué guerra hay que van armados? Llevan la carabina calzada en el arzón, como para no perder tiempo al caer sobre el enemigo. Bandidos parecen, pero son el alcalde y su patrulla, que vienen a matar a los negros de Oak Ridge, en castigo de que un negro de allí vive en amor con una blanca.

¿Qué han de hacer los negros, perseguidos por todas partes en el Sur del mismo modo, expulsados hoy mismo de la orilla del mar en un poblado religioso del Norte porque los cristianos que van allí a adorar a Dios se enojan de verlos, más que apretar como aprietan, la línea de raza, negarse a recibir del blanco, como antes recibían, la religión y la ciencia, levantar seminarios de negros y colegios de negros, prepararse a vivir fuera de la comunión humana, esquivados y perseguidos en el país donde nacieron? Harto lucen ya, en estos hijos de padres desgraciados por la esclavitud, el carácter e inteligencia del hombre libre. ¡Se les debe, por supuesto que se les debe, reparación por la ofensa; y en

vez de levantarlos de la miseria a que se les echó, para quitarles su apariencia antipática y misera, válense de esta apariencia que criminalmente les dieron para rehusarles el trato con el hombre!

Y crecen: porque los ignorantes y los pobres, privados de los goces finos del espíritu, son padres fecundos. Compran haciendas y casas; fundan bancos; levantan credo propio y universidad propia; se fortifican en sus pueblos: se defienden, como los infelices de Oak Ridge, con el arma al brazo: todos los días ya hay en el Sur esos ataques y defensas.

Llegó el alcalde al pueblo: intimó rendición a los habitantes: le contestó la pólvora: hubo de un lado y otro muertos: se desbandaron los negros vencidos: cuatro quedaron sobre el campo, y a ocho les dieron muerte, sin proceso, en la horca. ¿Al alcalde quién lo castigará, si él es la ley?

Para otra cacería estará limpiando el rifle.

No en balde se nota en el lenguaje de los negros cultos un dejo de desolación que mueve a echarles los brazos: suelen hablar ásperamente, como se habla en campaña: los hijos nacen más determinados que los padres: leen los libros del sueco Swedenborg, que en lengua que parece red de fuego pinta el advenimiento de una nueva cristiandad: acaudalan, como los judíos, porque la riqueza es al fin una patria, cuando no se la tiene propia: ¡les luce ya en los ojos aquella súplica desgarradora, que ni cesa ni duerme, por donde revelan su agonía los desterrados!

Es el albor de un problema formidable.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 16 de agosto de 1887

## LA EXCOMUNIÓN DEL PADRE MCGLYNN

*Curso del conflicto católico en los Estados Unidos.—Lucha inútil de McGlynn por introducir el espíritu y prácticas de la democracia en la Iglesia americana.—Síntesis de los argumentos, discursos y escritos sobre el conflicto.—Actitud de la población católica.—Los secuaces del padre.—El día de la excomunión.—La gente acude en procesiones a oír a McGlynn, y llena dos teatros.—Extraordinaria escena en la Academia de Música.—Ovación sin ejemplo.—Entrada del padre.—Incidentes conmovedores.—Su doctrina.—Su oratoria.—Su discurso.—“¡Contigo hasta la muerte!”*

Nueva York, Julio 20 de 1887

Señor Director de *El Partido Liberal*:

Aquel sacerdote de vida pura que estudió la Iglesia con el filial cariño que tienen por ella los irlandeses y los polacos; aquel varón de cuerpo y alma atléticos que en el goce de consolar males ajenos halló modo feliz de no sentir los propios; aquel párroco fuerte que antes que ceder de su derecho de hombre a pensar por sí en los peligros y remedios de la patria, ha consentido en que el Papa fulmine sobre él la excomunión mayor, que resbala sobre su virtud como sobre el acero una gota de agua; aquel McGlynn de bravo corazón en quien, a lo que su pueblo se degrada y pudre, vuelve a encarnarse el soberano espíritu de rebeldía y examen, a que deben los hombres su adelanto, y su oro y saneamiento las naciones; aquel católico ardiente que ha hallado natural manera de servir con el alma de Hutten y de Zwinglio a la libertad sin que se entibien en él ni en sus feligreses el culto pintoresco y la fe activa del dogma,—ha sido al fin excomulgado por el Papa.

¿Conque el que sirve a la libertad, no puede servir a la Iglesia?  
¿Conque hoy, como hace cuatro siglos, el que se niega a retractar la verdad que ve, y que la Iglesia acata donde no puede vencerla, o tiene que ser vil, y negar lo que está viendo, o en pago de haber levantado en una diócesis corrompida un templo sin mancha, es echado al estercolero, sin agua bendita ni suelo sagrado para su cadáver? ¿Conque la Iglesia se vuelve contra los pobres que la sustentan y los sacerdotes que estudian sus males, y echa el cielo en la hora de la hiel del lado de los ahitos, y arremete con ellos, como en los tiempos del anatema y la flor del Papado, contra los que no hallan bien que las cosas del mundo anden de modo que un hombre vulgar acumule sin empleo lo que bastaría a sustentar a cincuenta mil hombres? ¿Conque la Iglesia no aprende historia, no aprende libertad, no aprende economía política? ¿Conque cree

que este mundo de ahora se gobierna a cuchicheos y villanías, de barragana hedionda en rey idiota, de veneno en cuchillo, de calabozo en pica, de chisme en intriga, de augurio en excomunión, de complicidad en venta, como en los tiempos de Estes, Sforzas y Gonzagas?

¡Ah, no! El mundo ha crecido. Queda aquella caballerosa condición del alma, por la que el hijo ama la fe paterna como voz que no muere, y cuerpo que no se pudre, de sus padres. Queda aquella primera marca de las aulas, que aturde el espíritu y quema en él la yerba, como quema la marca el cabello en la piel de los brutos: ¡tiene el mundo quien tiene el poder de poner sobre los niños las primeras manos! Queda, en la sordidez perpetua humana, aquel inexhausto y dócil anhelo de los corazones, altos como llanos, flojos como viriles, por un país de piedad y un mar sin ruido donde se vive sin crimen y sin odio, y halle el alma su asiento, que el ignorante busca sin saberlo, y el que conoce, con el cansancio de conocer, espera airado. Queda aquella poesía innata en el alma, más exigente mientras menos culta, y a cuya actividad involuntaria o torpe dan pueblo alado y regocijo hecho los mitos religiosos, o aquellos símbolos, enriquecidos con lo que la mente levantisca añade o forja, en los que el que mira de prisa cree ver a Dios, cuando lo que está viendo lo es de veras, porque es el hombre. Por eso, porque nacen de la esencia del alma y se fabrican naturalmente de sus elementos, perduran, entre los cultos como los salvajes, las religiones. Pero aquellos emperadores despavoridos que iban envueltos en sayales, desmelenados y descalzos, a tocar en la puerta de hierro del Pontífice prepotente, para que les sacase, como un manto de zarzas, la excomunión divina; aquellas hordas de labriegos testudos, sin más vestir que el sayo, supersticiosos y bestiales, calzados de alpargatas; aquel pueblo de ayer, crudo y espantadizo, está tomando asiento delantero, y viendo como limpia el templo humano de víboras y momias. De vez en cuando es necesario sacudir el mundo, para que lo podrido caiga a tierra.

¿Que se ejercita el hombre en vano? ¿Que no madura, desde Delfos hasta América? ¿Que, poseyendo razón suya, ha de pedírsela al oráculo? ¿Que cree como antes en Velledas, en Pia-atnas, en Mokannas? Ya ha arrancado su velo a los profetas; ya ha visto por dentro el andamio vestido de elefante donde entraba el augur a fingir la palabra divina; ya ha desmontado a Juggernaut terrible, y visto que no era más que una armazón ventruda de madera.

Las religiones todas son iguales: puestas una sobre otra, no se llevan un codo ni una punta: se necesita ser un ignorante cabal, como salen

tantos de universidades y academias, para no reconocer la identidad del mundo. Las religiones todas han nacido de las mismas raíces, han adorado las mismas imágenes, han prosperado por las mismas virtudes y se han corrompido por los mismos vicios. Las religiones, que en su primer estado son una necesidad de los pueblos débiles, perduran luego como anticipo, en que el hombre se goza, del bienestar final poético que confusa y tenazmente desea. Las religiones, en lo que tienen de durable y puro, son formas de la poesía que el hombre presiente; fuera de la vida, son la poesía del mundo venidero: ¡por sueños y por alas los mundos se enlazan!: giran los mundos en el espacio unidos, como un coro de doncellas, por estos lazos de alas. Por eso, la religión no muere, sino se ensancha y acrisola, se engrandece y explica con la verdad de la naturaleza y tiende a su estado definitivo de colosal poesía. Las religiones todas, fuera de aquellas ya aventadas que en anuncio de la final religión poética han establecido la razón, tienen sus milagros, sus arúspices, sus oráculos, sus ídolos, sus Juggernaut que tunden y fulminan, hasta que, negados los fieles a creer que la palabra de Dios sea enemiga del albedrío, condiciones y virilidad que nacen con el hombre, se acercan a Juggernaut con maza en mano, le descíñen el manto, le quitan las faldas de forma de flores, le quiebran el vientre esférico, le levantan el capuz funeral, orlado de luminosa pedrería, y en vez de la palabra de Dios, a que enseguida corren a alzar templo, encuentran un tablón viejo y roído, con los pies y las manos de cartón pintado, como los gigantes de las ferias.—Así, montados en ira por la desvergüenza con que la Iglesia oficial trafica en sus derechos de hombres libres, tratan los católicos de Nueva York, maza en mano, al poder papal que excomulga en mal hora al cura virtuoso.

Al fin se está librando la batalla. La libertad está frente a la Iglesia. No combaten la Iglesia sus enemigos, sino sus mejores hijos. ¿Se puede ser hombre y católico, o para ser católico se ha de tener alma de lacayo? Si el sol no peca con lucir ¿cómo he de pecar yo con pensar? ¿Dónde tienes tú escrita, Arzobispo: Papa, dónde tienes tú escrita la credencial que te da derecho a un alma? ¡Ya no vestimos sayo de cutí, ya leemos historia, ya tenemos curas buenos que nos expliquen la verdadera teología, ya sabemos que los obispos no vienen del cielo, ya sabemos por qué medios humanos, por qué conveniencias de mera administración, por qué ligas culpables con los príncipes, por qué contratos inmundos e indulgencias vergonzosas se ha ido levantando, todo de

manos de hombres, todo como simple forma de gobierno, ese edificio impuro del Papado!

Como si los hubieran citado a batalla salieron de sus casas los católicos la mañana en que se publicó la excomunión. ¡Ni un santo descolgó de la pared ninguna de aquellas devotas, ni un solo dogma suspendió en sus rezos! “Dios mío, ¿qué ha hecho este padre de los pobres, este enamorado de la Iglesia, este cura de almas, para que lo echen de su altar esos codiciosos, intrigantes, glotones, lamerricos, que viven chismeando como dueñas y aleteando como brujas, en el Arzobispado de mármol? ¿Conque el Papa lo ha excomulgado, y mi conciencia no me remuerde, sino que me llena de ardor, y Dios me dice de adentro que vaya a besar la mano al padre, y porque se las voy a mandar con mi hijo, me parecen más lindas las rosas?”—Y los hombres, con las levitas a medio poner, daban con el puño sobre los diarios, en los corrillos de las aceras:—“¡Como si un italiano que no sabe dónde está Nueva York, pudiera venir a decirme cómo debemos cobrar en Nueva York las contribuciones! Conque el sol no se enoja porque se le diga que tiene manchas, ¿y el hijo de un país libre, porque lleva la túnica del que murió por sacar a los hombres de pena, no puede decir, cuando ya se tiene el hambre encima, cómo se remedia el hambre?”—“Di, Smith, ¿te sientes tú excomulgado?”—“No, Jones, me parece que empiezo a ser católico ahora”.—Así al llegar la noche, cuando se acercó la hora en que Eduardo McGlynn, expulsado de la Iglesia aquella mañana, debía hablar en la reunión del domingo de la “Sociedad contra la Pobreza”, miles de católicos, vestidos de fiesta, acudían de todos los barrios de la ciudad y los pueblos vecinos—la abuela, la madre, el hombre mayor, los niños y las niñas—¡a recibir al excomulgado!

No era la hez de las ciudades europeas que viene aquí ya a medio podrir, y como torre viva hincha las casas fétidas de los barrios bajos, y horada y hormiguea, como los gusanos en los quesos: era la casa llana, la familia burguesa, el periodista generoso, el pensador desinteresado y grave, los americanos nacidos de Irlanda, el obrero alemán que canta y lee: era la gente justa, educada racionalmente en el trabajo, que sabiendo en conciencia que en las buenas obras no puede haber mal, da de lado, como a indigna estantigua, al que usa el nombre de Dios para castigar al que obra bien.

¡Oh, la ciencia que se aprende en el libro de todos los días, con la pluma, con las bridas, con el componedor, con el cepillo, con la lezna! La verdad se revela al hombre en el trabajo con tal poder y armonía,

que no hay Papa que pueda conmover en las almas de los trabajadores la superior justicia que les ha enseñado el mundo.

¡Pues qué!: ¿ni la libertad había de abatir la Iglesia corrompida? ¿Los apetitos, habían de vencer otra vez a los derechos? Como un pulpo, braceando en la sombra, se le iba viniendo encima el mal catolicismo a la República. Se le entraba pidiendo vestido de mujer, con un huérfano de la mano, “para los huérfanos”. Les dieron tierras, les fabricaron casas. El centavo irlandés da para todo: para hospitales, para conventos, para asilos, para templos de piedra, para palacios de mármol. Al principio, mientras les resbalaba el pie ¡qué obsequiosos con la libertad! ¡ellos no pedían nada, más que un rincón donde alabar a Dios! ¡excelentes las escuelas públicas! ¡la Iglesia y la libertad pueden vivir unidas!: todo era sonrisas, facilidades, hacerse a un lado para no estorbar el paso, oír amablemente la opinión ajena. Pero todas las iglesias se juntan, las de la religión como las de la política: ¡los intereses reúnen hasta lo que ha dividido la fe!: las autoridades, por instinto, se coligan contra los que padecen de ellas. Así hablaba la Iglesia:—Al político: “Dame esta tierra, esta ley, este derecho exclusivo: yo haré que vote por tu candidato mi rebaño.” Al rico: “Las masas se están echando encima: sólo la Iglesia prometiéndoles justicia en el cielo, puede contenerlas: es necesario hacer frente a las masas.” Al pobre: “La pobreza es divina: ¿qué cosa más bella que un alma fortificada por la resignación?: allá en el cielo se encuentra luego el premio y el descanso!”—Y aquí, donde cada mañana, como se avienta en la era el trigo, se avienta al sol la vida pública; donde todo se inquiera y se comenta; donde lo descarnado y ansioso de la existencia habitúa al hombre a la realidad brutal; aquí, entre esta gente sanguínea y musculosa, hecha a la verdad y el puñetazo, ¿no habían de verse esos comercios, esas traiciones, del voto católico a los políticos, esas ventas, esas ligas de los ricos de todas las sectas, esa osadía de hablar de la pobreza de Jesús y vivir de faisán con vino de oro en pompa de palacio, deslizándose la púrpura suave entre altas damas, que gusten de los clérigos blandilocuos? Así, cuando cayeron sobre el piadoso sacerdote que con la discreción de la sabiduría, busca remedio en las leyes para evitar la revuelta sangrienta de los desesperados, se alzó contra estas excrecencias de Jesús el pueblo que lo ama, y a la excomunión de la Iglesia, que castiga al buen cura por servir al hombre, ha respondido el pueblo de Jesús excomulgando a la Iglesia. ¡Esa es nuestra Iglesia, ese cura pálido!

Sí: hervían aquellas calles en torno a la Academia de Música. Había como un silencio en aquel ruido. ¿Dónde, aquel miedo viejo por la excomunión? ¡los rayos se prostituyen y se cansan! Se leía en las caras decisión y prisa. Ni un harapo en el gentío, todo de ropa buena. Mucha mano ancha, cabello blanco, paso de pelear. ¿Quién dice que se ha extinguido la poesía? ¡Por cada gusano, nacen dos rosas! Donde luce un espíritu sincero, los hombres se congregan y siguen el camino, como detrás del manso la majada. Aún había sol, y ya estaba lleno el teatro. Arriendan otro en frente, ¡y ya está lleno! Las calles mismas parecían iglesia, y la gente llegaba, llegaba.

¿Quién que entró en el teatro aquella noche, a la media luz que precede a la plena de la fiesta, olvidará aquella escena que parecía una apoteosis: ni un asiento sin dueño, hileras y pasillos apiñados, ya caídos a las manos los sombreros, y cierto aire de amor y de bravura a que los mismos que por su mal han visto tierras no hallaban nada comparable? ¡Color y olor tienen las almas! Aquella era una batalla de paz: ¡una victoria! Caballos blancos y espadones fieros cruzaban por aquel aire acerado. Según, con la cercanía de la hora, avivaban la luz, se iban viendo aquellos rostros férvidos, que con esfuerzo reprimían el grito, aquellos hombres asidos de la baranda de los palcos, como jinete que enfrena a su corcel, aquellas mujeres animosas a quienes venía el asiento estrecho, aquellos estandartes de seda blanca y oro que adornaban el escenario, con frases de McGlynn, con el retrato de McGlynn, con este lema: "La tierra es de la nación", con este otro: "¡Con él hasta la muerte!"

A cada instante aquel vigor crecía. ¿Cuándo vendría el padre, para darle el alma? Se oía ya uno u otro grito, como aquellos edecanes veloces que al empezar la revista recorren la parada. Preocupados, no aplaudieron la luz. Por donde el entusiasmo se mostró primero fue por el aplauso, vivo y amoroso con que el teatro saludó la entrada de las jóvenes del coro, vestidas de blanco: ¡sólo el dolor de ver a nuestras mujeres indiferentes a las noblezas de espíritu, iguala al gozo, casi perfecto, de verlas padecer y conmovirse a nuestro lado! Empieza la sesión. El coro canta, canta con voces tímidas de nido, voces vírgenes. Preside, entre hurras, un hombre que cabe en un grano de anís, todo giboso y muengo, pero que, por venir a esta cruzada de los pobres, perdió su puesto de lucro sin pesar. ¿Decir el rumor, el estremecimiento, la ola, cuando se puso en pie el coro en la escena, mirando a la puerta por donde venía el padre McGlynn? ¡Ni rey ni Papa nunca, ni orador ni

guerrero, oyeron estruendo de almas semejante! Era la libertad, que se vengaba de haber estado comprimida. Pretexto o nombre no importan: ¡Era la libertad, atacada de nuevo y viva siempre! Dos niños le iban sembrando el camino de rosas. El andaba de prisa. ¡Todo el mundo de pie, mujeres y hombres! Ondeaba la voz, tal como el mar. ¡Cuánta niña le lleva ramos de flores! Una mujer, vestida de negro, cruza la escena, se arrodilla a sus pies, y le besa la mano.

No se nota que lo aplauden: ¡ya no se puede aplaudir más! Llorar sí: casi todos lloran. También llora él, caído sobre su sillón, una mano a los ojos, otra sobre el muslo, como los hebreos cuando juraban. Lo rodean sus amigos, en aquella agonía del placer. ¡Sigue ondeando la voz, tal como el mar! La mesa del orador es un monte de flores. Y para que las almas bajen sin dolor de aquella altura, el presidente hace cantar al coro. "¡Por Dios, dice el presidente, que Eduardo McGlynn es un cura bien excomulgado!"

Habló, habló después de otra tempestad de vitores, en que las mujeres, de pie en los asientos, agitaban sus pañuelos, y sombreros los hombres, y los niños banderas, y una anciana, vecina ya de la suprema luz, le tendía los dos brazos. De veras que aquel discurso irregular, impetuoso, desgarrador, violento, era una fiesta de la razón, no menos grande que aquel que se pronunció en la ruta de Worms, bajo el tilo de Moera. Abrió como majestad, castigó como justicia, padeció como azotado, chismeó, denunció, acabó sereno. El es agigantado, membrudo, de rostro napoleónico, aunque amansado por la clerecía. Va enseñando el candor y el acometimiento. Engañarlo será más fácil que domarlo.

El discurso lo arrastra cuando habla, sin lo cual figuraría, por la elegancia y poder de su lenguaje, entre los primeros oradores. No es lírica su oratoria, ni la tiene aún libre de los lugares comunes de la Iglesia: es como una fortaleza, tan bien trabada y segura, cuando la verba no le arrebatara el pensamiento, que no es fácil hallar la juntura de las piedras. Comenzó su discurso lento y grave, con palabras que involuntariamente recordaban los martillazos con que clavó Lutero su tesis en la puerta de la iglesia de Wittenberg.

"Católico como soy, católico por aquello mismo por que es roja mi sangre, yo os digo, católicos, que debéis obedecer siempre a vuestra conciencia, puesto que Dios no nos la pudo poner en las almas para que fuese desobedecida: antes que la misma ley revelada está la ley natural de la conciencia. La teología moral católica enseña que el que sigue a su conciencia, aun cuando sea errando, obedece la voluntad de

Dios. A la sombra del Vaticano he aprendido que si el que se sienta en el Vaticano manda a un hombre hablar u obrar contra su conciencia, manda contra el espíritu de Dios. Séquense nuestros miembros uno a uno antes que abjurar, mándelo quien lo mande, lo que nos dice nuestra razón o ven los ojos. Cuanto pretende hablar en nombre de Dios ha de traer de la razón sus credenciales. Contra la razón no puede haber verdad.”

Por quererla divorciar de la razón; por envilecerla en tratos temporales; por apetecer beneficios que no sientan a la túnica sagrada; por vender a trueque de poder o ganancia mortal la libertal y conciencia de los fieles a príncipes y gobiernos enemigos; por atacar neciamente lo que la naturaleza enseña con su invencible pontificado; por deslucir la esencia amorosa de la cristiandad con los incontables abusos, errores, estulticias, crímenes, del gobierno eclesiástico romano,—está la Iglesia sin crédito ni casa honrada, y no hay sátrapas más grotescos y escarnecidos que los curas en los pueblos católicos. “¡Oh, me han libertado, me han libertado!”—A esto le respondían hurras frenéticos: Henry George, el autor de la teoría sobre las contribuciones, por cuya defensa excomulga el Papa a McGlynn, saltó sobre sus pies y guiaba el arrebato.

Pero la pena del cura excomulgado, de cura veintisiete años, se enroscaba a las alas del discurso. Los hombres eran fuertes, ¡pero también la losa!

Pintó con ingenua ternura la Iglesia del Nazareno; mas luego,—crecido de pronto con el decoro humano hollado en su persona,—como quien salta al cuello de un rufián, como quien lo sacude y lo acogota, denunció la política aleve, la intriga sutil, el gobierno fraudulento, las complicidades inicuas, la ambición tenebrosa, la naturaleza meramente humana del Pontificado.

Ya era el aniquilado sacerdote que en el dolor de la agonía clava las uñas en la mano implacable que lo echa del cielo; ya el ciudadano que halla acento altivo para declarar la dignidad de su conciencia; ya el teólogo honrado, recordando a su pueblo que miente quien le diga, en lo callado de la confesión o en lo solemne del altar, o conminándolo con la excomunión, que peca contra Dios y la fe católica el que opina y da voto conforme a su propio juicio en las cosas del gobierno de la tierra.

¡Aprenda su fe el católico decoroso que no quiera ser burlado por los falsos ministros! ¿Que la fe es una librea? ¿Que ser católico es

ser esclavo? ¿Que no se sabe en qué tratos mundanos están siempre los palacios de los obispos? No hay cuadro más misero que el de esos ciegos que andan por el mundo de rodillas, cogidos de la fimbria de una sotana como los brahmanes que se asen, para morir en la gracia, de la cola del buey sagrado.

Aquel era discurso sin cuartel. De lo alto de toda su estatura echaba el guante. “¡Enseñadle a Roma los dientes, si queréis obtener de ella justicia! ¿Qué saben de nuestros asuntos de gobierno civil esos italianos que condenan el libro de George, sin leerlo, porque alarma a los ricos, con quienes viven confabulados, que excomulgan a un sacerdote desde Roma porque aboga por un cambio en el sistema de cobrar los tributos en los Estados Unidos? ¿Qué, les pondremos nuestra patria a los pies? ¡Sed católicos, pero hasta el instante en que para serlo tengáis que ser traidores a la patria! Ved lo que hace el Papa con los católicos de Irlanda, los más leales acaso del mundo: ¡venderlos, a cambio de influjo político, al gobierno protestante de Inglaterra! Ved lo que hace el Papa con los católicos alemanes que lo defendieron como leones en el Parlamento: ¡abandonarlos, censurarlos, venderlos, a cambio de apoyo para el poder temporal, al gobierno protestante de Alemania!” Y decía sin respeto el nombre de León XIII, y apayasaba los dulcísimos apellidos de monseñores y eminencias; y provocaba sobre ellos silbidos, gruñidos, befas, toda especie de escarnecimiento, del auditorio que lo seguía subyugado.

Luego, como quien desahoga el corazón, bajó a la historia de su conflicto con el Arzobispo; de su insistencia en mantener aparte el Estado y el templo; de su santo pecado, hace cuatro años, cuando habló fuera del púlpito en pro de la tierra de sus padres, de Irlanda; de la envidia con que los curas de la ciudad miraban su iglesia, adornada de nuevo, siempre con fieles y rosas, siempre abierta; de la inmoral servidumbre, del atentado político desde el confesionario y el altar, del abuso de almas que, como condición del beneficio, exige el Arzobispo a los párrocos de su diócesis; del mentidero de la sobremesa arzobispal. Mármol de anatomía eran aquellos párrafos. A pedazos salían de ellos vicarios y obispos.

“¿Pero cómo los he de pintar, si así son, si de esos chismes viven, si por esas lentejas venden perpetuamente a Jesús, si odian la libertad sagrada al hombre, si me han robado mis niños y mis viejos, que yo asilaba con vuestra ayuda en la casa limpia que les compramos junto al mar; si son hombres secos, fosilizados, comidos de gusanos?”

Y se le retorció en los labios el discurso. Hablaba así por no llorar: sin rienda o tasa hablaba. Quien ha visto condenados a muerte, sabe que poco antes de morir, como moría él para su Iglesia, les viene esa volubilidad inagotable y dolorosa: la vida, como soldados sin esperanzas que asaltan una fortaleza, se les agolpa al cerebro: las palabras, a medio acabar, les salen a borbotones: es una luz de incendio. Cuando acababa de desnudar a algún bribón, de enseñar bien una de esas cabezas de marfil de las sacristías, de llamar "bufón viejo" al cura indigno que le acusa de querer tomar esposa, "cuando él no quiere más esposa que la Iglesia", sacudía hacia adelante la cabeza con gestos enérgicos, como clavando con la barba en su adversario lo que acababa de decir; tal cual el indio que mira satisfecho, pegados a los ijares del caballo los talones desnudos, altivo y sonriente, cuán bien va a la puntería su lanza.

Pero el discurso en estos arranques de disimulada pena se le torcía y salía de madre; y volvía sobre un cargo o argumento una y otra vez, como el juglar que en pleno circo, perdidas las fuerzas, siente crecer sobre sus hombros el globo de hierro con que juega, y lo echa sin cesar de un hombro a otro, para entretener el exceso de dolor con la novedad de la postura.

"¡Excomulgado! ¡No tiene terrores, para el que conoce a Dios, el abuso que hacen de él los que lo desfiguran! ¿Quiénes me excomulgan? ¿esos que pasaban las horas en el silencio viperino de las antesalas, murmurando porque yo había dejado acercar a la reja de comunión una pobre trabajadora cargada con un fardo? ¿esos, que me prohíben hablar en pro de George, cuya teoría de contribuciones juzgo buena, y mandan a todos los párrocos de la diócesis que hablen, con la casulla puesta, contra George, y rehúsan la comunión a los que le dan su voto? ¿Esos, que nos niegan a los párrocos el derecho de expresar opinión política que no sea la que nos manden que expresemos, cuando ellos viven hundidos hasta la tirilla en manejos políticos, cuando el Arzobispo es el aliado público de la menos respetable de las asociaciones políticas de Nueva York, cuando a mí mismo me ha enviado el Arzobispo a Washington a pedir un empleo para uno de sus favorecidos, cuando están moviendo desde hace cinco años cielo y tierra porque les reciba el Gobierno un nuncio en Washington, un nuncio que ate en tratos y convenios la Iglesia que debe ser libre, en pago de cuyo atentado contra la Iglesia y la República en América le tienen empeñada palabra a un obispo alemán de hacerlo arzobispo?"

¡Parecía, entre aquellos desesperados ataques, que llovían sobre la escena máscaras y huesos:

¿Pero cómo no había de volver al cura afligido la paz de la palabra, aquella continua ovación, aquellos aplausos que parecían juramentos y caricias, aquellas fieras protestas de fidelidad que como saeta cruzaban el teatro? Con el puño levantado acentuaba las palabras. Los hombres, como para acercarse más a él, se habían puesto en pie. Las mujeres, ansiosas y erguidas, ondeaban sus pañuelos, con aquel mismo gesto con que enjugó la Verónica el sudor de Cristo. Del cura expulso fue poco a poco emergiendo el hombre; y la palabra, conforme entraba en las ideas mayores, adquiría aquella heroica sencillez que levanta de súbito al que escucha, como si viera nacer torres del suelo, o a tajo señorial escalar el aire al águila.

"¿Sabéis por qué me han excomulgado? Porque yo quiero que la Iglesia se gobierne en bien de los pobres, y no contra ellos en bien exclusivo de la Iglesia; porque no me siento a las mesas de tráfico donde se ríe en secreto de la fe que en los altares se promulga; porque amo mi fe, pero no tanto que, por obedecer a los que la falsean, desobedezca yo el mandato augusto que trae a la vida el ciudadano de una República; porque no quiero consentir, ni por mi patria ni por mi religión, en que so pretexto de religión, roa una curia codiciosa las libertades de mi patria. ¿Os dicen que yo trabajo contra la Iglesia? ¡Sí; en la única parroquia amada y popular de Nueva York he trabajado veintisiete años, a vuestra cabecera y entre vuestros hijos, para que no engañen a mi pueblo; para que no prospere por métodos corruptores una jerarquía eclesiástica egoísta; para que el clero viva en aquella nobleza y santidad de los siglos en que la Iglesia pobre admiró y sedujo al mundo; para que no hagan el catolicismo abominable por su odio a la libertad y su avaricia; para que no levanten la cólera de la nación hurtando del Tesoro, acumulado por el óbolo de todas las sectas, sumas enormes destinadas a pagar las instituciones superfluas y las escuelas ciegas de una secta sola; para que no nos quiebren desde el nacer el carácter con un sistema de serviles escuelas de parroquia, donde clérigos ignorantes y abyectos, en vez de alas pondrán al niño vendas; para que no nos minen, como nos quieren minar, nuestro amplio y glorioso sistema de enseñanza pública, donde el hebreo aprende sin odio al lado del cristiano!"

"¿Sabéis por qué me han excomulgado? ¡Porque he visto que la distribución injusta de la riqueza, que la Iglesia debiera corregir en vez de aprovechar, tiene ya amontonada mucha cólera en el pecho de

los hombres; porque creo que, en el riesgo de este encuentro bárbaro, peca contra Dios el que, en vez de evitar la obra de muerte con una distribución más justa, la atrae con su descaro y la provoca; porque creo honradamente que el sistema de cobrar los tributos todos sobre la tierra acercará las fortunas, pondrá en circulación un gran caudal de riqueza estancada, criará a los hombres sin ira ni miseria, en hogar propio, y evitará el levantamiento más hondo y temible que haya visto el mundo; porque el Papa me ha mandado que peque contra mi conciencia, que jure el nombre de Dios en vano, que niegue lo que creo; y porque, aunque me quemem vivo, no lo niego!”

¿Se ha visto al huracán arrebatar, arremolinar, lanzar al cielo, desmenuzar las olas? Pues así, en un vitor que todavía no cesa, que repitió la calle, que la nación repite, rompieron a esta declaración aquellas almas. “¡Y si os amenazan,—decía sobre el aplauso la voz tonante,—si os amenazan con rehusaros los sacramentos porque os negáis a abjurar la verdad en que honradamente creéis, negaos a recibir los sacramentos!”—“Tú nos guías!” “¡Contigo hasta la muerte!” “¡Tú eres nuestro Papa!” Lo abrazaban de lejos; las madres ponían en alto a sus hijos, para que aplaudiesen: hacían los hombres con los brazos, al ir saliendo McGlynn del escenario, el movimiento de quien saluda con ramos de palmas.—De esta manera, seguido de ciudades, comienza su campaña el que, si no alcanza a purificar la Iglesia Católica, o a conciliarla con la República, habrá sido al menos uno de los salvadores de la libertad.

JOSÉ MARTÍ

*El Partido Liberal.* México, 1887. También salió publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 4 de septiembre de 1887, bajo el título “*El conflicto religioso en los Estados Unidos*”.

## VARIOS SUCESOS

### TRABAJOS PREPARATORIOS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

*El partido nuevo y los socialistas.—Cleveland y los demócratas.—Blaine y su rival Sherman.—Los temperantes.—Una mujer, Mrs. Salters, presidente de Ayuntamiento.—Su vida.—La vida de pueblo.—Los juegos.—Tributo de Boston al púgil Sullivan.—Los ejercicios de la milicia.—El campamento.—Organización del campamento y carácter de los ejercicios*

Nueva York, Agosto 8 de 1887

Señor Director de *El Partido Liberal*:

No ha habido en estos días suceso magno que tiene de veras a mover la pluma. Ni es el verano, cuando los artistas salen a pintar y los novelistas a buscar caracteres y asuntos, y los viciosos a cazar aventuras, y los políticos a juntar sus hilos, la ocasión de ver—como en los sucesos, libros o cuadros donde aparece luego total y acumulada—esta vida del Norte, ejemplar hasta en sus mismos vicios. Aquí, como en todo cuerpo social, los pobres aspiran a la justicia, los ricos al abuso, los perezosos a la holganza, los empleados a la perpetuidad, los políticos al despotismo, los sacerdotes a la agorería. Aquí no es, por la incompleta y brutal educación del hombre, donde éste aparece más amable y bello, viviendo con el mundo, apeteciendo la beldad, agraciando la vida hosca con el sentimiento y con el arte. Pero aquí es donde por la maravilla de la prensa, amiga fiel en estos pueblos donde se vive sin amigos, se ve, con supremo orden final en la aparente rebelión y desconcierto, mostrarse en toda variedad, naturaleza y pujanza al hombre. Aquí, cuando el sol quema los campos, como cuando el invierno ampara con la nieve las cosechas futuras, de toda opresión se salva, contra todo abuso se rebela, a toda novedad presta oído, y ni las fuentes cálidas de Islandia surgen con más fragor e ímpetu de tierra que aquí las opiniones, cuyo continuo contraste y examen mutuo asegura aquella cabal y lenta deliberación de cada uno en lo de todos, y de cada cual en lo que su interés choca con el ajeno, que es la labor de entrañas que mantiene viva y saludables a las repúblicas.

¿Quién no conoce la relación visible del sol y la elocuencia? La palabra, abrigada y resplandeciente en los países de hielo, se caldea y va dorando conforme entra en zona más fecunda, hasta que ya, al llegar

a la cinta del sol, consumidos por la excesiva luz los cuerpos frágiles que la contienen, los sacude y arrastra, cual arúspices a quienes echa a tierra la fuerza del oráculo, y fluye, llena de esmaltes y atavíos, como aquellos arroyos de agua clara de que cuenta Mahoma que corren por sobre rubíes, topacios y amatistas. Y quien lo dude, venga a verlo: aquí todo es lengua el verano; no bien pasa el calor mortal de julio, tan recio este año que los labradores recorren el campo seco en rogativas, y los chinos sacan por las calles, pidiéndole clemencia, a su Joss de oro, celebran los agricultores su congreso, los sabios el suyo, los poetas de Boston su simposio y sus escaramuzas de avanzada los partidos políticos. Entre los republicanos, John Sherman, proclamado ya candidato por la Convención del partido en Ohio, le lleva al pie a Blaine, que con su susto ostensible azuza a sus tenientes desde su agitado retiro en Inglaterra.

Entre los demócratas, los empleómanos desconcertados buscan en balde, hasta ahora, candidato que oponer a Cleveland, que de toda la Unión, de federales y confederados, del Oeste nuevo y el renaciente Sur, recibe invitaciones, hechas a veces con gran pompa y costo, para que en su gira próxima visite sus ciudades. Entre los republicanos independientes, que por desdén de Blaine y deseo de reformar el sistema de empleos públicos, acordaron votar por Cleveland, el desconsuelo es tal que acaban de declarar en su Convención "no ser este gobierno de Cleveland, donde a la larga todos los empleados van siendo demócratas, aquel ideal a que aspiran los reformadores del sistema, aunque no sea posible negar que el Presidente ha empleado todo su poder para resistir los apetitos de su partido". Entre los trabajadores, como por la masa que lo avigora puede llamarse el partido nuevo, el partido de George y de McGlynn, del abolicionista Redpath, del brillante escritor Russell Joung, del sacerdote protestante Pentecost, del monje protestante Huntington; todos de palabra de llama, todos partidarios de la acción y provecho libres e individuales del hombre en el Estado sin desigualdad y sin miseria; la Convención preparatoria, anticipándose a la solemne que ha de reunirse en pocos días, se desentiende de todo trato en cosas públicas con los socialistas alemanes, segura de ganar con esto en lo general de la opinión que la aplaude, los votos que pierda en los barrios donde domina el alemán, que ya son muchos: el alemán trabaja, cría a sus hijos; bebe cerveza, canta, piensa. Y entre los temperantes del Oeste, entre los enemigos del licor, que allí asola y triunfa, hay gran júbilo, y pasean en sus procesiones gallos embalsamados y escobas, por-

que en el voto de este mes ha crecido tanto, con la ayuda de las mujeres, el número de sus secuaces que ya dan por suyo al Gobernador de mañana, y al Presidente de 1892.

¿A qué esconderlo? Las mujeres acaban de ser en Kansas y en Texas las vencedoras. "Las hemos visto—dicen los diarios—anticiparse a las intrigas hostiles, urdir magistralmente las propias, perorar con dignidad y gallardía, recorrer casa a casa los distritos, convertir cerca de la urna a los reacios, vigilar concienzudamente el voto, acudir con minucioso conocimiento de la ley a registrar sus protestas, y fungir en todo lo de la elección con tal inteligencia y decoro, que sólo la gracia y el vestido pudieran revelar en ellas el distinto sexo." Así ha llegado la ciudad de Siracusa, en el condado de Hamilton, a tener su Ayuntamiento de mujeres, salvo el *mayor*, que está contento de ellas.

Así el pueblo de Argonia, en Kansas, tiene por *mayor* a una buena casada, Mrs. Salters, de veintisiete años y con cuatro hijos, criados por ella tan de cerca que nunca, hasta que la eligieron, tuvo sirviente en su casa: "Lavando nuestra ropa estaba yo, señor, cuando vinieron a anunciarme mi candidatura." Como burla, por ser ella elocuente enemiga de los defensores del licor, la propusieron éstos para *mayor* del pueblo, pero sus adversarios, casi todos mujeres, determinaron usar de veras en favor de Mrs. Salters el derecho de voto que les fue recientemente concedido:—y salió electa. Con su traje de merino negro y su elegante sombrero de verano preside las sesiones del Municipio, que no murmura de su *mayor* porque presida mal, o ignore la ley, que sabe al dedillo, sino porque se opone la terca señora a rebajar la contribución que pagan ahora los billares y bebederías.

¿Que cómo llegó a *mayor* la señora Salters? Naturaleza le dio luces, y adquirió la costumbre de expresar sus ideas y contestar las ajenas en los debates del Colegio Industrial que sostiene en Manhattan el Estado de Kansas, excelente colegio, puesto que, a más de las letras, que no son lo primero en la educación, obliga a cada alumno, conforme su sexo, a aprender un oficio. El de costurera aprendió la señora Salters, al mismo tiempo que a pensar tan bien que su discurso de examen sobre "La Mujer de Hoy y la de Ayer", sin ser maravilla, agradó por su claridad y cordura. El hijo del maestro se prendó de ella, y, ya casados, no fueron, como vamos nosotros, a un rincón de alquiler, amueblado de préstamo, sino a vivir de sí; a merecer la ventura, a trabajar la

casa, a la única habitación que el pueblo de Argonia tenía libre, a un granero, al que las canales de vaciar el trigo servían de ventanas. Allí, entre un artículo para el periódico y una plática sobre las cosas públicas, cocinaba ella, mudando el cañón a la canal por donde entrase aire, en una estufa de gasolina, en la que no hervía mal el maíz quebrado, ni faltaba fuego para salcochar a punto el choclo, de lo que descansaba ayudando al pueblo, a par de su marido, a levantar la iglesia, o concertando la Liga de las Mujeres Cristianas contra la Intemperancia donde su propensión natural a los debates halló pronto aplauso y empleo.

Ahora, ya viven en casa buena; la estufa es de carbón, por el cristal de las ventanas no entra el frío, el marido es el abogado del pueblo y ella es *mayor*. Y dicen que la casa, por el esmero y pulcritud de ella, convida a vivir y no hay pechera más bien planchada que la del abogado en todo aquel lugar.

En el Oeste pelean de esa manera los hombres, que van en piara a la bebedería, y las mujeres, forzudas y decididas como ellos, que quieren barrer la parte del hogar. En el Este, ausente de las ciudades populosas todo el que no tiene los panes tasados, anda el gentío luciendo hijos en Newport, Bar Harbor, Long Branch y Saratoga, o purgando la sangre viciada en los manantiales de Sharon o Richfield, donde la calma llega a la majestad, o realzando la hermosura en Narragansett y otras costas amables con trajes estrechos, sin que en lugar alguno falte una asamblea, ya de clérigos protestantes, que quieren ver cómo se unen las sectas para levantar en Nueva York una catedral famosa que deje enana a la católica de San Patricio; ya de periodistas negros que consultan sobre la conveniencia de que cada negro vote por el partido que le plazca, no como hasta hoy, ciegamente por el republicano, y case con quien quiera, negra o blanca; ya de bomberos, que luego de reglamentar su asociación, se entretienen con cuentos de cuando eran los bomberos voluntarios, aunque no más heroicos que los que ayer expusieron sus vidas por salvar de un incendio a dos caballos; ya de jugadores de pelota, que es juego desgraciado y monótono que perturba el juicio, y como todos los demás, como las regatas, como los pugilatos, como las carreras, como cuanto estimula la curiosidad, las apuestas, y el amor natural del hombre a lo sobresaliente, aun en la fuerza física y el crimen, privan aquí tanto en verano, que para dar cuenta de quién recorrió el cuadro más veces o tomó más <sup>1</sup>a pelota en el aire, publican

los periódicos de nota al oscurecer, una edición extraordinaria. Boston mismo, que de shakesperiana y poética se precia; Boston, hogar de arte, y como academia del buen gusto, del periodismo experto y de la fina literatura; Boston, en cuyas cercanías pensó Emerson y rimó Longfellow; Boston, en cuyo sacro Fanceuil Hall, cuna luego de la soberana oratoria del abolicionista Wendell Phillips nació "con palabras que han puesto cinta al mundo" la libertad americana, ¡Boston mismo, con su *mayor* a la cabeza, ha subido a un estrado de púgiles, para ceñir el vientre de John Sullivan, campeón de los peleadores, una faja de oro y diamantes, y águilas esmaltadas, y banderas de Irlanda y los Estados Unidos, que ha costado a los ciudadanos de Boston diez mil pesos! ¡Este es el magnífico bruto que derriba a cuanto hombre sale al frente, que tiene a la cofradía pasmada por el empuje y peso de su puñetazo, que echa a tierra del golpe, rodeado de trémulos policías que lo disuaden tiernamente, al niño que le enoja, a la mujer con quien tiene hijos, al caballo que le cierra el paso! Babeando y hediendo va todas las noches a su casa este magnífico bruto, honrado ahora, ante el teatro repleto que lo vitorea, por el *mayor* de su ciudad de Boston.

Más dignamente se entretienen, rodando los cañones que ellos mismos arman, quemando la pólvora que ellos mismos fabrican, atacando las trincheras que ellos mismos construyen, los que, unos por fe de ciudadanos, por vanidad otros, otros por moda, forman aquí los regimientos de milicia. Esto está bien. El hombre debe dormir alguna vez al aire, desafiar la lluvia, manejar las armas que defenderán mañana la tierra patria o el derecho, velar al pie de algo más que un mostrador o una ventana. ¡El único modo de librarse del soldado es serlo! Aquí los ejercicios de la milicia son de veras, duran semanas, prevén prácticamente cuanto mañana puede suceder en la tienda o en el hospital, en el asalto o en la acometida, en las filas o el campo de batalla. Cada cual funge de lo que, según su grado, en campaña fungiría. Se duerme al raso. Se vela, con el fusil al hombro. Se echa, a tambor batiente, del cuerpo, al que desafia su disciplina: ¡sólo en los días últimos de los simulacros, como premio, como si sólo el amor fuese la recompensa digna de la guerra, permiten los jefes invadir el campo a las mozas lozanas de las cercanías! El soldado más *combo* y *largiruto* encuentra pronto entusiasta compañera.

No se ejercitan las milicias en campo ajeno, sino en el espacioso, bien regado y de mucho accidente natural que compró con este objeto

la Legislatura. Van y vienen los cuerpos, para que alcance el tiempo a todos, pero del campo cuida, a costo de la Legislatura, un destacamento de la fuerza del Estado.

El terreno, donde se debe, está cortado a escalones. Hay armería, hospital, cuarto de banderas. Licores, sólo a los enfermos se permiten. No se pierde el tiempo en el manejo de armas, que cada cual aprende en su cuartel en el invierno, ni en paradas, ni en paseos por las cercanías, como era uso antes; ni en el tiro al blanco siquiera, aunque cada miliciano carga veinte kilos de cartuchos.—Ahora está en sus simulacros el regimiento 22. Quien llegase allí de pronto, se creería en batalla real.

Unos arrastran cuatro cañones de Gatlin, cargados hasta la boca, y disparan ochocientos tiros por minuto: los desarman, los arman, los vuelven a cargar y a disparar. Otros a espalda de un cerro, se adiestran en el tiro del fusil, solos, en cuadro, en pelotón, en compañía, arrodillados, acostados. Estos excavan la tierra y cortan las ramas, con que hacen las trincheras aquéllos. Esos van de avanzada, a ojear por donde viene el enemigo. El enemigo, por un lado, viene al fin: por otro, se sale a provocarlo. Cada cual pelea como para vencer. Se fingen sorpresas, combinaciones, flanqueos, retiradas parciales, cargas en masa. A un miliciano se le quema la cara en el ejercicio. ¿Cuándo se firmó un derecho, o se adquirió una virtud, sin un desastre? El dolor es la sal de la gloria.

JOSÉ MARTÍ

*El Partido Liberal. México, 1887*

## 24

### CARTAS DE MARTÍ

*Los congresos de agosto en los Estados Unidos.—Indios y negros.—Los partidos políticos.—La novela de un lord.—Velocipedo para el agua.—Contra la inmigración.—Los alemanes*

Nueva York, Agosto 17 de 1887

Señor Director de *La Nación*:

Con el sol rojo de agosto, que aviva sin quemar, vuelven las juntas de sabios y políticos, las asambleas a la sombra del pomposo olmedo, las convenciones sobre los asuntos del cielo y de la tierra, a la orilla del mar.

Cada pueblo de baños tiene su congreso, y el suyo cada rincón de la montaña. Donde ayer se sentaron, viendo por las ventanas la regata de los veleros, los abogados que acuerdan pedir al Congreso leyes nacionales de cambio y bancarrota, hoy diversas en todos los Estados, siéntanse enseguida los miembros de la Sociedad para el Adelanto de la Agricultura. La palabra corre, menos brillante y hojosa que la latina, pero con cierta verdad directa que le da como sabor de sal de mar.

¿Quién no conoce la relación visible del sol y la elocuencia? La palabra abrigada y resplandeciente en los países de hielo, se caldea y va dorando conforme entra en zona más fecunda, hasta que ya al llegar a la cinta del sol, consumidos por la excesiva luz los cuerpos frágiles que la contienen, los sacude y arrastra, cual arúspices a quienes echa a tierra la fuerza del oráculo, y fluye, llena de esmaltes y atavíos, como aquellos arroyos de agua clara de que cuenta Mahoma, que corren por sobre rubíes, topacios y amatistas. La palabra hablada, además, funde a los hombres mejor que la palabra escrita.

Los partidos militantes,—el republicano, el demócrata, el de la temperancia, que con ayuda de las mujeres adelanta marcadamente en el Oeste, el del trabajo, que sin exageraciones ni utopías va poniéndose con pujanza apostólica donde para evitar males lo llaman buen sentido,— todos cuentan sus fuerzas, publican sus deseos, y exhiben sus nombres.

Los indios, donde aún les queda un árbol a que acogerse y un adivino que los cure, viendo como es vano que la ley los ampare cuando,

en virtud de ella, los echa el blanco ambicioso de su hogar, sienten, como el negro perseguido en el Sur, el ímpetu de agosto en la sangre, y siguen a su viejo Colorow, no cansado de defenderse a los setenta años.

Colorow, a quien todavía quedan noventa guerreros, pasó la nieve en silencio, pero ahora congrega a su tribu ofendida por la avaricia de los vaqueros que le invaden su llano, y sentado al pie del tronco, antes frondoso, donde decidían los asuntos públicos sus padres, anima a sus hombres, manda a las *squaws* a un rincón de la selva cercana adonde curarán los heridos, mata cuanto ternero encuentra al paso, para curtir con sus sesos las pieles crudas, y provoca, sin pérdida al principio, a las milicias de Illinois, aumentadas con los aventureros famélicos de los contornos.

Los negros, tristes porque ya no hay sol que no salga sobre el cadáver de uno de ellos, muerto a manos de los blancos del Sur por tener amistad o consorcio con mujeres blancas, celebran un congreso; determinan que ya no vote el negro, como hasta hoy votaba exclusivamente por los republicanos que por azar vinieron a libertarlo y en realidad lo odian y abusan de él, sino que como todo ciudadano vote por quien le plazca, y en todas partes proteste contra los que, disfrazando su odio con el deseo de mantener la raza blanca pura, toman bandera de uno u otro matrimonio mestizo para echar a balazos de los pueblos a los negros en quienes luce más la razón, a sus sacerdotes, a sus poetas, a sus periodistas, a sus políticos.

Los "independientes", aquellos republicanos que para mostrar su aborrecimiento decoroso de Blaine, votaron en pro de Cleveland, como mantenedor del sistema de permanencia y ascenso por mérito en los empleos, declaran, en su sabroso retiro de Long Branch, donde la Langtry compara sin miedo la luz de su rostro a la de las conchas de la arena, que la presión de los demócratas ha sido más que la misma sinceridad de Cleveland, y que éste, por no aislarse sin duda de su partido, ha dado, aunque sin escándalo ni exceso, más puestos a los demócratas de los que el sistema riguroso de méritos requiriera.

Para invitar a Cleveland a que los visite de ceremonia se reúnen en teatros repletos los vecinos de más sustancia de las mejores ciudades del Oeste y el Sur, y a gran costa vienen en tren especial cien vecinos de una ciudad sola, de San Luis, para entregarle, seguida de veinte mil firmas recogidas en pocas horas, la invitación de los luisianos, en un libro con tapas de plata.

Las milicias, en tanto, en su campo permanente de Peeckskill, que el Estado posee y cuida, fingen ataques, salidas, monta y desmonta de cañones, vida de batalla, velas de armas, y no lejos de donde un tirador famoso rompe en el aire mil palomas de barro en cuarenta minutos, levantan con la tierra del suelo y las ramas de los alrededores una trinchera, y luego vienen sobre ella, disparando por minuto ochocientos tiros, con sus cuatro cañones de Gatlin.

La ciudad apenas cuenta curiosidades individuales: el aeronauta que se deja caer de mil pies de altura con un paracaídas y llega en salvo: el neoyorquino que vuelve del Niágara triunfante, después de haber cruzado el torrente, con levita y sombrero de copa, en un velocípedo de agua, que flota sobre dos cilindros de zinc, y adelanta por las aspas que lleva en la rueda: o es un lord que muere en pobreza, después de haber sido acá labrador y allí tenedor de libros, por no abandonar, como sus parientes ingleses le exigían, a la mujer humilde con quien casó hace diez años; y la niñita rubia que tuvo de ella: o es la esposa de un centenario que cuando se lo van a llevar, a su Juan Durand, bello aún en edad tan adelantada, de su cuarto infeliz al montón de los pobres en un ataúd de pino, no se quedó con su única riqueza, con los botones de oro de Durand, sino que se los puso en la camisa mortuoria,—y le quitó la de paja que trajo el muñidor para ponerle su almohada de plumas, y con lo mejor de la alfombra, ayudada de un periodista compasivo, forró el féretro.

No está el interés en Sharp, el sobornador, que dicen que del pesar de su ausencia muere;—ni en las noticias que llegan de las minas de carbón, donde, precedidas de un estandarte que decía: "Matemos a los que nos quitan el pan", cayeron las mujeres, armadas con los palos de las cercas, sobre los que de afuera vinieron a ocupar el lugar de sus hombres, inquietos por la huelga;—ni en el púgil Sullivan está siquiera el interés, aunque Boston, la ciudad del Fanceuil Hall, y de Emerson, se aprieta en un teatro a regalar al mozo bárbaro, de puños como mazas, un cinto de oro y brillantes que, con el corregidor a la cabeza de la lista, le compraron por diez mil pesos los vecinos.

La atención está toda en los campos alegres: en las escuelas de verano, donde se aprende la ciencia en la naturaleza, como Agassiz quería; en las romerías de jóvenes exploradores que se van "a la dura", como acá dicen, a andar como exploradores, durmiendo al aire y bebiendo del

arroyo. por campos desconocidos: en el pueblo de baños donde la esposa del Presidente, dispuesta a saludar a los poblanos que lo desean, no lo avisa en cartulina de letra inglesa, sino con un papel escrito, pegado a la puerta de la casa de correos, como en tiempo de Jefferson, lo cual aquí se aplaude.

La atención está en los labradores que, dueños ya de las llamas que prendió el sol en sus...<sup>3</sup> experiencias" a la feria de Deckertown; en los alemanes, que donde encuentran un sombrío, se llevan su familia, su barril de cerveza, su coro y su cítara; y entre Kartffel y Frankfurter, junto a sus hijos robustos y sus mujeres caseras, hablan de sus socialistas, más modosos en Nueva York que en el Oeste, pero dondequiera temidos y rechazados; de sus curas, que ejercen en el noroeste, casi todo alemán, una tan loca influencia que cuando quieren castigar a un escolar lerdo o maligno, a quien prohíben hablar inglés, le dicen: "Tu eres americano"; del clamor que de San Francisco, donde se forma contra los extranjeros el Partido de América,—de los profesores doctos, que demandan en las revistas leyes contra los inmigrantes,—de los mismos Caballeros del Trabajo, donde domina lo americano puro y lo irlandés se alza contra la inmigración, alemana ahora en su mayor parte, ya tan recio y activo, que McGlynn, cada día más amado por su lealtad a los humildes, tiene al fin que decir en un artículo hermoso: "No, trabajadores, no está el remedio de vuestros males en cerrar a otros trabajadores, como vosotros, esos valles y bosques fecundos donde llama a los hombres la semilla, y convida al honrado la natural riqueza; sino en administrar vuestra tierra de modo que por ficciones legales no vaya a manos de los hábiles en el arte de la concesión y del cohecho la tierra que necesitan para vivir en paz los hombres: no está el remedio, protestantes, en barrer como lepra, a la manera de aquellos *Know-nothing*, los poderes católicos, sino en separar el culto de la fe, que ha de ser libre, de la autoridad civil y la práctica política de donde haréis bien en sacar a la Iglesia por los hombres: no paguéis con el dinero público, que con el óbolo de todas las sectas se junta, el predominio de ninguna secta, aunque sea la mía católica, ni temáis, como los interesados partidos políticos que os corrompen, parar los desmanes del catolicismo impuro por el miedo de perder sus votos: perdedlos ahora, antes de que sean tan poderosos que se sienten sobre la libertad."

¡Nada menos que ese lenguaje se necesita para contener la petición impaciente de los que, en la carestía de la vida y la dificultad del tra-

bajo, no hallan remedio más pronto que ese rudimentario de negar un asilo a aquellos mismos peregrinos gloriosos que en sus morrales de lona y en el fondo de sus cachuchas trajeron el genio y la voluntad que a tanta altura los levantaron! Esta fábrica enorme, esta república con tales ciudades que, más que ciudades, naciones parecen, como clarísimo suceso se explica cuando en la augusta mañana de los domingos silenciosos se ve llegar, por aquel parque mismo donde se despidió de sus oficiales triunfantes Washington, a los suecos bellos, los pensativos alemanes, los escoceses majestuosos, las parleras y lindas italianas: turcos míseros, zingaros y malteses vienen de vez en cuando con las nobles barcadas, feos como una buba: pero ¿quién les niega un asilo, en esta tierra de tanto aire y luz, que les vea la angustia de animal apaleado que traen en los ojos? ¡Ah, no, no puede ser! ¡Bebe, sediento, aunque me manches la copa! ¡Descansa, peregrino!

En Long Branch se reunieron los partidarios del sistema de exámenes y ascensos en los empleos públicos. En Saratoga, donde tiene sitio suntuoso el Morton que por no dar a tiempo la suma que le pedían no fue puesto de candidato a la Presidencia en vez de Arthur, tuvieron cónclave los magnates de su partido, para ir pensando a quien han de apoyar en la lucha—cercana por la nueva Presidencia, si a Blaine, que pierde amigos, o a John Sherman que, sin las faltas y arrebatos de su rival, se pone, con esa moderación que ayuda tanto al triunfo, en todas sus ideas y puestos,—o a Chauncey Depew, en quien reconocen, sobre aquel prudente desinterés que atrae el honor que en secreto se solicita, ingenio agudo y seso original para ir sacando al país de la rebelión de los necesitados que ahora lo amenaza.

En Nueva York mismo se juntan, con un chino ilustre e hispano-americanos curiosos, los sabios del Canadá y los Estados Unidos, en cuya mente parecen ir Agassiz y Dawson, cediendo el puesto a Lamarck y Darwin. En Siracusa celebra su primera convención en este instante mismo el partido del Trabajo. Los labradores no han vuelto aún de su reunión alegre en Deckertown.

Pasaron los labradores por los pueblos, vestidos para verlos con sus mejores galas. Los andenes, en cada aldea, estaban llenos de estas campesinas de aquí que escriben, pintan y enseñan, y llevan bien su sombrero de paja y sus trajes blancos: ¡Como que no las merecen, ni están dispuestos para ellas, los jayanes de pelo a la Capoul y tosca levita que

<sup>3</sup> Faltan palabras en el ejemplar de *La Nación*.

tienen al lado! En Butler se detuvieron: Butler es pueblo bello, y fábrica de peines, donde cada obrero vive en su casa sola y los fabricantes dan premios apetecibles a los que mejor cultivan su huerta y atienden su casa, con cuyo premio no les quitan la libertad de ir y venir, como en su pueblo más pomposo hace el tiránico filántropo Putnam, quien da a los que trabajan en sus carro-palacios casa de piedra, iglesia con elocuente pastor, y biblioteca con buen fuego y alfombras, pero todo tan medido y tan sujeto a dura regla, que con dificultad halla Putnam trabajadores.

El congreso fue, al fin, bajo unos recios robles. Los campesinos de raza lamentaron que se atienda ahora más a la leche, que hace rico pronto, que al campo, el lento amigo. Se contaban, en su lengua velluda, sus modos de sembrar, sus ganancias, sus pérdidas, sus remedios para avivar el maíz dormilento, el modo cierto de dar aroma y jugo a los melones. "Para melones, esos pícaros negros", decía uno, y dos negros que allí había se reían. "Ponen ahora en el campo mucho libro, dijo otro: los mozos se van a la leche, y las hijas a Nueva York, hinchadas como un globo." Y luego que se tuvieron dichas todas sus confianzas y desmayos, tomó el oboe el director del periódico del pueblo, y el trombón su edecán, y en los carros de plaza, con las caballerías cargadas de cascabeles, fueron por el pueblo los galanes, buscando a las damas, que ya venían solas al gozo de la música.

A poco todo era la voz del bastonero, guiando el baile, con sus decretos coreados de palmadas: "¡Dos parejas más!: ¡billetes, diez centavos!": "¡salúdense los compañeros!": "¡paseo!": "¡cambio de señoras!": "¡rueda de manos!"

Por campos cuidados, en muchos de los cuales es moda ahora criar gallinas de Menorca y Leghorn, y faisanes ingleses, llevó también el ferrocarril a Siracusa a los delegados de la convención del Partido del Trabajo. Pero no viajaban tan de paz como los labradores, sino que en los carros mismos, como en estos días últimos en las juntas apasionadas de la ciudad, iban los socialistas alemanes, dueños del voto obrero en el este de Nueva York, impetrando del enérgico George la revocación del fallo inapelable del partido, que en sus asambleas primarias decretó, y en la convención ratifica ahora, su separación completa del socialismo europeo, y de aquellos miembros de éste que insisten en allegarse al partido nuevo sin dejar a la puerta de América el pueblo fantástico y

de extranjera raíz, que con errónea generosidad se empeñan en fundar, contra la naturaleza distintamente individual del hombre. "Perdería el partido dieciocho mil votos socialistas." "Los perderá, responde George; ganará más demostrando que el miedo a perder una elección no le estorba para hacer lo que debe."

Ahora mismo están en sesiones. Adornaron para ello un teatro, con el escenario compuesto como jardín; pero como si aquel postizo floreo desdijera de la verdad de sus almas, en el jardín no parecieron reparar, y en el patio del teatro celebran sus juntas, alrededor de un estrado de pino. McGlynn está allí, robusto y callado, y cerca George, contento de aquel orden que es todo obra suya, obra de su fe en la supervivencia del buen sentido en la lucha de las pasiones, y que por la misma absoluta libertad de cuantos gozan de él, y aun quisieran turbarlo, es más eficaz y perfecto: ¡la mordaza que se pone en la boca ajena se vuelve esposas para las propias manos! En la convención hay dos partidos, la minoría que aboga por trabajar en común con los socialistas alemanes, y la mayoría, respetuosa y firme, que no quiere confundir su plan de suprimir todos los tributos, aplicar a los gastos de la nación la suma que por la venta de la tierra pague el que la ocupe, y reservar al Estado la administración y provecho de los monopolios naturales, espacio, suelo, agua,—con el plan de los socialistas, que quieren que la tierra, los instrumentos de producción, las máquinas, las fábricas y los productos del trabajo pertenezcan en junto al pueblo todo, y sea todo entre todos y para todos producido, bajo la dirección de la comunidad cooperativa, que distribuirá los productos conforme al trabajo que cada cual haya puesto en ellos, y a las necesidades de los individuos.

"Jamás!" dijo el profesor Clark saltando sobre sus pies: "¡por algo nos hizo Dios diferentes de los tordos que andan en bandadas, y de las ovejas que pacen en rebaños!: el hombre necesita para desenvolver la zozobra, el estímulo, el premio, el dolor mismo!" "¡Jamás!"—dijo el Dr. Wood, hijo de un Ministro de Estado: "¡he venido aquí a sacar al hombre de la esclavitud industrial, a luchar por obtener para él la libertad entera, y no he de empezar por confesarme esclavo: ¡ni indio esclavo de la Iglesia en las reducciones, útiles sólo para la Iglesia! ¡ni norteamericano esclavo del gobierno en esas nuevas reducciones socialistas!"

Hablaron en vano los socialistas, oídos con respeto. Preside Post, un abogado amigo de los pobres. Otros propusieron de Presidente a Franck Ferroll, un negro. "Nos reunimos aquí"—dice el negro, maqui-

nista de oficio, “para concertar la lucha próxima; para extender por los campos la organización que, con un año de trabajo, tenemos ya completa en las ciudades; para declarar que aunque no procuramos esconder que toda nuestra alma es de los que padecen en casas fétidas, en amargura indescriptible, en bestial ignorancia, no procuramos sacar de quicio con visionarias fábricas el mundo, sino volver el gobierno de nuestro pueblo, como remedio único y bastante de todos sus males, a la sencillez y a la justicia. Leed esos tres estandartes que nos presiden: “Sufren, porque permitimos que entre políticos venales y diestros ambiciosos les roben la tierra que les pertenece de derecho: No atacamos el derecho justo de propiedad: No robarás, dice la ley de Dios.” Así hablan, con intensidad de sentido y palabra que adquiere de ella singular elocuencia, bajo el techo cubierto, sin uno solo extranjero, de pabellones norteamericanos.

Hay profesores, coroneles, autores de libros, zapateros, periodistas, pastores protestantes, sastres. Son doscientos, y viven en un hotel que excluye el vino de su mesa. Domina el buen vestir, aunque sin exceso de elegancia. Alguno clama contra un nombramiento, en mangas de camisa. Otro perora, en blusa de franela. George sonrío y espera, detrás de su sombrero de fieltro blanco.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*. Buenos Aires, 29 de septiembre de 1887

## 25

## SOBRE LA CIENCIA

ASAMBLEA ANUAL DE LA “SOCIEDAD PARA  
EL ADELANTO DE LAS CIENCIAS”

*Escenas de la asamblea, y sus trabajos y conclusiones principales.—El Colegio de Columbia.—Preparativos para la asamblea.—Los miembros.—Hombres y mujeres.—Sabios notables.—Las nueve secciones.—Asuntos más interesantes.—La educación industrial en las escuelas.—La enseñanza científica en las escuelas públicas.—Antigüedad del hombre americano.—Un hacha de México.—El invento nuevo de Edison.—El hombre de Africa.—Darwin en la asamblea*

Nueva York, Agosto 17 de 1887

Señor Director de *El Partido Liberal*:

Los colegios están en Nueva York abandonados durante el verano. En el campo es donde ahora se estudia, bien sea lenguas en Amherst, o agricultura en los paseos científicos del Colegio de Bryant, en Roslyn, o filosofía, divinidades u oratoria en las clases que juntan desde mayo buenos maestros, quienes con sus discípulos se entran por la montaña, a abrigar del estío la escuela libre en un grato retiro.

Aprenden conversando, remando, corriendo los caminos, reposando de ellos bajo el pinar augusto, el robledal enérgico, o los olmedos religiosos: la mineralogía, en los pedruscos la aprenden; la botánica, componiendo su herbario; la física, subiendo y bajando montes; la meteorología, viendo desvanecerse la neblina, o destacarse de sus nubes a los cerros, o volverse hacia él sobre las hojas desmayadas, o cuajarse sobre la hoja plácida, el rocío. En Nueva York, ni el Colegio de la Ciudad, que educa gratuitamente para las carreras universitarias, abre su biblioteca, lóbrega ahora, a sus alumnos numerosos, hijos en su mayor parte de alemanes, ni en el Colegio de Columbia, ya centenario, hay más morador que el bedel fosco, que con pocas palabras guía al visitante veraniego por aquellas aulas donde, abarcando cuanto hoy tiene el hombre aprendido, se enseña en seis escuelas especiales: ya Artes y Letras, con un conocimiento general del mundo, desde Litología hasta la historia de las religiones, y sus lenguas, del sanscrito al francés; ya Minería, con todas las faenas del ingeniero, y metalurgia, química, arquitectura y paleontología; ya Ciencia Política, con cuanto conduce a entender y practicar el buen gobierno, y leer con juicio lo que va escrito sobre él; ya Arte Bibliotecaria, indispensable en todo pueblo regido por la mente pública, donde se aprende a crear una Biblioteca, conservarla y enriquecerla; ya Medicina y Leyes: “¿Sudamericano?” pregunta el bedel

enseñando el colegio: "aquí tenemos un profesor sudamericano, don Daniel de León, el que enseña Derecho de Gentes, y le llevó el premio al hijo de Blaine: está pálido, dicen que de saber".

¿Qué sucede ahora, pues, que en lo vivo de agosto Columbia abre sus puertas, engalana su paraninfo, embandera la tribuna doctoral, sacude los retratos de sus rectores, vestidos unos de toga negra, los más de encarnada? Todo anuncia animación y concurrencia. Aprontan muchas aulas, como si fueran a servir a un mismo tiempo. Un alemán que no deja de la mano "La Historia Natural del Alma", acaricia de vez en cuando con los ojos los insectos de cartón que ha repartido por especies en un ventorrillo improvisado, junto al atrio. Cerca arregla otra mesa una joven, pálida y triste, que va a vender, alineadas en cajas, esquirilas de ágata. Allá adentro, como si fuera a venir gente de Boston, prepara el fondista unas como las *munyetas* de los catalanes, que son judías blancas, salcochadas y sofritas, con su generosa laja de cerdo, manjar grato en Boston.

Todo es porque esta vez celebra su Asamblea Anual en el Colegio de Columbia la Asociación Americana para el Adelanto de las Ciencias.

Como quinientos maestros asistieron a la asamblea este año, y entre ellos muchas damas de ciencia, y otras que iban por gala o afición, aunque es justo decir que cuando un maestro en crematística aglomeraba números en sabias hileras para comprobar con los censos el progreso humano, o un entomólogo desentrañaba los antecedentes de una especie confusa, o un botánico pretendía demostrar que el protozoo unicelular, escogiendo de sí lo más fino y desechando lo inferior, se convirtió por su propio esfuerzo, siguiendo la ley de toda la naturaleza, en el más perfecto y descolorido *chytridium*, muchas damas de edad sacaron de la vaina los espejuelos de oro, y la calceta, empezada, del ridículo.

Allí estaba junto a Barnard, el rector brioso de Columbia, más amigo de laboratorios que de latines, la historiadora Martha Lamb, que con el color de Motley y la amenidad de McMaster ha narrado los sucesos de Nueva York, y dirige una revista excelente; junto a Morse, para quien no es el mundo más que una despaciosa masa física, que va mejorándose por su prurito propio, la botánica Britton, que no ve en la semejanza de las plantas razón para no alabar a Dios con reverencia los domingos; junto a Newton, el astrónomo de ojos dichosos y benévolos, Miss Winifred Edgerton que, contra mucho barbudo competidor ganó

el año pasado doble premio por su raro conocimiento en la más altas matemáticas; y llevaba un sombrerito de hombre, como usan este verano las damas, un traje de sastre, que no esconde la gracia del cuerpo y un quitasol de encajes opulentos.

Científicos famosos había muchos: Langley, que por lo general de su saber queda de presidente del Instituto Smithsonian, centro de todos los americanos, ahora que ha muerto, dejando completas sus obras sobre peces, el paciente Baird; Anthony, campeón de la enseñanza directa y científica en las escuelas públicas, por donde ha de salir el hombre nuevo; Alvord, a quien todos acatan por su singular pericia en lo más alto o humilde de la agricultura; Brinton, que está sacando a luz lo que ha podido hallarse de poesía y drama aborigen, y lleva publicado un índice cabal de los libros más notables sobre nuestra América: Maberry, salido apenas de las aulas y ya profundo químico.

Abrió la asamblea, con su palabra pellizcada y lamida, el obispo protestante Potter, y con visible apremio, como si ya les escasease el tiempo para comunicarse sus victorias del año; sus invenciones, sus desfallecimientos, saliéronse todos, después de la plegaria usual, del paraninfo, y cada uno fue al aula de su ciencia, que eran nueve: astronomía, química, física, mecánica, biología, geología, geografía, antropología y estadística. Allí leyeron, cada cual entre los de sus aficiones, los más minuciosos y especiales estudios; éste, sobre los teléfonos de mar; ése, sobre la química del nitrógeno y la facilidad de elaborar artificialmente la quinina; aquél, sobre el corazón de la serpiente, que halla igual al de la rana; uno sobre el sentido del gusto, que en la mujer le parece menos despierto que en el hombre; otro sobre la "morfología de las piernas de los insectos himenópteros", que valiéndose de los cepillos que le dio Naturaleza, se limpian sin cesar, con aseo felino, sus piernas y antenas. Pero cuando Morse, enemigo de melindres y tapujos en las verdades científicas, va a leer, con ardor de sectario, su agresivo estudio sobre la verdad palpable de la Teoría de la Evolución; o el comandante Taylor, con otros más, va a defender, por sobre Tehuantepec y Panamá, la ruta breve y sana del canal de Nicaragua; o James se prepara a discurrir sobre la urgencia de enseñar a los niños el ejercicio industrial en las escuelas; o Brinton, cargado de datos, diserta sobre la aparición del hombre en el Continente Americano, todos los maestros interrumpen el quehacer de su aula privada, y se congregan para oír a estos colegas de palabra mayor.

Aquello que dijo Rabelais, siglos ha, sobre los malos maestros que le pusieron a Gargantúa, a quien hubiera valido no tener maestros tales, porque su saber no era más que torpeza; y hujaldres su maestría, que bastardeaba los nobles ingenios y corrompía toda flor de juventud, fue lo mismo que dijo James al recomendar la eficacia de los ejercicios industriales en la escuela, y confirmó Anthony con brío, sosteniendo la importancia nacional y verdadera urgencia de enseñar las ciencias físicas en las escuelas públicas. ¿Adónde va con su leer, escribir y contar, su gramática que ni entiende ni aplica, su geografía que aprendió de memoria, el americano que deja la escuela a los quince años? Desdeña el trabajo real, o no sabe—por falta de rudimentos—cómo acercarse a él. Es un caballero vergonzante, sin valer para sí ni para los demás, que acaba en escribiente pobre, abogado ruin o estéril clérigo. Lo que pierde el niño, dice James, en aprender letras inútiles y para su país perjudiciales, gánelo aprendiendo, al par que lo útil de las letras, aquellos fundamentos generales de las artes todas, que en sí mismos son ciencia acumulada, y aquella destreza de la mano que le dará fe en sí, disposición para el oficio que después escoja, carácter y orden para aquello a que se dedique, aunque no sea oficio, y afición en vez de desdén a las industrias, que hoy los mismos hijos de los obreros tienen por empleo inferior y villano. Anthony decía lo mismo:—“¡Enciende la sangre ver mascullando verbos, que en la calle conjugará enseguida de manera bárbara, a un niño hermoso que pudiera haber aprendido, en vez del pluscuamperfecto, qué es el calor y cómo puede servirse de él el hombre! Hasta que no enseñemos ciencia en las escuelas, no tendremos a salvo la República.”

Acababa Atwater de recomendar que no se tomara más alimento del que el cuerpo humano necesita, que es a lo sumo un cuarto de libra de proteína, en magro de carne, leche, gluten de trigo, o blanco del huevo,— otro cuarto de grasa, en lo gordo de la carne, mantequilla y el óleo de la harina, y como una libra de carbohidratos, en la maicena y el azúcar: acababa Leeds de explicar que por cada niño que muere de los criados al pecho materno, mueren tres de los que se crían a biberón, y ocho de los que se nutren de otras sustancias, contra lo que apenas será remedio, para asemejarse a la leche de la madre, poner a la de vaca más agua y crema, y hervirla cinco minutos con algún peptógeno; cuando se llevó la atención de la asamblea entera el discurso de Brinton, quien mantiene que el hombre vivió ya en América en la época glacial. Todo se lo demuestra: los útiles humanos descubiertos en los depósitos gla-

ciales; y otros útiles y piezas de cerámica hallados en los montículos de conchas, a lo largo de la costa; los restos paleolíticos desenterrados de los arenales de Trenton; lo extendido del cultivo del maíz de que se han encontrado remotísimas huellas desde el Hudson hasta el Chubut, allá en la Patagonia; lo vario y opuesto de las lenguas de América, que viniendo de tronco común, como demuestra la identidad de los cráneos antiguos americanos, se descompusieron luego de tal modo que sólo lo remoto de su origen puede explicar sus trances y final divergencia: todo, en suma, le prueba que el hombre comenzó a vivir en América hace treinta y cinco mil años. Pero no cree que el hombre naciese de América mismo, “porque no pudo desenvolverse, dice, de ninguno de los mamíferos americanos hasta hoy hallados”: cree que vino de Asia y de Europa por puentes preglaciares:—¡como si la identidad, o semejanzas de los actos, aspiraciones y artes del hombre en países sin relación ni conocimiento, que vemos hoy con nuestros ojos, no estuviese probando que sobre toda la faz de la tierra pudo nacer el hombre a un tiempo mismo!

Sus mismas semejanzas son la prueba de su variedad de origen, a la par que de la identidad de su naturaleza... ¿Qué es eso que exhibe, entre tantos curiosos, el geólogo Kunz? Es una hacha de jade, gigantesca, traída de México: en una cara tiene esculpido un rostro: de ambos lados le han sacado tajos, “uno, dice Kunz, por cada cacique que moría”. ¿Y aquello qué es, que atrae también a todos los maestros? Es la descripción del piromagneto, el invento nuevo de Edison: pone un rollo de tubos delgados de hierro dentro de un círculo magnético, y al precipitar el aire caliente sobre el rollo, se desarrolla en él una corriente de electricidad que por el alambre que rodea a los tubos, va del fuego común de horno o cocina que obre sobre el piromagneto, a la lámpara en forma de luz, o a la rueda motriz en forma de fuerza.

Luego habló Drummond sobre Africa. Estos místicos con la mirada vuelta adentro, quieren conformar locamente el mundo al concepto que en sí tienen de él. Negar lo espiritual, que duele y luce, que guía y consuela, que sana o mata, es como negar que el sol da luz, o que conmueve a un padre la gloria de un hijo; así es negar que, en el desierto tostado como en la cátedra escocesa, son iguales las virtudes y maldades del hombre. Para Drummond, contra lo que narran otros viajeros, ir a Africa es como ver alboreada la bestia humana. Juzga perversión de la inteligencia lo que, por lo mismo que él dice, se nota que es diversidad local. “Medio animal y medio hombre es en el corazón de Africa

el ser humano." Y sin ver que en el orden y correspondencia de la creación van ligados de cerca y con grados paralelos de desarrollo los seres de diferentes reinos que la habitan, cuenta luego que hay valles tendidos a la sombra de cerros selvosc, donde orquídeas gigantes revientan en capullos carmineos y azules, y el verde canta, y la tierra no está cubierta de césped, sino de maravillosas flores. Y no halló monos en estos lindos valles, ni en las soledades lodosas de árboles enanos por donde bajó de la meseta a los ríos.

Pero, ¿qué idea general, qué razón de los orígenes, qué concepto del mundo pareció predominar en las afirmaciones de la asamblea? Antes, con el cuvierista Agassiz, el amigo de Humboldt, resistía en masa la ciencia americana a las novedades inglesas. Después con el canadiense Dawson, el amigo de Lyell, negó, hasta aquel libro de Drapper, que hubiese razón de conflicto entre la historia bíblica y la que cuentan las piedras; ahora Morse dijo, ante el concurso claramente atento, que de donde Darwin puso la ciencia ya nadie la quita, que su doctrina es irrecusable, como la de la conservación de la energía, que los hombres serían menos infelices si conocieran las leyes científicas de su reproducción y mejora, que el dolor del pecado original fue el dolor del hombre al ponerse en pie, al surgir de cuadrúpedo a bímano.

Pero como a la mañana siguiente del discurso de Morse fuese domingo, en el paraninfo mismo donde lo pronunció se reunieron casi todos los maestros, con Drummond a la cabeza, a declarar, so pretexto de oficio divino, "que no hallan argumento contra la existencia y bondad del Hacedor en el orden científico con que indudablemente está compuesto el mundo".

Unos olvidan que en la arrobadora armonía universal toda teoría sobre el cuerpo ha de ir comprobada por una correspondiente sobre el espíritu; otros, ensimismados y soberbios, desconocen aquella relación del alma al cuerpo que no es desemejante de la de la música sublime con el sentimiento que la expresa, ¡y con cuya cuerda precedera no se extingue la música! Todo se afina, se purifica y crece.

JOSÉ MARTÍ

*El Partido Liberal.* México, 1887. Publicado también en *La Nación* de Buenos Aires, el 6 de octubre de 1887.

## 26

## DESDE LOS ESTADOS UNIDOS

## LOS SUCESOS

*El Casino que Vanderbilt regala a sus trabajadores.—Chauncey Depew y Henry George.—Un hombre afortunado.—Un discurso de Vanderbilt y un obispo entusiasta.—Oposición creciente a los inmigrantes.—El Presidente en San Luis.—Incidentes*

Nueva York, Septiembre 3 de 1887

Señor Director de *La Nación*:

Si el Presidente, invitado por el Oeste entero, no anduviera bajo palmas del brazo de su esposa por las ciudades que lo reciben con cordial júbilo, con ferias y procesiones populares, con todas las galas nobles del trabajo; si cerca de San Luis, donde los esposos andan ahora sobre flores, no fuese candidato una dama que goza crédito de buen letrado para el puesto de magistrado de la Suprema Corte de Justicia; si no estuviesen llevando de club en club, con imperiales honores, al dibujante y al dueño del bravo *yacht* "Volunteer", de quilla móvil; que acaba de sacarle en la regata veinte cuerpos al escocés "Thistle", de quilla fija; si no acabasen de sancionar vigorosamente la política de Cleveland los demócratas de Nueva York, que se suponía le eran hostiles por no haber recibido de él suficientes empleos; si no se sintiera en la política visible de los partidos, compuestos ya para las elecciones de otoño, el viento de purificación con que todo partido nuevo, el partido de la tierra pública, de George y McGlynn, orea los establos apestados; si no estuvieran abriendo sus puertas las asociaciones de jóvenes cristianos, las escuelas de noche, los talleres de aprendizaje industrial, las clases sensatas y vivas de Cooper; si no pardeasen ya en montones junto a los ventorrillos de café caliente, los vendedores de diarios, anunciando los primeros fríos, lo más notable de estos días fuera acaso el casino suntuoso que ha abierto el nuevo jefe de la familia Vanderbilt para que lean, aprendan, bailen, se asocien y se distraigan en juegos lícitos los empleados de sus ferrocarriles.

¿Por qué no ha de entreverse un verdadero signo de malestar social en la prisa con que esa nueva cabeza de esa estupenda fortuna quiere encariñarse por actos benévolos con los necesitados que pudieran censurársela? Estos Vanderbilt tienen de Mecenas a Chauncey Depew, ame-

ricano desembarazado y agudo que ve venir para los ricos tiempos torvos. y quiere ponerse pronto con sus acaudalados amigos de lado seguro.

Este Depew, gran orador de sobremesa, es el que desde el pedestal de la estatua de la Libertad, amparándose de la fina lluvia con un casquillo de seda, habló sin caridad y fuera de tiempo, aunque en absoluta justicia, de los desesperados de otras tierras que se aprovechan de la libertad americana para ponerla en peligro.

De un salto, aun en aquellos días de popularidad de Blaine, se puso al frente de la masa inquieta de gentes de caudal que ven discutidos por métodos constitucionales sus títulos a las tierras regaladas a leguas por los amigos complacientes del Congreso; que ven adelantar entre la gente de campo, contra lo que auguraban, esta idea de la tierra nacional, que por el abuso anterior de concesiones del dominio público ha ganado en dos años de propaganda enérgicos conversos; que ven propuesto por el tercer partido del Estado de Nueva York para Secretario de gobierno al que, en consecuencia de la lotería inmundada que con nombre de especulación se juega en la Bolsa, pide que pertenezcan al Estado, como los correos aquí y el telégrafo en otras partes, los ferrocarriles que a su juicio no deben ser propiedad privada porque descansan sobre tierra pública, ni repartir entre un grupo de accionistas privilegiados el producto de los terrenos, de la materia esencial y prima de la vía férrea, que pertenecen por su naturaleza a la comunidad.

Si ágil es George en propalar por el campo entusiasta su doctrina; en retar a sus adversarios económicos a que como Lincoln y Douglas la discutan en público con él, puño a puño, desde la misma plataforma; en aceptar a vuelta de correo el reto de un socialista alemán elocuente que, acusando a George del individualismo humano en que se basa, le desafía a debate oratorio sobre las ventajas que tiene en su pensar el socialismo puro; si es George ubicuo, si atrae a su voz el campo como la ciudad, si recorre el Estado entre muestras de apasionado respeto, no pregonando como dómine, sino respondiendo llanamente a los que le preguntan,—Chauncey Depew, que por la fuerza de su mente ha subido de la más llana condición a candidato nato a la Presidencia de las clases conservadoras de los Estados Unidos, no perdona feria, reunión o simposio donde, explotando el miedo que las bombas anarquistas de Chicago han despertado en el país, no se burle con encono que ya disimula mal, con razones como aquellas que daban los esclavistas sobre la inefable ventura de los negros, de los hombres de piadoso corazón que, viendo

crecer desmedidamente la miseria, quieren, con la política infalible de la justicia, extinguirla antes de que estalle.

“¡Ved a Cornelio Vanderbilt”, decía anoche Depew, como si tuviera enemigos delante, “organizar a los diecinueve años una sociedad de uno, y morir dueño de la mayor riqueza que acumuló con su trabajo hombre alguno! Y George Law, ¿qué tenía, más que un capacho de albañil? ¿Y Daniel Drew, con un par de terneros por única fortuna?” “¡No creáis, responde de lejos George, a los que para demostraros lo venturoso de la condición general os presentan, sacados con pinzas de entre sesenta millones, dos o tres creadores de genio extraordinario, dotados del loco amor de sí, que empuja a los hombres, con poco que la mente ayude y la conciencia se desvíe, a los más altos puestos!”

En vez de un estado social donde unos cuantos hombres excepcionales se levanten por sobre turbas cada día más infelices, ¿no es lícito procurar, conservando en su plenitud los estímulos y el arbitrio propio del hombre, un estado donde, distribuyendo equitativamente los productos naturales de la asociación, puedan los hombres que trabajen vivir con descanso y decoro de su labor?

Bello es ver a un pobre mozo de campo levantarse, como Chauncey Depew, dueño sólo de la centella de sus ojos, a prescindir, sin que el carácter se le endurezca ni la palabra pierda su flor, cinco mil empleados que entre humo y chispas corren, sembrando pueblos, siete mil millas de suelo cultivado. ¡pero más bello será ver levantarse a los cinco mil empleados! Y ¿de qué valen espléndidos casinos, baños de mármol, alfombras de México en las escaleras, candelabros artísticos, librerías que valen mucho, si para poder estar cerca de su labor tiene el empleado que arrinconar a su mujer joven y a sus hijos, a costa de lo más de su sueldo, en un inmoral tugurio? ¡No son hospitales de los ojos lo que necesita la gente común, sino aire limpio para el cuerpo y para el alma; espacio, que ayuda a la honradez; esperanza, que predispone a la generosidad; calma, que es necesaria para la virtud!

Y la escena era curiosa anoche en el Casino. El verlo sólo, mejora: los edificios bellos son verdaderas cátedras. Por entre cuadros y palmas se sube a los suntuosos salones. Casi puede decirse que no tiene Nueva York club de desocupados más amplio y bello que el que Vanderbilt, con ásperas palabras, dedicó anoche en público, acompañado de Chauncey Depew y de un obispo protestante en frac y zapatos bajos, al recogido e instrucción de sus trabajadores.

Y entusiasmó tanto al obispo la ceremonia, que cuando Vanderbilt acabó entre los vítores de la concurrencia reconocida su discurso desgraciado, saltó sobre sus pies, cortó en el aire con el brazo derecho un círculo vigoroso, y propuso tres hurras para el fundador, que fueron coreados de buena voluntad. "Eso doy, tómenlo; jueguen, lean, duerman. bailen, báñense"; tal fue, con pocas palabras más, el discurso de Vanderbilt.

Nada falta, en verdad, para ocupar allí, en gratos y nobles empleos, las horas de ocio. Hay cuartos de leer, con acopio de revistas y diarios. Hay una biblioteca que invita a pensar grande, con escalerillas que se pierden por el balcón de la galería alta, cual por el aire, azulándose como él, se pierden los pensamientos, y en la biblioteca no sólo hay todos los libros de ferrocarriles, sino poesía y novela sana, historia, viajes.

En cuartos alhajados con esmero hay ajedreces, juegos de damas, dominós, pianos. Nada falta al gimnasio ni al boliche, donde las bolas ruedan por sobre madera rebrunida y fina. El comedor, sin ser estirado, obligará a los comensales, con tanto blanco y bronce, a la cortesía. Y baños no los hay mejores. Para los que tengan la noche libre, hay cuartos cómodos. Habrá clases de noche, conciertos y funciones de teatro, comidas solemnes en los días magnos del ferrocarril.

Iban y venían anoche mezclados por las bellas salas los empleados de saco azul, y las damas ricas recamadas de joyas.

En dos puntos se asemejan los discursos que con distinto propósito van pronunciando George, candidato de los reformadores, y Cleveland, aspirante poco menos que confeso a la reelección a la Presidencia que, en su partido al menos, no parece pueda disputarle nadie. Y esta semejanza es la cordialidad con que hablan ambos de la población extranjera, y lo ancho que ven todavía el país, cuando apenas hay asunto más frecuente en diarios y discursos desde hace un año que el de la necesidad de poner coto al exceso de la inmigración.

Los republicanos no la apetecen, por temer que con ella continúen viniendo de Europa los elementos anárquicos que ciertamente tienen azorada a la República: y los trabajadores, que ven en el partido republicano el partido de los monopolios y las concesiones descaradas, su más certero enemigo, concuerdan con él en el miedo al inmigrante, imaginando que según le dicen, corre peligro su salario ya escaso por una

creciente competencia. Así las grandes empresas se sirven de la ignorancia de los trabajadores.

Pero ve mal quien no ve que de todas partes de la República continúa este clamor contra la inmigración excesiva, aunque ayer, con suma habilidad, le dio Cleveland elocuente respuesta, al saludar en la ciudad de San Luis, la rival de Chicago, "una ciudad creada en una sola generación por el trabajo extranjero". El Sur no tiene inmigrantes. En el Oeste ha dado el Congreso a favoritos y ferrocarriles lo mejor de las tierras. En el Este, la abundancia de obreros tiende sin duda a las interrupciones de la labor y a la baja de los salarios. ¿Adónde irán los inmigrantes, si la industria, no aliviada todavía por la tarifa, no adelanta en relación al aumento de trabajadores, si las tierras apetecibles andan ya tan escasas?

¿Adónde irá la República, se pregunta el americano genuino, con estas marejadas de odio que nos vienen de Europa, con estos entes contrahechos, que vienen hablando lenguas bárbaras de las vecindades de Turquía, con estas barcadas de gitanos que llegan aquí sin más aperos que sus tiendas?

De eso viene el ceño con que se recibe toda tentativa de perdón para los anarquistas de Chicago, que van ya a entrar en la vela de muerte, aunque de público se sabe que no está entre ellos el que lanzó la mortal bomba. De eso vienen los partidos que por espontáneo movimiento surgen para protestar contra la inmigración continua en casi todas las ciudades importantes. De eso viene que mirando Cleveland con razón a los inmigrantes sanos como la levadura de la República, no perdona ocasión de adelantar por grados su proyecto de abaratar la vida con una reforma de la tarifa racional, sin poner en peligro las industrias; de recabar para el Estado cuapta tierra se dio a ferrocarriles u otras empresas por motivos oscuros; de abrir al blanco la tierra inútil reservada hasta hoy al indio. De eso viene que ya circule con favor, como tentando la opinión pública, el plan de exigir que cada inmigrante venga provisto de certificado del cónsul, que no dará éste si el inmigrante no resulta ser, bien por el cuerpo pobre o la política envenenada, un gusano que venga a roer la República.

En tanto, Nueva York está contento: la Sociedad contra la Pobreza celebra en Madison Square una feria de hadas, adonde va Nueva York entero, atraído por los villorrios alegres y juegos ingeniosos con que

las fieles secuaces de McGlynn, en sedas y terciopelos, levantan fondos para pelear por las vías de la Constitución contra las causas de la pobreza: allí se vota por el periódico más leído, por el político más popular, por la mujer más hermosa: Rebeca guarda el pozo, una niña protestante cuida unas ovejas: confúndense en verdadero entusiasmo, con simpatía no limitada ya a los humildes, las menos amigables religiones.

Un velocipedista que dio la vuelta al mundo dice en una conferencia descosida que notó en su viaje como los pueblos que consunen más licor son los predominantes; se burla del manso hindú, y como prueba de la bondad del licor presenta al Jat fiero, traidor a la India, amigo del inglés. Un diputado rico, que por su fama de chistoso ha malogrado su carrera, pronuncia una conferencia humorística sobre Turquía; y no halla impropio de su decoro de legislador iniciarla con un pronunciadísimo *salaam*. Un chino, vestido de mandarín, va a ir por los pueblos explicando en inglés por qué se ha convertido a la religión cristiana.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 9 de noviembre de 1887

## 27

### POSTRIMERÍAS DEL VERANO

#### PRINCIPALES SUCESOS

*Tres convenciones.—Los dos chimpancés.—La convención de sordomudos: los debates.—Elecciones, discursos, bailes, amores.—La ley de herencia.—Convención de sociólogos: ideas sobre el arte del censo.—Carácter e importancia de los censos.—Problemas actuales.—La convención de los “prohibicionistas”.—Los enemigos del tráfico en licor.—Su importancia política.—Su programa.—Apuntes sobre la situación política: sus cambios y corrientes*

Nueva York, Septiembre 4 de 1887

Señor Director de *La Nación*:

Ya se vuelven a Europa los duques pobres que vienen aquí todos los veranos a buscar esposa acaudalada;—ya Saratoga, Bar Harbor y Richfield cierran sus hoteles, y abre sus sotos el aristocrático Tuxedo, donde los neorricos imitan las habitaciones, cacerías, vestidos, juegos y hablar hondo y deshuesado de los nobles de Inglaterra;—ya el partido demócrata, azuzado por el nuevo partido del trabajo, acuerda el modo de aparecer ante el país como reformista decidido de la tarifa en el próximo invierno, como ansioso de devolver a la República las contribuciones que el erario cobra hoy innecesariamente de ella;—ya en el Sur terminó con una paz que parece guerra, la cuestión suscitada en el Estado de Georgia, sobre si deben educarse juntos los negros y los blancos, o cada raza en su universidad, como por fin se ha decidido;—ya, por la ley fatal de la aglomeración de lo semejante, que prevalece en la formación de los cuerpos como en la de las naciones, están para juntarse en las mismas manos las dos redes ferrocarrileras de más fuerza en los Estados Unidos, la del “New York Central” y la del “Baltimore and Ohio”, puesta al morir por el descuido del principal de sus dueños, que emplea la fortuna acumulada por su padre, rueda a rueda, en levantar baños de plata y tener la percha llena de sombreros;—ya dicen que se rinde el pobre viejo Colorow, que al verse robado e injuriado por los brutales vaqueros que merodean en sus tierras, al ver que le quitaban a su tribu las tres mil ovejas que la sostienen, y el caballo querido, último símbolo de su libertad, se alzó en guerra por un monte cercano con sus *squaws* y sus bravos, y ahora que ve la opinión a favor suyo se le entrega, como si hasta su desaparición debiese el indio dar prueba constante de aquella mezcla de astucia y valor que distingue a su raza:—

¡nosotros, allá en nuestra América, la tenemos sofocada torpemente, pero no la hemos asesinado!

Y se están preparando grandes fiestas. Los bomberos veteranos, los voluntarios de camisa roja y casco de hule, se van en colosal gira, a pasear por las ciudades del Oeste. Washington está de gala, honrando, aunque sin aquella abundancia del latino, al congreso universal de médicos. Los alemanes disponen extraordinarias ceremonias para celebrar el comienzo de las obras de su enorme gimnasio, que será como universidad de los músculos, donde éstos se fortalezcan con el ejercicio para soportar su salud los sacudimientos, agonías y anhelos del alma. Los trabajadores ordenan la más imponente de sus procesiones para dar realce al Día del Trabajo, que este año por primera vez es de fiesta por ley del Estado. Y en Filadelfia, adonde hoy se vuelven todos los ojos, completan el programa solemne con que, en paradas, festines y cuadros históricos, celebrará la ciudad sacra el centenario del nacimiento de esta Constitución que aún rige en los Estados Unidos, y a la que, a pesar de sus prácticas liberales de tres siglos, no llegaron sin choques, odios y rebeliones semejantes a los que, con tardanza explicable por lo diverso de los antecedentes, inquietan ahora a los Estados de la América del Centro.

Pero eso será mañana. A todo iremos: al Turn-verein de los alemanes, a la procesión de los trabajadores, al congreso de médicos en Washington, a las fiestas de la Constitución en Filadelfia. Hoy hemos de asistir a tres convenciones famosas:—la de los sociólogos; la de los “prohibicionistas”, enemigos de la fabricación y venta de licores, y la de los sordomudos. Como trescientos sordomudos de cuna, capaces en virtud de su educación de ganar por sí la vida, allí se reunieron—padres, esposas e hijos—a regocijarse en su rescate, a conocerse, a levantar una estatua al sacerdote que trajo aquí la manera de enseñarlos.

¡Apenas hay espectáculo más angustioso que el de la luz presa, que el de la inteligencia humana presa! Aquí exhiben ahora, suponiéndoles, sin razón, madre humana, dos que parecen chimpancés, de pocos meses: no sacan los brazos del talle de la negra que los cuida, a quien constantemente acarician, con una ternura dolorosa; pero se siente un malestar invencible, uno como dolor del juicio, cuando se ve el pensamiento caótico bajo aquel cráneo acocado, por aquellos ojos suplicantes y mortecinos, por aquel ademán con que se llevan la mano velluda de uñas carmesíes al cráneo casi mondo, como si quisieran aliviar en él la idea que pide vida:—¡así miran los presos!

Los sordomudos celebraron su congreso en la sala de ayuntamiento de Siracusa. La tiniebla tiene pocas fiestas, así que en cuanto lució el sol señalado, se juntaron en la ancha sala, en grupos que hacían pensar en los astros vacíos. Se entendían con los dedos, que subían y bajaban por el aire en mil figuras, como es fama entre duendes que suben y bajan los *kobolds* traviesos por las chimeneas de las cocinas de Holanda. O bien tenían conversación tirada con los músculos del rostro, de un tinte como de luz, albo y misterioso, acaso por el esfuerzo del pensamiento en salir a ellos.

De pronto todos se saludan, se apartan, se sientan, porque por las privaciones del aire han conocido que el presidente acaba de abrir la sesión, dando con el puño cerrado en la mesa. El presidente, sordomudo por de contado, es periodista, es director del *Deaf Mutes Journal*, donde todos los afligidos del mal hallan guía y consuelo.

Dos días duró la convención, e hicieron en ellos cuanto en las convenciones se hace. Eligieron, debatieron, protestaron. Cuando la confusión era excesiva, y todas las manos andaban por el aire, el presidente daba con la palma izquierda sobre la derecha. Un sacerdote protestante, de voz sonora, dice un discurso que a la par de él va otro sacerdote sordomudo interpretando. Otro protesta en un informe nutrido, contra el profesor Bell, “que osa decir que entre los sordomudos no debe haber matrimonio, por las fatalidades de la herencia”. “¿Y nuestro amigo Risley—replica el informe—que habla como el que más, y es hermoso de cuerpo y de buena salud, siendo su padre y madre sordomudos?: ¡más vale no tener lengua que emplearla en negarnos la luz del alma!”

De los intereses de su gremio discutieron: de que hay entre ellos artesanos, artistas, libreros, sacerdotes; del plan para costear un monumento en memoria de Gallaudet, que trajo a América el modo de educar a estos desgraciados. Estuvieron, después de la convención, de convivialidades y recibos, y el mejor de éstos fue un baile, cuyo instrumento único era un violoncello, al acorde del cual llevaban el compás, transmitido por el aire, muy gallardamente.

Por fin, no sin sembrar amores, se apartaron. En lo más solitario del andén se veía en la mañana de la despedida un grupo triste: se estaban diciendo adiós dos almas que acababan de conocerse. El, conteniendo mal las lágrimas en los ojos azules, se lleva varias veces la mano al corazón; ella, por no enseñar el rubor, no levanta la cabeza: él, como preguntándole si sabe dónde nace la luz, le toma al fin la mano,

que acaricia en la suya largamente: ella, ya al venir el tren, alza los ojos, mueve, diciendo que sí, los dedos trémulos; y ya va el tren lejos, lejos, cuando todavía dos pañuelos se hablan por el aire.

“Decimos, señores, que no podemos dar fe entera a los censos. La estadística está todavía en pañales. Debemos clasificar más, escudriñar más, dividir de tal modo las preguntas en subpreguntas y comprobatorias, que el interés, pasión o desidia de los que dan datos sobre sí y sus asuntos, no haga caer al censo en deducciones tanto más peligrosas cuanto que se las tiene, por una fe romántica en la infalibilidad de las cifras, como base segura para determinar sobre las grandes cuestiones sociales, sobre el peligro o beneficio de mezclar las razas, los empleos que aumentan o aceleran la locura, la edad que ha de requerir la ley para tales o cuales funciones, el modo en que se debe distribuir, para que sea equitativo, el producto del trabajo, la inmigración a que se debe abrir o cerrar las puertas.”

Eso decía ayer en Saratoga, Carroll Wight, de Massachusets, tachando de imperfecto el último censo norteamericano que reputan famoso, ante el congreso de ciencia social, reunido para tratar de cuanto atañe a su averiguación y mejora: de reformar las leyes de modo que concuerden con el país a que se aplican: de dirigir la educación de manera que prepare a los hombres para vivir sin ahogo en la patria en que nacieron: de inquirir la verdad sobre las relaciones entre el capital y el trabajo, que urge saber cómo realmente sean, para que los abusos de aquél y las ilusiones de éste no tengan al país, como hoy lo tienen, alarmado e inquieto.

¿Para qué, sino para poner paz entre los hombres, han de ser los adelantos de la ciencia? Véase cómo libran ahora su batalla los reformadores, a cifras del censo: por eso el censo ha de ser nimio y veraz, para que no se funde esperanza o ley alguna sobre engaño. Ahora está en pie la gente obrera norteamericana. Demanda cambios esenciales en la organización social. Que sufre, es cierto. De alguien será, pues, la culpa. Es preciso que el censo investigue cuánto emplea el empresario, cuánto recoge del trabajo de sus empleados, cuánto paga a éstos, así como otros detalles que impidan al uno dar menos de lo que en justicia ha de dar, y al otro pedir más de aquello a que su porción de trabajo y la especie de él le dan derecho. Y el capitalista debe decir a verdad, porque sí, por ejemplo, calla que alimenta su empresa con

capital prestado, y sólo confiesa el suyo propio, resulta una proporción falsa entre lo producido y lo empleado para producir, que aparecerá menos de lo que en realidad es, dando así derecho a que el obrero crea fuera de toda relación el producto que saca él de su trabajo con el que, por confesar menos de lo que emplea ciertamente, parece que saca el capitalista del suyo.

De eso hablan: del ejercicio industrial en las escuelas; del modo de unificar las leyes de comercio y matrimonio sin atentar a la independencia que asegura a los Estados la Constitución; de la influencia que en la especie y número de los crímenes y en la inmundicia de las costumbres tiene el hacinamiento de las masas pobres en edificios enormes y hediondos, donde se vive en peste de alma y cuerpo.

Y entre los sociólogos, por de contado, hay dos damas, maestra la una en Nueva York, y la otra en Princeton. Lo cual no ha de creerse que sea dote exclusiva de este país sensato; porque de penitenciarías y de derecho internacional, por ejemplo, no hay quien sepa más que Concepción Arenal, una española, a quien, poco después de haberla premiado con medalla de oro Dinamarca por un libro admirable sobre cárceles, halló un visitante respetuoso zurciendo medias.

En Siracusa también, como los sordomudos, se reunieron, con sus cintas blancas en la solapa, con su roseta blanca sobre el generoso seno, los caballeros y damas que de todas partes de los Estados Unidos, del Oeste, donde triunfan, del Sur, donde se abren paso, vinieron al pueblo vecino de Nueva York para repetir su determinación de trabajar por la moralidad de la vida, y como raíz de ella, por la supresión del tráfico en vinos y licores.—“¡Venimos a pelear contra el reinado del ron, que con su riqueza que trae siempre el satisfacer los vicios, tiene comprados o sujetos a los partidos que no pueden triunfar sin su influjo y la magnanimidad de su apoyo! ¡No puede salir virtud, decimos, de un triunfo que se compra con el producto del vicio!” Y otro dice, subido por la fuerza de la oratoria sobre el asiento de su silla:—“Ha habido una nación conocida en el mundo con el nombre de “narices atravesadas”; a nosotros nos va a llamar pronto el mundo con justicia, la nación de las “narices rojas”.

El congreso fue un hurra continuo, y ardía en él doblemente el entusiasmo que inspiran las revoluciones religiosas. ¡Dueños otros pueblos sobre glorias pasadas, o esperanzas que no tienen de...

alimentar los que no las cultivan! ¡Aquí, según el consejo de Franklin, nadie fía en otro para hacer las cosas, sino que las hace por sí mismo! Por un lado, es ala el hombre, que mira al cielo; y por el otro es hocico, clavado en la tierra: hay que empujar perennemente el ala.

Así dicen en su programa estos mil ochocientos entusiastas de Siracusa:—"Sin honradez privada no hay república segura. El tráfico en bebidas es un enemigo del hombre, una maldición para la casa, una carga para la sociedad, un crimen contra la Naturaleza y el Estado. El que vende un voto y el que lo compra son ambos criminales contra la República, y deben ser desposeídos por la ley del derecho que emplean en corromperla. La mujer, que sabe más de virtud que el hombre, debe tener el mismo derecho de votar que el hombre tiene."

Pero algo más dijo la convención de los "prohibicionistas", esperanzados, ya que no en vencer de lleno en la contienda presidencial, en reunir por lo menos tantos votos que por el interés de ellos tenga que comprometerse a realizar en leyes sus demandas el partido que sin el voto prohibicionista no pudiera alcanzar la victoria. Y este poder medrador de los partidos menores, no extraño en las repúblicas, es de más importancia ahora, cuando la aparición pujante de los obreros como cuerpo político demuestra que el partido que pierda el grueso de los votos de la nueva agrupación, bien podría verse obligado a reponerlos con los que los prohibicionistas le trajesen, siempre que, contra lo que parece probable, en el Este, al menos, fueran más los enemigos del tráfico en bebidas, que los miembros que por oponerse a él perdiera el partido; ¡y cuántos son, aquí donde los partidos antiguos tienen por puntales—después de los monopolios y los empleados—las cervecerías!

Por ahí van las corrientes políticas. Los demócratas ven con susto que en el Estado de Nueva York, sin el cual no pueden triunfar, lo más de su voto, que era de los obreros, parece mudarse irremediablemente al nuevo partido del trabajo, lo que les pone en situación desesperada, y necesitados de extraño concurso.

Los republicanos, contentos de una parte por esta merma en las fuerzas de sus adversarios, quisieran ver otra, ya que en ellos se tiene poca fe como partido de reserva, ver esparcido en agrupaciones diversas el voto de los trabajadores que, si se junta, ha de ser incontrastable.

Los prohibicionistas, que en las mujeres del obrero tienen sus secretarios más vivencidos y ardorosos; que ven cómo crece, invadiendo la iglesia y la ley, el cuerpo organizado de los trabajadores; que com-

prenden la necesidad de acatarlos para atraerlos, y de engrosar con ellos sus filas para darse peso en sus ligas con el partido que solicite sus votos, determinaron redondear su programa con declaraciones de simpatía absoluta con el elemento obrero; y como que en éste se señala el deseo de restringir la inmigración, también en eso han querido halagarle, e ir más lejos que el partido mismo del trabajo, presentándose como abogados de una ley restrictiva de la inmigración, que ya asusta con una angustiosa competencia a los mismos que ayer vinieron aquí como inmigrantes, y no ven más medio de mantener sus jornales al tipo actual que cerrar a los que sufren de lo que sufrían ellos ayer las puertas clementes a que ellos llamaron.

Abocados ambos partidos, el republicano y el demócrata, a una descomposición irremediable, sin que les quede más medio de imperar que abrazarse a la virtud, que vuelve a estar en boga en esta época de muda, es fácil ver que puede tocar puesto importante en los nuevos arreglos de las fuerzas nacionales a un partido basado en la honradez, que en el Oeste acaba de acercarse al triunfo, que se pone al lado de la masa obrera, sin los extremos que pueden alejar a ésta de la victoria a que parece encaminada, que pelea con la exageración indispensable en las reacciones, contra la bestial embriaguez, contra "el enemigo público".

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 16 de octubre de 1887

28

EN LOS ESTADOS UNIDOS

*Días de fiesta y días de trabajo.—Procesiones pintorescas.—Los antiguos  
bomberos.—El gran Turn-verein.—Niños alemanes.—Obreros*

Nueva York, Septiembre 7 de 1887

Señor Director de *La Nación*:

Ha nacido un día nuevo. Cada época se pone en una fiesta que la representa y refleja sus ideales. Naturaleza, en todas partes igual, celebra sus mudas, con uno u otro vestido, en todas partes, ya libando la sangre de las uvas, ya segando la garganta del cordero.

Pero ahora se entra en tiempo en que el hombre obra por sí, y no como obraba antes, por apoderado; en que la vergüenza no es ser menestral, sino no serlo; en que se muestran capaces de gobernar el mundo los que lo construyen. Jamás llegaron a fiesta pública, fuera de aquellos que la pasión exagera y deshace, sino aquellos sentimientos potentes que de vez en cuando, como energías volcánicas, levantan los pueblos, y quedan para siempre visibles en ellos, como los montes en la tierra.

Así, aquí, donde por todos lados, como si acudiesen al clarín de cita, asoman el rostro enérgico los obreros; donde se coligan todas las fuerzas reales del trabajo contra los que tienen la libertad a punto de morir con sus corruptelas, sus robos y su holganza; donde el trabajo se da cuenta de sí, se reconoce como eje del mundo, y ve que sin él, sin el brazo, sin el martillo, sin la rueda, todo se estanca y desbarata; aquí, al fin del siglo libre, que es como se llamará este siglo luego, por lo que ha trabajado para serlo, los trabajadores han obtenido de la ley que les señale, tal como hay un día para poner flores sobre las tumbas de los soldados que defendieron la patria, otro día para celebrar el trabajo que la mantiene.

Y no se ha escogido el día cuando el frío hostile cierra las almas, como cierra la noche las flores sensibles; no cuando el cielo está negro y ceñudo; no cuando caen las hojas; sino cuando, como en símbolo de la humanidad oreada, lo viste todo de fiesta natural el aire azul de Sep-

tiembre, limpio de miasmas, cuando el sol desvía de la tierra sus rayos más crueles, como si así la fiesta del trabajo indicase que ya el hombre deja atrás sus mayores torturas.

Hoy ha sido día de fiesta. Avida la ciudad, aprovecha el día inesperado de reposo: alegre el cielo parece lleno de espíritus vocíferos que invitan a la animación y la alabanza: por espontánea simpatía se han dado cita, en tres diversas procesiones, el heroísmo, la juventud y el trabajo: Nueva York, hosca y parduzca, parece un cesto de flores.

¡Allá van las madres, con sus hijos pomposos en todo su lujo, con el varón de marinero, con la niña mayor vestida de blanco, que es el único lujo propio de los niños, a ver pasar en la procesión al padre endomingado, que montará a caballo, que llevará una banda al pecho, que cargará un estandarte, que en su tarea de maquinista, de librero, de excavador, de albañil, pone el del hombre cada día más alto! ¡Allá van las novias, olvidadas de coquetear en esta mañana de mayores triunfos, a saludar desde las aceras a sus enamorados, a llegar a tiempo para que les den puesto en los carruajes donde han de ir de reinas de la procesión, a tomar su lugar en el taller rodante de costureras, de cigarreras, de engomadoras, que han de lucir en el séquito, llevadas sobre carros, engalanadas con las banderas nacionales!

Pero, ¿qué trompetas, qué rodaje, qué músicas suenan por allá abajo de la ciudad, que no son las de los trabajadores?

Son los héroes del fuego, los bomberos veteranos de antes, aquellos voluntarios valerosos, escogidos de entre lo mejor de la ciudad, que cuando no tenía Nueva York los bomberos diestros y disciplinados de ahora, a tanto por mes, acudían en algarada celosa de los bancos donde se ejercitaban en los cambios, del bufete en que despachaban el pleito, de la bolsa donde sacudían millones, a apagar el incendio del palacio o el tugurio, vestidos de camisa encarnada, cubiertos con gran casco de hule, llevando a rastras, por sobre cuanto hallaban al paso, la bomba de bronce y de níquel, pugnando, a puñetazos y a balas a veces, por llegar los primeros.

Luego vino la bomba de vapor, que no parece obra de hombre, sino alma de montaña que en vez de ir a afrontar el incendio sobre la superficie, huye de él en las entrañas de la tierra. Luego vino el perfecto

servicio de mangas y escalas, el tener las estaciones provistas de juegos ágiles de botones eléctricos, el precaver de modo que cuando el botón anuncia llamas, ya salen los caballos, libres de su cadena por el mismo aviso, a uncirse el arnés que día y noche cuelga esperando ante la puerta abierta. Ya aquellos bravos abogados y médicos, banqueros y bolsistas, que en los celos y codeos de las antiguas compañías y en sus reñidísimos debates, aprendieron mucho de aquella arte humana, con la que—más que con libros y con imaginaciones—se gobierna a los pueblos; aquellos que mimaban como a novia la bomba de su escuadra, y la solían vestir de plata y oro—hoy reemplazados por los bomberos de paga, no menos heroicos, sólo se reúnen, como en este día bello, para conmemorar aquellas riñas, rebatos y humaredas, o para ir cual van ahora, con la bomba que domó entonces más llamas. a pasear, seguidos de la simpatía pública, por las ciudades nuevas del Oeste.

Y ¿aquel canto que por lo alto de la ciudad se oye, que parece lo entonasen a la vez miles de niños? ¿Qué es, que parece ala que cae sobre plata? Son niños de veras, los hijos de los alemanes, que con todas las sociedades germánicas de música y gimnasio a la cabeza, con el sacerdote que va a rezar la plegaria, con el poeta que va a decir su oda, se encaminan al ancho solar, de roca recién abierta, a celebrar con himnos, con saludos, con todo el estruendo de las almas alegres y los orfeones, la colocación de la primera piedra del magno edificio donde, entre coros para mantener el alma en alto y libros para aprender y consolar la vida, tendrán los alemanes de la ciudad todos los juegos físicos con que la docta raza germana ejercita el cuerpo—para que el espíritu no lo arrebate y trastorne, para que el pesar no lo desconsuele y abrume, para que la salud de la fibra le dé ejemplo y certeza de la del alma—en los salones de orden, regocijo y música que ellos miran como su patria en los pueblos extraños;—en sus bulliciosos Turn-verein.

Pero es en Broadway, en las plazas centrales, en Union Square famosa por sus juntas públicas, en las aceras cuajadas de cordial gentío, en los postes del telégrafo, faroles y árboles de toda la línea, en las cornisas de las casas, en las torres de las iglesias, donde está Nueva York viendo pasar, desde hace ya tres horas, los veinticinco mil trabajadores. ¡Allí, ante la humanidad triunfante, olvidábase el destierro, que es un egoísmo! ¡Allí, ante tanta fuerza, se veía a los hombres inquietos, como ganosos de ponerse en marcha! ¡Allí se curaban los enfermos, de ver

tanto hombre sano! ¡Qué robustez! ¡Qué viril ingenuidad! ¡Qué encanto en aquellas sonrisas! ¡En aquellos pasos, qué anuncio! Hablaban poco, como si se fueran sintiendo consagrados.

Ya hemos visto procesiones como éstas. No son los alquilados hacchones que a gran costo pasean los viejos partidos en las campañas electorales para hacer creer, por el número de sus procesionarios, en lo poderoso de sus fuerzas. Son los que tunden, levantan y sajan, en los quehaceres recios de la vida; son los que abren al hombre el camino, y aún no disfrutan la paga ni el respeto que cumple tributar a la avanzada de los hombres; son los esposos, los padres, los novios, de las que desde las aceras los vitorean, los saludan con pañuelos, los saludan, levantándolos en alto, con sus propios hijos; son los que han dado a bordar a sus mujeres palabras nuevas sobre los estandartes blancos.

Si decimos que son veinticinco mil, en escuadrones, con sus jefes a caballo, con sus músicas, con sus carros alegóricos, con sus carruajes llenos de niñas y de ancianos ¿no se está viendo pasar aquella grandeza? Desocupada la policía, no halla donde dejar caer la maza que blande, en la multitud henchida de aquel impalpable rebelde: el derecho. En sus estandartes va escrita su historia, su esperanza, su pena: quieren ver a sus hijos al sol:—“¡Que el trabajo no dure más que ocho horas!” Quieren salvar a sus hijos de la peste:—“¡Que se abran más parques!” Quieren defender a sus hijos de la corrupción, la angustia y la avaricia:—“¡Que se prohíba el trabajo de los niños!” Quieren demostrar que ya se acabó la época tiránica de los procuradores:—“¡No descansamos en hombres, sino en principios!” Quieren enseñar que son capaces del triunfo:—“¡Respetemos a todos: no temamos a nadie!”

Así pasan, con orden marcial, todos los gremios detrás de sus banderas:—los carpinteros, con un colosal cepillo por insignia; los peones de albañil, con camisas de lana blanca y sombreros negros; los canteros, con delantales de lona, y un grupo de ellos que iba rompiendo cantos en un carro; los panaderos alemanes, que por mostrar desavenencia con los antisocialistas que George capitanea, pasaron ante él, con el pabellón socialista a la funerala; los revocadores, con sombreros blancos como el yeso que manejan; los albañiles, con una casa a medio hacer sobre un camión embanderado; las cigarreras, en treinta ómnibus, y niñas en un carro, vestidas de indias, recogiendo tabaco; los floristas, con un monte de flores; los cajistas, con banderas azules; los cervecedores, con hebra de trigo y lúpulo en los fieltros grises; los herradores, con una he-

radura roja en el delantal de cuero; los boteros de los canales, con un bote como aquellos en que los sorprende en el canal brumoso la mañana. Y cada grupo su enseña ingeniosa. Al fin, como una súplica más honda y elocuente que las palabras, un grupo de niños vestidos con miseria, y detrás, como pidiendo la libertad del aire y de la luz, un carro que imitaba un parque pequeño sembrado de árboles.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 26 de octubre de 1887

## LAS FERIAS CAMPESTRES

*Sucesos principales.—Maquinaria agrícola.—La política en las ferias.—  
La cura por la fe: un santuario de creyentes.—El milagro en nuestros  
días.—La hermana Peterson.—Fuerza del campo.—Los anarquistas de  
Chicago: se confirma su sentencia.—Mujeres heroicas.—La novela de  
Nina Van Zandt.—Los presos*

Nueva York, Septiembre 22 de 1887

Señor Director de *El Partido Liberal*:

Estos son ya los últimos Congresos de estos meses, los que celebran en enormes ferias agrícolas los campesinos; en cada centro de tráfico se celebra una. Ni un duque inglés, feo, calvo y de poca caballerosidad en sus fáciles amores, obtuvo semanas pasadas tanta atención entre lo más advenedizo, por supuesto, de la gente rica en un pueblo de baños, en Nueva York;—ni las fiestas de los judíos, las fiestas del Rosh Kasha-nah o Año Nuevo, en que se confunden por tres días en el templo y en la casa criados y señores;—ni el príncipe hindú, vestido con ropas de oro y turbante blanco, que pasea con las familias de los magnates por parques y avenidas;—ni la briosa escena en que con aplauso unánime le niega un juez el derecho de naturalización americana a Most, el anarquista que solicita entrar en la patria para trabajar más seguro contra ella;—ni el artículo notable del chino Wong Chin-Foo, que se resiste a mudar de religión porque, con abundancia de razones y resultados, cree la suya superior a la cristiana;—ni la Langtry, de tez de nácar, que ha vuelto;—ni el cuadro de Detaille, la conmovedora *Defensa de Champigny*, que campea en el Museo como un soberano, ocupan tanto la mente pública como esas grandes fiestas campesinas, donde, antes de que el año se entre en nieve, vienen a verse, a comprar, a beber ciudad, a oír política, los moradores de los condados de la redonda. A una, a la de Nenburg, van como veinte mil: más a la de Lyons; más que a todas a la de New Jersey.

De tres días a una semana dura en cada una la fiesta; por los caminos no se puede andar, llenos de carruajes; mercan, curiosoan, entran en rifas, se empeñan tercamente en salir con ventaja en los juegos fraudulentos que allí, ¡lo mismo que en nuestras tierras!, llevan, disimulando la ruleta, los estafadores. Son grandes áreas, casi siempre alambradas,

y como exposiciones al aire libre, donde el tablado para el baile se alza, jamás desierto, entre un concurso de pollos y un ventorrillo de salchichas. Una cuadra está llena de máquinas y útiles agrícolas, y el que quiera adelantar su campo, venga acá en septiembre, a ver las ferias, porque allí las casas rivales tienen en juego todo su muestrario; uno ara, otro trilla, otro descascara, otro muele el maíz, otro desmenuza el forraje, otro saca azúcar. En el concurso de las viandas ganó una calabaza, de doscientas cincuenta libras, cultivada por los presos de la Penitenciaría de Essex. Los gallos más altos, de tamaño trágico, eran los *shangais*, que comían el grano de la boca del barril: y los *bantams*, de exquisita finura, son tan menudos que hay que darles partidos los granos de maíz.

Pero cuando la feria triunfa es a la llegada de los caimacanes de los prohombres políticos, que, como el novio cuando está para merecer, salen por todas partes al paso de su voto, que es su dama. ¡Cómo viajan de una a otra feria, como con alas, demócratas, republicanos, amigos de la tierra libre, prohibicionistas! Unos, como George, encienden con energía religiosa el entusiasmo simpático y puro, propio de los primeros años de un partido nuevo: otros, como Sherman, el candidato de muchos republicanos a la Presidencia, trata con solicitud, en él no nueva, del modo de hacer de Nueva York, a fuerza de remolacha, un gran estado azucarero, lo cual, yendo como él va, de candidatura, es tanto como convertir la remolacha en votos; otros, como el diestro Hill, el gobernador del Estado de Nueva York, pronuncia hábiles discursos en que explota, con arte maravilloso de demagogo, las preocupaciones arraigadas en el campesino, levanta como sin querer el miedo a lo que recomiendan sus adversarios políticos, y con cortesía de forma, como la de pedir que supriman el vino en un banquete, halaga a los partidos menores, de cuya ayuda pudiera necesitar cuando, a pesar de lo que repelen su polítiquilla de interés las gentes de influjo, pudiera conseguir que, en estas elecciones o en las próximas, le proclamen los demócratas candidato a la Presidencia. ¡Dan pena, esos criados del voto!

No lejos de este bullicio se levanta, animada en un bosque de *maples*, una ruinoso casa de madera; han reunido la casa y el corral con una tienda de lona, como la de los circos; y aquél es, en el silencio del bosque, sin más ruido que el lejano de un canal por donde bajan como con alma las maderas, el Santuario del Monte Zion, donde vienen a orar todos los septiembreros los que creen por aquellas cercanías que con

la fe se curan las enfermedades del cuerpo, y con el unto del óleo sagrado. En Boston hay muchedumbres de creyentes en estas curas milagrosas, que llenan en sus juntas, juntas de lágrimas, plegarias y exclamaciones, los grandes teatros. En Brooklyn no hace mucho estaba repleto un lugar de asambleas: las mujeres lloraban; gente de buena fe rezaba en voz alta; un ex cojo ostentaba la pierna devuelta. En Nueva York, frente mismo al Parque Central, hay un Hospital de Curas por la Fe, que acaso no son más que el hábil aprovechamiento de la imaginación en los disturbios físicos que de ella nacen, o se agravan por ella.

Partidos políticos en boga no pueden a veces allegar el gentío que en aquel recodo de selva atrajo esta fe. Eran como mil, mujeres y hombres, aunque por allí no pasan muchos caminos. Grandes carteles rojos dicen en la puerta: “¡Venid a Jesús!” “¡Tened fe en Dios!” El templo, que la luz tamizada por la lona llena de claror espectral, rebosa de gente que oye atenta, con la frente apoyada en el respaldo de la silla delantera, la historia que les hace, en lenguaje llano, de su conversión la hermana Peterson, dama de campo, de no mal parecer, que vive cerca, en otro rincón de árboles, donde ella y su marido, partiendo como los rusos los trabajos, tienen una casita blanca que mira a la bahía. Cuando la oradora se deja arrastrar por un párrafo fervoroso, el auditorio se humilla, como las ramas cuando pasa el viento: se oyen suspiros, sollozos sofocados, “loado sea Dios”, y amenes entrañables. La asamblea empieza cantando himnos. “¡Levántense los que tengan algo que pedir, que los dones del Señor son libres!”, dice la hermana Peterson: muchas mujeres se levantan, a demandar al Señor esto o aquello para el pariente enfermo, para el amigo extraviado; un hombre se pone en pie, sin que le deje hablar el llanto; quiere que el Señor le cure a su hijo que agoniza. “¡Levántense los que quieran dar gracias a Dios por los beneficios recibidos!” Y se levantaron muchos más que los que tuvieron súplicas que hacer; se llenó de hombres y mujeres en pie la tienda de lona, tan súbitamente como a la primavera se llenan, en los países fríos, de florios árboles de lilas. “¡Levántense ahora los que tengan milagros de cura que decir!”

Diez, veinte, treinta curados por la fuerza de la fe se levantaron a dar su testimonio. “A mí me ahogaba el hígado, y ya me deja vivir.” “Yo me moría de consunción, y ahora respiro y trabajo.” “Mi mujer dijo un comerciante transeúnte, se curó, por el rezo, de un mal viejo; y luego se rompió el brazo al bajar de un vagón, y con el rezo se le soldó, porque no quiso llamar a cirujano. Aquí están siete de la familia, que

se curaron por la oración." Y los siete se pusieron en pie. "Y yo tenía la piel mala, recé con fe, y las lacras se me han ido." Pero el negociante no fue quien conmovió de veras al auditorio, sino una mujer del campo que con acento concentrado, hondo, brusco, pintó su amor a un hijo, que se le moría en manos de médicos; hablaba entre gemidos; pocos ojos estaban allí secos; "hasta que resignada a la voluntad de Dios, entregada de corazón a lo que quisiese hacer de mí, le dije de rodillas: ¡llévate, Señor, si es tu voluntad! ¡Y me devolvió mi hijo! ¡Gloria a Dios!" exclamaba al sentarse; y hombres y mujeres, sacudiendo en alto los pañuelos, "¡Gloria a Dios!" decían en coro, abrazándose, sollozando; los aquietó la hermana Peterson entonando un himno. Se puso en pie una niña de diez años, que con la fe curó de la escarlatina, y pidió a la congregación que orase para que le volviera el oído.

Eso ven, meciendo su ramaje como el aire mece las barbas lenguas de aquellos creyentes, los *maples* que esconden el santuario a la vista del camino. Tienen al día tres juntas. Vienen al templo por una vereda que atraviesa un cementerio. Por un paso casi oculto en el monte se baja a la bahía, donde sumergen de cuerpo entero a los bautizantes. Dos sacerdotes del campo se bautizaron ayer. El cielo y los altos árboles reca-lientan en el hombre el culto mortecino.

Mujer es la sacerdotisa del santuario de Zion; una mujer, de crédito entre los abogados, solicita los votos del Estado de Nebraska, para un puesto en la Corte Suprema de Justicia; mujeres son las que, con muerte en el alma y circulares en las manos, trabajan con más fervor por librar de la sentencia de horca, confirmada ya, a aquellos siete anarquistas acusados de arrojar la bomba mortal a los policías de Chicago. ¡Cuán distinta de Ada Bittenberder, la que solicita los votos sobre sus méritos de abogado, político y escritor, es aquella mulata Lucy Parsons, que con el mismo fuego de Vera Zazulitch y de Sofía Bardina, pone en manos del juez, ante quien la traen presa por repartirlas, una petición de clemencia para su marido, condenado a morir, y para sus siete compañeros! ¡Cuán distinta de la esposa próspera, temida de los cofrades por su ciencia jurídica y sus raciocinios, es esa pobre criatura de buena casa y fina educación a quien el exceso de lo más noble del alma llevó a casarse por noticia pública, único modo en que la ley no podía prohibírsele, con el apuesto periodista Spies, uno de los sentenciados, a quien ella cree víctima del amor a los hombres! Nina Van Zandt, que acompañada de

su madre asistió al turbulento proceso, arrojó la pérdida de la herencia que aguardaba de una tía, y la burla, y la notoriedad que repugna a las almas sensibles, para ofrendarse como esposa a un condenado a muerte, a quien sólo puede ver en público, entre rejas. Acaso le facilitó la resolución ese amor a lo extravagante que en la mujer de los Estados Unidos es ya un hábito; acaso, como parece cierto, tiene su alma en grado sumo aquella excelsa cualidad de la mujer que no la deja estimarse a sí misma sino cuando se da con dolor, y prescindir de su bien por el de otro, regocijándose en el deleite puro del martirio, que es la dote femenina en que, confundiendo las diferencias materiales en la altura moral, abunda en los verdaderos grandes hombres.

Ella, con el recato victorioso del sincero amor, ni se avergüenza ni se enseña, sus padres, personas de respeto, le ayudan por sana piedad a allegar recursos para la defensa del que mira como esposo, a visitarlo, con las chucherías que alegran la vida del preso, a consolar con una humilde devoción el espíritu agrio y brutal, según dicen, de aquel a quien ella perdona como asperezas de la prisión las palabras secas y actos desdenosos con que el alemán egoísta la recibe en la reja, a ella, delicada y joven. Y el mismo Chicago, donde parece por lo unánime de la opinión ser irremediable la muerte de estos hombres, ya no se burla de aquel dolor donde es visible la virtud. Ni se ve que fuera de Chicago se ablanden los corazones, aunque apenas hay quien crea que entre los ocho llamados a morir, está el que lanzó la bomba. De los ocho, uno es un orador de ímpetu y elegancia literaria, cuya suma cultura le hace afrontar en paz la muerte; otro, el periodista, escribe dramas y sabe oficios finos; otro, que lleva en la cara la manía agitatoria, parece proyectil, no hombre; otro, es buen socialista según libros; otro, de cajista, subió a escribir en diarios; hay otro sabio en artes; a otro, un impresor, no lo fueron ya a ver, el día en que se confirmó la sentencia, dos niños que tiene, agraciados y lindos; otro, el condenado a quince años de penitenciaría, vende cestas, que trabaja muy bien, y dice serenamente que si le mata a sus compañeros, se mata.

JOSÉ MARTÍ

*El Partido Liberal. México, 1887*

## LOS SUCESOS DE LA SEMANA

*Cleveland de viaje.—Los pájaros y la estatua de la Libertad.—Nueva York en Octubre.—Política: los partidos se preparan a las elecciones.—Una oficina de elecciones.—Interioridades de las campañas políticas.—Las mujeres en las elecciones.—La reunión socialista. La policía y los socialistas.—Desmanes de la policía.—El país y los socialistas.—Escenas de la reunión.—El otoño*

Nueva York, Octubre 18 de 1887

Señor Director de *El Partido Liberal*:

Con los cielos turbios y las hojas amarillas comienza aquí la estación de las conferencias, los teatros y las elecciones. Ya cada partido tiene en un hotel suntuoso su cuartel general, cada teatro su actriz favorita, cada conferenciante su público entusiasmado. Y mientras el Presidente, en excursión triunfante, viaja por el Oeste y el Sur, con peripecias que *El Partido Liberal* contará al fin de la gira a sus lectores: mientras la gigantesca compañía telegráfica "Western Union" absorbe, sin cuidarse de la inquietud pública, a su única rival poderosa, la "Baltimore and Ohio"; mientras con escándalo nacional absuelve un jurado de Nueva York a un policía que asesinó a mansalva en una querrela de ebrios a un nadador heroico; mientras los pobres pájaros que van huyendo de la nieve, caen, cegados por el fuego de la antorcha, a los pies de la Estatua de la Libertad, ribeteando con los esmaltes del colibrí y el amarillo de la oropéndola, su túnica de bronce, en Nueva York, agitada por la cercanía de las elecciones, la novedad de los teatros y la resurrección del comercio, todo es palabra, movimiento y música. De noche, sobre todo, es animadísima la escena, no en las calles aristocráticas, menos alegres que los cementerios, donde en torvas hileras van expulsando, en vez de atraer caminante, las casas iguales y pardas; no en los barrios revueltos de los pobres, en cuya sombra brillan las tabernas como los ojos viscosos de un monstruo moribundo; sino por las calles de tránsito privilegiado y en torno de las plazas donde celebran los partidos contendientes sus reuniones, y donde con tal claridad y fuerza se exponen las opiniones propias y se atacan las ajenas, donde con tan constante ejercicio se fortalece el carácter personal indispensable en las repúblicas, que renace viendo esa muestra de salud política, la fe en el hombre que rudamente

lastiman los barrios tabernarios, los jurados venales y los políticos de alquiler que salen a flor de agua en estos días.

Ya todos los partidos tienen compuesta y recomendada ante el público su candidatura; y el interés que la batalla política despierta siempre, el desborde casi satánico de pasiones que aquí se considera modo legítimo de aspirar al triunfo, la suposición maligna, la calumnia fría, la réplica aristofánica, la pelea que deja el aire fétido, como son fétidas las entrañas donde se elabora y mantiene la salud, despiertan este año con brío nuevo, por el poder súbito con que se presenta en el combate el partido prohibicionista, hostil a la fábrica y venta de licores, y por el influjo que pueda tener en los partidos antiguos, republicano y demócrata, el nuevo partido reformador de George, reclutado principalmente de entre los demócratas, y ya dividido, por haberse separado de él en masa los obreros socialistas. Candidatos, casa de banderas, banderas, impresos, procesiones, oradores, laborantes, urnas de patente, con las que no se puede apuntar más votos de los recogidos, todo lo tiene ya cada partido preparado.

El cuartel general de cada uno, la casa de banderas, la casa donde en salones misteriosos se dirigen las operaciones de la campaña, son en verdad dignas de verse. Las antesalas están llenas de pedigüños; todos van allí a vender algo, uno su influjo en una cervecería, otro una canción en que denigra a los candidatos rivales, otro el secreto que deshonra al candidato enemigo, otro va a que lo alquilen de orador. De espaldas contra las paredes están en maniqués los modelos del uniforme con que ha de darse más lujo a los mastuerzos, que a peso por noche, fungirán de entusiastas en las procesiones. La pared está llena de retratos de los candidatos del partido. En los rincones, sobre las mesas, sobre las sillas, hay grandes atados de periódicos e impresos, que con ayuda de grandes registros va colocando en fajas de correo una falange de infatigables secretarios. Allá adentro, en la sombra, están en junta constante los prohombres; hay poca luz, como para que no vean su bochorno los que van a venderse; las sillas están dispuestas en grupos por los rincones, donde se abejea como en un confesionario; no se sale por la misma puerta por que se entra. Allí se acuerda el itinerario de cada orador, se le da la pauta de sus discursos, se fija la subvención que debe darse a cada diario, se desecha el diario que la pide, sin que su importancia haga temible el tenerlo por opositor, se paga en tanto o cuanto el ga-

monal que ofrece llevar al partido cierto número de votos, se solicita con vergonzosos ofrecimientos el apoyo del hombre honrado a quien se cree dueño de la opinión de algunos de sus conciudadanos.

En los partidos nuevos, el cuartel general es más franco y humilde; los secretarios reciben en la antesala a los visitantes, escriben las direcciones de los votantes en las fajas de los impresos que les envían, comunican con su juventud y agilidad la simpática fe del novicio; en un cuarto interior espera el jefe, conferencia sin tasa, recibe a muchos, dice a más que no los puede recibir, y de vez en cuando visita la antesala, sonriendo sin cesar, acariciando a un niño, galanteando a una mujer, dando a los hombres la mano; se hunde luego en su salón, alumbrado por una gran araña dorada.

¡Que si hay mujeres en estas oficinas políticas! Unas hacen de secretarias; otras son oradoras celebradas; otras son edecanes valiosos de los partidos de la Prohibición y del Sufragio Femenil; otras son indispensables auxiliares en el día de los votos. En Newark, el trabajador más activo, el "laborante" que con más energía agudó la candidatura de un sacerdote protestante para presidente del Municipio, fue con vestidos de seda y sortijas de brillantes, su propia esposa. Y anoche mismo, en la reunión al aire libre de los socialistas en Union Square, cuando ocho mil de ellos se congregaban impacientes para protestar contra la brutal arremetida con que una semana antes los dispersó la policía; cuando la ciudad esperaba que no acabase sin sangre la noche; cuando cercaban el estrado de los oradores doscientos policías armados de revólveres y de la porra temible; cuando aún padecen en los hospitales de sus contusiones y heridas los concurrentes o transeúntes indefensos que arrolló aquella noche la policía sanguinaria, una mujer habló desde el estrado a la plaza que la vitoreaba sin cesar, mientras ella, dando la libertad de los Estados Unidos por moribunda, aconsejaba a los socialistas que la fortalecieran con el estudio de los problemas que acarrea el predominio del dinero y la restableciesen con el voto. Silenciosamente, mientras ella iba hablando, pasaban ante el estrado compañías de obreros, que ondeaban la bandera roja.

Con tres "hurras por la palabra libre" acabó la reunión, que había oído atenta los discursos de los oradores que les hablaban desde los estrados dispuestos en las cuatro esquinas de la plaza, y de los carretones convertidos, en las bocacalles, en improvisada tribuna. Allí estaban todos

los partidarios con que en Nueva York cuenta el dogma socialista, encabezados por un noble ruso. Allí estaban, con sus mujeres y sus hijos, los mismos sobre quienes, fingiendo una equivocación de que se ha avergonzado luego, cayó ciega de furia la policía, tundiendo, aporreando, derribando, hiriendo a cuanto tranquilo espectador o paseante desentendido se le oponía al paso. Dejaban a sus víctimas machucadas por la porra, cegadas por la sangre, levantándose a rastras, implorando socorro. Así se vengaron los policías, en una junta consentida por las autoridades públicas y celebrada conforme a la ley, de las censuras que su brutalidad y su conducta venal arrancan a los oradores del partido nuevo, que viene a derrocar el sistema impuro en que los que viven de los vicios de la ciudad mantienen con el producto mismo de ellos en el poder a los que les permiten el ejercicio libre de sus viles profesiones.

Pero a ese odio personal hay que añadir, para entender en su alcance este acto de violencia, el encono con que ve el policía, casi siempre irlandés o hijo de él, a los alemanes, polacos, bohemios y rusos que, más por aspiración vaga que por entendimiento, siguen, en unión de escasos norteamericanos, las doctrinas socialistas, propagadas aquí por los medios legales de la palabra, el periódico y el libro, con aquella volcánica intensidad propia de los países donde el hombre estalla de puro comprimido: el desinterés evangélico de unos, el odio heredado de otros, el ansia de mejora de todos, da a esta propaganda injertada, a esta política de importación, un tono de extranjería y vehemencia que inspira espanto verdadero a los americanos de raza, hechos a volcar en paz, por la virtud del voto puesto en la urna, los hombres y las instituciones que les estorban. Y en los policías vienen a juntarse, con el rencor hacia el que denuncia sus abusos, el odio del emigrado irlandés a su rival alemán o eslavo, y la impaciencia clara con que el pueblo americano mira el adelanto de las doctrinas europeas, impaciencia tal que no vacilaría, si así pudiera detener el progreso de las del extranjero, en mermarse sus propias libertades.

Así pasan ahora los días rápidos: leyendo los diarios en que los republicanos y demócratas, enemigos entre sí, se coligan para atacar el partido de George, y animan a los socialistas de quienes George, con enérgica política, se ha separado; oyendo calumnias; aplaudiendo en estrenos teatrales; preparándose para la Exposición de Atlanta; viendo a los negros, al favor de un buque, representar a lo vivo las escenas bíblicas del Hijo Pródigo; asistiendo a un teatro donde debaten ante el público, compuesto por mitad de los dos partidos, George, defensor de

un impuesto único sobre la tierra dada en alquiler por el Estado, y el ruso Shevitch, orador tonante y de hermoso pelo negro, jefe de los socialistas. Así pasan los días, mientras otoño, rico de colores, viste ya de fogosos matices la tierra que pide a los árboles la cubierta de hojas secas que la protegerá de la primera helada: en ríos y lagos se reflejan, como en láminas de oro móvil, los fantásticos cambiantes de las orillas, donde el verde perpetuo de los pinos, fieles a la primavera, realza la hermosura de incendio del haya roja, el nogal pardo, y el castaño amarillo, por entre cuyas ramas, sin cuidarse del ruido de los ferrocarriles ni del de las pasiones de los hombres, corretean las ardillas buscando nueces.

JOSÉ MARTÍ

*El Partido Liberal. México, 1887*

COSAS DEL OTRO MUNDO

*Ultimas elecciones de Nueva York.—Su importancia para la elección presidencial.—Cleveland será probablemente reelecto.—Triunfan los demócratas.—Bastidores de la política*

Nueva York, Noviembre 9 de 1887

Señor Director de *La Nación*:

Acaba de triunfar en elecciones reñidísimas el partido demócrata de Nueva York, anunciando así que en la próxima elección presidencial, que por Nueva York se gana o se pierde, la victoria será de los demócratas, a cuya paz ha contribuido, con una carta de veinte líneas que le asegura su reelección, el Presidente Cleveland.

Es media noche.

Las muchedumbres, apiñadas desde el oscurecer, esperando noticias, frente a los edificios de periódicos, hoteles y lugares de reunión de los varios partidos, se vuelven ya, con la última luz de las fogatas, a sus hogares. Asidos por el cuello llevan los policías a los que insisten en continuar celebrando la fiesta con candeladas que ponen en peligro las casas vecinas.

Los candidatos, roncós, entran de prisa, levantándose el cuello del gabán, en los carruajes que los llevaron durante el día de casilla en casilla, animando el voto.

El abogado Fellows, sobre cuya candidatura a la fiscalía, lidiaron con su mayor fuerza y veneno estas elecciones, se despide así de sus amigos, a quienes ya falta voz para vitorearlo:—"Y ahora me vuelvo a la parte alta de la ciudad, a ver a una mujercita que me hubiera recibido con cariño si hubiésemos sido derrotados, y a la que me llevan esta noche los brazos de cien mil demócratas triunfantes, que no han creído indigno de su confianza a aquel a quien ella creyó digno".

Subió de prisa la escalera de hierro que lleva a la estación del ferrocarril elevado, saltó al tren, a cuyas lámparas dio más luz, orgulloso de su César, el conductor, que resultó demócrata, y ciudad arriba arrancó jadeando la máquina, con cuyo humo se mezclaba el que despedía por la boca estrecha, en lenguas negras y rojas, una columna de barriles en-

cendidos al pie de la estación, a cuyo alrededor danzaban, como los indios después de la victoria, los regocijados muchachos de las cercanías. En los hoteles, desdeñado el diario whisky, fluía champaña, el vino del triunfo.

Los periódicos vencidos habían apagado desde temprano las luces.

Tenía esta elección interés extraordinario, porque por ella había de conocerse si los demócratas conservaban, a pesar de su división sobre la política de Cleveland y de la pérdida del voto obrero en el año anterior, la pujanza precisa para vencer en la contienda presidencial inmediata; o si mermado su voto por el partido nuevo de George y McGlynn, y por el odio de los traficantes políticos a Cleveland, demostraban que los republicanos, que eso querían ver para brindar su candidatura a Blaine, podían vencer con él en la campaña por la Presidencia venidera.

Las facciones demócratas, convencidas de la popularidad de Cleveland por su viaje victorioso al Sur y al Oeste, y halagadas por la ya franca adhesión del Presidente, a quien creían en excesiva paz con los republicanos, determinaron dar muestra anticipada del ímpetu con que intentan trabajar por la reelección de su caudillo el año entrante; y con menos dificultades que otras veces compusieron, por mutuas concesiones de los opuestos bandos, las diferencias de mera granjería, los apetitos por mayor número de puestos, que es riña constante, tan agria en ocasiones. que uno de los bandos del partido vota en masa por los contrarios para que no triunfe el bando hostil.

Fuera de aquella gente honrada que vota por sí, o por lealtad al programa que prefiere, y sólo sacude la pereza y muestra su tamaño mermado por el descanso peligroso, cuando está en riesgo algún gran interés de la ciudad, el Estado o la nación, o cuando el abuso del poder y los caudales públicos es ya amenazante, lo activo aquí en política es lo que vive de ella.

Ellos tienen organizados los barrios, los distritos, la ciudad entera,—porque su influjo es mayor en la ciudad que con sus salarios los seduce y mantiene,—con la precisión de un ejército en campaña. Cada barrio tiene su amo: éste es de O'Neil, que está en la penitenciaría por vender su voto en el Ayuntamiento; aquél es de Jaehne, que purga igual pecado planchando camisas; el otro es de Cleary, que por una uña se libró de una sentencia igual; cuál es de un cervecero, cuál de un carnicero, cuál de un muñidor, que acaso por los entierros que fía tiene aquí notable influjo electoral.

La asociación de estos hombres, de los que para encumbrarse necesitan los votos de que ellos disponen, de los que procuran obtener en las cámaras del Estado y en el Ayuntamiento leyes propicias, y de los que hallan cómoda fuente de recursos en acercar para el mayor provecho general a estas catervas de logreros, es la verdadera médula de esos cuerpos políticos de vastos recursos y poder, a que el entusiasmo de partido y la presencia de sus hombres principales, lealmente interesados en la vida pública, lleva un elemento que apenas basta a mejorar las candidaturas, o imponerlas alguna vez, cuando ya ha sido mucho el escándalo y tráfico de las elecciones anteriores, o cuando el empeño de los adversarios aconseja ponerles enfrente hombres que pueden por su fuerza hacerles difícil la victoria.

Pero, por lo común, aun en los años apurados, las candidaturas no son más que el laborioso ajuste de ambiciones rivales, animadas por el lucro del puesto más que por el noble deseo de adelanto político; y en ellas vence aquel que ofrece al partido, tanto republicano como demócrata, más seguridades de pagarle el empleo con favores, con parte de sus ganancias, o con su honor a veces, cuando los riesgos en que suelen caer los que viven en esas encrucijadas se lo exijan.

Porque en esta cadena el delincuente cuyo voto ayuda a la fuerza electoral del cervecero de un barrio tenebroso, está unido al mismo gobernador del Estado, a los jueces que son electos por el voto público, al fiscal que ha de acusarlos.

Y la explicación viene ahora a cuento, porque sin ella no se podría acaso entender el áspero combate de estas elecciones. Los demócratas de oficio, que quieren tener, en los puestos donde se castiga, personas amigables, convinieron en proponer para fiscal de la ciudad a un abogado más elocuente que firme, hecho a tratos políticos y a no escandalizarse de los recursos con que sostienen sus arcas e influencia los que hacen profesión y negocio de ellos; aunque debe decirse en verdad que cuando los procesos de los concejales que vendieron su voto a la empresa de tranvías, la palabra de Fellows, que era uno de los asesores de la fiscalía, cayó sobre los criminales como hierro encendido.

En esos procesos trabajó mucho, con más empuje y actividad que Fellows, otro asesor joven del fiscal, demócrata como ellos, y candidato a la fiscalía a que por su celebrada actitud en aquella persecución famosa creía tener derecho.

Los republicanos vieron en el despecho de Nicoll, que tuvo al principio por cierta su candidatura, ocasión de presentarse con él de candidato, como depositarios de la moral pública, ofendida por la elección que los demócratas habían hecho de Fellows, herido en el talón en la brega política de años, no purificada ciertamente por el mal hábito de jugar a la baraja, y vivir por encima de su entrada legítima. Nicoll, dando la espalda al partido que lo había postergado, a un rival de más servicios, edad y talentos, consintió en ser el candidato de los republicanos, deseosos de atraerse con ese acto de aparente honradez votos bastantes para sacar electo al hijo de Grant, a quien sólo por serlo, mudo y romo como es, propusieron para Secretario de Estado, con el designio de ganar por la fama del general muerto estas elecciones previas, de que parece depender la elección presidencial.

Desde la campaña de Blaine y Cleveland no se había visto elección tan disputada. Todos los demás puestos quedaron subordinados a la contienda por la fiscalía, que por sí no hubiera sido de tanto interés.

Los demócratas, con toda su antigua fuerza, bracearon en pro de Fellows. Los republicanos, fingiendo descuidar a Grant, hicieron de Nicoll envanecido su portaestandarte.

El *World*, diario ansioso de notoriedad, cuyo director húngaro presta sus servicios al partido demócrata, abogó contra el partido en pro de Nicoll, y llegó a tanto en el empeño por ganar gloria a su sombra, que valido de su interesada imparcialidad para con George, osó ofrecer a éste, en vano por supuesto, veinticinco mil pesos para gastos de campaña, con tal de que, en la certeza de no elegir el candidato obrero para fiscal, diesen sus votos al republicano.

Ya daba ira leer los periódicos en toda esta semana.

A Nicoll, intachable, le acusaban de joven, de traidor, de petimetre, de Judas, de perro alquilado.

El húngaro diputó espías, invadió cocinas, sobornó cocineras, desenterró documentos, pagó a oro vivo un cheque nulo que dio Fellows a un su amigo por una deuda de juego, compró y publicó unas cartas, ya por los años amarillas, en que Fellows, que es caballero manirroto, pedía dinero al insigne ladrón Tweed, ya por entonces acusado de tener los brazos hasta el hombro en las arcas de la ciudad, por cuyo delito y el de tener en pie todo un ejército de corrupción, fue enviado a morir a la penitenciaría, sin que el castigo, poco frecuente acaso, sirviera a sus sucesores de marcado ejemplo.

Y la lucha entre Nicoll y Fellows se encontró por la rivalidad mortal del *World*, el diario del húngaro que sirve por interés con ágil genio, y el *Sun*, abogado implacable de los viejos demócratas, que como diario es una verdadera maravilla, y el más despierto y artístico que se escribe tal vez en lengua alguna; pero que a pesar de estos méritos perdió recientemente mucho de su popularidad, porque en su amiga por el partido viejo, desconoció, con brutales arranques, el derecho a vivir, a buscar remedio, a hacer sentir el voto de los obreros que, en una hora de conmovedora rebelión, se juntaron para sacar corregidor de la ciudad a Henry George, cuyo libro, henchido de simpatía por los humildes, leían en corrillos con el corazón palpitante.

Este año no ha sido así: George, sin valer menos, perdió la mitad de sus secuaces; en cuanto lo vieron por sobre sus cabezas, los mismos que en el primer arrebato del agradecimiento lo encumbraron, decidieron moverle sorda guerra; todos los caudillos de trabajadores se ligaron contra este otro caudillo, a cuya puerta fueron antes a llamar como a la de un Mesías. ¿Quién pone su fe en las olas de la mar?

La determinación de separarse de los socialistas alemanes privó a George, candidato ahora para la Secretaría de Estado, del voto considerable de este grupo.

El jefe de los Caballeros del Trabajo, que ya tiene, como dicen acá, "la abeja presidencial en el gorro de dormir", retiró su ayuda al que ya ve como rival posible en sus aspiraciones a la Presidencia. Y la masa venal, que por aquella honradez que nunca falta en la hora extrema a los más viejos, votó con el alma el año pasado en pro de George, como protesta contra la miseria injusta, este año, solicitada a buen precio por los demócratas y los republicanos, vendió su voto a unos o a otros.

Así George, que un año hace obtuvo, cuando aquel levantamiento unánime de los obreros, sesenta y ocho mil votos para corregidor, esta vez sólo ha recibido treinta mil.

Nicoll llegó a setenta mil.

Y Fellows a noventa y cinco mil, por lo que el *Sun*, al día siguiente de las elecciones, encabezó el relato de ellas con la imagen de un gallo cacareando.

El olor de la batalla saca a los más entecos de su serenidad en estas mañanas de elecciones. Se espera ansioso el diario, para ver hasta dónde pueden los escritores de alquiler vestir de ingenio y novedad la injuria.

Bien cerrado el gabán, porque en estos días andan acá las manos del ratero sueltas, se sale a ver cómo vota el Este alemán,—la parte baja de la ciudad, toda demócrata;—lo mejorcito y más empinado de ella, que es republicano,—las orillas del Oeste, donde abundan los húngaros y los polacos.

Votar se ve, aunque con lentitud, y sin más entusiasmo que el que por la paga, cinco pesos al día, emplean los “trabajadores” de cada partido para repartir sus boletas y tratar de ganarse la voluntad de los electores.

Lo que sucede en una esquina, sucede en todas. La taberna, cerrada por la ley, está abierta por la benevolencia de la policía. El italiano, repantigado en su tarima de dar betún, como en un trono, mira, con la cachucha hasta los ojos y las manos en los bolsillos, si el curioso que pasa lleva limpias las botas. En fila al borde de la acera, cubierta de cartelones y retratos, están las garitas de pino que sirven de punto de reunión a los fieles de cada partido.

Los “trabajadores”, con el saco de boletas colgando de la mano, asaltan, con los ojos y el ademán, al que se acerca a la garita, con la misma expresión y gesto con que los judíos del Bowery, apostados en la puerta de sus tiendas, se disputan al comprador rural, incierto y aturcido. Otros, los inspectores, pasean de uno a otro lado, hablan con el policía, divisan al votante que viene por la media cuadra, se echan sobre él con otro inspector rival a los talones, o dándose aires de persona que tiene con qué pagar, tuerce el ojo hacia el recién llegado, chupa recio el tabaco de lujo, y sin cuidarse del policía, que es todo espalda, deja asomar por los bordes del puño, cerrado como quien ase un cetro, un mazo de billetes de banco, frescos y coruscantes.

Otros, de alto sombrero y de mejor vestir, van y vienen con agilidad felina, se entran por un zaguán, salen prendidos del ojal de la levita de un votante terco, revolotean por las casas del barrio requiriendo a los electores morosos del partido, abren con familiar solicitud la portezuela del carruaje ostentoso en que recorren sus huestes, apretando manos y tuteando sin tasa, los candidatos sumisos.

Allí cerca, en una tienda alquilada por el Ayuntamiento, van los electores depositando sus votos. Tropiezan al salir con una patrulla de carteros que miran a las urnas con desconfianza, como temerosos de perder en consecuencia de esta elección el puesto que deben a sus servicios políticos;—o con una turba de chicuelos, armados de garfios y

lazos, con que apresan cajones y barriles para las candeladas de la noche;—o con una bandada de niñas, cuyos abrigos abiertos les flotan a la espalda como alas, que corren a recibir del aire el papel de oro escapado de las manos del obrero que está dorando un balcón vecino.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 29 de diciembre de 1887

UN DRAMA TERRIBLE

*La guerra social en Chicago.—Anarquía y represión.—El conflicto y sus hombres.—Escenas extraordinarias.—El choque.—El proceso.—El cadalso.—Los funerales*

Nueva York, Noviembre 13 de 1887

Señor Director de *La Nación*:

Ni el miedo a las justicias sociales, ni la simpatía ciega por los que las intentan, debe guiar a los pueblos en sus crisis, ni al que las narra. Sólo sirve dignamente a la libertad el que, a riesgo de ser tomado por su enemigo, la preserva sin temblar de los que la comprometen con sus errores. No merece el dictado de defensor de la libertad quien excusa sus vicios y crímenes por el temor mujeril de parecer tibio en su defensa. Ni merecen perdón los que, incapaces de domar el odio y la antipatía que el crimen inspira, juzgan los delitos sociales sin conocer y pesar las causas históricas de que nacieron, ni los impulsos de generosidad que los producen.

En procesión solemne, cubiertos los féretros de flores y los rostros de sus sectarios de luto, acaban de ser llevados a la tumba los cuatro anarquistas que sentenció Chicago a la horca, y el que por no morir en ella hizo estallar en su propio cuerpo una bomba de dinamita que llevaba oculta en los rizos espesos de su cabello de joven, su selvoso cabello castaño.

Acusados de autores o cómplices de la muerte espantable de uno de los policías que intimó la dispersión del concurso reunido para protestar contra la muerte de seis obreros, a manos de la policía, en el ataque a la única fábrica que trabajaba a pesar de la huelga: acusados de haber compuesto y ayudado a lanzar, cuando no lanzado, la bomba del tamaño de una naranja que tendió por tierra las filas delanteras de los policías, dejó a uno muerto, causó después la muerte a seis más y abrió en otros cincuenta heridas graves, el juez, conforme al veredicto del jurado, condenó a uno de los reos a quince años de penitenciaría y a pena de horca a siete.

Jamás, desde la guerra del Sur, desde los días trágicos en que John Brown murió como criminal por intentar solo en Harper's Ferry lo que como corona de gloria intentó luego la nación precipitada por su bravura, hubo en los Estados Unidos tal clamor e interés alrededor de un cadalso.

La república entera ha peleado, con rabia semejante a la del lobo, para que los esfuerzos de un abogado benévolo, una niña enamorada de uno de los presos, y una mestiza de india y español, mujer de otro, solas contra el país iracundo, no arrebatasen al cadalso los siete cuerpos humanos que creía esenciales a su mantenimiento.

Amedrentada la república por el poder creciente de la casta llana, por el acuerdo súbito de las masas obreras, contenido sólo ante las rivalidades de sus jefes, por el deslinde próximo de la población nacional en las dos clases de privilegiados y descontentos que agitan las sociedades europeas, determinó valerse por un convenio tácito semejante a la complicidad, de un crimen nacido de sus propios delitos tanto como del fanatismo de los criminales, para aterrar con el ejemplo de ellos, no a la chusma adolorida que jamás podrá triunfar en un país de razón, sino a las tremendas capas nacientes. El horror natural del hombre libre al crimen, junto con el acerbo encono del irlandés despótico que mira a este país como suyo y al alemán y eslavo como su invasor, pusieron de parte de los privilegios, en este proceso que ha sido una batalla, una batalla mal ganada e hipócrita, las simpatías y casi inhumana ayuda de los que padecen de los mismos males, el mismo desamparo, el mismo bestial trabajo, la misma desgarradora miseria cuyo espectáculo constante encendió en los anarquistas de Chicago tal ansia de remediarlos que les embotó el juicio.

Avergonzados los unos y temerosos de la venganza bárbara los otros, acudieron, ya cuando el carpintero ensamblaba las vigas del cadalso, a pedir merced al gobernador del Estado, anciano flojo rendido a la súplica y a la lisonja de la casta rica que le pedía que, aun a riesgo de su vida, salvara a la sociedad amenazada.

Tres voces nada más habían osado hasta entonces interceder, fuera de sus defensores de oficio y sus amigos naturales, por los que, so pretexto de una acusación concreta que no llegó a probarse, so pretexto de haber procurado establecer el reino del terror, morían víctimas del terror social: Howells, el novelista bostoniano que al mostrarse generoso sacrificó fama y amigos; Adler, el pensador cauto y robusto que vis-

lumbra en la pena de nuestro siglo el mundo nuevo; y Train, un monomaniaco que vive en la plaza pública dando pan a los pájaros y hablando con los niños.

Ya, en danza horrible, murieron dando vueltas en el aire, embutidos en sayones blancos.

Ya, sin que haya más fuego en las estufas, ni más pan en las despensas, ni más justicia en el reparto social, ni más salvaguardia contra el hambre de los útiles, ni más luz y esperanza para los tugurios, ni más bálsamo para todo lo que hierve y padece, pusieron en un ataúd de nogal los pedazos mal juntos del que, creyendo dar sublime ejemplo de amor a los hombres aventó su vida, con el arma que creyó revelada para redimirlos. Esta república, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos.

*Como gotas de sangre que se lleva la mar eran en los Estados Unidos las teorías revolucionarias del obrero europeo, mientras con ancha tierra y vida republicana, ganaba aquí el recién llegado el pan, y en su casa propia ponía de lado una parte para la vejez.*

Pero vinieron luego la guerra corruptora, el hábito de autoridad y dominio que es su dejo amargo, el crédito que estimuló la creación de fortunas colosales y la inmigración desordenada, y la holganza de los desocupados de la guerra, dispuestos siempre, por sostener su bienestar y por la afición fatal del que ha olido sangre, a servir los intereses impuros que nacen de ella.

De una apacible aldea pasmosa se convirtió la república en una monarquía disimulada.

Los inmigrantes europeos denunciaron con renovada ira los males que creían haber dejado tras sí en su tiránica patria.

El rencor de los trabajadores del país, al verse víctimas de la avaricia y desigualdad de los pueblos feudales, estalló con más fe en la libertad que esperan ver triunfar en lo social como triunfa en lo político.

Habitados los del país a vencer sin sangre por la fuerza del voto, ni entienden ni excusan a los que, nacidos en pueblos donde el sufragio es un instrumento de la tiranía, sólo ven en su obra despaciosos una faz nueva del abuso que flagelan sus pensadores, desafían sus héroes, y maldicen sus poetas. Pero, aunque las diferencias esenciales en las prácticas políticas y el desacuerdo y rivalidad de las razas que ya se disputan

la supremacía en esta parte del continente, estorbasen la composición inmediata de un formidable partido obrero con unánimes métodos y fines, la identidad del dolor aceleró la acción concertada de todos los que lo padecen, y ha sido necesario un acto horrendo, por más que fuese consecuencia natural de las pasiones encendidas, para que los que arrancan con invencible ímpetu de la misma desventura interrumpían su labor, su labor de desarraigar y recomponer, mientras quedan por su ineficacia condenados los recursos sangrientos de que por un amor insensato a la justicia echan mano los que han perdido la fe en la libertad.

En el Oeste recién nacido, donde no pone tanta traba a los elementos nuevos la influencia imperante de una sociedad antigua, como la del Este, reflejada en su literatura y en sus hábitos; donde la vida como más rudimentaria facilita el trato íntimo entre los hombres, más fatigados y dispersos en las ciudades de mayor extensión y cultura; donde la misma rapidez asombrosa del crecimiento, acumulando los palacios de una parte y las factorías, y de otra la miserable muchedumbre, revela a las claras la iniquidad del sistema que castiga al más laborioso con el hambre, al más generoso con la persecución, al padre útil con la miseria de sus hijos,—en el Oeste, donde se juntan con su mujer y su prole los obreros necesitados a leer los libros que enseñan las causas y proponen los remedios de su desdicha; donde justificados a sus propios ojos por el éxito de sus fábricas majestuosas, extreman los dueños, en el precipicio de la prosperidad, los métodos injustos y el trato áspero con que la sustentan; donde tiene en fermento a la masa obrera la levadura alemana, que sale del país imperial, acosada e inteligente, vomitando sobre la patria inicua las tres maldiciones terribles de Heine; en el Oeste y en su metrópoli Chicago sobre todo, hallaron expresión viva los descontentos de la masa obrera, los consejos ardientes de sus amigos, y la rabia amontonada por el descaro e inclemencia de sus señores.

Y como todo tiende a la vez a lo grande y a lo pequeño, tal como el agua que va de mar a vapor y de vapor a mar, el problema humano, condensado en Chicago por la merced de las instituciones libres, a la vez que infundía miedo o esperanza por la república y el mundo, se convertía, en virtud de los sucesos de la ciudad y las pasiones de sus hombres, en un problema local, agrio y colérico.

El odio a la injusticia se trocaba en odio a sus representantes.

La furia secular, caída por herencia, mordiendo y consumiéndose como la lava, en hombres que, por lo férvido de su compasión, veíanse como entidades sacras, se concentró, estimulada por los resentimientos indi-

viduales, sobre los que insistían en los abusos que la provocan. La mente, puesta a obrar, no cesa; el dolor, puesto a bullir, estalla; la palabra, puesta a agitar, se desordena; la vanidad, puesta a lucir, arrastra; la esperanza, puesta en acción, acaba en el triunfo o la catástrofe: “¡para el revolucionario, dijo Saint-Just, no hay más descanso que la tumba!”

¿Quién que anda con ideas no sabe que la armonía de todas ellas, en que el amor preside a la pasión, se revela apenas a las mentes sumas que ven hervir el mundo sentados, con la mano sobre el sol, en la cumbre del tiempo? ¿Quién que trata con hombres no sabe que, siendo en ellos más la carne que la luz, apenas conocen lo que palpan, apenas vislumbran la superficie, apenas ven más que lo que les lastima o lo que desean; apenas conciben más que el viento que les da en el rostro, o el recurso aparente, y no siempre real, que puede levantar obstáculo al que cierra el paso a su odio, soberbia o apetito? ¿Quién que sufre de los males humanos, por muy enfrenada que tenga su razón, no siente que se le inflama y extravía cuando ve de cerca, como si le abofeteasen, como si lo cubriesen de lodo, como si le manchasen de sangre las manos, una de esas miserias sociales que bien pueden mantener en estado de constante locura a los que ven podrirse en ellas a sus hijos y a sus mujeres?

Una vez reconocido el mal, el ánimo generoso sale a buscarle remedio: una vez agotado el recurso pacífico, el ánimo generoso, donde labra el dolor ajeno como el gusano en la llaga viva, acude al remedio violento.

¿No lo decía Desmoulins? “Con tal de abrazar la libertad, ¿qué importa que sea sobre montones de cadáveres?”

Cegados por la generosidad, ofuscados por la vanidad, ebrios por la popularidad, adementados por la constante ofensa, por su impotencia aparente en las luchas del sufragio, por la esperanza de poder constituir en una comarca naciente su pueblo ideal, las cabezas vivas de esta masa colérica, educadas en tierras donde el voto apenas nace, no se salen de lo presente, no osan parecer débiles ante los que les siguen, no ven que el único obstáculo en este pueblo libre para un cambio social sinceramente deseado está en la falta de acuerdo de los que lo solicitan, no creen, cansados ya de sufrir, y con la visión del falansterio universal en la mente, que por la paz pueda llegarse jamás en el mundo a hacer triunfar la justicia.

Júzganse como bestias acorraladas. Todo lo que va creciendo les parece que crece contra ellos. “Mi hija trabaja quince horas para ganar

quince centavos." "No he tenido trabajo este invierno porque pertenezco a una junta de obreros."

El juez los sentencia.

La policía, con el orgullo de la levita de paño y la autoridad, temible en el hombre inculto, los aporrea y asesina.

Tienen frío y hambre, viven en casas hediondas.

¡América es, pues, lo mismo que Europa!

No comprenden qué ellos son mera rueda del engrane social, y hay que cambiar, para que ellas cambien, todo el engranaje. El jabalí perseguido no oye la música del aire alegre, ni el canto del universo, ni el andar grandioso de la fábrica cósmica: el jabalí clava las ancas contra un tronco oscuro, hunde el colmillo en el vientre de su perseguidor, y le vuelca el redaño.

¿Dónde hallará esa masa fatigada, que sufre cada día dolores crecientes, aquel divino estado de grandeza a que necesita ascender el pensador para domar la ira que la miseria innecesaria levanta? Todos los recursos que conciben, ya los han intentado. Es aquel reinado del terror que Carlyle pintó, "la negra y desesperada batalla de los hombres contra su condición y todo lo que los rodea".

Y así como la vida del hombre se concentra en la médula espinal, y la de la tierra en las masas volcánicas, surgen de entre esas muchedumbres, erguidos y vomitando fuego, seres en quienes parece haberse amasado todo su horror, sus desesperaciones y sus lágrimas.

Del infierno vienen: ¿qué lengua han de hablar sino la del infierno?

Sus discursos, aun leídos, despiden centellas, bocanadas de humo, alientos a medio digerir, vahos rojizos.

Este mundo es horrible: ¡créese otro mundo!; como en el Sinaí, entre truenos: como en el Noventa y Tres, de un mar de sangre: "¡mejor es hacer volar a diez hombres con dinamita, que matar a diez hombres, como en las fábricas, lentamente de hambre!"

Se vuelve a oír el decreto de Moctezuma: "¡Los dioses tienen sed!"

Un joven bello, que se hace retratar con las nubes detrás de la cabeza y el sol sobre el rostro, se sienta a una mesa de escribir, rodeado de bombas, cruza las piernas, enciende un cigarro, y como quien junta las piezas de madera de una casa de juguete, explica el mundo justo que florecerá sobre la tierra cuando el estampido de la revolución social de Chicago, símbolo de la opresión del universo, reviente en átomos.

Pero todo era verba, juntas por los rincones, ejercicios de armas en uno que otro sótano, circulación de tres periódicos rivales entre dos

mil lectores desesperados, y propaganda de los modos novísimos de matar —¿de que son más culpables los que por vanagloria de libertad la permitían que los que por violenta generosidad la ejercitaban!

Donde los obreros enseñaron más la voluntad de mejorar su fortuna, más se enseñó por los que la emplean la decisión de resistirlos.

Cree el obrero tener derecho a cierta seguridad para lo porvenir, a cierta holgura y limpieza para su casa, a alimentar sin ansiedad los hijos que engendra, a una parte más equitativa en los productos del trabajo de que es factor indispensable, alguna hora de sol en que ayudar a su mujer a sembrar un rosal en el patio de la casa, a algún rincón para vivir que no sea un tugurio fétido donde, como en las ciudades de Nueva York, no se puede entrar sin bascas. Y cada vez que en alguna forma esto pedían en Chicago los obreros, combinábanse los capitalistas, castigábanlos negándoles el trabajo que para ellos es la carne, el fuego y la luz; echábanles encima la policía, ganosa siempre de cebar sus porras en cabezas de gente mal vestida; mataba la policía a veces a algún osado que le resistía con piedras, o a algún niño; reducíanlos al fin por hambre a volver a su trabajo, con el alma torva, con la miseria enconada, con el decoro ofendido, rumiando venganza.

Escuchados sólo por sus escasos sectarios, año sobre año venían reuniéndose los anarquistas, organizados en grupos, en cada uno de los cuales había una sección armada. En sus tres periódicos, de diverso matiz, abogaban públicamente por la revolución social; declaraban, en nombre de la humanidad, la guerra a la sociedad existente; decidían la ineficacia de procurar una conversión radical por medios pacíficos, y recomendaban el uso de la dinamita, como el arma santa del desheredado, y los modos de prepararla.

No en sombra traidora, sino a la faz de los que consideraban sus enemigos se proclamaban libres y rebeldes, para emancipar al hombre, se reconocían en estado de guerra, bendecían el descubrimiento de una sustancia que por su poder singular había de igualar fuerzas y ahorrar sangre, y excitaban al estudio y la fabricación del arma nueva, con el mismo frío horror y diabólica calma de un tratado común de balística: se ven círculos de color de hueso,—cuando se leen estas enseñanzas,—en un mar de humareda: por la habitación, llena de sombra, se entra un duende, roe una costilla humana, y se afila las uñas: para medir todo lo profundo de la desesperación del hombre, es necesario ver si el espanto que suele en calma preparar supera a aquel contra el que, con

furor de siglos, se levanta indignado,—es necesario vivir desterrado de la patria o de la humanidad.

Los domingos, el americano Parsons, propuesto una vez por sus amigos socialistas para la Presidencia de la República, creyendo en la humanidad como en su único Dios, reunía a sus sectarios para levantarles el alma hasta el valor necesario a su defensa. Hablaba a saltos, a latigazos, a cuchilladas: lo llevaba lejos de sí la palabra encendida.

Su mujer, la apasionada mestiza en cuyo corazón caen como puñales los dolores de la gente obrera, solía, después de él, romper en arrebatado discurso, tal que dicen que con tanta elocuencia, burda y llameante, no se pintó jamás el tormento de las clases abatidas; rayos los ojos, metralla las palabras, cerrados los dos puños, y luego, hablando de las penas de una madre pobre, tonos dulcísimos e hilos de lágrimas.

Spies, el director del "Arbeiter Zeitung", escribía como desde la cámara de la muerte, con cierto frío de huesa: razonaba la anarquía: la pintaba como la entrada deseable a la vida verdaderamente libre: durante siete años explicó sus fundamentos en su periódico diario, y luego la necesidad de la revolución, y por fin como Parsons en el "Alarm", el modo de organizarse para hacerla triunfar.

Leerlo es como poner el pie en el vacío. ¿Qué le pasa al mundo que da vueltas?

Spies seguía sereno, donde la razón más firme siente que le falta el pie. Recorta su estilo como si descascarase un diamante. Narciso fúnebre, se asombra y complace de su grandeza. Mañana le dará su vida una pobre niña, una niña que se prende a la reja de su calabozo como la mártir cristiana se prendía de la cruz, y él apenas dejará caer de sus labios las palabras frías, recordando que Jesús, ocupado en redimir a los hombres, no amó a Magdalena.

Cuando Spies arengaba a los obreros, desembarazándose de la leviata que llevaba bien, no era hombre lo que hablaba, sino silbo de tempestad, lejano y lúgubre. Era palabra sin carne. Tendía el cuerpo hacia sus oyentes, como un árbol doblado por el huracán: y parecía de veras que un viento helado salía de entre las ramas, y pasaba por sobre las cabezas de los hombres.

Metía la mano en aquellos pechos revueltos y velludos, y les paseaba por ante los ojos, les exprimía, les daba a oler las propias entrañas. Cuando la policía acababa de dar muerte a un huelguista en una refriega, lívido subía al carro, la tribuna vacilante de las revoluciones, y con el

horrendo incentivo su palabra seca relucía pronto y caldeaba, como un carcaj de fuego. Se iba luego solo por las calles sombrías.

Engel, celoso de Spies, pujaba por tener al anarquismo en pie de guerra, él a la cabeza de una compañía: él donde se enseñaba a cargar el rifle o a apuntar de modo que diera en el corazón: él, en el sótano, las noches de ejercicio, "para cuando llegue la gran hora": él, con su "Anarchist" y sus conversaciones, acusando a Spies de tibio, por envidia de su pensamiento: él solo era el puro, el inmaculado, el digno de ser oído: la anarquía, la que sin más espera deje a los hombres dueños de todo por igual, es la única buena: perinola el mundo y él,—y él, el mango: ¡bien iría el mundo hacia arriba, "cuando los trabajadores tuvieran vergüenza", como la pelota de la perinola!

El iba de un grupo a otro: él asistía al comité general anarquista, compuesto de delegados de los grupos: él tachaba al comité de pusilánime y traidor, porque no decretaba "con los que somos, nada más, con estos ochenta que somos" la revolución de veras, la que quería Parsons, la que llama a la dinamita "sustancia sublime", la que dice a los obreros que "vayan a tomar lo que les haga falta a las tiendas de State Street, que son tuyas las tiendas, que todo es tuyo": él es miembro del "Lehr und Wehr Verein", de que Spies es también miembro, desde que un ataque brutal de la policía, que dejó en tierra a muchos trabajadores, los provocó a armarse, a armarse para defenderse, a cambiar, como hacen cambiar siempre los ataques brutales, la idea del periódico por el rifle Springfield. Engel era el sol, como su propio rechoncho cuerpo: el "gran rebelde", el "autónomo".

¿Y Lingg? No consumía su viril hermosura en los amorzuelos enervantes que suelen dejar sin jugo al hombre en los años gloriosos de la juventud, sino que criado en una ciudad alemana entre el padre inválido y la madre hambrienta, conoció la vida por donde es justo que un alma generosa la odie. Cargador era su padre, y su madre lavandera, y él bello como Tannhauser o Lohengrin, cuerpo de plata, ojos de amor, cabello opulento, ensortijado y castaño. ¿A qué su belleza, siendo horrible el mundo? Halló su propia historia en la de la clase obrera, y el bozo le nació aprendiendo a hacer bombas. ¡Puesto que la infamia llega al riñón del globo, el estallido ha de llegar al cielo!

Acababa de llegar de Alemania: veintidós años cumplía: lo que en los demás es palabra, en él será acción: él, él solo, fabricaba bombas, porque, salvo en los hombres de ciega energía, el hombre, ser fundador, sólo para libertarse de ella halla natural dar la muerte.

Y mientras Schwab, nutrido en la lectura de los poetas, ayuda a escribir a Spies, mientras Fielden, de bella oratoria, va de pueblo en pueblo levantando las almas al conocimiento de la reforma venidera, mientras Fischer alienta y Neebe organiza, él, en un cuarto escondido, con cuatro compañeros, de los que uno lo ha de traicionar, fabrica bombas, como en su "Ciencia de la guerra revolucionaria" manda Most, y vendada la boca, como aconseja Spies en el "Alarm", rellena la esfera mortal de dinamita, cubre el orificio con un casquillo, por cuyo centro corre la mecha que en lo interior acaba en fulminante, y, cruzado de brazos, aguarda la hora.

Y así iban en Chicago adelantando las fuerzas anárquicas, con tal lentitud, envidias y desorden intestinos, con tal diversidad de pensamientos sobre la hora oportuna para la rebelión amada, con tal escasez de sus espantables recursos de guerra, y de los fieros artifices prontos a elaborarlos, que el único poder cierto de la anarquía, desmelenada dueña de unos cuantos corazones encendidos, era el furor que en un instante extremo prodújese el desdén social en las masas que la rechazan. El obrero, que es hombre y aspira, resiste, con la sabiduría de la naturaleza, la idea de un mundo donde queda aniquilado el hombre; pero cuando, fusilado en granel por pedir una hora libre para ver a la luz del sol a sus hijos, se levanta del charco mortal apartándose de la frente, como dos cortinas rojas, las crenchas de sangre, puede el sueño de muerte de un trágico grupo de locos de piedad, desplegando las alas humeantes, revolando sobre la turba siniestra, con el cadáver clamoroso en las manos, difundiendo sobre los torvos corazones la claridad de la aurora infernal, envolver como turbia humareda las almas desesperadas.

La ley, ¿no los amparaba? La prensa exasperándolos con su odio en vez de aquietarlos con justicia, ¿no los popularizaba? Sus periódicos, creciendo en indignación con el desdén y en atrevimiento con la impunidad, ¿no circulaban sin obstáculos? Pues ¿qué querían ellos, puesto que es claro a sus ojos que se vive bajo abyecto despotismo, que cumplir el deber que aconseja la declaración de independencia derribándolo, y sustituirlo con una asociación libre de comunidades que cambien entre sí sus productos equivalentes, se rijan sin guerra por acuerdos mutuos y se eduquen conforme a ciencia sin distinción de raza, iglesia o sexo? ¿No se estaba levantando la nación, como manada de elefantes, que dormía en la yerba, con sus mismos dolores y sus mismos gritos? ¿No

es la amenaza verosímil del recurso de fuerza, medio probable aunque peligroso, de obtener por intimidación lo que no logra el derecho? Y aquellas ideas suyas, que se iban atenuando con la cordialidad de los privilegiados tal como con su desafío se iban trocando en rifle y dinamita, ¿no nacían de lo más puro de su piedad, exaltada hasta la insensatez por el espectáculo de la miseria irremediable, y ungida, por la esperanza de tiempos justos y sublimes? ¿No había sido Parsons, el evangelista del jubileo universal, propuesto para la Presidencia de la República? ¿No había luchado Spies con ese programa en las elecciones como candidato a un asiento en el Congreso? ¿No les solicitaban los partidos políticos sus votos, con la oferta de respetar la propaganda de sus doctrinas? ¿Cómo habían de creer criminales los actos y palabras que les permitía la ley? Y ¿no fueron las fiestas de sangre de la policía, ebria del vino del verdugo como toda plebe revestida de autoridad, las que decidieron a armarse a los más bravos?

Lingg, el recién llegado, odiaba con la terquedad del novicio a Spies, el hombre de idea, irresoluto y moroso: Spies, el filósofo del sistema, lo dominaba por aquel mismo entendimiento superior; pero aquel arte y grandeza que aun en las obras de destrucción requiere la cultura, excitaban la ojeriza del grupo exiguo de irreconciliables, que en Engel, enamorado de Lingg, veían su jefe propio. Engel, contento de verse en guerra con el universo, medía su valor por su adversario.

Parsons, celoso de Engel que le emula en pasión, se une a Spies, como el héroe de la palabra y amigo de las letras. Fielden, viendo subir en su ciudad de Londres la cólera popular creía, prendado de la patria cuyo egoísta amor prohíbe su sistema, ayudar con el fomento de la anarquía en América el triunfo difícil de los ingleses desheredados. Engel—"ha llegado la hora": Spies—"¿habrá llegado esta terrible hora?": Lingg, revolviendo con una púa de madera arcilla y nitroglicerina—"¡ya verán, cuando yo acabe mis bombas, si ha llegado la hora!": Fielden, que ve levantarse, contusa y temible de un mar a otro de los Estados Unidos, la casta obrera, determinada a pedir como prueba de su poder que el trabajo se reduzca a ocho horas diarias, recorre los grupos, unidos sólo hasta entonces en el odio a la opresión industrial y a la policía que les da caza y muerte, y repite—"sí, amigos, si no nos dejan ver a nuestros hijos al sol, ha llegado la hora".

Entonces vino la primavera amiga de los pobres; y sin el miedo del frío, con la fuerza que da la luz, con la esperanza de cubrir con los aho-

rrros del invierno las primeras hambres, decidió un millón de obreros, repartidos por toda la república, demandar a las fábricas que, en cumplimiento de la ley desobedecida, no excediese el trabajo de las ocho horas legales. ¡Quien quiera saber si lo que pedían era justo, venga aquí; véalos volver, como bueyes tundidos, a sus moradas inmundas, ya negra la noche; véalos venir de sus tugurios distantes, tiritando los hombres, despeinadas y lívidas las mujeres, cuando aún no ha cesado de reposar el mismo sol!

En Chicago, adolorido y colérico, segura de la resistencia que provocaba con sus alardes, alistado el fusil de motín, la policía, y, no con la calma de la ley, sino con la prisa del aborrecimiento, convidaba a los obreros a duelo.

Los obreros, decididos a ayudar por el recurso legal de la huelga su derecho, volvían la espalda a los oradores lúgubres del anarquismo y a los que magullados por la porra o atravesados por la bala policial, resolvieron, con la mano sobre sus heridas, oponer en el próximo ataque hierro a hierro.

Llegó marzo. Las fábricas, como quien echa perros sarnosos a la calle, echaron a los obreros que fueron a presentarles su demanda. En masa, como la orden de los Caballeros del Trabajo lo dispuso, abandonaron los obreros las fábricas. El cerdo se podría sin envasadores que lo amortajaran, mugían desatendidos en los corrales los ganados revueltos; mudos se levantaban, en el silencio terrible, los elevadores de granos que como hilera de gigantes vigilan el río. Pero en aquella sorda calma, como el oriflama triunfante del poder industrial que vence al fin en todas las contiendas, salía de las segadoras de McCormick, ocupadas por obreros a quienes la miseria fuerza a servir de instrumentos contra sus hermanos, un hilo de humo que como negra serpiente se tendía, se enroscaba, se acurrucaba sobre el cielo azul.

A los tres días de cólera, se fue llenando una tarde nublada el Camino Negro, que así se llama el de McCormick, de obreros airados que subían calle arriba, con la levita al hombro, enseñando el puño cerrado al hilo de humo: ¿no va siempre el hombre, por misterioso decreto, adonde lo espera el peligro, y parece gozarse en escarbar su propia miseria?: “¡allí estaba la fábrica insolente, empleando, para reducir a los obreros que luchan contra el hambre y el frío, a las mismas víctimas desesperadas del hambre!: ¿no se va a acabar, pues, este combate por el pan y el carbón en que por la fuerza del mal mismo se levantan contra el obrero sus propios hermanos?: pues ¿no es ésta la batalla del mundo,

en que los que lo edifican deben triunfar sobre los que lo explotan?: ¡de veras, queremos ver de qué lado llevan la cara esos traidores!” Y hasta ocho mil fueron llegando, ya al caer de la tarde; sentándose en grupos sobre las rocas peladas; andando en hileras por el camino tortuoso; apuntando con ira a las casuchas miserables que se destacan, como manchas de lepra, en el áspero paisaje.

Los oradores, que hablan sobre las rocas, sacuden con sus invectivas aquel concurso en que los ojos centellean y se ven temblar las barbas. El orador es un carrero, un fundidor, un albañil: el humo de McCormick caracolea sobre el molino: ya se acerca la hora de salida: “¡a ver qué cara nos ponen esos traidores!”: “¡fuera, fuera ese que habla, que es un socialista!...”

Y el que habla, levantando como con las propias manos los dolores más recónditos de aquellos corazones iracundos, ‘excitando a aquellos ansiosos padres a resistir hasta vencer, aunque los hijos les pidan pan en vano, por el bien duradero de los hijos, el que habla es Spies: primero lo abandonan, después lo rodean, después se miran, se reconocen en aquella implacable pintura, lo aprueban y aclaman: “¡ése, que sabe hablar, para que hable en nuestro nombre con las fábricas!” Pero ya los obreros han oído la campana de la suelta en el molino: ¿qué importa lo que está diciendo Spies?: arrancan todas las piedras del camino, corren sobre la fábrica, ¡y caen en trizas todos los cristales! ¡Por tierra, al ímpetu de la muchedumbre, el policía que le sale al paso!: “¡aquéllos, aquéllos son, blancos como muertos, los que por el salario de un día ayudan a oprimir a sus hermanos!” ¡piedras! Los obreros del molino, en la torre, donde se juntan medrosos, parecen fantasmas: vomitando fuego viene camino arriba, bajo pedrea rabiosa, un carro de patrulla de la policía, uno al estribo vaciando el revólver, otro al pescante, los de adentro agachados se abren paso a balazos en la turba, que los caballos arrollan y atropellan: saltan del carro, fórmanse en batalla, y cargan a tiros sobre la muchedumbre que a pedradas y disparos locos se defiende. Cuando la turba acorralada por las patrullas que de toda la ciudad acuden, se asila, para no dormir, en sus barrios donde las mujeres compiten en ira con los hombres, a escondidas, a fin de que no triunfe nuevamente su enemigo, entierran los obreros seis cadáveres.

¿No se ve hervir todos aquellos pechos? ¿juntarse a los anarquistas? ¿escribir Spies un relato ardiente en su “Arbeiter Zeitung”? ¿reclamar Engel la declaración de que aquélla es por fin la hora? ¿poner Lingg, que meses atrás fue aporreado en la cabeza por la patrulla, las bombas

cargadas en un baúl de cuero? ¿acumularse, con el ataque ciego de la policía, el odio que su brutalidad ha venido levantando? “¡A las armas, trabajadores! dice Spies en una circular fogosa que todos leen estremeciéndose: “¡a las armas, contra los que os matan porque ejercitáis vuestros derechos de hombre!” “¡Mañana nos reuniremos”—acuerdan los anarquistas—“y de manera y en lugar que les cueste caro vencernos si nos atacan!” “Spies, pon *ruhe* en tu “Arbeiter”: *Ruhe* quiere decir que todos debemos ir armados.” Y de la imprenta del “Arbeiter” salió la circular que invitaba a los obreros, con permiso del corregidor, para reunirse en la plaza de Haymarket a protestar contra los asesinatos de la policía.

Se reunieron en número de cincuenta mil, con sus mujeres y sus hijos, a oír a los que les ofrecían dar voz a su dolor; pero no estaba la tribuna, como otras veces, en lo abierto de la plaza, sino en uno de sus recodos, por donde daba a dos oscuras callejas. Spies, que había borrado del convite impreso las palabras: “Trabajadores a las armas”, habló de la injuria con cáustica elocuencia, mas no de modo que sus oyentes perdieran el sentido, sino tratando con singular moderación de fortalecer sus ánimos para las reformas necesarias: “¿Es esto Alemania, o Rusia, o España?” decía Spies. Parsons, en los instantes mismos en que el corregidor presenciaba la junta sin interrumpirla, declamó, sujeto por la ocasión grave y lo vasto del concurso, uno de sus editoriales cien veces impunemente publicados. Y en el instante en que Fielden preguntaba en bravo arranque si, puestos a morir, no era lo mismo acabar en un trabajo bestial o caer defendiéndose contra el enemigo,—nótase que la multitud se arremolina; que la policía, con fuerza de ciento ochenta, viene revólver en mano, calle arriba. Llega a la tribuna: intima la dispersión; no cejan pronto los trabajadores; “¿qué hemos hecho contra la paz?” dice Fielden saltando del carro; rompe la policía el fuego.

Y entonces se vio descender sobre sus cabezas, caracoleando por el aire, un hilo rojo. Tiembla la tierra; húndese el proyectil cuatro pies en su seno; caen rugiendo, unos sobre otros, los soldados de las dos primeras líneas; los gritos de un moribundo desgarran el aire. Repuesta la policía, con valor sobrehumano, salta por sobre sus compañeros a bala graneada contra los trabajadores que le resisten: “¡huimos sin disparar un tiro!” dicen unos; “apenas intentamos resistir”, dicen otros; “nos recibieron a fuego raso”, dice la policía. Y pocos instantes después no había en el recodo funesto más que camillas, pólvora y humo. Por zaguanes y sótanos escondían otra vez los obreros a sus muertos. De

los policías, uno muere en la plaza: otro, que lleva la mano entera metida en la herida, la saca para mandar a su mujer su último aliento; otro, que sigue a pie, va agujereado de pies a cabeza; y los pedazos de la bomba de dinamita, al rasar la carne, la habían rebanado como un cincel.

¿Pintar el terror de Chicago, y de la República? Spies les parece Robespierre; Engel, Marat; Parsons, Dantón. ¿Qué?: ¡menos!; ésos son bestias feroces, Tinville, Henriots, Chaumettes, ¡los que quieren vaciar el mundo viejo por un caño de sangre, los que quieren abonar con carne viva el mundo! ¡A lazo cáceseles por las calles, como ellos quisieron cazar ayer a un policía! ¡salúdeseles a balazos por dondequiera que asomen, como sus mujeres saludaban ayer a los “traidores” con huevos podridos! ¿No dicen, aunque es falso, que tienen los sótanos llenos de bombas? ¿No dicen, aunque es falso también, que sus mujeres, furias verdaderas, derriten el plomo, como aquellas de París que arañaban la pared para dar cal con que hacer pólvora a sus maridos? ¡Quememos este gusano que nos come! ¡Ahí están, como en los motines del Terror, asaltando la tienda de un boticario que denunció a la policía el lugar de sus juntas, machacando sus frascos, muriendo en la calle como perros, envenenados con el vino de *colchydium*! ¡Abajo la cabeza de cuantos la hayan asomado! ¡A la horca las lenguas y los pensamientos! Spies, Schwab y Fischer caen presos en la imprenta, donde la policía halla una carta de Johann Most, carta de sapo, rastrera y babosa, en que trata a Spies como íntimo amigo, y le habla de las bombas, de “la medicina”, y de un rival suyo, de Paulus el Grande “que anda que se lame por los pantanos de ese perro periódico de Shevitch”. A Fielden, herido, lo sacan de su casa. A Engel y a Neebe, de su casa también. Y a Lingg, de su cueva: ve entrar al policía; le pone al pecho un revólver, el policía lo abraza: y él y Lingg, que jura y maldice, ruedan luchando, levantándose, cayendo en el zaquizamí lleno de tuercas, escoplos y bombas: las mesas quedan sin pie, las sillas sin espaldar; Lingg casi tiene ahogado a su adversario, cuando cae sobre él otro policía que lo ahoga: ¡ni inglés habla siquiera este mancebo que quiere desventrar la ley inglesa! Trescientos presos en un día. Está espantado el país, repletas las cárceles.

¿El proceso? Todo lo que va dicho, se pudo probar; pero no que los ocho anarquistas, acusados del asesinato del policía Degan, hubiesen preparado, ni encubierto siquiera, una conspiración que rematase en su muerte. Los testigos fueron los policías mismos, y cuatro anarquistas

comprados, uno de ellos confeso de perjurio. Lingg mismo, cuyas bombas eran semejantes, como se vio por el casquete, a la de Haymarket, estaba, según el proceso, lejos de la catástrofe. Parsons, contento de su discurso, contemplaba la multitud desde una casa vecina. El perjurio fue quien dijo, y desdijo luego, que vio a Spies encender el fósforo con que se prendió la mecha de la bomba. Que Lingg cargó con otro hasta un rincón cercano a la plaza el baúl de cuero. Que la noche de los seis muertos del molino acordaron los anarquistas, a petición de Engel, armarse para resistir nuevos ataques, y publicar en el "Arbeiter" la palabra "ruhe". Que Spies estuvo un instante en el lugar donde se tomó el acuerdo. Que en su despacho había bombas, y en una u otra casa rimeros de "manuales de guerra revolucionaria". Lo que sí se probó con prueba plena, fue que, según todos los testigos adversos, el que arrojó la bomba era un desconocido. Lo que sí sucedió fue que Parsons, hermano amado de un noble general del Sur, se presentase un día espontáneamente en el tribunal a compartir la suerte de sus compañeros. Lo que sí estremece es la desdicha de la leal Nina Van Zandt, que prendada de la arrogante hermosura y dogma humanitario de Spies, se le ofreció de esposa en el dintel de la muerte, y de mano de su madre, de distinguida familia, casó en la persona de su hermano con el preso; llevó a su reja día sobre día el consuelo de su amor, libros y flores; publicó con sus ahorros, para allegar recursos a la defensa, la autobiografía soberbia y breve de su desposado; y se fue a echar de rodillas a los pies del gobernador. Lo que sí pasma es la tempestuosa elocuencia de la mestiza Lucy Parsons, que paseó los Estados Unidos, aquí rechazada, allí silbada, allá presa, hoy seguida de obreros llorosos, mañana de campesinos que la echan como a bruja, después de catervas crueles de chicuelos, para "pintar al mundo el horror de la condición de castas infelices, mayor mil veces que el de los medios propuestos para terminarlo". ¿El proceso? Los siete fueron condenados a muerte en la horca, y Neebe a la penitenciaría, en virtud de un cargo especial de conspiración de homicidio de ningún modo probado, por explicar en la prensa y en la tribuna las doctrinas cuya propaganda les permitía la ley; ¡y han sido castigadas en Nueva York, en un caso de excitación directa a la rebeldía, con doce meses de cárcel y doscientos cincuenta pesos de multa!

¿Quién que castiga crímenes, aun probados, no tiene en cuenta las circunstancias que los precipitan, las pasiones que los atenúan, y el móvil con que se cometen? Los pueblos, como los médicos, han de preferir

prever la enfermedad, o curarla en sus raíces, a dejar que florezca en toda su pujanza, para combatir el mal desenvuelto por su propia culpa, con medios sangrientos y desesperados.

Pero no han de morir los siete. El año pasa. La Suprema Corte, en dictamen indigno del asunto, confirma la sentencia de muerte. ¿Qué sucede entonces, sea remordimiento o miedo, que Chicago pide clemencia con el mismo ardor con que pidió antes castigo: que los gremios obreros de la república envían al fin a Chicago sus representantes para que intercedan por los culpables de haber amado la causa obrera con exceso; que iguala el clamor de odio de la nación al impulso de piedad de los que asistieron, desde la crueldad que lo provocó al crimen?

La prensa entera, de San Francisco a Nueva York, falseando el proceso, pinta a los siete condenados como bestias dañinas, pone todas las mañanas sobre la mesa de almorzar, la imagen de los policías despedazados por la bomba; describe sus hogares desiertos, sus niños rubios como el oro, sus desoladas viudas. ¿Qué hace ese viejo gobernador, que no confirma la sentencia? ¿Quién nos defenderá mañana, cuando se alce el monstruo obrero, si la policía ve que el perdón de sus enemigos los anima a reincidir en el crimen! ¿Qué ingratitud para con la policía, no matar a esos hombres! "¡No!", grita un jefe de la policía, a Nina Van Zandt, que va con su madre a pedirle una firma de clemencia sin poder hablar del llanto. ¡Y ni una mano recoge de la pobre criatura el memorial que uno por uno, mortalmente pálida, les va presentando!

¿Será vana la súplica de Félix Adler, la recomendación de los jueces del Estado, el alegato magistral en que demuestra la torpeza y crueldad de la causa Trumbull? La cárcel es jubileo: de la ciudad salen y entran repletos los trenes: Spies, Fielden y Schwáb han firmado, a instancias de su abogado, una carta al gobernador donde aseguran no haber intentado nunca recursos de fuerza: los otros no, los otros escriben al gobernador cartas osadas: "¡o la libertad, o la muerte, a que no tenemos miedo!" ¿Se salvará ese cínico de Spies, ese implacable Engel, ese diabólico Parsons? Fielden y Schwab acaso se salven, porque el proceso dice de ellos poco, y, ancianos como son, el gobernador los compadece, que es también anciano.

En romería van los abogados de la defensa, los diputados de los gremios obreros, las madres, esposas y hermanas de los reos, a implorar por su vida, en recepción interrumpida por los sollozos, ante el gober-

nador. ¡Allí, en la hora real, se vio el vacío de la elocuencia retórica! ¡Frasas ante la muerte! “Señor, dice un obrero, ¿condenarás a siete anarquistas a morir porque un anarquista lanzó una bomba contra la policía, cuando los tribunales no han querido condenar a la policía de Pinkerton, porque uno de sus soldados mató sin provocación de un tiro a un niño obrero?” Sí: el gobernador los condenará; la república entera le pide que los condene para ejemplo: ¿quién puso ayer en la celda de Lingg las cuatro bombas que descubrieron en ella los llaveros?: ¿de modo que esa alma feroz quiere morir sobre las ruinas de la cárcel, símbolo a sus ojos de la maldad del mundo? ¿a quién salvará por fin el gobernador Oglesby la vida?

¡No será a Lingg, de cuya celda, sacudida por súbita explosión sale, como el vapor de un cigarro, un hilo de humo azul! Allí está Lingg tendido vivo, despedazado, la cara un charco de sangre, los dos ojos abiertos entre la masa roja: se puso entre los dientes una cápsula de dinamita que tenía oculta en el lujoso cabello, con la bujía encendió la mecha, y se llevó la cápsula a la barba: lo cargan brutalmente: lo dejan caer sobre el suelo del baño: cuando el agua ha barrido los coágulos, por entre los jirones de carne caída se le ve la laringe rota, y, como las fuentes de un manantial, corren por entre los rizos de su cabellera vetas de sangre. ¡Y escribió! ¡Y pidió que lo sentaran! ¡Y murió a las seis horas.—cuando ya Fielden y Schwab estaban perdonados, cuando convencidas de la desventura de sus hombres, las mujeres, las mujeres sublimes, están llamando por última vez, no con flores y frutas como en los días de la esperanza, sino pálidas como la ceniza, a aquellas bárbaras puertas!

La primera es la mujer de Fischer: ¡la muerte se le conoce en los labios blancos!

Lo esperó sin llorar: pero ¿saldrá viva de aquel abrazo espantoso?: ¡así, así se desprende el alma del cuerpo! El la arrulla, le vierte miel en los oídos, la levanta contra su pecho, la besa en la boca, en el cuello, en la espalda. “¡Adiós!”: la aleja de sí, y se va a paso firme, con la cabeza baja y los brazos cruzados. Y Engel ¿cómo recibe la visita postrera de su hija? ¿no se querrán, que ni ella ni él quedan muertos? ¡oh, sí la quiere, porque tiemblan los que se llevaron del brazo a Engel al recordar, como de un hombre que crece de súbito entre sus ligaduras, la luz llorosa de su última mirada! “¡Adiós, mi hijo!” dice tendiendo los brazos hacia él la madre de Spies, a quien sacan lejos del hijo ahogado, a rastras. “¡Oh, Nina, Nina!” exclama Spies apretando a su pecho

por primera y última vez a la viuda que no fue nunca esposa: y al borde de la muerte se la ve florecer, temblar como la flor, deshojarse como la flor, en la dicha terrible de aquel beso adorado.

No se la llama desmayada, no; sino que, concedora por aquel instante de la fuerza de la vida y la beldad de la muerte, tal como Ofelia vuelta a la razón, cruza, jacinto vivo, por entre los alcaides, que le tienden respetuosos la mano. Y a Lucy Parsons no la dejaron decir adiós a su marido, porque lo pedía, abrazada a sus hijos, con el calor y la furia de las llamas.

Y ya entrada la noche y todo oscuro en el corredor de la cárcel pintado de cal verdosa, por sobre el paso de los guardias con la escopeta al hombro, por sobre el voceo y risas de los carceleros y escritores, mezclado de vez en cuando a un repique de llaves, por sobre el golpeo incesante del telégrafo que el “Sun” de Nueva York tenía en el mismo corredor establecido, y culebreaba, reñía, se desbocaba, imitando, como una dentadura de calavera, las inflexiones de la voz del hombre, por sobre el silencio que encima de todos estos ruidos se cernía, oíanse los últimos martillazos del carpintero en el cadalso. Al fin del corredor se levantaba el cadalso. “¡Oh, las cuerdas son buenas: ya las probó el alcaide!” “El verdugo halará, escondido en la garita del fondo, de la cuerda que sujeta el pestillo de la trampa.” “La trampa está firme, a unos diez pies del suelo.” “No: los maderos de la horca no son nuevos: los han repintado de ocre, para que parezcan bien en esta ocasión; porque todo ha de hacerse decente, muy decente.” “Sí, la milicia está a mano: y a la cárcel no se dejará acercar a nadie.” “¡De veras que Lingg era hermoso!” Risas, tabacos, brandy, humo que ahoga en sus celdas a los reos despiertos. En el aire espeso y húmedo chisporrotean, cocean, bloquean, las luces eléctricas. Inmóvil sobre la baranda de las celdas, mira al cadalso un gato... ¡cuando de pronto una melodiosa voz, llena de fuerza y sentido, la voz de uno de estos hombres a quienes se supone fieras humanas, trémula primero, vibrante enseguida, pura luego y serena, como quien ya se siente libre de polvo y ataduras, resonó en la celda de Engel, que, arrebatado por el éxtasis, recitaba “El Tejedor” de Henry Keine, como ofreciendo al cielo el espíritu, con los dos brazos en alto:

*Con ojos secos, lúgubres y ardientes,  
Rechinando los dientes,  
Se sienta en su telar el tejedor:  
¡Germania vieja, tu capuz zurcimos!  
Tres maldiciones en la tela urdimos;  
¡Adelante, adelante el tejedor!*

*¡Maldito el falso Dios que implora en vano,  
En invierno tirano,  
Muerto de hambre el jayán en su obrador!  
¡En vano fue la queja y la esperanza!  
Al Dios que nos burló, guerra y venganza:  
¡Adelante, adelante el tejedor!*

*¡Maldito el falso rey del poderoso  
Cuyo pecho orgulloso  
Nuestra angustia mortal no conmovió!  
¡El último doblón nos arrebata,  
Y como a perros luego el rey nos mata!  
¡Adelante, adelante el tejedor!*

*¡Maldito el falso Estado en que florece,  
Y como yedra crece  
Vasto y sin tasa el público baldón;  
Donde la tempestad la flor avienta  
Y el gusano con podre se sustenta!  
¡Adelante, adelante el tejedor!*

*¡Corre, corre sin miedo, tela mía!  
¡Corre bien noche y día  
Tierra maldita, tierra sin honor!  
Con mano firme tu capuz zurcimos:  
Tres veces, tres, la maldición urdimos:  
¡Adelante, adelante el tejedor!*

Y rompiendo en sollozos, se dejó Engel caer sentado en su litera, hundiendo en las palmas el rostro envejecido. Muda lo había escuchado la cárcel entera, los unos como orando, los presos asomados a los barrotes, estremecidos los escritores y los alcaides, suspenso el telégrafo,

Spies a medio sentar. Parsons de pie en su celda, con los brazos abiertos, como quien va a emprender el vuelo.

El día sorprendió a Engel hablando entre sus guardas, con la palabra voluble del condenado a muerte, sobre lances curiosos de su vida de conspirador; a Spies, fortalecido por el largo sueño; a Fischer, vistiéndose sin prisa las ropas que se quitó al empezar la noche, para descansar mejor; a Parsons, cuyos labios se mueven sin cesar, saltando sobre sus vestidos, después de un corto sueño histérico.

“¡Oh, Fischer, cómo puedes estar tan sereno, cuando el alcaide que ha de dar la señal de tu muerte, rojo por no llorar, pasea como una fiera la alcaidía!” — “Porque” — responde Fischer, clavando una mano sobre el brazo trémulo del guarda y mirándole de lleno en los ojos— “creo que mi muerte ayudará a la causa con que me desposé desde que comencé mi vida, y amo yo más que a mi vida misma, la causa del trabajador,—¡y porque mi sentencia es parcial, ilegal e injusta!” “¡Pero, Engel, ahora que son las ocho de la mañana, cuando ya sólo te faltan dos horas para morir, cuando en la bondad de las caras, en el afecto de los saludos, en los maullidos lúgubres del gato, en el rastreo de las voces, y los pies, estás leyendo que la sangre se te hiela, cómo no tiembles, Engel!” — “¿Temblar porque me han vencido aquellos a quienes hubiera querido yo vencer? Este mundo no me parece justo; y yo he batallado, y batallo ahora con morir, para crear un mundo justo. ¿Qué me importa que mi muerte sea un asesinato judicial? ¿Cabe en un hombre que ha abrazado una causa tan gloriosa como la nuestra desear vivir cuando puede morir por ella? ¡No: alcaide, no quiero drogas: quiero vino de Oporto!” Y uno sobre otro se bebe tres vasos... Spies, con las piernas cruzadas, como cuando pintaba para el “Arbeiter Zeitung” el universo dichoso, color de llama y hueso, que sucedería a esta civilización de esbirros y mastines, escribe largas cartas, las lee con calma, las pone lentamente en sus sobres, y una u otra vez deja descansar la pluma, para echar al aire, reclinado en su silla, como los estudiantes alemanes, bocanadas y aros de humo: ¡oh, patria, raíz de la vida, que aun a los que te niegan por el amor más vasto a la humanidad, acudes y confortas, como aire y como luz, por mil medios sutiles! “Sí, alcaide, dice Spies, beberé un vaso de vino del Rhin!”... Fischer, Fischer alemán, cuando el silencio comenzó a ser angustioso, en aquel instante en que en las ejecuciones como en los banquetes callan a la vez, como ante solemne aparición, los concurrentes todos, prorrumpió, iluminada la faz por venturosa sonrisa, en las estrofas de “La Marsellesa” que cantó con

la cara vuelta al cielo... Parsons a grandes pasos mide el cuarto: tiene delante un auditorio enorme, un auditorio de ángeles que surgen resplandecientes de la bruma, y le ofrecen, para que como astro purificante cruce el mundo, la capa de fuego del profeta Elías: tiende las manos, como para recibir el don, vuélvese hacia la reja, como para enseñar a los matadores su triunfo: gesticula, argumenta, sacude el puño alzado, y la palabra alborotada al dar contra los labios se le extingue, como en la arena movediza se confunden y perecen las olas.

Llenaba de fuego el sol las celdas de tres de los reos, que rodeados de lóbregos muros parecían, como el bíblico, vivos en medio de las llamas, cuando el ruido improviso, los pasos rápidos, el cuchicheo ominoso, el alcaide y los carceleros que aparecen a sus rejas, el color de sangre que sin causa visible enciende la atmósfera, les anuncian, lo que oyen sin inmutarse, que es aquélla la hora!

Salen de sus celdas al pasadizo angosto: ¿Bien?—“¡Bien!”; Se dan la mano, sonrien, crecen. “¡Vamos!” El médico les había dado estimulantes: a Spies y a Fischer les trajeron vestidos nuevos; Engel no quiere quitarse sus pantuflas de estambre. Les leen la sentencia a cada uno en su celda; les sujetan las manos por la espalda con esposas plateadas: les ciñen los brazos al cuerpo con una faja de cuero: les echan por sobre la cabeza, como la túnica de los catecúmenos cristianos, una mortaja blanca: ¡abajo la concurrencia sentada en hileras de sillas delante del cadalso como en un teatro! Ya vienen por el pasadizo de las celdas, a cuyo remate se levanta la horca; delante va el alcaide, lívido: al lado de cada reo, marcha un corchete. Spies va a paso grave, desgarradores los ojos azules, hacia atrás el cabello bien peinado, blanco como su misma mortaja, magnífica la frente: Fischer le sigue, robusto y poderoso, enseñándose por el cuello la sangre pujante, realzados por el sudario los fornidos miembros. Engel anda detrás a la manera de quien va a una casa amiga, sacudiéndose el sayón incómodo con los talones. Parsons, como si tuviese miedo a no morir, fiero, determinado, cierra la procesión a paso vivo. Acaba el corredor, y ponen el pie en la trampa: las cuerdas colgantes, las cabezas erizadas, las cuatro mortajas.

Plegaria es el rostro de Spies; el de Fischer, firmeza, el de Parsons, orgullo radioso; a Engel, que hace reír con un chiste a su corchete, se le ha hundido la cabeza en la espalda. Les atan las piernas, al uno tras el otro, con una correa. A Spies el primero, a Fischer, a Engel, a Parsons, les echan sobre la cabeza, como el apagavelas sobre las bujías, las cuatro caperuzas. Y resuena la voz de Spies, mientras están cubriendo las

cabezas de sus compañeros, con un acento que a los que lo oyen les entra en las carnes: “La voz que vais a sofocar será más poderosa en el futuro, que cuantas palabras pudiera yo decir ahora.” Fischer dice, mientras atiende el corchete a Engel: “¡Este es el momento más feliz de mi vida!” “¡Hurra por la anarquía!” dice Engel, que había estado moviendo bajo el sudario hacia el alcaide las manos amarradas. “¡Hombres y mujeres de mi querida América...” empieza a decir Parsons. Una seña, un ruido, la trampa cede, los cuatro cuerpos caen a la vez en el aire, dando vueltas y chocando. Parsons ha muerto al caer, gira de prisa, y cesa: Fischer se balancea, retiembla, quiere zafar del nudo el cuello entero, estira y encoge las piernas, muere: Engel se mece en su sayón flotante, le sube y baja el pecho como la marejada, y se ahoga: Spies, en danza espantable, cuelga girando como un saco de muecas, se encorva, se alza de lado, se da en la frente con las rodillas, sube una pierna, extiende las dos, sacude los brazos, tamborinea: y al fin expira, rota la nuca hacia adelante, saludando con la cabeza a los espectadores.

Y dos días después, dos días de escenas terribles en las casas, de desfile constante de amigos llorosos, ante los cadáveres amaratados, de señales de duelo colgadas en puertas miles bajo una flor de seda roja, de muchedumbres reunidas con respeto para poner a los pies de los ataúdes rosas y guirnaldas, Chicago asombrado vio pasar tras las músicas fúnebres, a que precedía un soldado loco agitando como desafío un pebellón americano, el ataúd de Spies, oculto bajo las coronas; el de Parsons, negro, con catorce artesanos atrás que cargaban presentes simbólicos de flores; el de Fischer, ornado con guirnalda colosal de lirio y clavellinas; los de Engel y Lingg, envueltos en banderas rojas,—y los carruajes de las viudas, recatadas hasta los pies por velos de luto,—y sociedades, gremios, *vereins*, orfeones, diputaciones, trescientas mujeres en masa, con crespón al brazo, seis mil obreros tristes y descubiertos que llevaban al pecho la rosa encarnada.

Y cuando desde el montículo del cementerio, rodeado de veinticinco mil almas amigas, bajo el cielo sin sol que allí corona estériles llanuras, habló el capitán Black, el pálido defensor vestido de negro, con la mano tendida sobre los cadáveres:—“¿Qué es la verdad,—decía, en tal silencio que se oyó gemir a las mujeres dolientes y al concurso,—¿qué es la verdad que desde que el de Nazareth la trajo al mundo no la conoce el hombre hasta que con sus brazos la levanta y la paga con la muerte?

¡Estos no son felones abominables, sedientos de desorden, sangre y violencia, sino hombres que quisieron la paz, y corazones llenos de ternura, amados por cuantos los conocieron y vieron de cerca el poder y la gloria de sus vidas: su anarquía era el reinado del orden sin la fuerza: su sueño, un mundo nuevo sin miseria y sin esclavitud: su dolor, el de creer que el egoísmo no cederá nunca por la paz a la justicia: ¡oh cruz de Nazareth, que en estos cadáveres se ha llamado cadalso!”

De la tiniebla que a todos envolvía, cuando del estrado de pino iban bajando los cinco ajusticiados a la fosa, salió una voz que se adivinaba ser de barba espesa, y de corazón grave y agriado: “¡Yo no vengo a acusar ni a ese verdugo a quien llaman acaide, ni a la nación que ha estado hoy dando gracias a Dios en sus templos porque han muerto en la horca estos hombres, sino a los trabajadores de Chicago, que han permitido que les asesinen a cinco de sus más nobles amigos!”... La noche, y la mano del defensor sobre aquel hombre inquieto, dispersaron los concurrentes y los hurras: flores, banderas, muertos y afligidos, perdíanse en la misma negra sombra: como de olas de mar venía de lejos el ruido de la muchedumbre en vuelta a sus hogares. Y decía el “Arbeiter Zeitung” de la noche, que al entrar en la ciudad recibió el gentío ávido: “¡Hemos perdido una batalla, amigos infelices, pero veremos al fin el mundo ordenado conforme a la justicia: seamos sagaces como las serpientes, e inofensivos como las palomas!”

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 1 de enero de 1888

33

## EN LOS ESTADOS UNIDOS

*Resumen de noticias.—Lectura pública por autores famosos.—Los poetas nuevos.—Una comida de nobles neoyorquinos.—Millonarios y socialistas*

Nueva York, Diciembre 8 de 1887

Señor Director de *La Nación*:

Quien lee de veras los periódicos de estos días, los boletines del Congreso, los útiles informes de los Secretarios del Presidente, ve por ellos cómo en los Estados Unidos, lo mismo que en Inglaterra, el correo produce más, mientras más barato es; cómo los terrívoros, los que acaparan, para mera especulación, la tierra pública, se han visto obligados a devolver al gobierno unos siete millones de acres, que poseían sin más derecho que el haberles echado alrededor la cerca; cómo los indios civilizados del territorio y de Nueva York, y las tribus que van mostrando apego al arado y la escuela, viven sin trastornos, y en adelanto visible, en los repartimientos que les concede en cabeza propia la ley nueva, según la cual cada indio es ciudadano, habita y labra la tierra de que es dueño, y disfruta con la comunidad del interés de la suma en que su tribu cedió al gobierno la tierra que para los indios era mucha, y ya está cubriendo el blanco de arrozales y ganado.

Pero, mientras Washington no vuelve del asombro que, por lo inusitado de la forma y lo pujante del argumento le ha causado, como al país entero y a Inglaterra, el mensaje de Cleveland; mientras Boston, que da gente fina, pone cubiertas ornadas por el simbólico muérdago a los libros de viajes, cuentos y poesías que es aquí dulce costumbre regalar en año nuevo; mientras Filadelfia ve morir, al bajarse a levantar del suelo una oropéndola herida, a un poderoso irlandés que deja a Henry George, para que propague la nacionalización del suelo, toda su fortuna; mientras Nueva York acompaña en un remolcador de fiesta el buque que lleva a Nicaragua a los ingenieros que van a abrir los trabajos del canal, el día mismo en que Massachusetts levanta una estatua de bronce a Leif Ericson, el primer descubridor de América, y Chicago otra a Lincoln; mientras los representantes acuerdan sus comisiones, y

los teatros sus novedades, y las damas sus regalos, y los comerciantes sus últimas compras,—no hay puesto vacío en la sala donde lo culto de Nueva York, que casi todo es damas, se ha juntado a oír leer, para aumentar los fondos de la Liga de Propiedad Literaria, a los literatos de más nota.

No está Oliver Wendell Holmes, el “Autócrata” famoso “de la mesa de almuerzo”, que en prosa y rima fáciles y sentidas cantó las virtudes y censuró las pequeñeces del hombre bostoniano, y luego, en los días de la guerra, acuñó versos que se parecen a aquellos soldados de Bunker Hill, de chupa abierta, manos humeantes, cabello desmelenado, y la mirada al morir venturosa. No está John Whittier, el cuáquero que como los obreros de Eibar repuja en hierro, blando a su mano, hilos de plata y oro, y con hoja de perla los matiza y recama. No está Bret Harte ni Joaquín Miller, ni William Carlston ni John Hay, que en la lengua y los lances del pueblo del Oeste describen sus hazañas, amores y aventuras.

Pero sí está, con la originalidad literaria que le vino de su libre y agitada vida, aquel Mark Twain, famoso de este lado y otro del mar, que en su mismo seudónimo, voz de mando en los barcos de estos ríos, revela cómo ha sacado sus libros ya célebres del pecho mismo de los hombres, en las noches en que a lo largo de los bambúes iba escurriéndose la barca atrevida por donde no la denunciara a los enemigos la luna. Está Edward Eggleston, literato menor, fecundo en biografías de indios, cuentos de los Estados nuevos, y libros de comercio, de asunto llano y lindas pastas. Está el que pareció entre todos mejor, porque hizo reír, y con la sola nariz, que es regañona y opulenta, ya está contando cuentos: es Riley, poeta del Oeste, que dicen merece la fama de que aún no goza, porque con tres o cuatro toques de su verso preciso viste un carácter de aquellos de Indiana y Missouri, bigotazos, y botudos, como con pocos sesgos de espátula, tendiendo y enrollando en torno a un palillo la masa de colores, fabrica sabios y mandarines un artífice chino

Mas, ¿quién iguala entre todos ellos en celebridad,—ni el censor George Curtis, ni Howelles, el novelista fisiómano, ni Dudley Warner, el poeta de las soledades y los jardines, ni Frank Stockton, el narrador sutil que está ahora en boga,—al patriarca de las letras amenas en América, al que dibujó con abundancias de corazón al yanqui tenaz y astuto, en los *Biglow Papers*, al que cortejó la opinión de su pueblo, que por su amor a lo inglés le era ya poco amable, con el discurso majestuoso, discurso montado en lengua histórica, en que en plena Ingla-

terra defendió, desde su puesto de embajador, el decoro y la vitalidad de la “Democracia”? La edad le ha apagado la voz: el señorío mundano le sofocó aquella bravura juvenil con que, con mano cual la del herrero de Longfellow, tendía a los avariciosos y a los hipócritas: vendido a la prosperidad, ya se le ha helado el genio. El cabello le cae a los dos lados de la raya que se lo parte por mitad, como las lanas de un carnero merino: de la barba copiosa le caen colgando los mostachos luengos: lleva levita de príncipe, cerrada al cuello: preside, sí, pero ya no como antes por la verba henchida y generosa, por la crítica osada e ingenua, por aquellos versos en que acusaba debilidad escondida al que no sabe esperar en sí, y adula a la victoria: preside por la autoridad que le da la vana gloria de haberla adulado. El pudor del hombre está en la mente, y se ha de llegar con él incólume a los ochenta años: ¡la admiración del mundo no vale la vergüenza de cederle!

Los autores leyeron mal, y cosas pobres. A Lowell, no lo oían. Stockton pesa ciento veinte libras, menos que sus obras. Howells, sin contar sus derechos de autor, gana al año con lo que le corre de la pluma diez mil pesos: sus novelas son burdas, no porque lo sea su talento noble y leal, sino porque lo es el pueblo que, conforme a su falso código literario, copia. Reproducir no es crear: y crear es el deber del hombre.

Obispos, corregidores, jueces, generales, clérigos y banqueros se juntaban un día después a las puertas del restaurant famoso de Delmónico. A grupos los va llevando el ascensor al salón alto, un salón de a tanto la hora, repulsivo como un amor alquilado. La palabra sincera huye, como niña decorosa, de los comedores venales. El aire ha de estar lleno de almas desinteresadas y amigas. Van subiendo por el ascensor, mientras salva a trancos la escalera de servicio, un mozo con un gallo dorado, los banqueros, los clérigos, los jueces, los generales, los corregidores, los obispos. Son los nobles de Nueva York, los que con su arrogancia visible deslucen el justo placer de venir de una familia honrada y vieja, los que van a conmemorar los patriarcas holandeses, comiendo, bebiendo y fumando en pipa, tal como en el vestibulo de su casuca fumó antaño, en paz con los indios de la virgen Mannahata, el buen viejo lampiño Wouter van Twiller. Son los caballeros de la sociedad de San Nicolás, el santo barbón que baja del cielo, en un trineo halado por venados, repleto de juguetes, con los que callandito se entra por las chimeneas,

para meter los regalos de pascua en la media que cuelgan de la cabecera o la repisa los niños buenos que esperan la visita del santo.

El salón del festín está vacío: al respaldo del asiento presidencial, bajo una cota de flores en que descansan las imágenes de un marinero y un indio, se lee la divisa de los nicoleños: *Orange Hovev*. Resuena en el corredor una trompeta. Entra, vestido de soldado inglés, el trompetero a la cabeza del séquito festal. Síguete un patriarca cargando el gallo forrado de papel de oro, que lleva en el lomo un cataviento: el gallo, venerable para el holandés, amigo de los fundadores y del labriego solitario. Y luego siguen Depew, candidato de los ricos a la Presidencia de la República; Hewit, rival suyo, y corregidor de Nueva York; Potter, obispo de las sectas protestantes unidas; y muchos Schevmerhorns, y Van der Weydes.

El presidente lo es desde que le ponen a la cabeza un tricornio, y una cinta rosada en el ojal de la flor. Les traen patatas fragantes y lechosas, que rocían con sidra buena.

Hablan al fin de la fiesta jocosamente los que tienen la lengua colgada en la mitad, como acá dicen de las personas de palabra voluble. Depew mortifica a Hewit, Hewit mortifica a Depew, y leen un periódico de cien años ha, con las mismas quejas, violencias y agorerías de los de ahora. Uno saluda a los "Fundadores de New Amsterdam": otros a "Nuestros huéspedes", "A nuestro país padre", a "Nuestro Santo Patrón", "al Presidente", "al Estado", "a la Ciudad": el asunto del primer brindis fue este verso:—"¡Déjame, oh Nicolás, volver a niño!"

Y se sentaron todos a la redonda, pugnando en vano por sacar humo de las largas pipas.

Entre dos girasoles, que ornaban las esquinas del atril usado acá como tribuna, hablaba a esa misma hora a un escogido concurso el hijo de un tejedor escocés que por su bondad e ingenio ha llegado a ser dueño amado de los talleres de hierro y acero donde, entre los montes que les hacen natural compañía, trabajan sin ira doce mil hombres. Es Andrew Carnegie, el autor de *Democracia triunfante*, libro agradecido que el observador estudioso no debe leer sin *El Progreso y la Pobreza* de George al lado. Como la derrota consume, el éxito reanima: este millonario que empezó la vida de telegrafista hace medio siglo, fue a paso ágil a su atril, el paso ágil de aquel que, porque no la conoce, no teme a la pa-

labra: a la palabra no se llega nunca sin temblar, como jamás entró sin temblar Talma en el escenario.

Lo ha invitado a hablar sobre el problema obrero ante la sociedad de "El siglo diecinueve" el juez Courtlandt Palmer, millonario socialista en cuyos salones es obligatoria la casaca: Courtlandt Palmer ha invitado a la vez a Andrew Carnegie, que por la certeza de su propia bondad y su noble fortuna, no sabe poner en la desdicha de los telegrafistas, como él, ni de los tejedores, como su padre; y a Grönlund, elocuente socialista alemán, que diseñó con palabra feliz, ante las damas en seda y en plumas, un mundo de oro, como su barba.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*. Buenos Aires, 29 de enero de 1888

**34**

**FIESTA DE LA LIGA DE PROPIEDAD  
LITERARIA**

Nueva York, Diciembre 15 de 1887

Señor Director de *El Partido Liberal*:

Quien lee con cuidado los periódicos de estos días, los boletines del Congreso, los informes de los Secretarios del Presidente, ve por ellos cómo en los Estados Unidos, lo mismo que en Inglaterra, el correo produce más mientras más barato es; cómo los indios ladinos del Territorio y de Nueva York, y las tribus que van mostrando apego al arado y la escuela, viven sin trastornos y en adelanto visible en los repartimientos, en cabeza propia que les concede la ley nueva, según la cual cada indio es ciudadano, habita y labra la tierra de que es dueño, y disfruta con la comunidad del interés de la suma en que su tribu cedió al gobierno la tierra que para los indios era mucha y ya está poblando el blanco de arrozales y ganado.

Pero, mientras Washington no vuelve del asombro que por lo inusitado de la forma y lo pujante del argumento le ha causado, como al país entero y a Inglaterra, el mensaje de Cleveland; mientras Boston, que da gente bien criada, pone cubiertas ornadas por el simbólico muérdago a los libros de viajes, leyendas y poesías, que es aquí dulce costumbre regalar en año nuevo; mientras Filadelfia ve morir, al bajarse a levantar del suelo una oropéndola herida, a un poderoso irlandés que deja a Henry George, para que propague la nacionalización del suelo, toda su fortuna; mientras Nueva York acompaña en un remolcador de fiesta el buque que lleve a Nicaragua a los ingenieros, cubanos y yanquis, que van a abrir los trabajos del canal propuesto por el ingeniero Menocal, de Cuba; mientras los representantes, divididos en proteccionistas, libre-cambistas y conciliadores, acuerdan en el Congreso sus comisiones, y las madres, mientras duermen los niños, recaban lo más de la bolsa marital para saciarles los deseos de pascuas, los juguetes, los dulces, las baratijas mil que obstruyen ya las calles y rebosan de las henchidas

tiendas, lo más culto de Nueva York, que es casi todo damas, se agolpa a la sala histórica de Chickering, para ver más que oír, a los literatos famosos que hoy se exhiben al público, a fin de allegar fondos con la fiesta en beneficio de la Liga de Propiedad Literaria; porque ahora, como la de Inglaterra se reimprime aquí, sin pagar derechos de autor, al mero precio del papel, el público satisface en los libros de ingleses su ansia de leer, desdeñando a los autores de casa, más caros y menos célebres; de modo que los autores de casa, cuyas obras también lee sin pagar derechos el público inglés, creen justo que entre Inglaterra y los Estados Unidos se acuerde un tratado de propiedad equitativo para los autores.

No está en el estrado de Chickering, notable a primera vista porque los literatos de rica cabellera son más que los calvos, el famoso Oliver Wendell Holmes, el médico-poeta, el *Autócrata de la Mesa de Almuerzo*, que en prosa y rima patéticas y fáciles loó las virtudes y castigó la frivolidad de la gente bostoniana, y luego en los días de la guerra, acuñó versos que se parecen a aquellos soldados de Bunker Hill, de chupa abierta, manos humeantes, cabello apelmazado por la sangre, mirada al morir venturosa. John Whittier tampoco está allí, el bardo a quien llaman acá, porque no tuvo miedo de hablar en pro del esclavo cuando la campaña por la abolición, "laureado de la Libertad", el que deja correr su verso suave como los riachuelos que triscan por entre las colinas donde como un pardal en el alero se acoge su modesta casa, el cuáquero que, como los obreros de Eibar, repuja en hierro, blando a su mano, hilos de plata y oro, y con hoja de perla los alegra y recama. Faltan en el estrado Bret Harte, que desde Inglaterra escribe cuentos sentidos y finos de los mineros de California; Joaquín Miller, el poeta de la Sierra; William Carlston y John Hay, que en la lengua y los lances del pueblo del Oeste describen sus hazañas, amores y aventuras.

Pero sí está, con la originalidad literaria que le vino de su libre y agitada vida, aquel Mark Twain, famoso por su chiste satírico de entre americanos y europeos, que en su mismo seudónimo, voz de mando en las balsas de los ríos del Sur, revela cómo ha sacado sus libros ya célebres del pecho mismo de los hombres, y de su propio pecho en las noches en que a lo largo de los bambúes iba escurriéndose la balsa atrevida por donde no la denunciase a los enemigos la luna. Está R. K. Stoddard, tocado con su cabello cano como con un turbante, huroneando, como en su mesa de crítico del *Mail and Express*, pronto siempre, sin dejar de escribir sátiras elegantes, a recoger del suelo una perla caída, y a echar del jardín de la poesía a los que no llaman a él con las alas.

Está Edward Eggleston, literato de fajina, fecundo en biografías de indios, cuentos de guías y escuelas, y toda especie de libros de comercio de asunto cómodo y preciosa pasta. Está el que pareció entre todos mejor, porque hizo reír, y con la sola nariz, que es regañona y opulenta, ya está contando cuentos: un Riley, poeta del Oeste, que dicen merece más fama de la que goza aún, porque con tres o cuatro toques de su verso preciso viste un carácter de aquellos de Indiana y Missouri, bigotazos y botudos, como en pocos sesgos de espátula, tendiendo y enrollando en torno a una hebra de caña la masilla de colores, fabrica sabios, guerreros y mandarines un artifice chino.

Mas, ¿quién entre todos ellos—ni el censor George Curtis, de palabra que ara y siembra; ni Howells, el novelista fisiómano; ni Dudley Warner, el poeta de las soledades y jardines; ni Frank Stockton, el narrador ingenioso que ahora triunfa; ni Cable que en novelas profundas pinta y sacude el Sur de los criollos,—igual a en celebridad al patriarca de las letras amenas en América, al que dibujó con abundancia de corazón al yanqui tenaz y astuto en los *Biglow Papers*, al que córtéj la opinión de su pueblo, cuando la sentía esquivar por su amor excesivo a lo inglés, con el discurso majestuoso, montado en lengua histórica, en que en plena Inglaterra defendió, desde su puesto de embajador, el decoro y la vitalidad de la *Democracia*,—a James Russell Lowell.

La edad le ha apagado la voz; el señorío mundano le sofocó aquella bravura juvenil con que, con mano cual la del herrero de Longfellow, flageló a los avariciosos y a los hipócritas; vendido a la prosperidad, ya se le ha helado el genio. El cabello le cae a los dos lados de la raya que se lo parte por mitad, como las lanas de un carnero merino; de la barba copiosa le cuelgan los mostachos luengos; lleva levita de príncipe, de doble hilera de botones y cerrada al cuello; preside sí, pero no ya como antes, por el talento robusto y la palabra franca, por la crítica osada e ingenua, por aquellos versos en que acusaban de debilidad oculta "al que no sabe esperar sereno en sí", y adula a la victoria; preside por la autoridad que le viene de la vanagloria de haberla adulado. El pudor del hombre está en la mente, y se ha de llegar con él incólume a los ochenta años. ¡La admiración del mundo no vale la vergüenza de cederle!

Los autores leyeron mal, y cosas pobres. La concurrencia premiaba en ellos su obra conocida, no su lectura, generalmente fuera del caso o deamayada.

Sólo resisten sin pestañear el fuego de la tribuna el arcángel Gabriel y Satanás,—por ser una de las pruebas de la virtud el haber de triunfar sobre las que la imitan, y creen que el mejor modo de vencerla es falsificarla. Aquellos autores famosos, salvo Twain, Cable y Riley, parecían escolares que acuden a recibir su primer premio. A Lowel, no le oían. Stockton pesa ciento veinte libras. Cuando Howells se pone en pie, entre palmadas nutridas, la concurrencia se dice al oído que aquél es el que gana al año, sin contar sus derechos de autor, unos diez mil pesos con lo que le corre de la pluma; sus novelas son burdas, no porque lo sea su talento noble y leal, sino porque lo es el pueblo que, conforme a su falso código literario, copia... Reproducir no es crear; y crear es el deber del hombre.<sup>4</sup>

## 35

## LA PASCUA EN LOS ESTADOS UNIDOS

*En la cárcel.—Los banquetes.—La cena en el colegio.—El muérdago.—San Nicolás y los niños.—El árbol de Navidad.—Juguetes y alcancías*

<sup>4</sup> No se reproduce el final de este trabajo por ser igual al de la crónica de 8 de diciembre de 1887, publicado en *La Nación*, que se encuentra en la página 359 de este tomo.

Como puede observarse, este trabajo, en su primera parte, sólo ofrece ligeras variantes a la ya mencionada crónica.

Nueva York, Diciembre 25 de 1887

Señor Director de *La Nación*:

Washington teme en estos días perder a Corcoran, a su filántropo: el partido demócrata ha perdido a Manning, el padrino de Cleveland en la convención donde le hizo nombrar candidato a la Presidencia contra la voluntad de su propio Estado, el que en el roce con los hombres aprendió a usar de ellos, el que supo, domando su pasión, poner a su servicio las ajenas; pero ¿qué es esta muerte, lamentada por Cleveland en una carta viril y magnánima; qué es el susto de que en Washington acabe el anciano que emplea en el bien público la fortuna que acumuló como osado banquero; qué son las carretadas de reliquias que vienen a Boston de los nueve pueblos toltecas recién desenterrados en Arizona; qué es la cueva, colosal como la del Mamut, y henchida de momias, bronce y cerámica, descubierta ayer mismo en Kentucky; qué los cadáveres de los anarquistas, cuyos cabellos encanecidos en el ataúd vieron con asombro los asistentes a su entierro final,—ante el bullicio, la prodigalidad, los banquetes pomposos, las tiendas resplandecientes, las ventanas ornadas con la corona simbólica del muérdago y el regocijo arrebatado de las Pascuas?

¿Quién no regala en estos días, únicos en que no es triste la nieve? Se hablan los que no se conocen: las almas, siempre aquí encogidas e hirsutas, salen riendo a los rostros; los padres, cargados de regalos para sus hijos, aman en el propio al hijo ajeno, y reconocen, en la alegría de amar, la fraternidad del hombre: dádivas a los pobres, fiestas en los teatros, en las calles iluminación y jubileo:—“¿Qué falta?” se pregunta la madre afanosa, que hoy no quiere fiar al mandadero de la tienda sus compras; “¡el libro, el *Principito Fauntleroy* para la niña!” “¡el estuche de afeitarse para el tío!” “¡el juego de tocador para la abuela!” ¡Y el Santa Claus, el San Nicolás de yeso, el obispo de Myra, de la barba

blanca, para que presida el árbol pascual, que es de pino oloroso, colgado de juguetes, de cajillas de talco lleno de confites, de candelabros de talón con velas de colores, de bombas irisadas y muñecos de azúcar, de guirnalda de papel rojo y azul polvoreadas de plata y de oro!

Y así vuelven los padres, ya a la medianoche,—cuando los novios salen en parejas de los teatros que lucen estos días sus piezas famosas—cuál halando un trineo, cuál cargando un caballo; en un bolsillo una linterna mágica, un *Robinson Crusoe* en otro bolsillo, y saliéndole por el del pecho la punta dorada del cartucho de bombones, el cartucho que San Nicolás, el obispo de Myra, el que echaba por las ventanas a escondidas la dote de las doncellas pobres, pone siempre callandito, a eso de la madrugada, en el fondo de la media clásica que cada pimpín cuelga lleno de fe en la repisa de la chimenea. Porque es tal en el alma del hombre la necesidad de la maravilla,—y en la del niño más, recién venido de ella,—que aunque el padre que quiere educarlo en razón le explique el mito viejo, y cómo Santa Claus fue un excelente señor, patrono de pobres, doncellas y marineros, dice el niño que sí, que lo entiende muy bien, que no hay Santa Claus,—¡y cuelga la media!

Ya no es como antes la pascua brutal, en los tiempos en que las reinas tejían a la sombra del olmo el lino de la casa, mientras a su vista adiestraban al príncipe en la ballesta y en la jabalina los barbados servidores; el oso no baila como en aquel tiempo crudo, ni humea en la fuente de madera, aún no muerta la luz de los ojos, el jabalí recién cazado, ni en el vaso de roble fragante se bebe la sidra, ni se celebra la noche feudal con cuentos desnudos y danzas de bufones. Ni es hoy como en el siglo dieciocho, cuando la velada de pascua era toda de baile y villancicos, tras los cuales venía lo mejor de la fiesta, el baile de disfraz, cotillones, minués, trenzadillos, gavotas,—danzados en zapatos de broche y media fina; y en las paredes el muérdago y el acebo, orlando las cornucopias repletas de bujías; y en la chimenea travesando, charlando, guiñando a los bailarines los ojos de fuego, el gran leño pascual.

¡Ya no es ésa la pascua, sino el día de generosidad y olvido a que, una vez al año por lo menos, tiene derecho el hombre! No se cuenta lo que se gasta:—¡Luego, luego veremos!: que los niños tengan lo que han pedido: ¿y la criada, y el mandadero? ¿y el portero?: se me acabó el dinero, ¿vecino, me prestas?: ese juguete no es bueno, ¡otro mejor!—El hombre se ve vil tantas veces, que se comprende que goce, ¡hasta llorar! de verse, una vez al menos, desinteresado.

Hasta las piedras se ablandan aquí estos días. Sing-Sing, la prisión, es toda de piedras; y las celdas, que son ataúdes, en la pascua están llenas de flores, ¡de láminas con ángeles plateados, prendidas con almidón a la pared! ¡del crucifijo de ébano y pasta amarilla que al preso irlandés le lleva de Christmas la madre viejecita!, ¡del pastel de arroz que acaba de darle el presidio de regalo!

Hablar les está prohibido; pero hoy, desde el mediodía al anochecer, les permiten hablar, juntos cuando están a la mesa, de celda a celda después de la festal comida. Son más de mil quinientos hombres, de tez muerta y mirada viscosa, ¡la mirada viscosa de las cárceles! Gritan de cuarto a cuarto; unos cantan los himnos de la iglesia, otros baladas plañideras, otros coplas desembarazadas. Este arenga a un público invisible. Aquél improvisa una ardiente defensa del crimen que lo llevó ante el jurado. Increpa al fiscal: “Allá te va todo, bribón, las flores, el pastel, el crucifijo!” “¡Mi fiscal tenía orejas de burro, y su señora era de miel, y los amigos tenían la llave de noche!” Unos, a raudales, se hablan a sí propios: los de al lado vitorean a la República y la Constitución, los de más allá hablan a celdas distantes: los gritos como mensajeros, se cruzan por el aire sin confundirse.

El chiste no falta: “¡Eh, fulano: ¿no sales esta noche?” “¡No, fulano: está nevando!” Ward, el millonario, se acurruca, contando los años que le faltan de condena, en su frazada parda. Suena una campana y callan a una vez los mil quinientos hombres. ¡Han tenido galletas de limón para el festín y el bollo de arroz dulce, y dos tabacos!

Mucho banquete hay hoy. Los solterones festejan a sus amigos en Hoffman y Delmónico: los políticos celebran, en torno a un pavo relleno de frutas y morrones, sus últimas victorias: los periodistas del club de la Castaña, donde se toca la campanilla con pena consiguiente al que dice un lugar común o cuenta un chiste viejo, loan en verso la largueza de su director, alrededor de una fuente de judías, recamada de lonjas de tocino: las trecientas alumnas de Packard, que vienen de ver juntas la buena comedia de “La Esposa”, se sientan a la medianoche en mesitas de a cuatro, a un pueblo de manteles: la luz, de tantas velas encendidas, parece que les habla, y corretea, y les sirve a la mesa: estofado es el plato de honor, que aquí llaman pastel de *beefsteak*, porque lo sirven en tazas de argentería cubierto de hojaldre: hay pavo en gelatina, y pastel

azucarado con banderita americana: la luz susurra, se asoma, chismea: ¡ya estas niñas saben de amor tanto como de alemán y francés!

¿Qué les regalará el primo? ¿el quitasol de mango de plata que delante de él dijeron que no tenían? ¿la gorra de canutillo que está ahora de moda? ¿el portamonedas de cuero de colores, tan largo este año como eran el pasado los pomos de esencia, o la sortija de brillantes? La tía ¡qué ha de mandar!: ésa manda un costurero, o los versos de Felicia Hernans, o pañuelito blanco, ¡lo que mandan las tías! ¡Como no vaya a mandar el primo el mismo tarjetón de Christmas que le regalaron el año pasado! Las velas, curiosas, mueven de uno y otro lado, como conversando, sus llamas. ¡Oh, si mandara el primo la sortija!... ¿Y la hermana mayor, la que en ese mismo instante entra en el baile de nochebuena, habrá pasado a propósito por debajo de la araña donde está escondido el muérdago, para que su novio la bese? ¡Porque cuantos sorprenden a una mujer bajo el muérdago, le pueden dar un beso!

Pero para los niños es la fiesta mayor.

Para ellos, si son pobres, los banquetes servidos por maestras, los árboles de pascua dispuestos por damas benévolas y ricas, el buen abrigo y el gorro de estambre que los Astor, Roosevelt y Vanderbilt regalan a miles, la muñeca de raso y porcelana que en un coche de librea, como en los cuentos, lleva un lacayo de botas amarillas a la niña descalza que escribió pidiendo una muñeca al buen corregidor. ¡Y mucha buena gente, leyó la carta de la niña, y se le llenó la casa de arcas de Noé, y relojes de estaño, y cocinitas de latón, y trenes de lavar, y un corral con sus doce ovejas blancas y su perro negro, y un par de zapatos!

Para los niños que no son tan pobres, el juguete francés, la muñeca vestida de armenia, los caseríos y pastoradas alemanas, y estos juguetes de los Estados Unidos, graves y útiles como el pueblo que los creó. Ya es poco el alfabeto de trozos pintados, y el teatro de papel con todo el drama de Hamlet u Otelo, y el Partenón en piezas de madera, que compone como el dibujo el niño curioso: ¡jamás compone un niño el Partenón o no lo compone más que una vez! La bomba de incendios; la imprenta en miniatura; la locomotora de vapor, con vapor de veras; la máquina de aserrar; el molino de trigo; la draga de petróleo; el taller del herrero, con toda su maquinaria, perforando, silbando, torneando, cepillando el hierro: ¡esos son los juguetes!

¡Las alcancías mismas, de hierro todas, no son ya figuras de negros hambrientos que se tragan el centavo entornando del gusto los ojos, ni de irlandeses de corbata verde que apuran la moneda en el vaso que se llevan a la boca con gesto regalado: este año las alcancías nuevas son un águila que pone el centavo de su pico en el nido en que tienden el cuello sus hijuelos,—y la de los “Caballeros del Trabajo”: un peón de albañil deja caer el centavo de su cuezo en la chimenea a medio enladrillar por donde asoma otro peón cuchara en mano!

Y otro juguete hay nuevo: ni es el caballo de ruedas, ni el gato en la bota, ni los tres monos músicos, ni el negro bailarín, ni la caja de suertes, ni las carreras de caballos, que son ruletas venenosas y disimuladas: ¡es un barco aéreo, colgante de un balancín, que al impulso de una máquina oculta, gira en el aire movido por dos aspas! Así, desde los juguetes del niño, se elaboran los pueblos.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 12 de febrero de 1888

**ESCENAS NORTEAMERICANAS**

**1 8 8 8**

## INVIERNO NORTEAMERICANO

*Los banquetes y la política.—Oradores.—Sobremesas.—El frío en el Oeste. — Ventisca mortal. — Pueblos cubiertos por la nieve — Huelga triste y justa*

Nueva York, Enero 27 de 1888

Señor Director de *La Nación*:

Ayer, en un museo, un hombre fornido se sacaba con prisa de la cabeza un casco recio de guerrero del siglo octavo: "No podría llevarlo un cuarto de hora", dijo: "sentí como si me hubieran puesto encima el cascarón de una montaña": ¡y eso que el hombre era de los que crían Illinois y Kansas, envidiables, magníficos, corpulentos, gulliveres a cuyo rededor da vueltas, como población de hormigas, Liliput asombrado! Pero el hombre que así ha desmerecido en fuerzas físicas, soporta sin enloquecer—como parece que debiera—este bullir y chocar de ocupaciones, recreos, miserias, lujos; este vibrar de su naturaleza, no menos constante que el de la armazón de hierro en que el vapor lo arrastra por el aire; esta fatiga de vivir de sí, sin el amor de los hombres que en tierras más cálidas abriga y estimula, y sin más ayuda que la vaga y vergonzosa de los intereses de clase; este ondear majestuoso de las corrientes sociales. Gran energía se necesita, y gran fuerza de ojos, para levantarse del turbión, cuya crueldad suele apocar el ánimo; pero el que dominando su dolor o interés saca un instante la cabeza por sobre las de los hombres, y los ve en marcha, en marcha como un ejército, aunque acá sigan alegres a Catilina y más allá vuelvan la espalda a Demóstenes, bien podría tenderse a morir, satisfecho de sus compañeros de batalla. El hombre es feo; pero la humanidad es hermosa. La humanidad es alegre, paciente y buena.

Y no sería ahora, tiempo de brumas y rachas, la ocasión más propicia para conocer su bondad, si no fuera deber de aquella crítica superior, que es la única fecunda, prescindir de lo que la apariencias externas y el ambiente pintoresco ponen en el hombre, y, sin ceder al influjo del

estío benévolo o el invierno pesimista, notar cómo, así como en lo animal salva al hombre de la epidemia la misma sustancia que la produce, así de sus llagas morales, estiércol del camino que se convierte en mariposa, surge el remedio que las cura.

De veras no es este enero mes bonancible. ¿Quién acá en la ciudad, podría soportar, si no estuviera el cielo tan azul, la ventisca que viene del Oeste, la ventisca criminal, que deja aquellos pueblos hundidos en la nieve, helados los ganados, bufando en vano las locomotoras en la vía obstruida, los caminos sembrados de muertos?

¡Oh! aquí en Nueva York, este es mes de bailes, teatros y convivialidades: no hay noche en que, so pretexto de banquete, no diga un candidato a la Presidencia su discurso; o se cante en la ópera alemana "Fidelio" o "Hernán Cortés"; o se reúnan los alumnos de este colegio, o los que lo fueron tal año, o los bomberos, o los capitanes de policía, o los que saben cuánto ayudan a la política las sobremesas que son por acá muy largas y habladas, y como las "juntas de rezo" de estos tiempos suntuosos, donde a la manera de las reuniones de iglesia de antes se cambian ideas, y se captan adeptos, y se urden programas, y se traban compromisos, y se miden, en lo sutil de la conversación, los que aspiran a ser favorecidos con el voto, y los dueños de éste, que quieren saber antes cuánto pagará por él a su partido, en una forma u otra, el que, copa en mano y discurso en boca, lo solicita.

El que estudia los pueblos por la cáscara, solo ve de éste los actos dealumbrantes y estruendosos en que con majestad que parece desproporcionada a quien no la estudia desde su cuna, dispone el pueblo libérrimo de sus destinos, pero esos grandes sucesos de mañana, esas candidaturas imprevistas, esos alzamientos de la opinión, esas célebres convenciones presidenciales, así es como se hacen día tras día en las juntas privadas de las iglesias, en el dentelleo y labor de encaje del periódico, y en esa costumbre creciente de los banquetes, que este año adquiere proporciones desusadas, ya porque los más la hallan buena, ya porque varios de los candidatos a la Presidencia y al gobierno de Nueva York gozan fama de oradores de sobremesa.

Orador hay como Chauncey Depew, que no tiene noche libre, y hombre que se hace miembro de la orden de Palestina o de una sociedad de hosteleros o sastres, para oír, por los diez pesos que le cuesta el asiento, los chistes no muy sutiles de Depew, o la réplica casi siempre mal cocida de su contrincante el corregidor Hewitt, o la palabrería urbana y untada del abogado Coudert, o el consejo franco y brioso del

periodista Dana, o la verba vulgar y feliz de Fellows el fiscal, o el discurso de Deems, clérigo elocuente, maestro en el arte sumo de levantar y distraer las discusiones enconadas.

Ahí es donde los partidos imperantes, exponen sus dogmas, gradúan a sus abanderados, contestan las acusaciones impresas y las que no se imprimen, y ensayan, para la lid de juego, sus armas y hombres mejores. Ahí es donde Hill, el gobernador ambicioso de Nueva York, socava los baluartes de Cleveland, a quien desea suceder en la Presidencia: ahí es donde, entre platas y bujías de colores, y la tortuga y codorniz de la estación, se dan la mano, atrevidos unos y a la callada los otros, cuantos, apretados por el miedo, quieren levantar en la república. con el más insolente a la cabeza, un partido de ricos que, a man o a desmán, a buenas o a malas, retenga en obediencia permanente a las clases productoras, privadas de su parte natural en la distribución de la riqueza: ahí, en esas comidas fastuosas, ofrece el candidato un puesto al orador que no se decide a apoyar la candidatura,—o un divorcio al marido rico, que lo protegerá con su influjo si por el del candidato con tal juez le libra de una esposa innecesaria,—o una ley favorable al agiotista que está pensando cómo podrá comprar a la asamblea cuando en la apariencia está partiendo mansamente un rábano: ahí, en los salones altos del Delmónico, donde impera el silencio grato al buen gusto, o en los nuevos de Hoffmann, churriguerescos y con música de mucho bronce, como cosa de advenedizo, alistanse los partidarios de cada pretendiente, allegando las simpatías de los que mañana serán llamados a mostrarla con su bolsa, exhibense los candidatos ante el pueblo que aún aquí es real,—ante los que poseen, que son los que mandan,— y hace el pastor cesante en busca de púlpito gala de la oratoria que puede animar a los ricos a dotarle una buena iglesia; y el cómico, que necesita amigos, los distrae, entre el Oporto y la crema de Chuao, contándoles chistes de poca ropa o cuentos burdos, montados en lengua fina por el ingenio de algún literato complaciente, como morcillas orladas de diamantes.

Esto es en Nueva York, que prepara sus bailes locos de los carnavales, o patina en el Parque Central a la llama negruzca de los hachones de petróleo clavados en el hielo, o vestida de invernante canadiense, con traje y gorros hechos de telas de frazadas, se deja caer de lo alto de la montaña rusa. Pero en el Oeste, donde viven' los que crean,—¡que valen más que los que trafican!—todo es horror desde las pascuas. Ni

en los ferrocarriles se puede ir, porque el invierno les ha cerrado el paso; ni a pie, porque el hielo del aire, de una bufada, deja muerto al que lo desafía. ¡Vaya allí quien quiera saber de héroes! ¿Que todo es heredar a padres ricos, lucir coches, alquilar bribonas, aprender literatura de relumbrón sentado a la mora en un sillón amigo; vivir, so pretexto de empleos públicos, del trabajo ajeno? ¡Al campo, al mar, al Oeste, los que quieran ser dignos de la vida, y opinar sobre ella!

El que compró con los ahorros de la cosecha su toro de Holstein, y el percherón para el arado, sale a echarles cogollos de maíz seco, mas apenas le da el frío tiempo para verlos morir, y muere. La viuda que con su hijo de doce años lleva su campo y lo ara y lo siembra, se asoma a ver si viene el hijo, que la halla con las manos y los pies helados. La maestra que, como todos los días, va con la discípula querida de su aldea a dar clases de invierno en la escuela, que está a unas siete millas, muerta aparece a los que fueron a buscarla, muerta sobre su discípula, como si con su cuerpo hubiera querido ampararla del último frío. Allí hay un montón: ¡son diecinueve cadáveres! Allí hay otro: ¡son cien bueyes muertos! En el tren que puja atascado, para salvarse con el calor mutuo, se juntan los pasajeros en un carro: los hombres se quitan sus abrigos para cubrir a las mujeres; a los niños les echan encima los sacos vacíos y las valijas del correo: van dos madres nuevas, y los dos hijos se les mueren.

A los pueblos del monte no llegan los socorros: la nieve sube a las copas de los árboles: de una pila de heno que lo cobijaba sale un infeliz a gatas a buscar ayuda para la gente de su aldea, y lo recogen expirante. Helados los vestidos: otro, que pudo por su arte de andador venir deslizándose con sus zapatos de nieve, cuenta que en Brown, a donde hace un mes no llega el tren, ya no hay un saco de carbón, ni una astilla de leña: ya se acabó el carbón confiscado a la estación del ferrocarril; ya echaron abajo la estación, para calentarse en las hogueras públicas. Le regalan un saco de carbón: “¡Me espera la mujer!” dice: y se deja ir, volar, desaparecer, sobre el muro de nieve. Día y noche trabajan mujeres y hombres, azules ya las manos y las caras, para que no sepulte sus casas la nevada.

A veces, de una puerta a otra, cae muerto un vecino.

¡Esa es la estación que la compañía de Reading, que descaradamente reparte este año un dividendo mayor que el de muchos años ha,

elige para forzar a sus mineros, a sus mineros norteamericanos que ganan sesenta centavos al día, a someterse a un cuadro de salarios que les rebajará el miserable que hoy cobran! Intentaron los diarios venales, so pretexto de condenar abusos de los gremios obreros, levantar la opinión contra los pobres mineros de Reading, que a lo más ganan un peso diario, y no son bohemios, ni húngaros, ni “alemanes pestíferos”; pero ¡estaba muy cerca el teatro de la villanía para que pudieran disimularla! La compañía, claro es, quiere repartirse mayores dividendos en el año entrante: como el carbón no sube, rebaja los salarios: como cuenta en caja seis millones libres, y cada accionista tiene otros negocios de que vivir, ¡bien puede la compañía esperar a que los mineros capitulen, vendidos por el hambre!

Son treinta mil los mineros huelguistas: todo les falta ya, después de un mes de resistencia, en sus casuchas remendadas con tapas de barril y latas viejas: se entra en una de ellas, y pan y café, que es todo lo que tienen, están tomando junto a la estufa sin fuego la madre pálida, los dos hijos, con la levita del padre el uno, el otro sin zapatos, y el padre sombrío, de botas de cuero y camisa azul: en una esquina de la mesa está la pipa de yeso, pero al lado no hay bolsa de tabaco. “¡Pan y café, señor, no tenemos más que pan y café!: los Caballeros del Trabajo nos dan de uno a tres pesos a la semana, y un poco de harina: pero estas botas son nuevas; y yo he jurado no ceder hasta que no se gaste la suela de estas botas! ¿Es justo que año tras año tenga mi hijo, biznieto de yanquis, que andar quince millas al día en su propia tierra para ganar en diez horas de mina cincuenta y dos centavos?”

Rico es, todo de crema y oro, como sus altos precios, el salón de comer, que en la parte baja de la ciudad ha abierto ahora la empresa “Savarin” en el palacio de oficinas de una compañía, todo de bronce y granito, con gran arcada a la puerta, de techo y pared de pórfido, y la escalera de ónix de Argel y mármol mexicano. La cantina es una gala, con su blanco y dorado, y de mármol el techo, como la pared, y el piso, con listones de bronce entre las losas: pero en el comedor de señoras es donde está la maravilla: Vanderbilt dio un gran baile con lacayos de librea, pero los demás criados hicieron de los lacayos tal burla, que la riqueza de Vanderbilt fue poca para evitar que le desesterearan la casa: “Savarin” puede más, porque los mozos del comedor llevan librea parda con botones de plata, y un chaleco como de piel de

tigre menudísima, por entre cuya botonadura asoma la libreta de apuntes. Llega la dama con su acompañante, como suele, y a ella la desembaraza de sus abrigos una camarera de cofia y delantal, y a él un ayuda de cámara de chaqueta de pelo, que es azul, con botones redondos de plata: los mozos llevan todos patilla de criado inglés, cortada a cercén por junto al lóbulo de la oreja; sobre la mesa todo es plata pura, y dibujo de lo más fino de Roma y Pompeya: en el salón, desde el color sigiloso, lucen con reflejos de perla, en aquel lácteo ambiente. los manteles: la alfombra es de un vago amarillo: cercan el salón. hasta media pared, espejos de arco alto, alternando con otros más bajos y estrechos de templete griego, con unas guirnalda que caen de la cornisa sobre la luna, y esconden una luz eléctrica: el papel, de flor leve: la cajera, vestida de negro y rubia, cobra en su escritorio blanco, orlado de guirnalda, y tiene a la espalda como un dosel de espejos.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 9 de marzo de 1888

## 38

### UN GRAN BAILE EN NUEVA YORK

*El "Union League Club".—La elegancia.—Los vestidos.—Hombres.—Mujeres.—Regeneración.—Trajes pomposos.—La galería de pinturas.—El baile.—La cena*

Nueva York, 7 de febrero de 1888

Señor Director de *La Nación*:

En muchos años no ha visto Nueva York fiesta tan sonada como la que ayer celebró el famoso club "Union League" para conmemorar sus bodas de plata, sus primeros veinticinco años de vida.

Las invitaciones, solicitadas en vano por lo más influyente de la ciudad, ostentaban en cifras de realce los años "1863-1888", de plata, como las iniciales del club: letras de plata encabezaban la lista de la cena: con un lápiz de plata apuntaban las damas el nombre del bailar favorito en la blanca cartulina.—¡El club tenía derecho a bailar, porque en la hora de la angustia, cuando el Sur quiso perpetuar su predominio y la infamia de la esclavitud, surgió para mantener la unión de la república y lavar aquella mancha. "Creamos este club—dijeron los hombres de entonces, pobres aún y poco conocidos—para cultivar el cariño profundo a la patria entera, y no el apego funesto a una sola de sus partes; para fortalecer el respeto y amor a la Unión, y desvirtuar cuanto propenda al privilegio injusto de intereses parciales; para discutir y proponer al país proyectos amplios y nobles de adelanto nacional, e influir en los negocios de la república con cuanto sea dable realizar a una agrupación de patriotas sinceros que se prestan mutua ayuda."

Aquellos cuantos que ni eran muchos ni podían mucho entonces, convidaron en privado, como conviene cuando se preparan grandes cosas, a los que pudieran pensar como ellos: alquilaron, para empezar, una casa pobre: discutieron: propagaron: avergonzaron con su actividad a los inactivos: ni dinero ni soldados tenían ¡pero la palabra es la bandera de Dios, detrás de la cual surgen los soldados y el dinero! Veinticinco años después, la república sin esclavos ha adelantado de modo que ya empieza a padecer de los vicios de una prosperidad entonces desconocida: la casa pobre se ha trocado en imperial mansión, de cuyas ven-

tanás, abiertas sobre la Quinta Avenida, ven los fundadores canosos rodar en coches lucientes la riqueza que ayudaron a inaugurar con el triunfo sobre el Sur: y el club "Union League" goza de tal respeto y nombre, que con ser mil quinientos sus socios, más son los que cada año llaman en vano a sus puertas: allí los generales, allí los gobernadores, allí los jueces, allí los millonarios, allí los candidatos a la Presidencia de la República y los que lo han sido, de allí acaso el nuevo Presidente. De modo que cuando el club anunció la celebración pomposa de sus bodas de plata, con la asistencia de lo más granado de Nueva York, se preparó la ciudad a una noble fiesta, donde, con todo el lujo de la metrópoli, se congregara cuanto hay en ella de ilustre y poderoso. *La Nación* vio de cerca esta fiesta característica, por la cual había de enseñar Nueva York si adelanta en elegancia y dulzura de trato, tanto como en el vigor de sus empresas, la gracia de su arte y el atrevimiento de sus fábricas.

Estos amarillos que están ahora de moda, y estas sombras inglesas, atenúan en lo interior de los salones, tapizados de oscuro y con cenefas de arce, la fuerza de la luz que da hermosura regia al espacioso blanco, o misterio poético a las salas pequeñas donde los claros combinados predisponen al amable sigilo y a la hidalga galantería.

La arrogante fábrica del club, producto de un arte híbrido que enseña más sus imitaciones por el afán de disimularlas con novedades postizas, tiene, sí, señoriales faroñas a la entrada, como en los palacios de Florencia y Venecia, y finos recodos en la escalera, amarilla también, que lleva del amplio atrio al piso ya majestuoso que de un lado ostentaba anoche la rica biblioteca, sin más lectura que la que cubriendo las mesas ofrecían las rosas, y del otro da celos a los museos más ricos por los cuadros que adornan su sala de pinturas, y atrae el gentío al teatro de altivo puntal, con la música que, oculta entre palmas y arbustos, convida a lanceros, valsés y mazurcas, fáciles en el piso de tabloncito encerado.

De allí por escaleras o ascensores, se sube a las habitaciones pequeñas, hermoeadas con rosas, y al rico comedor, que para salón de descanso pudiera apetecer el teatro más bello.

Pero en arquitectura, como en todas las artes, el modo más seguro de matar el efecto es rebuscarlo; así que cuando el noble club abrió sus puertas para una fiesta a que los recuerdos históricos y la singular concurrencia imprimían involuntaria majestad, resultaron pobres para expresarla aquellas salas concebidas sin ella.

Allí se vio cómo a las grandes ocasiones convienen los espacios grandes, y cómo en los edificios solemnes las líneas continuas realzan la belleza y acentúan la idea que empequeñecen los rincones caprichosos y las líneas quebradas. Ni la colosal ventana de cristal pintado que da fondo y pompa a la gran escalera, ni las plantas preciosas que sin vulgar cargazón animaban ya los tramos, ya los descansos, ya las salas, lucían su natural beldad perdidas en aquel ambiente opaco y entre tanto ángulo y recodo. Y es también que, a semejanza de la estructura de su propio cuerpo, el norteamericano concibe aún el edificio huesudo y anguloso, sin aquella gracia de la curva, indispensable en las fábricas de arte como en la mujer, sobre todo allí donde ésta ha de mostrar en el imperio del baile su hermosura.

¿Ni cómo, aun en lo que balbucea e imita, podrá dejar de enseñarse con lo que tiene de propio un pueblo en quien el influjo del suelo e instituciones nuevas sobre el carácter heredado ha producido una originalidad briosa? El norteamericano, que apenas empieza a dar en los hijos de sus ricas muestras de afeminamiento, refleja en su arquitectura el predominio de sus hábitos viriles, y no revela hasta hoy en sus edificios aquella gracia femenil, nivel y gusto de la vida, que todavía no ha ejercido su influjo regulador ni lo ejercerá nunca acaso, sobre la existencia nacional.

Y es muy de notar, como prueba de la semejanza del hombre a sí propio, en estados por todas sus condiciones o por alguna análogos, que lo más genuino que lleva producido la arquitectura norteamericana, lo más legítimo y grandioso de cuanto lleva hecho, recuerda, aunque con menos gracia y novedad, las fábricas sin curvas de los indígenas de América.

Pero ¿quién pensaba en esto, a no ser algún observador convencido de la necesidad de estudiar las raíces de las cosas, al detenerse, llegado el turno en aquel pueblo de carruajes, ante el camino entoldado y alfombrado que lleva a las damas del estribo del coche a la entrada del palacio? Algunas, aunque pocas, vienen de sombrero. Otras, que llegan a pie, traen el calzado fuerte, y las zapatillas de baile en la mano, envueltas en papel de China. A su vestuario los hombres, donde les atienden criados de librea; a la sala de billar las señoras, que es su vestuario, desde cuyas puertas abiertas, sin más guardián que dos pajes que reparten la tarjeta de baile, divisan los caballeros impacientes una animada escena: deja caer una beldad de la espalda desnuda su talma de

armiño: una camarera arrodillada descalza las botas “de sentido común” a la dama que vino con ellas por temor al frío: una se empolva el cabello, otra saca de su caja redonda de marfil un abanico japonés, otra cambia diez veces de puesto un lunar, cien a la vez entregan sus abrigos, reparan los estragos del coche, se prenden sus flores.

Y con la tarjeta de baile colgada de la muñeca van tomando a la puerta el brazo de sus caballeros, y repartiéndose, ansiosas de ver, por las salas lujosas, por la biblioteca donde, con frase siempre feliz, recibe a los huéspedes del club su presidente Chauncey Depew, orgullo y esperanza de los ricos inquietos; por la galería de pinturas donde “en color nada más tenemos aquí esta noche—como decía un socio—quinientos mil pesos”; por la sala del teatro, dispuesta para bailar, sin más adorno que el bosquejo que en el escenario oculta a los músicos, y los cuadros que a grandes trechos animan las paredes; por el comedor, en fin, “el pasmo de la noche” donde Camovito, tan célebre como Trompette, ha acumulado tales maravillas que “¡oh—dice otro socio—vaya, vaya a verlo!: nunca se ha puesto en Nueva York una mesa más costosa: ¡véalo antes que lo destrocen!” Y así va toda la concurrencia, como al salón de cuadros, al de la cena, expuesta a toda luz desde la primera hora como “El Caballero” de Meissonier, como el “Tigre sediento” de Delacroix, como el “Paso del Riachuelo” de Troyon. La multitud respetuosa revisa en procesión la cena.

Suben, bajan: ya son tres mil: no estorba el ruido de las voces; ni en la sala más concurrida se halla quien cierre el paso: sólo en los trajes reina el desorden.

Sentémonos un instante, con una linda niña vestida de blanco y violeta, allí en aquel sofá del salón de pinturas, que queda frente a la “Carga de Caballería” de Detaille.

Nueva York va desfilando por allí: Vanderbilt y Roosevelt, Stebbins y Schuylers, Ceiton Sweets y Van Santvoorts, todas las familias, todas las noblezas, los obispos protestantes de alzacuello y levita, el ejército en plaza, con botones de oro y entorchados, el almirantazgo con charreteras de oro.

Las jóvenes, como criadas ya con más cultura, van de gasas y sedas ligeras, con púdico escote, o sin escote las más.

Una, que saca toda la cabeza a su marido calvo, lleva un traje rojo, abotonado al cuello y de manga larga. De raso amarillo, marco feliz de

un admirable busto, va sin más joya que su beldad, una judía de cabellera negra. Una dama estética envuelta en encajes, carga a la espalda, como cuello de capa invisible, una capellina de peluche carmesí. Pasan moarés cortados, como para visita, terciopelos negros con collar de diamantes, Watteaus de gris de acero con abanicos rojos, tules amarillos con abanicos de espejo, brocados de azul y oro, un traje de tisú de iglesia de calle: ¡zapatos de botones! Pasa, cubierto el seno por un pañuelo de burato, una recién casada, con el vestido de gasa pajiza adornado de colibríes: se le rueda el pañuelo de un hombro, y descubre un colibrí, con las alas tendidas, volando al seno. Pasa una anciana caduca, de cara pergamínosa, de andar trémulo; va arrastrando la cola de tisú blanco y oro: sobre la clavícula lleva un lunar falso: en los pómulos le arden dos motitas rojas: los brillantes, que en el collar de tres vueltas le penden, lucen en el pecho hundido como las joyas guardadas en yeso.

Y según va pasando se confirma el divorcio palpable de la riqueza y el buen gusto, como en otra millonaria, sesentona que lleva botas de cabritilla y vestido de brocado persa, recamado de esmeraldas, zafiros y rubíes; o en una joven verde de suma delgadez, que carga un abanico redondo, un frasco de sales tamaño como un cetro, y un ridículo de canutillo: a otra no se le ve el cabello ni la seda, por lo espeso de la montura de brillantes.

Los ojos, por supuesto, no se iban tras ellas, sino tras los vestidos de sedas claras, sin más adorno que el supremo de la natural belleza, favorecida por el amplio uso del tul, que da como vapor y poesía al color que encubre, y por el abanico de plumas en forma de cola de ave del paraíso, que es la cosa más bella que en el abandono del baile puede una mujer escotada reclinar sobre su hombro.

Más que el lujo impropio de la mayor parte de los trajes, era de notar, en el paseo de viudas acaudaladas, de esposas resplandecientes, de ilustres herederas, la degeneración, si no ausencia total, de aquella beldad de Diana y Juno de la mujer de Norteamérica, antes de la mezcla desconsiderada de las razas y los afanes de una prosperidad violenta y excesiva. Y las pocas que por su hermosura llamaban la atención, eran en lo general gente nueva, recién venida del trabajo, del emigrante, del minero, del piloto, del campesino: porque las de familia más rica y antigua se conocían, no por la soltura y majestad del trato, sino por lo descolorido de la tez, o la espalda gibosa, o el cuerpo infeliz, o el perfil

embebido de Carlos II *el Hechizado*. Como sólo iba pintada una que otra anciana loca, se podía ver por lo pobre del cutis, así como por lo desmembrado de los cuerpos, que las angustias de la vanidad en que aquí viven los ricos, y el ansia con que el banquero inseguro y vinoso engendra su prole, y la falta de sentimiento en las ocupaciones y objetos de la vida, no son elementos sociales que perpetúen la salud y la hermosura.

Los hombres, casi todos de mediana edad o ancianos, no se mostraban como nosotros, ágiles y blandilocuos, sino que, aun los que por sus méritos o fortuna han subido a altos puestos, revelaban en su áspera cortesanía el guante de lana del trabajador, o el de gamuza del soldado. Lo que sólo parecerá defecto a los observadores lútiles, porque bien fuese por hallarse allí después de veinticinco años de victoria muchos de los que ayudaron a fundar en su nuevo maravilloso estado la república, bien porque la democracia tenga un señorío natural suyo, menos pintoresco y más decoroso que el de la realeza, fue imposible dejar de observar cómo, sobre esas desigualdades de país nuevo donde la vida social no es arte aún, se sentía en aquella enorme fiesta sin dirección ni centro visible una como dirección superior y majestad, ¡y eran las del carácter, hecho a regirse e imponerse. en este pueblo de almas libres!

Verdad que allí no estaban los petimetres de casa ilustre que, en el palacio de Vanderbilt como en la mansión de la Hicks Lord, ofenden con chistes cargados de vino a la esposa que busca a su compañero en el tumulto repugnante; ni niñas casaderas que se entran a galope tendido por la coquetería, sin saber dónde acaba Recamier, y empieza Manon Lescaut, como la que en Washington halló pesada la gasa que protegía su beldad íntima, o la que en Baltimore dio a beber champaña en su zapatilla a uno de sus galanteadores. Verdad es que en la sala de baile, donde de tres mil concurrentes nunca valsaron más de veinte a un tiempo, cierto caballero, servidor esa noche de una dama de riqueza suma, la entrega a un valsador, siéntase a esperarla, cruzadas las piernas, y enseña un borceguí de becerro, atado al tobillo con cordones, por donde rebose en arrugas una media de lana.

Pero aquel digno y natural reposo, no deslucido en un solo instante de la fiesta, la embellecía con originalidad indudable; y al verlos presidir sobre sus pedestales de honor, no pareció que estuviesen allí fuera de lugar ni el mármol de Webster ni el bronce de John Brown.

¿Y los cuadros, prestados por los socios para las bodas de plata? No había esa acumulación que lastima el gusto noble, ni lienzo donde no alcanzara el concurriente a ver, ni cuadro que no fuese verdadera maravilla. Ni con mucho decían de ellos los hombres, aunque gobernadores de Estados y almirantes, lo que con rara sensatez sabían decir muchas de las mujeres, jóvenes las más. Con ser de mucha fama los Rousseaus rojizos, y los Bierstada, bosques y otoños colosales, unas preferían los caprichos de Knauss y las cabecillas de Von Bremen; otras los soldados augustos de Neuville, o los de Detaille, siempre más jóvenes; otras las vacas de Troyon, Van Marcke y Rosa Bonheur, gratas a las que recuerdan sin bochorno sus primeros años de vida campesina.

Allí la pintura voluminosa y esmaltada de Díaz subyugaba los ojos con sus "Ninfas del Bosque", que no parecen de color sino de relieve, y convidan bajo la última sombra a la merienda. De Jacquet había delicias, en nácar y seda como todo lo suyo, el enamorado que llega, de tricornio y chupa azul, a los pies de su amada, perdida en la saya de gro de grandes ramazones: el que en lo amable del bosque deja en la palma de su desposada el primer beso. De Pasini había cielos deslumbradores, de Shereyer, árabes fantásticos; de Howalski, un polaco de genio, la "Caballería en el Herrador"; de Gérôme, grande en lo pequeño, "El Mercado de Esclavas": glorias todas del pincel moderno. Y de Jiménez Aranda, el español, había un cuadro que tuvo coro toda la noche, por la gracia del asunto y la vida y maestría de colores: un salón de la España de principios del siglo, que invade "Jugando a Papá" el pequeñuelo de la casa, vestido de montera, casaca y bastón.

En la sala del baile, entre Izquierdos y Zimmermans, lucían dos de los cuadros sobre que más haya batallado la crítica moderna: el "Colón e Isabel" de Laurens, verde y rojo, y el "Pintor en su estudio" de Munkacsy, con él y su esposa por únicos actores, todo negro.

Y en tanto que en esa grata libertad iba de uno en otro salón la concurrencia, ya de vuelta a sus casas, viendo aquí los retratos famosos, allí la biblioteca envidiable, allí el descanso que inundan de blanca luz los florones eléctricos disimulados entre las palmeras, otros subían o bajaban, ya repuesta la sabrosa fatiga de los comedores donde en torno de las mesas, sentadas las favorecidas y de pie las menos, rociaban con champaña—el único vino de la noche—las majestades culinarias que de cazos sin fondo iba enviando en mil fuentes pequeñas Camovito; las

ostras fritas, la tortuga verde, las lajas de capón, el pastel de volatería, el de hígado de ganso, la pechuga de faisán, la lonja de oso, la pava silvestre: o café, té y caldo o helados y dulces.

Un galán arranca de un castillo de merengue una bandera americana de flecos de oro, y la pone en los cabellos negros de su amiga, que saborea una ensalada de gallina y un emparedado de lengua escarlata. Un marido trae abierta una botella de champaña, y la deja sobre la alfombra, a los pies de su esposa. Un socio del club, calvo como una bola de billar, arranca para una octogenaria escotada, vestida de amarillo, un oso blanco de los que adornan en lindo paisaje de nieve, el gran jamón ursino "a lo Polo Norte". Nadie, ni el enamorado más ardiente, osa hundir el cuchillo en el gigantesco salmón de Kennebec, cubierto de escenas de pesca dibujadas con materiales suculentos, y del cual halan por los dos cabos, como luchando en vano por alzarlo, dos pescadores de graciosa escultura.

Sentados bajo una palma departían Eva y Adán, con muchas aves de pluma verdadera a sus pies, y frutas y flores. Había fortalezas de crocante y buques de almendra con marineros y soldados vestidos como cuando la guerra del Sur, y fusiles y cañones.

En estatuas de cera presidían la mesa central Washington, Lincoln, Grant y Sherman, y sobre ellos, y más grande que todos ellos, la Libertad, con su pabellón de listas, y su escudo de estrellas.

Sobre una pirámide de faisanes y pollos, dominaba el conjunto, extendida la cola, un pavo real.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*. Buenos Aires, 8 de abril de 1888. Publicado también en *El Partido Liberal*, de México.

## 39

### TEMA DE ACTUALIDAD

*Los caminadores.—622 millas en 6 días.—Gran carrera pedestre en el circo Madison de Nueva York.—Carácter de la fiesta.—Las apuestas.—La concurrencia.—Escenas odiosas.—Novias y esposas.—La pista*

Nueva York, Febrero 12 de 1888

Señor Director de *La Nación*:

“¡Guerrero, Guerrero el mexicano va a la cabeza!” No bien lo pregonan en su alcance los vendedores de periódicos, *La Nación*—que ama a su sangre—sale a averiguar si es cierto que en una prueba de resistencia física, en la carrera de seis días y noches por ver quién anda en los seis días seiscientas millas, vence al escocés, al irlandés, al inglés, al alemán, al austriaco, al árabe, el mozo esbelto que va sorbiendo leguas, a paso de indio como el gigante de las botas, el mexicano Guerrero.

Acaba de terminarse la carrera. El vencedor, no es Guerrero, como lo fue en un instante; pero en los seis días, aunque perdió por la nariz sangre a torrentes, ha andado quinientas sesenta y cuatro millas, y de sesenta y siete competidores, el mexicano fue el tercero.

Sólo Albert el vencedor, ágil y membrudo como Peleo, se le comparaba por el paso gallardo y la heroica resistencia. ¡Allí van los dos, hombro a hombro, momentos antes de cerrarse, entre banderas y vítores, el circo.

Albert, el filadelfiano, no lleva más ropas que un traje de punto, como el de los gimnastas; con la cintura de terciopelo negro; ha andado seiscientas veintidós millas, y pudiera volverlas a andar: el paso es breve, rápido, seguro: el color no revela cansancio: va muy peinado, por la mano de su esposa que lo cuida: empuña a modo de talismán una varilla de ébano, como Mercurio el caduceo: el ojo le chispea.

Y allá va Guerrero. No va, como Hércules cuando corría por conquistar la corona de oliva, sin más ropaje que su propia piel: ni lleva como Hipómenes una blusa de lona cuando competía con la mortal Atalanta por el premio de su mano; ni viste de camisa y calzoneras de piel de venado con pasamanería de wampunes de colores, y diadema de plumas de cisne, como el veloz Pan-Puk en las bodas de Haiwatha: Gue-

rrero es galán, aunque del Bowery, y tan celoso de su lindeza como de su velocidad: viste de cazadora de paño, polaina, y calzón corto: la cachucha es de *jockey*: con la rapidez del andar le flotan a la espalda las puntas del rico pañuelo de seda azul que para regalárselo se desató del cuello una admiradora: aquel no es paso, es columpio: cada paso suyo cubre dos de Albert: no parece que pisa, sino que vuela: el bigote es negro, la cara fina y larga, el ojo atravesado: va mirando hacia atrás, como si lo persiguieran espías o serpientes.

¡Estalla la música! ¿Quién de los dos dará primero la vuelta a la pista? Albert recuerda, por su belleza escultural, a los héroes de las Olimpiadas: Guerrero recuerda a los daneses que se deslizan por los campos de nieve, buques humanos, con una vela a la espalda. Ya se acercan: ya llegan: de Guerrero es el triunfo: ¡Guerrero es el que viene al trote que venció en otra contienda de seis días a un caballo de California, rebotando más que corriendo sobre el aserrín, con las dos banderas americanas a los hombros, como dos alas!

Sí: ¿pero los infelices que en lucha bestial por una parte del dinero de la boletería halan hora sobre hora, legua tras legua, desencajados, expirantes, nauseabundos, cárdeno el blanco, ceniciento el negro, el mulato verde, uno royendo una costilla conforme anda, otro asiéndose del aire; otro plegado, babeando; casi lamiendo el aserrín; otro cayendo de bruces, desmayado, sobre la pista?

Los rufianes para apostar; las bribonas porque las vean, y por amor a cuanto excita su carne impura; y uno que otro curioso, atraído por el encanto de la tenacidad en cualquier especie de triunfo, son los que, con los ladrones y los policías, llenan día y noche el circo de Madison: sólo ellos pudieran, por la curiosidad morbosa, o el ansia de que gane su favorecido, asistir sin ira a estos certámenes preparados por los jugadores que viven de apuestas, y a los que la tentación de la ganancia o el afán de la notoriedad, más necesaria aquí que en país alguno, atrae gente ruda, ridícula o enérgica a ejercicios odiosos que en nada aumentan la utilidad, gracia y ciencia del hombre: Guerrero era bello, sí: ¡como un venado! Albert era bello, sí: ¡como un caballo!

Desde las doce de la noche de un sábado hasta las doce de la noche del otro no se apagan en el circo las luces: por la tarde, o a prima noche, o al salir de los teatros o bailes, entran por pocos momentos los curiosos: tendidos sobre los bancos, o dormidos bajo el ala del sombrero,

con las botas en la baranda y las manos en los bolsillos, pasan allí las madrugadas frías, mientras los míseros andarines dan vuelta a la pista. los apostadores, los tomadores del dos, los vagabundos, que no tienen mejor cama, los imbéciles, engolosinados con aquella competencia terrible y monótona.

A esa hora lívida es cuando se ve aquella escena desnuda. Ni las malas mujeres, vestidas con el lujo que debiera dejarse para ellas, ostentan en la delantera de la gradería su amante comprado, su abrigo de piel de foca y sus brillantes. Ni los carcamanes del arte de jugar, lampiños y relucientes, rivalizan en la pompa de los sobretodos y el tamaño de sus joyas con las beldades de alquiler. Ni la música aviva con estallidos y chispazos el paso mortecino de los descompuestos caminadores. Ni los que "pusieron" en ellos, como se pone en un caballo, el dinero requerido para la carrera, estimulan a su hombre con el regalo de un bastón o de un ramo de flores, o de un corazón de jacintos y claveles, o de un reloj de oro o de un billete de banco, o con lo que más de todo esto parece animarlos, con la carta de una mujer que, de veras o de mentiras, se interesa de amor por el que da en la contienda muestras de gracia viril o de tenacidad extraordinaria: el más infeliz, el que ni con la espuela de la música se aviva, el que sólo burlas arranca a la plebe por su paso rastrero o su figura bochornosa, rompe a correr sin cuidarse del vientre que le muerde ni de los pies que se les desmigajan, cuando recibe una carta de mujer o un ramo de flores.

¡Pero a la madrugada, lo que deja detrás de sí un perro indigesto es la única comparación propia de aquella fetidez y maldad! Los noticieros de los diarios, soñolientos, en su gran jaula, apuntan las veces que el austríaco de fealdad diabólica—que camina dormido—cae en la pista exhausto, y sin ayuda de una mano piadosa se levanta, o cómo se llevan insensible a su casilla a uno de los andarines vencidos, o cómo el escocés—andando casi de rodillas—va anunciando su paso con el estertor de sus bascas, o cómo con los brazos cruzados por la espalda—por que no se les caiga al suelo—se llevan a un caminador moribundo dos parientes compasivos. Los anotadores, encaramados en su andamio, llevan la cuenta de las vueltas con grandes números móviles de loza blanca sobre un entablado negro, arrebujados en el gabán, o soplándose los dedos ateridos.

En las casillas, que alumbra con claridad de hospital la luz eléctrica, espera la mujer de Albert, con sus brillantes y su abrigo de foca, a que su marido al pasar le tome, sin detenerse, de las manos una taza de

gelatina o un vaso de té helado: la novia de Strokel, del austriaco, se asoma por entre las muselinas de su puerta a animar con la mirada al pobre feo que ha entrado en la contienda para ganar un poco de dinero con que empezar la casa; los cuidadores azuzados por el apostador, echan a puñetas al infeliz andarín que viene, como un perro, con la boca llena de espuma y los huesos por encima de la camisa, a buscar el succo que le niegan aquellos bárbaros: la policía, avisada a tiempo, cae sobre un pícaro que se dealiza en una casilla desocupada para poner en la pócima del caminante unos polvos que le trastornen la salud y le hagan perder la apuesta.

Lleno de cáscaras, de colillas, de cuñetes vacíos, de rufianes de camisa colorada, ¡el circo hiede! Las mujeres, velan como los hombres. Los andarines, con los ojos vidriados o a medio cerrar, dan vuelta sobre vuelta, encorvados, chupados, pegada la piel del vientre al esternón, con las medias blancas salidas por debajo del gabán, como dos huecos.

Veamos en el último día, el circo, cuyo aire pudre el vapor del mal tabaco: a duras penas puede el concurrente abrirse paso por la muchedumbre que se agolpa en torno de la pista, interesante aún, porque—fuera de los tres vencedores que llevan ya andadas quinientas veinticinco millas— los que todavía no han caído por tierra, los diez que quedan en pie de los sesenta y siete, bregan por cubrir aquella distancia, que les dará derecho a una parte de los productos de la boletería. “No falta aquí uno solo—dice un policía—de la canalla de Nueva York: aquel de tabaco terciado y de cabello crespo, es el buen mozo de más bribonas neoyorquinas: el caballero que va por allí, el que bebe ahora la sidra que le da aquel vendedor vestido de payaso, es el fullero más grande de todo el país y el rey del timo: aquel otro, que parece un reverendo, es un ladrón de bancos, y la señora que lo acompaña otra ladrona.” Petimetres, extranjeros, y algunas damas curiosas pasean en aquel aire fétido y azul por el interior del circo, lleno de ventorrillos y puestos de anuncio, mientras que, ya al cerrarse la carrera, amortiguada la curiosidad principal, dan los andarines sus últimas vueltas, que en algunos parecen ser las de la vida.

¡Abrámonos paso, bien abrochada la levita! Ese es Albert, el primero de todos: lleva alta la cabeza: ni el sueño ni la fatiga se denuncian por el menor síntoma en su rostro triunfante: ha dormido tres horas al día: la gelatina ha sido su alimento, y su vino el champaña: el gamo salta así, como salta él: no bien desaparece por una cabeza de la pista, ya se le ve venir por la otra, ondeando la bandera, o leyendo un tele-

grama, o mirando el bastón que le regala un admirador, o repiqueteando un tango irlandés en el banjo que su mujer le cuelga al cuello como las damas de antes ceñían la banda con sus colores al caballero vencedor.

El segundo, vestido de rojo, es el inglés Herty, hombre de caballería, pernicioso, peludo, sudoso, con los hombros en la cintura, y la mirada turbia de los bueyes.

Guerrero le sigue, a paso tan elástico y abierto que, para ir hablando con él, tienen que trotar sus dos socios capitalistas en la empresa, Brodie, el vendedor de periódico que se echó al río desde lo más alto del puente de Brooklyn, y Dillon, un pugilista de fama, que mató hace poco de un puñetazo a su contendiente.

Strokel, el austriaco, a quien ya sólo falta una milla, pasa muridose: la cabeza como la de un muñeco, le gira sobre los hombros: mueve las manos como los peces las aletas: las cuerdas del cuello, amotinadas, se le engrifan: se le han secado las piernas bajo los calzones: se le ven bailando los músculos del rostro: ¡son fatigas de horca las que sufre, pero en la puerta de su casilla, fiel durante seis días, lo espera su novia!

Noremac, el escocés, notable por su vigor al final de las carreras, asombra a la concurrencia cambiando su paso cojo por trote tendido cuando, al verlo venir, rompe la banda en una marcha marcial, y en aplauso el público: el rostro muestra el rosado enfermo de aquellos a quienes no obedece ya su corazón: tiene el velo mortal que los imagineros pintan en los crucifijos: hala sus pies hinchados, como si los desclavase.

En pos viene Moore, el irlandés: de entre las mejillas sin carne, coronadas por ojeras rojizas, le sale cubierta de gotas de sudor, la nariz enorme: se pasa la mano por el cráneo rapado, con el gesto de angustia de los monos.

Hart, el negro de Haití, gran andador, perdida la gallardía con que ganó su fama, pasa humillado, encogido, hachicado, combo.

Stont, el árabe, va detrás de él, gigantesco y visible, muy bien envuelto en su gabán, los brazos como aspas, los ojos como acuas, atrapados los pies colosales, que ni por la amenaza ni la burla animan al paso filosófico.

Yanqui tiene que ser, y es, el que sigue a Stont; Tailor, el yanqui, viejo arrugado de cabeza celta: la barba gris le cae al pecho: no lleva zapatillas como los demás, sino medias; ni calzones, sino pantalón largo, sujeto de los hombros por tirantes azules, sobre la camisa de cotin, con letras rojas; pasa como la desgracia, como la noche, como el destino:

no levanta los ojos del suelo: no retarda ni aligera su paso: desaparece por la curva de la pista, triste y anguloso.

¿Y ese infeliz que viene ahora, el último, el párroco Filly, cuya agonía, cuya cabeza hundida, cuyos brazos a medio caer, como las alas de un pollo sin plumas, saluda el público con silbidos y carcajadas? Le han dado la bandera, que se le cae de la mano: exprime el pañuelo empapado en sudor: la cabeza la lleva hacia atrás como si se le hubiera enroscado la médula: carga a la espalda un anuncio, como la silla de un caballo. Y va contoneando el cuerpo huesudo, como quien quiere parecer bien a las damas.

En las casillas, y en los hoteles de la vecindad, a la hora en que el vencedor aún tenía fuerza para despedirse de la concurrencia con un discurso, las esposas de los vencidos les bañaban los pies, negros y fétidos; o les acomodaba el médico la cadera enjuta; o interrogaba un periodista en vano la mente hueca del caminador, tendido exánime en un catre de campaña, entre flores marchitas, potes embadurnados de jalea, cascos de huevo con fondos de vino, huesos de cordero a medio mondar, cepillos, tabacos, trapos manchados de sangre, libras de té y botellas de champaña descabezadas.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 15 de abril de 1888

40

## LA PRESIDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS

*Blaine y Cleveland.—El sucesor de Blaine.—Alta política y política cesárea*

Nueva York, 27 de febrero de 1888

Señor Director de *La Nación*:

Este es mes de nidos para los pájaros; de "valentines", o envites de amor, para los jóvenes; de discursos de estreno en el Congreso en Washington; de toma de puestos entre los candidatos a la Presidencia de la República; de asombro, porque Blaine, previendo acaso la derrota, ha enviado en una carta desde Florencia su desistimiento de la candidatura. No se habla de los heroicos mineros de Reading, que en vano resisten, en meses de hambre y frío, la rebaja del salario que les paga una compañía cuyos dividendos crecen; ni del éxodo de los negros del Sur que, acorralados en todas partes y tostados vivos en alguna, vuelven los ojos como a un refugio hacia el Brasil; ni de las batallas feudales que ensangrientan la frontera de Illinois, donde familias impunes ventilan sus agravios en correrías armadas; ni de la muerte de Asa Gray, el gran botánico, y de Petroleaum Nasby, el satírico de la guerra; ni de los acontecimientos de la ciudad, como el Club Eléctrico, las comidas fastuosas de una novia ilustre, la alemana que muere abrazada a su esposo por salvarlo de un balazo, el festín de periodistas menores a que asisten los más altos dignatarios del país, sujetos a las reglas que llaman acá del "Clover Club" que da a cada cual el derecho de interrumpir al orador, y obliga a éste a hablar a caletre corrido sobre lo que le mandan, y obedecer sin gruñir los caprichos de la juventud bulliciosa, que es lo que llaman en México con mucha gracia "el mosquito"

De eso nadie habla, ni de que la esposa del Presidente mudó de peinado, ni de que va a ensayarse en las escuelas la educación industrial; sino de la retirada de Blaine, sujeto del cisma del partido republicano; capitán seguro en la más recia corriente, y hombre rapaz, egoísta, majestuoso, osado como el águila.

Para él no hay cumbre inaccesible, ni distancia que no mida con el ojo avariento, ni ardid a que no acuda para asegurar su presa; mas su mente cesárea no es de aquellas que los pueblos deban nutrir, porque se ejercen en su bien, sin más ambición personal que la natural y deseable que asegura la energía, sino de las que se han de temer, porque usan de su pueblo como de instrumento para el adelanto propio, y de sus problemas como de piezas de ajedrez que combina para el triunfo el jugador interesado.

Sin las cualidades del hombre, en quien la maldad debe existir como en el pan la levadura, nadie intente gobernar a los hombres, ni ejercer en ellos importante influjo; pero quien emplea su conocimiento del ser humano para reducirlo a su servicio, y no para servirle, más culpable es mientras más hábil sea, y debe ser mirado por la nación como un enemigo público.

Los partidos políticos, que suelen parar en meras asociaciones para el logro del poder, siguen sin escrúpulo al que les parece capaz de conquistarlo. El que más deslumbre, el que más prometa, el que más tino muestre en reducir a sus rivales, el que más indulgente se vea forzado a ser por sus propias faltas, ése es el que en todas partes eligen como su portabanderas los partidos, cuando, afeados por el mando, decaen del ideal glorioso que los trajo a la vida, en simples ligas de los intereses criados a su sombra. Y el hombre es casi siempre un político como Blaine, de estudio superficial, de modales, según la ocasión, despóticos o sedosos, de tal cinismo que no le imponga respeto la virtud, la rapidez en percibir y bravura en atacar, de palabra servil y maravillosa y de brillantez en todo punto extraordinaria. Mas estas condiciones no prosperan tanto por su propio alcance, y por el influjo de los intereses que se valen de ellas y las tienen en alquiler, ya en la silla de un tribunal, ya en la presidencia del Congreso, ya en la de la república, como por el recogimiento y esquivaz peculiares a la virtud, que sólo en las horas de peligro patrio inspira, a la par, por arreglo invariable de la naturaleza, el pueblo que debe seguirla y el hombre capaz de encarnarla. Y cuando un hombre enérgico dice la verdad a su hora, como decoraciones de cartón se vienen a tierra las intrigas políticas.

Ya *La Nación* dijo a su tiempo, cuando la elección de Cleveland, los síntomas de descomposición nacional que produjeron el advenimiento al poder de un hombre nuevo que probó desde la posición más humilde su perspicacia para adivinarlos, su valor para exponerlos y su capacidad para combatirlos.

La república, corrompida por el amor predominante a la riqueza, abandonaba el gobierno a los políticos de oficio, y veía en calma la liga de los que abusaban de los bienes públicos con los que habían de administrarlos. La desvergüenza de los ricos exasperaba la cólera de los pobres. El provecho excesivo de los empresarios privaba al obrero de su provecho natural. El Sur, tratado como a vencido por el Norte, daba a entender que no tenía olvidados sus agravios. Era necesario arrancar el gobierno a los intrigantes políticos; salvar la república de la indiferencia de sus hijos; templar con el estudio de los problemas del país el ánimo embotado en la persecución de la riqueza; poner coto a los abusos de los ricos y a la cólera de los pobres; satisfacer al Sur con una política leal y generosa. Y si en la tarifa proteccionista estaba una de las raíces del mal público, si por ella provocaban los industriales la revolución de los obreros y pervertían las grandes empresas con el influjo de diputados venales la representación nacional, si por ella se mantenían en el poder con la ayuda agiotista los republicanos, dispuestos por razones de partido a desafiar al Sur, necesario era, en cuanto la fábrica económica lo permitiese, reformar la tarifa proteccionista.

Cleveland llegó a ser, a pesar de la rabia de la gente podrida de su partido, el símbolo de todo lo que puede conservar la república, y Blaine el de cuanto puede amenazarla.

Y cuando Cleveland, con energía que a los republicanos mismos ha recordado la de Lincoln, señaló en su mensaje sobre la tarifa los orígenes del malestar del país, y la inmediata necesidad de remediarlos, los más esperanzados de entre sus enemigos demócratas, obedeciendo al aplauso popular, le mostraron el apego servil con que el aspirante sigue al triunfador; y Blaine comprendió que, aunque pudiese sofocar la hostilidad creciente de los republicanos a su nueva candidatura, sólo a derrota final e irremediable se exponía, presentándose, cuando el país ha oído la verdad, como el campeón de todo lo que se la oculta.

Unos creen que el desistimiento ha sido obra de político previsor que conoce su poder sobre la mente nacional y, con el crédito de este aparente desinterés, se promete reaparecer a su hora; otros dicen que se vale de ese medio simpático para compeler a su partido, en virtud de la falta de un guía tan poderoso como él, a ofrecerle unánimemente la candidatura que no parece dispuesto a confiarle en la próxima campaña.

¡Qué animación enseguida en todos los grupos; en la prensa, en el Senado, donde todos dan la mano, como sucesor nato de su rival Blaine, al astuto John Sherman; en el Congreso, donde reina, como en el país, la creencia de que, a pesar de su censura de la reelección presidencial, a pesar de la ambición tenaz de Hill, el gobernador de Nueva York, Cleveland será escogido de nuevo como el candidato de los demócratas y reelecto Presidente.

Henry George mismo, desistiendo de su amigo McGlynn y del partido de que venía siendo cabeza, se niega a aspirar a la Presidencia como candidato del partido y a Juez de librecambista, cree que el país va por esa vía, y es deber del país, y suyo personal, ayudar con su voto a Cleveland, que con su mensaje los ayuda.

Pero la fuerza de Cleveland está en que, a la vez que la tendencia a un cambio más libre, muestra la decisión de acomodar toda reforma al estado actual de la mayor suma de intereses creados, que, por lo que se ve hasta hoy, admiran su honradez y comparten sus juicios.

Mas la reelección de Cleveland, cierta en una campaña contra Blaine, tendría obstáculos de cuenta si, como quieren en Massachusetts, los republicanos presentaran como candidato a Sheridan, el héroe legendario y amado de la guerra contra el Sur, o vencieran los republicanos de Nueva York, no ya con el rico Morton o con el elocuente Ewatts, sino con Chauncey Depew, el abogado de los Vanderbilt, poderoso en el Estado de Nueva York, donde las elecciones se deciden y donde no tiene Cleveland entre los suyos el mismo arraigo que entre los demás demócratas de la Unión. Bien puede ser que Sheridan arrebatara los ánimos con el prestigio de las hazañas que no ha tenido aún la ocasión de declucir, o que Chauncey Depew aumentase con la viveza de su ingenio y las simpatías de su persona el apoyo entusiasta que en las clases ricas le ha valido su actitud firme y hábil, decidida ante el problema obrero, y con los jóvenes del Estado, el juego de su talento y su éxito en la vida. Pero con lo doloridos que están ahora los obreros, pudiera ser imprudente oponerles un candidato que es hechura y esperanza de las corporaciones que el obrero mira como la causa de sus males; y el hecho reciente de que varios republicanos del Senado contribuyeran a nombrar juez de la Corte Suprema al confederado Lamar, Secretario de Cleveland, no indica que el país, ni los republicanos mismos, viesen con favor la candidatura de un aspirante cuya única significación nacional es la

que adquirió en la guerra contra el Sur. Sherman, en tanto, sabedor de lo que los intereses pesan en la política, los va poniendo de su parte con sagacidad singular, y él es sin duda quien, a tener más amigos en Nueva York, recogería la herencia presidencial de Blaine, cuyas tendencias fustas comparte. También él quiere política cesárea, república aristocrática, mano alta con los pobres, y tender las alas del águila hacia el Norte,—¡y hacia el Sur!

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 22 de abril de 1888

NUEVA YORK BAJO LA NIEVE

*Paralización de tres días.—Peligros.—Escenas e incidentes.—Actos heroicos.—La gran ciudad en una hora de prueba.—Las calles.—Los trabajadores.—Resurrección*

Nueva York, 15 de marzo de 1888

Señor Director de *La Nación*:

Ya se había visto colgando su nido en una araucaria del Parque Central la primera oropéndola; ya cubría los álamos desnudos el vello primaveral, y en el castaño tempranero, como vecinitas parlanchinas que sacan la cabeza arrebujada después de la tormenta, asomaban las hojas; ya advertidos por el piar de los pájaros de la llegada del sol, salían los arroyos de su capa de hielo para verlo pasar; ya el invierno, vencido por las flores, huía bufando y desataba tras de sí, como para amparar su fuga, el mes de los vientos; ya se veían por las calles de Nueva York los primeros sombreros de pájilla y los trajes de Pascua, dichosos y alegres, cuando al abrir los ojos la ciudad, sacudida por el fragor del huracán, se halló muda, desierta, amortajada, hundida bajo la nieve. Los bravos italianos, cara a cara con la ventisca, llenan ya de la nieve, coruscante y menuda, los carros que, entre relinchos, cantos, chistes y votos, van a vaciar su carga al río. El ferrocarril aéreo, acampado dos días en vela siniestra junto al cadáver del maquinista que salió a desafiar el vendaval, recorre otra vez, chirriando y temblando, la vía atascada, que reluce y deslumbra. Los trineos campanillean; los vendedores de diarios vociferan: los limpianieves, arrastrados por percherones poderosos, escupen a ambos lados de la calle la nevada que alcanzan de los rieles: con la nieve al pecho se va abriendo paso la ciudad hasta los ferrocarriles, clavados en la llanura blanca, hasta los ríos, que son puentes ahora; hasta los muelles, mudos.

Vibra, por sobre la ciudad, como una bóveda, el alarido de los combatientes. Dos días ha podido tener la nieve vencida a Nueva York, acorralada, aterrada como el púgil campeón que se ve echado a tierra de un puñetazo tundente por gladiador desconocido. Pero, en cuanto afloja el ataque el enemigo, en cuanto la ventisca desahoga la primera furia,

Nueva York, como ofendida, decide sacarse de encima su sudario. Entre los montes blancos, hay leguas de hombres. En las calles de más tráfico, deshecha bajo los que la asaltan, huye ya en ríos turbios la nieve. Con botafangos, con palas, con el pecho de los caballos, con su propio pecho, van echando la nieve hacia atrás, que recula sobre los ríos.

Grande fue la derrota del hombre: grande es su victoria. La ciudad está aún blanca: blanca y helada toda la bahía. Ha habido muertes, crueldades, caridades, fatigas, rescates valerosos. El hombre, en esta catástrofe, se ha mostrado bueno.

En todo el siglo no ha visto Nueva York temporal semejante al del día trece de marzo. El domingo anterior había sido de lluvia, y el escritor insomne, el vendedor de papeletas en las estaciones del ferrocarril, el lechero que a la madrugada visita las casas dormidas en su carro alado, pudieron oír enroscando el látigo furioso en las chimeneas, como sacudiéndolo con mano creciente contra techados y paredes, el viento que había bajado sobre la ciudad, y levantaba sus techos, derribaba a su paso persianas y balcones, envolvía y se llevaba los árboles, mugía, como cogido en emboscada, al despeñarse por las calles estrechas. Los hilos de luz eléctrica, quebrados a su paso, chisporroteaban y morían. Descogía de los postes del telégrafo los alambres que lo han igualado tantas veces. Y cuando debió subir el sol no se le pudo ver: porque, como si pasase un ejército en fuga, con sus escuadrones, con sus cureñas, con su infantería arrollada, con sus inolvidables gritos, con su pánico, así, ante los cristales turbios, la nieve arremolinada pasaba, pasaba sin cesar, pasó durante todo el día, pasó durante toda la noche. El hombre no se dejó domar por ella. Salió a desafiarla.

Pero ya los tranvías vencidos yacían, sin caballos, bajo la tormenta; el ferrocarril aéreo, que pagó con sangre su primera tentativa, dejaba morir el vapor en sus máquinas inútiles; los trenes, que debieron llegar de los alrededores, echados de la vía por el ventarrón o detenidos por las masas de copos, altas como cerros, bregaban en vano por abordar sus estaciones. Tentaban los tranvías un viaje, y los caballos se encabritaban, defendiéndose con las manos del torbellino sofocante. Tomaba una carga de pasajeros el ferrocarril, sujeto a la mitad del camino, y tras seis horas de esperar presos en el aire, bajaban hombres y mujeres de la armazón aérea en unas escaleras de albañil. Los ricos o los muy necesitados hallaban, por veinticinco o cincuenta pesos, coches de ca-

ballo recio que los llevaran paso a paso a cortas distancias. Azotándolos, tundiéndolos, volcándolos, pasaba por sobre ellos, cargado de copos, el viento revuelto.

Ya no se veían las aceras. Ya no se veían las esquinas. La calle Veintitrés es de las más concurridas: y un tendero compasivo tuvo que poner en su esquina un poste que decía: "Esta es la calle Veintitrés". A la rodilla llegaba la nieve, y del lado del viento, a la cintura. La ventisca rabiosa mordía las manos de los caminantes, se les entraba por el cuello, les helaba las orejas y la nariz, les metía puñados de nieve por los ojos, los echaba de espaldas sobre el nevado resbaladizo, los sujetaba sobre él con nuevas ráfagas, los lanzaba danzando y sin sombrero, contra la pared, o los dejaba dormidos, dormidos para siempre, ¡sepultados! El uno, un comerciante, en la flor de la vida, había de aparecer hoy, hundido en el turbión, sin más señal de su cuerpo que la mano alzada por sobre la nieve. El otro, un mandadero, azul como su traje, sale en brazos de sus compañeros piadosos de aquella tumba blanca y fresca, propia de su alma de niño. El otro, clavado hasta la cabeza, con dos manchas rojas en el rostro blanco, y los ojos violáceos, duerme.

¡Y por Broadway y las Avenidas, levantándose y cayendo bajaban al trabajo, ancianos, mozos, niños, mujeres!

Unos, exhaustos, se sentaban en un quicio, sin más voluntad que la de perecer; otros, generosos, se los llevaban del brazo, animándolos, voceando, cantando: una mujer de mucha edad, que se puso como máscara con dos agujeros para los ojos el pañuelo, se reclina contra la pared, y rompe a llorar; el presidente de un banco que va a su puesto a pie, lleva en brazos la carga a la botica vecina, que en el turbión, se puede distinguir por sus luces amarillas y verdes. "¡No sigo!", dice uno, "¿y si pierdo mi lugar?" "Yo también sigo", dice otra, "yo necesito mi jornal de hoy." El dependiente toma de brazos a la trabajadora: la obrera joven lleva por la cintura a la amiga cansada. A la entrada del puente de Brooklyn, implora con tal angustia el secretario de un banco nuevo al inspector, que, aunque sólo la muerte puede pasar por el puente en aquel instante, lo deja pasar "¡porque si no perderá la secretaria que ha tardado tres años en conseguir!": y el viento, en aquella altura formidable, de una bufada lo echa abajo sobre el piso, lo alza de otra, le quita el sombrero, le abre el gabán, le hace morder el suelo a cada paso; él se repliega, se ase a la barandilla, adelanta gateando: avisados por el telégrafo desde Brooklyn, los policías del puente lo recogen en brazos al llegar a Nueva York exánime.

Y ¿a qué tanta fatiga si no hay apenas tienda abierta, si se ha rendido la ciudad, arrinconada como un topo en su cueva, si al llegar a sus fábricas y oficinas encontrarán cerradas las puertas de hierro? Sólo la piedad del vecindario, o el poder del dinero, o la casualidad feliz de vivir en la vía del único tren que por un lado de la ciudad, bregando valeroso, se arrastra de hora en hora, ampararán en este día terrible a tanto empleado fiel, a tanto anciano magnífico, a tanta obrera heroica. De esquina a esquina avanzan, recalando en las puertas hasta que alguna se les abre, llamando con las manos ateridas, como con el pico llaman a los cristales los gorriones. Arrecia la ráfaga de pronto; como piedras echa contra el muro a la bandada que volaba buscando el abrigo: unas contra otras se aprietan en medio de la calle las pobres obreras, que la racha sacude y hostiga hasta ponerlas otra vez en fuga. Y ruje y hombres se van volviendo así ciudad arriba, braceando contra el vendaval, sacándose la nieve de los ojos, amparándose con las manos para buscar en la borrasca su camino. ¿Hoteles? ¡Las sillas están alquiladas para camas y los cuartos de baño para alcobas! ¿Bebidas?: ni los hombres hallan ya qué beber, en las cervecerías que consumieron ya su provisión: ni las mujeres, halando ciudad arriba sus pies muertos, tienen más bebida que sus lágrimas.

Ya a esa hora, repuestos de la sorpresa del amanecer, los hombres disponen sus vestidos de modo que no les lastime tanto la furia de la ventisca. A cada paso hay un vagón volcado; una persiana, que azota la pared suspendida del último gozne, como el ala de un pájaro moribundo; un toldo desgarrado; una cornisa a medio arrancar; un alero caído. Paredes, zaguanes, ventanas, todo es una masa de nieve. Y sin un minuto de tregua desde el amanecer, pasa, pasa cargado de copos el turbión blanco, arremolinando, devastando, zumbando, gruñendo. Y con la nevada a los brazos, los hombres y las mujeres caminan.

Uno ha hecho de la seda de su paraguas un tapacaras, con dos huecos para los ojos y otro para la boca, y así, con las manos a la espalda, va quebrando el viento: otros llevan los zapatos envueltos en medias, o en sacos de sal, o en papel de estraza, o en retazos de caucho, atados con cordeles: otros van abrigados con polainas y gorros de velocipedistas: a otro, casi cadáver, se lo llevan cargado, envuelto en su sobretodo de piel de búfalo. Este, botas de caballería, aquél de actor, aquél de cazador. “¡Señor!” dice una voz de niño a quien la nieve impide

ver, “¡sáqueme de aquí, que me muero!” Es un mensajero, que una empresa vil ha permitido salir con esta tormenta a llevar un recado. ¡Muchos van a caballo!: alguno, que saca un trineo, del primer vuelo del viento celoso rueda con él, y a poco muere. Una anciana tenaz vino a comprar una corona de azahares para su hija que se casa hoy, y se lleva la corona. Y cuando ya era Nueva York, como campo ártico, y la noche cerraba sin luces, y sólo para el pavor había espacio; cuando los carteros generosos caían de bruces, transidos y ciegos, defendiendo con su cuerpo la valija de las cartas; cuando de las casas sin techo buscaban en vano las familias, con miedo mortal, salida por las puertas tapiadas; cuando bajo cinco pies de nieve, con la ciudad entera, yacían, ocultas a la mano más fiel, las bocas de agua abiertas en las calles para apagar los incendios, estalla con furia, tiñendo de luces de aurora el paisaje nevado, un fuego que echa abajo tres casas de vecindad en pocas dentelladas. ¡Y llegó la bomba! ¡Y los bomberos cavaron con sus brazos, y hallaron las bocas de agua! ¡Y de color de rosa parecían las paredes y la calle nevada, y de un azul de ojos el cielo! ¡Y allí, aunque el agua con que las batían se les volviese por la fuerza del viento, en chispas punzantes contra el rostro, aunque más altas que la cruz de una torre serpeasen en el aire las lenguas de fuego carmesí, aunque azotadas por el vendaval les vinieran a morder las barbas las columnas de humo sembradas de chispas de oro, allí, sin poner pie atrás las fueron combatiendo, con la nieve al pecho, hasta que las circunscribieron y domaron! Y luego, con sus brazos, abrieron camino a la bomba en la masa de nieve.

Sin leche, sin carbón, sin cartas, sin periódicos, sin tranvías, sin teléfonos, sin telégrafos, se despertó hoy por la mañana la ciudad. ¡Qué ansia por leer, los de la parte alta, los diarios que a fuerza de bravura de los pobrecillos vendedores, llegaban de las imprentas, que están en la parte baja! ¡Y hubo anoche, hasta cuatro teatros abiertos! ¡Y todos los negocios están suspendidos, y la falsa maravilla del ferrocarril aéreo puja en vano por llevar a su labor la muchedumbre que se agolpa cólerica en las estaciones!

En los caminos están los trenes detenidos, con sus cargas humanas. Del resto de la nación nada se sabe. Los ríos son hielo y los osados los están cruzando a pie; se rompe el hielo de pronto, y quedan flotando sus témpanos, con los hombres al lomo: un remolcador sale a salvarlos,

costea el témpano, lo va empujando hacia los muelles, ya lo junta a muelle vecino, ya están salvados; de los dos lados del río se oye un enorme ¡hurra! ¡Hurra! gritan por las calles al bombero que pasa, al policía, al bravo cartero. ¿Qué será de los trenes que no llegan, y a donde las empresas del ferrocarril, con energía magnífica, envían víveres y carbón, a rastras de sus máquinas más poderosas? ¿Qué será de los de la mar? ¿Cuántos cadáveres habrá bajo la nieve?

Ella, como ejército ya en fuga que vuelve sobre el triunfador en inesperada arremetida, vino de noche, y cubrió de muerte la ciudad soberbia.

Más que a cualesquiera otros, convienen estas embestidas de lo desconocido a los pueblos utilitarios, en quienes como ayer se vio, las virtudes que el trabajo nutre, bastan a compensar en las horas solemnes la falta de aquellas que se debilitan con el egoísmo. ¡Qué bravos los niños, qué puntuales los trabajadores, que infelices y nobles las mujeres, qué generosos los hombres! La ciudad toda se habla en alta voz, como si tuviera miedo de quedarse sola. Los que se codean en el resto del año brutalmente, hoy se sonríen, se cuentan sus riesgos mortales, se dan las señas de sus casas, acompañan largo trecho a sus nuevos amigos. Las plazas son montes de nieves, donde como recamo de plata lucen ya al primer sol los encajes de hielo prendidos a las ramas de los árboles.

Casas de nieve se levantan sobre los techos de las casas, donde el gorrión alegre cava nidos frágiles. Amedrenta y asombra, como si se abriese de súbito en flores de sangre un sudario, esta ciudad de nieve, con sus casas rojas. Publican y contemplan el estrago los postes del telégrafo, con sus alambres enroscados y caídos, como cabezas desgredadas. La ciudad resucita, sepulta los cadáveres, y echa atrás la nieve, a pecho de caballo, a pecho de hombre, a pecho de locomotora, a bocanadas de agua hirviendo, con palas, con estribos, con fogatas. Pero se siente una humildad inmensa, y una bondad súbita, como si la mano del que se ha de temer se hubiera posado a la vez sobre todos los hombres.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 27 de abril de 1838

42

## LA RELIGIÓN EN LOS ESTADOS UNIDOS

*El carácter moral en la república.—La religión oficial y la popular.—  
Las "Hijas del Rey".—Historia extravagante.—Escenas extraordinarias.—  
Himnos.—Lágrimas.—Gritos*

Nueva York, Abril 8 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Dice Clark en su libro sobre el "Derecho original del hombre a una parte inalienable de dominio en los beneficios de la naturaleza", que a seguir como van los monopolios, acaparando la riqueza pública, concentrando en pocas manos la privada, acorralando a la nación trabajadora, como un pugilista a su rival, sobre la última esquina del circo "no aseguraría por un cincuenta por ciento los negocios de los Estados Unidos, y las vidas no las aseguraría por un noventa". Se ve ahora de cerca lo que *La Nación* ha visto, desde hace años, que la república popular se va trocando en una república de clases; que los privilegiados, fuertes con su caudal, desafían, exasperan, estrujan, echan de la plaza libre de la vida a los que vienen a ella sin más fueros que los brazos y la mente; que los ricos se ponen de un lado, y los pobres de otro; que los ricos se coligan, y los pobres también; que la inmigración, no bien destilada ni contenida, aporta más de sus vicios europeos que lo que adquiere de virtudes americanas; que el lujo, el lujo descompuesto y casi bestial, obliga la mente a tales agudezas y el honor de ambos sexos a tales sacrificios, que la virtud va por todas partes quedándose atrás, como poco remunerativa; que la libertad más amplia, la prensa más libre, el comercio más próspero, la naturaleza más variada y fértil no bastan a salvar las repúblicas que no cultivan el sentimiento, ni hallan condición más estimable que la riqueza, ni asimilan al carácter nacional las masas indiferentes u hostiles que se les unen.

Se ve que no bastan las instituciones pomposas, los sistemas refinados, las estadísticas deslumbrantes, las leyes benévolas, las escuelas vastas, la parafernalia exterior, para contrastar el empuje de una nación que pasa con desdén por junto a ellas, arrebatada por un concepto premioso y egoísta de la vida. Se ve que ese defecto público que en México comienza a llamarse el "dinerismo", el afán desmedido por las

riquezas materiales, el desprecio de quien no las posee, el culto indigno a los que la logran, sea a costa de la honra, sea con el crimen, ¡brutaliza y corrompe a las repúblicas!; debiera sin duda negarse consideración social, y mirarse como a solapados enemigos del país, como a la roña y como a Yagos, a los que practican o favorecen el culto a la riqueza: pues así como es gloria acumularla con un trabajo franco y brioso, así es prueba palpable de incapacidad y desvergüenza, y delito merecedor de pena escrita, el fomentarla por métodos violentos o escondidos, que deshonoran al que los emplea, y corrompen la nación en que se practican. Debieran los ricos, como los caballos de raza, tener donde todo el mundo pudiese verlo, el abolengo de su fortuna.

Todo eso se ve aquí ahora; pero así como del estudio de la naturaleza, tenido por hostil al espiritualismo, surge éste, podado de supersticiones y acorazado con hechos, más enérgico y resplandeciente; así como las grandes opresiones engendran los grandes rebeldes; así como las tierras de menos poesía natural producen, por la vehemencia con que la desean, los poetas más profundos y sensibles; así, por la falta general de las condiciones más finas del carácter, surgen aquí propagandistas fervorosos, entusiastas, ardientes, maniáticos santos, redentores callejeros, apóstoles de salón, sacerdotisas intensas, toda suerte de trabajadores espirituales, con las variantes más caprichosas y risibles. Y puede decirse a boca llena que el clero oficial, que muestra hoy en servir a los ricos la rivalidad que mostró antes en la interpretación de la Escritura, es quien menos ayuda a esta obra de reconstruir el alma nacional caída. Es el clero improvisado el que remueve más ideas, ve más de cerca la desdicha, y exhorta con más elocuencia a la caridad para con el hombre y la fe en Dios; es el sacerdote campesino, ayer vendedor de medicinas de patente, que llega a la ciudad, a "predicar el Evangelio" con botas de montar, levita a los talones, nariz y ojos de águila, labio de arriba raso, y barba al pecho: es el rufián arrepentido, que levanta una iglesia donde tuvo primero otra de vicios; es un peón de albañil, un botero inspirado, un dependiente de muelle, una buena mujer tan conocedora de la desventura que la gente infeliz acaba por hacer de su casa como un templo, donde entran a que les cure las llagas del corazón con su palabra balsámica y caritativa.

Así se fundan aquí las religiones, se levantan templos nuevos bajo la advocación cristiana, se renueva el carácter moral amenazado y a medio podrir, se escogen por una especie de sufragio no estricto los educadores religiosos. Siempre lo impuesto es vano, y lo libre es vivífico.

Y ésta es la ocasión propicia para notar lo numeroso, ya que no lo eficaz, de estos esfuerzos, que por esa misma descompuesta manera de nacer, y por el influjo insidioso de cultos más deslumbrantes y amañosos, no vienen a ser más que ventarrones cargados de semillas, y como sacudimientos que sacan a los espíritus de su letargo, mas sin extinguir en las almas, abiertas un instante a la piedad y la resignación, aquella falta de desinterés, aquel amor enconado de sí, aquella vida carnal y grosera que desluce acá el trato y afea la vida de los más míseros como de los más elevados del país.

Ahora, con el sol que se acerca, con los frescos de marzo y abril, con la primavera pascual, parecen renacer la elocuencia y la fe, y ser mayores y más lúcidas las potencias del alma. Ahora, con la cuaresma, las iglesias disponen fiestas memorables, los pastores populares congregan a los transeúntes en las plazas y en los atrios, los evangelistas levantan tiendas de conversión en los rincones más fétidos e infelices.

El pastor famoso de la iglesia de la Trinidad castiga los vicios de la gente alta de Nueva York, de las jóvenes ricas que sólo procuran atraer a los hombres por los atractivos de su cuerpo, y asisten a almuerzos de doce platos y no menos de seis vinos, y van al teatro vergonzosamente vestidas, a que refocilen los ojos y contenten las manos los galanes jovenzuelos o calvos que les pagan después la exhibición con cenas de Delmónico o de Brunswick, donde se sirven anguilas menos resbaladizas que los cuentos, y salsas menos picantes que la conversación ordinaria.

Otro pastor, vecino de Sharp, de aquel sobornador que compró los votos de los regidores para su tranvía de Broadway,—cuando todavía está caliente en el ataúd el cadáver del infeliz, denuncia ante su iglesia, como tipo abominable de su especie, la vida de aquel hombre que de cocinero de una balsa de maderas ascendió, sin más ayuda que la propia, a contratista afortunado, pero llegó a tener por el dinero tal pasión, y a ver junto a sí tan venales a los hombres, que se pasó treinta años comprando jueces, senadores, regidores, como compraba antes sus papas y sus carnicerías en el mercado.

Un sacerdote de pueblo, de ochenta y cuatro años, censura en una serie de sermones el apetito exagerado de las riquezas como raíz de todos los males de la nación, de los que el menor no es por cierto el miedo que van teniendo los hombres a decir la verdad, por temor de ofender a aquellos a quienes les conviene tener por amigos en los negocios y en la política. "Y el horror que tengo a la mentira es tal, que el domingo que

viene voy a predicar en mi iglesia, delante del que será mi ataúd, mi propia oración fúnebre." Y la predicó: fueron a oírlo de todos los pueblos a la redonda.

El ataúd estaba al pie del estrado, y la familia en su banco, vestida de luto como en las ceremonias funerarias. Se cantaron los himnos mortuorios. Y el pastor Pidgeon flageló en un discurso de dos horas sus "groserías carnales", y encomió las "victorias de su espíritu". La multitud lloraba unas veces, y reía otras. He aquí una de sus frases: "Ningún hombre debe vivir soltero un solo instante, cuando hay tanta buena mujer descosa de encontrar buenos maridos".

Uno predica sobre el influjo de la ciencia en la religión, y ve, en Darwin mismo, como el albor de una religión científica, no sin razón, puesto que Darwin fue quien dijo que le era intolerable el pensamiento de que el ser humano tardase tanto en adquirir su condición actual para que de un soplo lo apagasen el viento. Otro, con un barril de harina que va distribuyendo entre los pobres de su barrio, da a las mujeres y a los niños durante todas las cuaremas unas lecciones pintorescas sobre la Biblia, que él les enseña de modo que ellos lo puedan entender, con su lenguaje sin gramática, y con ejemplos de su propia vida: los niños lo oyen con interés: a las madres suele ir a sacarlas de la clase el marido colérico, porque no ha hallado al volver la mesa puesta: el orador defiende a la culpable con un chiste, y el marido le contesta con un terno, y se lleva a empujones a aquella "picara holgazana". Otro congrega a gentes distinguidas para pedir, en nombre del obrero y del americanismo acorralado, que se restituya la santidad del domingo a su vigor antiguo, y no haya en domingo trabajo, ni teatro, ni ferrocarriles, ni correos: "¡que el trabajador no tenga un día suyo, es bueno para países de esclavos! ¡para que el domingo sea fiesta es necesario que para una gran parte de la población sea día de trabajo! ¡nos están envenenando la sangre nacional, y debemos empezar la cura por las raíces!"—Otros vienen del colegio de Yale, donde hay escuela célebre de divinidad, y como tratan de convertir a los rufianes del Bowery, de cara lampiña y llena de costurones, sombrero a la oreja, y camisa sin cuello ni corbata, "recomos amigos" les dicen "porque el rezar es cosa buena: en Yale tenemos un gran tirador de pelota, que gana siempre, porque antes de entrar en el juego, reza": en este templo, encaramado en el sotabanco de una cervocería, hasta el jarro de beber agua está sujeto por una cadena, y en los muros musgosos hay letreros así: "El Señor es mi pastor, y cuidará de su oveja", al lado de este otro: "Los concurrentes se ser-

virán no mascar tabaco en este cuarto". Pocas calles más arriba rodean unas cincuenta señoras a una anciana bella que les habla con sencillas patéticas del Nuevo Testamento; y les descubre con maternal destreza los consuelos que el alma tiene en el orgullo de su virtud contra las más grandes desdichas: "en el conocimiento y ejercicio de lo que hay de más noble en el alma hay tal fuerza para la vida y tal esplendor para el rostro, que no habrá belleza de aventurera que pueda competir con la de la esposa que ha descubierto el gozo inefable de domar el dolor, y convertirlo en caridad cristiana". Las damas más ricas de Nueva York favorecen estas conversaciones caseras de Margarita Bottome; se la disputan las ciudades; asiste a una de sus pláticas la mujer de Cleveland; once mil mujeres llevan ya la cruz de plata de su Orden, que es la de "Hijas del Rey", obligadas a tratarse con bondad y saludarse en público aunque pertenecieran a las clases sociales más opuestas, a prestarse ayuda mutua y consolar a los necesitados, a soportar en calma la desdicha y reprimir la cólera: ¡suele una dama de la Quinta Avenida bajar de su carruaje a dar la mano a una vendedora de flores!

Pero para ver esta faena cuaremal en toda su pujanza, ha de irse a los bosques de los alrededores, donde con preces de siete días esperan el descenso del espíritu divino, ya golpeándose los muslos, como los hebreos cuando juraban, ya desgarrándose los vestidos, ya orando largas horas con la cabeza baja; ha de irse a la plaza pública donde una cohorte de ex bribones, a tambor batiente y con los estandartes en alto, cuenta a su público de vagos y tahúres cómo ellos lo fueron, hasta que vieron en sueños el estandarte, o pasó por delante de su madriguera el tambor y "como un trago de agua fresca cuando se acaba de dar una puñalada" se les entró por el alma la gracia de Dios: y los tahúres y vagos los oyen sin burlarse, les compran el periódico que venden, y les echan centavos en las gorras; ha de irse a los caserones de los barrios bajos, dispuestos en pocas horas para templos donde a palmadas, lloros y gritos "se llama hacia Dios" a la multitud, desde que sale el sol hasta muy adelantada la noche: ha de irse a la bahía, donde los que creen en la fuerza de la fe para curar los males del cuerpo se bautizan el domingo, de brazo del pastor, en el río helado. Tienen su templo, que llaman del Monte Sión, y es una barca de canal, consagrada de antiguo, porque anduvo trayendo y llevando los misioneros suecos, que iban Hudson arriba condenando la impureza del amor escorriorio y descri-

biendo, con la lengua de llamas de Swedenborg, la fusión de los sexos en los ángeles.

Salen del templo los catecúmenos, cambian en una barraca vecina sus vestidos por ropones de franela, lo mismo que el pastor, y ya reunidos en la orilla ante el concurso de creyentes, caen de rodillas sobre la nieve, mientras que, sin cuidarse de que el viento le echa la barba por encima del hombro, pide el pastor a Dios que "caliente el agua que ha de recibir a los neófitos, y ahuyente el diablo del alma grosera de los mozos que se ríen, y de los periodistas que quieren contar con burlas el santo bautismo". Y a tiempo que el concurso entona un himno, uno tras otro va llevando el pastor consigo al agua a cada bautizante. El primero es un anciano: hasta el pecho lo tiene ya sumergido el pastor, cuando por fin le hunde en el agua la cabeza por pocos instantes. "¡Gloria a Dios!" dice, levanta al inmerso, le limpia la sal de los ojos, lo saca a la playa, y mientras vuelve el pastor a su río con una ponderosa sesentona, el anciano, dando diente con diente, echa a correr hacia la barraca, agitando los brazos en alto, y gritando: "¡Aleluya! ¡Aleluya!" Una tísica se desmaya en el agua. Un mocetón sale bufando, y voceando "¡gloria!" y dice que nunca se ha sentido "con tanto calor". Una irlandesa desvanecida sale del baño en brazos. Un concurrente, tocado de fe súbita, quiere bautizarse, y como no hay ropón para él, entra en el baño con su vestido de domingo. "¡La Biblia lo dice!" Va repitiendo el pastor, a quien le cae el agua a chorros de la franela pegada a los huesos: "la Biblia en tal versículo dice que para curarte de los males del cuerpo te bastará tener fe en Dios!"

¿Y eso qué es, comparado con "conversiones", las mil conversiones que en una semana ha obtenido como si con sus propios brazos sacara a los conversos del infierno, el metodista Harrison? ¿Quién sabe de dónde viene ese niño predicador de treinta años, que desde que tenía ocho está en el oficio de salvar almas con el fervor de su elocuencia, ese hombre larguirucho, perdido en su traje negro, lampiño, marmóreo, de cabellera selvosa, de mirada ya negra, ya verde, ya gris, ya chispeante y terrible, ya estática y anegada en lágrimas? Principia a convertir por la mañana; y a viva fuerza tiene la policía que cerrar el templo a la una de la noche. Los de afuera empujan a los de adelante.

El servicio, aquel servicio extravagante y titánico, sólo termina para comenzar de nuevo. "¡Déjenlo venir, déjenlo venir!" Es un anciano que

viene sin aliento, abriéndose paso por el gentío, para que el sacerdote "le imponga las manos". "¡Oh, uno más, uno más, una presa al demonio, una estrella para el cielo, una llama azul en el camino de la salvación!" "Eran ochocientos, dice, y ya son ochocientos uno."

Y el metodista rompe a llorar. Lloran las mujeres. Dan con los pies los hombres en el suelo. Se echan los unos en brazos de los otros. Se cuentan en voz alta sus pecados. Vuelve a empezar el servicio. "¡A orar!", y se van sofocando los gritos y sollozos. Silencio no hay jamás, porque ya no saben de él aquellas almas desencadenadas: sube al estrado un diácono de levita y pantalón negro. Oran tres, el diácono, arrodillado de espaldas a la concurrencia: el teniente del predicador, de espaldas también, pero de pie, con la frente apoyada en una columna: el predicador a medio caer de rodillas sobre el lectuario. El rezo es brevísimo. Ahora vienen los himnos. "Este himno", "aquél". Unos suben al estrado, otros bajan. Llevan recados. Del estrado invitan a voces a los de atrás a que se acerquen. El predicador y su teniente, dando palmadas, diciendo chistes recios, mandando a brazo tendido, recorren el tablado de un cabo a otro: ¡ya cantan el himno! ¿Qué es, que Harrison, el predicador, se detiene, saca la pierna derecha, tiende el cuerpo adelante, se pone a oír como si lo que oyera viniese de lejos, se mesa la cabellera, se oprime la frente con las palmas hasta que parece que van a salirse de las órbitas los ojos?

Al fin da un paso, tiende los brazos, los sacude como arrebatado de un temblor, y levantándolos por sobre su cabeza, une al himno su voz, que es la más alta. El canto acabó, no los lloros y suspiros, y aleluyas, y amenes: Harrison, reclinado en la Biblia abierta sobre el lectuario, va a pronunciar el sermón. Elige un texto. Comienza en voz baja. Está hablando de las "cosas buenas de la mesa de Dios", y se interrumpe para decir que abran una ventana: "la luz a nadie hará daño". Sigue hablando, pero como para sí, y ya no se le entiende lo que dice, cuando apartándose de un salto del atril, como si fuera a caer sobre la concurrencia apiñada a sus pies: "¿No han oído lo que he dicho?", pregunta con gritos estridentes. "¡De Dios lo acabo de saber! ¿no han oído lo que he dicho?" Y el concurso solloza; con la cabeza baja, como cuando un amo le pega a su perro. Entonces se desata aquella elocuencia singular, no por lo que dice, que es la jerga teológica, sino por aquellos cambios súbitos de voz, aquellas anécdotas que interpola en el punto divino, aquel parecer que se saca de los ojos las lágrimas y las riega como perlas sobre sus adeptos convulsos, aquel volver misterioso

sobre una frase insignificante que de puro repetida llega a parecer leña de sentido profético y pavoroso: aquel detenerse de pronto para decir una frase, como leería a su estado mayor el parte de un triunfo en general en campaña: "Ya somos mil: ¡ahora, al campamento, de redillas todo el verano! y volveremos en otoño, a conquistar la ciudad". De grado en grado va levantando una pintura del sillón de luz donde se sienta el Eterno, que comenzó casi tendido sobre el estrado, como si poco a poco la fuera arrancando del suelo, y cuando está para terminarla, levantado sobre la punta de los pies, y con ambos brazos hacia el cielo, los baja de repente, se adelanta sobre el público, hiere el tablado con el pie: "Me informan, dice, que hoy mismo cesarán de usar blasfemias los dependientes de tiendas."

El estrado le vendrá estrecho. Se echará de él entre la multitud: "¡De pie los salvados!" "¡A mí los que se quieran convertir!" El llanto le corre a hilos. Su teniente anima los gritos. El los abraza. El se arrodilla junto a ellos. Le palpan los vestidos. Le besan la mano. Materialmente se ve crecer al hombre. Y cuando de un salto de tigre vuelve al estrado lleno de conversos, va a hablar y no puede: el color se le va del rostro, y el cuerpo va ya a ceder: su teniente lo lleva hasta la silla, donde lo deja con la cabeza entre las manos; sollozando: ¡ha recibido "el choque de la gloria"!

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 17 de mayo de 1888

## CARTAS DE MARTÍ

*Estados Unidos.—Ojeada general.—Acontecimientos curiosos.—Espiritistas, árabes, comidas, afición a la heráldica.—Los trabajadores.—Henry George y el cura McGlynn.—El Congreso y la Presidencia.—Randall y los proteccionistas.—La tarifa para las lanas*

Nueva York, Abril 10 de 1888

Señor Director de *La Nación*:

Quien viera ahora de alto y con larga vista lo que sucede en esta nación, notaría cómo,—a pesar de los paseos de pascuas, que han sido animados con mucho sombrero de trenza de oro y vestidos de verde y terracota;—a pesar del éxito constante en los teatros de las piezas de Shakespeare;—a pesar de los banquetes, con la vulgar novedad del regalo de una prenda de valor a cada asistente,—lo que se ve de veras es que los Estados Unidos han llegado a una hora de recuento,—que al flaquear la prosperidad que les vino de la guerra, examinan y condenan los vicios y falsos sistemas levantados a su sombra,—que la república, caída en manos de un partido conquistador, que ha parado en fundar una casta aristocrática, se decide a restablecer la base antigua de la igualdad y libre lucha que era en tiempos de menos lujo la garantía de la remuneración justa del trabajo del hombre, sacado hoy del combate, a no ser en clase de siervo, por las empresas privilegiadas, bien obren éstas por sí, bien se junten en ligas monstruosas.

El cura McGlynn, a quien echó a la política su indignación contra los abusos de la Iglesia Católica confabulada con el partido demócrata, riñe con Henry George, su ídolo de ayer, porque no creyendo éste bastante sano ni maduro el partido de los trabajadores, prefiere poner su atención principal en el problema de la reducción de la tarifa, donde está la raíz del malestar de los obreros como del de toda la nación, antes que ir de pueblo en pueblo perorando sin fe como candidato apasionado y ambicioso a la Presidencia, por uno de los grupos, y no el más respetado y eficaz, en que se divide el partido futuro de los trabajadores; Arthur, maquinista famoso por su cordura como cabeza del gremio de su oficio, con millares de adeptos y centenares de miles en sus arcas, se resiste a adoptar el lema de los Caballeros del Trabajo, que quieren

lograr por la acción pacífica y unida de los trabajadores de todas las artes y empleos la reconstitución de la república sobre bases tales que no venga a ser, como con las de ahora va sucediendo, premio seguro del trabajo honrado la miseria:—la gran huelga del ferrocarril de Burlington, mantenida por Arthur, estuvo a punto de fracasar por la hostilidad meditada de Powderly, jefe de los Caballeros, no porque quisiera éste vengarse de la oposición, sino porque en la lucha vital que el trabajo va a empeñar por obtener consideración alta y definida en las costumbres y en las leyes, por dos caminos no se puede ir si se quiere triunfar, y era preciso, aun a costa de derrotado una vez, demostrar al representante del sistema de los gremios, bueno sólo para contiendas locales, que cada hecho de que un trabajador sufre es consecuencia ordenada de un sistema que los maltrata por igual a todos y que es traición de una parte de ellos negarse a cooperar a la obra pujante e idéntica de todos: hay divisiones entre los obreros, y en cada gran ciudad un partido que quiere ser cabeza del de todo el país, y en cada partido hombres de intriga y ambición, que todo lo ven por lo que conviene a su provecho o adelanto, y van poco a poco con la mayor educación de la gente obrera, quedando fuera de las asambleas donde dominaban al principio.

Pero en la conservación y desarrollo de esas agrupaciones, a pesar de estas hostilidades y diferencias de procedimiento, en que se están revelando, graduados de la lezna y del delantal, verdaderos hombres de Estado; en la congregación cada día más descarada y alarmante de las grandes empresas e industrias en “ligas” que aquí llaman *trusts*, para mantener altos los derechos sobre artículos de necesidad, y a su favor limitar la producción interior, alzar los precios, y repartirse a prorrata el provecho entre los coligados;—en la confesión expresa de este malestar y sus razones en el mensaje último de Cleveland, y la probabilidad de que apruebe el proyecto de reformas, compuesto en su virtud, el Congreso que meses antes había desechado un proyecto semejante; en los incidentes de la acusación establecida ante el gran jurado contra el millonario Jay Gould, culpable de malversación de fondos en el manejo de un ferrocarril; desacreditado, como casi todos los de los Estados Unidos, por la estafa que en todos ellos se hace a los accionistas, so capa de habilidad financiera, repartiendo entre los promotores y sus paniaguados, con fútiles pretextos, acciones cuyos dividendos ilegítimos disminuyen proporcionalmente, cuando no consumen totalmente por derecho de prioridad la renta de los que de buena fe invirtieron en la empresa estafadora sus caudales;—en esas huelgas, que son ya batallas campales de

pensamientos, más que demandas de salarios; en esos ajustes de diferencias menores entre los caudillos de la masa obrera; en esas ligas agresivas de los industriales, privilegiados hasta ahora por la parcialidad de la ley; en esa prisa de los legisladores por acudir al remedio con una reforma que arranque de la raíz, y quite a la contienda inevitable la cólera que impediría a las fuerzas contendientes llegar a un avenimiento; en todos esos hechos, únicos que hoy de veras ocupan la atención, se ve como todo un sistema está sentado en el banquillo, el sistema de los bolsistas que estafan, de los empresarios que compran la legislación que les conviene, de los representantes que se alquilan, de los capataces de electores, que sobornan a éstos, o los defienden contra la ley, o los engañan; el sistema en que la magistratura, la representación nacional, la Iglesia, la prensa misma, corrompidas por la codicia, habían llegado, en veinticinco años de consorcio, a crear en la democracia más libre del mundo la más injusta y desvergonzada de las oligarquías.

De mucha cosa menor pudiera hablarse:—del proyecto de Thorndike Rice, el director de la *North American Review*, para reformar el sistema de elecciones, de modo que al pagar el Estado todos sus costos, prive a los partidos de la colecta y distribución de fondos electorales con que ahora los corrompen:—del número excesivo de ventas de cuadros, en que han salido al martillo colecciones de tales magnates, que se dice en alto por hoteles y clubs que esas ventas son síntoma claro de que los negocios se estrechan y las ganancias no son lo que eran antes:—de la huelga de los obreros de Andrew Carnegie, el autor optimista de *Triumphant Democracy*, que es un libro superficial y hemipléjico, donde se calla lo real porque no sale afuera, y sólo se da por cierto lo lisonjero y aparente, lo cual con nada se prueba mejor que con los graves disturbios de Carnegie en sus magníficas ferrerías, cerradas algunas, o a medio trabajo desde hace años. Pudiera hablarse del descontento de los penados de Sing Sing cuando día atrás se quedaron en sus celdas por la suspensión temporal de sus talleres, a los cuales solicitaban todos volver como una gran merced, porque la ociosidad les era mucho mayor tormento:—de una apuesta en favor de quien más duerma de una sola vez, para la que ya hay cinco entradas, de soñolientos que dicen dormir de un hilo ciento cuarenta y dos horas:—de una comida dada aquí en honor de un cardenal sedoso y blandilocuo en la que el mantel era de tisú y los adornos y bombillas, y pantallas, y cuanto había en la sala de

un discreto tinte rojo. Pudiera hablarse de que Conkling, el arrogante rival de Blaine, se muere;—de que en la biblioteca de Astor crece de tal manera la demanda por obras de heráldicas y genealogías, que en los últimos ocho meses han sido consultados en este departamento cerca de cinco mil volúmenes;—de que Vanderbilt se ha traído de París al “director gastronómico” de Paillard, que le gana \$6,000 y desde el llegar censuró a los yanquis ricos por lo cargado de sus mesas, donde dice Dugnioll que la ostentación no ha de estar en una abundancia que ofenda al huésped, sino en la ciencia y mérito de los platos. Mas no es eso ciertamente lo que llama más la atención hoy; ni los árabes que ha traído Barnum a su circo enorme, y cada noche repiten en la arena los disparos y saltos frenéticos de su deslumbradora “fantasía”; ni los escándalos de una espiritista que dice ser hija de Luis de Baviera y Lola Montes, y no lo es por supuesto, pero logra tan hábilmente hacer aparecer una pintura al óleo en el lienzo que el que lo sostiene en sus manos en alto, cree limpio de todo color, que un abogado ilustre ha caído en la trama, y afirma que la señora, que con el esposo pintor vive en casa del abogado, logra por su poder sobre el mundo espiritual que Rafael, y Miguel Angel, y Lorenzo pinten para él sobre su propia cabeza, papas, duques, monjas, jerónimos y fornarinas, cuya bondad tiene premiada el abogado con la cesión de la bella casa en que vive a un “templo de filosofía espiritual” de que será propietaria la señora.

Donde están ahora todos los ojos es en la Cámara de Representantes. Allí va a discutirse el ya famoso proyecto de Mills, en que prudentemente, y con respeto a los intereses establecidos, se rebajan los derechos sobre ciertos artículos, y se declaran libres los indispensables para abaratar la vida y las manufacturas, y abrir a éstos mercados en el extranjero, y en el interior empleo a los trabajadores ya hoy desocupados. Allí va a plantearse el problema de la nación.

Allí va a librarse, con la discusión de este proyecto, la primera batalla para la lucha presidencial. Está llena Washington de los agentes de las empresas, comercios y cultivos interesados en mantener y aun en aumentar la tarifa proteccionista: Randall los defiende, y sus catorce demócratas, que eran cincuenta antes del mensaje: Randall ha respondido al proyecto de Mills con otro de poca monta, compuesto privadamente, según cuentan, de acuerdo con un conspicuo republicano:—allí están los de Filadelfia, baluarte del proteccionismo; allí los luisianeses que no

quieren que se rebaje el derecho sobre el azúcar; allí los fabricantes de tejidos de lana, que piden al Congreso el establecimiento de un derecho tal que haga imposible la importación de toda fábrica extranjera; allí los criadores de merinos, que solicitan otro privilegio igual para sus lanas. ¿Y el malestar nacional?—les pregunta, al dar su informe favorable al proyecto, la comisión de medios y arbitrios? ¿Y el malestar nacional, abocado ya a un conflicto temible, y que principalmente arranca de la escasez del trabajo, de lo caro de la vida, del exceso de la producción sobre el consumo, de la imposibilidad de sacar el exceso de producción a competir con la más barata del extranjero? ¿Y el país, que sufre de falta de numerario, tanto el pobre como el rico, cuando a fin de este año tendremos acumulados en el tesoro ciento cincuenta millones por derechos excesivos? ¿Y el trabajador, que en virtud de los mismos derechos que lo dejan sin trabajo, o con trabajo inseguro, tiene que pagar un 180% más del valor de fábrica sobre la lana que le viste?

Los derechos se imponen para levantar los fondos necesarios al mantenimiento de la nación: no para favorecer, y esto con favor sólo transitorio y aparente, a un puñado de privilegiados con daño de la nación entera, y con peligro de su misma paz. ¿Qué es todo lo que exportamos ahora? Fabricamos por valor de \$7,000,000,000, y exportamos \$136,000,000; menos de un dos por ciento. Con nuestros derechos altos sobre lana, y con ocupar segundo puesto en su producción, exportamos al año \$500,000 de tejidos, y con la lana libre, Inglaterra exporta \$100,000,000. Necesitamos al año para vestir a nuestra población 600,000,000 de libras de lana, ¿y no las declararemos libres de derechos, no le daremos vestidos más baratos al país, no proporcionaremos a los telares hoy cerrados ocasión de producir en precio bastante bajo para venderla en el extranjero, por favorecer a los que sólo producen 265,000 al año, 265,000 que no corren riesgo, pues con el desarrollo de la fabricación en virtud de la entrada libre de la materia prima, el fabricante necesitará de más lana doméstica que mezclar con extranjera? Sin tener en cuenta lo grave del problema nacional, sólo con declarar la lana libre, sacamos de los hombros del país, 12,382,211 pesos que le cobramos innecesariamente ahora y yacen ahí en el tesoro, expuestos a la rapiña de los agiotistas, y a las tácticas de los proteccionistas que buscan toda especie de pretextos plausibles, aquéllos para vaciar el tesoro público en sus cajas privadas, éstos para distribuir el sobrante de manera que no se pueda hacer de su existencia un argumento en pro de la rebaja de la tarifa.

Eso era lo que el Presidente preveía, eso fue el mensaje; ese es el proyecto de Mills, que será propuesto en discusión privada a los demócratas, para que vaya a la Casa como proyecto del partido, a despecho de Randall y los suyos, a despecho de los que quieren con la derrota previa de su medida favorita, presentar a Cleveland como derrotado por sus propios sectarios antes de que se reúna la convención que ha de nombrar al candidato de los demócratas a la nueva presidencia. Eso informa la comisión del ramo sobre el proyecto notable que rebaja los derechos de todos los artículos de necesidad y declara libres aquellos indispensables para poner de nuevo sobre sus pies las fábricas sin empleo, las poblaciones enteras sin quehacer, las herrerías y telares cerrados en un silencio lúgubre.

Con escaramuzas que revelan su impotencia, tratan los catorce de Randall de entorpecer los debates de la Casa, de manera que llegue la hora de clausura sin que se haya discutido el proyecto de tarifa. ¡Pero fuera desafío demasiado insolente, para que lo llevase el país en calma! Obtener concesiones es lo que sin duda quieren estos trabucairos. Y echar a Cleveland de la Casa Blanca es lo que a diente y uña procuran los demócratas, que lo ven con miedo crecer entre sus garras, como si le aprovecharan las mordidas.

¡Y le aprovechan!

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 26 de mayo de 1888

## FERROCARRILES ELEVADOS

*Malos resultados en la práctica.—Un paseo en el ferrocarril elevado, a través de Nueva York.—Las columnas.—El tráfico.—Historia.—Producidos.—Desventajas.—Influjo pernicioso del sistema en la cultura de la ciudad*

Nueva York, 6 de mayo de 1883

Señor Director de *La Nación*:

¡Otro muerto en el ferrocarril elevado! ¡Una pobre italiana cortada en dos por la máquina ciega! ¡La sangre de la infeliz chorreando de los rieles, los empleados del ferrocarril recogiendo de prisa en la calle la carne majada! Un día salta el tren del carril, a pesar del guardarriel, y el durmiente de seguridad, y no muere un millar de seres humanos, porque es alta la noche, y el tren va vacío. Otro día caen a la calle, echados por una portezuela abierta de la plataforma, catorce pasajeros, sólo seis se alzan vivos.

Ayer rebotó un tren contra el que venía detrás, aplastó al maquinista, y desventró el carro último y la máquina. Accidentes confesos, sin contar los ocultos, pasan de diez por mes, muchos mortales. El cuerpo entero vibra, ansioso y desasosegado, cuando se viaja por esa frágil armazón, sacudida incesantemente por un estremecimiento que afloja los resortes del cuerpo, como los del ferrocarril. En ninguna otra vía pública es más probable, ni será más terrible, la catástrofe. El primer consejo del médico a su paciente, en cuanto le nota los nervios postrados o el corazón fuera de quicio, es éste: “No vaya Vd. por el elevado”. Afea la ciudad; pone en riesgo la vida; abre y cierra el trabajo del día con un viaje entrecortado y estertoroso, que prolonga la angustia de esta vida loca, en la hora en que un medio de transporte más seguro pudiera aliviarla con la distracción y el descanso. ¡No en vano saludan todos los diarios de hoy con júbilo la noticia de que en menos de un mes se habrán comenzado por una compañía honrada los trabajos del ferrocarril subterráneo, con buen plan de aire y sin el temblor de la armazón ni el riesgo de la caída!

La prensa de Nueva York, que en nada se muestra unánime, es unánime en esto. “Importante acontecimiento” llama el *Sun* en el título

de su primer editorial a la inauguración de la vía nueva, que por tierra firme y sin humo, ni ruido, ni sacudimiento, ni peligro mortal, llevará la población por una doble vía más rápida la una que la otra, desde el Parque de Castle Garden donde el caserón en que cantó Jenny Lind sirve ahora de apeadero a los inmigrantes, hasta los barrios populares, antes aldeas sueltas, que ya tiene Nueva York diez millas más arriba, del otro lado del río Harlem. El *Herald* dice: "Para su hora no estuvo mal el elevado, como la crisálida no está mal entre la larva y la mariposa. Pero nos echa a perder la ciudad, y es una insoportable molestia. Y luego no es cosa permanente, sino transitoria; y tan fácil de gastarse como fea." Lo más serio de Nueva York entra en la empresa: la compañía deposita cinco millones de pesos para atender a los perjuicios que pudieran sufrir los propietarios timoratos: dentro de pocos años habrán desaparecido de las calles las estructuras del peligroso ferrocarril aéreo, que por donde pasa destruye el sosiego y la hermosura.

Cuatro ferrocarriles, en continuo bufar, arrancan, como del mango de un abanico, del Parque de la Batería, entre cuyos árboles ahora en retoño pasean en grupos conmovedores los inmigrantes recién llegados: los griegos esbeltos, con su chaqueta bordada y sus aretes de oro; un rebaño de piamonteses, con plumas de pavo real en el sombrero de castor; los alemanes con cachucha de hule, pipa de barro y gabán blanco; un grupo de alsacianas, muy apretadas unas a otras; un argelino en su airosa gandura. Y por sobre sus cabezas retumban sobre el pavimento aéreo, entrando y saliendo, las 291 locomotoras que, con mil carros a la zaga, galopan día y noche arriba y abajo de las cuatro avenidas, arrebatando a un vuelo de cuarenta millas por hora su carga de medio millón de pasajeros diarios, sin más sostén que unas columnas de esqueleto de unas quince pulgadas cuadradas, a trece pies una de otra, abiertas por arriba para sustentar la armazón hueca en que sobre durmientes de pino descansan los rieles de acero de Bessemer, con un peso de cincuenta libras por yarda. 11,640 toneladas pesan las locomotoras: 46,000 toneladas pesan los carros, y esa mole humeante de 57.460,000 libras sube y baja en carrera frenética, con su carga de medio millón de almas humanas, por sobre dos hilos de columnas que puede cerrar entre los brazos un niño.

Las columnas no son de una pieza, sino de celosía, como la armazón que soporta encima de ellas el rielaje: en las verticales de las cuatro

esquinas van remachados los listones oblicuos que la fortalecen: a veces las columnas son dos, donde el suelo no es muy firme, o el ferrocarril desciende con fuerza de una altura: a veces, como en las cercanías de Harlem, ya no son columnas, sino mástiles de hierro, más delgados que los de los buques, remachados con pernos en las juntas, como si cercenándoles los penachos, se pusieran uno sobre otro, dos, tres, cuatro troncos de palmas: por sobre aquel hilo pasa el tren, rasando en una esquina con el techo de un sexto piso, mirando abajo, como en un abismo, las copas de los árboles: las columnas que sujetan en el aire estos trenes que se despeñan, estas máquinas que corren a escape mordiendo los talones, estas serpientes de ojos blancos, verdes y rojos, que doblan, caídas de un lado en la violencia del vuelco, el ángulo de noventa grados, —sólo reposan en la tierra por un cimiento de mampostería, donde encaja en una contera de hierro colado, sujeta por pernos de ancla, el pie de la columna; de los ocho millones que el abuso de las vías públicas permite recoger a los 725 accionistas, dueños de las 246,384 acciones, un millón se gasta en reponer la vía cada año.

Alguien dijo una vez que lo único maravilloso del ferrocarril aéreo era que hubiese hecho bajar a tipos ínfimos el valor y consideración de las propiedades urbanas en todo su trayecto y en los alrededores que aturde o afea, sin pagar ni alquiler a la ciudad ni compensación a los propietarios despojados. Esa es una maravilla: y el desdén del peligro es otra. Y ¿cuando caiga desde lo alto de las cuatro palmeras el tren henchido de gente, como ha caído ya una y otra vez, aunque sin pasajeros por fortuna, en la Novena y Tercera Avenida? En ingeniería no tuvo mucho el plan que inventar, ni es cosa que asombre, como asombra, con sus cabezas sepultas en las entrañas de la tierra, el puente aéreo de Brooklyn.

La fuerza de tensión y compresión es mucha, ocho mil libras por pulgada cuadrada: la del sacudimiento es de seis mil: el desvío de los arcos que sujetan una a otra, arrancando de las columnas, las dos vías paralelas, es de un quinceavo de centésimo: la armazón rectangular de celosía, de treinta y tres pulgadas en las dos caras verticales, y como cinco pies de ancho en las horizontales, está hecho a trechos de columna a columna, con un hueco entre los dos trechos vecinos, para cuando con la temperatura se ensanchen o encojan: y para resistir la tensión longitudinal de la vía al detenerse de súbito en las estaciones el tren con todo

su peso, no hubo más que clavar, a través de los durmientes transversales de pino, los dos durmientes guardarrieles a las dos barras laterales de la cara del tope de la armazón. Para doblar el ángulo de noventa grados fue la dificultad mayor, sobre todo donde una calle era de cuarenta pies de ancho, y la de la vuelta de a treinta: prolongaron perpendicularmente las dos armazones de la esquina hasta que toparon en el vértice, sustentado por una o más columnas, y llevaron los rieles por toda la vuelta al ras de afuera del ángulo.

Lo que en el elevado hay que admirar es el culebreo atrevido de las curvas en el arranque de la Batería, donde no va de frente sino acostado, encabritándose y caracoleando, tanto que hay muchos neoyorquinos que jamás se atreven a ir hasta el remate de la línea; y luego aquella entrada por la planicie del río Harlem, ya al fin del camino, cuando —dejando atrás las avenidas que llena de humo y fragor los barrios de trabajo con sus batallas de carros y montes de cajas; las iglesias antiguas por entre cuyos cipreses pasa ahuyentando las ramas con su resoplido la máquina bufante; el templo colosal que centavo a centavo han levantado, vasto y feo como un cuartel, los curas paulinos—va el tren ya sobre zancos, estentóreo y vertiginoso, por los barrio que se levantan en lo que ayer era lugar de cultivos o páramos desiertos, rodeados de los escombros de la naturaleza, de los troncos derivados para echar en el hueco boqueante de sus raíces los cimientos de la casa, de cerros de roca a medio caer, que miran, como ceñudos y entristecidos, los taladros y locomóviles que les van royendo las plantas.

El tren va ondeando. El ruido, más sonante en la soledad, aumenta el miedo. Los niños se aprietan a sus madres. Los mismos hombres fuertes apartan la cabeza del ventanillo, tocados del vértigo.

Allá lejos el Parque Central echa de la masa parda de árboles el vaho gris que nubla el cielo: una hilera de casas de bella arquitectura vigila solitaria el campo del contorno, lleno de sembrados, enclavado en el trazo de una manzana sin edificar, pero ya limpia a cercén, cruza de borde a borde, como procesión de barbados viejos, entre sus cercas de piedra lo que queda de una que fue alameda noble, que caerá a tierra mañana.

Y vuela el tren, escupiendo y retemblando: a tragos enormes se sorbe las calles: siete pisos tiene esa casa que no llega con el tope al borde de los rieles: ya las estaciones no están a pocas varas de la calle, sino son torres verdaderas, como los elevadores de granos: al fin se llega al término de la vía, que es como un campamento en el aire: los rieles

se cruzan, como los hilos de un encaje que hubiera bordado una loca: los cambiavías, con sus señales de colores, se levantan como atalayas entre las máquinas que van acostándose a sus pies, sudorosas y jadeantes: roja como sangre, y negra como muerte es la casa enorme y fea en cuyas entrañas reparan el fuego y el martillo las heridas del hierro fatigado. Las de sus víctimas, las de los que en la precipitación riesgosa de las estaciones aplastan las máquinas, las de los que resbalan sobre los rieles o perecen al embiste del tren que viene atrás, ésas las paga la compañía, favorecida por los tribunales, con treinta y ocho mil pesos al año.

Pero no condenan aquí sólo el ferrocarril aéreo por este peligro personal, aunque sin duda es mayor en esta vía que en todas las demás;—ni por la razón local de ser ya insuficiente este tren diario de mil carros, con sus 4,616 empleados que ganan al año \$2.080,800 de sueldo; y sus \$8.016,887 de producto anual absoluto, y sus gastos de \$6.438,713, para transportar cómodamente la población neoyorquina de sus labores a sus hogares; ni por el estrago evidente que el temblor continuo aunque imperceptible del cuerpo en el viaje diario de ida y vuelta causa en la salud física y en la disposición del ánimo;—ni por el aumento engañoso del valor de las acciones, sobre el de la propiedad deleznable y cada día menor que representan, puesto que cada día valen menos los hierros cansados y remendados, tanto que aquí nadie calcula que el elevado quede en pie, a menos que no se le reedifique a nuevo costo, dentro de más de diez años;—ni por el caso increíble de que una compañía privada y solvente disfrute del uso de las vías principales de la ciudad, sin compensar, con capital contante, o en forma de dividendo, o con un interés fijo sobre la merma de los valores, los daños causados a los dueños de casa en las vías por el demérito súbito e irremediable de sus propiedades.

Cierto es que esta ciudad larga y estrecha, y poblada a tramos, ha podido extender sus fábricas en virtud del ferrocarril elevado, cuando no se pensó, como no se pensaba en la electricidad, cuando se establecía el gas, en las ventajas superiores de un vehículo menos enemigo de la belleza y tranquilidad de las ciudades. Pero lo que alarma más a los neoyorquinos de juicio, y a toda la ciudad disgusta principalmente, es el ver cómo, con estos monstruos que turban su sueño, calientan su aire y llenan de humo sus entrañas,—va perdiendo Nueva York la nobleza y hermosura que convienen a una ciudad celosa de llamar con justicia la atención de los hombres.

La cultura quiere cierto reposo y limpieza, así como la vida doméstica; y no que cuando el orador levanta en la asamblea su voz cargada de razón, o el actor da cuerpo en las tablas a un tipo inmortal, o el abogado prepara en su despacho la peroración del día siguiente, o el padre cansado del trabajo cuenta historias de héroes al hijo que carga en sus rodillas,—les ahogue la voz el bufido de la máquina que pasa, o les perturbe el pensamiento el ruido sordo e insufrible que jamás cesa en la vía, o se les entre cargada de chispas por la ventana una bocanada de humo.

Lo más apreciable de la ciudad se va alejando de los centros ruidosos, tanto porque el ruido, que tiene como cierta presencia y es como si se viera lo que lo produce,—espanta a las almas artísticas y amigas de su decoro,—cuanto porque al favor de las estaciones se congrega, como los gusanos al pie de los árboles, mucha tienda menor y concurrencia poco deseable, que acaban por hacer la vecindad poco propia para casas de vivienda, y más parecida a bazar y campamento.

Donde las cuatro vías del ferrocarril son más apretadas, apenas hay ya más que fábricas, casas de huéspedes, y edificios de pisos para los que no pueden pagar más; y aun por donde es más ancha Nueva York, va quedando privada de sus mejores vecinos, que hasta en la Quinta Avenida y sus alrededores abandonan sus casas, o piensan en abandonarlas para buscar donde sólo de lejos bufa y galopa el ferrocarril, aquel descanso, intimidad y limpieza que hacen la ciudad gustosa a quien la vive y amable a los viajeros.

Pierde la vida íntima mucho de su pudor, y la de la ciudad mucho del recogimiento relativo que le conviene, con esa intrusión constante del ruido brutal en todos los actos y pensamientos.

Y con razón se alarman aquí, a pesar de no ser pueblo principalmente artístico, por el influjo pernicioso que la contemplación constante de una estructura fea en sí, y que lo afea todo a su alrededor, ejerce a la larga en una población que, mientras más numerosa sea, más necesita de vivir en comunicación constante de sentidos, con todo lo que naturalmente la convida a la moderación y el orden.

Bien se entiende que están hoy todos los periódicos de fiesta, y no haya uno que no salude al nuevo ferrocarril, aun aquellos cuyos dueños poseen acciones en el ferrocarril elevado, cuyo valor cada día perece con el del material que sólo ha podido pagar buen dividendo por el abuso

escandaloso de la propiedad pública y la vía pública. Tal es la angustia en que el ir y venir del ferrocarril elevado pone a quien por desdicha haya de viajar mucho en él, o tenerlo de cerca, que no parece a veces, sobre todo en los meses de calor, que atraviesa el aire sobre sus rieles suspendidos, sino que ha hecho túnel de la cabeza vacía, y atraviesa el cráneo.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 26 de junio de 1888

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL EN  
LOS ESTADOS UNIDOS

*La reelección.—Cleveland y su partido.—La política de Cleveland.—  
Republicanos y demócratas.—Nueva York por Cleveland.—El uso y el  
abuso del poder.—Las convenciones de los Estados*

Nueva York, 17 de mayo de 1888

Señor Director de *La Nación*:

Ya ha empezado la gran contienda política, y con ella las sorpresas.

Ya están expresando los partidos rivales en cada Estado sus simpatías por este o aquel candidato prominente. Ya casi todas las convenciones de los Estados han declarado su voluntad y nombrado sus representantes para la convención nacional del partido. Ya están para reunirse, en los primeros días de junio, las dos convenciones nacionales, la de los republicanos y la de los demócratas, donde cada una acordará su programa y elegirá su candidato. Candidatos republicanos hay muchos: Depew por las grandes empresas, Gresham por los partidarios de los aranceles moderados, John Sherman por la masa de gente de negocios, y Allison, Alger, Foraker, Ingalls, políticos menores y vociferantes, cuyo capital está en el recuerdo continuo de la "traición del Sur"; y por sobre todos está Blaine, que no renunció a la candidatura en su carta de Florencia sino para asegurar con este aparente desinterés su renominación, que parece inevitable.

Pero entre los demócratas, en cuyas filas tiene Cleveland tantos enemigos, no hay hoy enemigos visibles, no hay más que un candidato:—Cleveland.

Como quien sale de un espectáculo de domadores, se salía ayer de la convención democrática del Estado, reunida en Nueva York.

Allí estaban en cónclave solemne, la representación de las asociaciones democráticas de todo el Estado,—de los condados, ciudades y aldeas,—para declarar su opinión sobre los asuntos públicos que han de servir de tema en la campaña presidencial, y la preferencia de los demócratas del Estado por uno u otro de los varios prohombres que el partido pudiera proponer como candidato para Presidente en las elecciones próximas. Se aguardaba en todo el país con ansiosa curiosidad el acuerdo de la convención de Nueva York.

Se creía que como Cleveland no ha repartido a granel los destinos públicos entre los politicastro neoyorquinos, éstos se vengarían ahora votando en favor del gobernador Hill, que da empleos a todos los que lo ayudan, y en contra de Cleveland, que no olvida a sus copartidarios, mas no los antepone al bien nacional, ni usa de los empleos que son propiedad de la nación, como medio vergonzoso de asegurarse en el poder para beneficio propio.

La ansiedad era mayor, porque el voto del Estado de Nueva York decide, con el número considerable de electores que corresponden a su población, las elecciones a la Presidencia, en que los partidos rivales tienen casi siempre equiparadas sus fuerzas: todo el Sur es demócrata: casi todo el Norte es republicano: Nueva York vota casi siempre con los demócratas: es cierto que el partido demócrata en todos los Estados lleva manifestada su simpatía por Cleveland; pero si el Estado de Nueva York se le muestra hostil, como los mismos demócratas descontentos auguraban, ¿podrá Cleveland ganar las elecciones? Si la convención de Nueva York declaraba en pro de Cleveland ¿quién podría impedir que lo renominase triunfalmente la convención nacional del partido, como su candidato para la próxima Presidencia? Y si se le muestra adversa, ¿quién podría contener en la convención nacional el temor de que los demócratas perdieran con él las elecciones, y el desmayo con que emprenderían la campaña, aun cuando lo renominase la convención, por imponerlo así la gran autoridad de Cleveland en el país, y la voluntad expresa de la mayoría de los Estados? Por eso era de tal importancia la reunión de los delegados de Nueva York; porque de su voto dependía probablemente la Presidencia venidera.

Y parecía en verdad, por la alharaca de la prensa enemiga, la prensa defensora de los traficantes en votos y empleos con cuya ayuda se sostiene, que Cleveland sería maltratado por la convención compuesta de hombres comprometidos a votar por Hill, en paga de los contratos y puestos pingües que el gobernador ha repartido entre los demócratas cuyo apoyo deseaba o cuya enemistad temía. Y ahora se reúne la convención: delibera unas cuantas horas: ¡y ni un solo voto se levanta contra Cleveland!

¡Ni el puesto de delegado a la convención nacional conceden a Hill, que lo pretendía ansioso! No: ¡sébase y dígame! ¡Cleveland quiere caer con la virtud, si para triunfar ha de ser cómplice, o parecerlo siquiera, de los que para su medro personal corrompen las libertades públicas! Y el Estado donde ha desafiado de frente la corrupción; donde todos los

corruptores, dueños de empleos ricos y legiones de votos, están ligados contra él; donde durante su gobierno apenas ha tenido para él más que calumnias y ofensas la prensa de su partido, vendida a los exploradores de empleos y a las dignidades católicas; donde se le suponía, por la vociferación de los periódicos y el influjo de los políticos de oficio, sin arraigo bastante en la opinión,—se pone en pie con unánime reverencia al oír su nombre, y encarga a sus delegados a la convención nacional, sin un solo voto hostil, que declaren el Estado en pro de Cleveland.

¿Qué ha hecho Cleveland para tamaño resultado? No ha entrado en ajustes con los partidarios que se le ofrecían por interés, ni con los rebeldes prontos a dejarse comprar su adhesión, aunque tengan poderío local o lengua de oro: esos hombres, llagas de las repúblicas, se vienen abajo en cuanto se les pone el dedo encima, como los mantos podridos de las momias. No se ha avergonzado de dar la mano en público a sus amigos, ni de reconocerse deudor de ellos, como en su carta viril a Daniel Manning; pero no ha cedido a sus pretensiones injustas. Ha servido su interés, pero no contra el de la patria, sino del único modo en que es lícito servirlo, que es ajustando al de la patria el propio.

Ha echado escaleras abajo de un bufido a los emisarios de Hill, que fueron a ofrecerle sus servicios para la campaña presidencial a cambio de ciertos respetos aparentes y del apoyo de la Presidencia a la reelección de Hill para el gobierno de su Estado: “¡Bribón es una cosa, les dijo, y Presidente es otra! ¿Es propiedad mía la nación, para que yo entre en estas infames compras y ventas?” Ha dicho la verdad sobre los asuntos nacionales, sin cuidarse de que la bravura con que la dice, pone en peligro su continuación en el gobierno.

Y él, sin embargo, desea continuar en el gobierno, ya porque debe haber en el mundo pocas cosas más gratas que ser considerado por un pueblo de hombres libres como digno de representarlos; ya porque su reelección, espontánea y sin villanías, vendría a ser como un voto de confianza nacional, y prueba palpable de que la república apetece las mudanzas que le tiene propuestas para su mejora; ya porque es evidente que, aun en país de tanto adelanto político, como los Estados Unidos, apenas le ha bastado su período presidencial para exponer y preparar las reformas cuyo establecimiento parece justo y prudente confiar al que ha mostrado valor para defenderlas, y brío y habilidad para

realizarlas. Y este pueblo se paga tan poco de apariencias, y está tan habituado, por su conocimiento de lo real de la vida, a tener en más la consecuencia en el carácter y los actos que en las meras palabras, que sólo los enemigos personales, los servidores de Hill y los chalanos de empleos echan en cara a Cleveland la declaración precisa que durante su primera candidatura publicó en contra de la reelección presidencial, cuando por la política dañada del momento era más propio censurar el abuso de poder de la Presidencia de entonces para asegurarse la reelección, que calcular con acierto el tiempo que podría ser necesario para la realización de las reformas al que había venido a ser como programa vivo de ellas, por su denuedo para exigir las y su carácter para representarlas.

Los más celosos guardianes de la honra nacional aplauden la hombría con que obra en desacuerdo con sus propias declaraciones; porque el desacuerdo sólo es aparente, dado que la razón que dio Cleveland contra la reelección presidencial fue la práctica criminal de los gobernantes irrespetuosos que,—considerando las instituciones como un pretexto, y como un feudo la patria,—se valen indebidamente de los recursos y agentes de la nación, de los caudales del tesoro y de los empleados públicos, para asegurar su continuación en el poder. Y de ese delito no es culpable Cleveland, aunque amigo de sí como todos los hombres, encamine sus actos y emplee su autoridad legítima, de modo que le sea favorable antes que adversa. No toma para sí lo que le han dado en depósito. No sacrifica el interés público para ganarse un amigo electoral. No hurta el triunfo a sus adversarios en el partido opuesto, ni en el propio se vale de los medios que puso en sus manos el partido, para hurtarlo a los mismos que se lo dieron para defraudar a sus rivales.

Y es que no tiene rivales. Es que la verdad no es más que una, y quien la dice cuando los demás tienen miedo de decirla, impera. Es que en esta suprema crisis de la república, no menos grave por ser poco visible, sólo había un camino por donde ir, y Cleveland ha tomado ese camino. Es que contra su voluntad le siguen por él, porque la nación los vigila de cerca, sus émulos ambiciosos, sus partidarios descontentos, sus enemigos más audaces. Es que hace lo que hay que hacer, y por la unión secreta de las voluntades, más fuerte que el vocerío de los pedigüenos insaciables y la torpeza de las preocupaciones, lo señala para su jefe la república agradecida.

Nunca hasta hoy, ni cuando Lincoln mismo, sucedió en los Estados Unidos, como va a suceder ahora, que un partido político, en nación tan vasta y de regiones con intereses tan encontrados como ésta, llevara a la convención nacional preparatoria de las elecciones un solo candidato a la Presidencia. Y no es que Cleveland se levante por entre lo común de sus compatriotas a sobrehumana altura; porque el deber actual aquí no es épico, ni son los sobrehumanos los más propios para gobernar con éxito a los hombres; sino que en el instante en que la nación veía a la vez casi comida del gusano su fábrica política, y amenazada de sangre y ruina la social, surgió, con los caracteres de crueldad, pujanza y astucia nacionales, el que supo ver con claridad la raíz de los males y demostrar su aptitud para llevar hasta ella el remedio. Vio claro, habló claro, obró claro. Este país libre confió en este hombre fuerte. Este país libre aplaudió a este político libre. Este país determinado admiró a este gobernante determinado. Este país inquieto se encariñó con este enérgico moderador.

Y como ni en estos duros Estados Unidos deja el atrevimiento de tener su encanto, ni el romance de ser parte prominente de la vida, lo que asegura en el gobierno a Cleveland es el haber dado muestras de que sabe desdeñarlo.

La nación se prendó de aquel hombre corpulento, con la nariz de águila, y la barba cuadrada, que pedía Napoleón, cuando, convencido de que, más aún que la purificación de la política, era indispensable la reforma de los aranceles, no preguntó cuántos serían sus enemigos, sino cuál era el mejor modo de decir la verdad, y contra la voluntad expresa de la mayoría de los representantes de su partido, y contra las preocupaciones económicas de la mayoría de la nación, abogó con razones tan firmes por la reforma arancelaria como único medio de dar circulación a la industria estancada y quitar cólera al problema social amenazante, que a los pocos meses la mayoría de los representantes está pronta a aprobar el proyecto de Mills, con las doctrinas del mensaje presidencial, y por la voz de la prensa y de las convenciones de los Estados se muestra de su lado la mayoría de la nación. Que éste es el poder del bien decir. Cleveland, como Lincoln, sabe acuñar en frases invencibles las verdades patentes.

Manda el que dice a tiempo la verdad. La verdad bien dicha, dicha a tiempo, disipa, como si fuesen humo, a sus enemigos. Desde que el mensaje de Cleveland señaló las causas del mal público y propuso en la rebaja de los aranceles el remedio, la nación se pone junto a él, o se le

pone enfrente. Los privilegios poderosos y los políticos hábiles que los amparan, recogen con energía desesperada sus últimas fuerzas. Pero los demócratas de Nueva York, a quienes ofendió negándose a premiarles sus servicios interesados de partido con los empleos federales, los demócratas de Nueva York, representantes de las ciudades y los campos donde languidecen las industrias en mal hora protegidas,—votan unánimes por el que les negó los destinos, por el que propone al país, como modo verdadero de proteger las industrias, no protegerlas demasiado.

¡Los demócratas de Pensilvania, el Estado prominente entre todos los proteccionistas, el Estado del hierro y el carbón, el Estado de los obreros republicanos y de los fabricantes favorecidos, se reúne en convención, bajo la presidencia de un fabricante millonario, y vota a una por Cleveland, por la rebaja de los derechos de arancel, por la entrada libre de las materias primas, por que no quede del sistema proteccionista más que lo necesario para que un país edificado conforme a él pueda elaborar sus productos en competencia con los de fábrica extranjera, y evitar la contienda social inminente, con la vida barata y el empleo seguro de los trabajadores!

Diecinueve Estados llevan expresada su voluntad, y los diecinueve, sin una voz de disenso, han encargado a sus representantes que en la convención nacional de los demócratas apoyen a Cleveland.

Parece merecer ese unánime tributo el que sin miedo a las disidencias interesadas ni abuso de su empleo, ha demostrado la virtud de la honradez, y la soberanía de la razón.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 30 de junio de 1888

## ELECCIONES

*Historia de una campaña presidencial en los Estados Unidos.—Acción de los partidos y del gobierno.—La empleomanía.—Libertad y deber.—El "caucus" y la taberna.—La opinión.—Interioridades.—Mecanismo de las convenciones.—La prensa.—Los políticos de oficio.—La Iglesia.—El vendedor de diarios.—Escenas pintorescas.—La proclamación.—Cleveland y su partido*

Nueva York, Junio 1 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Todo es ahora política. En los Estados se reúnen las convenciones de cada partido: del demócrata que está en el poder, del republicano que aspira a arrebatárselo, de los trabajadores que no llegan a unirse, de los "abstinentes" como pudiera llamarse a los enemigos de la venta de licores, de las mujeres que han elegido por candidato a la Presidencia a una leguleya de Washington, a Belva Lockwood, que anda en triciclo. En San Luis se preparan a festejar la reunión de los delegados demócratas en la convención nacional donde será designado como candidato Cleveland, según todo lo que se ve, y como su compañero de candidatura el anciano Thurman, que usa pañuelos de algodón, y dice sus discursos al tenor de su pañuelo, humildes y sensatos, y muy gustados en la masa del partido, en la que Cleveland no tiene los amigos que pudiera, por haberse ocupado más en oír la opinión pública que en pagar a sus secuaces la solicitud interesada con canonjías, honras y empleo. En Chicago se disponen los republicanos a celebrar su convención, de la que no parece que saldrá Blaine triunfante. En todas partes, en las salas, en los teatros, en los carros, en la playa misma, entre una ola y otra, se habla de las candidaturas, de los programas, de si vencerán en el partido demócrata los librecambistas o los proteccionistas, de si preponderarán en el republicano los amigos de Blaine, o Sherman, o Depew, el amigo de los Vanderbilt, o de Gresham. Y en Nueva York no se habla más que de la convención de los demócratas.

Los hoteles rebosan. Los parques están llenos de sombreros blancos, símbolo del político rural. Todos los delegados del interior del Estado están en la ciudad. Hoy se hace en Nueva York lo que cada Estado ha hecho ya. Los republicanos van a reunirse en Siracusa, y los demócratas en Nueva York.

Veamos cómo es aquí una convención de Estado de un partido: cómo designan los representantes de un partido en el Estado la política que favorecen, el candidato que desean, y los delegados que han de declarar una y otra en la convención suprema del partido, donde los delegados de las de los Estados se reúnen, y ajustan y proclaman la política con que han de batallar en la campaña por la Presidencia, y el candidato a quien resuelven dar sus votos. Es estudio útil, por lo curioso de los métodos y de las personas. Veamos la política que sale afuera, y a la de bastidores. Vaemos, desde la raíz, cómo se elige, en los Estados Unidos, Presidente.

Allí están en los asientos privilegiados del teatro de la Academia, hermoseado para la solemnidad, los ochocientos representantes del partido demócrata, de los condados varios en que el Estado se divide.

En los palcos, llena de ramos de rosas la baranda, susurran, inquietan, saludan, opinan las señoras que vienen a oír a los oradores ilustres, a ver a los políticos poderosos, a asistir a la proclamación de un nombre querido, el del esposo, el del padre, para algún puesto que indique su influjo creciente en los asuntos de su Estado. En la galería bulle el público común, el proscenio está adornado con banderas norteamericanas. Sobre la mesa presidencial, como un Espíritu Santo, abre las alas, entre un haz de pabellones plegados, un águila dorada. En el escenario apenas caben los prohombres, los invitados especiales, los caciques de distrito, prósperos, mostachudos, rubicundos, cranirredondos, ventripotentes. Delante de la escena, en los asientos de la música, tiene la prensa su campamento: cada periódico, una mesa de pino: en la mesa, acodados alrededor de un aparato telegráfico, tres, cuatro, cinco redactores; uno, calvo y de ojos ubicuos, dicta al telegrafista su crónica, que al otro extremo del alambre, en la oficina de redacción, va leyendo en alta voz el receptor, de quien la copia un taquígrafo, cuyas notas se reparten por párrafos entre los cajistas, que leen igualmente el manuscrito y la estenografía.

Pero ésa no es más que una parte de la crónica: cada redactor escribe a la vez la suya: éste describe la concurrencia: aquél comenta la doctrina: otro toma nota de los incidentes pintorescos: los mensajeros, muchachos de ojos y pies veloces, vestidos de uniforme azul con vivo encarnado, esperan con la cachucha puesta a que el redactor les dé cinco o diez, veinte cuartillas: los pasillos del teatro están repletos, pero a la

prensa nadie la detiene, a la prensa todo el mundo le cede el paso: para el mensajero se abren espontáneamente las filas, como para la ambulancia que lleva por las calles a escape a los heridos: atraviesa la multitud, a toda carrera, llega a la estación del ferrocarril elevado, sube, vuela con el tren, baja de un tranco, y como bala que entra en su agujero, desaparece por la puerta estrecha y oscura del periódico: al minuto, ya están poniendo en letra las cuartillas, en un salón donde chispea, como dando órdenes, la luz eléctrica. Y al pie del escenario, sobre cada mesa hay tres, cuatro, cinco cabezas encorvadas, los lápices vuelan, se oye el chasquido de las hojas, repiquetea el telégrafo.

Así es, en la hora de abrir sus sesiones, la convención democrática del Estado de Nueva York.

¿Qué es la convención? ¿Quiénes la forman? ¿Con qué diversos objetos se reúne? ¿Cuáles son sus funciones en la campaña presidencial? ¿Cómo designan los partidos su candidato a la Presidencia? ¿Cómo es aquí la política práctica?

De arriba viene, tal vez, más influencia de la que debiera, a estas organizaciones de partido que parecen tan libres, y no lo son tanto, ni tan desinteresadas como parecen; pero aún se hace sentir en sus decisiones el influjo de abajo. De abajo arranca toda esta máquina pública, de la única raíz legítima del poder, de la junta popular, de la asamblea local, de la agrupación de los copartidarios políticos en cada caserío, en cada aldea, en cada barrio:—arranca de lo que aquí se llama "caucus".

*Caucus* es la junta libre de los electores del partido en cada localidad. *Caucus* es la junta de los electores de un caserío, en su forma más simple. *Caucus* es la reunión de los copartidarios en cualquier lugar y forma, para un asunto del partido. Se reúnen en una cervecería, o en un salón abandonado, o en un solar, o en la "casa de la ciudad" los copartidarios del barrio, o los de la calle, o los de la cuadra, a discutir y acordar sobre asuntos del partido, sea doctrina o persona, y eso es *caucus*. Se reúnen en la librería del Congreso, fuera de sesión oficial, los representantes de un partido, demócratas o republicanos, para ajustar diferencias y tomar acuerdos sobre un proyecto de ley en discusión, y eso es *caucus*.

La convención nacional es un *caucus* enorme, y como la perfección y corona del sistema. Cada vez que el partido tiene que declarar su parecer, discutir principios o candidaturas, disponerse para las elecciones, se reúne el *caucus*.

En algunos lugares están inscriptos los votantes de la demarcación electoral, y el que no está inscripto, no puede asistir: en los más no hay inscripción previa, y suelen poder más los que más vocean, o cuentan con más puños: todos se conocen: el intruso sale de cabeza, como un rapabolsas: cada facción hace de policía de la facción rival: y en todo *caucus* hay por lo menos dos facciones: en los *caucus* nadie sabe quién fue Heráclito, pero todos creen como él que la contienda es la sal de la vida, que el combate es "el rey y el padre de todas las cosas".

Por eso al *caucus* no van todos los que deben ir, siendo como es la rueda que echa a andar las demás de la máquina política: no van los que aman el debate pacífico, la exposición doctrinaria, la política de cuello limpio. ¡Se viene tan cansado del trabajo! ¡Son tan sabrosas las pantuflas, la taza de té, la risa de los niños, la última novela, las noticias del diario de la tarde! Y no concurre a estas juntas primarias el ciudadano que se verá luego obligado, en virtud de la designación del partido que las tiene por base, a votar por los candidatos en cuya elección pudo tomar parte, y debió tomarla, por su bien y el de la república; pero, ¡hacia tanto frío!, ¡venía del trabajo tan extenuado! ¡eran tan sabrosas las pantuflas, la taza de té, las noticias de la tarde!

En tanto, los que tienen en la política un empeño personal, los que votan como quiere el cacique, para que los libre luego de los apremios de la contribución o el fallo de la justicia; los que auxilian al partido para que el partido les mantenga en sus empleos; los que a cambio de los votos que obtienen con promesas o dádivas en sus distritos, poseen, como nueva especie de capellanías, los más apetecibles puestos públicos, los que no ven en la política el interés patrio sino el propio, ni conocen la ley que puede salvar, sino el candidato que los puede favorecer; los que más seguro tienen su empleo y adelanto mientras más contribuyan a tener disciplinada la milicia del sufragio, y más electores pueda llevar a las urnas o apartar de ellas,—cultivan sin desmayo, como jardín propio, el *caucus* que abandonan en sus manos impuras el desinterés culpable o la desidia del ciudadano virtuoso.

Ya casi nunca se reúne el *caucus*, fundamento y arranque de la fábrica política, sino cuando se necesita acorrallar a los electores, cuando se acercan las elecciones del Estado a las presidencias. Ya no parte de abajo,—como debiera en un país verdaderamente democrático, la expresión libre y sana de la voluntad pública. Ya la política no consiste tanto en ganarse la opinión con ideas loables, como en tener contentos a los caciques de distrito, e ir sorteando las ideas patrióticas de modo

que no choquen, o choquen poco, con los intereses de los que, si les ponen su provecho en el menor peligro, cerrarán a las más nobles ideas el paso. Ya el lugar del *caucus* no es una especie de templo, como era antes, que hasta en el atrio tenía algo de griego, sino la taberna.

De mil dos juntas de *caucus* que hubo en Nueva York en las elecciones últimas, setecientas diecinueve se celebraron en tabernas.

Se celebraron de veras, alrededor del barril, y llenos de espuma los vasos.

Fuera del *caucus* quedan, como agentes políticos, el periódico, el hombre de Estado, el elector culto.

Pero como el *caucus* es el que designa todos los candidatos a los empleos de voto popular, el que constituye lo vivo del partido, el que acumula los fondos y los reparte, el que favorece a los diarios o los excomulga, resulta que ni los estadistas ni los periódicos que pudieran oponerse al *caucus* osan desafiarlo: ni el ciudadano culto,—activo sólo en las crisis ocasionadas a la larga por su falta de vigilancia, halla a la hora de votar modo eficaz de combatir las candidaturas en cuya designación pudo intervenir precisamente en la hora propia, si no hubiera cedido en la noche fría al encanto de las pantuflas.

¡En la vida moderna no hay tiempo para quitarse los zapatos de trabajo!

Cada hora de descanso, es una hora de peligro. No hay derecho para reposar, hasta que no recobre su imperio la justicia primitiva. Ni puede llamarse reposo a aquella dejadez del ejercicio de nuestros derechos, a cuyo favor adelanta la tiranía, como una araña en la sombra.

Al *caucus* deben ir todos los ciudadanos: codearse para entenderse: combatirse para respetarse: precaver, para no tener que revolucionar: exponer los vicios, que es todo lo que se necesita para exterminarlos.

¿Con qué menos se ha de pagar la libertad augusta, fuente de los goces más durables de la vida, que con la asistencia puntual a las asambleas donde se regula su ejercicio? El que deje de vigilarla, merece perderla.

De ahí parte, concentrándose; hasta que culmina en la convención nacional, el *caucus*.

Esas son las raíces de los partidos, las reuniones primarias, las juntas populares.

Cada barrio nombra sus delegados a la convención de la ciudad; cada ciudad a la del condado; cada condado a la del Estado; cada Es-

tado a la convención nacional; y al fin escoge los candidatos y acuerda la doctrina por que han de batallar.

Y esto lo hace cada partido por sí. Todo eso es de fuera del gobierno, contra el que se alza la opinión en cuanto se le nota empeñado en poner su voluntad de un modo claro en estos arreglos, que aun cuando no lo sean, quierent parecer libres, y pierden mucho de su influjo sobre la masa pública apenas se trasluce que no lo son. Se permite el interés; pero no el descaro.

Se considera licito el mirar por sí; pero criminal el querer forzar la opinión pública.

Todo eso es espontáneo, extraoficial, costeadado y dispuesto por el partido, aparte del poder, sin su intervención directa. Cuando el gobernante, como Arthur, quiere intervenir demasiado, sus partidarios mismos, ofendidos, lo vuelcan.

La vida nacional, mientras tanto, no cesa. Los hechos se van cuajando. Los males van sugiriendo con el propio exceso su remedio. Cada interés vigila por que no lo absorba el interés contrario. Así que al llegar las elecciones, que son como tahonas de ideas, hay siempre en el aire dos programas vivos, los dos programas perpetuos, el del poseedor y el del desposeído.

Los partidos contendientes inscriben en su bandera, aunque no sea con ánimo de servirlos, aquellos principios que parecen ser de más justicia y popularidad en la hora de la lucha, cuidando de ajustarlos, como el pabellón al asta, al cuerpo de doctrina que a cada uno sirve de sostén. Y como por mucha que sea la corrupción de la máquina política, y mucha la indiferencia de los electores cultos, nunca pueden los que se sirven de la opinión prescindir por completo de ella, no se reúnen sólo las convenciones para escoger de entre los aspirantes a la candidatura aquel que probablemente haya de obtener más votos, sino para dar al partido bandera de combate, para ofrecer al país las reformas que más apetece, para declarar los propósitos del partido y marcar las vías por donde, si triunfa, ha de llevar al país.

Las ideas esenciales no son nunca muchas. Ni cada idea se encarna con igual poder en más de un hombre. La prensa las debate. El Congreso las proclama. Los intereses locales las confirman u obstruyen. Y cuando, llegada la época de elecciones, se reúne el *caucus*, no sólo se nombra el delegado, y lo provee de la credencial que lo acredita re-

presentante en la asamblea superior, de cierto número de electores del partido, sino acompaña el nombramiento con una declaración de principios, donde los generales que en aquel momento imperan van modificados conforme al interés de la localidad declarante.

Si estas modificaciones se toman en cuenta, la localidad batallará en las elecciones con un brío que suele disminuir, si no parar en abandono o traición, cuando las vencen en los altos consejos del partido, los intereses contrarios.

De la suma de intereses dominantes, conciliados en cuanto es posible con las opiniones que parecen llevar mejor al triunfo, se elaboran las declaraciones sucesivas, las de los condados primero, las de los Estados después, por fin la reunión nacional; cada convención va expresando a la vez el candidato que favorece, y los dogmas y reformas que aprueba. La proclamación de persona va basada en una promulgación de principios.

Vienen a ser, pues, en realidad, estas convenciones preparatorias, como una constante transacción entre los intereses públicos, que ejercen de afuera del partido su influjo inevitable, y los intereses particulares de la organización.

La organización, la máquina activa del partido, la pirámide de asambleas, el *caucus* graduado que empieza, como en base anchísima, en las aldeas y barrios, y acaba como en pico eminente, en la Presidencia de la República, tiene por sobre todo interés el de conservarse en el goce de los empleos de que derivan sus miembros un bienestar cómodo y un poder grato.

Constituida la organización con este fin, y abandonada por los ciudadanos desinteresados a los interesados, el principal empeño de éstos es que los asuntos públicos vayan de manera que el poder no se les escape de las manos. Cuanto tiende a devolver al país su acción directa, a colocar en los puestos públicos a personas probas, a rescatar las ideas, y el tesoro de los traficantes, a poner a la cabeza del partido un hombre que lo guíe para el bien nacional, no para el de la camarilla de cómplices que lo encumbran,—halla naturalmente resistencia formidable en estas colosales organizaciones, mantenidas por el estímulo de la ganancia, como principal agente y costeadas con lo que es necesario apartar de ella para permanecer gozándola.

Pero como, a pesar de estos vicios visibles, los partidos sólo existen ante la opinión desinteresada, que al fin es la mayoría, como cuerpos

de doctrinas y organismos compuestos para hacerlas triunfar; como, por mucho que la prensa vendida y los políticos maniatados defiendan con hábiles emboscos el interés impuro de estas ligas de cómplices, siempre halla la idea nacional, fruto de hechos notorios, modo de revelarse con imperio,—viene a suceder que nunca es absolutamente libre la liga de los políticos de oficio, y que para mantenerse en el goce de sus provechos, o en la esperanza de recobrarlos, necesita, aunque de paso y con el puñal escondido, hacer como que acata la voluntad de la nación y sólo vive para obedecerla y servirla.

Y en esa presión exterior de las ideas, a que se encorva el traficante político como ante el fuego de Otelo la rabia de Yago, entra por mucho, a manera de constante levadura de verdad, el interés general de las localidades, que por supuesto negarían sus votos a los caciques si éstos no tuvieran en cuenta las simpatías de los que los mantienen en influjo con el poder de sus sufragios.

En política no hay idea viva si no tiene debajo un interés. La virtud es estéril, en política, hasta que los negociantes no toman en ella acciones.

Así resulta que, aun cuando por el descuido con que los ciudadanos miran las asambleas primarias, no son ya éstas las que envían arriba su opinión, sino meros instrumentos de votar lo que de arriba se les impone y manda propuesto y declarado,—aun cuando el *caucus*, que designa en su última expresión de convención nacional el candidato a la Presidencia, no sea hoy más,—sobre todo en las ciudades,—que una reunión de logreros y ganapanes a los que el cacique del distrito hace declarar y nombrar, entre dos vasos de cerveza de convite,—lo que la junta del Estado del partido le ordena que se declare y nombre,—siempre ejerce la opinión exterior, la opinión libre, la opinión que por bochorno, miedo o incuria no asiste al *caucus*, un influjo real en las juntas superiores, y a veces, como ahora en esta elección de Cleveland, imperante y decisivo. Porque la opinión es como el león, y los políticos de oficio son como los perros. Sólo que no hay que dejarlos crecer tanto que pueda más que el rey del bosque la jauría.

Ahora asistamos a la convención. La música, que ocupa dos palcos, entretiene al público quieto con himnos populares y con coros.

Los delegados van ocupando por condados sus asientos. La galería, que conoce a sus dioses, aplaude a los demócratas más populares, al

empleado que reparte más beneficios, al orador que les pone el genio a los pies, o les vende el honor en pago del empleo público, o halla fórmulas para encubrir los desmanes de los que viven del erario, y prosperan con los vicios que se van comiendo a la nación.

Ya están los delegados en sus sitios. Casi todos son empleados o pretendientes. No falta un solo político de oficio: el cacique de distrito se hace elegir delegado a la convención del condado; la junta de caciques del condado, hace elegir de sus miembros, delegados a la convención del Estado. En el escenario repleto, tienen puesto de honor los que, sin haberlo hallado en las delegaciones que las dos organizaciones rivales del partido en la ciudad envían a la convención, son sin embargo hombres de temer y agasajar, porque con cada uno van unos cuantos cientos de votos.

Y son dignos de verse, todos ellos peinados con grandísimo esmero, generalmente altos y obesos, sacados de pechera, bovinos de ojo, de mucha sortija los dedos, de oro o de plata el puño del bastón: muchos cultivan una semejanza remota a algún hombre ilustre, el mostacho a la Hancock, la barba a la Garfield; otros, que no son irlandeses, hacen bigote de la patilla para parecer fenianos, porque Irlanda da aquí pingües votos: a uno de ellos que quiere ponerse de pie le dice el acomodador: “¿Cree Vd. que es el único que tiene derechos en esta república?” Otro toma a mal lo que le dice al oído el que se sienta en la silla de atrás, y de un cabezazo le machuca en pleno escenario la nariz: nadie se mueve: el del cabezazo es un demócrata de fuerza en su barrio, donde puso taberna, con lo que ganó de peleador; es dentón, de ojos aviesos, barbirraso y pelicolorado. Van entrando por la sala del escenario generales, jueces, abogados, clérigos católicos, coroneles, gente de peso en la política local. Y entre un senador y un general, detrás mismo de la silla del Presidente, con la cachucha tan deshecha que ya no se ve qué es cachucha, o qué es pelo, descalzo, sujeto el pantalón con un cordel a la cintura, con una sola manga la chaqueta, mira absorto al teatro, sin que nadie lo estorbe, sin que nadie se escandalice, sin que nadie lo eche de allí como a perro con lepra, sin cuidarse de que aún lleva el paquete de diarios bajo el brazo, un niño pálido de ojos azules, un vendedor de periódicos.

Empieza la sesión. La junta de estado del partido, que quedó nombrada desde la convención anterior, propone un presidente temporal, un abogado menudo, pacificante y suave, un jesuita laico, a quién aplauden

sin reserva—; como si tal fuera su puesto y oficio!—los sacerdotes que llenan un palco: los sacerdotes lo ayudan con sus votos y poder, y él hace en el siglo lo que le dice el templo que haga: acapara bajo su administración las fortunas católicas, casa viudas de ricos con príncipes cristianos, pone en mal a los padres que le estorban para el libre manejo de la riqueza de los hijos, usa en beneficio y nombre de la Iglesia el poder de sufragio que por el dominio absoluto sobre los fanáticos irlandeses tiene aquí el arzobispo en sus manos.

Dice el presidente un discurso, en que alaba a Cleveland. Se pasa lista. Se reciben, y transmiten a la comisión de credenciales, las protestas de actas. Se adoptan para la convención las reglas de la asamblea de estado. Se acuerda trasladar las resoluciones que se presenten, sin deliberación, a la comisión de resoluciones, después de leídas. Se eligen por aclamación, sobre listas de antemano compuestas, las comisiones de credenciales, de resoluciones, de organización permanente, de delegados y electores. Se propone, y aprueba, que la junta de estado conste de un miembro por cada uno de los treinta y cuatro distritos del congreso. Y luego de oír dos resoluciones, una contra el proyecto de reforma del método electoral para impedir la venta del voto, y otra contra las ligas de los fabricantes, se suspende la sesión, hasta la noche.

Pero la sesión pública de los delegados, no las privadas de las comisiones. Mucho venía ya acordado; mas aún quedan grandes vanidades que vencer:—un condado no quiere que el condado vecino lleve dos delegados a la convención nacional, cuando él no lleva más que uno: Fulano cree que él, que dispone de diez distritos, debe llevar la voz de Brooklyn, y no Zutano, hombre de mucha mente, que sólo dispone de uno: otros alegan que no debe darse a tal condado uno de los cuatro delegados generales, porque ya se le dio una presidencia honoraria; ¡mujeres necias no pelearían más por el asiento más visible en un palco! Más pelearon por estas preeminencias de localidad que por la única cuestión que causaba diferencias ante la comisión de resoluciones, sobre lo oportuno de declararse con más o menos calor en pro de la reforma de los aranceles por que aboga Cleveland, y sus adversarios suponen poco favorecida en el Estado.

Para las siete estaba anunciada la sesión nocturna, y comenzó a las nueve y media. ¿Fervor? No: no hubo fervor. Aquella era visiblemente una convención moldeada, preparada, domada. La presión de afuera había vencido el interés de adentro. Cleveland era adoptado como candidato, porque los demócratas del Estado de Nueva York, que no lo

quieren bien por lo que tiene de virtud, no osan declararse enemigos de la voluntad de la nación. ¡Media hora apenas duró aquella sesión decisiva!

El jesuita laico quedó de presidente de la comisión de organización: “daré muestras de mi agradecimiento—dijo,—no haciendo un discurso”. Risas. *Yankee doodle*. El presidente de la comisión de resoluciones lee el dictamen que propone a la convención; ésta aprueba sin entusiasmo pero sin tibieza, sobre todo cuando aludía a la reforma arancelaria, que arrancó un aplauso nutrido, aunque mucho menor que el único entusiasta que se oyó en la sesión, al acabar el dictamen con una ligera referencia honoraria al gobernador del Estado, David Hill, calvo y aguileño, demagogo hábil, servidor de la ocasión, hombre de gran destreza para repartir los empleos entre aquellos que se obliguen a remunerárselos ocupándose en servir su reelección de gobernador o su candidatura presidencial.—Hill no le niega un contrato a un amigo:—Hill tiene colocados a todos sus partidarios:—con Hill no se pasan hambres, como con Cleveland:—a Cleveland nos lo ponen otra vez de Presidente; ¡pero lo que es a Hill, nos lo ponemos otra vez de gobernador!

Eso se oía en los pasillos, en el escenario, mientras que por aclamación quedaban nombrados los cuatro delegados generales, con dos más por cada uno de los treinta y cuatro distritos del congreso, que han de declarar a Nueva York en la convención nacional en pro de Cleveland y la reforma de aranceles;—mientras, por aclamación también aprobaban, ya de pie, la lista de candidatos del partido a electores del Estado, que son los que de hecho y por ley eligen el Presidente por quien ya se sabe que no se vota en las urnas, sino por los electores propuestos por las convenciones de cada Estado para la designación del candidato favorecido, cuya elección al Congreso recuenta y proclama.

Y aquí acaba la sesión, recortada como una silueta negra en una hoja de papel, sin la gracia de los labios ni el brillo de los ojos, cuando la galería insistió a gritos en que le hablaran, en que hablara Fellows, el fiscal blandilocuo, o Bourne Cochran su rival, o el pomposo Dougherty, que fue por fin quien habló, floreado los brazos, ahuecando la voz, levantando las palabras por sobre su cabeza con los puños cerrados, lloroso de la voz cuando decía “Cleveland”. Deja caer los brazos de repente, y se vuelve a su silla a trancos elásticos. El público aplaude.

JOSÉ MARTÍ

UN CONGRESO ANTROPOLÓGICO EN  
LOS ESTADOS UNIDOS

*La influencia espiritual en las cosas del cuerpo.—Predisposición orgánica para el crimen.—La herencia entre los ebrios.— Científicos y pedantes.—Antropología y darwinismo.—El hombre americano*

Nueva York, Junio 18 de 1888.

Señor Director de *La Nación*:

Quédense atrás por hoy las noticias políticas,—el proceso de ineptitud que la junta de educación tiene abierto contra el superintendente de las escuelas públicas,—el matrimonio de una maestra dominical con uno de sus catecúmenos chinos,—la publicación de un librejo infame donde se le suponen al presidente Cleveland brutalidades domésticas. Vamos a donde hablan del hombre americano y sus orígenes: vamos al primer congreso antropológico celebrado en los Estados Unidos.

Los robles y cipreses seculares dan sombra al pórtico viejo del colegio de Colombia, que ha abierto sus puertas a los sabios. Se pasa por entre grupos de estudiantes, que comentan alegres la mascarada estrepitosa con que enterraron ayer el año en procesión diablesca, unos vestidos de dómimes, otros de reverendos, otros de mujeres, parándose de pronto a oír un discurso disparatado, uniéndose todos en una salmodia escolar en latín tuerto, y luego, al concluir, tiros al aire, fuegos artificiales, cabriolas en el patio del colegio, “cañones” y “fragatas” de cerveza en las bebederías vecinas, una de las cuales es toda de caoba y terciopelo, costeadas —con su billar, casa de baños y sala de periódicos— por la cuota mensual de unos cuatrocientos estudiantes: y ¡qué acción, cuando se deciden a obrar juntos! ¡qué influjo, en las cosas de su colegio! ¡qué amistades, para el resto de la vida! ¡qué preparación, con los debates y elecciones, para la vida pública! ¡qué garantía para la libertad!: allí aprenden, más que en las clases, a decir lo que piensan, a enfrenar la soberbia y el orgullo, a sentir junto a sí y contra sí el derecho ajeno: aprenden a dirigir, y a resignarse. Usan de la cerveza, pero no vuelve a pisar la casa el que ha abusado de ella. Por entre grupos de estudiantes alegres se llega al aula, gacha y triste, donde en presencia de unos treinta concurrentes, celebra sus sesiones el congreso antropológico.

Y no es la concurrencia tan escasa porque falte en el congreso gente ilustre, puesto que el que preside es Mann, el médico premiado por su enérgica obra sobre medicina psicológica, y de todas las universidades han venido maestros eminentes de la ciencia nueva, y ocupa puesto de honor el príncipe Rolando Bonaparte, junto a los que representan a Mantegazza y Nadaillac, a Pazzi, el antropólogo de París, a Garland, el etnógrafo de Estrasburgo. Ni es porque los papeles que se leen sean de poco interés, porque ellos todos han sido luminosos, y escritos para enseñar más que para deslumbrar, que es en lo que los científicos verdaderos se distinguen de los de afición, y los sabios de los pedantes:—que con la erudición pasa como con la riqueza, que el que la adquiere de súbito gusta demasiado de enseñarla, mientras el que está hecho a ella la disfruta con moderación y sosiego. Pero la verdad es que en la sesión más animada no tenía el congreso más de cincuenta concurrentes, y mujeres las más, tomando notas con el lápiz ágil sobre la tableta que a modo de mesa está clavada al brazo derecho de la silla. De una ojeada se abarca el público: unas cuantas caras atentas, unos cuantos jóvenes con espejuelos, un desocupado, en traje gris perla, que chupa el puño de plata del bastón y se mira los zapatos de piel de cocodrilo, un alemán con casquete de seda tomando apuntes, un calvo de barba larga y ojos saltones y ambiciosos, un viejo dormido.

Y el reverendo, vestido de negro, que lee en aquel instante su estudio laureado sobre la "mente automática", en un diminuto cuaderno de cubierta azul, que por lo que dice y por la manera de decirlo es digno de más aplausos y público. Su discurso, por lo mismo que sale de labios médicos y trata sinceramente de los misterios de la vida, ¡es un cántico al alma! No habla de ella; pero la prueba con cuanto va diciendo. El sabe de mesmerismos e hipnotizaciones. El ha curado dos veces en sujetos distintos las ansias del mareo durmiendo al paciente con el sopor hipnótico. El cree en la obra involuntaria de la mente, en la atracción, unidad y fuerza de los espíritus, en un individuo vasto y apretado, hecho de la reunión plácida e inevitable de los individuos morales, cuya asociación ennoblece la vida y ensancha el mundo: ¿no está ahora mismo en Nueva York un médico californiano que cree que, reuniéndose en un mismo instante las voluntades de un gran número de hombres con el deseo de mejorar el universo, quedará el universo más puro y habitable, por el influjo de las voluntades concentradas?

El antropólogo, el reverendo Turjug, no cree tanto; pero sí halla ridículo, y contra la ciencia verdadera, negarse a reconocer la existencia

y acción, natural o solicitada, de las voluntades psíquicas, "sin cuyo conocimiento y uso oportuno, dijo, no puede decirse que haya hoy médico completo". Hay, añadió, base de certidumbre en todas esas ciencias vagas que andan hoy como andaba la alquimia antes de ser química. ¡Y es verdad! La ciencia confirma lo que el vulgo presiente; y así como antes de romper en luz el sol asoman por el horizonte claridades veladas, masas de nubes negruzcas, grietas de fuego vívido, que esplenden por un instante en la tiniebla como la luz verde en el vientre del cocuyo, así aparecen, antes de que se afirme una gran verdad natural, sea de lo incorpóreo o de lo físico, ciertos entes extraños, mujeres y hombres, de manos agitadas, de ojo de Edison, con una sobrehumana fuerza de fe, con una heroica indiferencia ante la persecución y el ridículo, con una autoridad extraña que les permite inculcar creencias y dogmas que no pueden demostrar con el raciocinio. Son entes misteriosos, y como hechos de entrañas.

El charlatán los copia y desacredita. Ellos desaparecen, y luego se viene a ver el reguero de luz.

"No hay que dudar de nada, decía Turjug. El cuerdo sabe que lo que él conoce no es límite de lo posible."

La ciencia está ya en los umbrales de un mundo singular que empieza a ser científico. El médico y el cirujano deben contar con la influencia psíquica, como con sus bisturís y sus vendajes. Hablaba de perfil, y le daba la poca luz del aula sobre el rostro benévolo.

Parecían desdoblársele los ojos y salir como de una nueva órbita interior, cuando enunciaba alguna de sus verdades esenciales. Tenía la frente alta por el noroeste, como empujada por el pensamiento.

De la ciencia de la vida, más que del origen del hombre, era ese papel, como otros muchos de los que en el congreso van leídos, lo cual es beneficio antes que defecto, porque con saber cómo es la vida humana, y a cuántos agentes obedece, se libra el antropólogo del riesgo de buscar en la historia de la naturaleza al mero hombre físico, y desdeñar toda prueba que no le parezca serlo, por no ser palpable, cuando cada paso de la ciencia novísima enseña que no sólo lo tangible es cierto, ni lo mental y moral del hombre dependen,—como se creyó en la infancia de la ciencia contemporánea y mantienen mientras les dure la puericia mental los estudiantes noveles,—de tal conformación o tal deformidad del cerebro o el hueso.

Mundsley es un inglés de tal sabiduría que no vale tomar de ligero lo que en su imparcialidad científica atestigua, y el papel que se leyó después del de Turjug fue de él, manteniendo que el crimen no depende de tal región del cráneo, ni se asienta en tal lóbulo, ni el cráneo de los criminales presenta más hondos y cuevas que el de la gente virtuosa, ya sean los criminales de ocasión, por arrebató de la furia indómita o mal consejo del momento, ya de los predispuestos al crimen por su ignorancia o su flaqueza moral, ya de aquellos a quienes quita el juicio la epilepsia o la melancolía. Todos los crímenes, todas las brutalidades, todas las vilezas están en germen en el hombre más honrado. Lo más vil o bestial ha aparecido en algún instante posible o deseable al alma más limpia.

La voluntad, las asociaciones, la cultura, sofocan, así como su falta favorece los gérmenes malignos. “Y en eso de crímenes,—dijo Mundsley,—tengo una prueba patente de que el criminal no se distingue de la gente honrada, en el predominio que ahora tienen en el mundo los que prosperan, so nombre de negociantes, con estrategias de bolsa que traen a sus arcas la fortuna ajena, los cuales son los piratas modernos, tan alevosos y ladrones en sus cálculos y métodos contemporáneos como los que antes hacían encallar los barcos ricos en sus costas para apoderarse del botín. Y los fundadores de compañías falsas ¿qué son más que saqueadores de caminos? Criminales son, como el más vil de los presidiarios, y no se les ve en ninguna región ni lóbulo: antes suelen tener muy plácida la faz, y, sobre el cráneo redondo, el cabello muy liso y bien peinado. No: no hay teoría antropológica bastante fidedigna para que pueda aducírsela como defensa ante los jueces del crimen. No: no hay constitución criminal general que predisponga al crimen o lo excuse.”

Muchos han sido los papeles leídos: De Erust, de Caracas, se presentó un trabajo sobre la etimología del “tabaco”, que cree venir del uso que hacían de él los indígenas, al que llamaban *tat-ter-ku-ba*, y no del nombre que tenía la planta entre ellos:—Darling habló sobre la antropofagia, que según él viene de tiempos remotos, del gigante Polifemo de la Odisea, de los chinos que para embravecerse comían la carne de sus enemigos, de muchas tribus de Africa, de los papúas, bantas y maoríes hasta los tapuyos y fueguenos de la América del Sur, y los algonquines, los ottawas, los iroqueses, los hurones de la del Norte:—Kerr, de Londres, aportó una valiosa estadística sobre la “herencia entre los ebrios”, de los cuales parece que hasta más de la mitad lo son porque

lo fueron sus padres, que les legan con la sangre envenenada la sed que sólo se aplaca con la bestialidad y se apaga con la muerte;—Bonaparte presentó en persona al congreso sus libros eruditos, sobre los negros fieros de Surinam, vueltos a la vida salvaje africana, y negados a trabajar para los que fueron sus dueños; sobre los negros braquicéfalos de Nueva Guinea, que son canibales, al revés de los dolicocéfalos:—Drayton estudió el “chino moderno”, en cuyos ojos almendrados y pómulos enhiestos no ve obstáculo alguno a los quehaceres y mejoras de la civilización, en la que las variedades de clima y aspecto corporal influyen menos de lo que propala la ciencia de segunda mano:—un Ingersoll, que no es el orador ateo de fama, demostró con ayuda de láminas que el tipo de Cristo es en cada país diverso, y semejante al hombre de él, tanto que si al Jesús de Power lo visten a la norteamericana no quedará más que un yanqui vermontés, lo cual recuerda las enseñanzas de un joven profesor de historia de la filosofía en Guatemala, hará unos diez años, cuando paseando con sus discípulos por los pueblos antiguos, les enseñaba cómo los dioses no habían hecho el hombre a su semejanza, sino que el hombre había hecho los dioses a semejanza de él, y donde no había más que un dios, como entre los hebreos, éste mudaba de espíritu, aspecto y voz con cada cambio del pueblo hebreo.—Y más papeles hubo, como el de Thomas sobre los terrapleneros de Ohio, y el de Crothers sobre lo arraigado de las ideas en los pueblos por causa de herencia, a tal punto que se requieren fatigas de sangre y montes de años para arrancar de cuajo una falsa creencia; pero sólo el estudio de Baxter sobre los descubridores de América merece comparación por su mérito e interés al del médico Mann sobre el estado de la ciencia antropológica, que no debe, según él, ir por aquella o esta imaginación científica, más sospechada que comprobada, como carro atado tras de caballo ciego, sino adelantar conforme a la ciencia real, dejando a un lado hipótesis mancas y metafísicas científicas. Ya va pasando el período pueril de la ciencia moderna, que fue el buchnerismo. Ya no hay anatómico competente que ose mantener, hueso con hueso, que el hombre es, o puede ser, el vástago de cualquiera otra especie de animal, por lejano y recóndito que sea. Ya no se puede ser darwinista, de la izquierda Haeckel, como podría decirse en parlanza escolar, sino partidario honrado de lo que la naturaleza enseña en el desarrollo simultáneo y unido de lo corpóreo e incorpóreo del hombre, algo así como la derecha Schaaflhausen.

“Darwin mismo, dijo Mann, no afirmó más sino que el hombre descendía de un tipo animal más bajo que él, muy antiguo y ya extinto. No vio Darwin en los tejidos ligados de la vida y en la ascendencia por la lucha, la demostración negativa del sentido religioso y espiritual del universo, sino prueba mayor y terminante de él. ¡No puedo creer sin angustia, dijo Darwin, que una fábrica tan lenta y laboriosa como la del mundo no tenga más objeto que la batalla de la vida, no pare en algo superior a ella!” No puede deducirse de lo conocido y probable sino lo que desde la infancia observadora nota el niño, y es el orden ascendente en la semejanza de lo creado.

Ni es verdad, añadía Mann, que los climas influyan en el hombre de modo bastante a torcer o alterar la esencia de su naturaleza, en lo incorpóreo y en lo físico, porque una vez habituado el hombre a él, crece tan varia y libremente en lo glacial como en lo tórrido, con gente alta y baja, mala y buena, obesa y larguiruta, tierna y áspera: hay káfires enanos y esquimales gigantes: los bushmanos, negros por el sol, aman con la misma pasión que los noruegos, blancos por la nieve. Y ¿cómo vino a América el hombre?: Mann, sin fijarse bastante en lo natural y posible de la coaparición aislada del hombre dondequiera y en cuanto que hubo condiciones para su viabilidad, opina que en los tiempos postglaciares, con sus cuatro grandes inviernos con intermedios de calor, pasó el hombre, contemporáneo de animales extintos, o vivos sólo hoy en los países cálidos, por el puente de tierra que en el cataclismo glacial, al entrar en más fuego el globo, se fue abajo, dejando mar abierto entre América y el sudoeste de Europa, que eran antes una misma.

Baxter habló de los descubridores de la América moderna. Para él es claro que Colón oyó en su viaje a Islandia, en 1477, las historias que en las épicas sagas se cuentan, como las del Cid en los romances españoles, de aquellos viajes a la Vinlandia de uvas rubias, que hicieron en sus dragones veleros, con las corazas blancas y rojas de los héroes colgadas a la borda como escamas, no sólo Bjarni y Leif, normandos hermosos, y Gudrid, de cabellos de fuego, sino Naddoord, Gardar, Hoki, Erik, Jugoef, y tanto bravo del norte, sano y macizo como el roble en que tallaban sus vasos de beber, y aquellos cetros torneados y de mucha y menuda pintura, como el que al lado de un hueso de niño con un brazaletes y un cráneo con largo pelo amarillo encontró Bradford

en Plymouth, cuando gobernaba la colonia. Las sagas cuentan eso, en su poesía de ojos azules.

Y Bonaparte dijo, después de Baxter, sobre los sacerdotes chinos, que bien pudieron ser chinos sin ser sacerdotes, de cuyo viaje a la maravillosa Fu-Sang, que parece ser el México de ahora, hablan las crónicas asiáticas, con mucho asombro de la novedad, poder, industria y gracia poética del pueblo americano, como si fueran dotes propias de la serenidad, grandeza y fulgor de la tierra en que vivían: más “no sólo, decía Bonaparte, se puede empezar a probar por esos recuerdos que en lo antiguo se conocieron de cerca América y Asia, sino por el símbolo búdico del bien y el mal, que es uno como círculo doble, a manera de letra *ese*, con el hemisferio del mediodía rojo, como el mal, y el del norte azul, como la virtud: con las mismas líneas y semicírculos con que lo pintan los budistas, tal como el que en muchas piedras y edificios halló en sus viajes mexicanos Désiré Chamay, mi amigo”. Y Bonaparte, el príncipe, decía esto de pie, olvidado de pompas, entusiasta como un estudiante, dibujando en la pizarra del aula con mano ejercitada el círculo búdico.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*. Buenos Aires, 2 de agosto de 1888